IRVINE WELSH

Hombres enamorados

Traducción de Arturo Peral y Laura Salas



ANAGRAMA
Panorama de narrativas

Índice

Portada
EL MENTOR 1
Encaprichamiento
1. DIARIO DE UN EXILIO
2. ME LLAMO SIMON DAVID WILLIAMSON
3. DE NARICES EN ÁMSTERDAM
4. LA MAGIA SUBVERSIVA DEL AMOR
5. EL AMOR DE SU VIDA
6. ALMA DE PERSEGUIDOR
7. PRINGUE Y CASTIGO
EL MENTOR 2
Persecución
8. COCINA
9. AUMENTA LA PRESIÓN
10. THE FRENCH ERECTION
11. YA ESTÁ AQUÍ LA PRIMAVERA
12. DÍAS DE ÁCIDO
13. PAQUETITOS: 1
14. PAQUETITOS: 2
15. PAQUETITOS: 3
16. PRONÓSTICO DE LLUVIA
17. ROMANCE NEERLANDÉS
18. LOS IMPOSTORES
19. EL TEST
EL MENTOR 3
Cortejo
20. BILLETES DE TREN
21. CHEQUERS
22. HERMOSA SCOTIA
23. INTRIGA EN LA OFICINA
24. EL JUEGO DE LA CONFRONTACIÓN
25. PENSANDO EN EL GOBIERNO
26. DE PUTO NADA
27. SEGUNDO CONFLICTO VERSUS GODFREY
28. EL TALENTO DE MR. MURPHY
29. NACIMIENTO

30. NIÑOS DESVENTURADOS
31. ESPÍRITU AVENTURERO
32. TÚ HAZLO
33. HIERBAJOS EN EL JARDÍN
34. SEGUNDA, TERCERA, CUARTA, ETC. OPORTUNIDAD
35. DONDE SE COME NO
36. LOS MONTES PENTLANDS
37. UNA RELACIÓN ESTABLE
38. MINISTERIO INTERIOR
EL MENTOR 4
Unión
39. CONTRA LA AUTOCOMPLACENCIA
40. CHEQUES EMOCIONALES
41. CABALLERO DEL REINO
42. RESISTIR LA TENTACIÓN
43. DÍAS DE CHORICEO
44. SWINGING IN THE RAIN
45. LA BODA DEL AÑO: 1
46. LA BODA DEL AÑO: 2
47. LA BODA DEL AÑO: 3
48. LA BODA DEL AÑO: 4
49. UN CUARTO MÁS OSCURO
50. MENUDO BANQUETE
51. METERLA HASTA LAS OREJAS
52. EL MÁS OSCURO DE LOS CUARTOS
53. LA BODA DEL AÑO: 5
54. CÁNTICOS GROSEROS Y GUTURALES
55. SIENTE LA NUEVA GENERACIÓN
56. NEWCASTLE DES-UNITED
57. UNA INVITACIÓN RETROSPECTIVA
58. DEL AMOR: UN HOMBRE DE NUESTRO TIEMPO
59. DEL AMOR: EL GATO ENAMORADO SOBRE EL TEJADO DE ZINC
60. DEL AMOR: EL GUERRERO POR LA GUERRA
61. DEL AMOR: EL PERSEGUIDOR
EL MENTOR 5
NOTA DEL AUTOR
AGRADECIMIENTOS
Notas
Créditos

Para Emma.
Te aseguras de que,
todos los días y de todas las formas posibles,
yo sea un hombre enamorado.

¿Qué es mejor que la sabiduría? La mujer.

¿Y qué es mejor que una buena mujer? Nada.

CHAUCER

EL MENTOR 1

El físico de Edward Allister Reece era muy parecido al del escritor Samuel Beckett. Delgado como un palillo, de rasgos afilados y con una mata de pelo gris recortada por los lados y la parte de atrás, tenía tantos surcos en la cara como la pista de patinaje de Murrayfield. Nacido y crecido en el puerto de Leith, Reece había obtenido su diploma de marino mercante en la escuela náutica de la zona. Tras la demolición del bloque de Burlington Street donde alquilaba su vivienda, optó por no quedarse en los alrededores y mudarse a Granton con su mujer, Jessie, y sus dos hijos, Alan y Karen. Por lo general, mientras esperaba que algún barco atracara, Eddie frecuentaba varios bebederos de Leith, particularmente el Marksman Bar de Duke Street, aunque en ocasiones también se lo veía en los pubs de su barrio, como el Tap o el Anchor, y reservaba el Wardie Hotel para los domingos.

Al igual que Beckett, Eddie Reece era un alma literaria, aunque de ese modo secreto frecuente entre hombres de clase trabajadora. Por miedo a exponer su mente inquisitiva y su amplitud de miras tanto a los miembros de su clase como a la reprobación de la burguesía, la mayoría de sus lecturas las hacía en el mar, en los confines de un camarote estrecho. Siempre tenía un libro delgado junto a la cama y lo leía igual que otros leen la Biblia o el Corán, adentrándose en secciones al azar. No era nada especial, una edición de bolsillo con las esquinas dobladas, escrito en una lengua vernácula antigua que resultaba indescifrable incluso para sus compañeros de barco más curiosos.

El Marksman Bar era el lugar favorito de la santísima trinidad de los borrachos de Leith: los trabajadores del astillero Robb Caledon, los estibadores y los marineros mercantes. Era un lugar de reunión pequeño y feo, un poco como una oficina del paro, con unas luces de techo rigurosas y desafiantes diseñadas, al

parecer, para exhibir la decadencia de la mortalidad. Solo los hombres que allí bebían –y es que casi todos los clientes eran hombres– le conferían personalidad.

A principios de la década de 1980, cuando el Leith industrial ya era un mundo en vías de desaparición, se puso de moda entre algunos grupos de jóvenes frecuentar el local. Acudían a disfrutar de una ronda rápida con sus padres, tíos o vecinos. A escuchar sus historias. A atesorar sabiduría o sandeces antes de irse a locales más de su gusto.

Mark Renton, Simon Williamson, Francis Begbie, Daniel Murphy y Robert McLaughlin eran parte de un grupo ruidoso y pendenciero compuesto por unos amigos de la adolescencia y sus eventuales compañeros que aparecían por el Marksman al poco rato de haber abierto. Los estibadores más avezados daban consejos a los jóvenes sobre cómo mangar: todo giraba en torno a mercancías robadas y de imitación. Para los operarios manuales de los astilleros, más irascibles, el tema de conversación recurrente eran las agresiones con arma blanca, a pesar de estar en declive tras su edad de oro durante los sesenta y setenta.

A Spud Murphy lo fascinaban los estibadores y el robo. «Franco» Begbie y «Segundo Premio» McLaughlin escuchaban con atención a soldadores, torneros y montadores. Pero a Mark Renton, «Rent Boy», y a Simon Williamson, «Sick Boy», les fascinaban los marinos mercantes, y en concreto uno de ellos. El silencioso Eddie Reece encarnaba el estilo de vida viajero y promiscuo al que aspiraban aquellos dos jóvenes.

Hablar de sexo con sus propios padres habría sido de mal gusto. La humillante timidez que dicho tema suscitaba en David Renton, soldador del astillero, y la jactancia despreciativa de Davy Williamson, parado, disuadían a sus hijos de sacar a colación tales temas. El mentor tenía que ser una figura similar a un tío.

Por tanto, buscaron el consejo de Eddie Reece, libertino reservado que se dejaba rellenar el vaso de whisky a cambio de sus serenas lecciones de mujeriego. En pocas palabras, su consejo se resumiría en: *piensa global, no local*.

Reece escudriñaba el bar y observaba de modo flemático a los jóvenes descarados que acompañaban a sus colegas. No había tardado en fijarse en Renton y en Williamson. «Vosotros sois chicos curiosos. Este sitio se os queda pequeño.» Los miró con la sonrisa de otro hombre, una que había aprendido a

imitar con precisión en alta mar, metido en su camarote, al darse cuenta de su eficacia. «Seréis unos infelices si os quedáis aquí. Vosotros sois trotamundos. Auténticos chicos de puerto, qué bendición. Veréis, un puerto nunca es un hogar, solo es la puerta de entrada al hogar. Vuestro hogar es el mundo entero.» Sus ojos se dirigieron al grupo de jóvenes que acompañaban a Renton y a Williamson. «Mirad a esos chicos. Se pasarán por The Spiral, verán un felpudo, le harán un bombo y se quedarán atados aquí para siempre. Se acabó lo que se daba. Y tan contentos», añadió Reece, mientras las arrugas de su cara se volvían más profundas, «al menos durante un tiempo. Hasta que la vida...», prosiguió mirando a su alrededor, a los hombres más viejos y resecos del bar, «les eche más y más mierda encima. Tendrán como máximo diez años buenos, luego la falta de aventura, la falta de cambio, los aplastará lentamente. Eso nunca será bastante para vosotros dos.»

«Pues en The Spiral hay un montón de coños bien dispuestos», había proclamado desafiante el joven Renton. Estaba pensando en Kelly y Nicky, pues le gustaban las dos, y hasta en Alison, a pesar de que ella estaba pillada por Sick Boy. Aunque creía que las chicas del barrio valían más de lo que Eddie dejaba entrever, su respuesta malhumorada se debía a que las palabras de Reece habían tocado la fibra. El hermano mayor de Renton, Billy, estaba destinado a casarse con su novia de la escuela. Los únicos viajes que tenía por delante eran a campamentos en Belfast y Alemania con el ejército.

Reece reconoció esta fuerza insatisfecha en Renton y se negó a que se fuera de rositas. «Venga, chaval, que sabes de lo que estoy hablando. No hace falta ni que seas un viejo lobo de mar como yo. A medio kilómetro cuesta arriba tienes durante un mes el Festival de Edimburgo», dijo señalando hacia fuera. «Coños pijos. Tías de todas las nacionalidades y de todos los colores.» Se pasó la mano por el abundante tupé.

Sick Boy estaba cautivado. «Tías pijas... Suena bien.»

Reece cogió la copa. Le dio un sorbo al whisky de garrafón. «A las chavalas pijas hay que hacerles el amor como se lo harías a un grumete...»

Renton y Sick Boy se miraron con los ojos muy abiertos por la sorpresa.

Varios compañeros de Eddie que habían oído aquello intervinieron: «¡No le hagáis ni caso!».

«Es un hombre horrible.»

Pero los dos jóvenes sabían instintivamente que Reece hablaba muy en serio. Eran todo oídos.

«Los grumetes portugueses son los mejores», caviló Eddie, llevándose la copa a los labios.

Y, para disgusto de sus colegas, sobre todo de Frank Begbie, que cuestionaba *la necesidad de gastarse un dineral en el centro cuando aquí abajo había tías a espuertas*, Sick Boy y Renton se convirtieron en ratones de ciudad y se apartaron de los encantos del viejo puerto. Sobre todo en la época del Festival.

Pero siguieron asomando la cabeza por el Marksman, aunque no solían quedarse, y hasta sentían cierto desamparo si no veían el característico peinado gris rapado en los lados y la nuca y la tenue silueta apoyada en la barra.

En una visita fructífera, Reece los obsequió con una de sus salidas memorables: «Tenéis que decidir si sois folladores o amantes».

«Amante», contestó de inmediato Mark Renton. Sick Boy dudó.

Reece volvió al ataque. «Porque un follador tendrá más mujeres...»

La cara de Renton se descompuso un poco al tiempo que Sick Boy soltaba: «¡Follador!».

«... pero cuando un follador se enamora, se acabó lo que se daba. Eso siempre trae problemas.»

«¿Y tú qué eres, Eddie?», preguntó Renton.

Reece miró a los dos jóvenes y luego dijo con seriedad, casi con remordimiento: «Un follador, chaval».

«Pero tu mujer y tus hijos...», protestó Renton.

«Follador», insistió Reece, con un brillo casi amenazador en los ojos mientras agitaba el vaso vacío en la barra.

Renton y Sick Boy correspondieron a la tutela del lobo de mar, le rellenaron el vaso y se fueron al centro.

Los dos jóvenes eran hermanos de armas que se alentaban entre sí en distintos proyectos al ritmo de Iggy Pop y Lou Reed. En nuevas transgresiones.

No dejaban disco sin comprar ni droga sin probar.

Luego la cosa se desmadró y la amistad se agrió. Renton huyó con el dinero de

una venta de droga. Los cuatro desplumados –Sick Boy, Franco Begbie, Spud Murphy y Segundo Premio– juraron venganza. Se habían quedado sin nada.

Nada aparte de la búsqueda eterna de todo hombre: la búsqueda de amor.

Encaprichamiento

1. DIARIO DE UN EXILIO

> Si otros no han sido insensatos, deberíamos serlo nosotros.
>
> WILLIAM BLAKE

Apenas puedo obligarme a mirar por la ventana del hotel, al otro lado de esas calles de adoquines oscuros, hacia las aguas quietas y negras del canal. Sobre todo cuando veo a gente ahí fuera. En esta habitación sofocante, los pensamientos que mis nervios, irritados y a flor de piel, transmiten a mi cerebro son de una desolación implacable. A veces deseo la liberación de la muerte: escapar del sabotaje de estos sentidos agudizados al máximo. Entonces una carcajada enloquecida sale de mí mientras contemplo esta locura y la ridiculez de mi situación. Solo, apartado de todo el mundo. Con una bolsa a rebosar de dinero. Quitándome de la heroína. Contando los días en este diario. Con un pulso más firme en las anotaciones más recientes. Dejando que el tiempo le saque ventaja al dolor. La atención a los detalles, como diría Blake.

El dolor significa curación.

Ya lo he vivido. Yo puedo con esta mierda.

La habitación de hotel es pequeña, pero está bien equipada: cama, lavabo, armario, una mesilla de noche alargada que me sirve para garabatear mis notas bajo los focos empotrados. En ella hay varios libros: Blake, Wordsworth, Coleridge, Byron, Shelley, todos los grandes escritores románticos ingleses. Hay un secador y una plancha. Una pequeña caja fuerte en la pared. Y mi mejor amigo, que es al

mismo tiempo mi peor enemigo: un ventilador ruidoso y feroz que remueve su rugido ahogado de un modo insistente, casi hipnótico. Quiero apagarlo, pero el aire caliente me asfixiaría, así que dejo que su ritmo iracundo me maree la cabeza al mismo tiempo que su brisa refrescante calma mi cuerpo ardiente.

Oprimido por el color granate de las paredes, mantengo una iluminación tenue. Estamos en plena noche y estoy tumbado en la cama, agotado pero completamente despierto por el calor veraniego; pegajoso, sudoroso, a la espera. No consigo dormir. Y, cuando lo logro, me quedo atrapado entre el pensamiento y la somnolencia, en un reino atormentado, extraño e inconexo, del que me despierto todavía más jodido.

Pero cada día que pasa parece una pequeña victoria. Ansío el transcurso del tiempo. Casi nunca me aventuro fuera. Ayer, cuando oí que preparaban el desayuno, bajé de puntillas y me llevé a la habitación un cruasán que conseguí comerme mojándolo en un café. Mi primer sólido desde hace una temporada.

Deseo. Suena mejor que necesito. Es una buena señal. Pienso en deseos, sexo, amor. ¿Soportaría ya el tacto de una chica sobre mi piel ardiente y enfebrecida?

No. Todavía no. Apenas puedo salir a ese mundo amenazador de coches, autobuses, tranvías y, sobre todo, ciclistas. Todos parecen decididos a matarme. Evito el contacto con la gente. Hay una recepcionista llamativa en la planta baja; tiene una melena castaña y rizada que le cae por los hombros, ojos perezosos pero coquetos y penetrantes, grandes dientes blancos, una piel holandesa impoluta y unos pómulos tan afilados como el cúter de mi viejo amigo Francis Begbie. Casi parece que un ordenador haya diseñado las curvas y los ángulos de sus vestidos ajustados para convertirla en el premio gordo de la optimización sexual. Por lo menos en esta tragaperras. Está algunas tardes, cuando salgo al veinticuatro horas a comprar las latas de sopa fría, los botes de yogur y el helado que me sirven de sustento. Se llama Monique. Lo sé porque lo oí cuando el gerente del hotel le daba instrucciones.

Pienso en chicas conocidas con cariño casto y romántico, sin sexualizarlas. Estoy demasiado jodido para cascármela y nunca me ha gustado la masturbación, prefiero los maravillosos sueños húmedos que proporciona la abstinencia durante las horas de vigilia. Me llevan de vuelta a los brazos de Hazel, Charlene, Fiona y Kelly: a las que en cierto modo quisiste. Luego están las que te cepillaste y otras

muchas que te gustaron. Por la mañana la cama a veces parece más saturada de esperma que de sudor. ¡Mira, sin manos!

Kelly... era una chavala estupenda. Estuve un poco pillado. Si hubiera estado limpio... Pero pasé de Fiona por la droga y pasé de Kelly, así como de mis amigos y mi familia, de mi hogar, para quitarme. Y ahora estoy en una habitación de hotel, enfermo en una ciudad desconocida. A menudo me veo a punto de encontrarle a esto un regusto inherente de amor retorcido.

En ocasiones un tipo alto de melena negra por el cuello y nariz aguileña viene a buscar a Monique a la recepción. Su moto ruge con el afán de llamar la atención; me destroza los nervios por completo. Luego la veo subir a la parte de atrás y exponer una pierna torneada por el corte de la falda larga. ¿Exponer? ¿Para quién? ¿Para mí? ¡Ja! Sin casco, su pelo castaño se agita cuando arrancan por la calle adoquinada junto al canal.

No sé cómo se llama el gerente, aunque me lo dijo cuando reservé la habitación para un mes. Ese plazo acabó hace una semana, y aquí sigo. Cuando los mocos dejen de cegarme y pare de temblar como una hoja en un vendaval, cuando por fin me libre de este dolor de muelas corporal, lo mismo bajo a saludar como está mandado. *Hola a todos, soy Mark. Habitación 17*.

Creo que hará falta otra quincena.

Por mal que esté, sigo aquí. Sobreviviré y estaré mejor. Parafraseando a William Blake: Qué de puta madre haber sido un gilipollas de los cojones.

2. ME LLAMO SIMON DAVID WILLIAMSON

Los pensamientos, las pasiones, los deleites,
todo cuanto mueve este armazón mortal,
no son sino ministros mensajeros del Amor,
para la llama sagrada alimentar.

SAMUEL TAYLOR COLERIDGE

El hombre, de unos veinticinco años y desconocido para el grupo, se levanta de la silla de tubos metálicos negros y plástico rojo. Su actitud denota fuerza y seguridad. A diferencia del de la mayoría de las personas presentes en la sala multiusos de este centro comunitario al norte de Londres, situado en la anodina bocacalle de una vía comercial importante, su atuendo, que consiste en un largo abrigo de Burberry, resulta convincente. Lleva un corte de pelo que revive el estilo mod, con cabello sobre las orejas a modo de patillas. Los fluorescentes del techo se reflejan con brillo blanquecino en el empeine de su calzado de cuero italiano, manufacturado por un zapatero milanés en Shoreditch. Sus ojos, un resplandor ardiente de sepia luminoso, sobresalen en el mar de inquietud y simpleza que lo rodea. Quizá lo único que delata un trauma residual esté en la leve sombra que se aprecia bajo sus ojos y en la delgadez de su pálido rostro.

Alarga el silencio mientras las miradas se posan en él. Elige su momento. «Me llamo Simon David Williamson y soy drogadicto», anuncia con autoridad estridente.

Los otros ocho ocupantes responden a coro «Bienvenido, Simon» en tonos diversos que resuenan por la sala, desde murmullos enfurruñados hasta saludos entusiastas.

«Bueno, pues ya he captado vuestra atención.» Williamson echa la cabeza hacia atrás. «Lo cual nos mantiene en ese cómodo mundo de los absolutos. La sobriedad es fundamental. La ebriedad es obra del demonio...»

Philip Carter, un hombre delgado y anguloso con pantalones vaqueros desteñidos y polo gris, arruga la cara con descrédito. Moderar este tipo de grupos implica ser testigo de conductas que ya tiene más que vistas. Esta resulta inquietante por nueva.

«... pero el único problema es que eso es una patraña absoluta.» Williamson proyecta hacia delante su mandíbula y mirando los rostros perplejos con desprecio compasivo suelta: «Seamos francos, casi todos los que están aquí lo están, o bien porque son enfermos mentales de nacimiento, o porque alguien, algún padrastro o tío porculero, los ha dejado mal de la chola. ¿La drogadicción? Es solo la manifestación de dicha realidad».

Sus palabras provocan voces ahogadas de sorpresa, confusión o desdén. Un hombre fornido con la cabeza rapada se levanta, lo señala y declara mientras los demás lo animan y aplauden: «¡Tú no sabes una mierda de mi vida! ¡No me digas cómo es mi vida!».

Simon David Williamson mantiene un aire sereno y provocador y adelanta aún más la barbilla. «¡Ahora mismo te estás retratando!»

El cabeza rapada avanza un paso. «¿Quién te crees que eres, capullo?»

Otro hombre lo detiene, agarrándolo de la muñeca. «No muerdas el anzuelo, colega.»

«Gracias, Len y Mickey.» Philip Carter les hace un gesto para que mantengan la calma y vuelvan a su asiento.

Mickey, el rapado, quizá avergonzado por haber perdido el control, en contraste con el comportamiento imperturbable y hostil de

Williamson, obedece y se sienta, conformándose con mostrar una mirada maligna a su antagonista.

Carter hace una pausa para dejar que la tensión escape de los rostros que lo rodean. Luego se dirige a Simon David Williamson. «Bueno..., Simon..., si ya te las sabes todas, ¿por qué estás aquí?»

Simon David Williamson, conocido como Sick Boy en su tierra de Leith, Edimburgo, Escocia, mira a la chica rubia que tiene frente a él en el semicírculo. La misma a la que había visto antes en la calle y había seguido hasta esa sala. Su melena rubia lo había obligado a mirarla de nuevo y los guantes de encaje que llevaba lo intrigaron aún más. Lo siguiente que lo había engatusado había sido su postura indomable y erguida al cruzar aquella puerta como si fluyera sin resistencia. Un contraste espectacular respecto a los andares encorvados, furtivos y vencidos que solían verse en tales lugares. Ese era el *modus operandi* de Sick Boy: merodear por reuniones de grupos de personas en rehabilitación esperando ver alguna mujer deseable entre ellas.

La mujer, de veintipocos, un metro setenta y ojos oscuros e hipnóticos, lo mira con interés. Va vestida con lo que él supone que es una mezcla de ropa de tiendas caras, marcas populares y prendas chic de segunda mano, pero combinadas con sentido estético. Sí, ha captado su atención. Es hora de mostrar su lado humano y darles lo que desean. «Perdonad mi osadía...», empieza Sick Boy en un tono de disculpa repentino. «He tenido movidas con las drogas», y luego se corrige: «He tenido problemas con las drogas», e inclina la cabeza negando lentamente. Cuando la levanta para volver a mostrar la mirada, tiene los ojos muy abiertos y empañados. «Me ha resultado difícil aceptarlo, porque no parece haber una razón para ello.» Se da un puñetazo en la palma de la mano. «Es decir, que ninguna de mis hermanas ha tocado la droga. Nunca han abusado de mí, no he tenido problemas mentales ni ningún trauma. ¿Por qué yo?», declara.

Varias cabezas asienten con empatía.

Carter vuelve a alargar el silencio en la sala un par de segundos. Luego, mientras mira a Sick Boy, se dirige a todos: «Una de las cosas que hacemos en este grupo es aceptar que el porqué es

menos importante que la realidad. Cuando lo conseguimos, cuando aceptamos nuestra propia impotencia ante la adicción, empezamos de verdad el proceso de recuperación».

Otra mujer, que a Sick Boy le parece demasiado obesa para ser una verdadera drogadicta (al parecer había una en cada grupo de Narcóticos Anónimos), lo mira con desdén. «¡Con tanta arrogancia, jamás aceptarás tu impotencia ante la droga!»

«¡Bien dicho!», grita Mickey.

«Gracias, Caz.»

Philip Carter hace un gesto a la mujer.

Sick Boy saborea su propia malicia, que se le filtra por dentro. *Causa y efecto, Caz-urra. Llevas demasiado tiempo a la deriva de la sobriedad. Zampar bollos no es un salvavidas*. Cala en su interior y lo llena de satisfacción mientras se echa hacia atrás y escucha historias que le resultan de lo más familiares. Salían a la luz constantemente en este tipo de grupos; algunas las había recitado él mismo y, para depresión de un hombre al que le apasionaba celebrar su singularidad, casi palabra por palabra. La reunión prosigue y a él le cuesta apartar los ojos de la rubia. Mientras la escruta, marca un ritmo con el zapato sobre el suelo de madera. Rezuma concentración e inteligencia mientras evalúa con cuidado las palabras de quienes intervienen.

Siente alivio cuando anuncian la pausa del café. Sabe por experiencia la cantidad de posibilidades que puede albergar ese descanso en entornos de rehabilitación. Opta por encargarse en primer lugar de los asuntos urgentes y se disculpa ante Mickey, usando el nerviosismo como excusa para su comportamiento beligerante y ofensivo. El fortachón, que un rato antes parecía dispuesto a romperle las piernas, acepta con amabilidad sus disculpas. Extiende el brazo. Intercambian un caluroso apretón de manos. «Hay que ser un gran hombre para reconocer los errores.»

Tras asentir con una sonrisa seca, Sick Boy se escabulle y aborda a la rubia, que está al lado del dispensador verde de café. De inmediato percibe que es rubia de bote: se notan las raíces castañas. «Hola», sonríe.

Ella levanta las cejas, muy depiladas, formando un encantador

arco doble que enmarca una mirada fuerte. «Has estado impresionante.»

«Gracias. No me malinterpretes, lo de la sobriedad va en serio, no pienso volver a ese agujero negro», declara Sick Boy con ímpetu, «pero no estoy convencido de que este sea mi carro. No quiero pasarme la vida hablando de lo horribles que son las drogas y oyendo historias de vidas jodidas. Esa mierda ya la tengo muy vista.»

«Yo estoy exactamente igual», dice ella asintiendo. «Por cierto, me llamo Amanda.»

Su acento, aunque un poco atemperado por una impostada nasalización típica del estuario del Támesis, revela que es una niña bien de escuela privada; su ademán, distendido pero controlado, no hace sino intensificar dicha impresión.

«Encantado de conocerte, Amanda. Yo soy Simon...»

«David Williamson. Has sido muy categórico al respecto», dice ella, poniéndose un poco colorada.

«Bueno, Amanda, por lo que se ve estamos en las mismas, y no sé si encajamos del todo aquí», apunta con una sonrisita, mirando al grupo que los rodea.

Mickey se deshace en sentidos lamentos ante una Caz inflexible. «Mi niña pequeña... ¿Por qué no me deja ver a mi niña pequeña?...»

Sick Boy muestra a Amanda la taza de poliestireno llena de un líquido que parece ácido de batería. «¿Quieres que nos vayamos a alguna parte a tomar un café de verdad?»

«¿En plan escaparnos? A lo mejor no les parece bien.»

«Pues que no les parezca bien.» Despliega una sonrisa torcida. «Que estemos limpios no significa que no tengamos derecho a alguna transgresión.»

La sonrisa conspiradora de Amanda lo ilumina por dentro. Lo convence de que son amantes en potencia.

Con la excusa de ir al baño, se escapan por separado; primero Amanda, después Sick Boy. La alcanza por la calle fría y gris y caminan hasta una cafetería cercana. Él pide una manzanilla. Amanda opta por un café, se enciende un cigarrillo y le tiende otro,

pero él declina la oferta. Ella mira la infusión transparente. «¿Qué es eso?»

Él la informa antes de explicarse: «He puesto el tabaco en el mismo saco que los demás estupefacientes. En ocasiones me permito un café italiano en condiciones, pero...». Mira con arrogancia a la mujer al otro lado de la barra. «No estoy convencido de que el grano de aquí sea de calidad. Además, me niego a consumir cafeína o nicotina como droga de sustitución por defecto. Mira a los capullos esos de antes: deseando una pausa para fumar y tomar café, temblando que flipas y fingiendo que están sobrios», declama. «¡Por favor!»

Amanda asiente despacio a cada palabra, sopesándola con cuidado. En ese momento Sick Boy piensa: *abandona el deje escocés*. Luego la rubia le da una calada larga al cigarrillo antes de afirmar en tono pensativo: «Lo que odio es la fijación absoluta y constante con las drogas. Nunca estaban tan presentes en mi vida cuando me metía».

Sick Boy asiente para mostrar conformidad, totalmente cautivado. Consciente de ello, se abstrae para intentar entenderla. Mientras hablan, llega a la conclusión de que Amanda no padece de nada aparte de lo que él considera una autoobsesión de lo más respetable en una joven mimada y de buen ver. Deciden tomar el metro hacia el centro y se apean en Russell Square para pasear alrededor del Museo Británico.

Para cuando salen, ya está cayendo la noche y el débil calor de octubre se evapora poco a poco. Amanda lo invita a su casa a tomar otra infusión. Él acepta. De camino al metro, intercambian miradas coquetas, algo tímidas, sin prestar apenas atención a las gotitas de lluvia que los salpican. Sueltan risitas cuando sus ojos se cruzan, disfrutan del baile.

El piso de Amanda está en Swain's Lane, en Highgate, situado encima de un supermercado en una hilera de tiendas exclusivas. Presume del mismo tipo de fachada de estilo neotudor que las viviendas del barrio ajardinado de Holly Lodge Estate, cuya entrada se sitúa cerca. Sick Boy, acostumbrado a prefijar el término *elegante* a este distrito, se siente defraudado al encontrar una choza muy

parecida a la que él tiene en Islington, aunque con una pequeña habitación adicional.

Ella prepara té y tuesta unos sándwiches en la estrecha cocina. Él cuelga su abrigo empapado en una silla. Se sienta ante la mesa, endeble. Estira las piernas, recoge un ejemplar del *Guardian* y finge leerlo. Siente que Amanda lo mira de nuevo cuando coloca ante él las dos tazas descascarilladas y un plato con los sándwiches de queso. La cocina es un caos de platos sucios apilados. Sin drogas, Sick Boy no tolera el desorden y la suciedad. No obstante, se resiste al pánico, ya que el acento de Amanda sugiere que proviene de un lugar mucho más salubre, y supone que su tolerancia ante la porquería disminuirá, como solía ocurrir con los hijos de los ricos: normalmente, cuando contrataban a otra persona para que se encargase de las tareas domésticas. Las suposiciones de Sick Boy sobre el estatus de ella parecen confirmarse cuando Amanda le informa con cierta culpa de que su padre es el propietario del piso de Highgate, aunque hace hincapié en que ella le paga el alquiler.

Hay algunos CD en la mesa. Uno de ellos llama la atención de Sick Boy. Increíble: es *Destroy Western Democracy*, del grupo de su viejo amigo Stevie Hutchison, Big Tobacco. Su alabado debut había allanado el camino de Stevie y su grupo para hacer lo típico de los grupos famosos: firmar un contrato con una discográfica importante, salir en el programa *Top of the Pops*, aparecer en la portada de la revista *New Musical Express*. Por inconcebible que pareciese entonces, resultaba que el capullo carardilla lo tenía todo para convertirse en una verdadera estrella. La absorbente fascinación por su viejo compañero de clase pronto dio paso a unos celos abrumadores que hicieron que Sick Boy suspirara de alivio cuando el grupo implosionó un año después. Sacaron un segundo álbum mierdoso por el que perdieron el contrato con la discográfica y acabaron tocando en conciertos chapuceros en pubs, ocupando espacios penosos en festivales y haciendo de teloneros para que el siguiente grupo de irrelevantes disfrutase de sus quince minutos de gloria.

«El grupo de mi colega», declara Sick Boy, sintiendo la incomodidad del mentiroso en serie al verbalizar esa verdad. Era

todavía peor: Stevie Hutchison era amigo y antiguo compañero de grupo del traicionero Mark Renton. Sick Boy se había consolado al saber que, si la carrera ascendente de Stevie le había producido ansiedad a él, al *cabrón del Judas pelirrojo* debía de haberlo reconcomido aún más. A fin de cuentas, Stevie lo había largado –con buen criterio– del grupo inicial. Pero ahora Renton, dondequiera que estuviese, estaría tremendamente aliviado.

«Sí, el cantante es escocés. Stevie H.»

No me jodas, resulta que Hutchie, el niño calladito, siempre escribiendo en su cuaderno al fondo de la clase, acaba ayudándome a echar un casquete. ¡Qué movida!

«Un gran tipo. Un colega del colegio, en...», y Sick Boy siente que la L por la que empieza el nombre de su lugar de origen le arde un instante en los labios, «Edimburgo.»

«Es un disco estupendo.»

«Una pena el segundo.»

«No lo he oído.»

«Pues mejor.»

«¿Es tan malo?»

«Stevie me dijo que estuvieron enfarlopados todo el tiempo y que grabarlo casi acaba con el grupo.»

«La cocaína... Cosas que pasan», dice Amanda con pesar.

Quizá a las niñas pijas y a las estrellas del rock...

Intercambian los datos de rigor sobre su curro. Amanda trabaja para la agencia de empleo GLG (Grandchester, Lewis y Gorst) de Fitzrovia, especializada en la búsqueda de ejecutivos para empresas, con oficinas también en Mánchester y Birmingham. Le explica que los jefes, Vivian Grandchester, Kim Lewis y Hilary Gorst, eran compañeros de universidad de su padre. Compartían la distinción de llevar el nombre de sus abuelos, que tenían aquellos nombres femeninos debido a una antigua excentricidad de la clase alta. Resultó ser una experiencia que los unió: al graduarse, los compañeros fundaron la empresa con el nombre autodespectivo de Agencia de Empleo Solo Chicas. Se sintieron avergonzados cuando la revista *Cosmopolitan* los seleccionó por error para un concurso de

mejores negocios femeninos. Inmediatamente cambiaron el nombre de la empresa a GLG.

La historia interesa a Sick Boy, pues proporciona más pistas sobre el trasfondo de Amanda. Tras resistir la tentación de seguir indagando, entona su perorata sobre grabar y montar o editar vídeos. Es lo que estudia en el Hackney College al tiempo que trabaja en un sex-shop del Soho y le busca chicas a su amigo Andreas, el chulo griego.

«¿Qué cosas filmas?»

«Por lo general, bodas: se han convertido en un negocio en alza.» Sick Boy alza la taza y le da un sorbo al té Earl Grey (Amanda no tiene manzanilla) antes de añadir un azucarillo. Luego alarga la mano por encima de la mesa y coge con suavidad a Amanda por la muñeca. Le da un apretón. Es la primera vez que se tocan.

«¿Me estás tomando el pulso?» Su forma de reírse sugiere que lo encuentra tan encantador como ridículo.

«¿Te puedes quitar los guantes?»

Amanda se quita los mitones de encaje. Él vuelve a cogerla de la mano y se la abre. «Una línea de la vida muy clara», y sonríe, ahondando en sus ojos.

Ella le devuelve una mirada resplandeciente. Entre ellos se produce una vibración eléctrica. «¿Vamos a acostarnos?»

«No.» Sick Boy se levanta de un modo abrupto. «Me voy.»

Ella lo sigue mientras él se va con paso resuelto por el vestíbulo. «Solo era... Pensé que... No quería ofenderte...»

Sick Boy se detiene y se gira con un movimiento repentino que hace que Amanda se pegue a él. Sus caras están muy juntas. «No me ofendes. Me halagas», y le acaricia el brazo antes de darle un beso suave en los labios. Luego da un paso atrás, hacia la puerta, sin dejar de mirarla a los ojos. «Pero quiero algo más que un polvo.»

«¿Qué quieres decir...?» Los ojos de Amanda se alzan con excitación incrédula, y se aparta el pelo.

Él vuelve a besarla. Esta vez con pasión. La aprieta fuerte. Introduce lentamente un poco de lengua. Disfruta de la respuesta de ella cuando surge un morreo de pleno derecho. Al separarse, siente que ella está temblando. No le da demasiada importancia: si se está

recuperando de la adicción a la droga, es posible que todavía tenga los nervios alterados. Pero su conducta y sus ojos fogosos aportan pruebas más definitivas de que le ha causado impresión. «Ay, Dios... ¿Qué...?»

Para facilitar que sus ojos se empañen, Sick Boy recuerda episodios de injusticias contra su persona y al final se queda con las humillaciones que sufrió en la escuela. Tiene el don de convocar el *pathos* a voluntad. Lo cual ha demostrado ser una habilidad vital muy efectiva con su madre, sus hermanas, profesoras y amantes. Le susurra al oído: «*Sono dipendente dai tuoi baci*...».

«*Sono*... ¿qué...? ¿Eso qué significa?»

«Significa que soy adicto a tus besos. Y, como cualquier buen yonqui, pienso volver por más.»

«¡Bueno, a mí también me gustan los tuyos!»

Sick Boy ve un bloc de notas viejo debajo de un teléfono de pared. Lo coge y se lo da. «Quiero que escribas aquí tu nombre, así como tu número de teléfono, claro, pero que sea tu nombre completo. Quiero verlo de tu puño y letra.»

«¿Como Simon David Williamson?»

«Exacto.»

«No me gusta demasiado esa parte de mi nombre... Me da un poco de vergüenza.»

«Venga. No voy a juzgarte.»

Ella lo garabatea.

Simon observa el nombre escrito con la letra florida pero precisa de Amanda. Lo señala con el dedo. «¿En serio?»

«Por desgracia, sí.»

«Hasta pronto, Amanda Genevieve Coningsby», guiña un ojo y se marcha.

La filosofía de la primera cita de Sick Boy habita por lo general el ámbito de la caballerosidad, tipo «quiero que nos conozcamos primero». Pero se despliega estratégicamente para dejar a la otra parte lo más confundida posible. Cuanto menos sepan de ti, más se esforzarán por enterarse. La vida, en esencia, es una transacción que conlleva negociaciones, y una posible garantía de alcanzar objetivos es controlar el nivel de incertidumbre de la otra parte.

Sick Boy decide evitar el metro; camina hasta Islington por el enorme y agreste laberinto de callejuelas del norte de Londres. Los árboles pierden hojas con profusión, puesto que el verano se retira para dar paso al otoño. El vapor tóxico del tráfico aumenta la creciente desesperación, a pesar de que por las ventanas abiertas de algunas casas y de algunos vehículos en movimiento sigue filtrándose música desafiante. Pero a Sick Boy le parece una segunda primavera.

Al llegar a su propia morada en Offord Road, se tumba en la cama y se masturba distraído, pensando que Amanda estará haciendo lo mismo. Con la libido totalmente restaurada tras desintoxicarse de la heroína, Simon David Williamson está encantado de haber resistido la tentación, sobre todo con Amanda Genevieve Coningsby, cuyo nombre completo figura en una hoja de papel con letra que imagina digna de Jane Austen o Emily Brontë. Pero considerarla solo material follable sería un error de aficionado. Si uno ve así a la otra parte, esta acaba por hacer lo mismo, y, tras dos semanas de explosión de endorfinas, ambas partes se quedan con la abrumadora tarea de tallar una relación que funcione a partir de unas sábanas sudadas. Empezar mediante el sexo, pero no dejarse definir por él. Controlar el propio deseo, ese era el reto. Porque, en cuanto Sick Boy vio a Amanda entrar en el centro comunitario, se dio cuenta de que aquello era caza mayor.

Eres una belleza... Esta no es para Andreas, ese metalero renegrido... Un polvo tan fino no... Amanda Genevieve Coningsby...

Pero tales proyectos necesitaban recursos, y la bilis sube despacio en el vientre de Sick Boy cuando piensa en su antiguo compañero pelirrojo.

Renton.

Siente que la erección se le derrumba en la mano.

3. DE NARICES EN ÁMSTERDAM

> Nunca sabes lo que es suficiente a no ser que sepas qué es más que suficiente.
>
> WILLIAM BLAKE

Me cuesta describir este hotel sin usar la palabra mierda. En esta ciudad siempre se paga por algún tipo de amor, y tengo doce de los grandes quemándome el bolsillo, excavando un agujero insinuante que me llega a los huevos. Nunca he pagado por sexo, y ahora me intriga poder hacerlo. Me he abierto una cuenta bancaria gracias al empleado comprensivo que ha obrado el milagro de ayudarme a superar el enloquecedor batiburrillo de formularios en holandés. Tendría pasta de sobra para un catre mejor –en el Golden Tulip, el Doelen, el American o incluso el Hotel Amstel–, pero esta es mi baza, no dinero para el día a día. No me sirve de nada si no me sirve para algo.

Para qué, ni puta idea.

Y, en uno de esos antros pijos, un yonqui que no hace más que temblar y moquear por el síndrome de abstinencia llamaría la atención como un coño en un cubo lleno de pollas. Vine aquí por el anonimato: lo último que quiero es llamar la atención. Hay soplones asquerosos metiendo las narices por todas partes: en Edimburgo, en Londres y hasta en Ámsterdam.

Una entrada del diario:

Me doy cuenta de que jugársela a los chicos ha implicado quemar los barcos, mandarlo todo a la mierda. A mis padres. A mi familia. A mis amigos. Mi ciudad. Ya no puedo formar parte de su órbita de forma significativa. Enfrentarme a lo que he perdido me hace sentir más rastrero que nunca. A veces me duele un huevo. Pero muy muy pocas veces pienso que no fue absolutamente esencial. Iba directo a convertirme en una baja con todas las letras. Si hubiera podido traerme a los otros, lo habría hecho. Pero no era posible.

Hay que elegir la bolsa para elegir la vida.

No, no puedo volver, a pesar del bajonazo que me da estar en este hotel horrible con vistas al canal gris de Singel. Ahora me aburre llevar este diario, lo cual puede ser un indicador de que estoy mejorando. Y salgo más, voy a cafés y a bares con la esperanza de hacer contacto visual con alguna desconocida atractiva. Por supuesto, siempre apartan la mirada, quizá pensando *bicho raro.* Llevo sin compañía lo bastante como para emparanoiarme con esta situación, a sabiendas de que apesto a tipejo y a perdedor.

En efecto, al caer la noche, las calles de las ciudades no son lugar para quienes siguen frágiles. Sin embargo, acabo saliendo ante el recepcionista de mirada suspicaz, un tipo esquelético con la camisa blanca almidonada y los ojos hundidos y atormentados. Me interno en el barrio rojo y, al pasar ante los escaparates llenos de fulanas, me acuerdo de la vez que Sick Boy me llevó con una. No pude follar con aquella mujer por dinero. Me pareció mal. Le pagué por su tiempo y charlamos. Al principio era raro, pero luego hablamos de Dresde, su ciudad, luego de la guerra y del auge del fascismo en Europa. Me dijo que era un buen chico y me besó en la mejilla. Cuando me encontré con Sick Boy en el hotel, me arreó una palmada en la espalda y me llevó a rastras al bar. Después esa misma noche me dijo: «Admiro que no sueltes prenda, Renton, incluso con una puta. Es una muestra de clase».

Me alegra dejar atrás esas calles y dirigirme hacia los evasivos camellos y buscavidas de la plaza Dam, cruzando en dirección al barrio de Jordaan y al lugar en el que sé que me ahogaré entre cuerpos sudorosos.

Me meto dentro del club, solitario e incómodo. La pista de baile está medio llena y la gente intenta sacar lo mejor de la cansina música disco que ofrece. Por suerte, otro DJ ocupa la cabina y

pronto la cosa evoluciona hacia una electrónica más interesante y enérgica, con artistas como Divine proporcionando ritmos que suben por las suelas de mis zapatillas mientras la pista se va llenando poco a poco. La pequeña sala no tarda en estar abarrotada y el hielo seco crea una niebla escocesa, pesada y bronquítica en mis pulmones escuálidos. Siento que tengo las fosas nasales como los cañones de una escopeta. Si estornudo, cubriré el club y a sus ocupantes de moco verde. Me aparto y me abro paso hasta la barra. Pido una cerveza y me quedo en un rincón mirando a los juerguistas. Debo de tener una pinta aberrante de rarito aquí plantado, bebiéndome una cerveza a sorbos. La soledad es sin duda una pista de baile abarrotada. Entonces oigo una voz pegada a mi oreja. «¿Tienes *speed*, colega?»

Acento de Mánchester: siempre asocio ese tono a buen rollo y peña guay. No tengo ni azules ni *speed* ni el eme que todo el mundo se mete, pero entablo una conversación con el tal Gareth y su colega Teddy sobre temas básicos: música y fútbol. Teddy habla con unas chavalas. Su atractivo y su seguridad lo distinguen como follador. Desaparece un rato y vuelve con varias rulas de dexedrina y éxtasis. En cuestión de media hora vamos cieguísimos y estamos pasándolo de miedo. Las pastillas son suaves y agradables, no demasiado visuales pero muy bailongas. Hay bastantes chavalas y los tipos de Mánchester y yo nos echamos algunos bailes con ellas; nos separamos de vez en cuando para gritar chorradas que nadie oye, sin abandonar nuestro gesto de dibujo animado cursi.

La vida es cojonuda. Ámsterdam es cojonuda. La gente es cojonuda.

La euforia es tan infecciosa como repulsiva es la paranoia. Atraído por nuestro rollo, se congrega a nuestro alrededor un grupito y acabamos yendo a una fiesta en una casa cercana, por el canal de Prinsengracht. Es el hogar de un tipo holandés, Arjan, con el que he hablado un par de veces en la discoteca. Se unen a nosotros tres chicas: Antonia, Serena y Callie. Quizá sea el eme, pero todas se funden en una masa impresionante de belleza y gracia: ojos, dientes, pelo y piel brillan con energía de diosa colectiva.

El tal Arjan tiene arrogancia a espuertas. Cuando señalo un

agujero grande en el techo, me dice que podría arreglarlo «así» y chasca los dedos en mi cara para darle efecto, pero no quiere «que el casero se meta en sus historias». El hecho de que tenga un sofá y una silla reclinable de cuero que desentonan por su aspecto caro implica que podría no estar tirándose el moco. Aparte de eso, la vivienda está llena de cajas. Obviamente, tengo curiosidad por saber lo que hay dentro, y él se ha dado cuenta, porque siento que el cabrón me está clavando los faros.

Está entrándole con insistencia a Serena, pero a ella le tira más Teddy, el guaperas de Mánchester. Me parece que a él también le mola, pero no piensa hacer nada al respecto porque estamos disfrutando de la munificencia de nuestro anfitrión. Cuando baja el efecto de las pastillas, Arjan saca cocaína; yo solo me he metido un par de veces y me ha parecido una basura, pero esta no tiene nada que ver. Se me duerme la cara, el corazón me late en el pecho, sudo como una puta en el turno de noche y estoy pensando en invadir Polonia. ¡Esta es mandanga de la buena!

Cosa que explica, al menos en parte, la soberbia de Arjan. Se enrolla como una persiana a mil por hora, en perfecto neerlandoinglés, sobre un sitio llamado Zandvoort, que no está lejos de aquí. «Una playa nudista... Menudos coños, chaval... Perdón, chicas.» Se dirige a las mujeres. «También hay buenas pollas por allí para vuestro disfrute...»

Antonia y Serena hacen caso omiso de forma deliberada, y Callie tuerce el hocico.

«Ojo, que aquí también las hay buenas», dice Gareth. Una intervención desafortunada; mientras Arjan tose, se puede ver a las tres chicas recogiendo el abrigo mentalmente.

Teddy mira a su colega con desdén y luego me mira a mí. «Rollo farlopero, no rollo eme», y arregla las cosas poniendo una cinta con temas de grupos de Mánchester: Roses, Mondays, New Order, Cairpits, ACR, 808 State.

«¡Mánchester!», grita Antonia. «Me encantaría ir.»

«Cuando quieras, estás invitada.» Teddy mira a su alrededor con una gran sonrisa. «Estáis todos invitados.»

Mientras las chicas se van soltando un poco, Arjan me come la

oreja sobre un colega suyo que tiene una empresa de alquiler y que podría buscarme un piso «así». Suena a sandez de cocainómano: encontrar alojamiento en Ámsterdam está jodidísimo. Pasa un buen rato, pero al final nos bajan las drogas, la fiesta termina y salimos a la luz de la mañana para que cada uno tome su camino convertido en zombi en cuerpo y mente.

Vuelvo al hotel, pero no puedo sobar. Hace mucho que no veo a la sexi Monique por aquí. Debe de haber pasado página. Me siento a leer los *Cuentos de Canterbury* de Chaucer y disfruto del inglés medieval. Hay que leerlo en voz alta para pillarlo: no estamos acostumbrados a ver palabras así impresas. Oigo el ruido habitual de abajo, lo cual indica que están poniendo el desayuno. Bajo de puntillas y me obligo a tragar dos cafés solos, un cruasán y medio bocadillo de queso. Luego salgo a pasear por los canales en forma de herradura. Me quedo sopa un rato en Vondelpark, con el débil sol dándome en la cara. Al despertarme unas horas más tarde, me siento como si alguien me hubiese cagado en la boca.

Al llegar al hotel, me sorprendo al descubrir que hay un mensaje para mí en recepción firmado por Arjan: dice que llame a un tal Miz.

Más tarde quedo con Gareth y Teddy en el *coffee shop* Pink Floyd de Haarlemmerweg. Nos colocamos a base de costo y *space cake.* No soy un fumeta, nunca lo he sido, por lo general me da sueño y hace que la compañía me resulte aburrida, pero ahora me sienta muy bien derretirme poco a poco. Me ayuda con la abstinencia de la heroína, que perdura, o quizá con la abstinencia del éxtasis o de la coca. ¿Quién sabe?

Pero tengo que mandar todo esto a la mierda. No dejaré de tontear con ello, ni de hacer mis incursiones ocasionales. Eso es así. Es solo un juego. Pero ahora siento la necesidad de currármelo para ganarme la diversión, para saborearla de forma más auténtica.

Gareth y Teddy van a Centraal Station para coger el tren al aeropuerto. Es una pena que se vayan; las pastillas, el perico, las discotecas y la experiencia fiestera han acelerado la amistad, como suele ocurrir, y nos despedimos como viejos amigos. Seguramente vaya a visitarlos a Mánchester, además de a otra gente. Siempre me ha gustado esa ciudad. Una nube negra me persigue hasta el hotel,

me atormenta la sonrisa de mi viejo amigo Frank Begbie, y caigo en la cuenta de que la misión de su vida va a ser buscarme y matarme. No es tanto una personalidad Jekyll y Hyde como un Hyde a secas. Me desafía a alzar la vista, a robar una mirada más. Cuando lo hago, me siento aún más oprimido y luego me deja un murmullo atronador en los oídos.

4. LA MAGIA SUBVERSIVA DEL AMOR

Toqué un aire dulce y pesaroso
que narraba una historia augusta
canción antigua que casaba
con la ruina agreste y vetusta.

SAMUEL TAYLOR COLERIDGE

En esta mañana gris paso una cantidad inhabitual de tiempo deliberando entre mi fiel Lambretta o la irregular pero gratuita North London Line –nadie controla los billetes– para ir al pésimo curso de producción fílmica en Hackney College. Como se están congregando nubes nefastas, opto por la segunda opción. Estoy deseando exhibir la grabación de Mona y Candy, unas fumetas agilipolladas de la taberna de Pepys a las que convencí de que echasen un casquete en nombre del arte.

El edificio de la escuela es una ratonera sin alma, pero entro con paso brioso, anticipando con deseo la exhibición de mi obra para la clase de montaje, en parte financiada por el gobierno a través de la Comisión de Recursos Humanos.

Mi buen ánimo no dura mucho. Tras poner la película, los gemidos de la pantalla no tardan en suscitar más, así como chasquidos de lengua y risitas. Mis compañeros y mi tutor, Mervyn Douglas, se revuelven en sus asientos. Lo cual hace que quiera largarme, no solo de la sala, sino de este distrito estancado que el traidor pelirrojo y yo

antaño llamábamos nuestro hogar para regresar a Islington, barrio de movilidad ascendente.

La cosa dura un buen rato y luego se oyen varios comentarios desdeñosos antes de que Mervyn el Pervertyn se levante a apagar el vídeo y extraer la cinta entre abucheos de los ocho compañeros de clase restantes, incluida Lissa, una pava feminista a la que me cepillé. Le va tanto la carne como el pescado y está muy en contra de la censura. Mervyn no está contento. «Pues... está bien editado, Simon, pero no podemos mostrarlo como trabajo de clase. Es decir, aunque se filmó con el equipo de la escuela», protesta mientras se le hincha el cuello sin barbilla bajo los ojos ofendidos y el pelo cortado a lo escobilla de baño. «Es decir, es demasiado explícito. ¡Es pornografía!»

Un puto burócrata estúpido que no aprecia el arte. Todo este esfuerzo me parece cada vez más una fútil pérdida de tiempo. En estos apagados pasillos, en estas aulas estériles, abunda el filisteísmo. El muy pajillero no ha filmado una película en su vida que no fuera mierda de estudiante. ¿Qué se le puede decir a un empollón tan poco ilustrado, incapaz de distinguir entre erotismo de buen gusto y vulgar pornografía? *En realidad, trabajo en esa industria*.

Mi pérdida de interés por este curso –que empezó cuando me tiré a las dos únicas yeguas follables que hay en él– ha alcanzado su masa crítica. Una de ellas, Caitlyn, me apuñala con la mirada, recelosa desde que le solté aquello de que «para los hombres es probablemente más importante ser feminista, dada la influencia que el patriarcado tiene en nuestras vidas», para meterla en la cama. Ahora se muestra suspicaz respecto a mis motivaciones. Hora de contraatacar. Miro a Mervyn a los ojos. «Esta es una clase de edición, ¿correcto?»

«Sí, pero...»

«Por tanto, el contenido filmado es una consideración secundaria respecto al hecho de que hay que componerlo siguiendo una estructura narrativa coherente, ¿verdad? Se nos va a dar orientación sobre la edición de la película, ¿verdad?»

«Mira, en realidad no creo...»

Pero no he terminado. «Usted dijo que filmáramos algo que nos interesase, ¿verdad? Aquí está: la sexualidad femenina», concluyo, señalando la pantalla en blanco.

«Tengo que pedirte que te lleves esto de la escuela.»

«¡Esto es censura! ¡Es indignante!»

«Hackney College recibe fondos de la Autoridad Educativa de Londres interior y sigue una norma antisexista, y aquí...»

Golpeo la mesa con el puño una, dos veces para acallarlo. «¡Exacto! ¡Sexual y sexista son constructos distintos! Va en contra de la norma de igualdad de oportunidades de la escuela discriminar por razones de orientación sexual. ¡Aquí tenemos a dos mujeres homosexuales haciendo el amor!»

Mervyn el Pervertyn menea la cabeza exasperado. «Esto no es más que pornografía para la mirada masculina. Tú no eres lesbiana, Simon.»

«Si hubiera nacido con un coño en vez de una polla lo habría sido.»

Lissa se ríe con disimulo, así como Croxy, un punki inquieto con cresta y el único varón de la escuela al que tolero debido a su don del silencio. Los demás no me importan lo más mínimo. Renton me ha amargado las amistades con hombres. Nunca volveré a tener tanta cercanía con otro. Son una pérdida de tiempo: capullos feos, burdos, vanos, engreídos, con su voz estúpida y sus gilipolleces dispersas y arrogantes.

Después de esta farsa total, decidimos ir al Pepys a tomar unas birras. El pub está lleno de okupas inscritos en cursos subvencionados fingiendo ser estudiantes, o de pobres diablos a los que han sacado del paro para meterlos en un programa esclavista de la Comisión de Recursos Humanos. En la barra hay dos depredadores alcohólicos de mediana edad que fruncen el ceño y miran con lascivia hacia nuestra mesa; tienen ganas de charla, pero la priva les ha ablandado tanto la lengua y el intestino que sus posibilidades de éxito son mínimas, incluso con presas tan descacharradas como las que hay aquí. Caitlyn se ha descongelado un poco y ahora me propone que intente pensar menos en

pornografía. Luego, después de otra consumición, me pregunta: «¿Da dinero?».

«Da dinero todo lo que haces con pasión», contesto como un autómata, sin creerme ni una palabra. Quiere hacer anuncios publicitarios. No está mal como vocación.

Lissa, que quiere hacer cine de agitación política, interviene: «Qué puta pérdida de tiempo».

En el *impasse* que sigue, Croxy pasa una papelina con base desmenuzada. Le gusta drogarse de vez en cuando. Yo la rechazo en tono respetuoso. No volveré a dejar que la droga –sea del tipo que sea– interfiera en mis negocios.

Por la misma razón, declino la propuesta de una segunda cerveza y me despido. Fuera se está produciendo algún tipo de protesta ante el ayuntamiento. Que le den a esa mierda: me voy hacia el oeste, al Soho. A menudo Hackney, con su ausencia de servicios de metro, parece un trozo del sur de Londres tirado de cualquier forma a este lado del río. Puede que uno empiece al este –y mi primer domicilio londinense fue en Forest Gate, en Newham–, pero siempre hay que ir hacia el oeste.

Tardo una eternidad en llegar a la tienda a través de las callejuelas lluviosas del verdadero Londres. Los libros casi no se ven a través de las ventanas tintadas, tan sucias que en realidad no necesitaban tal tratamiento. Entro por debajo del cartel cutre que declara: SALÓN DE CINE Y LITERATURA PARA ADULTOS DEL SOHO.

Aparte de un estudiante gafotas toqueteando con nerviosismo un ejemplar cochambroso de *La historia de O*, la planta baja está vacía. Me pregunto quién está trabajando en el sótano, pero en vez de bajar voy a la trastienda y subo por la escalera en espiral, tan estrecha que casi se podría considerar escalera de mano, hasta la oficina con dos ventanas de la planta superior.

La peste a tabaco es abrumadora. La silueta rechoncha de Tony Mockridge está junto a la ventana, mirando hacia fuera, al kilómetro y medio cuadrado de sordidez con su habitual careto beligerante. Fumador empedernido, está hablando de caballos consigo mismo: «... Tenía que haber apostado por el mierda ese de las 14.30 en

Sandown... Y mira que iba bien asesorado. Por el mismísimo Ardilla en persona. Menuda forma de...».

El taimado «Lincoln» Liam también da una calada a un cigarrillo desde el escritorio mientras enreda con el fichero rotativo. Se podría plantar una buena cosecha de patatas de su pueblo en la roña que lleva debajo de las uñas, tan manchadas de nicotina que parecen de carey. Mocksey me saluda al verme, pero Liam pasa de mí, es un cabrón malhumorado y rabioso que suele oler a sótano húmedo. Percibo una tensión residual en la sala: está claro que ha tenido lugar algún tipo de discusión.

Como para confirmar mis sospechas, Mocksey dice, mirándome primero a mí y luego a Liam: «Lincoln... Pasé por allí una vez. No es que estuviera chapado: es que nunca había abierto».

Sonrío, un gesto que no pasa inadvertido para Liam, quien se avergüenza de su mote. Ser oriundo de una ciudad pequeña como Lincoln no le confiere mucha credibilidad en el círculo de malhechores en el que se mueve. Por supuesto, los colegas, a sabiendas de que es su punto débil, lo sacan a colación sin parar. Sumiso ante la carcajada amenazante de Mocksey, Liam se concentra en el fichero.

Tony Mockridge tiene la jeta como un huevo cortado por la mitad y el pelo negro y rizado le cae formando un flequillo extraño cuya punta casi toca sus pobladas cejas. Solo unos ojos de un azul imposible y unos dientes tan blancos que resplandecen rompen el color ladrillo de su careto. No hace mucho que trabajo a media jornada para él después de que me recomendara Andreas, mi amigote chulo-barra-hotelero de Finsbury Park. Mocksey se había metido en el mundo del porno «por la puerta de atrás», como decía él mismo. Quién sabe con qué artimañas se hizo con una librería medio respetable en el Soho. Para analizar de inmediato el mercado, empezó por instalar una sección de pornografía en el sótano al tiempo que se deshacía de la literatura, salvo por *thrillers* de aeropuerto y obras «de buen gusto» como *Las 120 jornadas de Sodoma* y *La historia de O*. Después cambió radicalmente la imagen del negocio: oscureció las ventanas del local, subió el material explícito y llenó la parte de abajo con vídeos para adultos y juguetes

sexuales. Completó el cambio con un nuevo cartel que anunciaba el establecimiento como SALÓN DE CINE Y LITERATURA PARA ADULTOS DEL SOHO, en lugar del vulgar nombre anterior, LIBROS SOHO.

La mirada algo venenosa de Tony permanece clavada en la coronilla del entretenido Liam antes de volverse para dedicarme una sonrisa. «¿Todo bien, chaval?»

«Por supuesto, amigos», contesto, porque me parece de buena educación incluir al amargado de Liam, «listo para pasar a la acción.» Hago un breve saludo marcial.

Liam no levanta la vista, y los ojos de Tony vuelven a él.

Sin ganas de respirar ese ambiente tan tóxico, bajo al sótano, donde trabajo vendiendo vídeos, consoladores, vibradores y muñecas hinchables a una clientela de lo más variada. La mayoría son pajeros inadaptados de lo más obvio, estudiantes célibes a su pesar, viajeros curiosos, empresarios que todavía no han salido del armario e inquietos habitantes de las zonas residenciales cuyas esposas hace mucho que dejaron de recibir pollas..., al menos las suyas. De vez en cuando también vienen los grupitos de oficinistas borrachas y risueñas para comprar artículos de fiesta.

No obstante, mi fascinación personal es la sección gay, pequeña pero cada vez más popular. Y es que he decidido que va a proporcionarme el material que con gran generosidad mandaré a un viejo amigo y paisano. Ahora que vuelve a ser huésped de Su Majestad a causa de una agresión estúpida y trivial en un pub y que está literalmente rodeado de pollas las veinticuatro horas del día siete días a la semana, podrá beneficiarse de tan imaginativo despliegue de guiones sexuales. El sótano está desierto, salvo por un pervertido solitario que está haciendo acopio de valor para comprar una muñeca desinflada metida en una caja con expresión de sorpresa y tan sexi como el espantapájaros Worzel Gummidge en versión fetal mientras yo meto los títulos seleccionados en un sobre acolchado de color manila para mandarlos al norte.

Al terminar, Tony Mocks entra con su socio, Lawrence Croft, cuyos ojitos se pispan de que he estado rebuscando entre la pornografía gay. Vacila un segundo y luego acompaña a Tony a un rincón. El tono susurrante de su conversación deja claro que no está pensada

para otros oídos, así que mantengo las distancias. El ceño fruncido de Tony, visible desde la luna, me confirma que ha sido la mejor decisión, de modo que me voy a la cocina de la trastienda a poner la tetera eléctrica y a prepararme un café instantáneo de Mellow Bird.

De pronto, Croft se planta en la entrada y me mira. Es un tipo de unos cuarenta tacos, guapo y bien arreglado, con su chaqueta de cuero, una camisa sedosa de color amarillo, el pelo trigueño en abundantes ondas (resaltadas, creo yo, con loción de permanente y tenacillas) y unas gafas de cristales ahumados colgadas de su prominente nariz. Sé que está metido en la producción de películas porno. Con la esperanza de meter el pie en ese mundo, le he enseñado a Tony mis obras de la escuela, y está claro que se lo ha contado. Luego oigo los pesados pies de Mocksey subiendo las escaleras de arriba mientras Lawrence se desliza hacia mí. «Tengo entendido que te interesan las películas de folleteo, chato.»

A pesar de su afectación amanerada y algo teatrera, así como del aroma que desprende (como si se hubiese restregado por el cuerpo la planta entera de perfumería de los grandes almacenes John Lewis), Croft es un londinense del sureste de pura cepa. Oriundo de Rotherhithe, tiene unas manos de estibador que podrían estrangular a un rottweiler y resulta particularmente amenazante al utilizar el término «chato». «Sí. Voy a un curso de producción y edición de vídeo en Hackney College y he...»

«No necesito tu vídeo de presentación», interrumpe con brusquedad. Me mira con ojos ardientes. «Mocksey dice que eres un currante y que tienes buen pulso con la cámara y buen ojo para las faldas. Podrías ser justo lo que ando buscando.» Saca un bloc del bolsillo interior. Lo coloca en la encimera. «Escribe tu nombre, dirección y teléfono aquí.»

Parece buena idea obedecer.

Mientras apunto mis datos, las palabras brotan despacio de los labios tensos de Lawrence, que se abren lo mínimo en esa cara insidiosa que tiene. «Así que estás trabajando con el griego de Finsbury Park, ¿eh, chato? ¿Poniendo firmes a las putitas heroinómanas?»

«Sí, con Andreas.» Mantengo la compostura, termino de escribir,

arranco la página del bloc y se la doy.

«Mocksey dice que eres de fiar. Discreto y tal.»

Eso sí que es una noticia. No tenía la menor idea de que Anthony Mockridge se hubiese fijado siquiera en mí. Por tanto, es todavía más importante que mi respuesta sea correcta. «Bueno, no meto las narices en las cosas de los demás a no ser que me inviten. Agradezco que me ayuden y soy leal a quien lo hace.»

Ni siquiera parece oír mis palabras. En vez de eso, entrecierra los ojos al escrutar el papel. «Del norte, ¿eh?» Lo dobla con cuidado y se lo mete en la cartera. «Iré a hacerte una visita. Hablaremos de tu futuro», y su guiño fastuoso e inquietante me da ardor de estómago, como si me hubieran soltado en él una tonelada de semen ácido. A continuación se da la vuelta y sale escaleras arriba.

Soy consciente de que se me ha acelerado el pulso; podría tratarse de una iniciativa peliaguda, pero me estremezco ante el dulce olor de las posibilidades que me llega a las fosas nasales. Me había olido que la pasta del negocio de la pornografía estaría en la producción de vídeo, de ahí el curso de Hackney College. Veo películas porno de forma compulsiva, y no solo para descubrir la calidad del material. De hecho, casi siempre me salto la mierda barata hasta llegar a los créditos y ver quiénes son los actores, productores y distribuidores, así amplío mi conocimiento de los capitostes de la industria.

Hago cuatro turnos a la semana en la tienda de Mocksey en el Soho. Otro par en el hotel con Andreas, que dice que se me dan bien las mujeres. Sé que es verdad: los mimos de mi madre italiana y mis dos hermanas me han enseñado desde muy joven la mejor manera de manipularlas. Crecí con la expectativa de que, por lo general, puedo inducirlas a cooperar de buena gana. Cuando se averiguan los puntos débiles de cada una, solo hay que dejar que el estrógeno haga el trabajo duro. Y, por supuesto, las que tienen limitaciones sociales o psicológicas son las más fáciles.

Internalizando mis propias experiencias y observando a gente como Andreas, me di cuenta de que una mujer dañada se siente atraída por el mismo tipo de hombre una y otra vez. Había que ser ese tipo: encantador en la superficie, pero totalmente despiadado.

Aunque cualquier mujer puede tener la mala suerte de enamorarse de una persona así, la mayoría aprende del error y con una vez les basta. Las rotas son distintas; no pueden combatir el terrible magnetismo que les inspira esa clase de hombres. Son verdaderas creyentes; a pesar de que todas las pruebas indican lo contrario, están convencidas de poder cambiar justo a ese ejemplar. De que esa vez en concreto el resultado será diferente. Había que convertirse en un experto en identificar a esas chicas, en localizar su depósito de carencias, a menudo oculto bajo exteriores duros. Varios gestos y palabras bien escogidas, seguidos de algunos toquecitos en el lugar correcto, y por lo general la presa revienta. Al fin y al cabo, son solo mujeres con problemas que contemplan erróneamente al hombre como poder superior ante el cual rendirse. Había que ejercer esa fuerza: cualquier muestra de vulnerabilidad implicaba la destrucción. *Sono vigliacchi o prepotenti*.

No resulta difícil encontrar a ese tipo de chicas. Casi nunca soy tan vulgar como para quedarme por King's Cross o la estación de autobús de Victoria, ni siquiera en las cambiantes calles del Soho por la noche, en busca de chicas abandonadas o perdidas. Ese es un juego para aficionados que acaba llamando la atención de la pasma o depredadores rivales. En vez de eso, voy a grupos de rehabilitación y reuniones de Narcóticos Anónimos. La experiencia enseña que el consumo de sustancias es por lo general un indicador fiable de lo jodida que está la gente. En esos grupos entablo amistad con chicas, las escucho, me hago el *innamorato* encantador, luego las reintroduzco en los malos hábitos y acabo pasándoselas a Andreas. No es muy difícil, pero hay que tener el don de la paciencia. Sin embargo, he aprendido que no estoy hecho para ser chulo. Para empezar, porque es mucho curro, y, además, porque, una vez que ha pasado la emoción de la caza, es descorazonador tener que escuchar la misma historia sórdida de siempre en sus muchas variantes. La del típico padre, padrastro o hermano mayor que preparó el guiso que los siguientes novios de tres al cuarto solo tenían que mantener en el fogón.

Muy pocas veces siento compasión por esas chicas. Por lo general son demasiado cansinas como para que empatice con ellas; ya están

perdidas, así que acabarán cayendo en las garras de personas mucho peores que Andreas o yo. El mal ya está hecho; alguien se lo va a cobrar de un modo u otro. No les hacemos ningún bien, eso está claro, pero muy pocas veces suponemos su destrucción total; solo somos un adoquín más en el camino que las conduce a ella.

Así pues, voy a esas reuniones por trabajo y por lo general en barrios más pobres. En las zonas más ricas de la ciudad la historia es distinta: hay niñas ricas que se rebelan. Lo vi en Amanda. Es más difícil chulear a ese tipo de tías porque sus familias tienden a preocuparse por lo que hacen y, en el fondo, poseen un sentido de sí mismas más sólido. Sí, a lo mejor estaban algo perdidas, pero por lo general solo habían tomado un desvío y al final encuentran el camino a casa.

Amanda. Amanda Genevieve, ni más ni menos.

Lo mismo me lleva con ella. Me lleva adonde me corresponde. Adonde yo, Simon David Williamson, pertenezco.

De camino a casa después de mi turno, cojo el nuevo número de la *New Musical Express*. Por desgracia, la mejor época de la revista pasó hace mucho tiempo, pero uno tiene sus costumbres... Hay un desagüe atascado enfrente de casa y en la calle se está formando un río de mierda que tengo que rodear mientras un olor apestoso alcanza mis fosas nasales. Entro aliviado y no llevo mucho rato echado en la cama de este cuchitril de mala muerte, pero al menos cuchitril de mala muerte en Islington, leyendo sobre Whitney Houston, cuando suena el timbre. «Soy yo», dice una voz cansada de abusón por el telefonillo.

Sé quién es. Le abro la puerta y oigo unos pies sorprendentemente ligeros que suben las escaleras.

Lawrence entra, luciendo ahora una camisa lila y un pantalón de franela a cuadros al estilo del oso Rupert, con una cara como si la peste de la alcantarilla le hubiese dejado las narices tan atascadas como las propias tuberías. Le preparo un té en una taza de los Hibs, que mira con curiosidad, por no decir tibia aprobación, cuando la pongo en la mesilla de centro. Nos sentamos en el sofá de mi estrecha sala de estar y me explica lo que ya sé gracias a Mocksey. Lawrence filma pornografía en distintas localizaciones –un piso en

Haringey, una oficina en Mayfair, un almacén en Walthamstow– y suele contar con el mismo elenco de actores. Se lleva la taza a los labios, da un sorbo y luego se pasa la mano por los rizos castaños encanecidos. Un sarpullido le sube por el pescuezo desde debajo del cuello de la camisa lila. «Crear una imagen de marca funciona. Los consumidores tienen a sus favoritos, pero dieciocho meses de priva y perico dejan a cualquiera hinchado y con mala pinta; necesitamos una remesa nueva de carne fresca. Siempre cuento con tu colega Andreas para que me busque posibles talentos, pero no le pone corazón. Y lo entiendo: ¿por qué iba a hacerlo? Se está forrando con las fulanas.» Se encoge de hombros.

«Ya...», respondo con reserva. Me llevo bien con Andreas y no quiero enemistarme con el cabrón griego.

«Lo que quiero de ti es que convenzas a las más monas de que tienen futuro en British Steel. Mejores expectativas. Para una mujer es menos degradante que la prostitución», declara Lawrence mientras se saca una bolsa de plástico y empieza a cortar unas buenas lonchas de polvo fino en la mesa de centro.

«¿*Speed*?»

En su rostro se forma una mueca de desdén. «Venga ya, chato, hazme el favor. No te acerques a esa mierda de pordiosero. ¡Esto es farla de primera!»

Dudo solo un segundo mientras Lawrence me ofrece un billete de veinte libras enrollado.

BANG.

¡HIJOPUTA!

Empezamos a parlotear a cien kilómetros por hora. Al igual que yo, Lawrence está emocionado ante las posibilidades de los vídeos pornográficos. Mis ideas de producciones de mayor calidad y guiones más elaborados no acaban de convencerlo, pero le encanta mi entusiasmo.

Siento que estamos conectando. Me avergüenzo de no tener alcohol que ofrecer, pero él saca una petaca de peltre llena de brandy y traigo un par de vasos adecuados.

Esta farlopa es un motor rugiente que arrastra a la locura y aviva el ego, y pronto queda claro que Lawrence es un auténtico misógino que hace gala de un desprecio absoluto hacia las mujeres. Va más allá de pretender que le busque y filme talentos para el negocio de vídeos pornográficos que Tony y él están poniendo en marcha. «Controlar que los chuminos no den el coñazo. ¿Puedes hacerlo?»

«Sí», le digo sin dudarlo. «En ese caso el jaco hace el trabajo duro.»

«Jaco, pero con esta mierda», dice Lawrence, señalando con un gesto de la cabeza la mesa, donde han aparecido milagrosamente otras dos rayas gordas.

«Sí, a Andreas le gusta que se muevan», digo, observando el disgusto labrado en su rostro contraído. «Los clientes lo prefieren.»

«Puto griego asqueroso.» Lawrence ríe de pronto desde el vientre, mostrando unas fundas de dientes equinas. Observando su buen aspecto en declive, veo en él un exactor porno o un chulo venido a menos. Lo considero como una especie de hermano mayor y se me hiela la sangre cuando de repente me agarra el muslo cerca de la entrepierna y me clava la mirada. «Necesitas un buen polvo», carraspea con crueldad y con un brillo de torturador en los ojos.

Mantengo la calma a pesar de la transgresión y el subidón de perico, pero me siento obligado a poner las cartas sobre la mesa de inmediato. Su misoginia me ha confundido: no conozco a ningún homosexual en Londres que odie a las mujeres. «Lawrence, si lo que quieres es follarme o que te chupe la polla, ambos estamos perdiendo el tiempo. No le veo ningún interés. No eres tú, son los hombres en general; me cortan el rollo por feos y repulsivos.»

Su mirada desprende violencia. «Te he visto revolviendo en la sección de chicos. Estás curioseando, ¿eh?»

Le explico la situación y por qué necesito porno para maricas. Él aprieta los dientes con agresividad mientras sopesa cada una de mis palabras. «¡Vaya, ojalá no fuese como te lo digo, porque aumentaría mis oportunidades de follar un cincuenta por ciento!»

Unos ojos como lápidas me devuelven la mirada. Ni rastro de una sonrisa.

«Solo lo digo porque eres un tipo respetable y me parece que

tienes mucha dignidad; si me follas sin que yo quiera, estaría mostrando una actitud condescendiente hacia ti y yo odiaría tratarte de esa forma. Lo que quiero decir es que te respeto como mentor, como hombre que se interesa por mi carrera.»

La mirada de Lawrence arde, pero noto que afloja la mano. Luego la quita de mi muslo. Me observa absolutamente atónito. Quiere hablar. No puede.

Así que lo hago yo: «Eres un *crack*. En Londres lo sabe todo el mundo», suelto con total convicción, a sabiendas de que Lawrence vale poco menos que nada y, por tanto, se halla al nivel perfecto para responder a tales caricias en el ego. «Me siento bastante halagado», continúo con cierta timidez. «Ojalá eso formara parte de mi repertorio sexual.»

«Vale... vale...», contesta levantando las manos, «ya he pillado el puto mensaje...»

Sin duda lo ha pillado. Le ojeo la entrepierna de franela a cuadros y soy testigo del hundimiento de su pasión.

Sin embargo, lo último que quiero es humillar a ese mariconazo rancio, porque está claro que no conviene tenerlo de enemigo. Además, necesito su generosidad y sus contactos. «Estoy seguro de que muchos jóvenes gays estarán encantados de corresponder a tus atenciones.»

De nuevo, una rabia profunda prende en los ojos de Lawrence. Un relámpago de miedo golpea mi pecho. Me he pasado de la raya. Luego, por suerte, su rencor parece fundirse y dice en tono confidencial: «Por el bien de la familia y los negocios, tengo que ser discreto».

Decido ayudar. Sé por la observación externa del ambiente gay que hasta el garañón heterosexual más promiscuo no es más que un jugador pachanguero comparado con la élite internacional futbolística de los homosexuales declarados. Pero Lawrence tiene necesidades especiales. Proporcionarle chicos jóvenes discretos a un viejo que no ha salido del armario, ¿será de verdad tan diferente de conseguirles coños frescos a fulanos deshechos?

Si me da acceso a la cocaína esa, estoy encantado de intentarlo.

Tras lo despiadado de la adicción a la heroína, la cocaína no supondrá absolutamente ningún problema.

El sábado por la noche siguiente Lawrence y yo quedamos en el Soho, en la barra de un club de striptease regentado por un tipo llamado Matt Colville, un conocido suyo y de Mocksey. Yo estoy exultante, pues Carlotta, mi hermana pequeña, ha llamado y me ha transmitido la estupenda noticia de que unos revitalizados Hibs han triunfado sobre los odiosos Hearts, y que Goram y Orr parecen ser fichajes decentes. Estoy impaciente por que llegue la noche. Ya he concluido que mi verdadera formación en producción de cine está con Lawrence, Tony y Andreas, y que ahora mismo la escuela es más bien prescindible.

Con su traje oscuro y el pelo peinado hacia atrás, Colville parece más un contable que el dueño de un bar de *strippers*. Trae un par de gin-tonics grandes –la bebida favorita de Lawrence, aunque odio que los capullos como él se crean con derecho a decidir lo que vas a beber– y se une a nosotros. Lawrence y él intercambian historias de personajes del viejo Soho. El tipo de gilipolleces que a Renton le encantaría escuchar, pero a mí me interesa tanto como cuando una tía plasta a la que te acabas de cepillar se pone a hablar de los retoños de su hermana. Uno tiene que haberlo vivido para entenderlo. Si siento reservas ante nuestro anfitrión, su artero socio, que nos mira desde la barra, me da ganas de potar al instante.

Pero no solo a mí. «El gilipollas ese quiere una foto», dice Lawrence haciéndole un gesto a Colville, el cual sonríe con tirantez y le lanza una mirada disuasoria al capullo cararrata.

«Disculpen, caballeros», dice Colville. Acto seguido se dirige al cotilla y se marchan juntos.

«Dewry», dice Lawrence percibiendo mi antipatía. «Él y Colville... Cosa de negocios. Pero no son mi gente, colega. No son de fiar.»

Sopeso la opción de preguntarle por «Lincoln» Liam y Tony, pero

decido no hacerlo. Meter las narices en los dramas de los gánsteres siempre es mala idea. «¿Has estado alguna vez en el Heaven?»

Una mueca aparece en la cara de Lawrence. «El Heaven... El Trade... Los evito todos. No me va el rollo pluma.»

«No todos van vestidos de cuero. Lo frecuentan también algunos hombres gays de aspecto muy hetero.»

«Hmmm», dice dubitativo, y luego suelta: «¡Todo esto se queda entre nosotros! *Capisci*?».

«Por supuesto, colega, nuestra historia es: dos tipos heterosexuales en busca de las tías buenas que van a los clubes nocturnos gays.»

Un breve escalofrío de ofensa furiosa aparece en la mirada de Lawrence, pero al final asiente con mesura; entonces apuramos la copa y bajamos por Charing Cross Road a la estación.

El sistema de sonido y las luces llevan a cabo un asalto sensorial tan total que a Lawrence y a mí nos cuesta orientarnos. Nos encaminamos hacia una zona con compartimentos en fila para sentarnos junto a las mesas bajas. Lawrence se pone de morros cuando encontramos un sitio libre en la zona frecuentada por chicas, pues los asientos para hombres están todos ocupados. Lo compartimos y recibo una enorme sonrisa de una de las chavalas –con pelo negro y un cautivador vestido verde del que asoman unas piernas largas– mientras nuestras nalgas se disputan el espacio. «Menos mal que no estamos gordos», le grito al oído a Lozzer.

El Heaven es uno de mis sitios preferidos: un club nocturno gay es el mejor lugar para que un heterosexual encuentre chochos de nivel. Cuando quiero compañía femenina prémium voy ahí o al Trade. Ahora, con Lawrence de remolque, estoy intentando aplicar principios similares al mundo homosexual. Aunque Lawrence no está tan en el armario como se imagina, nunca llegará a salir del todo. Lo atraen chicos de aspecto hetero, no los afeminados: odia a las jóvenes reinonas de sonrisa afectada. Pero, por bien conectado que esté, Lawrence Croft no es ningún Reg Kray; nunca tendrá un harén de niños guapos y discretos deseando ponerse a cuatro patas ante él.

Mientras la luz torrencial pasa de azul a morada y a roja, y el

asalto sónico continúa con Whitney cantando que quiere bailar con alguien que la quiera, Lawrence grita: «Stringfellows es mejor. Tenemos que ir alguna vez. Te tratan a cuerpo de rey».

Estoy al lado de la avasalladora princesa de pelo negro y vestido esmeralda cuya sonrisa de mariliendre fumando un pitillo me ha llegado al alma. «Hora de pasar a la acción», y finjo morrearme con Lawrence, tal y como hemos acordado, para atraerla. Lo cual requiere echarle un par de huevos: el puto viejo verde intenta meterme la lengua entre los dientes.

Me aparto. «Estrategia, Lawrence...» Mira esperanzado alrededor de la pista de baile. Pero el vestido verde se ha acercado aún más. «¿Vienes mucho a este garito?», pregunto a la dama del vestido del color de los Hibs, e introduzco cierto amaneramiento a mi entonación.

«Sí... Es el único sitio donde puedo ir sin que me asalten monstruos cerveceros. ¿Ese es tu novio?» Mira a Lawrence, que está buscando los cortes de carne más sabrosos de la pista.

«No, solo somos amigos.» Pongo los ojos en blanco. «Estoy un poco desilusionado en lo amoroso después de haber roto con Oscar, mi ex.»

Se presenta como Becky y me fijo en su nariz, fina y prominente, de una elegancia cincelada, en los labios gruesos pintados de escarlata y en sus pendientes de botón negros, que realzan su mirada, digna de alguien más mayor. A una velocidad impresionante, Becky va al grano. «¿Puedo preguntarte algo?»

«¡Solo con una condición: que sea totalmente personal y absolutamente indecoroso!»

Los ojos de Becky se vuelven enormes y baja la voz. «¿Alguna vez has estado con una mujer?»

«No, claro que no», respondo llevándome las manos al corazón.

«¿Nunca? ¿No tienes curiosidad?»

«No estoy programado para eso», susurro a Becky escandalizado mientras miro a Lawrence, que pone los ojos en blanco con desdén y luego los posa en un chico joven que va planeando por ahí. «Disculpa...»

Le guiño el ojo a Lawrence, me levanto y me dirijo al Planeador.

«El tipo con el que estoy, el madurito...»

«Sí, ¿qué pasa con él?», farfulla la joven reinona.

«Le gustas. Pero no ha salido del armario. No obstante, si eres discreto, te lo pasarás bien con él y valdrá la pena.»

El Planeador mira a Lawrence, luego me mira a mí. «Estaré aquí, junto a la barra.»

Asiento agradecido, vuelvo a mi sitio y le hago señas a Lawrence para que se ponga en marcha. Emite un suspiro, pero salta hacia la barra.

Becky me mira intrigada. «¿Qué estás haciendo?»

«Oh, solo estoy ayudando a un amigo...»

«Dices que no estás programado para eso», inclina la cabeza y estrecha los ojos con arrogancia hasta convertirlos en hendiduras de depredadora. «Pero seguro que te has acostado con alguna mujer, aunque sea por curiosidad.»

Una amiga de ella menos buenorra oye nuestra conversación y suelta una risita de travieso regocijo.

«¡En absoluto! Soy gay. No me gustaría», declaro mientras miro cómo Lawrence y el Planeador intercambian miradas de pistolero.

«¿Cómo lo sabes?»

«Bueno, estoy dispuesto a probarlo todo una vez, pero no estoy seguro de esto...» Veo la arrogancia prendiendo todavía más en sus ojos. «Pero espera, que se lo digo a mi amigo...» Vuelvo a levantarme. «¡Esto es muy raro, pero emocionante y perverso a la vez!»

La dejo torciendo con crueldad la raja escarlata que tiene por boca ante su amiga y, cuando llego a la barra, oigo a Lawrence diciéndole al Planeador: «Qué cantidad de gente hay por aquí... ¿Y tú cómo te llamas?».

Le doy un toque en el hombro, sonrío con dulzura ante su presunto *innamorato*, con un gesto de la cabeza señalo a Becky, que se ha levantado, y le digo a Lawrence con cierto amaneramiento: «Voy a probar eso de la bisexualidad».

Lawrence asiente y se vuelve hacia el Planeador. «Es que este todavía no sabe por qué acera va, si por la del estadio Lord’s o la de The Oval...»

Cuando Becky y yo nos vamos hacia la puerta, veo que el viejo homófilo extiende los brazos cual enredadera venenosa por una pared para envolver al adusto yogurín petrificado y oigo algo que suena a: «Por el bien de la familia y los amigos, tengo que ser discreto...».

Becky y yo paramos un taxi y vamos a su piso en Camberwell (estoy algo desilusionado porque al principio pensé que había dicho Clerkenwell, que es mucho más elegante). Después de un profundo besuqueo en el taxi, durante el cual he tenido que contenerme para seguir apretando los labios y no liberar la lengua, nos apeamos en una calle de edificios victorianos. «Ni caso a la entrada», me pide Becky, despojándose brevemente de su manto de arrogancia mientras esquivamos a un borracho semiconsciente que gruñe y nos dirigimos a lo que resulta ser una choza decente de Camberwell. Me lleva directo al dormitorio.

Finjo nerviosismo. «No estoy seguro...»

«Yo haré que estés seguro», y se baja la cremallera de la espalda con destreza, dejando que el vestido se deslice de su cuerpo al suelo.

Buen culo.

Para mantener a raya la erección, pienso en Frank Begbie haciendo el amor borracho y drogado con Spud en un contenedor lleno de cristales rotos y mierda de perro.

Estamos en la cama y ella no se anda por las ramas. Al instante mi polla flácida parece una escopeta en la boca de un suicida. Becky me la chupa que es un prodigio, abriendo los ojos oscuros en busca de una reacción en mi careto.

Yo despliego mi técnica habitual en estas circunstancias: me tumbo boca arriba y pienso en las colinas y en las praderas. Becky me magrea entero, adoptando poses de estrella del porno y me lleva al límite.

Después de que ella se menee como una bomba hidráulica hasta alcanzar el tercer orgasmo, no puedo aguantar las ganas de correrme y siento que un géiser de lefa sale disparado al condón desde la planta de mis pies. Mientras bramo por la extática liberación, me pregunta: «¿Seguro que eres gay?».

«Más maricón que un palomo cojo», protesto. «¡Pero he de admitir que ha sido mucho mejor de lo que pensaba!»

Distingo el brillo de su ego a flor de piel mientras Becky se aparta los rizos con un gesto teatral obligatorio. Pienso en el resultado de los Hibs y, lo que es más revelador, en la decepcionada afición visitante, que toma con tristeza la salida hacia Dunbar con sus andrajos ofensivos, y me dejo llevar por un sueño profundo y satisfactorio.

Bajo la debilucha luz de la mañana resulta evidente que Becky es de sueño profundo, así que me retiro oportunamente. Después de oír solo el tictac de un despertador costroso seguido de un crujido ligero del parqué bajo mis pies y el clic estruendoso y agudo del cerrojo, doy un puñetazo triunfal al aire al salir.

Recorrer el sur de Londres, pasando por Kennington Park y el estadio The Oval, me recuerda que esta zona no es más que el culo de la capital. Decido no tomar la línea Victoria en Vauxhall y, en lugar de ello, elijo el camino más simbólico: cruzar el puente hacia el norte y la civilización e ir a casa desde Pimlico Station.

De vuelta en Offord Road, me pregunto cómo le habrá ido a Lawrence. Decido poner mi ropa resudada en la lavadora y encuentro un trocito de papel en el bolsillo del pantalón:

Amanda Genevieve Coningsby.

Es curioso, pero me siento fatal. Ni que le hubiera puesto los cuernos... Me meto en la ducha y froto con ganas cada parte de mi cuerpo, pero me vengo con especial virulencia de la parte que tengo debajo del capullo.

Amanda, mi doncella abisinia. ¿Será esta la magia subversiva del amor?

5. EL AMOR DE SU VIDA

Hija de tan formidable linaje,
que recibió del sol el bastardo destello
antes de aparecer un astro plebeyo
y arrojar sobre el reino el ultraje...

MARY SHELLEY

Cuando empecé a salir con Spud en verano, estaba perdida y desesperada. Mi madre había muerto y yo estaba hundida. Solo me importaba la heroína que me metía para bloquear el dolor. Era lo único que me aliviaba de mí misma, de mis pensamientos despiadados. Luego la heroína se convierte en el dolor hasta el punto de que una olvida el inicial. Y luego hay que dejarla. Empecé a salir con Spud porque sabía cómo era Simon. Con las chicas. Con Lesley. Maria. Marianne. Esther...

Spud y Simon habían bajado a Londres con el zumbado de Franco Begbie –que ha vuelto a la cárcel, donde debe estar–, Segundo Premio y Mark Renton. Hubo un chanchullo de droga, Mark los desplumó a todos ¡y se largó con el dinero! Spud –Danny– volvió deshecho con Franco y Segundo Premio. Simon se quedó en Londres.

Mark desapareció de la faz de la tierra.

Spud, que tenía sus propios problemas con la droga, tendría que haber sido otra estación en mi camino personal al infierno, otro

episodio desastroso. Pero entonces ocurrió algo maravilloso y terrible. En él encontré a alguien que, a pesar de todos sus defectos –y los míos–, me quería por completo y sin reservas, me idolatraba.

Hasta el extremo.

Durante unos meses lo agradecí. Era un antídoto contra la indiferencia ególatra de todos esos falsos profetas del amor: los otros chicos que halagan para engañar. Simon: el mejor y el peor de todos.

Pero, si al principio Spud era el remedio, ahora se está zambullendo en el puto mundo de lo insoportable.

Algunas veces me despierto por la mañana y lo encuentro con la cabeza apoyada en la mano, mirándome con adoración. Es demasiado: intrusivo e inquietante. Joder con la altura del pedestal al que me ha subido: hay una buena caída hasta el suelo. Desde el penúltimo piso de Kirkgate House, adonde nos hemos mudado, hasta el duro suelo de cemento del centro comercial. Una caída que nos haría añicos a los dos.

Pero, a pesar de todo, hay bonificaciones. Con Danny «Spud» Murphy tenía algo con lo que no había contado: una vida sexual fabulosa. Al principio estaba nervioso y torpe; la falta de experiencia y el síndrome de abstinencia lo volvían casi virginal; tenía los nervios a flor de piel y no hacía más que pedir disculpas por eyacular demasiado rápido mientras yo me quedaba ahí tumbada, devorada por la tensión y, por extraño que parezca, avergonzada por acabar sola. «Es porque me gustas de verdad...», me explicaba con tristeza. «¡Eres el amor de mi vida!»

«No estoy hecha de porcelana, Danny», le decía yo.

El amor de su vida.

Tócame.

Siénteme.

Fóllame.

Sin embargo, cuando el sexo encajó, me llevé una grata sorpresa. Danny «Spud» Murphy es una máquina. Tiene un aguante increíble, el chaval puede follar toda la noche y lo he convencido de que seamos un poco más creativos. Vemos porno juntos y lo probamos todo. Pero lo más importante es que, por complicadas que se

vuelvan las escenas, siempre siento su amor y su adoración, subversivos, debilitantes, derramándose dentro de mí. Le he dicho que deje de llamarme princesa polaca. No sé nada de mis raíces de Europa del Este, aparte de que mi abuelo fue un marinero al que nunca llegué a conocer y que inspiraba cierta reserva en mi padre; estuvo casado poco tiempo con mi abuela antes de volver a alta mar.

Pero el amor de Spud era como una ola. Empezaba por la mañana con tostadas y té en la cama. Y no amainaba nunca.

Ni un puto segundo.

Así que, cada vez que uno de los dos salía de la casa, yo exhalaba un suspiro que no sabía que guardaba dentro de mí. Era demasiado. Su atención asfixiante lo precipitaba hacia la decepción y nos acercaba al momento en el que él lo arruinaría todo. A veces le veía un espasmo en la cara a causa de la desesperada intensidad que daba a nuestras vidas. Eso no se sostiene. Invita al desastre.

Spud es yonqui, adicto; yo también. Él no acaba de entenderlo. De entender lo que significa. Al principio, yo tampoco. Pensaba que los dos estábamos limpios. De hecho, compartíamos dopamina, serotonina y adrenalina a lo loco, a la desesperada, como si una sequía interna se cerniera sobre nosotros.

¿Por qué siempre tiene que ser así? ¿Por qué siempre hay ganadores y perdedores en el amor? Como Simon Williamson: hace daño a las chicas, eso es lo que hace; nos rompe el corazón. En el caso de Danny Murphy y sus semejantes, somos nosotras quienes se lo rompemos. Así es el mundo. Uno es un cabrón, el otro es un buen tipo. ¿Tienen que ser así las cosas? ¿Es eso lo que queremos, o lo que necesitamos, en ciertas épocas de nuestra vida? Seguro que no. Simon entiende el poder de los subidones de dopamina de los demás y no suelta las riendas de los suyos. Es cínico y manipulador, pero al menos *te daba algo que hacer. Algo que una tenía que trabajarse*.

Y no soporto la obsesión de Daniel «Spud» Murphy con Simon, que siempre esté insinuando comparaciones.

A veces, cuando mi corazón está en sus momentos más oscuros, desearía que se callara o que se fuera a tomar por culo.

6. ALMA DE PERSEGUIDOR

A menudo en mis ensoñaciones diarias
revivo aquella hora dichosa
en que me tumbé en mitad del monte
junto a la vieja torre ruinosa.

SAMUEL TAYLOR COLERIDGE

Aunque había planeado esperar una quincena antes de su próximo encuentro con Amanda Coningsby, su imagen no había dejado de acosar a Sick Boy. Se rindió la primera semana, pero consiguió calmar su obsesión a base de pasar en escúter por delante de su piso en Highgate. No contaba como acoso completo; más bien como forma de recabar información antes de llamarla por teléfono. Aun así, el desaliento cuajó pronto: una quincena entera sin un solo avistamiento. Tenía que considerar la posibilidad de que Amanda se hubiera mudado. Empezó a hacerse a la idea de ceder y llamarla por teléfono.

Esta mañana de sábado fresca y otoñal, a pesar de las vistas privilegiadas que proporciona la esquina de la calle detrás de unos coches aparcados, Sick Boy teme haber perdido su oportunidad. Hace rasca, pero va bien arropado con el gorro, los guantes y el abrigo hasta la rodilla que elige cuando coge la Lambretta azul celeste de 50 cc. Aunque admira el estilo mod en cuanto a trajes, peinados y escúteres, nadie lo vería con una parka ni muerto.

Entonces, para su euforia repentina, Amanda emerge del portal, equipada con unas gafas oscuras contra el tibio sol y su resplandor poco habitual en noviembre. Lleva el pelo recogido, una estilosa chaqueta color crudo, un jersey morado, leggings negros y zapatos planos negros. Sick Boy está abrumado, las piernas apenas lo sostienen para seguirla calle abajo. Luego un temblor se insinúa en sus pantalones, pero lo destierra al instante pensando en Begbie y Segundo Premio, sus compañeros de Leith, follando a lo bestia en una estrecha celda de la prisión de Saughton. ¿Adónde va Amanda? ¿Irá a la oficina a hacer unas horas extra, aunque sea sábado? No, el atuendo que ha elegido parece un poco informal para un trabajo administrativo en una agencia de empleo de West End.

Decide de inmediato dejar la Lambretta encadenada a una farola y va tras Amanda cuesta abajo. La sigue hasta la estación de metro de Kentish Town rumbo a West End. Sick Boy se abre paso entre el infierno compuesto de turistas y compradores hasta el lado opuesto del vagón en el que viaja ella, empujando con violencia hasta llegar a un asiento libre, dejando atrás a rivales sin rostro con su mueca de *que te jodan* seguida de una sonrisa victoriosa de tiburón en respuesta a los chasquidos de lengua impotentes a su alrededor. *Si no puedes ser un hijoputa en el metro, no puedes serlo en ninguna parte*.

Amanda tiene menos suerte y acaba aplastada contra las puertas de salida del tren. Sick Boy la observa a través de un bosque de cuerpos, mirando por el espacio que queda entre la parte superior de su novela, *El peregrino de Compostela*, y la visera de su gorra del Manchester United. Pavoneándose por el Soho el verano pasado, vio cómo unos vándalos seguidores del West Ham le arrebataban una gorra de fútbol a un desafortunado turista chino para luego tirarla por ahí. A Sick Boy, aparte de un afecto residual por George Best, no le interesa el Manchester United lo más mínimo. Ha elegido esa gorra porque le aporta una protección perfecta, sabiendo que le permite parecerse a cualquier idiota de todo el mundo que ahora ha añadido el fútbol a su cartera de intereses cotidianos. Solo una gorra de los New York Yankees habría podido ofrecer un anonimato más conformista.

Misteriosamente, el tren, que parece un horno caliente, se detiene en las profundidades del suelo entre Camden Town y Mornington Crescent. La tensión va dando paso de modo implacable a la desesperación: la gente pronto alcanza la cúspide del pánico, temiendo que una explosión y una bola de fuego ardiente del IRA destruyan el vagón. El abrigo de Sick Boy es demasiado caluroso para estas condiciones sofocantes, y un riachuelo de sudor discurre por su espalda.

Tras atisbar a Amanda a través de la creciente agitación de las hordas de pasajeros, desearía ofrecerle su asiento. Con la sensación de que la catástrofe es inminente, piensa en lo cerca y lo lejos que han estado. Se pregunta qué aspecto tendrá ella desnuda; ni siquiera cuando se besaron se le ocurrió calibrar su pecho o su culo, tampoco se fijó en el contorno de su cuerpo durante el largo paseo hasta la estación. Lo único que había tenido en cuenta antes había sido la cabeza: ojos, piel, pelo, dientes y sonrisa adorable. Eso era inusual. Estaba pasando algo nuevo, algo gigantesco. Y ahora todo podría estar en peligro por culpa de la bomba de un canalla cualquiera con ganas de hacer su obtusa declaración de intenciones.

¿Qué pasa si todo ha sido en vano? ¿Qué pasa si hay una explosión, o la avalancha subsiguiente, y morimos aplastados? ¡Tengo que ir con ella!

Justo cuando se dispone a levantarse, el tren deja atrás su inmovilidad de diez asfixiantes minutos que han parecido una hora. Hace que los pasajeros se inclinen unos contra otros y que sin darse cuenta emitan un suspiro de alivio colectivo. Sick Boy choca con un hombre delgado de piel oscura y murmura una disculpa. Se levanta y ve el alivio en la cara de Amanda.

El tren regurgita más pasajeros mientras una nueva masa batalla por entrar en el purgatorio sudoroso y apretado, como luchando por cruzar las puertas del cielo. Hace que las sardinas se redistribuyan en la lata, y Sick Boy está ahora tan cerca de Amanda que cree oler el perfume de champú de su lustroso cabello. El prolongado chirrido de las ruedas sobre la vía se refleja en su desgarrado corazón. Quiere estrecharla en sus brazos. Pero eso no funcionaría; no, en absoluto.

Amanda sigue más allá de Goodge Street y Tottenham Court Road. Esto confirma su corazonada: no va a su trabajo en Fitzrovia. Cabe la posibilidad de una aventura más amplia, que quizá implique un viaje en tren desde la estación de Waterloo al hogar paterno.

Y, por supuesto, cuando las puertas se abren en dicha parada, Amanda abandona el vagón. Justo detrás de ella, Sick Boy, cuyas sospechas se han visto confirmadas, sube por las escaleras mecánicas y cruza el vestíbulo de la estación de tren. La observa mientras ella compra un billete. Tiene que tomar una decisión: se mete en una cabina telefónica y llama a Andreas a toda prisa para informarle de que *no puede ocupar la recepción* esta tarde y, para vencer la inquietud de su amigo, insiste: «Estoy trabajando», antes de colgar.

En efecto, Sick Boy se marca otro tanto al acceder a la oficina de venta de billetes por la puerta de entrada mientras Amanda atraviesa con decisión la salida. Es cierto que la Lambretta abandonada es vulnerable al robo o al vandalismo en las calles de Highgate. Qué se le va a hacer.

No recordaba con exactitud de dónde era ella, pero Richmond había salido en la conversación. Apuesta por un billete en esa línea y la sigue hasta el andén 1, pero ella embarca con rumbo a Weybridge. El guarda está mirando hacia otro lado, así que salta la barrera y se mete en el primer vagón.

La persecución está alcanzando un ímpetu emocionante. Al no saber dónde va a bajar Amanda, Sick Boy se ve obligado a mantenerse vigilante en todas las paradas. Después de un breve trayecto, el tren se detiene en Syon Lane y la ve apeándose del vagón. Deja la mano apoyada un instante en el tirador de la puerta.

«¿No vas a abrir?», suelta un viajero irascible.

Sick Boy sopesa la posibilidad de decirle al tipo que le chupe la polla, pero no puede permitirse llamar la atención. «Por supuesto.» Se hace a un lado para que el quejumbroso hombre salga primero mientras observa que Amanda sube las escaleras metálicas de una estación sosa y anodina.

Continúa su persecución con cautela, saliendo de la estación tras Amanda a una ajetreada calle principal que ella cruza de inmediato

para tomar una calleja estrecha. Lejos de sentir la emoción del depredador, lo asola una ternura desconcertante y protectora. Mira a la gente de los alrededores –sobre todo al viajero de antes, ahora sospechoso de ser un violador pedófilo– como si constituyera una amenaza para su futura. *¿Futura qué?* Algo se le agría en el estómago y Sick Boy se siente débil. Está navegando en aguas desconocidas.

El paseo desde la estación empieza siendo prometedor, pero la vía rural pronto se transforma en una arteria principal. A continuación, Amanda toma un desvío que pasa junto a un suburbio de aspecto monótono y aburrido del oeste de Londres, compuesto por esos decepcionantes edificios de ladrillo rojo de nueva construcción que abundan en los Home Counties. En efecto, los jardines descuidados indican que son el hogar de familias marginales. Su ánimo se hunde.

He sobreestimado la fortuna de la chavala. Quizá el acentillo del estuario no sea tan artificial. Quizá «funcionario» significara en realidad burócrata con el culo pegado a la silla y no típico capullo que repite «sí, señor ministro...».

Amanda cruza una calle fea y concurrida; pasan coches, camiones y autobuses rojos echando humo. Un grupo de chiquillos va empujándose y dando voces por una acera estrecha. Luego ocurre algo glorioso: de repente, ella cruza un gran arco de piedra que conduce al otro lado de una verja metálica ornamentada y se interna en un parque. Es curioso, pero en lo alto del arco hay una estatua de un león con la cola extrañamente erecta. El parque está abierto al público, pero el letrero indica que buena parte de él pertenece al duque de Northumberland. En la parte más alejada se está construyendo un hotel junto a una casa señorial.

Durante unos instantes, Sick Boy piensa que la chica que tiene delante es una aristócrata rumbo a la gigantesca mansión con torretas grises que se divisa a lo lejos. Sin embargo, Amanda gira a la derecha y toma un sendero junto a un muro de piedra que limita el parque. Mientras ella deja atrás otras entradas enrejadas de la estructura, el agudo olfato de Sick Boy percibe el olor del río, a pesar de que el perfume almizclero del verano se ha refrescado gracias al rápido flujo de la lluvia de otoño. La sigue y pasa junto a unas

grandes puertas de madera en el muro de piedra: la primera anuncia CEDAR LODGE, la segunda ELDERSLEY LODGE y la última CANTLEY LODGE. Se oculta detrás de un roble grande cuando ella se detiene, se da la vuelta un momento y luego continúa.

Es importante mantener la distancia; ser detectado en ese momento lo echaría todo a perder. Sick Boy percibe que en la curvatura de los hombros de Amanda se aloja cierta tensión que antes resultaba imperceptible. Amanda llega a un lugar donde un lado del parque linda con el río. Se sienta en un banco del sendero y mira el Támesis inmersa en sus pensamientos.

¿Adónde cojones va?

De repente, Amanda se levanta de un brinco. Al darse cuenta de que va a dar marcha atrás por el parque, Sick Boy se ve obligado a retroceder. Se mueve tras los árboles y los setos que flanquean el sendero, y la ve sacar del bolso una llave con la que abre el portón de madera de Cantley Lodge. Tiene que dar un buen empujón con el hombro para abrirlo.

Cuando Amanda desaparece en su interior, Sick Boy corre hasta la entrada de madera y percibe su considerable peso antes de que se cierre. No se ve ningún número de vivienda en la entrada, solo el cartel de CANTLEY LODGE en un poste. Con la pierna, coloca una rama caída para que actúe a modo de cuña en la puerta. Mira a través de la puerta entreabierta y, al final de un camino de grava, divisa una gran vivienda de ladrillo y vigas a la vista de estilo neotudor. Se alza con aire complaciente en medio de un amplio terreno, en parte oscurecida por setos esculpidos imponentes, algo amarronados y desnudos por el efecto del otoño.

A pesar de que tras la entrada hay una furgoneta blanca vacía que desentona en ese lugar, el agradable aroma de la riqueza añeja llena las fosas nasales de Sick Boy. Amanda sigue avanzando hacia la casa. Asomando la cabeza por la esquina de un seto enorme y angular, Sick Boy oye el rumor de voces lejanas. Amanda está junto a la puerta de la casa, donde una mujer y una chica han estado descargando el maletero de un vehículo familiar grande con un remolque para caballos. Amanda abraza primero a una, luego a la otra, y el trío entra sin demora en la impresionante casa.

Ahora que puede ver el edificio entero desde su observatorio privilegiado, Sick Boy considera que eso de *lodge*, es decir, cabaña, se queda cortísimo para describir tamaña morada. «La madre que me parió.» Mira por detrás de la vegetación y traga saliva de forma inaudible. No tiene ni idea de lo que es un acre. Aparte de quienes se dedican a la medición del terreno, un británico de clase trabajadora solo pensaría en términos de pulgadas (para follar), pies (para pelear) y yardas (para el fútbol). Pero ese jardín entra en la categoría de «tierras».

Dando un rodeo por el pequeño bosque de hoja caduca y perenne y matorrales que abrazan la muralla de piedra perimetral, Sick Boy se dirige a la parte trasera de la casa y se fija en que da al río. Oculto entre la maleza todavía densa, divisa por una ventana lateral el pelo rubio platino de la chica más joven. Piensa que se parece lo bastante a Amanda como para que sean hermanas. Sick Boy se agacha, pero la chica no mira en su dirección. Avanza agazapado hacia la parte trasera del edificio y se tumba al estilo comando sobre las hojas muertas para ver. Saca los prismáticos para carreras del bolsillo de su chaqueta Nike reversible. Tiene el débil sol de otoño por detrás: no verán ningún reflejo.

Espía a la familia, que ocupa una terraza pavimentada construida en la pendiente que da al río en lo que antaño debía de ser un invernadero. Se ven grandes embarcaderos, pero sin barcos. Sick Boy, que mira entre los arbustos, se siente sobrecogido ante la estrepitosa magnificencia del río. Siente que los ojos se le salen de sus órbitas. Incluso la zona verde de la finca del duque de Northumberland parecía un mero preámbulo para el espectáculo que ofrece el Támesis. A pesar del frío, sigue habiendo un extraño ambiente de feria, con barcas de recreo y taxis acuáticos navegando río arriba y río abajo. En verano debe de ser impresionante. Ya le está asaltando la visión de recibir allí a su madre y a sus hermanas –a su padre, no.

Vuelve la mirada hacia la casa. Amanda está sentada junto a la que sin duda es su madre, una mujer de aspecto juvenil, con una melena rubia por los hombros que recuerda a la de la chica más joven, aunque quizá con un tono más de miel. Está junto a una

mujer mayor que, a pesar de su pelo plateado, es delgada y saludable, probablemente la abuela.

¡*Si hasta la momia está follable*!

Entonces aparece un hombre alto con gafas y un flequillo castaño ondulado que encanece en las sienes. Su aire erguido e imperioso deja entrever un toque de enojada resignación, como si las cosas no estuviesen del todo a su gusto y no albergase la esperanza de que llegasen a estarlo, pero que a pesar de todo las sobrellevara. Otro hombre, con uniforme de servicio de cáterin, coloca pequeñas bandejas de comida en la mesa de la terraza.

Se lanzan con entusiasmo sobre el bufé. Amanda es la excepción. Los demás tienen que insistir para que se levante y se sirva algo en el plato. Cuando vuelven a su sitio, Sick Boy observa que ella apenas come. *Eso está bien. Si una mujer ha de tener problemas de salud mental –y ha de tenerlos–, siempre es mejor que peque por el lado de la anorexia que por el de la obesidad*.

Un sonido agitado y jadeante lo sobresalta: un Jack Russell terrier está olisqueando a su alrededor. Seguro que no es fácil de ahuyentar por las buenas, así que quita la goma elástica del cuaderno de su bolsillo, la tensa y le arrea un buen golpe en los testículos del perro. El animal aúlla y sale corriendo de entre el follaje apergaminado rumbo a la terraza.

La aflicción del perro no logra llamar la atención de la familia, pues al parecer se está produciendo una discusión en la que, resulta evidente, Amanda ocupa un papel protagonista. Se levanta de golpe, sin duda para marcharse, a pesar de que ha estado allí menos de media hora después de viajar en metro y tren más del doble de ese tiempo. Pero así es, se va, lo cual suscita protestas de las presuntas madre y abuela, y, al parecer, una indiferencia glacial por parte del hombre alto que Sick Boy considera que es el padre. Amanda alza la voz; Sick Boy no logra oír lo que dice a través de la pared vidriada, pero su disgusto es obvio. El supuesto padre la mira con desprecio absoluto.

Sick Boy se levanta y avanza en cuclillas tras los árboles y los arbustos. Cuando llega al camino de la parte delantera de la casa, no ve a Amanda. Quizá ha cruzado el puente hacia Richmond, o ha

ido a visitar a alguien. Lo inunda el desánimo. En el parque no hay ni rastro de ella. Decide bajar al paseo junto al río y volver desde allí en tren. Piensa en la Lambretta. Olvida el elegante Highgate: los bombarderos de Hitler se aseguraron de que incluso las zonas ricas del centro de Londres tuviesen siempre cerca un bloque de viviendas sociales lleno de jóvenes aburridos y asilvestrados sin nada mejor que hacer aparte de patrullar por las calles pudientes. En su mente, ya le han desguazado la moto.

¡Entonces la ve! ¡Amanda ha tenido la misma idea! La sigue por el paseo, por el puente y a través de un parque rumbo a Richmond. Hay pubs tan pintorescos que Sick Boy desea tener un encuentro fortuito tipo «qué sorpresa verte por aquí» y meterse en uno o en varios de esos garitos a comérsela a besos.

Pero sería inadecuado. ¡De repente, para su espanto, ve que la ha perdido! Baja por un camino, llega a la calle principal al otro lado de Richmond Station. Con las gafas de sol y la visera baja, no ve a Amanda por ningún lado, pero revisa el horario, sobre el que hay un dibujo de una polla chorreando con huevos peludos. Le dice que el próximo tren es dentro de diez minutos. Da una vuelta y se asoma con discreción a las cafeterías, pero no hay ni rastro de ella.

Al volver a la estación, se queda helado. Amanda está sola en el andén, inmersa en sus pensamientos. Sick Boy no puede arriesgarse a quedarse ahí, a pesar de que entre ellos hay una familia con dos niños ruidosos. Se da la vuelta y deja atrás las vías. Espera, deseando un cigarrillo, vicio que hace unos meses pensó haber dejado pero que, mucho se teme, sigue siendo un frente abierto. Llega el tren y él se da la vuelta a toda prisa. La ve un poco más allá, en el andén, y se cuela en un vagón.

Sick Boy se pregunta por qué Amanda ha perdido el tiempo de esa forma con el metro. El tren de superficie de Richmond va directo a Gospel Oak, cerca del piso de ella en Swain’s Lane. La ve en el siguiente vagón, con varios pasajeros y una ventanilla entre ellos. El borde afilado de la gorra del Manchester United le está irritando la piel por encima de la oreja. Se la quita y le da la vuelta a la chaqueta Nike reversible, transformándola de negra en gris. Se guarda las gafas en el bolsillo.

Espera su momento: deja que el tren gire hacia el norte de Londres antes de cambiar de vagón para hablar con ella, exagerando su expresión como si la reconociese en ese momento. «Amanda...»

Ella se gira despacio y levanta la mirada hacia él. «¿Simon?»

Recuerda mi nombre. «¡Qué coincidencia! Iba a llamarte más tarde», dice. «¿Qué tal?»

«Bien», responde ella con cautela. «¿De dónde vienes?»

«He ido a ver a un amigo a West Hampstead. Tenía pensado dar un paseo por Heath. Pero me he echado atrás. No me importa el frío, pero últimamente me ha pillado la lluvia un par de veces y he pensado que no tiene gracia. Así que voy de vuelta a Islington. ¿Y tú?»

«De Isleworth. He estado con mis padres.»

«¿Eso dónde está?»

«Enfrente de Richmond, cruzando el río.»

«Suena bien.»

«Pues para nada. Más bien lo contrario», objeta antes de levantarse y avanzar como para recibir un abrazo que él se siente obligado a dar. «¡Es una sorpresa verte, pero una muy agradable!»

Entonces caen lágrimas por las mejillas de Amanda.

«Oye... ¿qué ocurre?», pregunta él cuando se sientan juntos.

«Bueno, rollos familiares.»

«Esas cosas pueden ser duras. La mía no siempre me entiende», arguye Sick Boy, y luego, con algo de culpa, piensa en su madre y sus hermanas. «Mi madre es una santa, pero siempre vuelve con el mierda de mi padre.»

A ella parece tocarle la fibra su forzada asociación de «mierda» con «padre». «Siento oírte decir eso.»

«Pero no hablemos de mí.» Echa un breve vistazo a su alrededor en el tren medio lleno y lleva la mano a la mejilla de ella. «¡Esto no puede ser! ¡Hay que secar esas lágrimas!» Se da cuenta de que están en Gospel Oak. «¡Ven a mi casa, está a un par de paradas más, en Highbury, y así puedo devolverte el café!»

Amanda esboza una sonrisita. «Eres muy dulce», y se queda sentada mientras el tren arranca hacia el este.

¿Dulce yo? ¡No jodas, que te miro y es como comer miel y beber

leche del paraíso!

Y Sick Boy sabe que esta es la mujer que quiere y hará todo lo que haga falta para ganarse su amor. «Qué casualidad que me haya cruzado contigo de esta forma», y algo de su alma se filtra en su mirada, *sin esfuerzo*, «porque no he hecho más que pensar en ti.»

A pesar de la cercanía de la gente en el vagón, ella responde con una alegría que a él no le parece forzada. «¡Qué bien que digas eso!»

Como conoce el entorno de ella en Highgate, Sick Boy se siente menos preocupado por llevarla a Offord Road. Cuando se apean en la estación de Highbury & Islington, la luminosidad se ha atenuado y la temperatura ha caído de forma dramática. Amanda se estremece. Él le coloca de inmediato su chaqueta sobre los hombros.

La sonrisa de ella lo derrite. «¡Todo un caballero!»

«Se hace lo que se puede. Todavía estoy aprendiendo.»

«Me alegro mucho de haberme cruzado contigo. Creo que estas cosas ocurren por una razón.»

«¡Veremos qué dice el divino cosmos!»

Esta idea parece divertir a Amanda, y una sonrisa se abre paso en sus labios rojos. «Esta calle es guay», declara mientras pasean por Offord Road, cuya gentrificación es ya visible. Sick Boy es consciente de la circunstancia triste y fundamental de que eso no lo beneficiará, puesto que la subida de los precios acabará echándolo del barrio. Chris Moss, su casero, un tipo cadavérico y miserable que solo se anima los días que cobra el alquiler, se frota las manos con regocijo cada vez que mira la erupción de contenedores de obra y andamios. Le gusta anunciar: «Estoy sentado en una mina de oro. ¡Pronto llegará "el momentazo de Chris Moss"!».

El piso de un dormitorio de Sick Boy está en la segunda planta de una casa estrecha con balcones de estilo georgiano. El de su amigo Andreas en Finsbury Park habría sido más barato, pero él sigue manteniendo la máxima laboral de *donde se come no se caga*. Un vestíbulo minúsculo conduce a un baño con ducha y una cortina mohosa. El inodoro tiene una pequeña gotera, pero, por suerte, tanto él como Moss el casero la consideran en esencia un problema del piso de abajo. La cocina americana cuenta con los utensilios más

básicos, además de una estantería que alberga las cajas vacías de casetes y CD. Estos están encima y al lado de una cadena musical decente que le compró a un yonqui a cambio del dinero para chutarse.

Los dos arden como un único cometa y él conduce a Amanda al dormitorio. Está dominado por una lujosa cama gigante de imitación que se llevó de una tienda en Holloway Road. Andreas y él habían pasado por delante con la furgoneta y Sick Boy, que sabía a qué hora salía el propietario a almorzar a una casa de comidas, le pidió a su amigo griego que parase el vehículo y lo ayudase a cargar el colchón y el armazón de pino en la furgoneta a plena luz del día. Sick Boy había insistido a Andreas, que se mostraba reticente, en que actuara con normalidad. «Robo oportunista», objetó ante sus protestas; a continuación lo metieron todo en la parte de atrás del vehículo, cerraron la puerta y se fueron sin establecer contacto visual con nadie en la calle.

Amanda examina el armario y la cómoda, ambos peligrosamente repletos de ropa, que completan la decoración.

La pareja se sienta en la cama y Sick Boy toma las manos de Amanda con las suyas. «Si quieres hablar, podemos.»

Ella se acerca y lo abraza. De nuevo, se estremece. «Prefiero esto», dice mientras se inclina y lo besa.

Cuando se separan, él se levanta para cerrar la ventana y propone: «Creo que deberíamos quitarnos la ropa y meternos debajo del edredón».

Amanda asiente y empieza a quitarse la parte de arriba. Sick Boy se despoja de las zapatillas, los vaqueros, la camiseta y los calcetines. Levanta el edredón y se mete debajo con los calzoncillos todavía puestos. Amanda se quita la ropa, incluido el sujetador, pero se deja las bragas. Sick Boy, que ve el gesto con buenos ojos, se fija en su silueta: los pechos prominentes y firmes, curvas fuertes y dramáticas que se estrechan en una cintura fina, el vientre plano y los muslos musculosos y atléticos. «Anda», dice él cuando ella se mete en la cama a su lado, «¿esto es para mí?»

Ella mete la mano en los calzoncillos y lo agarra, haciendo que su polla vaya cogiendo consistencia. «Y esto es para mí.»

Dios está en nosotros. Tenemos que ser el amante y la amada. Ser la luz, de la luz, en la luz.

«Quiero darte más que eso», jadea Sick Boy.

«Esto está bien para empezar», y le baja el bóxer. Empieza a chuparle la polla con tal entusiasmo y destreza que Sick Boy siente casi de inmediato que está a punto de correrse. Se da cuenta de que ella lleva por completo las riendas de la situación. Y le gusta. Combatiendo la infrecuente pasividad que Amanda le provoca, se da la vuelta apoyándose en los codos para colocarse en posición de sesenta y nueve, le quita las braguitas de color rosa y blanco y desvela un sexo afeitado antes de corresponder con la acción oral. Se lamen y chupan entre sí en una batalla que él está decidido a no perder: para retrasar el clímax, piensa en la traición de su supuesto amigo Mark Renton.

Al fin, tras correrse con un ruidoso espasmo, Amanda se aparta de él. Sick Boy se desenreda, se da la vuelta y se la mete. Envolviéndolo con deseo, Amanda lo atrae para que entre más. A él le encantan las chicas que follan con cierta venganza y, cuando está a punto de correrse, trata de apartarse, pero ella lo agarra con fuerza, usando los muslos como un tornillo de banco. Cuando la cara de ella vuelve a ruborizarse y a tomar una expresión convulsa, Sick Boy da las gracias al poder superior a sabiendas de que ya puede dejarse llevar. Echando lefa como un conejo epiléptico, le susurra al oído: «Te quiero».

«Joder, tú no pares», le ordena Amanda, dura e instrumental tras la declaración de él, que suele pronunciar en tales circunstancias, aunque por lo general en italiano, *ti amo.* Se corren al mismo tiempo en un grito compartido y coral que resuena por Offord Road.

Después se quedan tumbados en un abrazo. «Ha sido increíble», murmura Amanda. «O sea, ¡guau...!»

«No vamos a salir nunca de esta cama, de este cuarto. Jamás.»

«Por mí, estupendo», responde ella estrechándolo con más fuerza, y sus brazos muestran una fuerza similar a los muslos tonificados por la equitación. Si el primer apretón era de lujuria, él nota que el segundo es de necesidad.

Pero no es la única. Por lo general Sick Boy sabe distinguir lo

emocional de lo estratégico, pero sus declaraciones románticas vienen de un lugar que no conoce. Con pánico ascendente, se obliga a mantener las cosas según sus principios básicos: *controla su nivel de incertidumbre*.

Sin embargo, Amanda no ha contestado a sus declaraciones de amor –por absolutamente prematuras que hayan sido–. Y esto asola a Simon Williamson con la preocupante idea de que puede estar perdiendo esta guerra. A través de una fantasmagórica niebla de nicotina en un bar de puerto, las palabras de Eddie Reece le arden con maldad en la cabeza: *cuando un follador se enamora, se acabó lo que se daba. Eso siempre trae problemas*.

7. PRINGUE Y CASTIGO

> Pero ¿cómo puede esperar que otros
> construyan por él,
> siembren por él y lo amen a voluntad,
> si él por sí mismo no muestra ningún
> interés?
>
> WILLIAM WORDSWORTH

El caso es que Ali y yo nos fuimos a vivir juntos en verano. Y es amor verdadero. Pensé que estaría demasiado cortado para acostarme con ella, en plan hacer el amor, porque ella ha tenido novios como Sick Boy y otros mendas que han estado con más chavalas que yo. Porque yo en realidad no he estado con montones de tías, solo con tres. Con Ali la primera vez fui un manojo de nervios y los dos teníamos un poco de mono del jaco. ¿Sabes cuando estás dejando de picarte o lo has dejado pero en realidad no acabas de quitarte? Bueno, pues eso. Pero recuerdo que dijo tú relájate y se puso al mando, y ahora está guay, dice incluso que le gusta más que con cualquier otro.

¡A algunas personas no les gustaría oír eso! A pesar de todo, incluso después de Londres, fue el mejor verano, tío, íbamos por la ciudad de aquí para allá. Pero eso fue entonces. Ahora hace demasiado frío para salir, pero toca. Tengo que hacer algo de guita. Ella curra y yo no, y eso no puede ser. Me da mala espina.

Pues sí, tengo que ganar algo de pasta. Mi sobrina cumple años mañana, la pequeña Sammy. Lo de Sammy es por Samantha, ¿sabes? Cumple cinco. Tampoco hay mucha pasta en su casa, con eso de que Shauna es madre soltera. Al resto de las tías de mi familia les va bien con los tíos: a Liz, Roisin, Siobhan...; pero a la pobre Shauna no. Igual que a mi madre. No tiene suerte con los tíos, pero al menos le queda Sammy. No te imaginas la sonrisa de esa cría. Es como luz que prende en el corazón. Una niña estupenda. De mí ni siquiera se puede decir que sea un pavo paternal, ¿sabes? Pero me da pena, me dan pena todos, no hay futuro para estos críos, al menos por aquí...

Debería ser una ocasión estupenda, fiestecilla para la niña, pero es una pesadilla total. No hay guita para un regalo, y eso es un bajón absoluto, tío, no hay nada, cero patatero, para disipar la nube negra. Esa voz en la cabeza que dice: Murphy igual a perdedor. No me gusta que me coma la oreja, pero no hay quien la calle.

Y en la tele no hay na-da, me siento solo entre estas cuatro paredes. Esto de estar en el paro está empezando a ser una m-i-e-r-d-a. Ali tiene su curro en un garito para estudiantes ricos en el centro. Pero ese sitio no es para gente como yo. Cuando voy es como si mi cara no encajara. Y siempre aparece algún flipao por la barra repeinándose y dándole palique. Me pongo celosísimo. Así que no voy. Y lo único que pienso es: lo mismo, como no estoy, cae en la tentación. Un baboso como Sick Boy, pero con pasta... Pues, tronco, si esto es ser un hombre enamorado, es un auténtico marrón, y que nadie te diga lo contrario.

Estar aquí apalancado no mola.

No puedo ver las noticias. No hacen más que hablar de los viejos, ¿sabes? Que si no tienen suficiente para comer, que si no pueden permitirse la calefacción, que si se quedan ahí solos y poco a poco... se mueren. Que estiran la pata, vamos. Y para cuando el hijo o la hija abre la puerta, entra con los críos, que sueltan aquello de «hola, abu», no queda más que un bloque marchito de hielo morado en la silla. Y que la cosa va a empeorar cuando el invierno llegue de verdad. Hace tanta rasca aquí que parece que ya está pasando, ¿sabes? Esos pobres viejos fueron a la guerra y criaron a la siguiente

generación de pajarillos. Respeto absoluto, pero a nadie le importan una mierda. A los demás merluzos les dicen que el odio es la respuesta, y se lo creen. Que odiar a los emigrantes va a hacer que la casa de tu abuelita esté más caliente.

Me piro, tronco, no lo soporto.

Así que subo por Leith Walk y me pateo de arriba abajo esa calle antigua y principal. Voy sin blanca, tronco, y el viento me menea la mandíbula como si fuera un *jab* constante de uno de los chavales que van al gimnasio de Leith Victoria. Es lo que tiene el paro: todos los peces gordos que nunca lo han cobrado o no lo necesitan siempre dicen que es una experiencia de aprendizaje. Pues sí, eso mismo. Pero ¿qué aprendes? Que a ellos les va bien y tú estás en lo más bajo. ¡*Bueno, gracias, lince, pero eso ya lo sabía! ¡No necesitaba aprenderlo, nos lo recuerdan todos los días de nuestra vida*!

Y mañana es el cumpleaños de Sammy.

A lo mejor consigo que Ali venga conmigo. A ella también le cae bien Sammy.

El tipo que dejó a Shauna preñada de Sammy vive más arriba, en Inverness. No quiere saber nada de ella ni de la cría. Jo, tío, te juro que me descoloca la cabeza y me rompe el corazón. ¿Cómo se puede tener una niña tan preciosa y ni siquiera querer verla? Hay tipejos así que hacen esas cosas a las chavalas. No quiero señalar a nadie, pero anda que Sick Boy... Cuando Rents se dio el piro con la pasta, todos volvimos a casa, pero él no. Se quedó en Londres, más ancho que largo.

Yo paso de volver con esos perdedores.

Eso me dijo, tronco. Pero a Franco Begbie no, que está de nuevo en libertad, según me contó June un día mientras paseaba al pequeño Begbie, que no paraba de dar patadas al carro, y lo contó muy ufana, como si Franco y ella se hubiesen arrejuntado. La cosa cambió rápido cuando le pregunté si vivían juntos. No, está en casa de su madre, dijo. Está enferma. Bueno, sin ánimo de ofender, Franco no es precisamente el tipo de persona que quieres en tu equipo de cuidadores. Sobre todo teniendo ahí a Elspeth, su hermana pequeña. Sick Boy no le habría dicho algo así a Franco, ni

siquiera a Segundo Premio. Pero a mí me lo dijo. Me miró a los ojos como si supiera que iba a volver a Leith. ¡Y lo hice! ¡Pero conseguí a Ali! ¿Qué tiene él, a ver?

Pobre Lesley, sufrió una sobredosis en Glasgow, pero ahora debe de estar bien. Todo el mundo sabe de quién era hija la pequeña Dawn, pero cuanto menos hablemos de eso mejor.

Si yo tuviera un crío le daría amor. Y todo lo que pudiera. Pero ¿qué puede ofrecerle a un crío un tipo como yo? ¿Enseñarle a subir por una cañería y entrar por una ventana para mangar en una casa ajena? En realidad no es la mejor habilidad que transferir, como dirían los funcionarios del paro, ¡a no ser que quieras que te transfieran a chirona! No, lo que hay que darle a un crío es una formación en condiciones. Yo no la tengo, tío. Culpa mía: Leith Academy no estaba tan mal. Ni siquiera Craigroyston, adonde fui cuando me echaron de Leith, estaba tan mal. Pero yo pasaba de todo. La gente como Mark Renton podía pasar de todo y que le fuera bien, y conseguir una educación pese a todo. Mark siempre tuvo cerebro. Pero a la gente como yo se nos notaba si no nos aplicábamos. Eso decía siempre el señor Latimer: ¡*Tu problema, Murphy, es que no te aplicas*!

Por Leith Walk gasto el tacón sin perder la mirada de halcón, husmeando, a ver si pillo algo. En el bolsillo: dos de cinco peniques y una libra, suficiente para un poco de oro amarillo. Me encantan los plátanos. A pesar de que no sea de los Banana Flats. Pero no tengo nada en contra de los de allí. Como Sick Boy. Bueno, contra Sick Boy sí que tengo algo, pero hay buena gente en los Banana Flats. Él no. Supongo que sigue siendo un colega, pero hay colegas y colegas.

Me meto en la frutería. La chavala del otro lado del mostrador lleva un mono verde y está hablando con una vieja. Me gusta el mono verde. No es solo por los Hibs y las plantas, el color de la vida; en general me gusta ver a una chavala de verde. Tiene el pelo largo y negro y se le ven granos rojos que le asoman por los lados de la jeta. Hay una chimenea eléctrica detrás del mostrador que parece emitir un calorcito bueno.

Y ahí está, tío. Ahí mismo.

Un monedero.

De esos pasados de moda que llevan las viejas. Los que tienen un clip pequeño, ¿sabes? La caja registradora y la vieja lo ocultan de la chavala de detrás del mostrador. Tampoco es que la chavala de detrás del mostrador se vaya a molestar demasiado. Es joven y tiene granos asquerosos en el careto. Esos granos distraen a cualquier chavala. No es que tener granos asquerosos o ser joven suponga que no te importe si mangan en tu tienda, sino que es probable que la chavala tenga otras cosas en la cabeza. La vieja se da la vuelta y va a salir. Así que cojo el monedero y me lo meto en el bolsillo; instinto puro, tronco, y mi corazoncito hace *bum bum bum*. Entonces compro un plátano y entrego los diez peniques que tengo. La chavala de detrás del mostrador me mira como si fuera un vagabundo, y en cierto modo es verdad, ya te digo. «Mejor picotear fruta, sí, es más sano», suelto. Luego señalo al fuego. «¡Calorcito bueno!»

No contesta. Me preocupa que la vieja vuelva a entrar señalándome con el dedo, así que me abro, me abro, me abro.

Al salir a la calle, me siento un poco flojo. La vieja parece haberse esfumado; lo mismo se ha metido en un portal cercano o en otra tienda. Si es así, se habrá dado cuenta de que el monedero ha desaparecido. Así que me pongo en marcha mientras me como el plátano. Menuda rasca, colega, cuando se va andando con esta lluvia y este viento. Voy zapateando cuesta abajo por el asfalto frío y gris de Leith Walk con la esperanza de que la chavala de detrás del mostrador no haya pensado que le estaba echando una indirecta por sus granos: como si insinuara que tiene que comer más sano cuando le he soltado la movida esa de los plátanos. Tiro la piel y luego pienso, *espera, lince, piénsalo bien*, y la recojo no vaya a ser que alguna vieja con los huesos quebradizos se resbale con ella.

¡Entonces veo a la vieja! Grandota, con un abrigo azul y las piernas muy largas, bajando por Leith Walk. En plan que si le quitaran todas las venas varicosas no quedaría pierna y la tía se caería. Pecado fijo, tronco. ¡Sí, ahora me alegro de haber recogido la piel de plátano! Gira en Lorne Street y la sigo un rato. Debería devolverle el dinero, pero estoy totalmente pelado y necesito comprarle algo a Sammy por su cumple... Dilema total, chaval: tito

negligente *versus* escoria callejera... Tronco, no podría mirar a la pequeña Sammy a los ojos si no le llevase nada...

Luego veo a una de mis hermanas, a Roisin, que viene hacia nosotros, y saluda con la mano, pero ¡no a mí, sino a la vieja! «¡Hola, señora McKerchar!»

«Hola, cielo», responde la vieja. Por su cara alegre se diría que todavía no ha echado en falta el monedero. Jo, tío...

Entonces Rosh me ve y suelta: «¿Y tú qué haces, Danny?».

«Solo estoy paseando por la calle», sonrío y me acerco a la vieja. Tengo la impresión de que el bulto del monedero se me ve desde la luna. «Es el cumple de Sammy este fin de semana.»

«Sí, me acuerdo. Me dejaré caer cuando Craig se lleve a los niños al fútbol», dice Rosh y se vuelve hacia la vieja McKerchar. No nos presenta, pero habla de una mujer llamada Lizzie Sears, que no me suena de nada.

Entonces me despido y me largo calle abajo con el monedero como una brasa de carbón en el bolsillo. ¡No, la vieja ni siquiera se ha coscado de que no lo tiene!

Atajo por el antiguo patio de mercancías hasta el parque y me voy a un rinconcito discreto. Hay árboles a mi alrededor junto a la muralla de piedra. Al otro lado del parque se juega un partido de fútbol. Echo un vistacillo al contenido. ¡No me lo puedo creer! ¡Sesenta libras! ¡Qué hermosura! ¡Sammy tendrá un buen regalo de cumpleaños con esta pasta! Jo, tío, es un buen trofeo, sobre todo para alguien que no trae los cuartos a casa. ¡Lo mismo hasta le pillo algo bonito a Ali! En vez de esa mirada de *has vuelto a fracasar, Murphy*, su carita se iluminará y dirá: «Muy buena, Spud».

Cambiar la historia y cantar victoria, aunque solo sea por esta vez.

Seguro que la familia de la viejecita le echa una mano. A lo mejor hasta resulta una experiencia edificante para ella. ¡Nunca se es demasiado viejo para eso! ¡Salimos todos ganando!

Aquí estoy, prácticamente volando calle arriba, pasando por cuatro tabernas y un tendero nuevo que me mira con esperanza. Pero no, no, ¡esta vez no! ¡No vas a pescar nada hoy!

Así que a la hora de la cena estoy viendo la tele, y Ali está haciendo la cena antes de su turno de noche. Unas tostadas a las

que les echa judías con hamburguesas de beicon, todo de una misma lata de Heinz. ¡*Qué plato tan sensacional!* O eso mismo dicen en el anuncio.

«Bueno, Danny», dice Ali y me pone un plato en el regazo. «Lo siento, tengo que pirarme», y se va.

«Genial... Gracias...», suelto. Está preciosa. Un top morado y vaqueros pintados. Y cómo se ha maquillado los faros. Y ese brillo de labios... Buah, tío... Me hace pensar que podría echar un kiki ahora mismo. Porque he encontrado el monedero y, bueno, sienta genial sentir que vuelvo a ser un hombre de provecho... ¡Cazando, recolectando y trayendo el beicon a casa!

Pero ella ya ha salido por la puerta.

Y aquí está el presentador de las noticias, con esa voz que tiene. Con ese tono de tribunal tan *j'accuse Murphy*:

Según una encuesta llevada a cabo por la Unidad de Política Social de la Universidad de Strathclyde, los pensionistas escoceses se están muriendo de hambre literalmente. Tanto los laboristas como el SNP se han apresurado a reaccionar, criticando las políticas conservadoras por atrapar a los ancianos de Escocia en la trampa de la pobreza. Sin embargo, el gobierno se muestra impenitente y el secretario de Estado para Escocia, Malcolm Rifkind, asegura que...

Oh, no, tronco.

Cambio de canal.

Mientras nos preparamos para un invierno riguroso, la principal causa de muerte de los mayores escoceses en los meses más fríos ya no es la cardiopatía ni el cáncer, sino la hipotermia, según un nuevo estudio. El doctor Bill Roxburgh, de...

Ay, no... ¿Qué he hecho? A lo mejor la pobre señora McKerchar está tiesa, hecha un bloque de hielo, muerta de hambre, con la hipotermia royéndole los frágiles huesos. Y la pasma buscándome, y luego yo acabo en el banquillo de un tribunal, y la chavala de detrás

del mostrador me señala de repente y dice con voz distinta, en plan acento inglés pijo: ¡*El asesino no es otro que Daniel Murphy*!

El fiscal del karma dirá entonces: ¡*Habría sido más humano que Murphy le pegara un tiro en la cabeza a esa anciana*!

Porque soy peor que el gobierno conservador. Soy un agente del gobierno, tío. Yo le he hecho esto a la pobre señora McKerchar, o sea, en nombre del gobierno de Su Majestad. Asesino Murphy, que ayuda a los conservadores a librarse de cargas del Estado improductivas... Soy como el tipo de *Crimen y castigo* que siempre contaba Rents, el que nos enseñó Chrissy «Sin Cara» en Perth. Ese en el que el menda con mogollón de nombres mata a la vieja y se acojona... ¡Soy yo, como decía, porque me estoy acojonando vivo!

Pero todavía no la ha cascado nadie... ¡Tengo que devolverle el monedero!

Así que salgo a la calle, vuelvo sobre mis pasos y busco a la mujer. Pienso en el pobre Chrissy Sin Cara; su verdadero nombre era Naismith y se quemó buena parte del careto en el incendio de una casa. Los presidiarios pueden ser duros, tronco. Pero ni rastro de la señora. Así que voy adonde Roisin. Está con su chorbo, Craig. No es mal tipo para ser *jambo*. Está viendo la tele, y los dos críos, que son un par de macarrillas, están jugando con todos los soldaditos de juguete a sus pies. Los niños como ellos lo tienen todo, no como Sammy. Con ellos no puedo hablar como con Sammy. Así que entro en la cocina, donde está Rosh, y bajo la voz. «¿Te acuerdas de la señora con la que estabas hablando cuando nos vimos en la calle?»

«¿La señora McKerchar?»

«Sí.»

«¿Dónde vive?»

Roisin me mira. «¿Te crees que te lo voy a decir para que te metas a robar en su casa? ¡No soy tan tonta!»

No puedo responder a eso, porque, tío, no hay duda de que tengo un buen historial, pero estoy intentando pasar página y no me refiero a hojear el periódico... «No, tía, no es eso, Rosh, te lo juro por mi vida, la tuya y la de tus críos. He encontrado un monedero en la frutería y no iba a decir nada, pero luego te vi hablando con ella, y, como ella estaba antes allí, creo que podría ser suyo.»

Sus ojos centellean y mira a Craig y a los niños. «Yo se lo llevo», y me tiende la mano para que le dé el monedero.

«Yo también voy», suelto. No es que no confíe en ella, pero es una Murphy y tal, tronco. A ver, los genes son los genes, ya se sabe.

Se limita a encogerse de hombros, dejamos a Craig con los niños y vamos a la casa de la vieja. Hace mucho frío, chaval, de ese que se te mete en los huesos. Estoy temblando hasta con el forro polar. ¿Sabes lo que digo? Uno no debería temblar con un forro polar en noviembre, tío. Ni de coña.

Por suerte la vieja McKerchar no vive lejos: justo por Halmyre Street. Rosh me presenta como su hermano para que la tipa nos deje entrar en casa, que se calienta con una estufa de gas, pero huele a pis de gato. Hay tres, por lo que he podido ver. Voy a acariciar a uno que está en el respaldo del sofá, pero se pira. Rosh explica a la señora McKerchar: «Mi hermano ha estado en la misma tienda que usted y cree que podría haberse dejado el monedero». Se vuelve hacia mí. «¡Enséñaselo, Danny!»

«Pues sí», suelto, y saco el monedero.

La señora lo mira. Luego saca otro del bolso. «Ese no es mi monedero, hijo. Este es el mío.»

«Pero... Pero...»

¿*Este de quién es...*?

«Genial... Bueno, nos vemos...», y me abro escaleras abajo.

Oigo a Rosh gritándome: «¿Adónde vas? Me toca una parte».

«¡Y a mí!», exclama la señora McKerchar detrás de ella. «¡Estáis en mi casa!»

Vuelvo la vista hacia arriba. «¡Vais apañadas!»

Y salgo del portal, todo contento, con el monedero en el bolsillo.

Saco el dinero y tiro el monedero en una papelera. Luego me cambia el humor, así de golpe. La oscuridad crece en mi interior, tío. Ay, Dios, ahora me siento fatal. ¡Estoy a punto de llorar de frustración en la calle, porque no soy capaz de mangar el monedero correcto y no soy capaz de devolverlo! Soy un inútil para Ali, inútil para la pequeña Sammy.

Deambulo una eternidad en absoluta desesperación, tronco. Me

siento fatal; ¿sabes esas veces que crees que todo se ha jodido y que nada volverá a ir bien? Veo un cartel en una tienda que dice:

FOR RENT

Es decir, que se alquila, pero la palabra *rent* me hace pensar en Mark Renton. Toda la pasta que teníamos con aquel negocio. Estábamos los cinco juntos, pero luego Rents nos la jugó. *Mark..., ¿por qué lo hiciste*?

Entonces pienso que tengo que esforzarme, tío, tengo que esforzarme por ser mejor.

Educación.

Y justo cuando ese pensamiento enraíza, paso por un escaparate en Dalmeny Street y veo un cartel en la puerta:

CLASES DE ALFABETIZACIÓN PARA ADULTOS

Es justo lo que necesito, tronco, alfabetización de la güena. A Rents le funcionó.

Ahora me siento un poco mejor. Tipo dando un paso positivo. Diez libras por el curso; todavía me quedan cincuenta para el regalo de Sammy y quizá para una comida o una cena rica con Ali. ¡A un sitio chulo, como el Compass! ¡Lo mismo el monedero era de alguien que podía permitirse perderlo!

¡No ha pasado nada!

Porque no soy un manirroto ni un yonqui: no pienso volver a probar el caballo. Lo que soy es un enamorado. ¡Tengo un buen corazón y eso es algo que la gente como Sick Boy e incluso Mark, que nos robó, nunca entenderá! ¡Solo necesitamos un buen corazón y el amor de una mujer buena!

EL MENTOR 2

El consumo de droga había hecho descarrilar su proyecto, la búsqueda eterna de amor, pero mudarse a Londres lo había puesto poco a poco en marcha de nuevo. Renton y Sick Boy incluso siguieron el ejemplo de Eddie Reece de echarse al mar, aunque fuese en miniatura. Mientras que Reece rodeaba el cabo de Buena Esperanza, dispuesto a buscar nuevos objetivos, y se afeitaba ante el espejo ensayando la sonrisa perfecta copiada de un gitano de la Barceloneta que siempre se quedaba en tierra, ellos se buscaron trabajo de azafatos y maleteros en los ferris que cruzaban el canal de la Mancha de Harwich a Hoek van Holland.

Durante un tiempo, nadie vio a su mentor ni en Leith ni en Granton. Cada vez había menos cargueros que salían del viejo puerto y sus partidas eran más espaciadas. Los marineros de la zona iban en tren a Hull o volaban a Montevideo para subirse a un barco. En la mente de algunos marineros de Leith, «Monty», como lo llamaban, quedaba tan cerca como Humberside. Eddie Reece frecuentaba ambas ciudades.

Después, un día, Eddie desapareció del mapa. Tras un viaje a Filipinas, no volvió con Jessie y sus hijos. El último avistamiento lo hizo Davey Copeland, un lobo de mar camarada suyo. Al final de una noche de borrachera por los bares de Manila, Eddie le dijo a Davey: «El mar es el sitio donde hay que estar. La tierra no vale una mierda. Los problemas empiezan cuando se pone el pie en suelo firme y desaparecen cuando el barco sale del puerto».

La empresa naviera no tenía información de su paradero. Era como si la Tierra fuera realmente plana y Eddie se hubiese salido de ella con su barco, cayendo al olvido del espacio exterior.

A Renton y Sick Boy les gustaba imaginar que había robado un bote salvavidas y había buscado tierra orientándose con las estrellas. Al llegar, quizá echara mano de su sonrisa de marfil, copiada de un marinero de Madagascar conocido suyo,

con alguna chica medio borracha que había perdido el último transporte a casa tras separarse de sus amigas. Antes de romper su amistad, Simon Williamson y Mark Renton coincidieron, de un modo más prosaico, en que era más probable que su mentor hubiera llegado a la costa de Montevideo que a la de Hull.

Pronto, los rumores de una segunda familia en esa ciudad empezaron a filtrarse con los vientos alisios hasta el puerto de Leith. La leyenda de Eddie Reece se estaba consolidando.

Persecución

8. COCINA

La locura es el disfraz del villano.
La vergüenza, el disfraz del orgullo.

WILLIAM BLAKE

Nunca imaginé que llegaría a ver el Año Nuevo. Como el anterior, ahora que lo pienso. Y lo que es todavía más loco: por fin empiezo a sentir que es posible que vea el siguiente. Pues sí, la cosa pinta bien. Aunque resulte increíble y a pesar de su verborrea de cocainómano, Arjan no es un trolero. Me encontró un piso. De hecho, el cabrón encontró dos.

El piso inicial lo solucionó como por arte de magia el colega de Arjan, que tiene una agencia en la ciudad. Arjan me dijo que Miz –o Peter Muhren– era un tipo poco fiable, con la mano metida en un montón de negocios turbios, pero por lo general cumplidor en sus tratos con la gente. Cuando lo conocí en la puerta del hogar designado, en De Pijp, me temí lo peor. Miz era un tipo sórdido y astuto con pinta de fumador empedernido, con el pelo grasiento y negro, la cara arrugada y unos ojos oscuros, arteros y ojerosos que te clavaba hasta que uno acababa desviando la mirada. «Estás ansioso», dijo fichándome.

Y era verdad. Me habría metido en cualquier pocilga para salir de ese puto hotel. El mes que tenía previsto pasar allí se había convertido en cuatro. Lo había intentado, pero todo era carísimo o

requería un batiburrillo de referencias prohibitivo. Arjan había asegurado: «Miz no necesita esas gilipolleces». Estaba tan contento de salir de aquella habitación sosa y abarrotada que ya había llenado la maleta con ruedas y había cargado con ella por la fría calle para encontrarme con él en el piso de Rustenburgerstraat.

El apartamento era un pequeño estudio en una callejuela llena de obras, había que subir unas escaleras estrechas y tenía vistas a un solar en el que se estaba reconstruyendo un bloque demolido. Pero para mí era un lujo y era íntimo. La zona tenía buen ambiente, con abundantes bares y *coffee shops* en torno al cruce de Van Woustraat. «Si lo cuidas y pagas el alquiler a tiempo», dijo Miz, abriendo los ojos insistentes y malhumorados, «pronto tendré otro mejor.»

Pensé que era una trola. Ahora, solo tres semanas después, entro en su oficina de Damrak a pagar y me lo encuentro en el escritorio, usando un abrecartas para quitarse la mugre de unas uñas como colmillos engarzadas en dedos gruesos y manchados de nicotina. «Nos ha llegado un apartamento estupendo. Más céntrico.»

«Me gusta el de De Pijp», contesto encogiéndome de hombros. Es cierto. Sí, el estudio es una ratonera, pero me gusta el barrio. Es una zona chula y a un viaje corto de tranvía del centro.

Miz niega con la cabeza despacio, con paciencia, como si se dirigiera a un imbécil, y dice: «Primero deberías verlo».

Si nada arriesgas, nada ganas, conque nos vamos a la vuelta de la esquina, a Brouwersgracht. Es un paseo agradable por el canal de antiguos productores de cerveza con casas flotantes alineadas, lleno de pequeñas cervecerías reconvertidas en pisos. A pesar de su situación céntrica junto a un canal en el extremo del barrio Jordaan, totalmente de moda, me temo lo peor. «¿Cuánto es el alquiler?»

«Lo mismo que el otro. Y se paga al mes.»

Subimos por una escalera estrecha y, cuando abre y entramos, casi me desmayo de incredulidad. ¡No puedo creer lo maravilloso que es! El alquiler es más que razonable por una casa con vistas a un canal. Yo lo describiría como un piso de una habitación, aunque en realidad se trata de un estudio con cama doble –que aspiro a llenar pronto– en un espacio separado del salón con cortinas.

Tras una vuelta rápida por la vivienda, Miz coge mi fajo de florines como fianza y me pone un juego de llaves en la mano. Me dice que el alquiler se paga la primera semana de cada mes y que tengo que dárselo en efectivo en su oficina de Damrak. «Tienes el aval de Arjan», me suelta en tono medio amenazante.

Después se va, dejándome que desempaquete mis escasas posesiones y las coloque en el armario de puerta corredera con espejo. Hago balance, emocionado. El único pero de este apartamento es que, a diferencia del de De Pijp, los anteriores inquilinos no han dejado gran cosa. Aunque tenía intención de sustituir sus trastos por los míos, lo había ido postergando; ahora no me queda otra. La casa tiene un aspecto vacío y cavernoso. Hay un sillón de cuero negro y una mesa de centro, dos sillas y una cama doble. Por suerte, el colchón parece nuevo; tras unos saltos, mi culo me confirma que está bien y que posee la combinación ganadora de blando pero firme.

Las grandes ventanas se abren tirando y una barandilla de vidrio templado casi hace de balcón con vistas al canal y la retahíla de casas flotantes. Uno se siente de veras en una comunidad al ver a las familias, algunas de las cuales todavía comen en cubierta, bajo calentadores gigantes; a los paseantes con sus perros, o a los ciclistas con la cesta de la bici abarrotada de compras. Tengo la sensación de haber caído de pie. ¡Con algunos pósteres en las paredes esto será un palacio! Lo único que echaré de menos del hotel serán los cruasanes (estaban que te cagas) y los esporádicos vistazos a Monique, la apetitosa recepcionista. A pesar de la intermitente presencia del novio motero, me hubiera gustado hablar con ella en serio. Pero así van las cosas; cuando estaba con el mono no tenía confianza social y, para cuando conseguí parecer medio normal, habría resultado extraño.

Pero seguro que el barrio está a rebosar de tías buenas y manjares de panadería, conque lo investigo con ganas. Hay un bar agradable al otro lado del puente. A la vuelta de la esquina, en Oranje Binnenstraat, hay una cafetería que vende hachís y otra que anuncia a bombo y platillo alimentos muy salados y dulces para satisfacer el hambre que produce su vecino. Por detrás transcurre

Haarlemmerstraat, una calle que lleva al centro, repleta de tiendas y más *coffee shops*, y en la que hay una vieja cinemateca de varias salas. Compro platos, cubiertos, ollas y sartenes en una ferretería cercana, luego bajo por Damrak a De Bijenkorf, a por sábanas de las buenas. Mejor no escatimar en eso; a fin de cuentas, qué fácil es solucionar un tercio de tu vida con un gasto mínimo. Ojalá el resto estuviese tan claro.

Desembalo mis nuevas adquisiciones y hago la cama. Me meto bajo el nuevo edredón y me hago una paja larga y juguetona pensando en la Monique del hotel, sobre todo imaginando esas medias de rejilla con la costura por detrás que lleva, o que al menos llevó una vez. En mi fantasía, me la follo por detrás sobre la mesa de recepción. Esta imagen cumple con su cometido y no tardo en derramarme en un calcetín. Después, tras un breve episodio de autodesprecio tipo *pajillero triste, deberías buscarte una tía*, me duermo a pierna suelta por primera vez en siglos.

Al levantarme al día siguiente, me envuelvo en el abrigo demasiado grande que le quité a mi viejo y salgo a buscar un cruasán. El sol brilla, pero hace fresco, y disfruto del paseo y del aire frío en la cara. Acabo en Nieuwezijds Voorburgwal, y en el barrio rojo hay un ambiente animado, pues la prostitución acaba de ser definida oficialmente como trabajo legal en Holanda. Avanzo por Singel, paso ante el impresionante Doelen Hotel y me maravillo ante la flipante torre.

Tomo Nieuwe Doelenstraat para echar un vistazo al interior; un par de botones se apiñan en un portal fumando un cigarrillo. Con una sensación optimista, me acerco y les pregunto si están buscando a gente en el hotel. Uno de ellos, un tipo joven con una gran sonrisa dentuda y ojos cálidos, se presenta como Omar. Me lleva dentro del pedazo de edificio, a una oficina estrecha detrás de la mesa de recepción, y me hace rellenar un formulario con las preguntas tanto en inglés como en neerlandés. Luego otro tipo, mayor, vestido con una camisa azul y pantalones negros arrugados, entra y mira la hoja cumplimentada. La luz del techo hace que su pelo resulte casi invisible: sedoso, como una tela de araña. Frunce el ceño. Pensaba que iba a ser una de esas transacciones del tipo «ya

te llamaremos», pero por poco me cago encima cuando levanta la cabeza y suelta: «¿Puedes empezar ya mismo?».

Joder...

Me atraviesa una descarga de miedo. El trabajo siempre me ha aterrado. Eso de currar para otra gente es esclavitud para mí. Pero consigo controlarlo. «Sí, por supuesto.»

El tajo es el tajo. Era una mierda, no cabía duda: sudar en la cocina. Yo aspiraba a vaguear como botones. Llevar el equipaje de la gente a su habitación está por encima de currar en una cocina sofocante. Hasta habría tragado con la mariconada del uniforme. Pero he cometido la estupidez de revelar mi experiencia en cáterin de Londres y los ferris del canal de la Mancha. Ahí estaba, a punto de meterme en otro puto cubículo para que me gritaran unos borrachos por cero propinas.

Cuando empiezo al día siguiente, el supervisor, que huele a colada fresca, me hace entrega de un uniforme almidonado, a juego con los modales del muy capullo. Luego Omar, el marroquí de sonrisa permanente y nacarada, me acompaña abajo, a la cocina. Ya sabía lo que me esperaba, pero sigue pareciéndome que me interno en un horno. Es imposible explicar al no iniciado el dantesco espacio de locura horrenda que supone trabajar en la cocina de un hotel. Al principio, en mitad de este caos de gente que corre y se grita entre sí, uno siente que es la carne para el asador. Sí, te aclimatas al calor extenuante, pero solo hasta cierto punto. Pero yo iba en serio. Mi estrategia era currármelo y luego intentar subir de planta para hacer de botones.

El borracho esperable se materializa rápido. Es el jefe de cocina, Boris Stahlman, el típico alcohólico de por vida. Su cuerpo amorfo tendría que haberse derramado, pero se mantiene rígido, quizá por la tensión de amargado con la que carga, rasgo que su cara y cuello, rojos como una enorme ampolla bajo una mata de pelo gris, no hacen más que acentuar. Aunque Omar me informa de que su inglés es estupendo, se suelta a hablar en neerlandés aposta en cuanto yo o mi nuevo colega marroquí, que tampoco habla ese idioma, abrimos el pico.

El tío es un gilipollas, simple y llanamente.

Pero tengo que aguantar. Es cuestión de asegurarse algo de pasta.

Boris me pone de inmediato a picar verdura. Se me da bastante bien y decido hacerlo a toda velocidad para que el turno pase más rápido. Tengo ganas de que llegue la noche para largarme a una discoteca y estoy contando las horas para acabar. De repente, el encargado con cara de chóped que huele a colada fresca –Omar me lo presenta como Mauriciose me planta delante. Me dice que me calme un poco, que ni que hubiera un incendio, y mira a Boris con odio. Bueno, no quiero que me consideren el lameculos de un capullo declarado, así que pillo el mensaje y obedezco tras asentir y guiñar el ojo.

La jornada es un castigo y estoy tan jodido que casi decido abandonar el plan de salir por la noche para meterme en el catre. Pero el azote de aire frío me revive y al instante vuelvo a estar a tope. Voy a casa a la luz del crepúsculo y me hago una tortilla de queso, tras optar por no abrir una lata de judías en salsa para acompañar. Tengo previsto tomarme unas pastillas más tarde y no quiero pasarme la noche rajándome como un bulldog viejo.

Me pongo ropa más ligera –una camiseta grande, unos vaqueros anchos, una chaqueta verde con cremallera– y vuelvo a salir. Paseo por el barrio de Jordaan hasta el Mazzo. El frío es brutal, pero el club nocturno estará al rojo vivo. Así es: cuando entro y me dirijo a la pista de baile, retumba un ritmo tecno machacón y el calor me envuelve. La pista está abarrotada y sudorosa, pero después de la cocina no me molesta en absoluto. Las PPM del DJ son demasiado rápidas para mi gusto –se nota por la ausencia de chavalas en la pista–, pero que le den, me pierdo en su poderío. Le pillo una rula al camello con mandíbula de yunque que está junto a los baños.

El ambiente aquí es genial: no hace falta que la conexión sea verbal para ser verdadera. Estoy disfrutando de este Año Nuevo a solas, viendo caras nuevas por todas partes, gozando del anonimato. Me alegra no cruzarme con Arjan o cualquier otro miembro de la endeble red social que al parecer estoy tejiendo a pesar de mí mismo. Y, sin embargo, veo a una chavala que me suena. Me saluda. Intento recordar de qué la conozco cuando Omar aparece con su enorme sonrisa intacta. Me doy cuenta de que la mitad del club

parece trabajar en el hotel. Llama la atención la cabeza rapada de Mauricio, que, casi irreconocible con su ropa de fiesta, me da un abrazo. Es como si hoy hubiera pasado una prueba, y sé cuál. «Pensé que vendrías con Boris», bromeo.

Me mira con incredulidad y luego se echa a reír. «¡Que le den a ese gilipollas!»

La pastilla empieza a subir y es fuerte: me deja ciego, me convierte en goma. Los focos son triposos. El reloj está a punto de marcar la medianoche. El DJ baja la música y cuenta hacia atrás. Qué euforia; abrazos locos y puños al aire mientras nos vuelve a meter en la locura de los ritmos machacones. Arjan aparece y la fiesta continúa en su apartamento con esas escalerillas que conducen al agujero del techo. Experimento una conexión profunda con esta peña que apenas conozco, siento que estoy en mi sitio. Que, pase lo que pase en la vida, siempre seremos amigos. Nunca sentí algo así con mis colegas de Leith; la conexión sí, pero no que fuera a durar para siempre. Una lección que se aprende al pasar cierta edad y mudarse a una ciudad nueva: en realidad sí que puedes elegir a tus amigos.

Otra, por supuesto, es que las pastillas de éxtasis cambian tus sentimientos hacia los desconocidos. La chica a la que he reconocido del Doelen Hotel se llama Mila; bailamos y nos liamos. Me siento con ella en un rincón, muy apretados, siento el olor de su pelo, su cutis suave de holandesa; estoy en la cima del mundo. «Para que lo sepas», me advierte, «ya tengo chico.»

«Pues diría que es un tipo con suerte, pero, ahora mismo, soy yo el que se siente afortunado», y acerco mis labios a los de ella para embelesarme más.

Cuando nos separamos, pienso en Sick Boy, Spud, Segundo Premio y Franco con un estallido de afecto. «Chicos... Yo mismo también tengo unos cuantos... En Escocia.»

Me pregunto qué les deparará 1988.

9. AUMENTA LA PRESIÓN

> Y el murmullo sedoso, triste e incierto de las cortinas púrpuras me estremeció y me llenó de terrores fantásticos jamás experimentados...
>
> EDGAR ALLAN POE

Nunca estaba lejos. Lo veía venir. La presión creciente. Aquel deseo rampante de destruir. Venía de esas calles que ha vuelto a patrullar después de cumplir su condena por agresión. Pero también era interno, ese zumbido en el cuerpo: frenético, insistente, hermoso. Nervios tensos. Ojos alerta. Boca siempre seca. Intentaba procesarlo. Había épocas en las que, a través del aire viciado de la confusión, casi conseguía rozar la comprensión completa. Esos momentos de conciencia casi plena eran los que atormentaban a Frank Begbie y lo empujaban a maldecir el poderoso sabotaje de aquella fuerza, que activaba un cepo a su alrededor. Y le entregaba un billete de vuelta al juzgado y la celda.

Luego aparecían los problemas y él se alegraba. Nunca se sentía tan vivo como cuando las cosas se condensaban en un silencio frío; la sangre se le helaba en las venas que daba gusto y la boca que tenía delante quedaba poco a poco en silencio. Los ojos de quien estuviese enfrente se derretían mezclando pánico y una extraña súplica ante la perspectiva helada de la aniquilación. Incluso cuando

le anunciaban que él mismo era «hombre muerto», en realidad estaban rogando: «Por favor, déjame vivir». Mientras reflexionaba sobre el zumbido de su mente, Begbie, con un sabor metálico en la boca, iba paseando cada vez a mayor ritmo por Leith Walk, con las manos en los bolsillos de la fina chaqueta, insuficiente para el frío cortante. Los mirones debían de pensar que intentaba huir del frío, no de sus propios pensamientos piréticos.

June Chisholm le había informado de su embarazo y de que su segundo hijo nacería en verano. La cabeza de Begbie se puso a calcular las fechas de su último encuentro, y su alegría, no su alivio, desapareció en el instante en que, desesperado, concluyó que se había producido cuando lo soltaron justo antes de Navidades. Tenía que ser suyo. Darse cuenta de esto no le proporcionó regocijo alguno: solo parecía cargar su tobillo con otra bola de condenado. Y, cuando las paredes del mundo intentaban cercarlo, Frank Begbie respondía abriendo boquetes. Estaba viviendo en casa de su madre, intentando pasar inadvertido, pero ella no hacía más que comerle la cabeza, igual que Elspeth, su hermana pequeña.

Ahora había salido y era sábado, bien entrada la tarde, un momento que Begbie encontraba lleno de ocasiones para la violencia. Había adversarios potenciales fuera, algunos desde el viernes después del trabajo. Muchos de ellos combinaban de forma deliciosa el atrevimiento y el descuido que tan bien le iban a sus efusiones caóticas. En la esquina de London Road ve al Langosta, un hombre al que los hooligans más entregados de la ciudad despreciaban por su tendencia a gesticular con las dos manos en plan «ven si te atreves» pero que se rajaba cuando la cosa empezaba de verdad. «Langosta, ¿qué cojones haces?»

«He quedado con Dessie K y Abo...»

Dessie Kinghorn y Chris Abercrombie, ni tan mal. *Jóvenes, pero legales*. «¿Adónde vais?»

«A lo de Joe Pearce», responde el Langosta señalando calle abajo con cierta turbación al darse cuenta de que una quedada relajada de tarde-noche para beber se está transformando en algo más incierto.

Se produce rápido, en forma de una presencia angular y

demacrada, pero fibrosa, cuya cabeza rapada ondula hacia ellos con intenciones amenazadoras.

Se disponen a cruzar la calle cuando Frank Begbie ve que Donnelly se acerca. Su archienemigo echa a correr hacia él. Begbie siente el pánico del Langosta, que se descompone, tentado de repente por las posibilidades de tener un animal de compañía que le ofrece la tienda de Dofo. Los ojos de Donnelly centellean, pero va a por todas. En silencio, sin escalada de declaraciones, a pesar de haber perdido el factor sorpresa. Inmerso al instante en el baile, Begbie da un paso para enfrentarse a él y percibe un destello a la débil luz del sol que significa que su enemigo ha sacado un hacha de mano. El golpe de Donnelly llega rápido y lo alcanza en el hombro; Frank siente un dolor sordo mientras fluye la sangre.

El Langosta dobla la esquina corriendo y gritando en dirección a Des y a Chris, que están bajando por la calle.

Begbie saca la navaja del interior de la chaqueta y la hunde en el vientre de Donnelly, empapándose de la desilusión que aparece en el rostro de su adversario, como si le hubieran hecho trampas. Mientras la sangre se extiende por el abdomen, la entrepierna y los muslos de Donnelly, los transeúntes de la ajetreada calle gritan horrorizados. Su oponente cae, y Begbie oye alaridos que lo instan a marcharse. Ve a Des y a Chris avanzar con el Langosta tras ellos. Pero se siente obligado a dar un paso al frente mientras Donnelly cae de rodillas y se agarra a una barandilla de la esquina. Aprovechando la ocasión, Frank Begbie patea la cara a su indefenso rival. El impacto de sus *brogues* con puntera de acero hace que salgan volando varios dientes rotos como misiles por los adoquines mientras Begbie se aparta de forma artística en una especie de cabriola.

Ve a los policías justo al otro lado de la calle, venidos sin duda de la comisaría de Gayfield Square. Al menos dos uniformados que se dirigen hacia él. «Ha sido en defensa propia», grita Begbie a los mirones, que forman un círculo, aunque manteniendo las distancias, y se toca el hombro ensangrentado. «¡EN DEFENSA PROPIA, JODER!», repite, dejando caer la navaja –con amarga reticencia– por un desagüe de alcantarilla enrejado cuando se acerca la pasma, nerviosa, intentando calmarlo con esos murmullos que conoce tan

bien. Donnelly, tumbado en los adoquines junto a la barandilla fría y negra, mira a su público como un hombre que ha pisado una mina, con la sangre brotando de su boca y su vientre entre los dedos de sus dos manos.

La rabia todavía consume a Frank Begbie. Los rostros de la multitud. Morbosos alelados, siempre dispuestos a ser juez y testigo de su violencia; los odiaba más que al gilipollas del suelo, que al menos tenía los cojones de ir de frente. En ese momento siente incluso una camaradería protectora hacia Donnelly. Dos hombres solucionando una disputa a su manera; no hace falta que se involucre nadie más. Piensa un instante en la breve camaradería que los unió el verano pasado, cuando bebían juntos en su establecimiento favorito de Duke Street. Antes de que, copa tras copa, salieran a colación antiguos agravios, intercambiaran palabras tensas y se produjera la escalada inevitable. «Que os lo diga él», y señala al Langosta, que aparece flanqueado por Dessie y Chris, beligerantes pero decepcionados por haberse perdido la acción.

El Langosta alza la voz y la desesperación modela sus rasgos: «¡Ese tío ha atacado a Franco sin razón! ¡Ha ido a por él con un hacha!».

«¡Lo veis!» Frank Begbie suplica furioso a la multitud y a los policías, que se abren paso. «¡LO VEIS!»

Las sirenas de la ambulancia y la policía llenan el aire, y los policías esposan a Begbie para conducirlo a un furgón mientras se llevan a Donnelly en una ambulancia. Durante el viaje, en lo único que piensa Frank Begbie es en el careto pasmado de su adversario cuando lo subían en una camilla plegable, y disfruta de una risa exuberante.

En la puerta del pub, Dessie Kinghorn, que ya va ciego, se vuelve con aire adormilado hacia Chris y pregunta: «¿Tienes un piti?».

«Nah», dice Chris, mientras el furgón arranca rumbo al calabozo de la calle principal.

10. *THE FRENCH ERECTION*

Se quedó allí, escuchando mi cantar,
mientras la luz se resistía a marchar.

SAMUEL TAYLOR COLERIDGE

La primavera está aquí... ¿Por qué no baila mi corazón? Bueno, sí que baila. Pero hay cuestiones sin resolver en la contienda entre Yo y El Resto del Mundo. Estado actual del partido: por ahora ERM (siglas de El Resto del Mundo) lleva ventaja en puntos, pero SDW (Simon David Williamson, principal agente de toda percepción humana) siempre está listo para atacar a su pomposo e irrisorio oponente (fijo y muerto), embistiéndolo por el tembloroso ojo del culo. Pero ahora mismo, la realidad, con su desgarrador relámpago, saca a relucir el brutal desequilibrio de recursos entre ambas partes. Pocas cosas hay peores que no tener billete de entrada a la vida. La pobreza es el chófer andrajoso de la miseria. Existir con una sola subvención, una mensualidad de alquiler, vendiendo pornografía y haciendo de chulo es totalmente inadecuado. Dinero, dinero, dinero, es un mundo de ricos.

Me haré con lo que tienen.

Cada vez que pienso en el pelirrojo hijoputa ardo por dentro. Me encantaría decir que está muerto para mí, pero por desgracia no es el caso. Que tu mejor amigo te traicione te marca para siempre. Te hace cínico; yo nunca fui así, ni siquiera cuando me metía heroína.

Y ahora siento que por fin el amor me ha encontrado. Una luz, una gloria, una nube, suave y luminosa, envuelve la tierra: ¡os presento a la asombrosa Amanda Genevieve Coningsby!

Hemos estado disfrutando de esta experiencia mágica. Todo el tiempo libre (y no es en absoluto suficiente) lo pasamos juntos. No tiene sentido maquillarlo: esta chavala me ha impactado y me ha calado hondo. En el pasado, por muy encaprichado que estuviese con otra mujer, una parte de mí siempre mantenía la distancia para intrigar y luchar por el control. Esta vez voy dando palos de ciego por un territorio completamente desconocido, actuando sobre todo por instinto. He perseguido faldas pijas desde que el divino Eddie me iluminó en el Marksman, sobre todo para disfrutar de su dadivosidad y prepararme para la vida en esa sociedad; pero ninguna me ha marcado así.

Los meses de invierno transcurrieron en medio del torpor amoroso. Estuvimos separados en Navidades y Año Nuevo, cada uno con su familia. Para ella, según me contó, fueron fechas tensas; para mí fueron bastante alegres porque mi viejo, por fortuna, se mantuvo fuera del mapa. Aunque a ambos nos resultó dura la pausa de una semana escasa, estar con ella resulta apabullante y aterrador. Cuando no estamos follando, hablamos, reímos, jugamos, adivinamos lo que vamos a decir. ¡Fuentes de pasión revientan dentro de mí!

Por ejemplo, la semana pasada, un día fresquito a mediados de marzo: después de follar hasta la inconsciencia, nos fuimos a un pub. En la gramola sonaba «I'm Not in Love», de 10cc. Esa canción pop cutre y sentimental que nunca me ha gustado me removió hasta las putas entrañas y me partió el alma. ¡Lo raro es que ni siquiera pienso en la mansión del río que tiene su viejo! Bueno, casi nunca.

Pero la sabiduría de Eddie me quema: *cuando un follador se enamora, se acabó lo que se daba*.

Por tanto, he decidido que se impone una pausa para follar con viejas promesas y quizá con algunas nuevas. Necesito perspectiva. He de determinar si esto es de verdad o simplemente un encaprichamiento brutal. Nunca hay que dar por sentado el amor: hay que probarlo de modo empírico. ¿Qué mejor lugar para un

verdadero romántico que París? Le he dicho a Amanda que mamá ha estado delicada (cierto) y que voy a Edimburgo a verla (falso). Principal consejo para mentir: introduce siempre un elemento sólido de verdad en tu trola. De hecho, consejo número dos: una mentira funciona mejor cuando es una verdad a la que aspiramos con fervor. Me voy a París a ver a Fabienne, a quien conocí hace dos Navidades y que ha venido aquí un par de veces.

Darme un descanso de Amanda es bastante difícil. Librar en el trabajo es todavía más complicado. Andreas, Tony y ahora Lawrence están demostrando ser un trío de jefes exigentes. Aunque este último consiguió emocionarme la semana pasada, cuando vino al SALÓN DE CINE Y LITERATURA PARA ADULTOS DEL SOHO. Una vez en la oficina de la planta de arriba, abrió la cremallera de una estilosa bolsa de viaje y reveló un equipo de caerse para atrás: una Olympus VX-406, una cámara VHS fabulosa. Tony se fijó en que se me pusieron los ojos como platos. «Un juguetito travieso, colega. Ahora Lozzer y tú podéis poneros a trabajar en serio.»

Entró «Lincoln» Liam y Tony cerró la cremallera para esconder el aparato. Luego nos indicó a Lawrence y a mí que lo siguiéramos al sótano, donde metió el aparato en una cámara acorazada de la que solo él tenía llave. «Todo esto queda entre nosotros tres.»

Lawrence y yo comprendimos y asentimos. «Por supuesto, colega», dijo él. «Este tipo de tecnología no es para pueblerinos... Nah... Para ellos los tractores.»

Aunque yo me limité a mostrar una sonrisa cómplice, Tony lanzó una risotada y luego anunció: «Esta mierda va en serio», antes de añadir, con una gran solemnidad pintada en la cara: «Tú trae talento y filma en los escenarios de Lawrence. Mantén a Andreas contento». Nos escrutó con la mirada a los dos. «Hay que cuidar de él. *Capisci*?»

Lo entendimos y nos pusimos en marcha: reunimos de inmediato al elenco y al equipo. Dos días después estábamos filmando en un almacén cerca del muelle al sureste de Londres. A Tony y a Lawrence no les pasaron inadvertidos mi pulso firme con la cámara ni mi buen ojo para la iluminación y la composición de la escena.

Por ello, la semana pasada me pareció una especie de avance. Las

cosas ahora van sobre ruedas tanto en el frente del amor como en el del trabajo. Pero primero hay que establecer un hábito y luego tener el valor de alterarlo. Así que aquí estoy, sentado a una mesa atornillada a la cubierta en el lúgubre bar de este barco que cruza el canal de la Mancha. Tengo un teléfono móvil que me ha dado Lawrence. Es un modelo del año pasado, un Nokia Mobira Cityman, del que se me ha hecho entrega con un aviso truculento: «Si vas a irte de picos pardos a otro país, tengo que poder contactar contigo».

«¿Funciona en Francia?»

«Sí, pero cuesta un riñón, así que solo para emergencias, ¿entendido?»

Me viene de perilla. No tengo ningún interés en que esa reinona controle electrónicamente todos mis movimientos.

Y aquí estoy, con un café bastante imbebible cuya superficie se agita con las vibraciones del barco, pensando en lo magnífica que es la tecnología. Pronto podremos ir en tren de Londres a París. ¡Imagínate! ¡Los gabachos y los británicos rompiendo el himen del túnel para darse la mano! Pero hasta entonces habrá que conformarse con este mugriento cubo de óxido, ya en las últimas, y abrirse paso por el picado canal de la Mancha. Seguro que en la parte cara de la cubierta habrá peña a la que le sirven comida y bebida, pero aquí no hay más que niños gritando y vándalos de ojos pétreos, y además los coños medio potables brillan por su triste ausencia. Me fijo en una taruga que arrastra la fregona para limpiar café derramado por el suelo y recuerdo la época en la que yo mismo hacía este trabajo de mierda en la línea de Harwich a Hoek van Holland. Con el traidor pelirrojo.

Renton.

Hicimos mierdas buenas juntos. Nos fortalecimos el uno al otro en este mundo frío e inanimado. Rompiendo sus reglas rastreras. Decían que era vandalismo sin sentido; nosotros lo llamábamos vandalismo *sensual*: el emocionante ruido del cristal roto tras lanzar un ladrillo a través del escaparate, acompañado por los gritos ahogados y los suspiros de los transeúntes, el canto de las sirenas policiales, el taconeo de los pies sobre los adoquines al salir a toda leche por las callejuelas, el aliento caliente que salía a bocanadas en

el aire frío, todo iluminado por el brillo de las farolas naranjas. Chicos de Leith en pleno juego.

Luego fuimos más lejos. Nos pusimos al frente.

Una vez, en Elm Row, Renton me dijo: «Vamos a cargarnos esta puta ventana, pero nada de darse el piro. Esperamos a que llegue la pasma y le decimos que han sido dos desgraciados. No, mejor...».

El cabrón cogió un ladrillo de un contenedor, lo lanzó a través del escaparate y después, cuando la alarma empezó a sonar en mitad de la quietud de la noche, se fue andando a la cabina telefónica y marcó 999. Y nos quedamos en esa calle oscura esperando a los polis. Cuando aparcaron el coche y salieron, Renton fue hacia ellos. «Han sido dos tipos, adolescentes, uno con jersey granate», les explicó pacientemente mientras señalaba calle abajo.

«¿Como una sudadera del equipo de los Hearts?», preguntó el poli.

«No», contestó Renton, «un jersey de lana de color vino, con una raya blanca y en medio otra azul.»

Estaba describiendo un jersey que había llevado una vez el pobre Keezbo, ahora en chirona y seropositivo. Nosotros seguimos, serios y emocionados, representando a la perfección el papel de universitarios apavados que, sin haber roto nunca un plato, salen a tomarse una copa y acaban siendo testigos boquiabiertos de la indignante destrucción ocasionada por los zumbados de los bloques de protección oficial. «Pensaba perseguirlos», explicó Renton imitando lo mejor que podía el acento de Malcolm Rifkind, «pero hemos bebido un poco y ellos parecían diamantes en bruto. No quería empeorar la situación.»

«Has hecho bien», asintió el poli.

Esa era nuestra línea: descojonarnos de todo y de todos. Nos crecíamos el uno con el otro. Yo le enseñé a tratar con mujeres y al mismo tiempo disfrutaba de la protección que él me ofrecía gracias al zumbado de Begbie, su amigo del alma, contra algunos de los especímenes más violentos del puerto, celosos por mis escarceos con sus supuestos objetivos románticos. Yo fui responsable de la iniciación sexual del imbécil pelirrojo aplicando los principios de Reece. Primero con la zorrona de Tina Hay en el almacén, luego,

cuando fuimos de chavales a Ámsterdam, casi forzándolo a entrar en el local del barrio rojo a que se trajinara a una furcia de un escaparate. Probamos todas las drogas y nos metimos en todos los chanchullos y timos que había. Éramos un equipo. ¡Y el muy cabrón pasó de todo por unos putos miles de libras! ¡Qué majo!

De repente todo cambia a mejor cuando una pareja de chavalas se sienta junto a mí. Una, con gafas e incisivos saltones, es preciosa y sexi de un modo que ni ella ni el mundo convencional son aún capaces de determinar. Todo es cuestión de percepción. Ellos ven gafas de montura negra; yo veo lefazos sexis de biblioteca. Como dijo Coleridge, una luz verde perdura al oeste: hay que ser positivo en la vida. La otra es una pava gorda vestida por su madre, con un fondo de armario digno de un adefesio. Su pelo rizado debería caer como una cascada por su espalda formando rizos de gitana e ir acompañado por un gran par de pendientes de aro, pero lo lleva cortito para asegurarse de que nadie se la folle.

Hago contacto visual con la princesa dentuda. «Bueno, chicas, ¿vais a París?», y sonrío. «¿Es vuestra primera vez?»

«Ella ya ha estado antes», responde Polvo Gafotas. Sebosa se pone toda oronda, pero es puro teatro.

«Qué guapo», digo, golpeándome el exterior del muslo con la palma de la mano. «¿Has subido a Montmartre?»

«Es increíble», dice Sebosa, mordiendo el anzuelo. «¡Ya le he dicho que no podemos perdérnoslo!» Sus ojos refulgen en esa monada de cara que tiene. Quizá la haya subestimado. Lo mismo es un polvo político. Menudas tetas.

«No habla de otra cosa, los cafés con terraza, los artistas», dice Cañón Gafotas. Estoy visualizando esos incisivos saltones trabajándome el capullo y siento estímulos en las regiones inferiores; un código morse sexual manda señales a los tendones de mi asta.

Hacemos las presentaciones de rigor. Entonces Lydia, Polvo Gafotas, y Ashley, la Sebosa, hablan de sus vacaciones y sacan una botella de vino tinto y tres vasos de plástico. Cortan lonchas perfectas de queso en hojas de papel antigrasa. Miro en busca del monedero en el bolso grande que hay a su lado, pero lo único que veo es el lomo de un libro, *Crítica de la razón pura*, de Kant.

«Gracias por vuestra hospitalidad, es todo un detalle», proclamo, rebajándome al acervo de clichés burgueses. «Vino, queso y deliciosa compañía», brindo con ellas. Llegado a este punto, un aficionado, como el cabrón del traidor pelirrojo, soltaría algo como «sobre todo con unas mujeres tan preciosas como vosotras» y las asquearía, pero la contención es el lema de Williamson, y elegir el momento es fundamental. Ashley la Sebosa suelta una sonrisita tímida de chiquilla. Lydia es más introvertida y difícil de leer. Ahora me gustaría acostarme con cualquiera de las dos y me propongo el caballeresco desafío de montarlas a las dos hasta el delirio. En el folleteo, la autocomplacencia lo estropea todo. «Bueno, ¿y de dónde venís?»

«Maidstone», dice Lydia. «Ella va a la Universidad de Kent, en Canterbury, y yo a la de Lancaster.»

«Ah... Yo me he graduado en Filosofía en la Universidad de Glasgow», les cuento. Esto, por supuesto, es una mentira descarada fabricada por lo del libro de Kant.

«¿Sí? Ella estudia Filosofía», y Ashley señala emocionada a Lydia.

Hombres inferiores se verían en un aprieto. ¿Yo? Ni de coña. Me pregunto si usar una cita que el traidor pelirrojo soltó una vez, *Soy más hegeliano de izquierdas que marxista puro*, pero requeriría de una explicación que me supera, así que me conformo con: «Me ha parecido que teníais un aire intelectual; ¡quizá sea por el queso y el vino!».

Este comentario desencadena unas risitas monísimas y una observación irónica de Lydia sobre «el carácter vocacional de nuestros estudios». Es el tipo de mierda estudiantil que se le ocurriría a Renton. Rollos que te suelta la peña como si tuviera diez años más y perteneciera a un club pijo del Londres victoriano. Yo intelectualmente me defiendo, pero aprobar Lengua, Arte, Matemáticas y Dibujo Técnico en Leith Academy requiere un complemento suplementario, así que leo con avidez: mi especialidad es la época romántica. Si tuviera una máquina del tiempo, me cepillaría a Mary Shelley hasta dejarla ciega. Mientras la conversación avanza, descubro que las chavalas han alquilado un apartamento en el séptimo distrito para una semana.

Desembarcamos, pasamos la aduana y tomamos el tren a la ciudad. A pesar de mis teatrales protestas, Ashley ha comprado otra botella de vino tinto que se acaba para cuando entramos en la Gare du Nord. La charla ha aumentado su intensidad, pero es evidente que ninguna de las dos es una gran artista del folleteo: cortejarlas precisará de un toque diestro. Mejor que mejor, pues ahí radica la verdadera diversión. Una semana es más que suficiente para el largo juego de pelota, así que mantengo un tono ligero y juguetón. Dejo que Ashley me incite a apuntar en mi cuaderno su dirección parisina. Luego pienso en Amanda, y mi ánimo genial flaquea. No debería estar con estas chicas. Debería estar con ella.

No, resiste el impulso.

Me aclaro la garganta cuando bajamos del tren, luego recorremos el andén y cruzamos la barrera de entrada a la animada estación. «Insisto en corresponder a vuestra hospitalidad», y beso a Ashley de un modo casto, pero luego mando un mensaje contradictorio colocando una mano ahuecada en su amplia nalga. Luego le doy un pico a Lydia en la boca, manteniendo tensos los labios sobre esos grandes dientes para evitar que la lengua Williamson se libere y penetre. Me conformo con darle un afectuoso apretón en la mano. «Hasta luego.»

¡Se van justo a tiempo! Aparece Fabienne corriendo por el vestíbulo hacia mí. Tiene un aspecto fabuloso: lleva el pelo negro cortado al estilo *bob*, y los labios pintados de rojo en la cara delgada y frágil. Luce un abrigo largo y botas negras por encima de las rodillas. «Simooohhhn...», grita y me abraza. Yo tengo una erección, que empuja desvergonzada hacia arriba contra su delgado vientre, y la beso profundamente hasta que siento que se le salen los ojos de las cuencas.

Cuando nos soltamos, me pregunta qué tal la vida en Londres. Me explica que se ha mudado de casa de su hermano Marcel a un apartamento para ella, lo cual suena prometedor. Fabienne y yo nos conocimos en el Festival de Edimburgo. Luego fui a la choza de su hermano en París. Me contó que sus padres tenían una casa en Córcega, pero no llegamos a ir: nos tiramos la semana follando en aquel piso de estudiantes cerca de la Gare de l'Est. Luego ella vino a

Londres el otoño pasado. Sexo de primera, fuimos directos a la cama y nos lo montamos en todas las posiciones. Lo necesitaba: Renton acababa de darse el piro con nuestro dinero. Rechacé volver al norte con aquel trío desesperado de Begbie, Spud y Segundo Premio. Estaba decidido a no volver a pasear nunca mi rostro por Leith. Pero reflexiono de nuevo sobre lo que estoy haciendo aquí. Aunque no había dado tiempo a que la pereza sexual se asentase, Fabienne me resultó casi de inmediato un poco pegajosa, cansina; intensa, pero de alguna manera trivial y exasperante, como si sus modales se empeñasen en cerrar de un portazo las puertas del calentón que su acento francés había abierto.

Ni siquiera el pestazo a diésel de la estación logra disipar el toque subyacente de flores y el vibrante remolino de ceniza, majuelos y castaños, que me tientan a dejarme llevar por el escalofrío y salir a saborear la Ciudad de las Luces. Pero lo primero es clavar la chincheta en el mapa. Tomamos un tren y vamos hacia el sur; Fabs parlotea sin parar, y yo me siento cada vez más separado de Amanda. Es físico: una disociación agobiante y dura que profundiza en mis entrañas desde la mejor parte de mi ser. Mi inquietud aumenta cuando nos apeamos en lo que solo puedo describir como el barrio edimburgués de Wester Hailes pero sin *jambos*. En efecto, algunos especímenes locales presentan una deficiencia tan manifiesta de cualidades humanas esenciales que casi espero ver el vil granate sobre sus hombros enclenques. El tráfico ruge desde arriba al cruzar bajo un monstruoso paso elevado. En cualquier caso, la zona empeora todavía más cuando salimos al otro lado. Grupos de jóvenes callejeros fruncen el ceño, orgullosos, sin quitar los ojos de mi bolsa de viaje. «Por la noche es peligroso», dice Fabienne, aunque no parece demasiado preocupada. Yo sudo como lo haría un compañero de trabajo del caníbal Dennis Nilsen aficionado a sus regalitos navideños al pasar por un restaurante indio. Una corriente de atroz decepción se aloja en mi pensamiento: la supuesta choza de Córcega de sus padres me había hecho imaginar que Fabs estaba forrada. ¡Error! ¡Esta tía es una barriobajera gabacha! Putos franceses: ¡hasta los coños de viviendas protegidas tienen un aire de sofisticación glamurosa! Entramos en un bloque casi igual que los

Banana Flats, pero a todas vistas sin el distintivo rasgo arquitectónico curvo que convierte Cables Wynd House en un edificio tan impresionante y mundialmente conocido.

¡*Villa en Córcega mis cojones*!

Subimos unas escaleras llenas de grafitis, y mete la mano en el bolsillo trasero de mis vaqueros para agarrarme la nalga. Ha reclamado mi culo y da muy buen rollo. «¡Qué bueno vegte! Estoy deseando follag...»

Siento punzadas. «*Oui. C'est acceptable pour moi*.»

Nos morreamos mientras trata de meter la llave en la cerradura. Cuando abre, un tufillo a comida frita pasada, ropa sucia y colillas de cigarrillo golpea mis fosas nasales como *popper*. El toque del ajo no basta para ocultar la misma peste a piso mugriento que había experimentado en los setenta en Leith, como en el apartamento de los Murphy, los Hunter o los Connell. Al separar el hocico para respirar por la boca, me doy cuenta de que me hallo en un muladar asqueroso, con ropa y envoltorios de comida viejos tirados por todas partes. Ha pasado algo, sin duda. «¿Te han entrado a robar?»

«Sí...», dice, sin entenderme bien, «puedes follagme el culo... pego solo después de que tenga un oggasmo pog el coño...» Me conduce a un dormitorio. La cama no se ve hasta que Fabs recoge a toda prisa puñados de ropa apiñada sobre ella, la tira y la aparta con las botas. Esta falta de limpieza me repugna. Sé que después de follar me va a ser imposible quedarme tumbado con ella en este agujero mohoso.

Pero solo después de follar. «Me encanta como tienes el piso.» Me tiro en la cama y me quito la ropa.

Empezamos un buen polvo, aunque, comparado con los que echamos Amanda y yo, falta la distintiva conexión psíquica. Preocupado, reduzco el ritmo, volviendo a aumentar el juego verbal, clavando una mirada profunda en Fabienne, intentando encontrar ese enlace y llevar así la conexión a la zona del amor. Sin embargo, se me resiste, y a veces hay que recordar que se pueden conseguir los mismos puntos aplastando a los Hearts con un siete a cero en Tynecastle el Día de Año Nuevo que venciendo a Motherwell uno a cero en un encuentro cutre un gélido miércoles de noviembre en

Easter Road. La tía está flipando, está claro; me lacera la espalda con sus uñas pintadas y sus paredes vaginales me aprietan como si fueran mandíbulas aplastantes en un valeroso intento por macerar mi órgano sexual. Fabs se corre con un torrente verbal en francés, lo cual nunca falla para estimular las regiones sensuales, y le dejo el coño bien encolado.

La modorra poscoital es la zona VIP tras el partido. A pesar del entorno adverso, duermo de un modo profundo y satisfactorio durante casi una hora: es lo que tiene una buena follada. Al recobrar la consciencia con un sabor amargo en la boca –las estudiantes inglesas y su vino–, veo que la cama está vacía. Y tengo que levantar la cabeza para confirmar que no estoy en Offord Road ni en Swain's Lane y que me encuentro *sans* Amanda. Cuando caigo en la cuenta de que me he tirado a otra persona y de que es Fabienne, me pongo sensible hasta el punto de no saber si podré enfrentarme a la gabacha. Por suerte, tras levantarme, vestirme y explorar, observo que ha abandonado el apartamento. Hay un punki con una cresta mala (todas lo son) sentado a la mesa de la cocina; está bebiendo de un cartón de leche y tiene el labio superior blanco. Me cago en todo, es la versión gala del traidor pelirrojo cuyo nombre jamás ha de pronunciarse. Dice algo muy rápido en francés y luego resume despacio en inglés: «Fabienne ha salido. Está comprando comida».

«Ah... Entonces, por favor, infórmala de que he tenido que marcharme un rato. La llamaré más tarde.»

«No sé...»

«Me encantaría quedarme a charlar sobre cuestiones interculturales, pero he de despedirme con un caluroso *adieu*», le explico, sin esperar a descifrar e interpretar la taciturna respuesta en franchute.

Nervioso, avanzo por el gueto hasta la estación del RER. Por suerte el tren llega a tiempo y sale echando leches sin demora hacia el centro de París, donde hago trasbordo en *le métro*, rumbo a la dirección de las doncellas de Maidstone.

Está situada en un hermoso bloque típico de París, con una puerta con arco de madera maciza a la que tengo que dar un buen

empujón cuando me abren por el telefonillo. Conduce a un patio adoquinado decorado con plantas que trepan en dirección a la limitada luz solar. Un gato atigrado con una panza casi imposible está repanchigado en donde caen los débiles rayos. Al pasar, me clava la vista y menea el rabo. Llego a unas escaleras que rodean uno de esos ascensores de malla metálica del viejo mundo. Me resisto a tan perezoso artilugio, subo los peldaños de mármol hasta el segundo piso y llamo a la puerta.

Ashley abre y me quedo a cuadros. Está hecha un desastre, tiene la cara embadurnada de rímel negro que le cae desde los ojos enloquecidos. «Oh, Simon...», chilla.

Mal rollo. «¿Qué ocurre?»

«Acabo... Acabo de volver del hospital... Lydia...», farfulla sin aliento antes de romper a llorar. Doy un paso al frente y la estrecho en mis brazos, calibrando con satisfacción las dimensiones rellenas de su cuerpo. «La ha atropellado un coche... El tipo era un zumbado... Salió de la nada... Lo perseguía la policía... Lydia está en el hospital...»

«¡Dios mío!» Respiro hondo, doy un paso atrás y la cojo de los hombros con suavidad.

Descanse, Sebosa. «Vamos a sentarnos. Cuéntame exactamente lo que ha ocurrido.»

Dirijo su sollozante masa al interior del apartamento, que cuenta con un mobiliario básico, pero está ordenado y coqueto en comparación con el caos de la choza de Fabs. «Pues... Pues... Se ha partido una pierna, tiene dos costillas rotas y conmoción cerebral...»

«Joder.» Nos hundimos en un sofá florido y le aprieto con fuerza la mano a Ashley. «¿Se lo has dicho a su familia? ¿Has informado a la embajada británica?»

«No... Acabo de volver del hospital.»

La verdad es que esto es un horror: ¡la chavala está de vacaciones, acaba de desembarcar! Empiezo a pensar en la situación y lo vocalizo: «Mira, sus familiares se preocuparán muchísimo si los llamas ahora, les cuentas lo ocurrido y luego resulta que no pueden hablar con ella. Deberíamos volver al hospital a primera hora de la mañana y llamar desde allí, así con suerte pueden hablar con ella

mientras estamos presentes. Eso los calmará un poco. Tengo un teléfono...», concluyo meneándole el móvil en la cara.

«Sí, sí...» Ashley la Fofa –Fofashley– está de acuerdo. «¡Menos mal que has venido: me estaba volviendo loca!»

«¿Te parece un buen plan?», le pregunto mirando su cara ida. «Vamos mañana temprano y nos la encontramos más repuesta después de una buena noche de sueño y de haber tomado sedantes y analgésicos. Estará más *compos mentis.* Se le habrá pasado un poco el susto y, con suerte, algo de la conmoción. Está en las mejores manos», digo mientras aplasto las de Fofashley, pequeñas y heladas, entre las mías. «¿Verdad?»

«Sí... No puedo pensar con claridad... Muchas gracias, Simon...»

«Ahora mismo, estoy más preocupado por ti. Tú también debes de estar conmocionada. A fin de cuentas, lo has visto todo de cerca. ¡Seguro que el zumbado del coche casi te pilla a ti también!»

«Sí... Es como una pesadilla», y su boca se tuerce hacia abajo en un gesto tirante y trémulo. «Yo no he visto nada, solo he oído el rugido del motor... Luego un grito y, de repente, ¡Lydia estaba en el suelo y los otros se largaban a toda velocidad!»

«Necesitas tomar algo fuerte. ¿Tienes algo por aquí?»

«No», responde Ashley con los ojos vidriosos.

«Bueno, pues tiramos para un café de la zona. El doctor Williamson prescribe un brandy grande para la conmoción.»

«Vale, no puedo quedarme aquí sola... No conozco a nadie... Estoy tan aliviada de que hayas venido...», farfulla con aire de mendiga. «Dame dos minutos para lavarme la cara.»

«Por supuesto», respondo con una sonrisa, en absoluto inclinado a pasear por las calles de París con una tía que parece haberse escapado del hospital de la Salpêtrière.

Es una escena cautivadora: nosotros sentados en una mesa de la terraza de un café que hace esquina bebiendo coñac por cuenta de Ashley. El tráfico de la hora punta ha desaparecido, pero los bulevares de la ciudad están animados a la escasa luz. Una sugerente melodía de acordeón se filtra en la pegajosa noche desde algún lugar por detrás de mi hombro. Mujeres altivas y tentadoras de todas las edades se pavonean con elegancia a diestro y siniestro.

Nunca deja de impresionarme el gancho que traen de fábrica las francesas: no les hace falta tener un polvazo para moverse como si lo tuviesen y, claro, con tanto meneíto, al final entran ganas de echárselo.

Pobre Lydia. Mientras Ashley cuenta los detalles de esta desgarradora experiencia, la miro y la parte reptiliana de mi cerebro grita: *Ojalá te hubiese pasado a ti.* Pero sin duda aquí tiene que operar una dinámica de supervivencia además de sexista, tipo *salvar el fornicio*: tanto amortiguador carnoso reduce la posibilidad de daño. Cuando Ashley me pregunta dónde me alojo, explico que con una peña en un sitio bastante chungo de la zona sur.

Llegado ese punto me doy cuenta de que debería llamar a Fabienne, así que voy al interior del bar a usar el teléfono de pago. No tengo suelto y tiene que prestármelo Ashley, cuya presencia merodeante por los alrededores me incomoda. Fabienne está bastante airada, y la dejo protestar un rato, con lo que se crece, lo cual ilustra la profundidad de su banalidad autocomplaciente. Cuando agota su verborrea, desato mi contragolpe usando un tono medido y recortado. «Tengo malas noticias, Fabs. Una persona cercana...», y Ashley me mira con la admiración de una verdadera creyente que ve a un santo manifestarse ante sus ojos, «se ha visto involucrada en un accidente de tráfico muy, muy serio: ha sido víctima de un atropello con fuga. Mañana a primera hora iré al Hospital Belvedere a ver cómo está. Iba con otra persona que ha visto el accidente y está conmocionada, así que me quedo para ofrecer mis cuidados esta noche. Iré a tu casa *demain*.»

«Pego si acabamos de vegnos...»

«Lo sé, y es lamentable. Pero es que esto es muy serio. Con algo así, hay que arrimar el hombro.» Sonrío al camarero con camisa blanca y chaqueta negra, el cual sirve otros dos coñacs, y guiño el ojo a la tensa Ashley.

«Pego...»

«Repito: un accidente de tráfico muy serio que ha supuesto la hospitalización de una persona conocida. En tales circunstancias estamos obligados a ayudar. Te llamo luego. *Au revoir*», concluyo y le cuelgo.

«¿Va todo bien?» Ashley me mira suplicante.

«Sí. Es una cuestión de prioridades. En este momento lo más importante sois Lydia y tú.»

«Pero no tienes que estropear tu escapada por nosotras...»

La interrumpo mientras niego con la cabeza y alzo la mano, antes de acompañarla a nuestra mesa en el exterior. «Se hará lo que haga falta para asegurar que estáis bien. Cuando la gente tiende la mano de la amistad, como hicisteis vosotras en el barco, hay que dar la talla, como dicen los estadounidenses. ¿Qué clase de persona sería si diera la espalda a unas amigas necesitadas?»

De nuevo suelta una confusa perorata de gratitud. El acordeonista pasa a nuestro lado, luego se detiene de modo abrupto y nos pone cara de pena. Es una intromisión agradable, aunque Ashley está incómoda y le echa unos francos en la boina que nos tiende para ahuyentarlo.

Cuando volvemos al apartamento, los dos estamos un poco borrachos. Ashley me abraza y mira el sofá. «No sé... No sé si puedo estar sola esta noche...»

«Lo entiendo.» Le cojo la mano y la miro a los ojos. «Deja que duerma en la cama contigo. No pasará nada», aclaro, y me pregunto si detecto desilusión en su mirada de ojos saltones. «Así estamos juntos. ¿Qué tal te suena?»

«Creo que me gustaría...»

Vamos tambaleándonos hasta el *boudoir*. Me quito todo menos los bóxers y me meto en la cama. La gorda desaparece, lo cual me permite sacar del bolsillo relojero de los vaqueros una gomita para la lefa que meto en la mesilla de noche. Ashley vuelve a entrar ataviada con un camisón largo de color verde bilioso. Decididamente no es lencería sexi... Ese camisón le parecería demasiado victoriano y casto hasta a mamá. *Gesù cazzo onnipotente*!

Ashley se mete conmigo bajo las sábanas. Su cabeza cae en la almohada y yo me deslizo para abrazarla. Suelta una bocanada de aire mientras sus ojos refulgen bajo la tenue luz. Empiezo a acariciar su pelo criminalmente corto, pero aun así bastante lustroso, con sus rizos castaños, y meto las yemas de los dedos para disfrutar de las

irregularidades del cuero cabelludo entre los folículos. «¿Estás bien?»

Ella asiente con bastante melindre.

Mi erección empieza a tocarle el vientre. «Lo siento. Por desgracia, es una reacción natural cuando uno yace junto a una mujer hermosa.»

«No soy hermosa», responde arrugando el rostro. «Estoy gorda.»

«Tonterías. Eres una chica de aspecto excepcional», le digo, maravillado ante su cara bonita. «Sin duda tienes un cuerpo estupendo.»

«No es cierto, estoy gorda.»

Le aprieto el dedo en los labios. «Si vuelves a decir la palabra que empieza por G, tendré que insistir en que te quites el camisón.»

Se ríe un poco con eso.

«Apuesto a que montones de tíos te han dicho que tienes las tetas bonitas.»

«Puede que uno o dos», admite con falsa modestia.

«Pues vamos a verlas.»

«¡No! No puedo», protesta con teatrera indignación.

«Venga, quítate el camisón», insisto, frotando entre el pulgar y el índice el material del dobladillo. «Anda. Sé buena chica. Deja que le eche un vistazo a esas tetillas.»

«No puedo, estoy demasiado...»

Otra vez: el dedo a los labios. «Chis, chis... ¿Qué te he dicho? ¡Venga! Has tenido novio, ¿verdad? ¿Has hecho el amor con alguien antes?»

«Una vez... Con un tipo de la universidad...»

«Bueno, sin duda fue un tipo muy afortunado.» Le sonrío bajo la débil luz. «Déjame verte las tetas», susurro.

Se incorpora en la cama y se levanta el camisón, toda nerviosa, revelando un par de perolas espectacular. Su vientre está ligeramente abultado, pero tiene una constitución de cojones, no se derrama por todas partes, como yo me temía. Me mira agitada, a la espera de mi aprobación.

«¡Qué cuerpazo!»

«Gracias... Me alegro de que te guste lo que ves.»

«¿A quién no le iba a gustar?», digo, alargando las manos para sostener sus gruesos pechos, y ella respira hondo como si la hubiera apuñalado. «¡Son impresionantes, te lo digo!»

Emite una risa extraña y llorosa, pero siento que su cuerpo cede. «Soy un poco tímida porque soy más grande que la mayoría...»

«¡Bobadas! Tienes un aspecto fabuloso. ¡Y apuesto a que tu culo es tan espectacular como tus tetas!»

«¡No sé qué decir a eso!»

«No digas nada», insisto, «tú ponte boca abajo para que pueda echar un vistazo.»

Ella obedece algo cohibida, revolcándose como una cría de oso panda en un bosque de bambú, y entonces esas dos medias lunas aparecen ante mi cara. Empiezo a acariciar una nalga despacio y le susurro al oído: «Eres una chica preciosa, Ashley: tienes un cuerpo fantástico...».

A juego con el movimiento firme y circular de mi mano sobre su pandero, Ashley empieza a frotar, luego a restregar, su pubis y su clítoris contra el colchón. Gime mientras con la mano libre le meto suavemente un dedo, luego otro, en la raja apretada y húmeda. Cuando se los he metido casi hasta la segunda falange, me detengo, para dejar que ella marque el ritmo con sus movimientos. No tarda en apretarse con fiereza contra mis deditos tiesos y se corre emitiendo unos gemidos monísimos. Me pongo la goma, le levanto las piernas y entro en su abultado túnel del amor, enmarcado por una mata de pelo formidable, mientras disfruto de los hermosos jadeos que suelta ella por el otro extremo. Empiezo a follármela despacio; tiene una combinación deliciosa de humedad y tensión. «Ohhh...»

«Dime que eres una chica preciosa», le ordeno entre dientes, casi biselándome el pene contra su estropajo rasposo.

«Oh, oh... Tú sigue», exclama mientras se agarra al cabecero de la cama. «Qué bueno... Oh... Oh...»

Con las chavalas inglesas todo es «oh» y con las escocesas todo es «au». Dejo de bombear y medio salgo de ella. «Solo si me dices que tienes un cuerpo precioso.»

«Por favor, no pares, Simon...»

Se la clavo lentamente dos veces y repito el trato.

«¡Tengo un cuerpo precioso!», grita con triunfo forzado.

Vuelvo a follármela a ritmo constante; ella vuelve el cuello para mirarme; después cierra los ojos y grita como un cachalote perforado por el oxidado arpón de la flota pesquera de Granton. «AHHH OHHH... Oh, oh, oh, AAAHHH...»

«¿Ves cómo va esto? Lo positivo obtiene recompensa», digo retirándome. Luego coloco su cuerpo jadeante boca arriba para volver a entrar, apoyándome en las manos y arqueando la espalda para mirar desde arriba a la masa aún sin aliento. «¿No es extraño que estemos follando, que te hayas corrido y que todavía no nos hayamos besado? ¿No es extraño?», repito con fuerza indiferente, moviéndome sobre ella. Intenta atraerme hacia ella, pero me resisto. «Sabes las reglas. Tienes que decir que tienes un cuerpo precioso... Dime algo de tu culo.»

«Tengo... Tengo un culo precioso.»

«Bien... Bien, dime algo de estas tetas», exijo, agarrando un puñado de una con bastante firmeza y moviéndolo despacio.

«Tengo unas tetas estupendas», dice a punto de volver a detonar.

Yo pienso en Paolo Rossi, menudo jugador. Nació en la Toscana. Me encantaría ir allí alguna vez y no a la ratonera posindustrial calabresa de la que viene la familia de mamá, adonde hui para evitar líos de *femmes*, pero de donde me tuve que pirar tras follarme a una princesa católica de la zona... *Esta polla mía acabará metiéndome en problemas... Pero la Toscana..., la comida..., el vino..., las tías*... «Dime algo de tu coño», y siento que mis rasgos se crispan. «Dime algo del maravilloso chocho apretado de chiquilla que tienes.»

«Chocho apretado de chiquilla»... Qué cojones, suena un poco pedófilo... Pero prosigamos...

«Tengo el chocho más apretado del puto mundo», jadea, ahora perdida en el baile.

Me inclino sobre ese módulo tan bien tapizado y la bombeo. Le tapo la boca con la mía. Le meto la lengua y los dos nos volvemos locos porque nos estamos echando una corrida que flipas. Estrujo hasta la última gota de lefa en el condón que le forra el coño y pienso en lo mucho que odio la cosa esa y que igual no tenía que

haberme molestado en ponérmela con un espécimen tan fresco, pero es que, si le planto un *bambino*, acabaría pariendo un portero de discoteca rollizo. ¡Con mejillas a medida para que mamá se las pellizque con el pulgar y el índice!

Me aparto de Ashley como un gimnasta soviético, volviéndome hacia ella con una sonrisa. A través de la oscuridad moteada, distingo sus grandes ojos. Me concentro en ellos sin abrir demasiado el foco, sabiendo que, sin la satisfactoria distorsión de la lente del deseo, lo único que vería sería a Babar el elefante lleno de defectos. *Ashley la Fofa. Fofashley*.

«Te dije que sería genial si nos besábamos.»

«Sí... Sí... Así ha sido...»

Es verdad que le he dado bastante coba, pero así es la naturaleza del juego de dormitorio. Además, la chavala tiene activos y tiene que aprender por su propio bien que ningún tío está haciéndole a ella un favor por follársela. Creo que los hombres de verdad siempre son feministas.

Quizá sea solo la corriente emocional, pero el remordimiento parece estar filtrándose en esta esponjita rellena. No deja de parlotear sobre la pobre Lydia en el hospital mientras yo pienso en Amanda y luego en Fabienne, en que sus cuerpos son tan radicalmente diferentes al de Ashley que casi habría que categorizar este polvo como un deporte diferente. Ahora estoy combatiendo el deseo de mostrar una crueldad espectacular contra tan robusto fortín.

Resiste el impulso...

Decido no poner en entredicho mi noble naturaleza ante sus ojos solo por la barata catarsis de extraer el rocío de las lágrimas de la pava regordeta.

Al día siguiente nos levantamos temprano y despejados. Me la he follado una vez por la noche y le meto otro repasito por la mañana, sintiéndola más abierta y relajada cada vez. Pero tanta faena le ha pasado factura a mi badajo: ese matojo de esparto que tiene me está despellejando vivo. ¡Lo que está claro es que le han salido rentables la botella de morapio baratero del barco y las copas de coñac!

Cuando llegamos al hospital, Lydia está sentada en la cama, a todas luces en sus cabales, aunque todavía un poco conmocionada. La zona dañada es el perfil que queda más lejos de mí: tiene la cara llena de cardenales y un ojo inflamado de color púrpura y amarillo. Tiene la pierna izquierda escayolada, pero no con grúa, sino solo en alto, apoyada en otra almohada. Levanta la manta para enseñarnos, pero yo lo que miro es su pierna buena, toda amoratada. Solo consigo echarle un vistacito, pero el camisón le llega por encima de la rodilla. Avanzo para darle un beso en la mejilla buena, disfrutando del choque de perfume y hospital, y propongo que Ashley y yo llamemos a sus padres de inmediato para contarles la historia antes de ponerla a ella al aparato. No obstante, Lydia insiste en hablar con ellos primero.

La ayudo en el alambicado proceso de contactar con ellos mediante el teléfono ambulante del hospital. Al final: éxito. Ella pasa por la rutina de tranquilizarlos. Para animarlos, les dice que están con ella Ashley y Simon –me describe como otro amigo–, que han ido a verla para asegurarse de que se encontraba bien.

Al final, Lydia termina la llamada y nos quedamos sentados hablando un rato. Por suerte, recuerda poco del incidente, solo una niebla y algún grito antes de acabar aquí, con la gente soltándole instrucciones en francés. Cuando Ashley va a buscar un cuarto de baño, decido aprovechar la oportunidad. Me acerco más a la cama.

«Muchísimas gracias», dice Lydia, «por ayudarme con esto. Acabamos de conocernos...»

«Estaba deseando volver a verte; entonces, cuando Ashley me dio la noticia, me impactó lo cerca que hemos estado de que no llegara a ocurrir nada.» Le acaricio la cara por el lado bueno, luego le aparto el pelo sudoroso de la frente. Me mira con la boca abierta. «Esto es de lo más inapropiado...» Me aparto. «Ya he hablado demasiado, lo cual es egoísta e imperdonable por mi parte, dado que tú solo necesitas concentrarte en ponerte bien.»

«¿Qué... quieres decir?»

Me doy la vuelta. Hago brotar algo de humedad en los ojos antes de volverme de nuevo hacia ella –con mucho dramatismo–. «No creía en el amor a primera vista hasta que te vi en el barco», afirmo

acariciando su mano con suavidad, como si fuera un cachorro de perro enfermo.

Se queda con los ojos a cuadros, sin comprender.

«Perdona que hable así, pero al verte magullada..., la idea de perderte...» Siento de verdad algo, no la intensidad que experimento con Amanda, pero sin duda hay cierta agitación. Intento determinar si es amor o si es solo el subidón increíble que siente un colega de naturaleza codiciosa al arrogarse una posición central en la vida de una desconocida (el sexo no es más que una manifestación última de esto).

«Lo que dices es completamente irreal», replica negando con la cabeza. Luego aparta la mirada, parpadea y se vuelve despacio hacia mí. «Todo esto. Es... como un sueño extraño», dice, como a punto de llorar. «Me atropella un coche..., estoy aquí... y ahora tú me sueltas esto... O sea... ¡Es una locura!»

«Quizá esto sea el amor», le cuento, luego echo una mirada rápida a la puerta. «Dime, deprisa, antes de que vuelva Ashley: ¿estoy haciéndote perder el tiempo?»

Un lado de su cara es como una pieza de fruta aplastada, el otro es precioso e inmaculado. Tiene las gafas encima de la taquilla. «Pues... No lo sé, pero...»

«Ahora voy a besarte», le digo. «Si me das una bofetada o me apartas, sabré que no tengo ninguna posibilidad.» Tiene la mirada turbia, pero al mismo tiempo extrañamente concentrada. Le tiembla el labio inferior.

Aprieto mi boca contra la suya, que cede, y nos metemos un buen morreo. Meto la mano bajo las sábanas y la subo con cuidado por su pierna buena para acariciarle el felpudo, que parece suave y sedoso comparado con el Scotch Brite de Ashley. Empiezo a frotarle el clítoris y no tarda en ponerse duro como un balín mientras la beso con mayor intensidad, perdiéndome en el morreo y la caricia.

Su respiración empieza a entrecortarse y le sigue un sonido borboteante y, aunque presta atención a la pierna y las costillas, sus caderas empiezan a empujar contra mi mano con un movimiento fuerte pero controlado.

Entonces percibo una perturbación en el aire detrás de nosotros.

«¿Qué está ocurriendo?»

¡Es la gorda!

Nos separamos y me vuelvo para sonreír a Ashley. «*Dobbiamo cercare di portare l'amore dove troviamo l'amore*», me excuso, haciendo uso de una de mis frases favoritas en italiano. *Intentemos llevar amor donde encontramos amor*.

«¿Qué significa?», pregunta Ashley con un puchero. «¿Qué... Qué es esto?»

«No lo sé...» Lydia tiene una sonrisa torcida, y nos mira a Ashley y a mí de forma alterna. «Quizá las cosas pasan por algo.»

Me encanta cuando a la gente se le ocurren esas pamplinas, por lo general en lugar de pensar en cualquier otra cosa en ese momento. «Eso creo yo también.»

«¡Tenemos que irnos!», ordena Ashley mirándome con amarga exhortación. ¿La aparición de un canalla puede haber agriado una amistad duradera? ¡Menuda tragedia!

Nos despedimos con nerviosismo y dejamos a Lydia confundida y en pleno calentón. Fuera, en la ruidosa calle, con el vaivén de los repartidores compitiendo por aparcamientos a corto plazo para descargar sus mercancías en hambrientas tiendas minoristas, Ashley avanza deprisa y en un silencio que no tengo ninguna prisa por romper. Al regresar a *le métro* recupera la voz y expresa su indignación. Respira de forma entrecortada mientras yo intento explicar la situación. «Mira, Lydia no estaba bien, se quejaba de la pierna. Yo la estaba reconfortando de un modo totalmente platónico...»

«¡¿Qué?!»

«¡Y de repente se puso a besarme! No te voy a mentir, sí que lo he encontrado un poco raro, pero, teniendo en cuenta su estado, pues no me ha parecido bien rechazarla, así que le he seguido la corriente a sabiendas de que volverías pronto. Así que gracias por tomártelo con calma», le suelto con sarcasmo.

«¿Qué...? ¿Me estás diciendo que no te gustaba?»

«¡No, por supuesto que no! ¡Lo estaba pasando de puta pena! ¿Y tú dónde te habías metido?»

«En los baños de la planta de arriba...», responde en tono

dubitativo cuando entramos en el tren. «Pero si estabas...»

«Yo no estaba intentando seducirla», replico mientras le echo un vistazo al vagón casi vacío, «y después de lo de anoche, y de esta misma mañana, joder. ¡No te digo que sea un paradigma de virtud, pero tengo más moralidad que una rata de cloaca!»

«¡Bueno, pero piensa en lo que parecía! ¡Y en cómo me he sentido!»

Esa concesión es mala idea. Error de principiante. Castigar.

«¡Imagínate cómo me he sentido yo! ¡Me estaba acosando a mí! ¡Tu amiga!» *Y ahora el pase que rompe la defensa*: «¡Solo he intentado ser amable con todo el mundo!».

«Lo sé.» Me acaricia el brazo cuando frenamos en la siguiente parada. Suben más pasajeros. Ella baja la voz. «Lo siento.»

Disculpa no solicitada. ¡Error de principiante dos! ¡Rápido! ¡Aprovecha que el área está despejada mientras el contrario sigue perdiendo el tiempo con protestas y quejas inútiles! «¿Qué cojones pasa aquí? ¿Lydia era muy promiscua en la universidad? No parece ese tipo de chica..., aunque supongo que no hay un tipo concreto.»

«No, es decir, no lo sé...», y, angustiada, niega con la cabeza. «Vamos a universidades distintas. Nunca ha sido así... Supongo que ha mencionado a un par de chicos... Pero no, nunca se ha comportado así delante de mí.»

Aquí el aficionado diría algo tipo: *Ya, claro, delante de ti.* Lo que hace el profesional en estas situaciones es echar una mirada llena de duda seguida de otra que indica conflicto interno antes de matizar: «Quizá no deberíamos juzgarla con demasiada dureza. Puede que sea la impresión, o quizá la conmoción. Podría incluso estar relacionado con la medicación que le han dado», considero mientras bajamos del tren y salimos de la oscura estación a la Ciudad de las Luces. El trajín y la belleza de París. La niebla amarilla que se frota la espalda contra las ventanas. ¡Cómo baila este lugar ante los ojos!

«¿De verdad crees que no era consciente de lo que hacía?» Ashley se muestra desdeñosa, pero ahora con respecto a su amiga. *La culpa es del árbitro*...

«La verdad es que no sé qué pensar, salvo que me gustaría olvidar este incidente tan vergonzoso.» Me paro en mitad de la calle y le

acaricio la mejilla. En sus ojos hay una mirada profunda. «Ahora mismo quien me preocupa eres tú.»

«Estoy bien... Es que ha sido raro veros a los dos así...»

Envuelvo sus hombros con un brazo posesivo y continuamos por el bulevar de los sueños rotos. Me cruzo con unas cinco chavalas por las que la cambiaría y saldría ganando, pero destierro tales pensamientos: concéntrate en el mesomorfo. «¿Cómo crees que me he sentido yo?»

«Vale», dice vacilante, alzando la mirada hacia mí con ojos relucientes. «¿Qué vas a hacer ahora?»

«Bueno, pues supongo que me iré a mi alojamiento. Aunque no me hace ni pizca de gracia dejarte sola.»

«Pues no te vayas», propone, y a través de su confusión se filtra un conmovedor toque desesperado. «Puedes quedarte en nuestro piso.»

¡*Otro error defensivo que tiene como resultado la concesión de un penalti innecesario! El árbitro está consultando con el juez de línea*...

«Creo que será mejor si tenemos un poco de espacio.» Sopeso por un lado la dinámica torsión de caderas de Fabienne y por otro el largo trayecto en el RER hasta su favela parisina. «Han sido un par de días extraños. Ponte en mi lugar: he conocido a una chica encantadora que me deja pilladísimo. Luego su amiga, a quien ha atropellado un coche, me acosa desde la cama del hospital; mi chica decide reconstruir falsamente la situación y de repente yo soy el malo de la peli.» Veo que los ojos vidriosos de Ashley rebosan tensión. «Lo mejor será que nos tranquilicemos...» Sigo con la mirada a un ciclista que pedalea despacio hacia un semáforo.

¡*Llévame en tu bici, cabrón! ¡Sácame de una puta vez de aquí*!

«Lo siento, Simon, pero sin duda eres consciente de lo que parecía.»

«Pues claro que sí, y no necesitas disculparte.» Ahora estoy disfrutando de este deporte a conciencia. «Has conseguido incluso que dude de mí mismo. Ahora estoy pensando que, en todo caso, yo he podido ser el que le ha dado pie.»

Fofashley se para de repente en la calle, haciendo que una vieja zorra zumbada tenga que apartarse a un lado para no chocar con

nosotros y durante el proceso nos lance un exabrupto en francés. «¿Qué quieres decir?»

«Bueno, ya has visto que tiene un lado de la cara destrozado, y está claro que es muy consciente de ello...» No basta con convencer a Ashley de que se equivoca a pesar de las pruebas aportadas por sus propios ojos. El objetivo último ha de ser que se sienta como una mierda por equivocarse.

Ashley me devuelve la mirada, corroída por la curiosidad y luchando por mantenerse a flote en el torrente de la duda. El que alimenta el agua estancada de la baja autoestima y, para terminar, las aguas más turbulentas y agitadas de la desesperación. ¡Para lo cual solo el capitán Williamson tiene un salvavidas!

Edward Reece, bendito viejo marinero, espero que folles en paz.

¡*El árbitro está señalando de nuevo el punto de penalti*!

«Ella decía que estaba hecha una pena», explico con cara triste, «y que nadie en su sano juicio la miraría. Le dije que eran solo moratones y que desaparecerían. Empezó con las tonterías de "soy un monstruo". Le dije que tenía que relajarse y concentrarse en restablecerse, que era una joven muy bonita y que no tenía nada de qué preocuparse. ¡Así que le di un abracito y entonces se lanzó!»

Se prepara... ¡Engaña al portero! Y apenas hay tiempo para reanudar el partido... ¡Sí, el árbitro pita el final!

«Lo siento, Simon, tienes razón...»

Eso es todo lo que quería oír. No ha sido tan difícil, ¿verdad? ¡Williamson se va con tres goles!

«... ha sufrido una gran conmoción. Sí, mejor no la juzguemos con demasiado rigor.»

«De acuerdo.» Doy un paso adelante y envuelvo con los brazos su fornido chasis. «Solo hay una doncella de Maidstone con la que pienso mantener una cercanía personal, ¡te lo aseguro!»

«Vale...»

Un perro, un chucho de ojos locos, quiere venir a casa con Simon. ¡Sí, quiere! Ashley y yo compartimos una carcajada de comedia romántica cuando se pone de pie apoyando las patas delanteras en mi pierna y me mira. Su dueña, otra puta vieja estirada que necesita un revolcón para descongelarse, lo regaña y tira de él. «*Ouvre le*

chien», digo, imitando el francés de David Bowie, y luego me vuelvo hacia Fofashley. «Luego me paso, ¿te parece bien? ¿Sobre las seis?»

Ella asiente con énfasis y nos despedimos con un beso. Sé que volverá la vista atrás, y rompo con los principios de Reece girando el cuello para verla despedirse con la mano de un modo nervioso e insistente.

He elegido volver a casa de Fabienne en el RER y me bajo en el paso subterráneo asesino. Al final hay una cabina telefónica. Me pongo a pensar en Amanda y cojo el auricular. Un rumor. Como por arte de magia, funciona. La llamo. La conexión es mala, y el tráfico ruge a mi alrededor y en el paso superior, pero la oigo. «Simon...»

Su voz me hace sentir un traidor, y ya no soy capaz de justificarme con que estoy haciendo esto por nosotros. Es como si los parámetros de mi amor por ella estuvieran situados en la perversa prisión de la exclusividad. «Me vuelvo, cariño. Mamá parece estar más fuerte y mis hermanas llevan las riendas.»

«Oh, Simon, cuánto me alegro», dice, o eso intuyo a través de las interferencias. «¡Estoy encantada de que vuelvas a casa!»

A casa. Es donde ella está.

«Necesito estar contigo, nena», me oigo decir con voz patética. «Tengo previsto coger el primer tren para irme de aquí.»

Necesito estar contigo, no aquí...

«Bien, porque te echo mucho de menos. Dos noches, ¡qué penita damos!»

«Reciprocidad multiplicada por infinito, nena. Te veo mañana; ¡te echo muchísimo de menos!»

Y colgamos. Miro los bloques que tengo delante. Me vuelvo para ver el túnel por el que acabo de pasar. A un lado, una flacucha con unos zapatos planos roñosos. Al otro, una chavala atractiva pero modosa con la cartera llena en una de las zonas más sofisticadas de la que casi seguro es una de las mejores ciudades del mundo. Y yo solo puedo pensar en esto: *Amanda. Soy un hombre enamorado*.

Volveré por ella. No pases por casa de Fabienne. No vayas a buscar los noventa kilos de Ashley. No intentes follarte a la conmocionada Lydia en el hospital.

Hay que joderse: la vida es complicada. ¿Qué está pasando aquí?

El amor me ha obligado a romper con estos encantos diferentes. Las vacaciones de folleteo ya han cumplido su función: me han dicho que estoy derrotado.

Cuando un follador se enamora...

11. YA ESTÁ AQUÍ LA PRIMAVERA

Ningún pájaro vuela demasiado alto si vuela con sus propias alas.

William Blake

Mi día libre. Una licencia para salir del infierno subterráneo. Ya está aquí la primavera. Un sol naciente se filtra a través de un diáfano manto de nubes y sus reflejos deslumbrantes forman ondas sobre las aguas inertes del canal. Ahora estoy rodeado de luz y, mientras voy dando botes por los adoquines de Herengracht en el asiento de la bicicleta, siento una agradable vibración en las pelotas por debajo de los delgados pantalones de lino. Las tías pasean junto a mí; sus partes maravillosas se mueven al ritmo único de la ciudad y cada mirada que echo aumenta mi salvaje excitación y me llena de deseo.

Desintoxicación: prueba superada.

Casa: prueba superada.

Trabajo: prueba superada.

Necesito un polvo.

Giro a la derecha y cruzo un puente estrecho, pero pronto me veo obligado a desmontar al llegar a Kalverstraat, una calle comercial peatonal muy concurrida. No me importa: me da más tiempo para repasar a las chavalas. Empujo la bicicleta hacia Damrak y la oficina de la agencia de alquiler.

A pesar de su aspecto algo sucio, Miz, mi casero, está tan envarado que impone autoridad. Mientras le pago el alquiler, enarca las cejas y estira el labio, dejando a la vista unas paletas grandes y amarillas. «El amigo de Arjan. ¿Cómo le va?»

«Igual.»

Me echa una mirada larga, como si yo le estuviera tendiendo una trampa para contrarrestar la que él intenta tenderme a mí. Ese debe ser el caso. Miz es el tipo de persona a la que no se puede cambiar con amabilidad. Es un gilipollas, sin más, y él lo sabe, y no espera más que hostilidad del mundo, hasta el punto de que se sentiría defraudado si no fuera así. Me pregunto en qué clase de hogar habrá crecido un tipejo como él. Le doy la miserable alegría de apartar yo primero la mirada, cojo el recibo y me voy a casa.

Me siento en la ventana abalconada a mirar la callejuela de adoquines y el canal mientras doy sorbos a un té verde. Intercambio saludos con Rudi, el chaval danés que riega algunas de las plantas que cuelgan de las cestas de la casa flotante vecina. Vive en la embarcación con su mujer, Ellen, y sus dos hijos. No pierdo la esperanza de que me inviten: tengo curiosidad por ver cómo es vivir en una choza como esa.

La oscuridad se abre paso. Estoy listo para salir. Me pongo unos vaqueros finos y una camisa azul con botones en el cuello ante el espejo grande que compré la semana pasada. Esta vez decido apartarme del tecno de Mazzo para darle una oportunidad al Seymour Likely Two. Pone un *house* con más *soul*, pensado para un público algo mayor, de entre veinticinco y treinta años, el grupo demográfico al que ahora pertenezco. Me siento un puto vejestorio. Pero al parecer allí abundan las chicas, y siento que mi cabeza ha vuelto a un espacio desde el que podría hablar con una sin correrme encima como un virgen epiléptico sufriendo un infarto. Resulta que Mila, la del trabajo, más que un novio tiene un armario. Aunque acepto encantado que nos enrollemos y morreemos en un rincón de un club cuando sale sola, no quiero animarla a cambiarse de barco. Tengo la sensación de que el fulano no se lo tomaría muy bien. Después de años con Franco en Edimburgo, ya no tengo ganas de tener en mi órbita a zumbados peligrosos.

El club está petado, pero el ritmo suave es definitivamente más sexi y seductor que la explosión ardiente de tecno del otro garito. De verdad me estoy haciendo viejo. Ficho a un tipo marroquí, un conocido de Omar, que pasa en el Mazzo. Voy hasta él y pillo unas pastillas. Y entonces me fijo en una tía con el pelo largo y castaño que está sola en la barra. Se da media vuelta y se le ve el perfil...

¡*Joder! ¡Es Monique, la del hotel*!

Me vuelvo entre el gentío mientras ella deja una botella de agua vacía en la barra y se va a la pista de baile. ¡No puedo hablar con ella! Sería demasiado raro: la veía cada dos días y nunca le dije ni una palabra. La pava es un cañón: un cuerpo atlético enfundado en un vestido negro de lentejuelas grandes, un metro setenta, el pelo por los hombros como una cascada de rizos castaños. Una piel tan suave que parece la mejor porcelana de tu madre. Unos ojos que te abren en canal. Si te apoya la cabeza en el pecho, te arranca el corazón con los pómulos. Entre la actividad de los cuerpos sudando a su alrededor, parece muy equilibrada, dueña de sí misma; forma parte de la masa, pero sin pertenecer a ella. No, no puedo hablarle, pero, claro, con la pirula...

... El musicón que está poniendo el DJ enlaza con un *house* cambiante con piano que me atraviesa el pecho mientras una voz aguda y flipante nos lleva directos al cielo...

... Joder..., esto es mierda de la buena..., muy visual, eso sí: me da un flash de platino cegador y durante un instante veo menos que un gato de escayola, pero se me pasa. Las luces de colores encima de la cabina del DJ tiemblan y reverberan...

Limítate a salir bailando de este lío...

... Ahora estoy en ese punto del éxtasis en el que ni voy ciego ni puestísimo, ni sudo, pero mi ansiedad social se ha disipado. Siento que recibo un montón de sonrisas de todas partes, probablemente porque las reparto con facilidad. Reciprocidad: es tan fácil con las pastillas. Cuando voy empastillado, quiero que se lo pase bien hasta el último mono. Vuelvo a ver a Monique, al parecer sola, que gira con suavidad sobre la pista de baile. Creo que se divierte. Ahora, no tan tímido, me acerco a ella. «*Dag*», aventuro.

Ella tensa la cara, arruga la nariz y me habla en inglés. «*Dag* a ti

también.»

Bailamos juntos bajo la luz estroboscópica. No juntos juntos, sino en una cercanía aceptada por ambos. Entonces un menda de pelo oscuro se contonea detrás de Monique, frotándose contra ella. Monique se aparta de él y se acerca más a mí. Cuando él la sigue, yo me pongo entre ellos. Le dedico una lenta negación con la cabeza. Por suerte, pilla el mensaje y se va sin más, tras dedicarme un mohín hostil. Monique responde con una sonrisa y me mira como intentando determinar si soy un caballero de reluciente armadura o solo un tarado baboso intentando a la desesperada caerle en gracia. Me divierte comprender que ambas proposiciones, lejos de ser mutuamente excluyentes, están conectadas. Luego se funde con la multitud. En lugar de seguirla, mantengo la calma y me dirijo a la cabina del DJ. Allí está Mila, pero una sonrisita de reconocimiento y un gesto de los hombros me indican la presencia de su novio, Kurt, al que veo más de cerca: un camión cargado de esteroides.

Regreso al bar por más agua. Monique está ahí con el tipo que se frotaba contra ella. Ahora lo reconozco: es el tipo de la moto que iba a recogerla al hotel. Lo único que puedo hacer es medio disculparme. «¡Ah, estáis juntos! Lo siento...» El tipo me mira con desprecio y se da la vuelta para hablar con una pareja que se acerca. Le digo a Monique: «¡Pensé que solo se estaba portando como un capullo!».

Las luces estroboscópicas se reflejan en las lentejuelas de su vestido, haciendo que ella prenda como un fuego cósmico. «Pues tenías razón», y se aparta el flequillo de los ojos. Tiene un aire perezoso y lánguido increíblemente sexi. Señala a la espalda del tío y se ríe. «Es que es un capullo.»

Joder, el tipo se ha dado la vuelta y ha oído el diálogo. «Que te den», masculla y se pierde entre el gentío.

Monique no parece inmutarse. «No sabe que no hay que beber mucho alcohol y tomar pastillas de éxtasis. O una cosa o la otra.»

«Coincido. Y para mí es sin duda la otra.»

«Bien. Para mí también.»

«¿Qué tal es la tuya?»

«Buenísssima...», murmura, y luego sus ojos arden con

concentración salvaje. «Esta noche hay mucha gente bebiendo aquí... Muy inusual... ¿Quieres ir a otra parte? Conozco un buen sitio.»

La respuesta es un rotundo «sí».

Salimos a las oscuras calles adoquinadas, alumbradas por la reluciente luz de la luna. Después del club sofocante, el aire primaveral tonifica. Los árboles están floreciendo. La conversación de Monique, burbujeante y animada, oscila entre sus turnos en el hotel y su trabajo de nueve a cinco como interventora en una empresa energética. Trabaja en exceso con el fin de ahorrar para la fianza de un estudio. A pesar de haber dejado la carrera de Bellas Artes el año pasado, sigue queriendo pintar y esculpir. Estoy fascinado: nunca pensé que existieran mujeres así. En Leith no existen, o quizá sí, pero nunca me había cruzado con ninguna. Quizá hubiese una o dos en la universidad, en Aberdeen, que quisieran seguir una trayectoria similar. Pero Ámsterdam es un escenario diferente. La gente viene aquí de todas partes a hacer lo que le salga del mismísimo. Monique van Beekhof –cuyo nombre significa «del arroyo del jardín»– viene de Groninga, descrito por ella como un lugar soporífero. Yo vengo de Leith. Ámsterdam es nuestro patio de juegos.

Mientras habla, se forman gotas de sudor en su frente. Hace frío, pero las pastillas la han acalorado.

Me doy cuenta de que justo estamos pasando por mi piso. «Yo vivo ahí arriba.» Y señalo el edificio.

«¿Vives con alguien?»

«No.»

«¡Pues vamos!»

No pensaba preguntarle adónde tenía previsto que fuéramos. Un consejo inestimable de Sick Boy: no digas nada que te prive de un polvo.

En cuanto subimos, Monique dice: «Estoy sudando mucho, ¿puedo darme una ducha?».

«Eh, sí...»

«Ven a ducharte conmigo.»

Lo gracioso de estar puestísimos de éxtasis es que los sueños que

se hacen realidad parecen de lo más... normales.

Nos quitamos la ropa. Nunca he visto un coño afeitado fuera de las revistas porno. Pensé que sería una cosa de las chavalas de la Europa continental, quizá originalmente de Suecia. Monique tiene un aspecto fabuloso desnuda: una cinturita de avispa y unos pechos y nalgas con más curvas que la montaña rusa de Blackpool Pleasure Beach. «Estás buenísima.»

Su reacción me dice que este tipo de cumplidos no le son desconocidos. Responde diciendo que estoy demasiado delgado y cuenta mis costillas con la yema de los dedos mientras los chorros nos aporrean. Cuando nos enjabonamos entre los dos, siento excitación sensual, pero no sexual. Nos secamos y vamos adonde está la cama. Por culpa de las pastillas, tengo la polla demasiado dormida para follar o para una mamada. Disfruto lamiéndola y masturbándola con intensidad diestra y asombrosa.

Con movimientos lánguidos y etéreos, gime con tono suave antes de sacudirse de un modo explosivo por una hilera de orgasmos, muy agradecida por mis esfuerzos cuando al fin se rinde. «Uff... ¡No sigas! ¿Eres un amante tan generoso cuando no estás puesto de éxtasis?»

«Probablemente no», admito como un idiota. Luego siento que salvo la cagada diciendo: «Gracias a estas pastillas, no se me pone duro ni el pomo de la puerta, pero esta ha sido la experiencia más sensual y erótica de mi vida», concluyo mientras veo una veta de luz de luna revoloteando sobre su increíble cuerpo.

«Bien... Me gustan los hombres que saben usar la lengua y los dedos además de la polla», dice y se vuelve sobre el costado para apoyar la cabeza en una mano, ofreciendo otra vista maravillosa de sus curvas. «Te llamaban el Chico del Secreto. En el hotel.»

«¿Sí?»

«Sí.»

«Da un poco de mala espina.»

«No, los secretos están bien. Son sexis. Me gustan los hombres que saben guardar secretos.»

Bueno, yo soy sin duda un hombre que tiene secretos, pero no sé si sé guardar secretos. Aunque no voy a decirle eso. Porque mi única

ambición es mantener a Monique van Beekhof aquí hasta que me baje la pastilla y se me ponga dura. Y si tengo que hacer que el arroyo de su jardín fluya provocándole mil orgasmos clitorianos, pues ese es el precio que estoy dispuesto a pagar.

12. DÍAS DE ÁCIDO

A veces da igual cómo enarboles tus armas
porque no conseguirás salir de estas cuatro paredes.
A veces no sirve contraatacar
porque de todas formas no te dejarán en paz.
Action City,
eres más rápida que yo.
Action City,
me has superado.
Action City,
eres más lista que yo.
Action City,
ahora déjame desangrado.

BIG TOBACCO

Estoy dándolo todo, no paro de rugir «Action City». No tendré las mejores cuerdas vocales, pero, qué cojones, no me importa castigar a esas cabronas por servir a los dioses del rock and roll. Siempre. ¿Como una tapia a los cuarenta? ¡Ja! Antes tonto y mudo. Hasta Rollo, el guitarrista, que es un yonqui hecho polvo, se contonea con la energía de antaño, aunque suda un huevo cuando bailotea y

adopta las posturas estereotípicas de lameguitarras. El espectáculo tendría que ser incendiario, pero hay un público menos nutrido que de costumbre, quizá cuarenta..., no, cuarenta y seis... porque los he contado, y la avalancha de cerveceros en la que confiaba no se ha materializado. Me pregunto adónde habrán ido. La pista llega cuando oigo a algún chaval de la primera fila gritando: «ÁCIDOOOOOO...».

Nuestra tribu anda en busca no solo de pasárselo bien sino de alcanzar el buen rollo supremo que el mundo intenta ocultarnos por todos los medios.

El canto crece cuando la canción va terminando.

Lo silenciamos con «Good Shagging Brigade», y la peña vuelve al terreno de juego, pero no con el celo desinhibido de antaño. Nuestro público está ahí, aunque no del todo presente; desde el punto de vista emocional, está en otro sitio. Y nos han dicho dónde, pero no nos hemos molestado en escucharlo.

Ellos han cambiado, pero nosotros somos los mismos.

Rollo se contonea hacia mí, alucinando a tope por el té de setas que ha bebido en el camerino, y se lanza a interpretar otro solo de guitarra improvisado. El batería, Mal, y John, el bajo, mantienen el tipo con valor, mientras que yo, hecho un triste, toco la pandereta contra la cadera, más perdido que un pulpo en un garaje. El público no se muestra impresionado. Unos pocos cruzan los brazos ante el solo virtuoso, como esperando a que entre un ritmo bailongo de 4 × 4.

Cuando termina el espectáculo –si es que se le puede llamar así– y volvemos al camerino desordenado y a nuestro *rider* de cerveza, vodka y sidra, le pregunto a Rollo bajo las molestas luces fluorescentes que resaltan un grano enorme en su mentón: «¿Qué cojones te crees que estabas haciendo?».

Me da un beso en la mejilla y me dice con un subidón de euforia y reverencia: «¡Alégrate por mí, hermano, he sentido la mano de Hendrix!».

El cabrón sabe desarmarme. Si dice que ha sentido la mano de Hendrix, a mí me vale.

Después salimos juntos a la noche templada y nos dirigimos al club de London Bridge que tanto les gusta a los chicos de Glasgow que vienen a los conciertos. Todo el mundo habla de *acid house* y de *raves*. Yo curro por la mañana, pero que le den; voy a salir un par de horas. Ha venido un viejo amigo a la ciudad y he quedado con él allí. A Rollo no le hace gracia, pero nos acompaña a regañadientes. Cuando nos acercamos, un tal Alex, de la discográfica One Little Indian, me da una pastilla de éxtasis. Me la echo al coleto pensando que no será fuerte, solo un poco de energía. Suena el lamento de las sirenas de policía en torno a los mensajeros de la locura de la hora del cierre, en concreto a una bestia cervecera que se ha envuelto la cara con una camiseta manchada de su propia sangre. Se oyen las interferencias de la radio policial. Rollo pone cara larga.

«Me duelen los tímpanos con este ruido de mierda.»

La guerra contra la droga. La paz contra la droga.

La entrada del club no es más que una puerta en lo que parece un edificio victoriano que se cae a cachos. No hay portero como tal, solo un par de *soulboys* que conozco de bolos y de las tiendas de discos, y el más rellenito de los dos, Richie, tiene una euforia desbocada en los ojos cuando me saluda con un abrazo de oso. Nos acompaña al interior y un par de tipos que parecen los Stone Roses, con acento de Mánchester y todo, nos saludan con grandes sonrisas. «Bienvenidos, colegas...»

Nos abrimos paso por un pasaje que parece un túnel ferroviario, siguiendo el ruido, que oscila entre torno de dentista y cortasetos eléctrico. Rollo da vueltas en su paranoia y yo sonrío a todo con desdén moderado y condescendiente. Él ha decidido que odia este ambiente, y manifiesta su flujo de consciencia con gemidos agudos y gangosos. Yo apenas lo escucho porque siento un dramático subidón de energía en mi interior...

... Me doy cuenta de que estoy colocadísimo con la pastilla. Paso por unas puertas batientes hasta un hermoso muro de sonido, un microondas sónico gigante: la música me fríe de dentro a fuera.

Esto es mágico...

... Me he salido de las trilladas sendas neuronales de mi cerebro y en el proceso he adquirido perspectiva sobre mi vida. ¿Qué estoy

haciendo? ¿Qué quiero hacer? Un bostezo se desprende de mí, pero no tengo sueño, nunca he tenido más energía. Necesito que Stella esté conmigo, que experimente esto. La quiero. Quiero a todos los que están aquí. Veo que todos estamos conectados, pero seguimos siendo nosotros mismos.

Scott Johns, el bajista de Millard, el grupo de Keith Millard, me ve, sonríe, me echa un brazo al hombro y me estruja. Esto es raro, pero no me molesta. Le planto un beso en la frente. Lo quiero. Joder, *quiero a Scott Johns.* El bajista de nuestra odiada banda rival. ¿Cómo coño ha podido pasar? Tom, su batería, me entrega una botella de agua. «No te deshidrates, H.»

Su atención me sacude el alma. Hablamos y bailamos, librándonos de la humillación y extrañeza del ego y de las creencias arraigadas como si fuesen pieles viejas. Y entonces ocurre...

Stella entra con Melinda y Amy, dos de sus mejores amigas. Nos miramos llenos de deseo. Luego corremos a abrazarnos. «Estaba en el Milk Bar... Nos han dicho que vendríais aquí... Me he tomado una cosita...»

«Toma ya, yo también...» Le presento a las otras chicas a Rollo, pero él se pone en plan distante, dándoselas de guay, como siempre que hay tías. Yo las estoy abrazando y besando a todas y bailamos como locos.

Rollo lo observa todo con creciente confusión. De repente me veo frotando su sedoso jersey negro, joder, el material es de lo más agradable, pero él no comparte el momento. «¿Qué cojones pasa?»

«Qué guapo el jersey.»

Hace una mueca señalando a la cabina del DJ. «Un puto DJ poniendo discos. Un cabrón que nunca ha cogido una guitarra y que pone la música de otros. Ladrones hijos de perra.» Me mira y luego se fija en la manga del jersey que estoy acariciando como si fuera un cachorro. «¿A qué coño juegas?»

«Te quiero, hermano», le digo.

«Sí, bueno», responde nervioso, «si te soy sincero, yo también te tengo cariño», pero yo aparto la vista hacia el DJ y la multitud. A pesar de las ráfagas de náusea, no veo ni siento lo que él. Veo lo que hace el DJ y lo que está transmitiendo, y es todo lo que siempre

he querido de un público en vivo. Me maravillo al ver a la gente bailando, perdida en el ritmo, el embeleso y en los demás. Todo sonrisas deslumbrantes. Les ha dado el mejor regalo: los ha convertido en superestrellas de su propio espectáculo y los ha conectado a todos los demás. Yo nunca he conseguido nada parecido. Nosotros nunca hemos conseguido nada parecido, con tanto posar en el escenario con la guitarra, la voz, el bajo y la batería. Esto, el *acid house*, es punk rock. Es rock and roll. Me hace pensar en cuando empezamos con Renton y el *gran timo de la posproducción*.

Supongo que nos fue bien como banda gracias a la generosidad de los buenos ciudadanos de Edimburgo. Mi primer grupo era Monja Rapada. Los componentes éramos yo, John (que sigue conmigo), Dougie «el Abrigo» McIntosh y Keezbo Yule a la batería. Y Mark Renton, que tocaba como el culo, pero estaba ahí porque era mi colega. Rents empezó a la guitarra. «Una víctima de la talidomida con artritis lo haría mejor», sentenció Sick Boy después de que tocáramos en nuestro primer bolo en el Triangle Club de Pilton. Así que Renton cambió de instrumento con John, que tocaba el bajo. No hubo mejora perceptible. Dougie –el mejor de todos musicalmente– encontró trabajo en las plataformas petrolíferas. No dejábamos de perder baterías; cualquiera que fuera bueno y tuviera un kit decente veía nuestros instrumentos viejos y rudimentarios y decía «no, gracias». Necesitábamos guitarras, micros, amplis, mezcladoras de sonido y una furgo, todo nuevo. Y para eso necesitábamos dinero. Nos devanábamos los sesos para conseguirlo.

La fuerza impulsora fue Renton, experimentado ladrón de comercios y de casas. Nosotros merodeábamos por las tiendas de discos de Edimburgo, como las de Bruce's, Ards y Bandparts, y luego ascendimos a emporios de instrumentos musicales, tocando «Smoke on the Water» con las guitarras que codiciábamos mientras nos fijábamos en sus sistemas de seguridad y hacíamos hipótesis sobre cómo forzar la entrada. Era sobre todo deseo; eran todas tiendas en el centro de la ciudad, en zonas concurridas, cuyas ventanas y puertas tenían cierres de acero. Intentábamos hacernos amigos de los empleados y tratábamos de averiguar si alguno era lo bastante

corrupto o codicioso o si estaba lo bastante desesperado como para ayudarnos a entrar. Era mitad real, mitad fantasía.

Al final, los recursos llegaron de una fuente improbable.

Fue en el verano de 1982 (hace seis putos años...; ¿adónde ha ido a parar todo?), muy edimburgués: pegajoso y húmedo, pero soso, nublado y a veces hasta frío de cojones. John nos llevó a Rents y a mí al pub Brunswick, en Leith Walk, a conocer a Alec Connolly, un tipo con el que trabajaba en la oficina de clasificación postal. John explicó que Alec era el que partía el bacalao en la oficina de correos. Básicamente, era intocable. Lo habían echado tres veces de la empresa de correos Royal Mail, pero siempre volvía. Alec «el Cartero» era un cabrón astuto y alcohólico de cara colorada que siempre llevaba un abrigo andrajoso de color azul oscuro con el cuello subido y una sudadera blanca de los Milwaukee Brewers por debajo. Hacía demasiado calor para ir tan abrigado: era un intento fútil por ocultar los temblores de borracho. Tenía una pinta de cerveza delante, pero solo la tocaba de vez en cuando. La mayor parte del tiempo se dedicaba a diezmar la fila de vasitos de whisky que John y nosotros no queríamos.

Alec estaba leyendo las páginas finales del *Evening News*. «Hibs y Hearts... Ni un equipo decente entre medias», reflexionó.

Renton intentó entablar conversación. «¿Tú cuál prefieres, Alec?»

«Moveré el culo por el equipo que mueva el culo por mí.»

Pensé que para moverle el culo haría falta un equipo de currelas, un andamiaje y arneses. Era imposible que pudiera levantarse de la silla. ¿Cómo iba a ayudarnos a cumplir nuestros sueños de rock and roll?

Pero Rents y yo nos quedamos a escuchar su áspera voz. «John responde por vosotros. Dice que sabéis cerrar el pico, igual que él.»

Asentimos en silencio al unísono. Rents y yo habíamos pensado al instante que lo mejor era imitar a John.

«Vivís cerca de aquí, ¿verdad?»

«En Brunswick Street», le dije. Yo estaba de alquiler en una habitación en una buhardilla.

«OK. Os encargaréis de mantener la tetera hirviendo.»

Nos miramos entre nosotros como si aquello fuera un eufemismo

en clave que tuviésemos que interpretar.

Alec miró a John con aprobación. Quedaba claro que había pasado la prueba de no haber contado de qué iba el timo. Alec no sabía lo fácil que le resultaba eso a John, que solo abría la boca por obligación. «Os llevamos cartas», explicó mirando a su alrededor; cuando dos tipos entraron en el pub, saludó a uno con la cabeza y luego bajó la voz, «y vosotros las abrís con vapor. Son las tarjetas bancarias. Dos días más tarde llegan los números PIN. Os los llevamos. Los abrimos con vapor, vamos al cajero, resellamos y luego los echamos de nuevo al correo. Fácil. ¿Os apuntáis?»

«Sí.»

«Bueno... Estamos listos para empezar», farfulla y hace un gesto con la cabeza hacia el vaso de whisky, de nuevo vacío. «Un Famous Grouse. Doble.»

En resumen, el timo funcionó que te cagas. Tuvimos dinero suficiente para el equipo y una furgoneta de segunda mano.

¡La razón por la que menciono a Mark Renton es porque está aquí! Ha venido desde Ámsterdam y ha llegado justo cuando Rollo, que seguro que necesita un pico, se ha pirado. Lo más extraño es que ha entrado con una fiestera que está para mojar pan; nos la presenta como Monique. Él tiene buen aspecto. Sigue flaco, pero de buen humor y presente en el momento. Si, como dice Neil Young, todos los heroinómanos parecen un sol poniente, Rents parece haber completado la vuelta y disfruta de un nuevo amanecer. Va rapado al dos, aunque la cabellera pelirroja le escasea un poco por las sienes (antes lo he pillado mirándome las entradas a mí) y tiene la cara menos lechosa que antes. Lleva una chaqueta verde botella con un cuello sin solapa que despierta mi envidia y unos pantalones vaqueros desgastados. También la mujer podría despertar mi envidia, pero bueno, tengo a Stella, así que ambos compartimos el destino de jugadores de cuarta que salen con estrellas de primera división. Pero la chaqueta... Rents nunca se ha vestido con gusto consistente, aunque a veces tiene ojo para prendas en condiciones. «Qué guapa», grito por encima de la música mientras le señalo la chaqueta.

«El grupo suena bien», me dice, con una voz un poco más

rasposa que cuando había adoptado el tono quejoso y nasal de yonqui. «Me ha gustado la cinta que me enviaste con el material nuevo.»

«¿Tienes algo entre manos en Ámsterdam? ¿Has formado un grupito?»

Me mira como si me estuviese quedando con él. Quizá lo esté haciendo. Aunque apenas posee talento musical, Mark tiene un gusto decente y escribió buenas letras. Me veo obligado a seguir la trola, a cincelar la ficción para que parezca realidad, como suelen hacer los colegas. «No se te daba mal el bajo.»

Me lanza una mirada escrutadora y rompemos a reír, enganchándonos el uno al otro en un abrazo. «Steve, era un negado. Igual que con la guitarra. Y como vocalista. Hace mucho que he abandonado ese sueño en concreto.»

«Y yo no ando lejos, colega.»

Él se aparta y me enmarca la cara con las manos sudorosas. «¿Qué? A mí me gustó mucho el material nuevo, Stevie, y no estoy de coña.»

«No, tengo que aceptarlo y eso mismo es lo que llevo intentando desde que la discográfica nos dejó tirados. Lo pasé bien, estuvimos en la cumbre un par de meses, pero la ocasión ya ha pasado. Seguiré tocando, pero ahora tengo un trabajo de verdad, y mola contribuir en vez de estar chupando del bote de la novia todo el rato. A Rollo, el guitarrista, se la suda todo menos el rock and roll –que es una historia de amor no correspondido– y su intensa adicción al jaco. Yo tengo a Stella.» Señalo al otro lado de la pista de baile, donde las cuatro chicas son un conjunto asombroso de gracia y belleza. «Es más que suficiente.»

«Me alegro por ti, colega. Yo nunca he tenido problemas en ligar con tías, bueno, no *sans* jaco, pero que dure es otra historia.»

«No jodas que ahora te va bien.»

«A ti tampoco te va tan mal.»

«Ya te digo. ¿Cómo hemos acabado nosotros con las tías más buenas del mundo?»

«Es lo que tiene estar limpio, tronco.»

No lo puedo resistir. «Es curioso, me estás recordando un montón

a alguien del puerto con quien mantengo el contacto por aquí abajo. De los Banana Flats.»

Su cara palidece un poco. «¿Sigues en contacto con Sick Boy...? ¿Cuándo cojones...?», y no puede evitar mover la cabeza de un lado al otro, mirando la puerta, como si esperara una encerrona.

«¡Relájate, yo no te delataría, tarugo! No jodas, colega...»

«Perdona, tío, me pongo un poco nervioso. Me porté como un cabrón con lo de la pasta, pero estaba desesperado... ¿No sabrás nada de Spud?» Le tiembla la nuez. «¿O de Begbie?»

«Sick Boy no ha mencionado a ninguno de los dos. No lo veo mucho, pero va a venir a un bolo. Creo que aquí abajo está tan aislado de Leith como tú.»

Parece que Rents quiere confesar algo. Respira hondo. «Es curioso, en cierto modo lo echo de menos, pero tenía que quemar los barcos. Los colegas... se matan entre sí. Pero tú no», dice con cara de regañina, «tú y yo siempre fuimos sensatos juntos. Es decir, nos colocábamos, pero lo nuestro era la música... A excepción del gran timo de la posproducción», añade, y su sonrisa crece.

«A excepción del gran timo de la posproducción», reconozco.

«Pero Sick Boy y yo», prosigue Renton, «no hacíamos más que drogarnos, robar y timar. Spud igual. Y Begbie es Begbie.»

Lo secundo con una risa. «Begbie es Begbie.»

El volumen de la música sube hasta que la conversación se vuelve inútil. Llevamos la comunicación a la pista de baile. Los cuerpos giran y se retuercen bajo la luz estroboscópica y nos perdemos con ellos, nos unimos a ellos. Joder, este *acid house*... Parece que todo el mundo está lleno de amor. No puedo pensar en una sola persona de nuestra edad a la que esta revolución pudiese pasarle desapercibida.

13. PAQUETITOS: 1

Posé mis ojos en el rostro del hombre,
y su rostro estaba demacrado de terror.

EDGAR ALLAN POE

«¿Bailar en un campo como si fuéramos unos putos críos? Que le den», le suelto a Coco Brady y tiro el periódico *The Sun* al suelo. La tipa de la página tres no tiene las tetas tan grandes como la de ayer. Pero sigue estando potable: hay pocos coños que no pulverizaría, sobre todo estando aquí dentro. Pero no fulanas. Ahí fuera hace un calor que te cagas. Todas las tías cachondas por ahí, y yo aquí encerrado.

Estoy tumbado en mi litera. La cárcel será una mierda, pero a veces te echas unas buenas risas. Eso es lo que lo mantiene a uno en marcha: las putas relaciones sociales. Sí, volver a estar dentro es lo peor, pero depende de cómo te lo tomes. Lo que me toca los huevos es que en cuanto me metieron, soltaron a Cha Morrison, el cabronazo de Lochend que había apuñalado a Larry. Tenía ganas de mantener una conversación con él.

Nos jodieron la diversión a todos.

Así que le estoy contando a Coco Brady –el mamón con el que comparto celda– lo de Morrison y lo del imbécil de Donnelly, el zurcidito que le están echando. Lo de ahí fuera fue solo un anticipo, eso de apuñalarle las tripas, reventarle la boca y saltarle los paletos.

«Sí, seguro que ese imbécil ha recibido la visita del hada de los dientes. ¡Se habrá hecho de oro en el hospital gracias a mí!»

«¿De qué iba?»

«¿El qué?»

«A ver, dices que fue a por ti con un hacha. ¿De qué iba la movida?»

«Pues de que es un gilipollas galopante, qué va a ser», suelto. Y con eso le cierro la boca al muy capullo. Pero luego pienso en cómo empezó todo entre Donnelly y yo. Lo más seguro es que se remonte a nuestro paso por el reformatorio juvenil de Polmont, cuando el imbécil dejó la pasta de dientes sin tapa y el hijoputa de Moncur, el carcelero que tanto me odiaba, me echó la culpa. Así que tuvimos una pequeña discusión. Se pensaba que era el rey del mambo. Lo puse en su sitio. Nos llevamos bien un tiempo, hasta bebíamos juntos. Luego el idiota se confió y todo volvió a empezar; y la cosa ha acabado así: yo, con mi chaqueta buena jodida en el hombro, y él, con un palmo de acero en la tripa y sin dientes.

Era una chaqueta cojonuda.

Encontraron el puñal sin problemas, pero al menos hice que la pasma rebuscara en la alcantarilla. Le digo a Coco: «Los muy mamones siempre me complican la vida, así que por mis cojones que yo también se la voy a complicar a ellos».

«Bien dicho, Franco», suelta. El pobre Coco Brady, tumbado en su litera leyendo una revista de fútbol. Un capullo indefenso. Peores que él los hay aquí a montones.

Oigo la llave golpeando el cerrojo y entra un boqui, McGuire, con un paquete marrón. Los muy cotillas lo han abierto. «Te llegó esto, pero saliste antes de que pudiéramos dártelo. Y te lo guardamos», sonríe, como si estuviera de coña. «Sed buenos, chicos», suelta, y lo tira a la litera a mi lado. Lo miro. Matasellos de Londres. Tiene mi nombre, pero impreso, como si fuese una plantilla...

Luego él y Crosby, el otro carcelero, se ríen y cierran la puerta. Abro el paquete... *Qué cojones*... Esta mierda... *Esto no es para mí*... ¡VOY A POTAR! ¡ES PORNO DE MARICAS! ¡MOGOLLÓN! «¡¡¡HIJO DE LA GRAN PUTA!!!»

Coco Brady se incorpora y suelta: «¿Qué pasa, Franco?».

«¡ALGÚN CABRÓN ME ESTÁ BUSCANDO LAS COSQUILLAS! SE PUEDE DAR POR

MUERTO», le grito al muy idiota, que se está cagando vivo. «¡RENTON! ¡EL MAMÓN SIGUE JODIÉNDOME! ¡ESTÁ EN LONDRES, COMO DICE EL MATASELLOS! ¡LO VOY A MATAR! ¡VOY A IR A POR SU MADRE Y SU PADRE Y LOS VOY A RAJAR HASTA QUE ME DIGAN DÓNDE ESTÁ EL MAMARRACHO PELIRROJO!»

Coco Brady, el chivato ese, me mira con timidez... Es como si estuviera en el ajo. «¿Qué ocurre, Franco?»

«¿Qué sabes de esta mierda para pervertidos?» Meneo las revistas en su cara.

«Nada», suelta con voz aguda. «¡Nunca he visto algo así!»

«Entonces, ¿me estás diciendo que no eres maricón? ¿Es eso lo que me estás diciendo?»

«¡No! ¡No lo soy! Tengo mujer. E hijo. ¡Fuera, en Fauldhouse!»

«Eso no cuenta una mierda», le suelto, y luego pienso que yo tengo mujer y críos y que, si digo que eso no cuenta una mierda, algún cabrón podría pensar: «Franco ha admitido que es marica, porque dice que tener una mujer y críos no cuenta una mierda». Así que voy al capullo de Fauldhouse –*¿a quién cojones se le ocurre vivir en Fauldhouse*?– y me abalanzo sobre él. «¿Renton te ha metido en esto? Seguro que vas a contarle que me he vuelto loco, ¿verdad? ¡Así os podéis descojonar juntos!»

«No conozco a ningún Renton, Frank», asegura Coco, parpadeando como un puto retrasado. «Tú me has contado que era tu colega de Leith, el que te engañó... Yo no conozco a nadie de Leith... ¡Solo a ti!»

Entonces suena la sirena: es hora de jalar. Respiro hondo. Tanto mejor para el colega, porque no me hago responsable de lo que le habría pasado. «Más te vale no decir ni pío.» Lo agarro del cuello. «Algún cabrón me ha mandado esto para joderme. ¡Pero la gentuza de ahí fuera no se lo va a creer! Así que esto es tuyo, ¿entendido?» Aflojo las manos y lo meto todo debajo de su almohada.

Se frota la garganta con los ojos acuosos. «Pero, Frank... Yo no lo quiero...»

«HE DICHO QUE ES TUYO, ¡¿ENTENDIDO?!»

El desgraciado asiente y rompo el sobre en el que está mi nombre.

«De acuerdo. Vamos a buscar algo de papeo», digo cuando la puerta de la celda vuelve a abrirse.

Andando por los pasillos veo que están escoltando a un grupo de putas bestias de la cantina al ala de los agresores sexuales. Si no estuvieran los guardias, les sacaría los ojos a todos, uno a uno...

Así aprenderían a no mirar a los niños...

Estamos en la cantina y hablo con Billy Allison, de Granton. Es un ladrón y un cochino yonqui, pero no es mala gente. No juzgues y no serás juzgado. Estamos charlando de fútbol cuando baja la voz y suelta: «Oye, el colega de desintoxicación de Renton está aquí».

Siento que me hierve de nuevo la sangre. «¿Ah, sí?»

Billy señala con la cabeza una de las mesas atornilladas al suelo que hay en un rincón. «Ese de ahí. Seeker.»

Miro hacia allí y veo a un tiparraco. Es más tocho que un edificio y tiene el pelo largo y la cara como congelada, como si le hubieran cercenado todos los nervios. Me acuerdo de su nombre. El tipo estaba en el radar de Tyrone el Gordo. Ahí está el muy cabrito, sentado a una mesa, como quien oye llover. EL COLEGA DEL MANGANTE DROGATA... EL HIJOPUTA QUE ME HA MANDADO LA MIERDA PARA PERVERTIDOS...

Miro alrededor y solo hay dos guardias charlando entre ellos. Así que quiero hablar con el yonqui bigardo.

Me acerco y me siento en el banco justo enfrente de él. «¿Todo bien, colega?»

El muy gilipollas me mira como si fuera el puto amo. No dice nada: nos quedamos mirándonos el uno al otro. Se hace un completo silencio.

«Solo quería hablar contigo.»

«¿De verdad?», suelta el capullo.

Este es un borde. Mejor. Casi me calma. «Tengo entendido que eres colega de Renton. El traidor pelirrojo. De Leith.»

«Conozco a Mark Renton», dice. «Estuvo en desintoxicación conmigo. Era un buen tipo.»

«¡Es un ladrón hijoputa y cuando lo vea está muerto!»

El grandullón se limita a encogerse de hombros. «Como he dicho, a mí me pareció buen tipo.»

«¿Y esto te parece bien?» Me lanzo sobre la mesa y le meto un cabezazo. Como darle a una pared de ladrillo, porque, aunque la

napia le revienta lanzando un chorrazo de sangre, alarga la mano y me coge del cuello...

Le golpeo en la boca al cabrón, pero él me martillea la cabeza contra la pared...

Le doy rodillazos, intentando darle en los huevos...

... Le clavo los dedos en la cuenca del ojo y el hijoputa aparta la cara, pero no me suelta; me estruja el cuello, me golpea la cabeza contra la pared y siento que voy perdiendo fuerza y que me estoy desmayando...

Me despierto y es como que sé dónde estoy pero no puedo decirlo. No encuentro las palabras, y eso que hasta un niñato sabría contestar a las gilipolleces que me preguntan. Luego me alumbran los ojos con una linterna...

... Sé que estoy en el hospital, pero no puedo decírselo: el puto hospital...

... Que les den por culo, me dejo llevar y me vuelvo a quedar grogui...

Cuando vuelvo a despertar, consigo decirles a esos imbéciles lo que quieren saber: mi nombre, mi fecha de nacimiento, qué día es, incluso mi número de preso en el trullo. El médico parece buen tipo, se nota que no le hace ilusión tener a la pasma en la puerta. Me dice que tengo el cráneo fracturado, conmoción, el pack completo. Seeker cabrón...

... Guay...

El médico, el tipo cuya cara apenas puedo distinguir a través de esta niebla borrosa y palpitante, tiene gafas de montura negra y el pelo algo cano y dice algo de que la fractura se curará sola..., ¡pero yo estoy pensando en que los guardias no hicieron nada, que desaparecieron y dejaron que el capullo ese casi me matara! ¡Nadie se metió! Y Seeker defendiendo al yonqui maricón de Renton... Pienso: *ese tío está muerto*... Hasta Donnelly va a tener que ponerse a la cola...

Luego oigo al tipejo de la bata diciendo: «Tenemos una sorpresita para usted. Por lo general estas cosas están mal vistas en el caso de un prisionero de su categoría, pero dadas las circunstancias...».

Hace una señal a la enfermera y entonces entra la zorra de June

con DOS mocosos: Sean y un capullín envuelto en un trajecito de oso polar... «Frank... ¿estás bien?»

Intento incorporarme en el catre. Me da vueltas la cabeza. *¿Qué coño está pasando...*?

«Nació el martes por la tarde, Frank.» Me pone al recién nacido en la puta cara. «He estado en casa de mi madre y Olivia. ¡Mira qué paquetito te traigo! ¡Otro niño...!»

«Vale», suelto. Apenas puedo distinguir el careto del crío con el mareo que tengo, pero a mí todos los críos me parecen iguales. «Menos da una piedra...» Estoy a punto de decir que espero que no esté fumando cigarrillos cerca de los pulmones del recién nacido... cuando pienso: *¿Que me trae un paquetito?* ¿Qué insinúa?

«Le hemos puesto Michael, como sugeriste si salía niño.»

Estoy a punto de decirle que no me interesa nada, que paso de nombres de críos, cuando Sean me mira y empieza a llorar.

«Me duele la cabeza», le digo a June señalándolo, «así que llévatelos si se van a poner a lloriquear.» Ella hace un gesto hacia la puerta para que entre Olivia, su hermana. Lleva un vestido azul. Guapo. Siempre he pensado que está más buena que la gilipollas de June...

«¿No quieres cogerlo antes de que nos vayamos?», me dice refiriéndose al recién nacido, como cojones quiera que se llame.

Que estoy en la cama del hospital, coño... «No, no tengo ganas ahora mismo... Pero ¿está bien, no es mongolo ni nada parecido?»

«No, está perfectamente sano», dice June muy pagada de sí misma, como si fuese la primera que pare a un mocoso. «¡Tres kilos y medio, y se parece a ti, Frank!» Me pone al pequeño hijoputa encima.

«Ah, qué bien», contesto, porque todo el mundo dice esas cosas, como si fuera a evitar que uno se dé el piro si el crío empieza a tocar los huevos. «Bueno, como he dicho, llévatelo a tomar por culo ahora, que estoy hecho polvo.»

Ella hace un gesto a la buenorra de Olivia, que se lleva al crío nuevo y al llorica de Sean al pasillo. Menos mal, ni en los buenos tiempos estoy para aguantar a críos comiéndome la cabeza, así que

ahora... ¿Para qué coño viene la imbécil con ellos aquí? Con el bebé recién salido del horno y todo...

«Pero ¿estás bien, Frank? ¿Qué ha ocurrido?»

«Un bigardo del talego, un colega del yonqui de Renton... ¿Te acuerdas de la tal Hazel con la que salió? Encuéntrala y pregúntale dónde está el muy cabrón...»

«Mark Renton... ¿Su colega te hizo esto?»

«Sí, así que tú busca a la tal Hazel; su viejo la violó, por eso acabó con un maricón como Renton.»

«¿Mark maricón? Pero ¿qué dices? No, Frank... Sé que se piró con nuestra pasta, pero..., pero... ¿Cómo has acabado así por culpa de Mark Renton?»

Pienso en el hijoputa de Seeker y en las manazas que tiene. «Pero tengo que darle su merecido, el tipo se me echó encima, le teñí de morado la napia, la mandíbula, los huevos, todo... ¡Casi le saqué el ojo al mamarracho, pero no me soltaba con esas manazas y por poco me asfixia el muy bestia!»

«Mark... ¿Cómo puede Mark...?»

«Fue su colega el yonqui grandote.»

Lo mismo da.

«¿Te han dicho algo de que puedas salir, Frank? No irán a meterte en la misma cárcel, ¿verdad? Seguro que no, con el tío ese ahí... Los niños te necesitan, Frank; el pequeñín, Michael, necesita que su papá vuelva a casa, lo mismo que Sean. Pregunta mucho por ti, Frank.»

«Mejor que me lleven de vuelta y que el mamón ese esté cuando yo llegue.»

«No te metas en tonterías, Frank, tienes que pensar en los niños.»

«El imbécil ha cometido un gran error», le digo, intentando explicar la situación a esa zorra estúpida mientras la habitación gira a mi alrededor. «La cagada no ha sido la pelea. La cagada ha sido no acabar la faena. Si vas a tocarme los cojones tienes que estar dispuesto a llegar hasta el final.»

Cómo abre esa boca de imbécil que tiene... Se merece un buen zapatazo... Mira que quedarse embarazada para sacarme la pasta... «Ay, Frank... ¡Ahora tienes familia!»

«¡El muy cabrón se creerá que esto ha terminado, pero la cosa no ha hecho más que empezar!», le digo. «Bueno, vete a tomar por culo ya.» Señalo la puerta. «No sé en qué estaban pensando los medicuchos, pero no estoy en estado de recibir visitas y tú no tendrías que estar aquí. Si alguien da el chivatazo, algún incompetente va a quedarse sin trabajo», suelto. «Fuera, venga, pírate...»

«Pero Frank», protesta, aunque se pone de pie.

«¡Venga! ¿Quieres que un pobre desgraciado pierda su trabajo?»

Pone un careto hasta el suelo, pero se larga de todas formas...

Así que me quedo de nuevo a solas. Aquí tumbado en la habitación del hospital con la cabeza dolorida... Cada vez que me muevo siento que la habitación se agita. Al levantarme para ir a mear es como si me fuera a caer, ¡y el puto poli de la puerta me mira como si fuera a pirarme a toda hostia! ¡Si no podría ni ir a hacer la compra! No tenía ni fuerzas para pedirle a esa zorra que me hiciese una mamada a escondidas..., aunque su hermana sería una apuesta mejor. Dicen que es por la conmoción cerebral. La cabeza me duele un huevo. Pero un poco de dolor está bien: me mantiene concentrado en el capullo ese de Seeker. Porque a través del dolor me siento genial, cargadito de emoción. Había algo en la mirada del mostrenco ese, incluso cuando me estaba estrangulando y machacando, algo que me decía que va a costar romperlo, pero no estoy seguro de que sea capaz de acabar lo que ha empezado. En fin, no puedo decir nada contra él: ¡por fin, alguien preparado para una buena pelea!

¡Estoy deseando dársela!

14. PAQUETITOS: 2

> El hombre no tiene cuerpo separado del alma; pues lo que llamamos cuerpo es una porción del alma que los cinco sentidos perciben, el principal acceso del alma en esta época.
>
> WILLIAM BLAKE

Por supuesto que le mandé el paquete. Tenía que hacerlo, estando en Londres; mejor ese matasellos que uno de Ámsterdam. Que vengan a cazar aquí. Ahora, si lo ha recibido o no es otra historia. Sé de todos gracias a Gav Temps, pero lo llamo de forma esporádica. No hace falta que lo meta en mis mierdas.

Estoy un poco enganchado. Monique y yo pasamos un fin de semana bestial en Ámsterdam cuando vino Danny Rampling, del club Shoom, a su primer bolo neerlandés. Sin pensarlo, dije en el trabajo que estaba enfermo una semana por un virus misterioso y de forma apresurada viajé a Londres. Monique vino conmigo un par de días, salimos de fiesta con mi colega Stevie y su chica Stella, y luego ella se fue a Groninga a ver a sus padres. Y quizá a alguien más. Su partida hizo que algo en mí cayera como un globo de plomo. Pero intento mantener a raya mi dolorosa curiosidad.

Me he dado el lujo de una habitación en condiciones en un hotel de Covent Garden, lo cual es una tontería, porque no quiero

derrochar. Por supuesto, no le he hablado a Monique de la pasta de la cuenta bancaria. Sigo decidido a usarla para algo; si no, habría mangado a todo el mundo para nada.

Monique es el prototipo del espíritu libre y tiene otros amantes. Me ha hecho saber que no está en «fase de un solo hombre», según sus palabras. Se separó de su amor de juventud, un DJ de Groninga, después de cinco años. «Deseo variedad, un bosque de vergas», me informó con brío. Monique era una persona muy equilibrada. El sexo era una tabla de ejercicio vigorosa: una extensión de su mentalidad de gimnasio y yoga, y sin duda lo ponía a uno a prueba.

La eché de menos de inmediato. Ahora, los pensamientos autodestructivos de que está en los brazos de otro me dominan, y trato de no verme como su novio –ella es preciosa y yo soy pelirrojo–, sino como uno de los pocos bobos o afortunados que se acuestan con ella. La gestión de las expectativas es fundamental. He visto a tipos en relaciones similares: personajes estrafalarios que, por inexplicable que parezca, atraen a tías buenísimas. Suelen quedar como capullos sensibleros si no actúan con sangre fría. Esto siempre ha tenido regusto a finitud, así que decido disfrutarlo mientras dure. Como soy el último en llegar, sé cómo están las cosas desde el principio, aunque lo de no ser exclusivo me ha mosqueado un poco. Si lo pienso, lo más seguro es que no me haya molestado tanto como al otro (o a los otros). Tengo suerte de no ser celoso por naturaleza. Creo que está bien dejar que los demás hagan lo que quieran. Pero a veces pica. Todos somos embarcaciones frágiles y el mar del amor puede ser una dama turbulenta.

Pensé en Ralf, el tipo de la moto, y en Andy, con quien ella compartía el apartamento de Haarlemmerplein. Siempre estaba muy tranquilo cuando yo estaba por ahí, no había vibraciones abiertamente hostiles por parte del colega. Pero tiene que ser un asco vivir con alguien que se está acostando con otros mendas. Sí que me preocupaban el sida y las enfermedades venéreas. Me parecía que después de años chutándome jaco con yonquis sería puta suerte pillar esa horrible enfermedad con los primeros polvos en condiciones que echo en siglos.

Aunque mi futuro está en Ámsterdam, puede que encuentre

inspiración aquí en Londres. Andar por las concurridas calles de Shoreditch –siempre me ha gustado Londres en verano– me ha dado tiempo para pensar en mi nueva vida en Ámsterdam. Ha sido genial ver a Monique, bueno, lo que han permitido mis turnos de mierda y su agenda. No me puedo creer lo poco que he gastado. Mis turnos en el hotel han sido largos y duros, pero he sido capaz de ahorrar.

Cuando Monique ha regresado a Holanda, he vuelto a quedar con Stevie, esta vez en su zona, en Camden. Mi excompañero de grupo, que tiene mucho más talento que yo y lleva bastante tiempo afincado en Londres, no me delataría. En el pub The World's End me cuenta de inmediato el *modus operandi* de Sick Boy en Londres. «Yo evitaría West End, porque trabaja allí; Islington, donde tiene el piso; y Highgate, porque allí está su novia.»

Joder. Ahora me lo dice. «¿Quién es ella?»

«Una pava pija, muy maja.»

«¿Está buena?»

«Estamos hablando de Sick Boy, no jodas. Pero sí, está buena. No tanto como mi Stella o tu Monique... Te admiro, Mark.»

«¿A qué te refieres?»

«Con las mujeres. Siempre te sale bien. Sobre todo para ser pelirrojo.»

Le dedico lo que considero una sonrisa enigmática digna de un tipo que quizá no sea un perdedor en el plano sexual, pero sí un claro segundón que a la chita callando ha sabido llegar al estatus de macho alfa.

Saber que Sick Boy trabaja en West End me perturba. Ahora estoy cagado con lo del hotel de Covent Garden. Le explico a Stevie que también tengo que añadir a la lista de lugares prohibidos Hackney, donde Sick Boy rastrearía a todos nuestros socios de nuestra estancia allí, y Finsbury Park, donde opera su amigo el hotelero proxeneta griego. «Sick Boy echa redes muy amplias; hay que evitar muchas zonas de Londres.»

«Ya te digo», dice Stevie con un bostezo. Parece cansado: explica que el trabajo con el grupo es ahora solo a tiempo parcial y que tiene un curro de nueve a cinco. Se va a mudar a alguna parte al sur de Londres.

Mi autoexclusión es casi total. Decido no llamar a Nicksy ni a Charlene, temeroso de que Sick Boy o Begbie les den problemas. A pesar de que me he enterado de que este último ha vuelto al trullo –lo cual no me sorprende–. Joder, han sido unos miles de libras carísimos. Me han costado mucho.

Franco nunca ha podido mirar una cara sin sentir el deseo de darle un puñetazo. El tiempo lo ha vuelto todavía más zumbado. Siempre ha sido un matón, pero, en vez de *buscarse una chica maja y asentarse*, ha duplicado su locura. ¿Cuándo se le torcieron las cosas?

Aunque su ausencia en la escena es mi oportunidad.

Así que, después de dejar a Stevie, voy a King's Cross y me subo al tren a Edimburgo. Hace mucho tiempo. Se me había olvidado lo bonito que se vuelve el paisaje a medida que uno se acerca a Escocia, y la cosa sube un nivel más al cruzar la frontera. Me encanta el viaje, y me leo un buen trozo del libro *Espedair Street*, de Iain Banks, mientras pienso en Stevie y en Big Tobacco. Pero no tengo intención de quedarme en la ciudad ni mucho menos bajar a Leith. En cuanto desembarco en Waverley, me subo a un tren regional y vuelvo sobre mis pasos hasta Dunbar, donde por suerte se han mudado mis padres. Es posible que Begbie sienta menos inclinación a hacer una visita allí, a pesar de que resulta fácil encontrar su casita de piedra proyectada, situada en una cuidada hilera de adosados.

Mis padres parecen más viejos. Mamá, más flaca que nunca, me abraza. Papá está taciturno, habla poco. Les he puesto en una situación terrible después de toda la mierda que han tenido que soportar con la muerte de mis hermanos. Sentado en el sofá que teníamos, que tenían, desde la casa del Fort y luego la de Bowling Green Street, hace ya una vida, la enormidad de mi egoísmo me devuelve la mirada a través de sus ojos decepcionados y desorientados. Los llamo una vez al mes. De lo único de lo que hablo realmente con mi padre es de fútbol. En el mundo impredecible de las expectativas con respecto a los hijos, el ladrón que roba a sus amigos está solo a un paso del agresor sexual.

Le pregunto por la mudanza aquí. Dice que mantienen el piso de la cooperativa de viviendas en Leith, pero que lo subalquilan.

«¿Eso no es ilegal?»

«Por supuesto», sonríe.

Es el único momento en el que siento una conexión profunda con él.

Siguiendo un antojo, vuelvo al centro para asistir a un partido de los Hibs contra Motherwell, el primero de la temporada. Al instante siento que es un error. Estoy solo, con gafas de sol y la gorra de béisbol, abriéndome paso a través de las multitudes que convergen en el estadio. Todas las caras que veo parecen salidas del pasado. Me dirijo a la vieja grada cochambrosa, evitando la tribuna este, donde están los grupos más gritones, pero incluso ahí siento que todo el mundo me mira y piensa: *esquirol, chivato, marica, traidor*. Tommy McIntyre marca el único tanto del partido. Me voy quince minutos antes del final, aliviado al volver a Waverley y al meterme en el tren hacia la costa. Pasará un tiempo antes de que vuelva por aquí.

No hay mucho que hacer en Dunbar. Doy paseos por la costa con mamá y nos tomamos un café en una cafetería de la zona. Ella fuma sin parar. Es algo desagradable, pero no puedo alegar superioridad moral en el terreno de las adicciones. Siento una punzada de dolor cuando me habla de Kelly, que ha entrado en la Universidad de Glasgow. Una chica estupenda, que por supuesto estaba mejor sin que el miserable de Mark Renton la arrastrase a su pantano de negatividad.

Termino *Espedair Street.* Banks es un gran escritor. Echo de menos la evasión que me ofrece la novela y de inmediato me entran ganas de volver a Holanda, a la calma y el dinamismo de mi princesa neerlandesa, a la sexualidad que irradia, sana pero dura como el diamante. En esta choza pequeña de Dunbar, la carga de la decepción de mis padres nos aplasta a todos. Es tal el alivio que siento cuando llega el momento de dejarlos y coger un vuelo a Ámsterdam que me da vergüenza.

15. PAQUETITOS: 3

Cuando, bajo la luna de la anochecida,
dejé yo a quien amaba convencida
y, fresca como una rosa de verano,
nos fuimos a su casa de la mano.

WILLIAM WORDSWORTH

Hay que adquirir conocimiento. Si no, uno no sobresale de la manada. No es que me esté poniendo por encima de nadie. Ese es el problema con el mundo, cuando lo piensas: demasiados pájaros jugando al mismo juego.

El único modo en el que puedo describir la clase de educación para adultos es: tirando a guapa. El caso es que con todas las cosas de las que se habla, la mente se abre. Sé que, cuando uno está hasta el culo de drogas, habla de cosas chulas, ideas y tal. Echo de menos a Mark por eso, echo de menos escucharlo, pero esto es más... ¿Cómo puedo describirlo? Estructurado. Es como si las cosas estuvieran puestas en cierto orden. Conectadas. De un modo que ayuda a recordarlas mejor. ¡Y solo me ha costado una libra, tronco!

La profesora, Elaine, es una tipa muy maja que no parece tan vieja como para haber ido a estudiar a la universidad y tal. Tiene unos ojos grandes, como piscinas de amor. Como si estuviera sorprendida siempre, incluso cuando no lo está. Como la tía esa de la tele, pero no me acuerdo de su nombre.

Somos ocho y el caso es que la mayoría no es demasiado esnob. Hay dos chicas que se sientan juntas, una dice que es ama de casa, eso dice la tía, a pesar de que parece demasiado joven para eso. A mí me dan ganas de decirle «lo mismo solo deberías decir que eres una tía que se ha casado y tiene un crío en vez de decir que eres ama de casa». Pero no puedo decirlo, porque no es asunto mío: la tía puede decir que es ama de casa si le da la gana. La otra es una especie de empollona. Luego hay un exmilitar, más o menos de la misma edad que yo, con un divieso en el cuello que –sé que está mal decirlo– dan ganas de estrujarlo para que las natillas de dentro salpiquen toda la sala. Pero no está bien pensar así. Hay dos punkis que parecen pareja. Me hace pensar que molaría traer a Ali aquí, pero ella no se apunta, sobre todo con los turnos que hace en el pub. De todas formas, ella iba al curso avanzado de Lengua y Literatura en Leith Academy.

¡Sería muy loco pensar en Ali como ama de casa, aunque ni siquiera estamos casados!

La primera vez que intervine en clase fue cuando hablamos de Jean-Paul Sartre. Me dio un poco de vergüenza, porque acabé perdiendo el hilo. No pensé que tendría el valor de hablar, pero cuando empecé no podía parar. Eso sí, la mayoría de las cosas que dije fueron tonterías; sobre que las francesas son preciosas y siempre van bien vestidas. Sentido del estilo, ¿sabes? Recordé a la que Sick Boy trajo una vez de París, pero lo que quería decir era que los franceses son muy cultivados, como Sartre. Luego pensé en la tipa esa, que parecía muy punki pero al mismo tiempo tenía clase a la francesa, y la cosa me salió mal. Pero, aunque la cagara, no pareció molestar a nadie.

Luego vimos a Kant, y ahí no dije nada, pero absorbí todo sobre el pavo ese. Menuda movida. Decía una cosa y hacía otra. Y ahora, con el calorcito que hace esta tarde, y el sol todavía fuera, estamos hablando de *Crimen y castigo* y de cómo Raskólnikov tuvo que pagar por su crimen. Y yo estoy preparado para decir más; para dar una respuesta ingeniosa esta vez, porque Mark habló de eso hace años, y luego mi colega Chrissy «Sin Cara» me dio el libro en la trena. Me hizo pensar en que ahora parece que pago más por mis crímenes.

En la cabeza, me refiero. Desde un punto de vista moral, ¿entiendes? Por colarme en casas para robar, por ejemplo. Cuando era joven no me preocupaba en absoluto por las víctimas. Bueno, no es que no me preocupase, es que no las tenía en cuenta y ya está. Solo pensaba: ¡estos pavos son ricos y yo he venido a su casa a mangar!

Formación.

Te hace mejor persona.

Bueno, quizá a Mark no, porque nos traicionó. Pero no siempre fue así. En realidad, no. Hasta que llegó el jaco. Fue el jaco lo que nos jodió a todos. Incluso a Sick Boy: no era tan malo antes de la droga. Vamos, que era malo, claro, pero no tan malo.

A ver, yo no sabía que estas clases eran de leer a Dostoievski y otros libros, pensaba que eran de ortografía, que se me da como el culo. Así que empiezo a hablar de todo eso y luego pienso que quizá Mark se ha maldecido a sí mismo al robar a sus colegas. Total, que empiezo a contarles la historia, sin los nombres, por supuesto. Cuando termino pienso que la he cagado más que los fascistas del National Front, porque me miran todos en silencio.

Oigo las voces de unos niños que gritan desde fuera, en la calle. Como si estuvieran jugando y tal.

«Eres muy perspicaz», suelta Elaine. Porque es muy amable y tal, y tiene una voz amable. Con un tono muy formal, pero amable.

Me vuelve a entrar la timidez. Miro el reloj de la pared –tic, toc– y me alegra que se haya acabado la clase. «No... No... Yo no... Si solo soy un bobo.»

«No lo eres», dice, en plan insistente. «Entiendes las cosas, Danny. Quizá hayas descuidado tu educación formal, pero estás lejos de ser un bobo. Captas los temas de estas novelas de un modo profundo e intuitivo. Mucha gente tiene formación, pero su inteligencia emocional está limitada», continúa, y el resto me mira y asiente, y es como si viera en los ojos de la tía una pasión ardiente.

Esto es demasiado...

«De acuerdo...», suelto, queriendo ponerme de pie porque la clase ha terminado, pero estoy avergonzadísimo, tronco, estoy temblando como si me hubiera metido un pico, o más bien como si tuviera el

mono. Me levanto, pero me miro los pies como un chiquillo. «Eh, nos vemos», suelto, y me largo a toda leche. Salgo y me voy pitando calle abajo, por si alguien me grita desde atrás; quiero alejarme cueste lo que cueste de este enorme edificio de Telford College en Crewe Toll: me subo al bus número uno en dirección al soleado Leith.

Tío, hace calor y hay pasajeros en el bus que beben y se gritan unos a otros. La vida tiene que ser algo más que beber y gritarse unos a otros...

Porque estoy sobrio y me siento colocadísimo, tronco, como si me estuviera subiendo un éxtasis. ¿Y si es verdad? Elaine es una tía culta, así que no diría eso por decir. ¡A lo mejor es verdad! ¡A lo mejor el chico Murphy no es tan inútil!

Cuando llego a casa, estoy emocionado, deseando contarle lo de la clase a Ali, pero cuando vuelve de su turno está hecha papilla y solo quiere ir a la cama. Así que estoy tumbado con ella en el catre, cachondísimo. Estoy pensando en hacerme una paja. Pero no me parece bien: me parece una falta de respeto y tal.

Creía que no podría dormir de lo excitado que estaba, pero al final me quedo frito. ¡Es lo bueno de estar tan arriba en el bloque de pisos, por encima de Kirkgate!

Al día siguiente me levanto muy temprano para pedir las ayudas del desempleo. Luego voy a casa de mi madre a tomar un té. Están todas ahí, sentadas a la mesa, mis hermanas Siobhan, Liz, Roisin, Shauna e Yvette, a la que hace la tira que no veo y que se ha convertido en una mujercita, es decir, que tiene tetas. Es curioso que eso pase así, sin más. Tiene que ser una locura ser una tía: ¡un día estás jugando con muñecas y al siguiente te salen esas cosas y eres la muñeca con la que quieren jugar todos los guarros! Connor, mi hermano pequeño, está allí con una chica a la que no conozco, lo mismo es su piba. En la tele ponen las carreras, pero nadie las está viendo y han bajado el volumen. «Mira quién está aquí», suelta mi madre.

Sí, hace bastante que no vengo. Mi madre está delgada. También es verdad que siempre lo ha sido. Me alegro de que haya tanta gente en casa; la chica de mi hermano Connor tiene el pelo de color

marrón y muy graso, pero lleva un top rojo muy chulo, mi hermana Liz está al teléfono con los del gas y mi hermana Yvette está en la silla leyendo sobre George Michael –el chaval de Wham, el que se supone que es griego en la vida real– en una revista. Shiv y Shauna están cuchicheando sobre alguna chavala que conocen.

Mamá señala un paquete que hay en la mesilla de centro. «Para ti, de Londres», dice. «¡Lleva ahí un montón! ¡Hasta tuve que firmar y todo!»

«Ah», suelto.

Tronco, me están mirando con los ojos brillantes, como si fuera Navidad. Como faros: todos van de mí al paquete. No hay mucho que mirar en esta sala salvo un aparador roto. Le falta una pata pero lo sujeta una caja de té grande, como las que se utilizan en los traslados de muebles. Hay una mesilla cutre con marcas y un conjunto de sofá y sillones de cuero blanco nuevecito, una imitación de Horizon Furniture Warehouse. Ya pueden darme las gracias por eso: mi colega Monny consiguió un buen chollo.

Connor lleva una vela colgando de la nariz hasta el labio superior, y tiene caída la mandíbula, pero no baja la guardia y los ojos color hoja de té le arden al decir: «¿No piensas abrirlo?».

«No, tío», suelto, porque no quiero. Ahora no. El sentido arácnido me grita: *No, no, no, no lo abras ante esta jauría*. Si es algo importante, se meterán de lleno. Esos ojos como tajos que husmean y husmean y husmean. Y no hay dirección en la parte del remitente, así que no sé quién lo ha mandado. «Es algo que he pedido para Ali», digo, soltándoles una paparrucha, como dicen los americanos, colega. «Quiero que sea una sorpresa.»

Mi madre me planta un beso a un lado de la cara. «Lo ves», le suelta a Connor, «¡tu hermano sabe cuidar a una chica! ¡Lo he criado bien!»

Eso no es verdad porque también ha criado a Connor y, si a él no lo ha criado bien, es culpa de ella, no de Connor. Pero parece que nadie llega a esa conclusión, tronco. ¡O debería decir Connor-clusión! ¡Qué guapo! Lo mismo Elaine tiene razón, ¡quizá el chico Murphy deja a la peña a la altura del betún! ¡*Pensad en eso, gatitas!*

¡O lo mismo es que me estoy volviendo un chuleta porque voy a clase!

¡*Como he dicho: formación*!

«Ropa fetichista, ligas y tal», suelta Connor.

«¡Qué bien!», dice Yvette.

«Vosotros, a callar», les dice mamá. Vuelve a sorprenderme que esté tan flaca. A ver, como he dicho, siempre lo ha estado, pero ahora se nota aún más. Supongo que es porque ha llevado una vida dura. Nunca ha tenido mucha suerte con mi padre ni con los tíos que ha tenido en su órbita, pero siempre ha sido una buena madre. Porque así son esos tíos: auténticos satélites. Como Sick Boy. Están ahí en las profundidades del frío espacio, girando alrededor de una mujer, mandándole sus estúpidas señales... Nunca satélites de amor, solo satélites que restan. Mamá siempre se enamoraba de ese tipo de tío, y le han dado mala vida. Así que... nunca ha habido mucha pasta en *chez* Murphy, aunque ella ha hecho lo que ha podido.

La decepcioné con el jaco. Decepcioné a todo quisque.

¡*Pero nunca más*!

Ya es hora de irme, de hacer lo que hacen los generales del Pentágono cuando empiezan a cagarse encima porque algunos nativos les están pateando el culo a los Estados Unidos, o cuando la gente en su casa empieza a sospechar que todas sus guerras son solo una excusa para mangarles...: *una retirada estratégica*. «Debería irme a casa», les digo, y me voy con el paquete bajo el brazo. Varios pares de ojos tensos y labios torcidos hacia abajo me siguen por la puerta.

Hoy hace más frío fuera, hay unas nubes asquerosas. Estoy a punto de entrar al portal cuando me viene una idea que quizá sea típica de un yonqui idiota, pero se me queda en la cabeza: *A lo mejor la persona que manda el paquete no quiere que Ali vea lo que hay dentro.* Porque va dirigido a «Danny», no a «Danny y Ali».

De Londres y todo.

Así que cruzo la calle y me meto en el Spey. Está casi vacío, solo hay una chica tras la barra, dos viejos en la esquina y un tipo flacucho jugando a las tragaperras. Pero, en el Spey, un paquete... No...

Vuelvo a salir a la calle y me meto en uno de los bares pijos recién reformados, de los que sirven comida, no solo patatas fritas, y tienen cerrojo de verdad en la puerta del lavabo. Aun así también tiene tragaperras, y hay dos chavales jugando. Tras la barra, sacando brillo a unos vasos, hay una chica de buen ver –un tiranosaurio rex disfrazado de minina con pómulos de pantera– con una chaqueta de pana gris y el pelo recogido. Unos viejos en la esquina bromean con unos estudiantes que tienen acento inglés o escocés pijo. Me meto en el retrete y echo el cerrojo. Me siento en el inodoro a mirar el paquete. ¿Cómo es que lo han enviado a casa de mi madre? Sé que está a la vuelta de la esquina, pero es obvio que quienquiera que lo haya mandado no sabe que me he ido a vivir con Ali. Sí, cuando Gavin Temperley se mudó con su novia, nosotros pillamos su piso de Kirkgate.

¡Estoy temblando de pura emoción!

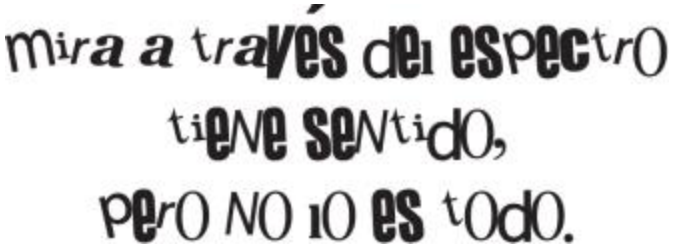
Abro el paquete y tiene... ¡billetes!

O sea, dinero.

Billetes de cincuenta. Banco de Inglaterra. Montones.

¡Nunca había visto billetes de cincuenta!

Tienen que ser falsos; algún fulano me está gastando una broma. Luego veo la nota, hecha al estilo de los Sex Pistols:



Qué... Se están quedando conmigo... Estoy sentado en el váter, agitado, contándolo. Cuatro mil.

De Mark. ¡Tiene que ser de Mark!

Tiemblo de miedo en el asiento del baño. Miro el botín. Más pasta de la que he visto nunca.

La venta del jaco.

Fue el verano pasado. O hace más tiempo. Sí, hace mucho. ¿Por qué ahora? Me da vueltas la cabeza. Tengo náuseas. ¿Cómo voy a salir de aquí? Estoy pensando: *Mark, ¿qué has hecho, tronco?* Vale que estaba pelado, pero era puro, puro. Con Ali y tal. Pero ahora no.

Esto es como mandar droga por correo.

Ahora todo se ha ido a la mierda, tío.

Todo.

Y lo que la tal Elaine ha dicho en clase era una mentira cochina, colega; solo quería ser amable, porque se sentía mal por mí. Por el yonqui zarrapastroso e inútil de Murphy. Abro la puerta del retrete y salgo. Quiero volver y tirar por la cadena toda esta pasta, pero no puedo. A pesar de que sé que, si no lo hago, lo que se va por el retrete es mi vida.

Me voy.

Dejo atrás a la camarera con la chaqueta de pana gris.

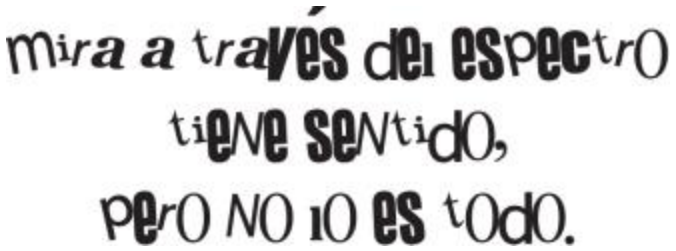
Dejo atrás a los dos chavales en las tragaperras.

Dejo atrás a los tres viejos en su rincón.

Dejo atrás a los del acento inglés con pinta de estudiantes.

Salgo a la calle apagada y gris, donde hace todavía más frío. Tengo la sensación de que va a hacer todavía más rasca.

Tengo que hacer algo. Ponerlo en algún sitio donde no pueda cogerlo hasta que sepa qué hacer con él.



Ay, Mark, tronco...

16. PRONÓSTICO DE LLUVIA

¡La luna, flotando sobre la escena
se fundía con la luz de la alborada,
y allí estaba ella, mi dicha y mi alegría,
mi Genevieve, querida y adorada!

SAMUEL TAYLOR COLERIDGE

Hace mucho calor. Estamos en un piso pijo de una segunda planta junto a Berkeley Square, en una esquina extrañamente tranquila de Mayfair. Andreas y Lawrence, sin inclinación alguna por el trabajo manual, sudan como putas en el turno de noche subiendo con dificultad la *chaise longue* de terciopelo rojo y dorado por las estrechas escaleras y discutiendo cuál es la mejor maniobra para salvar la curva. Por suerte, tener que llevar la bolsa con la cámara e instalar la iluminación me da licencia para adelantarlos y me abro paso entre ellos y la pared con destreza. Andreas, a quien, a pesar de echarse litros del abrasivo aftershave Blue Stratos, la barba incipiente de las cinco de la tarde le sale a mediodía, dirige quejas largas y lastimeras a Lozzer. «Yo no tendría que estar haciendo esto, ¿por qué no has buscado un piso amueblado?»

«Lo he conseguido..., me... cago en todo..., como favor de un colega», suspira Lawrence, con el rojo del cuello subiéndole por los lados del careto.

Tengo la cámara montada en el trípode y las luces en sus pies

cuando suben, misión cumplida, y Lawrence se desploma en la *chaise longue* enfrente de mí. Se aparta los rizos permanentosos de la frente empapada en sudor. «¡Qué matada!»

Enciendo las luces alrededor del viejo julandrón, que flexiona los bíceps hinchados de gimnasio y parece una estrella envejecida de rock suave en un videoclip. He estado estudiando iluminación bajo la tutela de mi amigo fotógrafo, Chips Guthrie: luz principal, luz de relleno, contraluz. Los poros y los granos de Lawrence bailan bajo el foco: esto es un pelín penetrante. Mientras desenrosco una bombilla, llegan dos chicas de aspecto cuestionable de Finsbury Park. Están fuera de lugar en esta vivienda pija. Mis sospechas se confirman: me espera un reto de iluminación. Miro el reloj y me pregunto cuándo llegará Chips. Mientras Andreas informa a las chicas, Lawrence se levanta y me lleva a un aparte. «¿A qué juega el payaso griego? ¡Se está quedando conmigo!»

Yo me hago el tonto. «¿Cómo?»

«¡Las furcias esas, menudas pintas!»

Sí parecen presentar algunas taras. Una tiene la cara afilada, pero por el consumo de café, cigarrillos y sulfato de anfetamina, y no por un régimen de gimnasio, como le gusta a Lawrence, con su musculatura de poni de exhibición. La otra está hinchada y presenta antiestéticas acumulaciones de sebo en las zonas del culo, los muslos y la barbilla. Lo cual resulta crucial, porque la cámara va a añadirle kilos ahí. «Unas chicas encantadoras, pero sí, quizá no sean merluza de primera. Es que cuesta mucho encontrar personal.»

«No valen un colín», declara Lawrence, y percibo una bocanada de rancio olor corporal luchando a brazo partido contra los laboratorios de Christian Dior e Yves Saint Laurent mientras enrosco una bombilla menos abrasiva en el foco. Aunque es consciente de que sé que él es de la otra acera, Lozzer añade: «Lo único que estas atraen son rollos con la pasma».

«Cuando les pongamos una iluminación más suave, cambiará mucho la cosa», le digo. «Nos apañaremos con lo que hay.»

Lo mío también está pero que bien jodido: Chips acaba de decirme por teléfono que lo han llamado para otro trabajo. No importa, disfrutaré del desafío.

He de decir que los resultados finales no son para nada malos. La escena básica de chica con chica quedará bien en la edición. Así que estoy satisfecho cuando llego a casa, o más bien a una de mis casas. Aunque el piso de Amanda en Highgate es muy diferente al mío por las fotos enmarcadas, los cojines, las mantas... y la ausencia de manchas en el sofá. *Los poderes mágicos de las mujeres.* Nos pasamos casi todas las noches juntos, así que es una verdadera pérdida de tiempo –y de dinero– tener dos casas. Eddie Reece se las apañaba para poner océanos y continentes entre él y las mujeres a las que amaba, *y no es suficiente*, habría dicho el libertino lobo de mar. ¡Yo ni siquiera soy capaz de interponer un asqueroso barrio londinense!

Voy a quedar con Stevie más tarde para recoger los pases VIP del concierto que da Big Tobacco en el parque el sábado. En este momento, lo único que quiero es poner los pies en alto, pero cuando entro me asalta un olor poco familiar; la nota de salida es violeta dulce, y la de fondo, resina de ámbar ligeramente tostada. Esa colonia cara que apesta a julandrón es del jefe de Amanda, Viv Grandchester, que ha venido a trabajar en una presentación con ella. Me dice que Grandchester es un viejo compañero de su padre. Le doy la mano a un hombre de mediana edad de modales afectados y atuendo exquisito consistente en un traje de lino veraniego, con el pelo ahuecado y relamido como de piel de tejón, la piñata como teclas de piano resplandecientes, unas fundas que flipas y una sonrisa tan tensa que los pómulos casi se le suben por encima de los ojos.

Pienso un instante en Fabienne, la de París, con la idea de que ambos pueden tener similar inclinación por el anal. ¡Aunque, en el caso de Grandchester, no tengo previsto probar esta hipótesis!

Amanda está muy emocionada por el concierto. «Sí, Viv, Simon es un buen amigo del cantante del grupo», declara mientras nos sentamos ante una ensalada en condiciones, una quiche y una copa de vino, todo aportado por Amanda. Una pena que el grupo esté acabado y Stevie esté currando a través de un plan de creación de empleo, pero, en fin, ese tipo de revelaciones no le hacen ningún bien a nadie a estas alturas.

El calor entra a través de las ventanas abiertas a pesar de que el sol empieza a deslizarse tras los edificios de la urbanización que tenemos detrás. Grandchester se ha quitado la chaqueta y la ha puesto en una silla, dejando a la vista el contorno de una cartera muy llena. El yo de antaño habría encontrado la forma de conducirlos hasta otra habitación para saquearla, pero ahora me parece una conducta sórdida. Me relajo, escucho la charla ligera y afectuosamente cáustica de Amanda y Grandchester sobre los personajes de su oficina.

«Hay que reconocer que el piso es agradable», dice Grandchester. «Godfrey tiene ojo para las inversiones.»

«Sí», suelta Amanda removiéndose con incomodidad, «aunque Simon tiene uno en Islington.»

«A mí sí me gusta Swain's Lane», interrumpo, «por aquello de que *swain* significa pretendiente y tal.»

Grandchester señala los rodapiés. «Muchos enchufes. ¿Sabes una cosa, Simon? Es en lo único en lo que insistió Roz, mi mujer, cuando empezamos la gran reforma de nuestra casa en Knightsbridge: en que hubiera muchos enchufes.»

Joder, tu mujer tiene que ser un partidazo. ¡Alguien te suelta eso y no paras de follártelo en todo el día, claro!

«Es casi esencial, Viv», respondo, luchando por fingir entusiasmo. Cuando el tedio empieza a asentarse, me dispongo a salir al encuentro de Stevie, pero se oye el insistente martilleo del teléfono. Es mi hermana Carlotta. «Simon... Mamá está en el hospital. Ha tenido un ataque de asma muy grave.»

Mamá. Tengo que ir con ella.

Le explico la situación a Amanda. «Malas noticias, tarta de fresa», y observo que la jeta elástica de Grandchester evalúa mi nomenclatura cariñosa con aire de satisfacción triunfal. «Tengo que ir a Edimburgo. Mamá ha empeorado.»

«Ay, qué mal, ¿qué ha pasado?»

«Un problema respiratorio. Está en el hospital. Voy a ver a Stevie, recojo las entradas VIP, me voy directo al bus nocturno o al coche cama y vuelvo a bajar el sábado por la mañana para ir al concierto.»

Amanda se levanta para abrazarme. «Oh, cariño, estás siempre

corriendo de aquí para allá... Iría contigo, pero me he comprometido a ayudar a Viv con la presentación de mañana...»

«No, deberíais ir juntos; me las apañaré», propone Grandchester con tono razonable, y las cejas del capullo se alzan hasta aplastar la frente formando una tira corrugada bajo la línea del pelo.

«No hace falta», declaro con firmeza, y luego me vuelvo hacia Amanda. «Además, no quiero que las conozcas en estas circunstancias.»

Así que, tras rechazar las protestas, salgo a la calle rumbo a la capital de los pictos mientras llamo por el móvil para negociar mi tiempo libre con unos babosos londinenses. Hasta los pornógrafos de tres al cuarto y los chulos se creen ejecutivos corporativos en el nuevo orden creado por la vieja arpía vengativa de Downing Street. «Espero que no se te vaya la olla con el teléfono», me suelta Lawrence. Básicamente, me está rastreando con el artilugio electrónico. Se queja de que lo uso para fundirme el dinero, pero si lo apago se cabrea.

«Solo los gastos habituales.» Con eso en mente, le digo adiós y antes de colgar lo dejo que suelte el aviso obligatorio sobre que tengo que volver la semana que viene.

Llamo a Stevie y quedo con él en el pub Shakespeare, en Victoria. Es un agujero apagado y sin alma diseñado para matones futboleros hambrientos de gresca y turistas que contemplan boquiabiertos cómo los primeros ponen el garito patas arriba a base de empujones, embestidas, correteos, reagrupaciones y gestos ofensivos mientras se juega a una versión amplificada del pillapilla con cristales rotos –por lo general, los del pub– y bocas reventadas. Todo bajo la supervisión de los tensos rostros de los policías, cuya intervención casi siempre comienza cuando todo ha terminado y suele consistir en recoger a rezagados y caídos y convertirlos, paliza mediante, en candidatos a cuidados intensivos para acusarlos después, ya en estado vegetativo, de alterar el orden público y provocar disturbios. ¡Y encima se forran con las horas extra!

La cara de Stevie es la peor versión de su jeta de vieja escuela, o más bien de la jeta del patio de la vieja escuela. Una cara de bebé bulbosa (un cantante sin pómulos nunca dura) y unos ojos siempre

atormentados que un ridículo gacetillero de la *New Musical Express* describió como *sensuales y conmovedores* (la publicación se merece su muerte cultural aunque solo sea por eso), colocados en una cabeza enorme que ya encaja con su cuerpo, pero que en el inclemente pasado le granjeó el mote de «Biafreño». Lo recuerdo luciendo un abrigo de lana con una capucha demasiado pequeña para aquel cabolo formidable. Begbie y compañía se dedicaban a ponérsela, lo cual lo hacía parecer un muñeco de peluche y le levantaba los brazos del tirón. No tardó mucho en llegar el poco elogioso apodo de «Paddington». Pobre Stefanovic. Lo convencí de que se rapase la cabeza y cambiase su atuendo por un polo Fred Perry y una chaqueta Harrington. Sí, se llevó una bofetada inicial por creerse que podría unirse así por las buenas al club de los chicos malos. Pero este impuesto excepcional fue un precio pequeño porque le salvó la vida. Le dio un airecillo que no ha vuelto a perder y lo llevó al escenario. Me debe una. *Todos me deben una.* «¡Stevie!»

«Simon», dice en tono agotado, entregándome las entradas plastificadas y las pulseras.

«Acceso a todas las zonas. Amanda estará encantada, jefe», y le cuento lo de mi madre y que tengo que subir a Escocia. «Para empeorar las cosas, ¡casi no me llega para el bus desde Victoria!»

Pilla la indirecta y me pasa un billete de veinte libras nuevecito. «Eres un puto dios del rock.» Pido dos lagers a gritos. «¿A qué hora tocáis?»

«Al principio.»

«Fabuloso... No demasiado pronto, espero.»

«Será a primera hora de la tarde, sobre las cuatro.»

«Me viene genial, me da tiempo de sobar un par de horas si llego el sábado por la mañana. Pero, en serio, ¿quién es el imbécil que hace la programación? ¡Deberíais ser cabeza de cartel!»

Me echa una mirada que dice *¿estás de coña?* Hace solo dieciocho meses, antes del segundo disco de mierda, Big Tobacco podría haber sido el segundo grupo, incluso cabeza de cartel. Pero eso fue hace dieciocho meses. «Creo que nuestros días en la primera línea han

terminado. Tenemos suerte de seguir en el juego haciendo lo que nos gusta», dice con creciente melancolía.

Mi colega, la estrella del pop verticalmente descalabrada, se abre un poco cuando nos cambiamos a Victoria, a Saint George's Tavern, al Marquis of Westminster y al Queens Arms, donde me paso a los chupitos en preparación para el largo viaje en autobús. La tragedia ha golpeado la vida de Stevie, pues la exestrella ha tenido que buscarse un trabajo serio ¡en un almacén! Suelta su perorata de que se siente en deuda con Stella por traer un sueldo normal a casa, pero que su verdadera pasión es el rock and roll, tronco. Prefiero sus fantasías de dominación mundial a tanta pamplina deprimente y me alegro de dejar al sudoroso pigmeo exestrella del pop para ir a Caledonia.

El autobús a Edimburgo está desprovisto de tías follables de la variedad no acompañada. Me veo obligado a soportar un viaje largo y triste al norte mirando con rencor a los cinturones de castidad con pantalones que se sientan junto a su compañía femenina. Siento el fervoroso deseo de que entren en combustión espontánea. Detesto a los hombres. Son una puta pérdida de tiempo. Ahora en serio: ¿en qué contribuyen a la humanidad esos estorbos de mierda? Clavo la mirada con odio en la nuca de un sarasa sentado con una consorte demasiado buenorra para él. Incluso echo de menos la presencia de Begbie; podría manipular al muy imbécil para que aniquilase a esta escoria.

Por supuesto, estoy sentado al lado del tío más aburrido del autobús. Me informa de que estudia lingüística y no tarda en meterme el rollo de que en alemán hay palabras para cosas sin equivalente en inglés.

«En realidad, en las lenguas célticas antiguas ocurre el mismo fenómeno.»

«¿En serio? ¡Qué fuerte! ¿Tienes algún ejemplo?»

«Hay una palabra en gaélico escocés para emborracharse en el transporte público cuando vas sentado al lado de alguien que se queda dormido, vomitar encima de él y luego inventarte que ha sido él mismo.»

«¡No jodas! ¿De verdad?»

«No», le suelto en tono cortante. Tras oler el alcohol en mi aliento, el capullo pilla el mensaje y se calla. ¡Seguro que se pasa la noche entera despierto!

Yo soy quien se deja llevar por un sueño insatisfactorio y fragmentario, que interrumpen con la mejor de las intenciones al llegar al cruce de Scotch Corner. No hay nada como sentarse en un Little Chef medio borracho, medio resacoso, bajo una luz que le fríe a uno el cerebro, rodeado de grotescos viajeros, incluido el Lingüista Listillo, que me dedica un mohín ofendido. Ante tan nefastas circunstancias, uno se hace preguntas profundas, existenciales. *¿Por qué estoy aquí? ¿Adónde voy*? Me tomo el té recocido, vuelvo a subir al bus y regreso al coma agitado de miembros retorcidos que se hace pasar por sueño.

Luego abro los ojos con la boca seca mientras el vehículo lleno de pedos de vagabundo se adentra en una lúgubre mañana edimburguesa. Un cansancio profundo atraviesa mis huesos como un dolor de dientes pastoso. Cuando llego al Royal Infirmary, encuentro a mi madre sentada en su cama bajo la tarjeta de EVITA WILLIAMSON, picoteando del desayuno. Mamá parece agotada, y la abrazo, afligido al notar que huele como un Strepsil medio chupeteado; el familiar olor de su perfume y las hierbas italianas ha sido desplazado por la horrible peste a medicamento del hospital. «Mamá, ¿cómo estás?»

«Estoy jorobada, hijo», confiesa. Aunque mamá puede ser bastante hipocondriaca, lo cierto es que parece desamparada y abatida.

No puedo evitar entrar a saco con una dosis de mi propia medicina. «Tengo buenas noticias. La chica de la que te hablé...»

«Ay, Simon, siempre con las chicas...»

«Esta es especial, lo más seguro es que nos casemos», le cuento, y veo que por un instante pone cara larga; llega el momento de realizar un cambio crucial con la cara de póquer del entrenador Alex Miller. «¡Hay un *bambino* en el horno!»

Tras prender la mecha del amor, doy un paso atrás y disfruto de los fuegos artificiales. Por supuesto, se trata de una mentira piadosa, pero puedo convertirla en tragedia cuando Amanda tenga un

misterioso aborto. *Por favor, ni se lo menciones, mamá, se pone tan triste*... La noticia provoca un aluvión de preguntas asombradas al que respondo lo mejor que puedo. Llegado un punto está tan emocionada que creo que va a tener otro ataque de asma.

Cuando la noticia totalmente inventada permea en su conciencia, puedo decir con sinceridad que nunca he visto a mi madre tan feliz y animada. Engaño indignante: ¡el medicamento más provechoso! ¡Cualquier payaso que vaya pregonando la aburrida proposición de que mentir está mal desde un punto de vista moral nunca ha experimentado la felicidad de ver las caras de los engañados prender con flagrante arrebato! Disfrutamos de la extática felicidad del momento, dándonos la mano, mirándonos a los ojos en profundidad, con las almas unidas.

Esta mujer es una santa.

Por supuesto, la cosa no dura. Entra él arrastrando los pies, con su careto malicioso en busca de algo que poder llevarse al bolsillo antes de toparse con dicha escena. «Bueno, ¿por fin te has dignado a venir a ver a tu madre?»

«Eso parece. ¿Y a ti, por fin te han dejado marchar los corredores de apuestas?»

«He estado aquí todos los días. ¡No como otros!»

«No seas así, Davy», dice mamá. «¡Cuéntale tus noticias, hijo! ¡Cuéntaselo!»

Lanzo a mi madre una mirada que dice: *No pienso contarle a este capullo nada de nada*.

«Simon se va a casar, Davy, nuestro hijo...» Escruto su rostro, que, como siempre, se arruga para formar una sonrisa sin alegría antes de que ella añada: «¡Y hay un bebé en camino! ¡Voy a ser abuela!».

Lo veo: un espasmo, casi imperceptible pero no del todo, que forma ondas a un lado de la jeta eternamente sarcástica de ese hijo de mala madre. Podrá cultivar un desprecio medido respecto a mí, pero sus poros exudan vapores de desánimo, como madera húmeda fruto de la mezcla del sudor adrenalínico y el olor corporal rancio, que solo yo percibo. No puede igualar ni en sueños la baza que he puesto sobre la mesa. Y los dos lo sabemos. Su insignificante

respuesta: «Una esposa y un crío. Bueno, pues eso va a dejarte sin viento en las velas. ¡El juego ha cambiado ahora!».

«¡Como que a ti te cambió gran cosa!»

Al muy cabrón no le gusta lo que oye y su cara arrugada se convierte en la de una serpiente autodestructiva que se traga su propia cola. A la defensiva, aparta la mirada en dirección a la taquilla que hay junto a la cama, a ver si puede compensar mangando algo.

Mamá se planta. «¡No os peleéis!»

«Mejor me voy, mamá.»

«Sí, adelante.» Él fuerza una carcajada en un intento penoso de recuperar cierta iniciativa mientras le doy un beso y un abrazo de despedida a mi madre. «Es lo que mejor se te da, sin duda.»

Al irme me vuelvo hacia ese insulso desgraciado con una sonrisa juguetona y, meneando el índice como dándole una lección, le digo con voz de entrenador de fútbol: «¡Es una habilidad que podrías desarrollar en beneficio de tu entorno, jovencito! ¡Que vaya bien!».

La artillería borracha de gruñidos, amenazas y balbuceos que me sigue hasta las puertas batientes es más dulce para mi alma que el canto de los pájaros durante una mañana de verano y el rastro de champú y perfume femeninos en mi almohada.

Pim-pam, papá: hasta un reloj roto da la hora correcta dos veces al día. Le doy gracias a Dios porque, de todos los miles de millones de espermatozoides retrasados que esa miasma, ese perro mongolo de huevos podridos disparó, además de en el interior de innumerables furcias de Leith, dentro de mi madre, mujer de fatídico destino, el que atravesó el óvulo de esa santa para darle a su hijo varón fuese el único que era excepcional y perfecto.

Por supuesto que está resentido conmigo. Hasta le guarda rencor a sus hijas a pesar de la infinita indulgencia que le muestran. Y hace bien en hacerlo. El viejo cabrón debería haber tenido más cuidado con su lefa.

Estoy deseando llamar al amor de mi vida, Amanda Genevieve Coningsby, pero algo tira de mí, un sentimiento del que no logro librarme. Atajo por el abominable Saint James' Centre, un centro cochambroso y chillón para discapacitados mentales, y paso por una

joyería. Alto. Ahora no es el momento de atacar, pero siempre es mejor estar preparado para hacerlo.

Lo más seguro es que nos casemos...

En vez de eso, llamo a Marianne McGregor, o Carr, dependiendo del nivel actual de distanciamiento de su viejo. Ah, esa doncella atormentada pero magnética. Los problemas que nos hemos causado entre nosotros...

Está sentada en un rincón del pub, tan esbelta y hermosa como siempre, a pesar de la dureza de su boca y esos ojos que brillan con rabia desquiciada contra el mundo. Ni siquiera una chaqueta dorada deformada que no está a su altura, puesta sin cuidado sobre unos vaqueros ajustados y un top oscuro, puede ocultar su esbeltez. Me uno a ella y, tras una charla general, no tardamos en pasar a hablar de nuestros respectivos amores, como boxeadores que se observan durante el pesaje. Me enseña el pedrusco del dedo. Siento un fuerte pinchazo... ¿De qué? ¿Celos? ¿Tristeza? Decido que se me note.

«Lo quiero», protesta la hija del gánster.

Eso me hace sentir mejor. «Tú y yo», le digo, «somos amantes. Y eso es todo. Amantes condenados, pero amantes a fin de cuentas. Nunca podremos dejar de liarnos, poco importan nuestras circunstancias personales. Recuérdalo.» Intensifico la mirada.

Por su parte, silencio. Marianne cree de veras que está manteniendo el control. Yo sé que este silencio significa que quiere que la seduzca. De forma inevitable, ella cede primero. «Yo no te quiero. ¡Quiero a Christopher!»

«Pasamos página en lo emocional», admito, «pero me provoca una profunda aflicción que tú y yo no volvamos a acostarnos nunca, porque eres la mejor amante que he tenido y con la que más he conectado.»

Le he tocado la fibra. A pesar de su actitud veo que su pecho se hunde, literalmente. Nunca hemos podido mantener la distancia. Había algo en nuestro cuerpo, en nuestra mente, que deseaba al otro. Era un arrebato. Fuera de la cama, lo único que hacíamos era pelear y amargarnos la vida, pero incluso eso solo era una extensión

de los preliminares. La hija del gánster Tam McGregor. Qué lástima, nunca más.

Un beso...

Mantengo los ojos concentrados en ella. Nos miramos con intensidad. Yo repito en la cabeza: *Te quiero, vamos a follar, te quiero, vamos a follar...* una y otra vez. Ella cierra los ojos. Me inclino hacia delante y acaricio sus labios con los míos. Los dejo ahí, mantengo la presión, luego la lengua que se infiltra viene de ella.

Los besos profundos dan paso a un polvo. En su piso en Tollcross, después de hacerle un dedo –por lealtad a Amanda– engraso mi verga y se la ensarto poco a poco en el culo haciendo gala de paciencia infinita, ofreciendo dulces y tiernas nadas mientras ella se masturba... Un centímetro dentro, luego fuera, para que el gel se adhiera, luego otro más...; el palpitante movimiento de su ano cuando este intenta expulsarme..., pero cada convulsión abre la paradójica oportunidad de una mayor penetración... Sigo la vena azul oscuro en su piel translúcida... deseando amordazarla con cada temblor de su cuerpo... «He tenido que dejar tu coño para el hombre con el que te vas a casar..., pero esto... Mmm...»

«Eres un... eres un cabronazo...»

«Siempre desearé tu coño... a pesar de que tu culo es mágico...»

«¡Cállate! ¡Cállate de una puta vez!»

Nuestras bocas no dejan de proferir deliciosas obscenidades mientras soltamos gemidos de amor-odio entre nosotros... Pero me satisfacen el ruido del tráfico y los gritos de fuera, la luz que entra por las ventanas, mi mano agarrándola del pelo mientras mi otro brazo envuelve su delgado torso...

Un clímax hermoso, tan sincronizado como un equipo olímpico o una compañía de baile... «Perfecto...», gimo, «el sexo anal es tan relajante...»

Luego la resaca poscoital. Su breve rendición en mis brazos, a la que le sigue un temblor antes de que se levante y se encienda un cigarrillo.

«¿Qué hay, bella dama?»

«¡Eres un capullo! Me has hecho traicionar a Christopher. ¡Eres un cabronazo!», llora.

«El bulevar de los sueños rotos es una calle de dos sentidos, nena. Nunca he podido resistirme a ti. Estoy permanentemente asolado por la imagen de tus ojos mientras me chupas la polla.»

«Ojalá nos lleváramos mejor...»

«Quizá amantes condenados sea mejor que malos novios.»

«Y ella, la chica de Londres...»

«Conversación *verboten*, nena.» Levanto la palma de la mano y salgo de la cama. «Yo no te pregunto nada de tu chico. No podría tocar un coño legado a otro hombre. He mostrado respeto tanto por tu chico como por mi chica.»

«Y una mierda... ¿Y qué pasa con tu polla?»

Parece limpia pero huele a rancio. «Nunca tocaré otra vagina.»

Dejo a una Marianne enfadada rumbo a Leith y disfruto la olorosa fusión de sal marina y alcantarilla. El terreno consagrado de la iglesia de Saint Mary me ofrece el ritual de la confesión. Informo a la nueva Bestia Asquerosa de que mi última visita fue hace años. Menciono mis infidelidades. «Me he mantenido fiel, padre. Hubo una época en la que el santo papa hacía la vista gorda con el sexo anal heterosexual...»

«¿Qué dices...?»

«Pero todos somos pecadores, nacemos en un estado imperfecto, ¿no es cierto?»

Murmura unas gilipolleces piadosas, como corresponde a un hombre que nunca la ha metido, o que como mucho se ha limitado a violar monaguillos. No quiere decir nada: no puede conceder *una puta mierda.* No es más que un oficinista cuya presencia solo sirve para alimentar los cotilleos de la iglesia mientras yo me descargo. Lo significativo es el acto de la confesión.

Tose al asignarme la penitencia. *Dos de azúcar, pedazo de gilipollas.* Borrón y cuenta nueva. Puro de nuevo. El catolicismo es el mejor invento del mundo. Me asomo por el Marksman, me pido una asquerosa Tennent's, pero ni rastro del verdadero sumo sacerdote de Leith, y ninguna noticia de los presentes sobre su paradero o estado. «Eddie es Eddie, ya sabes», me dice un borrachuzo corpulento: una ayuda inestimable. «Podría estar en cualquier sitio.»

Abandono mi bebida y salgo del local.

Vuelvo a la choza del Southside, donde encuentro a mamá tirada en el sofá y flanqueada por mis hermanas, inquietas; le han dado el alta pero sigue teniendo mala cara. Ella me insiste en que vuelva al sur con Amanda. «¡Tengo que conocer a esa chica! ¡Lleva a mi nieto dentro!»

Me dispongo a salir, pero Carlotta –definitivamente más descarada que Louisa– me pilla en el salón y me pregunta: «¿Qué estás tramando?».

«Estoy forjando una vida, hermanita. ¿Y tú qué?»

«Te estoy vigilando», suelta con tono pugnaz antes de que sus grandes ojos se ablanden y me apriete la mano. «Cuidadito.»

La pobre Carlotta se acaba de quedar sin novio. Un picaflor que le ha roto el corazón, según parece. Mujeres: no tengo ni puta idea de lo que ven en los hombres. Si yo mandara, les pagaría a ellas cuatro veces más que a los tíos por hacer el mismo trabajo. La sociedad mejoraría al instante si esos inútiles se suicidaran en masa.

En mi regreso en el autobús nocturno, consigo un poco de sueño REM delirante. Cuando llego a casa a través del escaso tráfico matutino y el sistema de transporte medio vacío del sábado por la mañana, Amanda me recibe con entusiasmo. «Eres un buen hijo, y ese autobús horrible... Yo podría haberte dado el dinero del tren.»

«Lo sé, cariño, pero tengo que pagarme mis cosas y economizar. El negocio del vídeo está empezando a despegar», digo mirando el reloj, «¡y creo que es hora de que nosotros hagamos lo mismo!»

Entramos en el recinto dando botes de alegría. El encuentro con Marianne me produce un autodesprecio profundo, pero mi negativa a la penetración vaginal y la confesión purificadora implican que, en términos de tecnicismo espiritual, no se ha producido infidelidad alguna. Sin embargo, decido que no volveré a comportarme como un golfo. Reprimo un bostezo desgarrador; me sentaría de miedo una buena siesta, pero me dejo llevar por el chute de energía de las entradas VIP y la evidente emoción de Amanda.

Hace el típico día de verano londinense, cálido, agradable y suave, y seguimos a la multitud y la música a Victoria Park. El cielo está claro y azul a pesar de la predicción de lluvias. En su ausencia, hay

poco que objetar a un festival: música en directo, chicas guapas y, si eliges bien, buenas vibraciones.

Por supuesto, no hemos elegido bien.

Big Tobacco tiene que salir para la sesión más muermo, la de la hora del té. Han programado su actuación justo después de la del último grupo de niñatos ricos impulsados por la *New Musical Express*. Vemos a esos mamones, que obviamente viven en la casa de sus padres en Camden, dando brincos para acabar con una imitación cliché de su colección de discos de mierda.

Amanda se aparta el pelo, con los ojos medio cerrados, y a mí me desconcierta un poco que esté disfrutando de esta ducha de orina. Constituye la primera señal de alarma que advierto desde que la conozco. «¿Qué opinas?», me suelta.

Que es el grupo de capullos con menos talento que jamás ha subido a un escenario...

«Un grupo interesante: el impulso del rock clásico de los Deep Purple pre-Blackmore más un toque del histrionismo experimental de los dos discos de Roxy Music con la influencia de Eno.»

«Sí... Estaba pensando en la misma línea», dice emocionada.

Y bendita sea. Esa sonrisa. Siento que mi perspectiva cambia: esos trozos de excremento, esos privilegiados sin huevos ni cerebro que no tienen nada que ofrecer al mundo salvo su estúpida autocomplacencia, se reconstituyen en mi percepción ávida de complacer a esta diosa como un grupo de resistentes que van en serio, troncooo... Lo que habría sido una ofensa vomitiva es ahora excentricidad entrañable. *El amor me está cambiando*...

El grupo termina su número con la respuesta ahogada de algunos zánganos de Camden pegados al escenario –tan pocos que no te darían problemas ni para que te sirvieran en la barra del Good Mixer– antes de largarse en tropel. Victoria Park empieza a llenarse un poquito con algunas caras de Hackney y Brixton a la espera de Big Tobacco, y veo que mi amor no aparta una mirada llena de gratitud de la estilosa banda dorada de su brazo y de la entrada VIP plastificada que cuelga de su maravilloso pecho, proporcionada por el mismísimo Stevie Hutchison de Leith. Verlo en el escenario es siempre una experiencia irreal; el hobbit atrofiado que se sentaba

enfrente de ti en Leith Academy, compartiendo contigo el terror cuando Nelly Hunter, Rab Rylance, el grupo de los Sutherland y, sobre todo, el puto Begbie, entre gritos ruidosos, barrían el aula con su mirada de depredador en busca de la próxima víctima.

Fue el traicionero Renton quien me convenció de que la única forma de salir del estatus permanente de presa era unirnos a aquella pandilla de delincuentes zumbados. Stevie llegó un poco tarde a la fiesta de energúmenos. De hecho, mi apoyo y el de Renton consiguieron evitar que la psique del enano roquero en ciernes quedara demasiado dañada para convertirse en músico. Así que ese cabrón está en deuda conmigo, pienso mientras deslizo agradecido el pase entre el pulgar y el índice.

Al fin sube al escenario con sus cuatro compañeros de grupo, y el único otro miembro escocés original de la formación es el mostrenco del bajo, un *jambo* de Drylaw. Yo, como siempre en estas ocasiones, examino el público en busca de un traidor pelirrojo. Es poco probable que sea tan estúpido como para venir hasta aquí, pero basta con que ceda una vez a la complacencia... Me quedo detrás de Amanda, la abrazo, siento su energía emocional recorriéndome. Soy como una máquina de amor cargando la batería hasta que llega el bis, momento en que nos separamos para bailar con su hit «Boy-Girl»; un remix bien aliñado de «Lola», de los Kinks, y «Jet Boy, Jet Girl», de Elton Motello. Bien jugado: el talento toma prestado, la genialidad roba.

Por el oeste llegan las plomizas nubes que nos habían prometido y no se habían presentado antes. Stevie suelta por el micrófono: «Somos Big Tobacco y os queremos» antes de escabullirse detrás del escenario.

Le doy un codazo a Amanda, señalando al cielo con un gesto para que hagamos lo mismo y disfrutemos del *rider* del camerino. Pasamos pavoneándonos ante un par de seguratas con mala cara, agitando las entradas y meneando las pulseras para mostrar las credenciales VIP. A continuación nos adentramos en una aldea de módulos prefabricados. El de Big Tobacco está concurrido y nos unimos a otros gorrones para arrasar con la abundancia de comida y bebida dispuesta sobre una mesa y almacenada por debajo. El único

miembro del grupo que veo es al mamón del bajista, el *jambo* de Drylaw, que recibe en silencio el halago de dos pavas. Me saluda con un gesto insidioso y mínimo de la cabeza que yo finjo no haber visto. Ganaron el último derbi, y estoy seguro de que está deseando sacarlo a colación. Pero mi filosofía ha sido y siempre será que, ganes, pierdas o empates, lo mejor es *no reconocer siquiera la existencia* de esa panda de imbéciles. Localizo a Stella, la novia de Stevie, un pibón al estilo «*groupie* con aspiraciones». La saludo y le presento a Amanda.

Stevie sale con una sudadera con capucha, secándose la frente con una toalla. Nos abraza primero a Stella, luego a mí. «¡Me alegro de verte, hermano! ¿Qué tal está tu madre?»

Respondo de modo positivo y observo que nuestro grado de intimidad impresiona que te cagas a Amanda. Stevie le sonríe y se presenta. «Hola, tú debes de ser Amanda. Soy un viejo colega de Simon.»

Las cosas como son: siempre ha sido educado. «Sí, soy yo», responde ella, con bastante timidez. ¡Está deslumbrada en presencia del puto Stevie Hutchison!

Sirvo ron añejo con Pepsi, que Stevie y las chicas beben con gratitud. Son un grupo de lo más variado, y eso por hablar solo del grupo. El guitarrista, un tal Rollo, es de una palidez vampírica, lleva el pelo negro de punta, viste de ese mismo color y apesta a jaco. Si alguien tuviese la descortesía de recordarle que ya está muerto, se desharía formando un montón de ceniza y se lo llevaría el viento. A lo mejor Stevie siempre necesita a alguien así en su vida. Muchos cantantes heterosexuales tienden a los excesos del rock and roll por poderes: disfrutan de la fachada de su compañero drogata y autodestructivo, normalmente el guitarrista, y eso les otorga una credibilidad indirecta. El *leprechaun* de Leith saca una papelina de *speed* y todos tomamos un poco. Amanda duda un instante, y luego, ante la cara insistente de Stella, me sonríe como pidiendo permiso.

«Depende de ti, cariño. Yo no me opongo.»

Amanda se humedece el dedo. «¡Un poquito no me hará daño!»

Mi amor está copiando el acento escocés; me maravilla y me avergüenza en igual medida. Siento un pinchazo en la vejiga y

decido ir a uno de los cagaderos portátiles para echar una buena meada. Una ratonera fétida de plástico verde pero, y esto es crucial, poco utilizada. Los pases VIP valen la pena, aunque solo sea por apartarle a uno de las hordas plebeyas.

Al volver, Amanda está charlando con el mamón del bajista *jambo*; mejor dicho, ella, que está espídica, no deja de hablar mientras él asiente en silencio.

Me pimplo otra sidra, me meto un poco más de *speed* y mi rango de visión menguante me dice que ya voy medio ciego. Los gorrones no tardan en cumplir con su función y nos quedamos a dos velas. Algunos van a oír al cabeza de cartel, una panda de gilipollas místicos tan secos que la *New Musical Express* no ha clavado solo uno sino dos clavos en su ataúd: el primero, la imagen de cubierta; el segundo, el tono estiradísimo, irónico y lamentable del artículo. Un puñado de nosotros se larga y deambula por las calles del East End durante un rato interminable, con el resentimiento crispado del colocón antes de encontrar una parada de taxis. Dos costrosos vehículos nos llevan a Camden, a casa de Stevie y Stella.

En ciertos aspectos, es un piso estupendo, con vistas al canal, pero es tan minúsculo como mi morada de Offord Road. Pues no es para tanto lo de ser estrella del pop, aunque, bueno, supongo que la ventaja de esta casa es la ubicación, ubicación, ubicación. Sin embargo, la decoración es una vergonzosa mezcla de chorradas pseudojipis de primera vivienda. La combinación de los dormitorios juveniles de Stevie y Stella es como para dejar patidifuso al mismísimo Terry Conran. «Me encanta lo que has hecho con el piso», le digo a Stevie, que está todo concentrado en liar un porro. ¡Ah, los irritantes rituales que los fumetas asocian a sus actividades ridículas de niño hetero suburbano!

«Ni te imaginas el alquiler de esta choza.»

«A propósito», intervengo, con un tono lleno de inocencia, «¿has sabido algo de Mark últimamente?»

No estoy seguro de cómo lo interpreta Stevie, pero su cara de póquer es buena. «Después de lo que ha hecho, dudo mucho que quiera volver a ponerse en contacto con alguien de Leith. Ni siquiera con su familia.»

«Bueno, si lo hace, dile que no le guardo rencor y que me llame. He pasado página», y miro con amor los rizos rubios de Amanda –con las raíces retocadas– para subrayar mis palabras y endulzar la mentirijilla.

Mi amor está en estado de euforia cuando tiro de ella para que se siente en el sofá. «¡No me puedo creer que estemos de fiesta con Big Tobacco en la casa de Stevie H.!»

En realidad, solo está con el cincuenta por ciento del grupo, la parte escocesa. El guitarrista yonqui y el lelo de la batería se han ido en busca de sus propias alegrías. Amanda y yo nos morreamos con pasión en un amoroso viaje por el subidón astral. Al abrir los ojos, veo al mostrenco de los Hearts mirándonos con ojos de buey muerto y la mandíbula suelta, como si lo hubiesen engañado. Qué estúpida creencia la de que por tocar unas cuerdas en un grupo de mierda caducado desde hace tiempo se tiene derecho a las mejores tías del concierto. *Non sotto il mio controllo, signor jambo*!

Cuando nos separamos, Amanda propone algo: «Quiero que conozcas a mi familia. O sea, no ahora mismo, pero pronto».

«Suena genial, mi soñadora Dolly Daydream.» *Es preciosa. Me alegro de no haberle follado el coño a la doncella Marianne. Hay que ser fuerte en el amor*.

«El problema es mi padre... Puede ser un gilipollas», explica, mosqueada por lo de siempre. «Quizá deberíamos ir a ver a tu familia primero. ¡Un viaje a Edimburgo!»

Solo puedo contestar con un «Sí...» poco entusiasta, pues imagino a mi mamá descorazonada, o todavía peor, a un papá disfrutando de su maldad, mencionando el aborto fantasma... Habrá que desplegar mucha estrategia. «Ahora mismo», le digo con un bostezo cuando la fatiga del trayecto supera al colocón de anfetamina, «creo que deberíamos irnos a dormir.»

Ella sonríe, se pone de pie y me ayuda a levantarme. Nos despedimos y salimos de un modo vertiginoso a la oscura y tórrida noche. No sé por qué he mencionado a Renton, ese hijoputa sin corazón, y, mientras los coches, aturdidos por los semáforos, se abren por Kentish Town Road, le paso a mi chica el brazo por los hombros y pienso: *Esa escoria traicionera nunca conocerá el amor*.

17. ROMANCE NEERLANDÉS

> La única vida es la energía y procede del cuerpo; y la razón es el límite, la circunferencia externa de la energía.
>
> WILLIAM BLAKE

Una noche, hace unas semanas, estaba Monique en mi casa. Estábamos en el sofá viendo una película en TNT. Tenía la cabeza apoyada en mi hombro. Un calor y un olor tan agradables como excitantes. «Sabes», dijo de repente, «creo que estoy un poco enamorada de ti.»

Me quedé sin palabras; me daba vueltas la cabeza. Me palpitaba la mandíbula. Y en el vientre sentía una extraña ligereza. Un escalofrío recorrió mi piel. Me esforcé por hablar. «Pues..., pues...»

«Chis...», me acalló. «Este es mi momento. Es pronto», alegó, mientras sus ojos repasaban el piso descuidado, «pero me gusta estar aquí contigo.»

«Deberías venirte a vivir aquí», le dije, demasiado rápido, demasiado desesperado, lamentable y ansioso por consolidar lo que había dicho, por tenerla solo para mí.

«Tendría sentido», dijo, «ahorraríamos con el alquiler.»

Bueno, esa primera persona del plural me sonó a música angelical, y yo estaba decidido a ahorrar pasta. Así que me pareció bien. Mi piso era mejor que el suyo. Más luminoso, más céntrico, con vistas al

canal. Sobre todo, no había compañero de piso ni de folleteo. Nos fuimos directos a la cama en un subidón de euforia y nos pegamos un buen revolcón. Luego se levantó para hacer su turno en el hotel.

Además de ese curro, Monique seguía trabajando a jornada completa en la empresa energética. Dando el callo sin parar para pagar algún día la fianza para el estudio y así seguir pintando y esculpiendo. Nunca he conocido a nadie con tanta inspiración ni entusiasmo.

Se mudó y mi armario pasó de tener el ochenta por ciento vacío a estar a punto de reventar en cuestión de unos minutos. Cuando se instaló, intenté pensar en cuál podría ser mi apuesta empresarial. Ni de coña iba a seguir trabajando mucho tiempo en la cocina del Doelen. Mi empleo allí sería finito por todo tipo de razones. Tenía que estar mordiéndome la lengua sin parar en presencia de Boris, porque el cabrón me tocaba los cojones que daba gusto. Había solicitado un trabajo de botones en la planta de arriba. Sin embargo, tenía otras cosas en mente.

Pensé en comprarme unos platos y buscarme la vida como DJ. Pero mis habilidades musicales eran nulas. Si bien muchos bajistas fracasados se han convertido en buenos DJ, yo tenía cero ritmo, cero sentido del compás. Tampoco sentía deseo alguno de entretener a la gente. Al principio, poner música mientras los demás están de fiesta sería estimulante, pero pronto acabaría resultando desmoralizador. Mi sitio estaba al otro lado de los platos. Así que no dejaba de darle vueltas a mi futuro, explorando todas las opciones, pero tenía claro que la cosa estaba en el mundo de la música *dance* y de los clubs.

También estaba pasando bastante tiempo con Arjan, sobre todo cuando Monique estaba en el hotel, o cuando ella quería salir sola, o, para ser más preciso, sin mí. O sea, seguramente con Ralf o Andy. Yo llevaba peor esa parte desde que vivíamos juntos y ella había utilizado la palabra amor. Pero no dejaba de repetirme: *Tranqui. Estás avanzando al hacerlo*.

Arjan era otra relación extraña. El agujero del techo de su casa ofrecía mucho tema de conversación. Daba acceso al ático, donde había instalado su dormitorio. Había situado una escalerilla debajo

para poder llegar hasta arriba. Lo tenía así por razones estratégicas. «Cuando llevas allí a una chica, es difícil que se vaya.»

No estaba de coña: había que tener cuidado y mantener el equilibrio de un modo precario desde el escalón más alto de la escalerilla. Requería mucho cuidado. Yo no podría ni de coña subirme ahí borracho ni bajar de resaca. «¿No es peligroso?», pregunté asomándome.

«Solo para las damas.»

Aparte de su colchón, el ático contenía más libros de los que yo había visto nunca, en inglés y en holandés, perfectamente colocados en estanterías y catalogados por orden alfabético según el nombre del autor. Anunciaban a gritos una profundidad que yo no lograba ver en él.

En las pocas ocasiones en las que sus caminos se cruzaban, Monique mostraba antipatía por Arjan. Eso me aliviaba, porque en discotecas y bares mostraba una actitud más coqueta con otros tíos. Por lo general, yo mantenía ambas esferas de mi vida separadas. A veces Arjan me recogía en el Doelen Hotel después del curro e insistía en que nos fuéramos a tomar una copa. Era un ave nocturna y conducía su Porsche a toda velocidad por las calles en torno al canal, sin prestar atención a ciclistas, peatones borrachos, otros coches ni policías que pudieran pasar cerca de nosotros. «Que les den. Si mueren, pues mueren.»

«¿Y nosotros?»

«Que nos den. Si morimos, pues morimos», decía apretando las mandíbulas y dando un volantazo por una callejuela. «Otros a quienes se la sude todo ocuparán nuestro lugar.»

«Que te den a ti. A mí me gusta estar aquí», protestaba yo, pegado al asiento y pensando en Monique, dándome cuenta de que era cierto. Que ella acabaría su turno en el hotel y quizá vendría con cruasanes de la panadería. O quizá estaría de fiesta hasta la madrugada, y después vendría hasta nuestra cama y me envolvería con su cuerpo.

El viernes por la tarde, al final de mi turno, Arjan aparece en la parte de atrás del edificio exigiendo verme. No viene con el Porsche, sino en un coche hecho polvo. «¿Qué le ha pasado al carro guapo?»

«El puto concesionario me lo ha quitado porque he dejado de pagar las cuotas.»

«Normal.»

«Conseguiré otro. Este montón de mierda me bastará hasta que pueda llegar a un acuerdo con algún imbécil de otro concesionario. Los cabrones de mis padres han dejado de apoquinar porque paso de ir a esa cutrez de universidad», y me mira. Yo llevo el uniforme de trabajo y estoy plantado en la puerta trasera. «Ahora tendré que robar o trabajar en algún sitio como este.» Mira el Doelen con desdén. «Pero tú eres ladrón. Puedes ayudarme.»

«¿Qué?», es lo único que puedo decir. No tanto por incredulidad como porque me siento culpable y me han pillado. No hay ladrón más ruin que el que roba a sus colegas.

«Se te ve en los ojos. Se mueven como si necesitaras verlo todo.»

Me dispongo a protestar cuando sale Boris. «¡Vuelve al trabajo!»

«Vale», le digo a Arjan, «hablamos después.»

«¿Este quién es?» Boris se queda mirándolo.

«Este es mi, em..., amigo...»

«Que te den, hijoputa», grita Arjan. Intercambian una buena descarga de insultos en holandés. Arjan le saca el dedo corazón a Boris, al más puro estilo de película estadounidense, y luego se sube al coche. Chirría al arrancar, quemando neumático.

«¡Ponte a trabajar y no vuelvas a traer drogatas por aquí!», grita Boris, y su cuello de pavo se bambolea. Un par de ayudantes de cocina se asoman para ver la disputa. «¡Volved al trabajo! ¡Todos! *Klootzakken!* ¡Gilipollas!»

Obedezco. Lo único que me impide darme el piro de inmediato es que no hay suficiente jaleo como para meter a ese capullo en un marronazo. Y que mi solicitud para trabajar de botones sigue pendiente. Elegiré el momento. Elegir el momento lo es todo. «Por supuesto», sonrío, pensando que pronto estaré en brazos de Monique.

18. LOS IMPOSTORES

¡Salve, ignorancia, reina majestuosa,
de porte enigmático, oscura y poderosa!
No eres hija de la advenediza claridad,
sino de la antigua casa de la oscuridad.

MARY SHELLEY

Antes esto era un pub chungo, ahora es más bien un restaurante. Un espacio luminoso y acogedor, sin duda, con mesas grandes y agradables. El sol de otoño de fuera no es muy cálido, pero aquí dentro es otra cosa cuando se cuela por las grandes ventanas. Me quito la chaqueta y la cuelgo en el respaldo de la silla. Se te olvida que estás en Leith. Te sirven estudiantes, hay un menú decente. El resto de la gente que hay aquí, bueno, no es de Leith. Pero están más relajados, son más de este sitio en particular que la mayoría de los curtidos parroquianos de pura cepa de sitios como el Marksman, Cenny, Tam O'Shanter, Wilkies o The Vine.

Los impostores aquí somos nosotros.

Lo primero que te dices a ti misma es: *¿De dónde ha sacado el dinero*? Luego te das cuenta de que la pregunta aflora tanto en tu cara que estás formulándola de verdad. Te fijas en su expresión: te está rogando que no verbalices el pensamiento. Y decides que no quieres saberlo. Sí, no viene de nada bueno y habrá algún tipo de

represalia; es inevitable. Pero aquí mismo, en este momento, necesitas creer otra cosa.

Básicamente, que tu suerte ha cambiado de golpe.

Que no todo gira en torno a los recién llegados, a sus pisos reformados, a sus nuevos pubs que sirven comida de verdad aunque a qué precio.

Que de algún modo la pareja que sois, una chica y un chico oriundos del puerto, también pertenecéis a este lugar. Que no tendréis que iros a un barrio de la periferia o a una ciudad nueva sin trabajo ni tiendas en cuanto los alquileres y los precios de la vivienda alcancen cierto nivel.

Que todo es una cuestión de suerte.

Cuando no lo es en absoluto.

Quieres creer que la maldad de la vida no volverá a tocarte. Y sí, en este momento parece hallarse muy lejos, mientras estás aquí sentada en este acogedor bar-restaurante, y Danny... Spud está frente a mí, con una camisa limpia y el pelo engominado, salvo por ese irritante mechón que siempre se le levanta, diciéndole a la camarera: «Pienso zamparme algo con sir Francis... Bacon. Aunque no debería comer carne...».

Tú miras el menú y todo está bien.

«Joe Tortolano le dio una buena a Gordon Strachan anoche... En donde los Hibs... El pavo ese debería ver a través del espectro...»

Nada puede tocarte. Estás tan a salvo que el concepto de peligro resulta absurdo. Durante un tiempo, vuelves a ser esa chica: la que siempre sale airosa. Te esfuerzas tanto por agarrarte a ese pensamiento que te cuesta creer que todo esto no es más que un interludio, un pequeño respiro, de quien eres de verdad.

Entonces ocurre algo que te lo recuerda. Luego otra cosa más.

Ya no soy la niña delgada y perfecta con la chaqueta pija de ribetes. A la que le iba bien en los exámenes, la que iría a la universidad. Eso fue antes de que mamá enfermara. Antes de que él entrara en mi vida. Antes de que el caballo entrara en mi vida. Tampoco es que él no se quedara conmigo, fue más bien que nunca estuvo ahí. Nunca ha estado en la vida de nadie.

Pobre Lesley. La cría que tuvieron no duró mucho. Y eso casi la

mata.

Dawn.

Sí, Lesley casi se muere, y yo soy igual que ella. Una yonqui. Ese gran horror infranqueable que amplifica los miles de humillaciones diarias que vienen de no tener nada. Un lugar donde pronto te ves distinta. Una perdedora. Una víctima. Ahora piensas: esta soy yo dándome un descanso de mi piso de mierda. La persona a la que le pasan cosas malas. Esta soy yo. Alison Lozinska. Una yonqui.

Mi vida de yonqui con mi novio yonqui.

Spud también está limpio ahora y su sonrisa tiene un toque de zumbado; ese cambio de energía en él anuncia que pronto volverá a pincharse. Y probablemente eso es lo que me merezco. Vivo esta pesadilla porque es lo que soy.

¡PARA!

Ahora no. Una pausa corta en un sitio agradable. Con comida buena. *Un caprichito*.

Pero ahora, al mirar su cara sonriente mientras me llena la copa de vino blanco, pienso: quizá las cosas sean distintas esta vez. Quizá *mi suerte haya cambiado*.

A ver cuánto tiempo puedo mantener este pensamiento.

19. EL TEST

Ella lo atraía más de lo que él deseaba.

JANE AUSTEN

La franja rosa de positivo. Aparece en la prueba de embarazo por tercera vez. Ahora Amanda Genevieve Coningsby está... Bueno, *esperando un hijo* parece un concepto un poco ridículo, pero sin duda la ha fertilizado el esperma de Simon David Williamson. Un hombre al que, en algunos sentidos, apenas conoce, pero al que apenas conoce con una intimidad psicológica y física de una intensidad salvaje, incluso antes de que quede confirmado este último giro en la breve pero incendiaria historia que comparten.

Amanda, que tiembla por el frío invernal en el asiento del cuarto de baño que hay bajo la gran escalera de Cantley Lodge, está desesperada por hablar con Simon. Dejando de lado todo lo demás, lo que desea es la confirmación de que se encuentra bien. Ella, que está en casa de sus padres para pasar la Navidad, ha oído la alarmante noticia de que un avión ha caído sobre una ciudad de la frontera escocesa. Amanda sabe que Simon se ha quedado en Islington; van a Edimburgo juntos para Año Nuevo después de la tortura de pasar separados las vacaciones del año pasado, cuando su amor estaba empezando a cuajar. Sin embargo, tiene la cabeza inundada de imágenes suyas en una mesa de autopsia en el

depósito de cadáveres, debajo de un avión o aplastado con su Lambretta, víctima de un accidente de tráfico.

Y, si está en el mundo de los vivos, ¿se quedará a su lado o alzará las manos al cielo espantado antes de marcharse para siempre? Independientemente de la reacción de él, la experiencia le ha enseñado a Amanda que tiene que tratar la situación con cuidado. El breve embarazo con Gregory, su exnovio del primer año de universidad, fue un error absoluto y sus malas decisiones no hicieron más que agravar la cuestión. Fuera de sus casillas, le contó el secreto a su madre. Julia Coningsby, que solía mostrarse tranquila y mesurada, sorprendió a Amanda al perder los papeles e ir derecha a contárselo a su padre. Godfrey reaccionó de un modo más predecible, pues casi tocó el techo de tanto saltar para dar efecto a su diatriba. Luego cogió el teléfono y amenazó al pobre Gregory, que no sabía nada del embarazo, mortificándola por partida doble.

Cuando al fin las cosas se calmaron, acudieron a un médico de Harley Street para que llevara a cabo el procedimiento de interrupción. Entonces, la idea de vivir todo aquello había aterrado a Amanda, pero resultó ser bastante fácil. Estaba embarazada y luego no lo estaba, y nunca se paró a pensar en lo que crecía en su interior en términos de *bebé*. Aquello había sido hacía dos años. Y ahora había cometido otro error y maldecía su propio descuido. Su padre, que ya había difundido su rancio discurso sobre «las chicas barriobajeras con más sentido y moral más firme», se volvería loco de remate. Pero, más que su rabia, Amanda temía provocar en Godfrey una resignación descompuesta. Que él la diera por perdida de esa manera parecía generar una devastación culpable mayor que si solo la odiara.

Tiene que contárselo a Simon de inmediato. Pero ¿cómo va a reaccionar él? No han hablado jamás de esa posibilidad. A pesar de que se le había acabado la píldora que tenía recetada, esa noche habían hecho el amor varias veces, pues ambos habían supuesto que el principio activo seguiría en su sistema. Que no pasaba nada por un día. Aunque, desde el punto de vista racional, Amanda reconocía que aquello era dudoso, había incitado buena parte de los actos. Era, como mínimo, tan culpable como él.

Se levanta y mete las tiras del test en el bolso. En la cocina, su madre está sentada en una banqueta y habla por teléfono. «Sí, Godfrey está en Bruselas. OPC», ríe Julia Coningsby con amargura mientras mira a su hija mayor y pone los ojos en blanco.

Amanda aprieta el vientre contra la encimera de granito. Sabe que las siglas significan *Otra Puñetera Conferencia*, la abreviatura que usan.

Julia vuelve a colocar el teléfono en la horquilla. «Cynthia Birbeck», dice, como si el nombre significara algo para Amanda. «Sí, papá se queda una noche más en Bruselas y me deja a mí por así decirlo en la estacada. De verdad que me vendría bien un poco de ayuda para las compras de Navidad. Justo ahora iba al establo a recoger a Natalie: lo mismo monto un rato. Ven conmigo», le ordena su madre en ese tono despreocupado y mandón que la caracteriza. «Así me haces compañía.»

Salen por el salón, donde un gran abeto envuelto de espumillón y bolas de Navidad brilla a la izquierda de la chimenea. Julia lo mira con nostalgia. «Al menos estarás aquí por Navidad, antes de viajar al norte para Año Nuevo. Qué horror lo del avión.»

«*Hogmanay*. En Escocia el Año Nuevo se dice *Hogmanay*.»

«Claro», observa Julia, mientras cruzan el vestíbulo, donde se ponen las chaquetas acolchadas para salir al frío cortante.

Suben al Land Rover aparcado enfrente y se dirigen a Tall Oaks, al borde de Richmond Park, donde tanto Julia como Natalie tienen estabulados a sus caballos.

Julia Coningsby es una jinete de concurso experimentada y monta a Molly, su yegua castaña, con bastante aplomo. Al ver a su madre realizando saltos sin esfuerzo en el frío penetrante de la pista cubierta, a Amanda le parece que Julia realmente cobra vida cuando va a caballo. Vivía el momento, existía en la pureza de la simbiosis que disfrutaba con el animal. Con una expresión de relajación concentrada en el rostro, convence, anima e incita a la yegua, que relincha con un bufido de dragón, a brillar en su actuación conjunta.

La propensión de Amanda por los deportes ecuestres quedó diezmada por la intransigente aparición de sus hormonas fiesteras. Más que el embarazo adolescente, el aborto, el consumo de drogas

o el estatus de estudiante que abandona la universidad, le daba la impresión de que esa era la mayor decepción que había sufrido su madre con ella. Su hermana Natalie, casi una década menor, seguía manteniendo las ambiciones ecuestres en el centro de su vida. Amanda se preguntaba si continuaría así cuando se manifestara la pubertad, y si Natalie ofrecería una mayor resistencia que ella a sus facetas más turbulentas. Al mirar a su hermana menor a lomos de Constance, una lipizana menuda, blanca y brillante, Amanda se siente movida a darse una palmadita en el vientre. ¿Y si tiene una hija? ¿Montarían juntas, limpiarían cuadras, participarían en charlas de establo con entrenadores y otros aficionados a los caballos? ¿De qué otro modo iban a crear vínculos? ¿Con la ropa? Al ver a Julia saltar una valla y a la poderosa yegua lanzando de una coz un misil de barro cerca de ella, le cuesta imaginarse como madre, pero una hija encajaría mejor que un hijo. Natalie no consigue saltar la valla; la pata trasera derecha de Constance –cuya tendencia a arrastrarla suele ser su punto débiltoca la barrera y la hace caer al suelo. Amanda se da cuenta de que Natalie arruga la cara bajo el casco de equitación. Su madre se mantiene tiesa e imperiosa.

Un segundo aborto parece inevitable. Duda mucho que Simon sea el tipo de hombre dispuesto a sentar la cabeza.

Cuando Julia y Natalie terminan y dejan al mozo de cuadra cepillando y estabulando a Molly y Constance, van de compras a Richmond. Al ver un jersey de cachemir que le sentaría bien a su novio, la hija mayor de los Coningsby, distraída, vuelve a deliberar sobre cómo reaccionará Simon. Para cuando vuelven a Cantley Lodge, lo único que siente crecer en su interior es un terror tan pesado como el plomo.

EL MENTOR 3

Era poco habitual que Jessica Reece bebiera más de dos gin-tonics. Argüía que el consumo de alcohol de su escurridizo marido bastaba y sobraba para los dos. Pero un día, a la hora de comer, acabó metida en el Anchor Bar con su hermana mayor, Marjory, y dos amigas, Helen y Glenda, para ponerse al día. Disfrutaban de la compañía mientras corrían las bebidas, y la tarde relajada se transformó en un ruidoso anochecer.

Las otras estaban demasiado borrachas para percibir que se apoderaba de Jessie cierta melancolía. La generaba la presencia de Davey Copeland, un marino compañero de su marido que había entrado en el bar con una sonrisa leve y contenida, señal de un secreto que solo él comprendía.

Mientras observaba a Davey pidiéndose una copa, Jessica recordó aquel día en que su marido se había subido a un barco. La cosa no tenía nada de inusual. Pero aquella vez, al terminar su contrato, Eddie no volvió a casa, y Jessie llevaba años sin saber de él. A veces lo extrañaba. En otras ocasiones lo maldecía. Aquel hombre había hecho cosas con ella, por ella, para ella, en el dormitorio y en otros lugares, y ella sabía que no valía la pena intentar repetirlas con otro ser humano. Por lo general empezaba de un modo abiertamente carnal, pero pronto cruzaba a un profundo territorio metafísico y espiritual. Cuando Eddie Reece hacía el amor a una mujer, aparecían todas sus anteriores encarnaciones –humano, animal, insecto, Dios–. En su rostro, veía las sonrisas de varios ladrones de corazones de distintas épocas. Y, asomada a las ventanas de los ojos de su marido, Jessie sentía no solo las otras versiones de sí misma que reprimía en la vida diaria, sino la manifestación cósmica de sus propias experiencias pasadas, que surgían eufóricas a través de su cuerpo.

Luego él desapareció.

Esta vez, al parecer, para siempre.

Sí, lo maldecía.

Pero sobre todo se castigaba a sí misma: era una debilidad por su parte no superar a Eddie Reece. Así que, en esa ocasión, las circunstancias dominaron a Jessie, por lo general circunspecta, y la empujaron a ponerse en pie y acercarse a Davey. «¿Lo has visto?», le imploró. «¿Sigue en Monty?»

Con el campo visual restringido por el alcohol, la proximidad de Jessie provocó en Davey Copeland una especie de facsímil de sobriedad. Davey no era de los que delataban a un camarada, pues cumplía con la regla de oro del oficio marítimo que después robó Las Vegas, la que dice que lo que ocurre en el mar se queda en el mar. Estaba mal visto sacar el tema delante de la gente, aunque fuesen las esposas.

En efecto, Davey se había cruzado varias veces con Eddie a lo largo de los años. Una vez en Manila, aunque por lo general en el Bar Fun Fun, uno de sus lugares favoritos de Montevideo. Pero incluso después de pimplarse suficiente cerveza y chupitos como para botar una flotilla de barcos mercantes, como acostumbraban, Eddie se mostraba más enigmático que nunca sobre sus circunstancias personales.

Habían pasado un par de años desde la última vez que Davey Copeland se había cruzado con esa cara arrugada y cenicienta que tan bien conocía. Corría el rumor de que Eddie se había marchado de Monty. Había sido Micky Gardiner, otro lobo de mar, quien le había contado a Davey dónde se había encontrado con su viejo amigo. Pero ahora, en este bar de Granton, Davey temblaba por el *delirium tremens* después de una sesión loca en Leith la noche anterior. Al mirar a esta mujer descorazonada, que sin duda seguía queriendo a su hombre, notó que se le tensaba un nervio del cuello. De repente tomó conciencia de sus manos grasientas, de la suciedad compactada bajo sus uñas y de que no había bebido suficiente para contener la debilidad y el sentimentalismo. Sintió lástima de Jessie. No podía mirarla a los ojos y mentir. La verdad brotó de él en forma de tartamudeo convulso y nervioso. Por lo que sabía, Eddie estaba viviendo en Shanghái con su tercera familia. Davey creía que seguía trabajando en barcos, pero los había limitado a aguas y rutas comerciales de la China comunista.

Jessie emitió un extraño sollozo de alegría y dolor. Le dio las gracias a Davey, que invitó a las mujeres a una ronda antes de escabullirse. Una idea poco

probable (dada la historia de Eddie) asaltó a Jessie, que se aferró a ella: su marido era prisionero del régimen totalitario de China. No era una idea que quisiera poner a prueba visitando la embajada británica para averiguar su situación y sus derechos reales, pero la soltaba alegremente como discurso apaciguador por el norte de Edimburgo.

Así, el mito de Eddie Reece creció y creció.

Desde su propio domicilio en el puerto de Ámsterdam, Mark Renton a veces pensaba en los supuestos apuros de Eddie. Lo cual siempre traía la imagen de su mentor penetrando el angosto orificio de una persona china. Por lo general, cuando él mismo ampliaba sus propios horizontes sexuales con su enamorada holandesa. Pensaba que a su viejo gurú le parecería bien. Simon Williamson, quien también llevaba una vida doméstica con su novia, aunque estaba en el norte de Londres, se mostraba menos inclinado a pensar en Eddie Reece.

Pero Jessie, sola en el norte de Edimburgo ahora que sus dos hijos se habían ido de casa, estaba convencida de que algún día Eddie volvería a su lado.

Cortejo

20. BILLETES DE TREN

Calmé sus miedos, quedó tranquila,
y le hablé de amor con orgullo virginal;
de esta forma me gané a mi Genevieve,
mi refulgente novia celestial.

SAMUEL TAYLOR COLERIDGE

La estación es un hervidero de ruidos y gente. Viajeros envarados estiran el cuello para mirar el gigantesco panel de salidas mientras esperan, nerviosos, que se anuncie su decepción personal. Por encima del sonido atronador de los andenes, un silbido penetrante anuncia tanto los trenes que cambian de vía para salir como los chirridos de las ruedas al frenar sobre los raíles. Mientras tanto, Sick Boy y Amanda embarcan rumbo a Edimburgo y encuentran sus asientos reservados, por fortuna libres.

Obligado a ceder a la inevitabilidad de presentarle lo que para él eran las dudosas alegrías de Scotia, Sick Boy había comprado dos billetes de tren. Su solvencia festiva era cortesía de una propina prenavideña del dentudo especialista en carreras Cyril Johns, «el Ardilla», y de Tony Mockridge, que había compartido la información de que Love the Feeling triunfaría a pesar de que las apuestas le daban 12 a 1. Sick Boy se había sacado lo que consideraba un buen pellizco de la apuesta de Chepstow, aunque no era nada comparado con lo que había ganado Mocksey. Tener que aguantar el coro de

«Muy buena, Cyril» o «*Love the feeling*, me encanta la sensación...» en la tienda todo el día fue un precio pequeño que pagar. Sobre todo porque, con la euforia, su jefe le había dado más tiempo de vacaciones.

Sick Boy también tiró la casa por la ventana comprándose un abrigo de la marca Fendi hecho en Italia con piel poco común (cree que de conejo), de corte holgado, terciopelo reversible y un solo botón. Iría deslumbrante y además serviría para mantener a raya los fríos caledonios. Lo cuelga del gancho que sobresale del lado del asiento de Amanda y admira la prenda.

Al final de la vía, en «la tierra de los leales», como dice la canción escocesa, lo espera un posible campo de minas. A Sick Boy le preocupa que, a pesar de sus llamadas telefónicas suplicándole a su madre que no mencione el aborto inexistente de Amanda –«No digas nada, está hecha polvo»–, la matriarca italiana sea incapaz de resistirse y manifieste su comprensión y su horror por la trágica pérdida de *il bambino*.

O mi hermana mayor borracha. O mi hermana pequeña puesta de éxtasis. O, todavía peor, el cabrón insidioso y malvado de mi viejo...

Amanda, con el pelo recogido, ataviada con una chaqueta bómber desteñida, bufanda y guantes amarillos y unos vaqueros azules metidos por dentro de unas botas altas, parece presa de una extraña inquietud; la intensidad con la que le agarra el brazo durante el viaje de una parada en metro de Highbury & Islington a King's Cross sorprende a Sick Boy.

Acaban sentados enfrente de Kevin y Trina, una pareja de sordomudos con los que beben latas de cerveza. Cada pareja se comunica con la otra mediante un cuaderno. Sick Boy observa a sus compañeros de viaje con hipoacusia y un pensamiento lo asalta: *¿Cómo lo harán para saber si el otro ha tenido un orgasmo?* Resiste la tentación de preguntar por escrito.

La ansiedad de Sick Boy se manifiesta en el ritmo con el que bebe. En cambio, Amanda apenas toca su cerveza. Pero el viaje es feliz y relajante, suavizado por el ritmo paliativo del tren, que Sick Boy pronto siente fundido con sus ingles. Para cuando Kevin y Trina se apean en York, está cachondísimo y mira con urgencia a Amanda,

mientras señala con la cabeza los baños. «Nena, tengo tantas ganas de ti...»

«¿Tú crees...?» Ella baja la voz, mirando el concurrido vagón.

«Sí...», ruega con los ojos muy abiertos.

Amanda alza una ceja y se dirige al servicio. Él la sigue de cerca. El espacio es limitado, pero, excitados por el punto transgresivo, se ajustan gustosos y disfrutan de acoplar las idas y venidas con el movimiento del tren que corre por la vía.

Nuestro vehículo entra y se desliza suavemente por la vía en un movimiento largo y erótico, luego nos asesta un sonoro revés. Amanda y yo nos movemos a su ritmo, giramos como las ruedas, vibrando igual que las vías y los coches cama, fluyendo con nuestro propio movimiento, con un latido iniciado por fuerzas celestiales...

... Está a punto de correrse, como yo; de sus ojos brota una fuerza divina, translúcida... Las vías traquetean con un poder repentino..., el eco transgresor y estruendoso... La musculatura de jinete de sus paredes vaginales me rodea la polla cual dedos hábiles tocando la flauta, exaltándome con una dulce melodía... El arrobo nos persigue..., los latidos sobrenaturales de las vías de este puto país triste y posindustrial, vendido a chanchulleros y especuladores, reducido a las banalidades más vulgares y embrutecedoras. Sin embargo, desde este terreno baldío e inhóspito, forjamos y habitamos una zona amorosa, inundada de sentidos..., la victoria que nos merecemos...

... Porque somos los amantes de los prados, los bosques y las montañas junto a los que pasa nuestro tren, del mar que ruge más abajo, de los acantilados escarpados a los que abraza y de la tierra que subyace a todo... Por desoladora y sórdida que sea la vida ahí fuera, nuestro amor se mantiene fuerte...

... Aaahhh... Jodeeer...

Satisfechos del polvo, vuelven cojeando a sus asientos. Sick Boy siente un desprecio agradable ante la mirada maliciosa y llena de envidia de un vendedor estresado y relleno enfundado en un traje que, inclinado sobre unos documentos, suda como un queso viejo en el vagón climatizado.

Nunca harás el amor. Lo más seguro es que no tengas ni treinta

años y todos los polvos decentes de tu vida –y supongo que en total no son muchos– ya son historia.

Renton. En otro mundo, uno en el que no me conoce, él es este tío. No solo me robó el dinero. Me arrebató la vida. La vitalidad. El deseo de ser bueno.

Mientras dejan atrás Berwick y cruzan la frontera, Amanda se queda ensimismada con la línea costera y va girando la cabeza unos pocos grados a medida que las cosas pasan a toda velocidad por su línea de visión. Sick Boy suelta un exuberante bostezo y se recuesta para disfrutar de ese tramo del viaje.

Me encanta Londres y disto mucho de ser un escocés patriótico, pero, en términos paisajísticos crudos, Albión es un váter aburrido y costroso comparado con Caledonia.

Ya está.

Hecho.

Vena nacionalista desahogada.

Amanda siente que las palabras crecen en su interior, impetuosas y temibles, a punto de estallar. Los abundantes ensayos se vuelven irrelevantes; decide que va a soltarlo y afrontar las consecuencias. Se inclina hacia la oreja de él y susurra en tono neutro: «Estoy embarazada, Simon», y espera la reacción, preparada tanto para la confusión como para la hostilidad.

La respuesta la sorprende.

Sick Boy ya ha estado en esta tesitura dos veces. Había decidido que si ocurría por tercera vez se adelantaría a los acontecimientos. Con una chica pobre su respuesta inmediata habría sido (al menos antes de la reciente y devastadora llegada de los test de ADN en disputas de paternidad): i*No puede ser mío! ¡Voy a sacarme de la manga a cien colegas que digan que han follado contigo!* Pero, con una *innamorata* rica, la circunstancia le ofrece la oportunidad para la que se ha estado preparando toda su vida. Y no va a dejarla escapar, sobre todo porque le viene de perlas para lo de su madre: es la carta que te saca de la cárcel en el Monopoly. Aprieta las manos de Amanda entre las suyas y deja que las lágrimas sangren de sus ojos. «¡Cariño, qué maraviiilla!»

«Bueno, sí, yo..., tú...», Amanda jadea y pone los ojos como

platos. «¿No te importa?»

«¿Importarme? ¡¿Importarme a mí?! Cuando tú y yo hacemos el amor es exquisito y ahora vamos a tener un bebé precioso», suelta Sick Boy con una admiración que es falsa solo a medias. Ha alzado la voz y algunos pasajeros cercanos fingen no oírlo. ¡Puede que comprara aquel anillo *por una razón*! ¡Sí, quizá había deseado poner en marcha esa vida!

De repente se imagina en el porche de Cantley Lodge un sofocante día de verano viendo correr el sereno Támesis. Al pensar en el padre de Amanda, el capullo de Godfrey Coningsby, Sick Boy decide disfrutar de la justa contra el pomposo funcionario del Ministerio del Interior, armado como está con el nuevo dato.

Voy a destrozar a ese cabronazo si me toca los cojones.

La ensoñación en la que ha caído Amanda desde que conoce a Simon David Williamson se ha intensificado profundamente. Siente los pulmones rígidos, parece imposible que estén admitiendo aire. Hasta ese momento, la vaga idea de que algún día experimentaría la maternidad había sido fruto de la emoción y el romanticismo, nunca algo realista, circunstancia que conduce a una innegable toma de conciencia. Forzando un toque de precaución, se acerca más a él. «¿Crees que estamos preparados? ¡No me importa admitir que estoy bastante asustada!»

«El amor no viene en prácticos envoltorios», proclama Sick Boy con pomposa euforia. «Aquí es donde nos deshacemos del libro de reglas. Estas cosas se hacen por pasión o no se hacen. ¿Planes para tener familia? ¿Planes para casarse? ¡Y una mierda! El amor no se planea. ¡El amor te arrastra!»

Amanda arde por dentro. Este hombre es la antítesis de su padre, ese estirado con cara de póquer que vive según los números. ¡Este italoescocés despreocupado es el espíritu independiente por antonomasia, el compañero de vida que siempre ha querido!

Sus ojos se dilatan todavía más cuando Sick Boy vuelve a levantarse de su asiento, pero para ponerse de rodillas en el pasillo. Los dos borrachos de la mesa que hay al otro lado del pasillo los miran con curiosidad. «Amanda Genevieve Coningsby, nos conocemos desde hace poco y al mismo tiempo desde hace varias

vidas, como solo pueden conocerse las almas gemelas. Me apasiona que seas la mujer que va a tener a mi hijo, pero todavía más me apasiona que seas mi mujer. Lo eres. Y lo sé porque yo soy tu hombre. ¿Quieres casarte conmigo?», y saca el anillo de compromiso con diamante que compró en la joyería Samuel's.

Amanda lo mira con descrédito. «Pues claro... Ahí va...» Lo mira. «¿Cómo has...? ¿Lo tenías...? ¡Qué locura, pero sí! ¡Sí! ¡Sí! ¡Sí!»

Simon «Sick Boy» Williamson le pone el anillo en el dedo, sintiendo un breve escalofrío de disgusto al entregar quinientas libras en oro y piedras preciosas a otra persona. *Especular para acumular*, se corrige mentalmente, viéndose a sí mismo ataviado con un traje de tweed marca House of Bruar de los que te ponen el supremacismo por las nubes mientras agita su brandy en una copa tamaño pecera frente a la chimenea encendida del salón de Cantley Lodge.

Es dinero. Es la llave de todo.

«¡Qué bien! ¡Enhorabuena!», grita uno de los hombres de la otra punta del pasillo levantándoles el pulgar. Incluso el hinchado vendedor esboza una delgada sonrisa antes de, según cree Sick Boy, sopesar su vida inútil y medio desprovista de sexo.

Cepillarse a una mujer que no está cañón es peor que el celibato.

Aunque se acercan rápido a Edimburgo, Sick Boy no puede reprimir un impulso celebratorio y se va al vagón restaurante. El champán que tienen allí suele estar reservado para el comedor, pero, dadas las circunstancias, le venden encantados una botella. Al volver, vacía su contenido en una serie de vasos de plástico y los reparte entre los dos hombres agradecidos. El vendedor gordo declina el ofrecimiento y la disonancia cognitiva lo hace bambolearse. Amanda se limita a dar un sorbito, pensando en su estado, mientras Sick Boy toma su teléfono móvil y le guiña un ojo. Se dirige al espacio entre los dos vagones, cierra de un portazo con un sonido de succión y llama a su madre.

«Simon..., no hay buena cobertura.»

«Sí. Un móvil. En el tren. Así que escucha: te engañé pero bien con lo de que ella había perdido al crío, ¿verdad?»

«¿Qué...?»

«Amanda. Está pero que muy embarazada.»

«Simon, ¿por qué ibas a hacer...? ¿Por qué ibas a decir algo así?»

«Bueno, para ser sincero, la cosa me impresionó mucho y no las tenía todas conmigo. Pero tú lo eres todo para mí, y sé que tienes muchas ganas de tener un nieto...»

El teléfono se corta. A Sick Boy se le cierra la boca del estómago con una nauseabunda frustración, y vuelve a marcar.

«Simon..., ¿dónde estás...?»

«¡Escucha! Lo cierto es que me parecía que era muy pronto y quería librarme de él. Por favor, por favor, no le digas nada a la pobre Amanda de todo esto; está tan contenta...»

«¡Por Dios! ¡No! Sabes que está mal asesinar a un...»

Se meten en un túnel y la señal vuelve a cortarse. Sick Boy respira hondo, espera que la luz explote a su alrededor. Vuelve a marcar.

«Simon..., ¿has oído lo que he dicho del asesinato...?»

«Los tiempos han cambiado, mamá», suelta Sick Boy con urgencia. «El menda del cielo nos dio el cerebro para crear tecnología que garantizase los derechos de las mujeres. Nadie puede dudar de mis credenciales católicas, pero, en fin, que le den por culo al papa...»

«¡Simon!»

«No pienso disculparme. Los curas y el santo papa tienen que ponerse al día respecto a las libertades de las tías, *mater*», y rellena el silencio causado por el estupor. «Teología de la liberación: los latinoamericanos nos dan mil vueltas. Pero todo eso ahora mismo es un rollo académico. Hemos decidido quedarnos con el crío.»

«No lo entiendes, pedazo de bobo...», empieza a decir ella, antes de que, como él esperaba, el *bambino power* haga mella y cortocircuite su ira. «¡Un bebé! ¡Vamos a tener un bebé! ¡No me lo puedo creer! *Un bellissimo bambino*!»

«¡Así es! Un *bambino* precioso», anuncia Sick Boy. «¡Te paso a Amanda! Acuérdate de lo que te he dicho.» Abre la puerta del vagón, entra de un salto y le pasa el teléfono a su emocionada prometida. «¡Le he contado lo del bebé! ¡Cuéntale tú las otras novedades!»

Amanda coge el teléfono. «Hola, señora Williamson... ¡Sí, sí, así

es! ¡Y nos hemos prometido! ¡Simon acaba de declararse! ¡Aquí mismo, en el tren!»

Sick Boy se vuelve hacia su reflejo en la ventana, subrayado al pasar por la oscuridad del túnel de Penmanshiel, y lanza un puño al aire.

Gracias a ese paso subterráneo, la llamada concluye prematuramente. Mientras avanzan hacia Edimburgo, Simon David Williamson y Amanda Genevieve Coningsby tienen un subidón brutal. Él se vuelve hacia su futura esposa con un vaso de plástico lleno de champán. «¿Cómo vamos a llamarla? ¡Solo nombres de niñas pijas! ¡Propongo que Genevieve esté entre los candidatos!»

«Por Dios, cariño, no...», gruñe Amanda a pesar de la euforia.

21. CHEQUERS

> Para tener valor moral, una acción debe realizarse por deber.
>
> IMMANUEL KANT

Godfrey Coningsby no está del mejor humor para la que será su tercera visita a Chequers. Es ese tiempo muerto entre Navidad y Año Nuevo, y la primera ministra ha convocado una reunión de emergencia por lo del avión de Lockerbie y sus repercusiones en el ámbito de la seguridad. Además, para su desazón, Genevieve ha acompañado al misterioso escocés con el que sale allí arriba para pasar el Año Nuevo.

Le mortifica que este noviete no sea de Grandchester, Lewis and Gorst Personnel, la agencia que dirigen sus compañeros de universidad y en la que tuvo que mover hilos para que le dieran un puesto a la inútil de su hija. Su pretendiente tampoco parece ser de la zona de Highgate, donde ella vive a cambio de un alquiler mínimo por el piso que él había comprado como inversión. Resulta deprimente, pero todo indica que el caledonio –un facineroso, segurodebe de ser algún caso perdido con el que se topó Amanda mientras estuvo ingresada en aquella carísima clínica de desintoxicación o, aún peor, cualquier buscavidas del grupo de Narcóticos Anónimos. «Otro perdedor, sin duda miembro de alguna pandilla de navajeros de la zona de Gorbals, en Glasgow», dice

mirando por encima del *Telegraph* mientras se toma un *Earl Grey* y una tostada con Julia antes de encaminarse a la casa de campo de la primera ministra.

«Al parecer es de Edimburgo.»

«¿No fue Rory Middleton a la universidad de allí cuando no se sacó el título en Oxford? Ese sí que era un buen chico. Gen y él hablaban de casarse. ¡Durante los viajes a Francia con los Middleton!»

«¡Tenían diez años! Y él es..., en fin, de la otra acera...»

«¿De verdad?»

«Sí, de verdad.»

¡*El hijo de Ken Middleton, bujarrón! ¡Hoy en día uno no puede estar seguro de nada*!

La mañana pasa volando y el chófer acude a buscar a Godfrey para llevarlo a la enorme mansión del siglo XVI en Buckinghamshire que se alza al pie de los Chiltern Hills.

Para muchos, Chequers, la residencia rural del primer ministro desde 1921, es la escapada perfecta. Sin embargo, a Godfrey nunca le ha gustado ir allí. Está demasiado lejos de Londres para su gusto. Como siente náuseas si lee en el coche, tiene poco que hacer durante ese par de horas perdidas de ida y vuelta. Se prepara con tristeza para pasar un largo rato sumido en sus pensamientos.

Genevieve. Se lo hemos dado todo. No ha aprovechado nada. Primero la escuela. Tendría que haber ido a Oxford. Luego la universidad. Ni siquiera dio la talla en la de Leeds. Y la tontería esa de hacerse llamar Amanda...

Tras lo que parece una eternidad, Bill Longstead, su chófer barbudo y por fortuna silencioso, aparca en el camino de grava de la entrada. Al salir, Godfrey se estira y contempla la mansión de un naranja rojizo con Coombe Hill de fondo, una colina muy verde en su última visita en verano, pero que ahora ofrece un aspecto anémico con los árboles desnudos y los matorrales pardos del invierno inglés.

Al entrar en Chequers, avanza por el largo vestíbulo y mira la vidriera policromada con la inscripción:

Esta morada de paz y recuerdos antiguos fue dada a Inglaterra como ofrenda

de gratitud por su salvación durante la Gran Guerra de 1914-1918 para que sirva de lugar de descanso y recreo permanente a sus primeros ministros.

Los colegas de Godfrey lo reciben tomando una copa. La mayoría de ellos tiene un aire de circunspecta expectación, como si no tuvieran claras la finalidad ni la etiqueta de esta reunión. Se sientan a comer. Consciente de que no lo han colocado en el extremo más vivaz de la mesa, Godfrey ve que la cosa no va a ser memorable. A su derecha, Matilda Hartington, una arpía bollera que no ha salido del armario y cuya actuación fanática y estridente rechina. A su izquierda, Desmond Shelby, cauto, capaz de aguantar cantidades ingentes de alcohol sin que se le caiga la máscara.

La primera ministra, que preside la mesa, está flanqueada por un presentador que Godfrey conoce de la televisión. Gen había crecido viendo su programa, una espantosa lista de éxitos pop. La primera ministra estaba obsesionada con darle un título de caballero. Por suerte, se habían presentado dudas respecto a su desagradable naturaleza y sus prácticas. Aquel espantoso programa en el que concedía deseos instalado en un trono asumiendo un estatus divino sobre sus súbditos infantiles, que a menudo se sentaban sobre sus rodillas para que él jugara con ellos como si fueran muñecos. ¿Cuántas pistas más hacen falta? Pero el presentador no es el cómico que finge ser. A pesar de su vestimenta extraña y pueril y su acento de clase obrera del norte, es más Rasputín que bufón de la corte. Es evidente la perturbadora conexión entre la primera ministra y él cuando se miran con ojos ardientes. Godfrey se imaginaba a Hindley y a Brady, los asesinos de los páramos, igual de acaramelados. El presentador ríe y bromea con todos, pero Coningsby detecta una malignidad espectral y una brutalidad calculadora y escalofriante tras su máscara de payaso. A pesar de su aborrecible presencia, que no puede sino llamar la atención, los rumores de acciones nefarias siguen sin ser corroborados y quedan ocultos a la sombra de sus patrocinios y sus obras de caridad. Ese hombre tiene un programa en el que cumple los sueños de los niños.

Qué irónico, piensa Godfrey, es lo contrario a lo que hacen ellos; ellos, *nosotros*, somos la manifestación de sus pesadillas.

Por suerte, el vino tinto –un burdeos excelente– baja de maravilla, proporcionando una anestesia de calidad. Godfrey mira a Shelby y decide que esa será su última copa. Con cada sorbo, siente que Kant está tratando de salir. O puede que sea ese joven de Brasenose College, el cual tenía un código moral a pesar de sus pequeñas excentricidades, su atolondramiento y su impresión de tener derecho a todo gracias a sus privilegios. Aquella versión más joven de sí mismo habría considerado todo eso totalmente inadmisible.

Luego, un ceceo grave y sibilante y un aroma agrio anuncian que está a su lado el ministro del Interior. «Godfrey, ¿podemos hablar, por favor...?»

No hace calor, pero, apartándose mechones de pelo ralo y engominado de la húmeda frente, su jefe lo mira con ojos anfibios y astutos. Godfrey Coningsby se levanta y, tras hacerle un gesto a Hartington, sigue al ministro del Interior, que se dirige a un rincón del enorme comedor con el paso medio tullido de un chucho artrítico. A una distancia suficiente de oídos fisgones, pregunta frunciendo los labios: «Godfrey..., ¿qué tal la familia?».

Godfrey tiene que pensarlo. Natalie está en la fase taciturna de la adolescencia. Gen se está recuperando de su adicción a las drogas. Como es evidente, no piensa comentar esas taras con sus colegas, y mucho menos con el ministro del Interior. La disfunción familiar daña la imagen del cabeza de familia. Pone grilletes a las posibilidades de ascenso. «De maravilla, señor ministro. Todo bien.»

«Dos hijas, ¿verdad?»

«En efecto.»

El ministro del Interior se acerca más a él, lo cual permite a Coningsby advertir esa mezcla de sudor viejo y colonia intensa aunque provocativa al mismo tiempo, por extraño que parezca. Al principio le había repugnado, pero había aprendido a tolerarla, incluso a disfrutarla, pues asociaba esta cercanía con el ascenso profesional. «Escucha... Necesito los antecedentes de todos los *cum populo coniungimus*. Hay que ser más rigurosos.»

«Sí, señor ministro del Interior. ¿Se aplica a todos nuestros

contratos... incluidos los no oficiales?»

Observa cómo la cara de su jefe se arruga como un acordeón por el disgusto que siempre le produce Coningsby cuando le hace reconocer de forma explícita lo que quiere. «Sí, sobre todo esos, pero en esos casos solo quiero informes verbales. Seguirás supervisando los acuerdos remunerados.»

«¿Puedo preguntar, señor ministro del Interior, si ha habido algún incidente o causa de preocupación de la que deba estar al corriente?», tantea Coningsby.

«De momento nada demasiado preocupante. Sin embargo, tu amigo Snaith...»

Coningsby siente que se pone tenso. Es la primera vez que el ministro del Interior utiliza ese nombre.

«... hemos oído que podría ser objeto de una investigación periodística. No él directamente, sino un conocido suyo: un soldado a sueldo en Angola. ¿Puedo asumir que tú y otros miembros de tu departamento estáis lo bastante distanciados de él si saliera a la luz algo desagradable?»

A Coningsby se le atraganta la idea de decir *tú eres la cosa desagradable, y nosotros estamos cerca de esta mierda por estar obligados a apoyar con nuestros servicios las espantosas actividades de tu camarilla retorcida*. Se conforma con: «Es imposible asociar de cualquier modo habido y por haber a Snaith, viejo amigo mío del colegio, con este departamento, señor ministro del Interior».

«Excelente. Y... sir Bruce... es un poco de la vieja escuela... Evita este tema con él en lo posible, ¿de acuerdo?»

Coningsby asiente y ambos hombres guardan silencio. Los demás comensales se están levantando y la primera ministra se encamina hacia ellos. Está resplandeciente y Godfrey huele el whisky escocés en su aliento. Con ese brillo acerado en su mirada, empieza a evangelizarlos sobre el mercado único. «Es lo mejor que le ha pasado a nuestro país», sostiene. El propio Godfrey es un entusiasta, pero no está bien visto que los funcionarios expresen posiciones políticas, o al menos no lo estaba tradicionalmente. Asiente con aprobación calculada mientras intenta oír un diálogo, justo fuera de su alcance, entre el presentador y el ministro del Interior. Oye al

presentador decir: «Ve siempre a por los que son incapaces de mentir».

22. HERMOSA SCOTIA

Y la esperanza y los miedos que la engendran
se funden en masa indistinguible
con los deseos reprimidos y sensibles,
reprimidos y largo tiempo acariciados.

SAMUEL TAYLOR COLERIDGE

No espero que esta Nochevieja sea un fiestón, estando Amanda preñada. El piso de mi vieja, una vivienda social de nueva construcción en el South Side, es claustrofóbico y diminuto, tiene el techo bajo y está a años luz de Cantley Lodge. Ni siquiera se acerca al elegante barrio de Highgate. ¡Joder, si hasta le va a la zaga a Offord Road, en el emergente barrio de Islington!

Sobre la repisa de la chimenea, una modesta Virgen María mira a media distancia mientras mamá observa a Amanda como si la pija de mi futura esposa fuera la mismísima encarnación de la reina de Nazaret. Bajo el constante aluvión de atenciones por parte de mamá y mis hermanas, Carlotta y Louisa, Mands está en el paraíso. Por lo general mamá se mostraba hostil con las chicas que traía a casa, las veía como potenciales usurpadoras de mi afecto. Pero un bollo en un horno de lujo cambia las reglas del juego y la conversación da un giro violento hacia la tripa aún plana que confiere a Amanda el estatus de *persona* extremadamente *grata*. Mamá pone ojos de loca

mientras examina su vientre y de repente me agarra la mejilla, proclamando: «¡No voy a decir que este no me haya dado problemas, pero sabía que le iría bien!».

Más que la vergüenza por el gesto invasivo ante mi prometida, siento el dolor físico que me provoca, que casi me lleva a rezar para que el holgazán de mi padre haga su aparición y la mano materna deje de ser el aparato de tortura medieval al que ahora tanto se asemeja. Cuando me suelta, doy gracias por seguir teniendo el carrillo pegado al careto. Tras más pamplinas emocionadas, noto que Amanda reprime un bostezo mientras se termina la taza de cacao.

«Si no te importa, mamá, creo que nos vamos a retirar.»

Carlotta hace un comentario subido de tono que mamá oye y le pellizca el brazo, provocando un grito. Al acompañar a Amanda al cuarto de invitados, susurro: «Prepárate para un polvo que te va a dejar sin sentido».

«¿Tú crees que es buena idea?» Mira la caja de zapatos de techo bajo que la rodea. «Las paredes parecen muy finas...»

«Vamos a ver lo silenciosos que podemos ser», propongo, «como esa pareja del tren.»

El juego cae en gracia y echamos un polvazo de intensidad triunfal por detrás y de lado. Aunque soy consciente de que todavía no será un problema físico, considero importante evitar presionar psicológicamente a la criatura mientras empapamos la cama de sudor.

Mientras Amanda sucumbe al sueño poscoital, caigo en la cuenta de que ahora tendré que aprender todas las mojigaterías de los críos. Las mismas memeces por las que Lesley intentó interesarme.

¡*Menudo coñazo! Pero al menos puedo elegir los vestiditos de niña pija*...

Cuando me levanto el día de Nochevieja, la calefacción central que oí encenderse por la noche ha caldeado la casa que da gusto. Los olores del desayuno llenan el aire. Después de unas gachas de avena a la escocesa debajo del crucifijo de la pared junto a la mesa de la cocina, mamá y *le mie sorelle* insisten en llevar de compras a mi prometida. Me emparanoia un poco que mamá y Amanda se pongan a hablar sobre la fecha probable del parto, pero,

combatiendo el impulso de buscarme problemas, me concentro en lo positivo: me da la oportunidad de moverme y, dado que tenemos que ver las campanadas en casa de mamá, puedo permitirme unas copas pre-Nochevieja.

Por los viejos tiempos, bajo por Leith Walk. Pasar por casa de los Renton es de recibo. Siempre me cayeron bien y quizá estén dispuestos a divulgar el lugar donde se esconde su retoño mutante. Cuando llego a la calle con el extraño nombre de Bowling Green Street y llamo a la puerta, quien contesta es Davey Copeland, un medio borrachuzo que reconozco de la época de Eddie Reece y el Marksman Bar. «Davie y Cath se han mudado, hijo, no sé bien adónde; he oído que a la zona de la costa.»

Estoy seguro de dos cosas. Una: este cabrón sabe exactamente dónde están. Dos: no me va a contar una puta mierda.

«Sí, no me sorprende que hayan elegido empezar de cero. Han sufrido mucho, con dos hijos muertos y el tercero viviendo fuera. Llevo tiempo intentando localizarlo; era un antiguo amigo mío.»

Que se ha escabullido como una rata de pelaje rojizo.

«Yo de eso no sé nada», asegura Copeland con decisión. «Y ahora mismo, si me disculpas, tengo mucho lío.»

Me cierra la puerta en las narices. Sí, a este hijo de perra no le voy a sacar nada. Me alejo, bajo Junction Street hacia el final de Leith Walk. Dicen que está mejorando mucho, pero esta zona de Leith, con la luz débil y el frío cortante, parece más que nunca un agujero infernal y deprimente. Los contenedores rebosan de bolsas de basura amontonadas fuera desde hace días, abiertas a patadas por los borrachos y rasgadas por las gaviotas. Tengo que pisar con cuidado para evitar las cagadas de los perros. De un portal al otro lado de la calle brotan unos gritos agudos y gruñidos que dan fe de un drama doméstico entre borrachos representado en el teatro callejero para consumo público, qué detalle. Me niego a comprar una entrada y aparto la cabeza.

Para animarme, me siento en un banco en Kirkgate, que sigue siendo un caos, y empiezo a repasar mi leal cuadernillo negro, preguntándome si algunas señoritas seguirán residiendo en el viejo barrio. El cerebro me arde y la entrepierna me tintinea mientras

viejas conquistas y nuevas posibilidades desfilan sin cesar por la base de datos de polvos que guardo en mi mente, llena de sonrisas beatíficas, gemidos orgásmicos y fotos de cuerpo completo recordados e imaginados. Sería divertido visitar a la doncella Marianne e informarla de mi nuevo estatus. ¿Acaso es posible para mí estar dentro de los límites de la ciudad de Edimburgo y no seducir a esa mujer?

No. Resiste el impulso.

Con paso brioso, subo por Leith Walk, esquivando las cicatrices de escarcha, y estoy a punto de llegar a Pilrig con un mantra triunfal repitiéndose en mi cabeza: *Simon David Williamson, manteniendo el control, como de costumbre; la vida es hermosa desde el asiento del conductor*..., cuando de repente siento que una presión me aplasta los pulmones, dejándome sin aire.

¡*No me lo puedo creer*!

Es él.

Está en la puerta del Brunswick Pub, que aún mantiene las horas de apertura matutina, dándole palique a un gordo... *Joder*... Demasiado tarde para dar la vuelta por una calle secundaria o meterme en una tienda... Esa mirada de taladradora me ha pillado...

Mierda.

Cero opciones salvo tirar para adelante. Fuerzo mi mandíbula a abrirse tras haberse quedado paralizada por la calamidad mientras, en contra de mi instinto, acelero mis zancadas para acercarme a él. «¡Franco! ¡Qué pasa!»

Sus ojos arden con indignación maligna y rencorosa. «Sick Boy...» Mira el abrigo y toca la piel. «¿De dónde has sacado esta chaqueta de maricón?»

«Es una prenda italiana hecha en Roma, probablemente de piel de conejo, pero, por supuesto, es reversible.»

El término «reversible» (léase despistar a la poli) mitiga un poco su desprecio. «Me la suda esta mierda bujarrona. ¿Qué coño haces aquí?»

«Pues, entre otras cosas, te andaba buscando», miento sin pudor. «¿Te tomas algo?» Señalo el pub.

«Sí», dice mientras el gordo cabrón ve el cielo abierto y anuncia

su partida, ¡qué suerte la suya! No sé quién es el puto zampabollos ese, pero me debe una buena. «¿Qué cojones pasa?», insiste Begbie cuando entramos en el triste establecimiento lleno de víctimas de la droga y el alcohol. Mientras pido dos Stella suena en la gramola «Hotel California», de los Eagles.

«Estoy celebrando mi compromiso y mi inminente paternidad, Frank. He traído a mi futura aquí arriba a ver a la familia», exclamo cuando nos sirven las pintas.

Por supuesto, las circunstancias que van a cambiarme la vida merecen solo una atención somera. De inmediato se pone a rajar sobre su tema favorito: historias de violencia y de conspiraciones salvajes, primero contra su antiguo rival de Lochend, Cha Morrison, luego contra un tal Donnelly, antes de pasar a Seeker, a quien ni siquiera sabía que conocía. Al parecer, tuvieron un encontronazo en prisión, y supongo que es inevitable que tales capullos choquen. Está claro que el mejor resultado para la humanidad sería que se erradicaran entre sí. Por desgracia, esas cosas suelen acabar de la siguiente forma: justo antes de llegar a ese punto de destrucción mutua, firman una frágil tregua entre psicópatas y se dedican a sembrar el pánico y la desgracia juntos entre la población. Cuesta escucharlo: su ira se derrama por el establecimiento como veneno insidioso. Pero ni siquiera Seeker, Donnelly y Morrison juntos pueden eclipsar el odio que siente hacia nuestro viejo amigote. «El hijo de puta ese es quien tiene la culpa de todo. Renton. Menudo ladrón. Por su culpa acabé en la cárcel. ¡Y no habría rollos con Donnelly, Seeker ni ningún otro mamón!»

«Fuimos débiles, Frank», afirmo. «Ese fue el problema.»

Un silencio repentino y el aire gélido dan cuenta de mi imprudencia. Echa un rápido vistazo a su alrededor y luego aparta la vista. Los faros de Begbie arden y hielan a la vez: es una imagen realmente animal y espantosa. «¿A quién coño estás llamando débil? Yo no soy débil», y sus fosas nasales hiperventilan y se hinchan como vaginas excitadas.

Mierda..., estoy jodido... Qué hago...

La única opción de supervivencia está en darle la razón, pero con más énfasis. Contra el traidor pelirrojo cabrón, *que Satanás maldiga*

su sucia alma; siempre he sabido que, en tales circunstancias, es la única táctica con posibilidades de éxito. «No, tienes razón, Frank.» Me doy la vuelta, golpeando con el puño en la barra con repugnancia. «Algunos dirían que fuimos débiles por confiar en él, pero, si no puedes confiar en tus amigos...» Cuando me giro hacia él con los ojos llenos de lágrimas, estoy seguro de que veo cierta confusión en sus propios faros asesinos. «El débil fue Renton; Renton, que no dudó en poner fin a una larga amistad por el vil metal...» Tras inspirar de forma entrecortada, repaso todas las injusticias cometidas contra mí para invocar mi rabia, culminando con la cara engreída del pelirrojo que tiene mi dinero. «Y permíteme decirte una cosa: ¡pagará cara su puta debilidad y su traición!»

«Ya te digo que pagará», exclama Begbie solidarizándose, y haciendo que el camarero se aparte hacia la otra punta de la barra. Franco llama al pobre diablo amedrentado con un grito: «¡EH, COLEGA! ¡OTRA RONDA!».

¡*Mi actuación ha dado la vuelta a la situación! ¡Williamson! ¡Qué tío*!

Aunque me alivia tener al tarugo psicótico de mi lado otra vez, se me había olvidado el nivel de estrés que implica hasta la más mínima interacción humana con este desquiciado.

«Dejaste de venir a verme a la trena», dice con un largo gruñido mientras el camarero pone las cervezas. «Te estabas quedando conmigo.»

«Hemos hablado de esto mil veces, Frank. Siento que la naturaleza irregular de mis visitas penitenciarias te ofendiese, pero me he forjado una nueva vida en el sur.»

Para mi espanto, el cabrón vuelve a encenderse. «¡Te tengo calado! ¡Seguro que tú y el hijoputa de Renton estáis juntos en esta mierda!»

Se le han quedado los nudillos blancos de agarrarse con fuerza a la barra pulida. Sus ojos brillan con la estúpida y retorcida maldad universal de los torturadores. En ese momento, estoy convencido de que va a agredirme con violencia y que no puedo decir nada en absoluto para evitarlo. Bueno, si este cretino ha de machacarme, no voy a permitir que ocurra bajo premisas falsas. «Hazme un favor,

mírame a los ojos y dime que de verdad te crees esas historias», le digo con absoluta sinceridad.

Vacila.

«Ya me parecía», me burlo con peligroso desprecio, aceptando el riesgo calculado de que me vea como el típico *yo no diría nada a tus espaldas que no pueda decirte a la cara*. (Casi no existen tipos así fuera de las fantasías de los zumbados.)

«¡No te pases de listo, te lo advierto!», suelta, pero percibo la duda; su errático cerebro reptiliano se atropella dudando entre usar sus poderes violentos para denigrar a un hombre mejor y más evolucionado y perder al único aliado que en realidad tiene.

Me la estoy jugando, así que dar marcha atrás es esencial, pero no puedo capitular demasiado. Es hora de usar el golpe maestro. «Bueno, intenta ponerte en mi lugar», replico malhumorado. «Me planto aquí», y miro con desdén el bar cutre y a su clientela borrachuza antes de volver a poner el foco en él, «para ver a mi queridísimo viejo amigo con el único propósito de preguntarle si quiere ser mi padrino en mi puta boda, y me llevo un chaparrón de chorradas ofensivas en las que se me acusa de estar compinchado con el mismísimo cabronazo que me robó, asegurándome de esa forma que el comienzo de mi vida marital dependa en exclusiva de mi familia política, unos pijos a los que detesto. Muchas gracias, Frank. Te lo agradezco.»

Me mira con incredulidad. «¿Qué?»

«He dicho que he venido específicamente para pedirte que seas mi padrino. ¿A quién coño se lo voy a pedir si no?»

Observo cómo sin querer se hincha de orgullo sobre el taburete del bar.

Como cualquier hijoputa que haya existido en esta mierda de planeta desde el principio de los tiempos.

Cruzo los brazos y le doy la espalda. «Pero está claro que no tienes una opinión demasiado elevada de mí, dadas las absurdas calumnias que estás soltando.»

Begbie me mira y se encoge de hombros. «Vale, puede que lo haya entendido mal», admite el maníaco retrasado, ofreciendo lo más parecido a una disculpa que recibiré jamás. «Y sí.»

«¿Sí qué?»

«Sí a ser tu padrino.» Su cara se ilumina. «¡Siempre y cuando pueda follarme a todas las damas de honor!»

«Eso no lo puedo garantizar», sonrío, disfrutando de la tensión de mi vientre, que estalla como una presa que se derrumba.

«¿Cómo que no? ¿Todavía no eres su chulo? ¡Estás perdiendo facultades!»

«Me he reformado, Frank. Por eso necesito un padrino de bodas con un poco de estilo y saber estar, alguien que no me deje en mal lugar.»

Por suerte, se siente halagado a pesar de sí mismo y se centra en su otra configuración por defecto, a saber, su fuerte tendencia al delirio absoluto, que triunfa incluso sobre su propensión hacia la violencia irracional. «Entiendo que hayas recurrido a mí y no al puto dejado de Murphy. No se le puede llevar a ningún sitio. Más le vale comportarse en esa boda, ya te digo. A ver, si algún notas se pone chulo y monta una escena, se le revienta la boca y a correr.»

Decido hacer un brindis, pensando en el mamón arrogante que será mi futuro suegro. «¡Se le revienta la boca a quien lo merezca!»

«¡Ya te digo! Bueno, ¿qué vas a hacer para las campanadas?»

«Un coñazo, colega, noche tranquila en casa de mi madre. Solo se hablará de la boda», le digo, solucionando el problema que viene fastidiándome desde hace años con este gilipollas: el de salir por patas. «Por cierto, Francis, tengo que regresar con mi prometida e informarle de que mi opción *number one* de *testimone* ha aceptado el ofrecimiento y será oficialmente uno de los firmantes. ¡Estará encantada! Gracias, colega», le digo apurando la pinta. Luego le doy un abrazo rápido y varonil a ese cuerpo de granito tallado y me marcho.

Él me levanta el pulgar. Para cuando llego a la puerta, le está soltando triunfante a alguna cara recelosa del bar: «¡Padrino! ¡De la boda de mi colega! ¡Abajo, en Londres!».

Cuando vuelvo al South Side, pasando primero por otro par de bares, el otro capullo al que quería evitar no solo ha hecho acto de presencia, sino que tiene la mano costrosa y ofensiva puesta en el

vientre de mi amor. «Solo digo que siento al nietecito...», me dice con desdén.

«Al menos ten la amabilidad de esperar a que el crío nazca antes de empezar a acosarlo», le digo.

Esa es la señal para que mamá me grite y Amanda se lleve la verdadera experiencia de la Nochevieja *chez les* Williamson.

«Me piro», dice mi padre ante la protesta de todas, pero no la mía. «No me voy a quedar donde no se me quiere.»

«Davy..., quédate para las campanadas», suplica mamá.

«Nah, estaréis bien», gime el viejo alcohólico degenerado. «Que empecéis bien el año...» ¡Y, para gran alivio mío, se larga derrotado!

Inmediatamente después abro una estupenda botella de tinto siciliano que Cara recogió en Valvona & Crolla a petición mía. 1989 tendrá un comienzo prometedor.

23. INTRIGA EN LA OFICINA

> Durante la siembra se aprende, durante la cosecha se enseña, durante el invierno se disfruta.
>
> WILLIAM BLAKE

El fuerte viento gélido de febrero y la lluvia casi nos tiran de la bicicleta al puto canal. Pero seguimos entusiasmados; el concierto de My Bloody Valentine en Melkweg anoche fue una experiencia sublime. Al llegar a nuestro destino, Monique encadena agradecida nuestros velocípedos mientras yo voy a la pequeña oficina de Damrak a pagar el alquiler. Huele a calor, humedad y moho. Una pieza suelta de la moqueta se desliza bajo mi pie. Ahí está Miz, que recibe el sobre lleno de florines con una sonrisa de oreja a oreja.

Mientras cuenta su contenido, Monique entra sacudiendo su impermeable mojado. Mira a Miz como si hubiera visto un fantasma. Con aire supersórdido, él alza una mirada calculadora. Monique hace algo poco propio de ella: romper el contacto visual. Algo no va bien. De nuevo, él es el vencedor al aguantar la mirada. El trámite termina y sigo a Monique, que sale a toda prisa.

Recuperamos las bicicletas; nuestros dedos entumecidos forcejean con llaves, cadenas y candados. Las empujamos hasta Haarlemmerweg, aprovechando en silencio el fuerte impulso del

viento a nuestra espalda. El perfil de Monique está cubierto por mechones de pelo que se derraman desde su gorro de lana.

«¿Lo conoces? ¿A Miz?»

Señala con la cabeza una cafetería calle abajo. «Sí. Vamos ahí dentro y te lo cuento todo.»

El olor a porro y granos de café nos asalta cuando entramos, agradecidos por la calidez del interior que alivia nuestros cuerpos agarrotados. Pido dos capuchinos y nos hundimos en unos asientos de arpillera trenzada. Muevo el mío para evitar que las hojas de una planta de cinta me hagan cosquillas en la cara. Una imagen de Patti Smith nos mira desde arriba; también están representados Lou Reed, Pink Floyd, Keith Richards y Led Zeppelin, junto a varios carteles de cine: *Alien, Punto límite: cero* y *París, Texas*. Está bastante vacío, pero la gramola suena a un volumen anormalmente alto, reproduciendo una canción de Herman Brood. Me levanto y le pido al coletas narigudo del otro lado del mostrador, que lleva una camiseta con el lema a qué te dedicas, que baje el volumen. El muy cabrón se encoge de hombros pero obedece de mala gana. Vuelvo a mi sitio.

Monique se muerde el labio inferior, pensativa. «El club al que iba a llevarte la noche que nos conocimos... Bueno, cuando nos conocimos en serio...»

«Sí...»

«Cuando al final acabamos en tu casa...» Sonríe al recordarlo, envolviendo la taza de cristal llena de café con las dos manos. «Bueno, en fin, que es un club sexual.»

«Vale», digo. Pensando: *Menos mal que eso no pasó*. Ni siquiera era una primera cita.

«Para intercambios de parejas entre fiesteros que van después de que cierren las discotecas. Yo iba mucho hasta que, bueno, hasta que empezó lo nuestro.»

«¿En plan con Ralf y Andy?», pregunto, rindiéndome a las emociones conflictivas que la cosa despierta en mí. Me siento un metepatas lamentable.

Monique apenas parece darse cuenta. «Solo con Ralf. A Andy no le gusta.»

«¿Y Miz va?»

«Sí. Al menos antes. Le pidieron que se fuera y no volviera.»

«¿Por qué?»

«Aparecía con una mujer de la que se sabía que era prostituta; era conocida del barrio rojo», canturrea con un tono más digno de chica de pueblo, lo cual la vuelve encantadora.

«Vale...»

«Era más viejo que la mayoría de la gente allí y era un pesado», y retoma el aire de chica urbana tranquila y compuesta, con un acento que suena casi a burguesía inglesa. «Siempre quería que hiciéramos vídeos porno, es decir, quería grabarnos follando. Pero en el local no se permiten las cámaras. Así que lo echaron.»

Se me revuelven las tripas. «¿Tú y él...?»

«No», dice para mi alivio, y parece realmente asqueada ante la idea, «no es que esté todo permitido, como en una orgía. Las reglas de la atracción y el consentimiento mutuo siguen vigentes. Me he follado a varias personas allí», comenta con la brutal frialdad de antaño, antes de suavizarlo y agarrarme la mano al ver que aprieto los dientes, «pero él no me interesaba en absoluto.»

De repente me siento animado. Esta mujer increíble es tan abierta conmigo... Intento no preguntar sobre estas cosas. No quiero que me cuenten nada de ella, lo que deseo es descubrirlo todo. Porque, al mirar sus ojos, debo admitir ante mí mismo que comparto de sobra el amor que ella ya me ha declarado. Una proposición casual con la que he estado fantaseando me viene a la cabeza: *La alegría de una vida bien vivida viene cuando uno se posiciona en la cúspide de su complejidad.* «Quiero ir contigo. A ese club.»

«No creo que sea buena idea. No es para todos.»

Su respuesta me escuece. ¿Por qué? ¿De qué vas? ¿De qué voy? Me falta la motivación para indagar: tengo miedo de estropear algo bueno. Una tía cañón viene a tu cama cada noche, siempre dispuesta a echar un polvo, no te exige nada, hasta te anima a acostarte con otras mujeres si te gustan. Sería un puto sueño hecho realidad hace unos meses. «¿Cómo te metiste tú en eso?»

«Por Ralf. Él sabía que me gustaba follar con otros tíos. A él

también le gustaba ir con otras chicas. Parecía una buena forma de hacerlo y mantener la relación.»

«¿Y no lo es para nosotros? ¡Antes ibas a llevarme!»

«Pero eso fue antes de conocerte. Eres un tipo de tío diferente.»

«Ese no es el tipo de cosa que uno quiere oír cuando su novia, que vive con él, tiene otros amantes. Suena un poco a *eres un capullo*.»

«En absoluto.» Me mira con total sinceridad. «Eres mejor que todos los demás.»

De nuevo sonríe y me transporta de la cloaca a las estrellas.

Todas las relaciones implican un poco de toma y daca. Ceder es esencial si se quiere que la cosa funcione. Por la noche, cuando se va a trabajar al hotel, saco mi diario y leo una entrada extraña que escribí anoche mismo:

Me hago preguntas sobre el diario ahora que vivo con alguien. Creo que leí en una revista femenina de Kelly que una pareja siempre acaba leyendo el diario de su media naranja. La tentación de descubrir aspectos ocultos de la persona con la que comparte su vida siempre superará el principio de que es privado y solo para los ojos de su pareja. Escribir es peligroso: mira el pobre desgraciado de *Los versos satánicos.* Pero los cabrones religiosos están básicamente zumbados. Me pregunto, ¿cómo reaccionaría Monique ante esto?

Cuando empecé a salir con ella, me dijo: «La gente debería poder acostarse con quien desee. No es para tanto. Yo no me acuesto con cualquiera porque por lo general es un coñazo y no mola hasta que se conoce el cuerpo del otro. Me parece mejor tener varios amantes habituales que solo un novio».

Entonces, ¿cómo reacciono ante esas situaciones? Lucho contra el impulso de reaccionar. Solo escucho con atención. Espero que me pregunte cómo me siento. Entonces le digo: «Creo que la gente debería hacer lo que quiere».

«¿Tú quieres acostarte con otras mujeres?»

Oí las palabras que salían de mi boca. Lo curioso es que no parecían mentiras. «Preferiría estar en una relación monógama. Pero seguiré la corriente. Sobre todo, quiero aprender de distintas personas, saber qué les hace actuar. Se puede observar simplemente, pero funciona mejor si lo experimentas.»

La alegría de una vida bien vivida viene cuando uno se posiciona en la cúspide de su complejidad.

Vuelvo a leer la entrada de mi cuaderno. Para eso estamos aquí, en realidad. Quiero experimentarlo todo.

24. EL JUEGO DE LA CONFRONTACIÓN

No tiende por naturaleza a la emoción
Genevieve, mi dicha, mi pasión,
pero se regocija cuando canto
canciones que le traen aflicción.

SAMUEL TAYLOR COLERIDGE

Lo había evitado durante semanas, disfrutando del juego de la espera, mientras las oscuras noches de invierno se disolvían despacio en la primavera. Maravillado ante el progreso del embarazo, su mente otorgó a las primeras patadas del bebé las dimensiones de los zapatazos número 44 de Franco Begbie. El tiempo estaba de su lado, pero lo de darle largas a la familia de ella está empezando a pasarle factura a Amanda. La encontraba con la mirada perdida, mordisqueándose la punta del pelo, un gesto inquieto y aniñado que indicaba regresión a gritos en una mujer por lo general madura y autocontrolada. Reacio a ser considerado el malo de la peli –ese es el papel que le ha otorgado a Godfrey Coningsby–, Simon David Williamson se dispuso a visitar Cantley Lodge de forma oficial.

Elige una chaqueta de cuero informal pero cara que mangó en una fiesta de Notting Hill en la que se coló hace dos veranos. Junto con un polo oscuro y unos pantalones de pana verde botella, cree que le

va bien con su pelo, recién cortado y decolorado. *¿Te pareces a Steve McQueen en* Bullitt... *o quizá en* El caso Thomas Crown?

Amanda Genevieve Coningsby lleva un vestido color crema bajo la chaqueta vaquera azul claro. Evita los tacones altos y se pone sandalias planas. A las dieciséis semanas, sigue delgada y su vientre solo sobresale de forma marginal. «Esto no va a ser fácil», le dice su prometida a Sick Boy mordiéndose el labio inferior mientras repasa su aspecto en el espejo.

Él se encoge de hombros con pereza y levanta ligeramente los ojos al cielo. «Bueno, será tan difícil como él decida.»

«Eso es lo que me preocupa. Quizá deberíamos decírselo.» Amanda se da una palmadita en la tripa.

«No, nena, sigamos el plan de cerrar el pico hasta que hayamos pasado las veinticuatro semanas. Confieso que no soy el católico más cumplidor, pero no estoy dispuesto a que nadie pronuncie la palabra que empieza por *a* delante de nuestro bebé.» Abre la palma de la mano y la coloca en el vientre de ella. «Dijiste que la otra vez que estuviste en esta situación no paró hasta imponer su voluntad. Así que mejor les contamos primero que vamos a casarnos, como algo positivo, en vez de satisfacer sus mierdas sexistas anunciando el embarazo. A fin de cuentas, yo compré el anillo antes de saber siquiera que estabas "embambinada".» Sick Boy se eriza de orgullo.

Amanda le aprieta la mano. «De acuerdo.»

Tras sellar el pacto, pasean por Offord Road hacia la estación de metro. Todavía siguen dividiendo el tiempo entre las dos bases. Sick Boy llega a sugerir que Amanda debería dejar su piso de Highgate, aunque espera que no lo haga, porque tiene planes para él. En Highbury Corner, el cántico provocador de una manada de imbéciles atraviesa el frenético trajín, y Sick Boy aparta a Amanda del camino de la avalancha de rayas blancas y negras que se derrama por la estación.

Hoy, Newcastle en el campo del Arsenal.

A causa de la simpatía que le inspira el entrenador escocés del Arsenal, George Graham, Sick Boy ha sopesado si añadir este club a su lista de Hibs y Juventus, pero está dividido entre ellos y los Spurs, el equipo rival. *La conexión Steve Archibald. ¿Cómo coño hemos*

conseguido que fiche por los Hibs? En ese momento desearía ir a algún partido londinense; sería una bonita forma de pasar el sábado. Pero acobardarse ante los negocios, aunque sean potencialmente desagradables, nunca era buena idea.

El viaje se alarga debido a un retraso causado por un fallo en la señalización, pero avanzan hacia el suroeste en una burbuja de amor, y Sick Boy está indeciso entre mostrar ternura a Amanda o endurecerse para prepararse ante el futuro enfrentamiento.

De cerca, Cantley Lodge es todavía más imponente. Al cruzar la pesada puerta del parque, digna de una fortaleza, Sick Boy ve la casa más allá del elevado laberinto de setos. Una base de ladrillos anaranjados da paso a una estructura con torreón y vigas blancas y negras de estilo Tudor. Las numerosas ventanas dan fe de una gran cantidad de estancias. Recorren el sendero de grava roja hasta unas escaleras y una puerta principal fortificada de madera. La gran aldaba de hierro le confiere un aire medieval que parece presagiar el desastre. Amanda saca una larga llave de prisión del bolso y abre.

¿Están de coña o qué?

A pesar de su desproporcionado ego y la sensación predominante de tener derecho a todo, cuando pisa el suelo de mármol de ese vestíbulo amplio, abovedado y con paneles de madera, Sick Boy siente que algo se alza en sus entrañas mientras su mente de chanchullero compara la grandeza de Cantley Lodge con la conejera que construyó el sistema en Cables Wynd House. Pero, lejos de dejarse intimidar por este abismo de clase social, se deleita con el desafío. Resiste la tentación de examinar con detenimiento la ostentación de riqueza en forma de mobiliario, decoraciones de aspecto caro y cuadros de todas las épocas enmarcados en las paredes. Es crucial actuar como si la abundancia no fuera nueva para él, como si la alcurnia no le fuese ajena.

En vez de eso, su mirada voraz observa a quienes vienen a recibirlos, la madre, el padre y la hermana menor, y construye una base de datos mental: *vieja cañón, capullo odioso, niñata aburrida*.

«Ah, Gen, cariño.» La madre esboza una sonrisa forzada que azora a Amanda. Sick Boy, que percibe en la madre notas de pétalos de rosa molidos, lavanda y cascarilla, pero es incapaz de etiquetar el

olor, se da cuenta de que el nombre de su prometida es Genevieve Amanda y no al revés. Dicha discordancia lo alegra mientras el padre despide a la hija menor con una mirada seria. Ella se va agradecida, haciendo gala de la simbólica resistencia del desprecio adolescente.

«Hola, mamá, papá, Nat...», grita Amanda a su hermana, que saluda con un gesto indiferente mientras se aleja.

A Sick Boy le resulta de sobra evidente que Godfrey Coningsby, el hombre alto, envarado y de pelo hirsuto, ejerce el papel de patriarca poderoso. El acento pijo de Amanda no hace sino aumentar esta impresión. Ya lo ha oído brevemente en los momentos en los que ella baja la guardia, pero nunca de un modo tan abierto. «Mamá, papá, este es Simon. Simon, estos son mis padres: Julia y Godfrey Coningsby.»

Julia se lleva volando la mano al pelo color miel y sonríe como si estuvieran forzando su cara a pasar por un colador de malla. Consciente de que tiene un temblor en el pantalón, Sick Boy se obliga a mantener en su expresión una máscara de neutralidad. Godfrey lo ignora por completo y, por encima de unas gafas de montura negra anidadas en la nariz, echa una mirada mordaz e interrogante a Amanda, que mantiene un silencio categórico.

Es en ese punto muerto breve e insidioso, roto solo por el constante ritmo de un recargado reloj de pie, cuando Sick Boy decide que detesta a Godfrey Coningsby. En esos momentos, la televisión y los periódicos no hacen más que hablar de la tragedia de Hillsborough y de las muertes de los hinchas del Liverpool. Siente en lo más hondo de sus entrañas que ese empleado del Ministerio del Interior, ese facsímil de humano privilegiado con cara de póquer, está metido de lleno en la manipulación de lo que de verdad ocurrió.

«Por favor.» En un intento por circunvalar la incomodidad, Julia les hace un gesto para que se sienten a comer a una gran mesa del espacioso comedor junto a una cocina de diseño rústico pero con todas las comodidades modernas.

El menú consiste en quiche y ensalada. Sick Boy declina tanto la comida como un vaso de vino. «No, gracias, no tengo hambre», declara. Se conforma con agua y decide saborear cada minuto de la tensión creciente.

Mientras comen, Coningsby le lanza miradas entre bocados de quiche. *¿Quién cojones se cree que es*?

Amanda se da cuenta de las miradas de su padre y se aclara la garganta. «Tenemos algo que anunciaros», informa con falsa *joie de vivre* mientras se quita el guante de encaje y enseña el anillo. «¡Vamos a casarnos!»

«¿Qué?», exclama Godfrey Coningsby.

«Esto es un poco repentino...», suelta Julia con un lloriqueo estreñido.

Godfrey niega despacio con la cabeza. Traga un bocado de quiche. Siente una miga bajo su labio inferior. Coge una servilleta, se la quita y luego vocifera: «¡Es ridículo, eso es lo que es!».

«Bueno, pues muchas gracias», responde Amanda.

«¿Desde cuándo os conocéis? ¿Dónde os conocisteis? Seguro que en algún grupo de desintoxicación...», especula encolerizado Godfrey Coningsby antes de clavar la vista en su hija y comprobar lleno de ira que ha dado en el clavo. «Es así, ¿verdad?»

«God...», le ruega Julia con tono sumiso.

Mientras esta conversación prosigue, Sick Boy estudia el salero y el pimentero. Fornidos, achaparrados y cuadrados, le recuerdan a Mike Ford, el excapataz de una obra de Edimburgo en la que lo colocó la oficina de empleo. Fue una ocupación corta pero instructiva: aprendió que no era apto para el trabajo físico duro ni para las jornadas de nueve a cinco. Pero, a pesar de haberse mostrado distanciado y ausente, ha estado escuchando con atención las suposiciones del ofendido Godfrey Coningsby.

Siente que Amanda le tira de la mano. Mira su rostro sonrojado. «¡Quiero a Simon y él me quiere a mí!»

«¡Cielos, déjalo ya! ¡Qué sarta de tonterías!» Godfrey se vuelve hacia el joven que se sienta al lado de su hija. «Y tú, ¿qué tienes que decir?»

El visitante de Cantley Lodge se mantiene en silencio, pero Amanda siente que la tensión que recorre el cuerpo de su novio llega hasta el suyo.

Sick Boy recuerda las miradas frías de Begbie, las que precedían a la violencia. No simula la amenaza con tanta facilidad como el amor

o el afecto, pero ahora es el momento de probar. *Cabronazo encubridor de la tragedia de Hillsborough*... Deja que el silencio se prolongue. Llena su corazón de hielo despectivo y mira a Coningsby a los ojos. «¿A ti? ¡Nada en absoluto!»

Literalmente sin palabras, Godfrey Coningsby mira enfurecido y confuso al intruso. ¡Nadie le ha hablado nunca en ese tono, en su propia casa, y menos un plebeyo venido a más! Cuando recupera la voz, suelta: «¡Entonces deberías marcharte de mi casa ahora mismo!».

«Primeras palabras sensatas que oigo desde que he puesto el pie aquí.» Sick Boy asiente con energía y se vuelve hacia Amanda. «Vamos, nena.»

Amanda, conteniendo disimulados sollozos de tristeza y frustración, se levanta y mira a su padre. «¡No puedes alegrarte cuando tomo decisiones por mí misma! ¡Eres incapaz!»

Mientras ella y Sick Boy se dirigen a la puerta, oyen a Godfrey vociferando tras ellos: «¡Eso es porque está clarísimo que eres incapaz de tomar decisiones sensatas por ti misma!».

Al partir de Cantley Lodge, Sick Boy imagina que oye las súplicas de clemencia pronunciadas con voz queda por Julia Coningsby a su marido. Atraviesan el parque y vuelven a la estación de tren. No es la ruta preferida de ninguno de los dos, pero los llevará a Waterloo bastante rápido. Amanda tiene los ojos llorosos y lo agarra con fuerza. «Está todo bien, nena», dice Sick Boy, «se pondrán de nuestro lado: tenemos la carta ganadora», dice tocándole la tripa.

«No conoces a mi padre...»

«Conozco a la gente.» Sick Boy mira un seto vivo cerca de la estación de Syon Lane donde hay algún animal husmeando. «Cuando sepa que hay un nieto en camino, hará lo que sea por ponerse a bien. Cuando sepa que tienes un bombo, explotará seguro, pero no tardará en subirse a bordo. El *bambino power.* Confía en mí.» Sick Boy se da un toque en la cabeza, luego decide que quizá está exhibiendo demasiado un lado de sí mismo que prefiere ocultar. «Además, ¡me da igual! ¡Nos tenemos el uno a la otra!»

«Sí.» El rostro de Amanda se tensa cuando llega el tren. «¡Que le

jodan!», y le rodea el cuello con los brazos. «¡Busquemos fecha! ¡Quiero contárselo a todo el mundo! Lo de la boda, no lo del bebé, todavía no... Como dices, ¡hagamos las cosas por partes!»

«De acuerdo», suelta Williamson eufórico. Acto seguido alza la vista hacia el sol, que resplandece a través de una nube, y se embriaga del perfume de Amanda mientras las dulces ruedas de la intriga giran en su mente. Entran en el tren.

25. PENSANDO EN EL GOBIERNO

En uno de mis dulces sueños,
de la naturaleza la mayor bondad,
mientras la vista mantenía clavada
en la luna a medio menguar.

WILLIAM WORDSWORTH

Ali está en la cocina picando cebollas, yo estoy en el dormitorio pensando en el gobierno, como Bob Dylan en «Subterranean Homesick Blues». Nah, en realidad no; lo que pasa es que allí soy un estorbo. Siempre me corto con el cuchillo cuando intento cortar tan rápido. Ella dice que hay que cortar alejando el filo de ti. A las chicas les cuentan todas esas cosas en la clase de ciencia doméstica, pero a los chicos no. Eso es sexista, tronco: no se puede domesticar a un felino salvaje sin aplicar ciencia.

Ali ha preparado una tortilla y unas tazas de té. Por lo general no me interesa mucho la comida, sabes, pero esto mola. Lleva queso y champis. Nos sentamos delante de la tele. «Tortilla molona», suelto. Luego añado: «Seguro que nos clasificamos, o sea para Europa. Los Hibs, digo».

Ella no dice nada, solo enciende la tele para ver la reposición de la tarde de *Coronation Street*.

Las cosas están muy tensas desde que hemos oído que Sick Boy se casa. Con una chavala pija de Inglaterra. Ali vio a Franco el otro

día, y yo ni siquiera sabía que había vuelto a salir del trullo. ¡Le contó que Sick Boy había subido aquí con la chavala nueva, que se van a casar y que van a tener un crío! Creo que a Ali la mosqueó un poco que estuviera por aquí y no se pasara a saludar. A mí también, porque, aunque no tengo tiempo para el pájaro ese, la cosa viene de largo. Pero, a ver, que, si me llega una invitación, ¡pienso bajar a esa boda!

Y encima, Ali me decía que Franco quiere verme para saber quién conoce a Seeker de los yonquis de Muirhouse y Leith. Y eso son malas noticias, tronco, porque esos dos leones se sacaron las garras en la trena. Bueno, le digo a Ali, yo paso de cruzarme en su camino. Ni en el de Seeker. Nadie debería meterse entre esos dos. *Mira a través del espectro*.

Tengo la pasta bien escondida, tronco, pero tendré que sacar un poco de guita para la boda de Sim... de Sick Boy. Porque pienso llevar a Ali allí abajo. Al principio pensaba que era el último sitio al que quería ir, pero ahora pienso que es una idea cojonuda. Porque será verano, y ya habrá llegado el bebé. Según lo pienso ahora, así Alison verá con sus propios ojos que Sick Boy está casado con una tipa rica y que tiene una criatura, así que mejor que se olvide de él. En fin, que está mejor conmigo, con alguien que la quiere de verdad. Aunque yo haya estado coqueteando con el jaco, pero está todo bajo control. ¡Vamos, que no es como antes, eso está claro!

Pero veo que tiene la cara crispada. Va a ver a su hermano pequeño, a su hermana y a su padre. Pasa mucho tiempo allí desde que se murió su madre. Su viejo está bien y el canijo está un poco asilvestrado, aunque también está bien, pero a Kath, su hermana pequeña, no le caigo bien. Y, sin querer, se me escapa. «A Kath no le molo.»

«¿A quién?»

«A tu hermana. A Kath.»

«Mi hermana se llama Mhari, Spud. Lo mismo ayuda que te aprendas su puto nombre.»

Eso me hace pensar. «¿Por qué la llamo siempre Kath?»

Ella niega con la cabeza y sigue viendo la tele.

Pero sé que está cabreada. En este gran futuro no puedes olvidar

tu pasado. No tenía que haber dicho nada, pero estamos viendo *Coronation Street* y está callada. Ni siquiera estamos imitando a Mavis y Derek. Estoy sudando, tronco, no es que esté enfermo, pero me vendría bien un pico. Es el jaco. Luego oigo que se me escapa otra cosa: «Sé que te gustaba. Sick Boy».

Gira la cabeza. «¿De qué hablas?»

«Bueno, como él se va a casar y hay un bebé en camino, seguro que estás dándole vueltas», digo. «Pero ahora estamos juntos y es amor verdadero y tal, así que yo tranquilo. La cosa es que tienes que pasar página, en plan persona adulta y eso.»

Me mira como si fuera un mal bicho. O peor: como si fuera idiota. Como si hubiese dicho alguna chorrada. Luego se levanta de repente y va al aparador a coger una factura del gas, toda roja. «¡Esto, Danny! ¡Lo que me preocupa es esto! ¡El mundo real!»

«No te preocupes», digo. «Yo me encargo.»

«¿Cómo? ¿Cómo vas a hacerlo, Danny?»

«Déjamelo a mí. Yo me encargo», ronroneo.

«Lo creeré cuando lo vea.»

«Créeme», suelto, y me levanto y me largo. *Se va a enterar*.

En la calle hace fresco, pero no frío; de hecho parece verano, pero Monny y yo nos desfasamos un pelín anoche y ahora estoy un poco jodido. Se nos fue la mano, nos pulimos un par de bolsitas. Sí, y ahora me vendría bien un pico, pero no quiero volver a engancharme. *Aguanta el tipo*.

Voy al cajero a ver mi saldo. Solo me quedan 31,27 libras, tronco. La factura esa de gas es casi lo mismo. Así que tengo que coger un poco del otro dinero. Lo he enterrado en tres sitios distintos para no poder echarle el guante. Así evito gastármelo todo en jaco. Pero ahora tengo que ir al sitio donde he enterrado solo doscientos en caso de emergencia.

Voy a casa de mi madre a tomar un té. Recojo el *Daily Record*. El chaval ese que hacía *spaghetti westerns*, el que salía con Clint Eastwood, se ha muerto. «Anda que los *spaghetti westerns*...», digo.

Nadie dice nada, así que me voy al parque de Leith Links. Empieza a hacer calor, sí, el verano está apretando. No sabía si mi colega estaría aquí abajo, pero lo veo de inmediato al otro lado de la valla

llenando una bolsa con basura del jardín. Lleva el pelo rapado, pero se le está poniendo canoso por los lados, así que parece un mapache, y lleva un piti colgado de la boca. La tripa cervecera le ha bajado mucho y en los ojos tiene un pequeño resplandor.

«Rab», suelto, porque es de mala educación llamarlo Segundo Premio ahora que somos mayores. Tampoco es que sea un mote muy elogioso, no. Sí, Rab siempre andaba buscando gresca cuando iba borracho. Sobrio no era violento para nada. Yo creo que la culpa es de Franco, porque fue él quien lo metió en la priva. Sin alcohol, Rab habría sido un gran futbolista. Hasta estuvo en el Manchester United y todo. El nuevo George Best, decían. *Serás mejor que George Best, hijo*, le decía el tal Tommy Docherty. Pero no.

«Spud, pasa.» Abre la verja. No es que me importe que me llamen Spud, sabes. Hasta mi madre me lo dice últimamente. Pero Ali todavía me llama Danny a veces. Me hace sentir guay, tronco. Daniel en la guarida de los leones.

Doy la vuelta y entro por la verja. Parece que Segundo Premio tiene un buen terrenito y todo. Pero no sé qué tiene plantado, tronco. En plan patatas, zanahorias y movidas así. Hay una caseta pintada de verde muy chula. «He venido a ver si me puedes prestar una pala.»

Le da una calada al cigarro y me mira de arriba abajo. «¿Para qué?»

Mejor no soltar la verdad. «Voy a llevar a mi sobrina a hacer una búsqueda del tesoro», le digo. Y de verdad desearía llevar a la pequeña Sammy a una excursión así. Eso es lo que tendría que hacer con la pasta, llevar a Sammy a algún sitio como Disneylandia. El viaje de su vida para ella y para su madre.

Segundo Premio asiente un par de veces, como digiriendo la información. «Vale», dice, y nos vamos a la caseta verde. Está llena de herramientas de jardinería, macetas, bolsas de tierra y fertilizante. Huele guay, a ese jabón raro de la madera de la caseta. Sí, mola que tenga alguna afición aparte de la movida de la iglesia en la que se ha metido. No es que tenga nada contra la peña religiosa, pero eso no es para mí. Yo no sé si hay una cabeza superior en el cielo o no, ni lo que quiere de nosotros si es que

existe. Cuando me llegue la hora, apareceré por las puertas de perlas en plan: *¿Todo bien, tronco? ¿Cómo funcionan las cosas por aquí? Estoy totalmente en tus manos, tigre*.

Espero que el cielo sea como una discoteca en la que esté yo solo con toneladas de chavalas buenorras ofreciendo a-m-o-r puro. No es que fuera a engañar a Ali, ojo. Ella estaría allí también. Pero quizá en el cielo no habría celos. A lo mejor todo sería más relajado.

«¡Spud!» Segundo Premio, o mejor dicho Robert McLaughlin, ha recogido una pala con una punta afilada y la está envolviendo en una de esas bolsas de basura de jardín gruesas. Me la da.

«Gracias, hermano, cuidaré de ella. ¿Qué tal vas? ¿Sigues sin privar?»

«Paso a paso, colega. Rezar ayuda. ¿Y tú con el caballo?»

«Lo mismo, pero sin rezar.»

«Deberías venir al grupo bíblico de la iglesia, colega. Hay una reunión esta noche.»

Nah. «Quizá algún día, jefe, pero esta noche no puedo», suelto. «Bueno, gracias, tronco, me las piro.»

«Cuida de la pala.» Señala la herramienta envuelta. «Sé que es una tontería porque no es más que una pala, pero fue de mi abuelo y después de mi padre.» Alza la vista para mirar su terreno y se protege los ojos del sol. «Sí, los dos trabajaron esta tierra», continúa, como si fuera un pionero en el medio oeste estadounidense.

«Vale», contesto, le hago un gestito de despedida y me voy.

Se pone a trabajar otra vez, a regar las verduras con una manguera. Hay que reconocer que Segundo Premio se lo está currando, venga a plantar patatas y zanahorias para no privar. Pero, como he dicho, la movida de la iglesia esa no es para mí. Se me irían los ojos al techo y pensaría: *Señor, señor, apiádate de mí, que me muero de aburrimiento*.

Cuando llego a casa, Ali ha salido a hacer su turno en el bebedero, así que espero a que oscurezca y luego salgo yo también con la pala de Segundo Premio.

Lo bueno del parque de Pilrig es lo cerca que está de mi casa. Leith Links está más cerca, sí, pero quizá demasiado cerca. Y es

demasiado abierto y tal. Pero el parque de Pilrig está lleno de recovecos de todo tipo ocultos por árboles y matorrales. He enterrado la movida ahí porque quería tener al menos un fajo que pillar en caso de una situación de emergencia a lo bestia. El problema es que, a pesar de que ya se ha puesto el sol, el parque está a tope. Hay algunos chavales asilvestrados junto a la caseta del guarda. Dos borrachos en un banco bebiendo birra en latas moradas. Chavalillos pateando una bola de cañón de plomo y una llanta vieja de esas que ya no se ven por aquí hoy en día. Una brisa fría agita los árboles, luego a mí, y me llega hasta los huesos. Tengo un monazo y solo quiero que la peña se pire.

Largaos, troncos.

De repente, se me ocurre una idea guapa. Voy a una cabina telefónica. Ojalá Mark estuviera aquí, porque estas cosas siempre le salen que te cagas. Pero si Mark estuviera aquí, yo no estaría en este estado. O lo mismo estaría todavía peor. Pregunto por el Departamento de Parques y Jardines del Ayuntamiento de Edimburgo. Un tipo se pone al otro lado de la línea. «Parques y Jardines.»

Pregunto por Parques y el tipo me transfiere a la patrulla de parques.

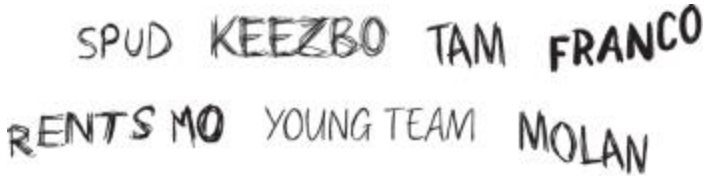
«Hola, ¿son los encargados de los parques?», pregunto al teléfono con tono esnob. «Llamo por un incidente en el parque de Pilrig. ¿Sabe por casualidad que se está produciendo un disturbio aquí? Una pandilla de vándalos está destrozando los árboles. ¡Les he llamado la atención, pero solo he conseguido que me insulten a boca llena!»

«Nos encargamos ahora mismo, señor», dice una mujercita de voz remilgada. «¡Ahora mismo mando una furgoneta para allá e informo a la policía!»

¡*Qué guapo*!

«Gracias», y cuelgo y vuelvo a entrar en el parque.

Voy a otro banco. Lo veo grabado en la madera, todavía visible debajo de todas las capas de pintura. Recorro las marcas con el dedo.



Me quedo un rato en trance. Pienso en cómo ha cambiado todo. Mark se ha pirado. Tommy está muerto. Keezbo casi: está con sida en chirona. Franco, siempre entrando y saliendo de la trena. Y Mo, Mo Flanaghan, un tipo guapetón que se mató a base de alcohol. El chaval tenía hasta un crío y todo. El nombre de Matty no está ahí, pero también se lo llevó el jaco.

Unos cinco minutos más tarde, llega un furgón policial y aparca. Meto la pala debajo del banco para que no la vean. Salen dos polis, uno joven y otro con pinta de vejestorio. Los chavalines de la bola de cañón se piran, los dos borrachos también. Los gamberrillos miran a los de la pasma, que van directos hacia ellos. Se quedan donde están, como si se la sudara. Entonces me levanto del banco y me acerco para oír lo que pasa. Detrás de mí aparca la furgoneta de la patrulla de parques y sale un guarda, un pavo gordo con gorra ladeada y gafas de sol tipo espejo.

Oigo que uno de los chavales –parece que están todos puestos de pegamento– se dirige a los polis: «¡Ni hemos tocado los putos árboles!».

Los polis están en pie con la boca abierta, pero el encargado del parque avanza e interviene, chillando con voz aguda: «¡Esos abedules plateados se plantaron para compensar la pérdida del olmo holandés!».

«Que les den por culo a los árboles de mierda», suelta el chavalín, y sus coleguis ríen con disimulo, meneando los hombros. No los critico, porque nosotros habíamos sido iguales. Creo que uno de ellos es un Sutherland, tiene esa mirada uniceja y los ojos salvajes de zumbao que parecen siempre drogados aunque no lo estén.

El encargado del parque está mascando chicle con los brazos en jarras y mira al policía mayor, que dice con voz cantarina: «Olvídate de los árboles, pero cuida esa boca, amigo».

«¡Que te follen, carcamal! ¿Todavía de uniforme, a tu edad? ¡Seguro que eres un paquete!»

Los amigotes del presunto Sutherland joven se están poniendo violentos, descojonándose, y al viejo madero no le está haciendo ni pizca de gracia.

Entonces se oye un estruendo. Me doy la vuelta y veo que uno de los muchachos ha teñido la ventana del coche de policía con una botella de vino. Otro se acerca al encargado de parques y le calza un buen gancho... Las gafas del pobre gordito salen volando... Las busca a tientas por el suelo... Joé, tronco...

El madero viejo se queda mirando mientras el madero joven pide refuerzos por radio. Yo he recogido la pala y me largo de ahí, porque no quiero verme envuelto en esta historia. Con los nervios de yonqui al límite, soy una marioneta colgando de cuerdas raídas. Me abro.

Justo cuando estoy a punto de salir, entran otros dos coches de policía por la verja principal y se meten directamente por el césped. Me paro y miro cómo van pisando la hierba. Desalojan el parque, detienen a dos de los chicos –un mocoso, presunto Sutherland– y los demás se largan echando leches hacia Powerhall. Si se cuelan en la red de ferrocarriles abandonada, la poli puede tirar la toalla. ¡Una movida de escena, y todo por culpa de mi llamada!

¡Ese grupito de jóvenes era bastante *hardcore*!

Me doy unas vueltecillas en torno a Leith Walk y Junction Street y luego subo de nuevo por Bonnington Road antes de regresar al parque por la otra punta.

Está desierto.

Voy por detrás de la caseta, donde enterré las doscientas libras metidas en una bolsa de plástico. Desenfundo la pala. Tiene la punta afilada y solo necesito unos minutos para alcanzar el botín.

Cuando llego a casa, pongo tres billetes de diez encima de la factura del gas.

Luego me meto en la cama con ella. Se aleja de mí. Quiero hacer cucharita con ella, pero me siento un poco asqueroso por el caballo de anoche... o por su ausencia de hoy. Pero eso se solucionará dentro de unos días. ¡Aguanta el tipo! ¡Luego podrás darle amor de estilo tradicional!

¡Pues nada, ya está pagado el gas!

Cuando me levanto al día siguiente, casi sin dormir, voy a la cocina y ella levanta los billetes como si fueran un abanico. «¿De dónde lo has sacado?»

«Le hice un favor a alguien hace poco, le ayudé con una mudanza. Pensé que se había olvidado de mí, pero no, el tipo cumplió.»

«Seguro», suelta, como si no se creyera una palabra. Ni siquiera dice gracias.

No me mola nada cuando está así, tronco. Es mejor cuando está suave y agradable. Así que salgo a pillar leche, pero cuando paso al lado del Cenny veo a dos tipos que me resultan familiares fumándose un cigarro fuera y siento que por dentro digo *oh no* y pienso en cruzar la calle incluso antes de que Franco salga pinta en mano fumando un piti. Mira a los otros dos, que apagan la colilla y vuelven dentro. «Spud. He estado buscándote, cabrón. He visto a Ali. Tenía pensado pasar más tarde, pero tengo que ver a los putos críos. Igual los llevo al cine.»

«No sabía que hubieras salido, Franco.»

«Sí, y está guapo, capullo», y de repente afila la mirada. «¿No dijiste que Renton y Sick Boy habían estado en desintoxicación con el mostrenco de Seeker?»

«Sí, estuvimos allí juntos», suelto. No me gusta estar aquí, tronco, tan expuesto, con coches y buses pasando y echando humo, peña paseando y mirándote.

Franco no se da cuenta de nada. Se toca el cráneo. «Está bien saberlo. Y quería hablar contigo sobre la boda de Sick Boy. Será el verano que viene, según dice.»

«¡Sí, con el pan en el horno no habrán tenido ganas de quedar!»

«¡Estará genial! En cuanto sepa las fechas, pillo billetes de tren para nosotros dos.»

«No puedo ir, tronco, no tengo pasta», digo. No me gusta mentir a los colegas –ni siquiera a Franco–, pero obviamente no puedo explicar de dónde vendría el dinero. No tengo ni idea de dónde está Mark, aunque casi seguro está en Londres. Pero eso no le impedirá a Franco torturarme hasta que se lo diga.

«¡Yo tengo dinero! Te lo pago yo, imbécil. ¡Es la boda de un

colega!»

«No sé si va a invitarme, y no creo que Ali quiera ir...»

«¡No jodas, claro que te va a invitar! ¡Y a Segundo Premio! ¡Sois los únicos colegas que tiene! ¡Y yo voy a ser el padrino!»

«Pero Ali no quiere ir...»

«¿Y? ¡De puta madre! ¿Te crees que yo voy a llevar a alguna tía? ¡Chicos de Leith en Londres! ¡Nos vamos en tren sin que los coños nos corten el rollo y luego masacramos a polvos a las damas de honor! ¡A las pijas de Londres les encanta el acento escocés! Estaremos follando toda la noche», suelta, moviendo la pelvis hacia delante.

A mí no me mola bajar sin Ali, tronco. Yo solo querría ir con ella; así verá que yo soy su novio y que no vale la pena guardar esperanzas con Sick Boy. «No lo sé, Franco...»

«Vas a venir y no se hable más», ordena el león. Luego me da un puñetazo en el brazo. «¡Fin de semana en Londres para los chicos de Leith!»

Tío, que duele... «Vale», digo.

Pues eso, que no tengo opción, tronco. Ninguna en absoluto. Y no quiero ir a la boda de ese. Porque Ali no quiere ir, porque todavía le gusta más que yo. Y ahora tendré que bajar por culpa de Franco, pero es una auténtica tortura. No es justo, tío.

Nunca tengo opción.

26. DE PUTO NADA

Una aciaga medianoche, mientras débil cavilaba
sobre un curioso volumen de saberes olvidados
y asentía, somnoliento, de repente se oyó un ruido,
como si alguien a mi puerta llamase con gran cuidado.

EDGAR ALLAN POE

Si esa imbécil no abre la puerta pienso echarla abajo a patadas. Encima que vengo a saludar a los críos, y la muy gilipollas...

Cuando por fin abre la puerta de los cojones, está toda arreglada. Pintada como una puerta: lápiz de labios..., el combo completo. «Frank...», dice. «Pasa... Estaba preparándome para salir.»

Entro y apesta a cigarrillos y pañales. Esto es una idea malísima desde ya. Y la idiota esta venga a hacer cosas ahora, ordenando, tirando porquerías y vaciando ceniceros en una bolsa de basura. La muy zorra quiere que deje a mi madre y me venga a vivir aquí, ¡con ella! *Sí, seguro*. «Los niños estarán contentos de verte, Frank. Olivia ha salido con ellos, pero volverán en cualquier momento. Ella se queda a cuidarlos esta noche... Creo que le están entrando instintos maternales... ¡Pero no es que me queje!»

«¿Quién tiene a los putos críos?»

«¡Olivia, mi hermana!»

Así que me siento en el sofá y pienso en esto. Una cosa es segura: que Olivia tendrá el coño más prieto que June después de parir a dos niños como fuego racheado. En algunas tías la cosa vuelve a su sitio de golpe, pero en ella no. ¡Echarle un polvo ya era una mierda después del primer cabrón, yo paso después de que haya cagado al otro!

Me agacho para echar un vistazo a sus discos: la misma mierda casposa de siempre. Me cago en Barry Manilow: he aquí uno que se merece que le pongan la mandíbula morada. Billy Joel. La tía esa –la negra que escucha todo el mundo–, la que canta «Fast Car». Si volviera a vivir aquí, tiraría toda esta basura a tomar por culo. Solo tiene uno de Rod Stewart –aunque sea el de *Every Picture Tells a Story*– y nada del tío de los tirabuzones de Led Zeppelin. Es el único que está haciendo algo que vale la pena escuchar. Aparte de Rod Stewart, pero eso no hace falta ni decirlo. Si fuera por mí, nadie escucharía nada, solo Rod Stewart y Led Zeppelin. Escuchar toda esa basura de yonqui es lo que jodió a Renton y al resto del grupo.

La verdad es que algunos no saben la suerte que tienen. Dejé a Spud plantado en la calle, con esa cara de ratón enmonado que tiene, como si necesitara un pico. Me lo habría llevado a privar si no tuviera que ver a los críos. Tengo un poco de farlopa de Dessie y Abbo; con eso y la priva uno va que chuta, no como los yonquis estúpidos con el jaco. Cuando piensas en todos los pobres capullos que están encerrados mientras que el cretino de Murphy anda suelto... Pero ese si ni se entera de que está vivo. O si piensas en el puto negro de la tele, el almirante Nelson o como se llame; al colega lo encerraron durante años en la isla esa. El muy desgraciado conoce el valor de la libertad. ¿Lo verías metiéndose caballo si lo dejasen salir? Y tiene muchas más razones para hacerlo que Spud.

Si no está pinchándose otra vez, poco le falta, eso es así. Para eso sí que encuentra pasta... Y eso que ni siquiera iba a ir a la boda...

Aunque sé perfectamente por qué cojones es.

Envidia.

¡Me tiene envidia porque me han pedido a mí que sea el padrino y

no a él! Por eso se ha mosqueado el muy mamón. Pasa en todos los ámbitos de la vida; como la zorra esa que ha denunciado a Mike Tyson, el mejor boxeador del mundo; para ella es todo cuestión de pasta y envidia, ni más ni menos. Sí, el monstruo de los ojos verdes: ¡cuando le echa las garras a la peña es peor que la heroína!

Sí, es genial estar libre. No hay nada igual.

El problema es que a veces te entran ganas de hundirle la cabeza a alguien. Pero eso es solo el subidón. No son formas: si ningún hijo de puta se mete conmigo, yo no me meto con ningún hijo de puta.

Así es como el cabrón... Mira que comprar pornografía para maricones... Los vio dándole al tema, ¡Y ME LO MANDÓ A MÍ! ¡Matasellos de Londres! ¡Está ahí! ¡Renton!

«Acabo de poner la tetera, Frank, los niños no tardarán, Olivia los habrá llevado al parque.»

«¿No hay nada de priva en esta choza?»

«No», dice prendiéndose un cigarrillo. La miro y me enciende uno a mí. «Pero he puesto la tetera a calentar, porque tenemos que hablar de los niños y de nosotros...»

Me pongo de pie. «Venga, nos vemos.»

«Acabas de llegar, ¿no vas a esperar a los niños?»

«Los niños no están, ¿verdad?»

«Sí, pero volverán...»

«Tú estás preparándote para salir, ¿verdad?»

«Sí, Angie, del trabajo, es su despedida, vamos a comer a un italiano y luego...»

«Bueno, pues no quiero entretenerte. He venido a ver a los críos, no están aquí. No hay priva. La casa está asquerosa. Además, estás a punto de salir. Así que», digo apuntándole a la cara con el cigarrillo, «nos vemos.»

Me doy la vuelta y me largo. Ella sigue lloriqueando desde el balcón mientras bajo por las escaleras. Debería volver a romperle la mandíbula, pero acabaría echándole un polvo y ella se pondría besucona con ese hocico asqueroso que tiene. Además, estoy pensando que mejor me paso más tarde a ver a los niños cuando esté Olivia...

Fuera, por Leith Walk, se está de vicio. Me estoy pimplando otra

pinta. Me pregunto a qué italiano va a ir. Tendría que haberle preguntado a Sick Boy cuál es el mejor. Se sabe todas las movidas italianas. Así es la estúpida de June, una descerebrada. No piensa una mierda.

Sick Boy conoce a un montón de peña, sobre todo tías, menudo hijoputa, pero mola que me haya pedido que sea su padrino. Aunque, claro, si el chorizo de Renton no nos hubiera robado la pasta, se lo habría pedido a él.

Me meto en el Volley. Voy al teléfono de pago y llamo a Lexo. Contesta una tía. Le digo que me ponga con Lexo. Ese capullo siempre quiere hablar de cualquier chorrada, así que le digo que le estoy pidiendo una Stella y que mueva el culo hasta aquí. Al primero que veo junto a la barra es al viejales de Davey Copeland, que solía pimplar en el Marksman. Me cuenta que la madre y el padre de Renton, el señor y la señora Renton, buena gente, se han mudado, avergonzados del hijo de mierda que tienen.

«¿Alguna idea de adónde han huido?»

«No estoy seguro, Frank, pero fijo que se han ido de la ciudad. Ese chaval era una vergüenza muy grande para ellos.»

«Una vergüenza grande para todos. Tengo que encontrarlos para ver si saben dónde está su hijo. Nelly me ha contado que ha visto al viejo en el bebedero pero que reniega de Renton, que no sabe dónde está y que no quiere volver a ver a ese desgraciado.»

«Bueno, es natural», dice Davey, «porque a nadie le gusta un cabrón que roba a los suyos. Para ellos tiene que ser lo peor, porque la sangre es la sangre. Ese chico ha traicionado a todo el mundo.»

«Sí», suelto, «era una buena familia.»

En fin, que no estoy pensando en eso porque debería hacer un esfuerzo, por el bien de los críos. Y porque la pesada de June cierre el pico al menos diez minutos. Bien que sale a emborracharse y los deja con su hermana...

La basura de la tele que hay encima de la barra. El ejército de chinos no se anda con chiquitas en la puta plaza de Tiananmén. Han ido directos a por los gafotas. El mamón de la BBC suelta: «Por desgracia para los estudiantes que protestan, el gobierno no parece de humor para negociar».

Ya te digo: no hay forma de negociar con algunos cabrones, si lo intentas se mosquean.

El gilipollas de Lexo entra –por fin–; vive en esta misma calle, un poco más abajo, pero aun así ha tardado veinte minutos en llegar. La Stella que le he pedido se ha quedado ya sin gas. Culpa suya, pero se la bebe igual. Así que nos ponemos a hablar y él baja la voz. El viejo Davey pilla el mensaje, termina su copa y se va. «¿Sigues haciendo apaños para Power?»

«Sí», digo. Pero me dan ganas de decir: *¿Y a ti qué te importa?* No quiero perder ni un minuto con gentuza que mete las narices en los asuntos de los demás. Esa gente no dura mucho. Power es un gordo cabrón, pero lo cierto es que en cuanto salí del trullo me dio trabajo. Algún imbécil le había dejado a deber unos cuantos gramos de coca a uno de sus camellos.

Lo arreglé de inmediato. Basta con sacar la navaja y de repente encuentran la forma de pagar. Qué curioso, ¿eh?

Pero Lexo tiene una mirada astuta, de listillo. «¿Está bien trabajar para él?»

¿Para quién coño está bien trabajar? «Power, McGregor, Syme: son todos iguales.» Los hijos de puta lo quieren todo. «Unos cabrones gordos y ambiciosos», me río, y Lexo también suelta una risita.

Sí, Lexo. Bueno, al menos él venía a verme a la trena. Aunque fuera porque estaba lleno de grandes ideas. Del tipo *cuando salgas vamos a hacer esto y vamos a hacer lo otro.* Al menos venía. Mostró un poco de interés. Eso cuenta para algo. Tal y como lo veo, ahí fuera hay gentuza mucho peor.

¡Pero lo mismo fue él quien envió la pornografía de maricones! A lo mejor es su idea de una broma, él bebiendo en el Nip en Easter Road con sus amigotes y riéndose de mí. ¡Bueno, pues dentro de un minuto se acabará la risa!

Entonces dice: «Deberíamos hacer la movida de la tienda de la que hablamos. Muebles de segunda mano, en un sitio de Leith Walk. Y vender solo pastillas. Nada de yonquis asquerosos, solo fiesteros majos. Haremos una fortuna».

Bueno, el que habló de eso cuando yo estaba dentro fue él. Pero no es mala idea. «Vale.»

«Lo que pasa es que a Tyrone quizá no le guste. ¿Qué piensas?»

«Qué coño tendrá que ver ese cabrón», y pienso: *Nah, no habrá sido Lexo, habrá sido el puto Renton.* «No es el dueño de la ciudad. No es el dueño de Leith.»

Lexo asiente y nos bebemos otro par. Luego le digo chao, porque sé que el jodío quiere llamar para pillar más farlopa –la única droga que vale la pena– y va a darse un homenaje, pero yo tengo que ir a ver a los mocosos.

Así que lo dejo y me voy a la tienda a pillar una botella de The Famous Grouse. Luego paso al lado del nuevo restaurante chino de Leith Walk, que se supone que es bueno, y doy marcha atrás porque veo a mi madre y a mi hermana dentro. «¿Todo bien, hijo?», dice mamá. Elspeth está leyendo el menú plastificado.

«Sí. ¿Qué vais a pillar?»

«Pollo al limón», suelta Elspeth.

«Con arroz frito», añade mamá.

«Qué curioso, no tenía tanta hambre hasta que he pasado por aquí y os he visto. Un puto pollo al limón... Suena bien.»

«De puto nada», dice Elspeth.

«Esa lengua», me regaña mamá. Luego me mira. «¿Adónde vas?»

«A ver a los críos.»

«June no está en casa», dice Elspeth con gesto astuto mientras mira la botella. «¿Eso es un regalo para los niños?»

No sé qué hace todavía estudiando con lo lista que es, la jodía rabanera. «No, es para después.»

«¿Qué pasa después?»

«A ti qué coño te importa.»

Eso la calla, al menos un par de minutos. Pienso que quizá ver la masacre de la plaza de Tiananmén me ha dado ganas de chino, así que me pillo un *chow mein* de pollo y vamos a casa.

Mamá le ha echado el ojo a la botella de The Famous Grouse, pero no me sale de los huevos abrirla ahora. Ni siquiera pega con el papeo: whisky escocés con comida china. Nos ponemos frente a la tele con las cajas de comida y vemos más movidas de la plaza de Tiananmén y, mientras escucho a los capullos de la BBC, que parece que tienen los huevos en la boca cuando hablan, pienso: ¿a quién

coño le importa? Vaya, que no es que esté pasando aquí fuera ni nada.

Luego empezamos a discutir sobre cuál es el mejor chino. Mi madre se pone a desvariar sobre uno de Haymarket y luego el bufé ese de Hanover Street, Hasta el Culo. «Hay que estar majareta para ir a un sitio con ese nombre», digo. «Además, todo el mundo sabe que los mejores están bajando por Canonmills.»

«Haymarket», dice mamá.

Bueno, me muerdo la lengua porque es mi madre y estoy en su casa, pero luego pienso: ¿qué cojones sabe ella de Canonmills, comida china, Haymarket o Hanover Street? ¡Si nunca sale de Leith! Así que pienso que mejor se lo explico a las dos idiotas. «El de Haymarket es una mierda. Por ahí no hay más que *jambos*.»

«¿Y?», pregunta mi madre, arrugando la cara de esa manera tan suya. «¿Qué tiene eso que ver con los chinos?»

«Nadie abriría un buen restaurante chino allí, sería una pérdida de tiempo. Pensadlo: aquí abajo estamos en un puerto, la gente de todas partes pasa por aquí. Paladares sofisticados. Los de Gorgie no serían capaces de distinguir entre la carne de un chucho y de un puto pollo.»

«Ya te he dicho que no hables así. ¡De puto nada, que no estás en el pub con tus amigos, Francis!»

Yo pienso: sí, pero pronto estaré con ellos. Y me piro, porque ya he pasado tiempo de sobra con mi madre y con Elspeth. Mi hermano Joe se ha vuelto a ir con la zorrona de Chip Sandra, así que estoy en su cuarto, pero es un coñazo estar allí escuchando mugir a ese par de vacas.

Fuera hace un viento helador. ¡Se supone que es verano, el ardiente junio! Lo que me recuerda que June, la otra puta ardiente, estará por el centro con sus amigas, seguramente en busca de algún desgraciado que se la folle. Espero que no lleve a ningún pervertido a casa con los chavalillos.

Me meto en su portal. Le han puesto esa especie de suelo de goma encima de los adoquines, pero algún imbécil ha meado encima. Me cago en sus muelas. Que aquí viven niños...

Olivia abre la puerta. «June ha salido, yo estoy de canguro.»

«Lo sé. Me lo ha dicho. Solo vengo a ver a los críos.»

Va al interior y la sigo. No tiene mal culo con esa falda corta... Qué jodía...

«Están dormidos, por ahí.» Señala un dormitorio.

Miro dentro. Están en el catre. Tienen ese aspecto inocente de los niños chicos. Pobres, pronto se lo quitarán a golpes. Está bien: la gente te toca los huevos si eres demasiado blando. La jodida plaza de Tiananmén. «Qué bien», susurro. Siento que está de pie detrás de mí, huelo su perfume. Ha cambiado a los niños, ha ordenado, y eso está bien, porque odio la peste que echan los niños desaseados. Una chica limpia, no como la zorrupia de su hermana.

«Angelitos», dice.

Entonces veo que el crío nuevo, el canijo de Michael, se está chupando el pulgar, igual que Sick Boy de chavalín, antes de que yo le metiera un mochazo en la cabeza en el patio y lo obligara a dejarse de gilipolleces.

«¿No es adorable?»

«Sí», contesto. Le voy a decir a la puta de June que ya puede ocuparse de que el niño deje de hacer eso, a no ser que quiera que cuando se haga mayor sea un mariconazo comepollas. Porque, como tenga que pararle yo los pies cuando sea un poco mayor, se va a enterar ese mamón.

Olivia y yo nos sentamos y yo pongo la cara B de *Every Picture Tells a Story*, pero bajo la aguja en «Mandolin Wind». Luego voy a buscar dos vasos, los lavo y saco la botella de The Famous Grouse de la bolsa. Los lleno. «Toma.» Le doy uno a ella.

«No me gusta el whisky.»

«Venga», digo, «es The Famous Grouse. La bebida nacional. ¡Ya es hora de que tú y yo nos echemos unas risas juntos!»

«Sí... Supongo que eres la pareja de June, o sea, como un cuñado.»

A eso no digo nada, solo sonrío y le ofrezco el vaso.

«Bueno, ¿June y tú no estáis pensando en casaros?»

«La verdad es que yo no valgo para casarme. Y tú, ¿tienes novio? ¡Seguro que sí!»

«Ahora mismo no.»

«Eso está bien.»

«¿Qué quieres decir?»

Curioso, estoy pensando en mi madre con lo del pollo, diciendo que *de puto nada*, y yo pienso: ¡*Más putas que las gallinas*! «Siempre me has gustado.»

«¡Eres el chico de mi hermana!»

«Yo no soy el chico de nadie.»

«¡Pero tienes hijos con ella!»

«Hoy en día eso no significa nada», le explico. Es curioso, pero los imbéciles nunca avanzan con su tiempo. «Quedarse preñada es cosa de ellas, quedarse después es cosa de ellos.»

Eso le da algo que pensar y arruga la cara.

Le estoy mirando esas tetorras debajo del top. «Te diré una cosa: estás más buena que ella.»

Se lleva la mano al pecho y me echa una sonrisita tímida. «¡Todo el mundo ha dicho siempre que ella era la guapa!»

«Todo el mundo se equivoca.» Doy una palmadita en el sofá. «Ven aquí y siéntate a mi lado.»

«¿Para qué?»

«¿Para qué crees tú?»

No dice nada.

Señalo la minicadena. «Una fiestecita.»

No pone muy buena cara, pero, para ser justos, la verdad es que se sobrepone. Empieza a sonar «Reason to Believe» y yo tengo razones para creer que alguien se va a cepillar a esta zorrilla. ¡*Más putas que las gallinas*! «Anda, quítate la ropa.»

Me mira fijamente con esos ojos enormes, pero sabe muy bien que se me está acabando la paciencia. Yo, al igual que el gobierno chino, no estoy de humor para negociar.

27. SEGUNDO CONFLICTO *VERSUS* GODFREY

Era en parte miedo, en parte amor,
y también en parte timidez,
el poder sentir, más que ver,
cómo se expandía su corazón.

SAMUEL TAYLOR COLERIDGE

Siempre me ha gustado empezar el día tomando una taza de buen café negro italiano y defecando después como si no hubiese un mañana. La purga matutina que te prepara para la aventura posterior. Bajar la mirada para evaluar mediante la vista y el olfato las decisiones de consumo previas. Si no consigo un buen zurullo, me siento raro, cargado todavía con el equipaje de excursiones pasadas. Por eso la heroína y la consecuente astringencia nunca constituyeron una opción a largo plazo. El parón gástrico, más que cualquier otra cosa, era ilustrativo de la naturaleza obstructora y antiprogresiva de esa afección.

Pero esta mañana no ha habido un *grande progresso*, porque por el pasillo oigo la voz de Amanda, normalmente muy calmada, que habla por teléfono cargada de tensión llorosa. Me limpio y tiro de la cadena para que desaparezca el mojón apestoso, me lavo las manos y, al salir, ella cuelga el teléfono con cara larga, cosa que me desconcierta. Llevamos la delantera desde el mes pasado, cuando dejamos caer lo del embarazo como si nada, sembrando la más

absoluta confusión entre los Coningsby. Pero puede que ya no. Al ver la boca temblona de Amanda, siento que las lágrimas están a punto de brotar, cosa que ocurre en cuanto la abrazo. «Nena... ¿qué pasa?»

Y ahora...

EL BOLETÍN DEL FOLLADOR:

Tras la noticia del embarazo invernal de su hija, Godfrey y Julia Coningsby necesitaron un agónico mes para emitir una segunda invitación a su hogar al irreverente italoescocés Simon David Williamson. Que pudiera declinar dicha invitación era algo que ellos no habían visto venir.

Pero, por supuesto, esta es una mañana húmeda de verano, hemos superado la semana veinticuatro y mis propias certezas se ven debilitadas por culpa de mi enemigo interno, hermoso y espontáneo. Al entrar en la cocina, justo cuando suena el clic de la tetera al hervir, me queda claro que mi princesa ribereña descalza, embarazada y embatada no puede más. «Mamá y papá no me dejan en paz, Simon.» Pone mantequilla en una tostada y la mastica con aire distraído. «Les parece increíble que vayan a ser abuelos. Están realmente emocionados y quieren hacer las paces. ¿Hablarás con ellos?»

Lucho contra el instinto vengativo de dejarlos cocerse un poco más. A fin de cuentas, a quien le meten caña es a ella. «Si es importante para ti, lo haré, por supuesto.»

Y de ese modo el valiente Williamson decidió que pondría rumbo al silvestre Isleworth y volvería a visitar Cantley Lodge.

Amanda me mira muy seria. Unas migas descuidadas salpican la parte delantera de su bata, algo poco habitual, y el aspecto alicaído de su boca y sus ojos indica que esta mierda le está afectando. «No quiero que te traten mal. Parece que ya te han molestado bastante. Yo iré allí a ganar terreno por las buenas.»

«Ya lo has visto, no es un hombre fácil. Es todo lo que tú no eres. A veces parece... que no tiene corazón.»

«Podrías estar juzgándolo desde la perspectiva de una hija. Pronto va a ser el abuelo oso. ¡Eso lo cambia todo!»

«Ves lo mejor en todo el mundo.» Amanda sonríe, expansiva y

cálida. Aunque no puedo evitar que su fe me conmueva, me preocupa un poco su ingenuidad. «¡Me da miedo que te coma con patatas!»

«¡Eh! Que ya soy mayorcito.»

Se levanta, me baja la bragueta y mete la mano dentro con una sonrisa mefistofélica e inquisitiva en el careto. «¡Tuve mucha suerte el día que te conocí! ¿Lo sabes?»

«El afortunado soy yo», sonrío; nos damos la mano y vamos al dormitorio.

Media hora después paseo por la calle, presa del feliz atolondramiento pospolvo.

Todavía me embarga una niebla dichosa al llegar a la estación de Gospel Oak para subir al tren de Richmond rumbo a Cantley Lodge. Me paso todo el camino apretujado con sudorosos plebeyos al calor del verano, pero concentrado en el futuro. Amanda lleva dentro a mi hija (espero). Un hijo sería un desastre absoluto cuando llegara la pubertad: yo acabaría asumiendo el papel de mi viejo en una desalentadora guerra de desgaste que el proceso de envejecimiento –si el chaval tiene lo que hay que tener– me haría perder al final. No, es una niña, seguro. Elijo nombres de un pijerío escandaloso: Eloise, Esmeralda, Penelope, Tamara...

Penelope. *Penelope Persephone Williamson-Coningsby*.

Una princesa del destino con un toque sensual de diosa mediterránea, clásica rosa inglesa y ojos claros caledonios... Hay que joderse, estoy pensando en mi propia hija nonata y se me está poniendo medio...

Para cuando me encuentro paseando por el parque, un monumento a esa ciudadanía de segunda clase que constituye *de facto* el noventa por ciento de la población británica, y cruzo las paredes cubiertas de hojas, mi paso rezuma confianza. Esta vez al joven Williamson no le hace falta ser escoltado ni entrar a escondidas. *Voy a por todas.* A la finca solo se puede acceder a través del parque, por la puerta del muro de piedra. Al estar junto al Támesis y al lado del camino del embarcadero, uno pensaría que tendrían un puto barco...

Llamo al timbre y la pesada puerta se abre con un zumbido. Miro

al final del camino de grava; ahí se alza Cantley Lodge en todo su esplendor. Más adelante veo la silueta rubiamiel de la madre de Amanda, estrujándose las manos en el umbral de la puerta, con unos vaqueros azules y una camiseta roja que le marcan las curvas. Avanzo hacia ella y el camino de piedra cruje bajo mis pies como cereales bajo la leche. Me saluda con una sonrisa rígida. «Hola», aventura en un intento de diplomacia. Hay que reconocer que es una mujer atractiva. «Me temo que no nos presentamos de forma adecuada la última vez. Todo esto nos ha impactado mucho.»

No es precisamente un trato de alfombra roja, pero habrá que conformarse. «Un placer, Julia», sonrío mientras pasamos al vestíbulo, pero lo único que recibo en respuesta es escarcha, manifiesta en la crispación y el malhumor de la boca y la mirada ansiosa y aguda. No importa, estoy seguro de que se derretirá. Es lo que suele ocurrir.

«God está ahí», y señala el gran salón.

¿God? ¿Lo llama God, como al mismísimo Dios? ¿Estás de coña?

Tengo que galvanizarme de nuevo contra el impacto de tan sobrecogedora riqueza. Lucho contra mi instinto de intentar tasar cuadros y muebles. En vez de eso, mientras avanzamos aprisa hacia el gran salón, me concentro en Coningsby.

El gafotas canoso deja el *The Telegraph* sobre la mesilla de café y se levanta de su sillón Chesterfield acolchado. Lleva un cárdigan de color azul cielo con botones castaños, un pantalón de franela beis y unos ridículos mocasines marrones. Los zapatos sin cordones me han alegrado el día porque son señal de debilidad.

Por un momento tonteo con la idea de tender la mano, pero no quiero darle a ese capullo el placer de rechazar mi apretón y tengo la impresión de que eso es lo que haría.

«Bueno, vayamos al grano», suelta Coningsby quitándose las gafas y echando la barbilla hacia delante con agresividad. «Vas a ser miembro de nuestra familia. Tú y mi hija tenéis un bebé en camino», dice, y detecto que suaviza el tono cuando utiliza la palabra que empieza por *b*. *Un error fatal.* «No es lo que hubiéramos querido para ella...»

«Lo cual habéis dejado muy claro», le corto de forma abrupta,

disfrutando del destello de duda en sus ojos. Este cabrón está acostumbrado a controlarlo todo. Bueno, ya estoy eliminando su apellido del nombre de lady Penelope Persephone...

«Pero tenemos que pasar página, y estamos dispuestos a aceptar que tengamos algún tipo de relación...»

«Muy magnánimo por tu parte», contesto remedando su timbre brusco, «pero, como me has hablado con franqueza, voy a corresponderos y dejaros las cosas bien claras a los dos», e incluyo a mamaíta: «Tengo cero interés en mantener cualquier tipo de relación con vosotros dos. ¿Entendido?».

God Coningsby se enfurece: no se lo veía venir. «No se puede decir que eso sea constructivo, ¿verdad?», suelta, pero está claro que lo he metido en un brete.

«Por favor..., sé razonable...», dice Julia con tono anhelante, temerosa de que los pulidos suelos de Cantley Lodge no lleguen a conocer las pisadas de los piececitos de lady Penelope Persephone. «Es nuestro nieto...»

Godfrey la abronca con la mirada, como si hubiese enseñado sus cartas, y así es, está claro. Entro a degüello y les devuelvo la mirada con el mismo altivo desdén con el que God me ha recibido. Pero se ve que su cara está perdiendo dicha expresión. «Bueno, ¿y eso en qué punto nos deja?», resopla. «Tenemos una boda, por el amor de Dios...»

«Nos deja donde siempre hemos estado: en ningún sitio», explico. Pienso en el majestuoso discurso que se marcó en el puerto el revolucionario John Maclean, en el que puso a todos los capullos en el banquillo: *me presento aquí no como acusado, sino como acusador.* «Estoy dispuesto a mostrarme civilizado, solo por el bien de Amanda, pero no deis por hecho que va a haber una boda ahora. Vuestra opinión al respecto fue muy clara, y, ¿sabéis?, a lo mejor teníais razón.»

«Pero eso era antes...» Coningsby fuerza una parada abrupta.

Alzo las cejas con desprecio, reconociendo su debilidad. «Digamos que los planes de boda se han enfriado. Si al final vamos por ese camino, se os informará.»

Veo el creciente dolor en sus caras mientras se miran entre sí. Se

esperaban al típico sacacuartos barriobajero, obtuso y obvio, cuyos esfuerzos resultarían toscos y torpes, pero se han dado de bruces con algo totalmente diferente.

«De vosotros no quiero nada en absoluto», explico. «En cuanto a mi mujer y a mi retoño, dependerá solo de ella el tipo de relación que tenga con vosotros, aunque podéis estar seguros de que haré saber mi opinión al respecto.»

¡Qué maravilloso es ver a ese hijoputa a la defensiva! Verlo perder la arrogancia capa a capa. «¡Oh, venga ya! Es absurdo que...»

Alzo la mano para silenciarlo y niego con la cabeza. «Había que haberlo pensado antes de despotricar. Antes», repito.

«Pero es que todo esto nos ha pillado por sorpresa», y disfruto al oír que su voz sube un par de octavas. «Es nuestra hija, por lo que más quieras...»

«Eso díselo a alguien proclive a perdonar o a olvidar. Ha sido un error de cálculo enorme por tu parte asumir que yo soy esa persona», remato marcando las sílabas y meneando un dedo hacia él, al estilo Ben Clough, antes de pivotar sobre el talón y salir.

Oigo que se pone a hablar de nuevo y Julia le manda callar. Luego ella sale corriendo y me llama mientras bajo las escaleras hacia el camino de grava rosa. «Simon...»

La primera vez que uno de los dos se dirige a mí de forma adecuada. Me detengo y me vuelvo para mirarla. «Oh, resulta que sí tengo un nombre.»

«Verás, por favor, sé razonable...»

¡Me lo estoy pasando que te cagas! «¿Tú me hablas de razón? ¿A mí? ¿Te preguntas si vuestro comportamiento hacia mí o hacia vuestra propia hija ha sido razonable?»

«Pero es nuestro primer nieto... ¡God va a ser abuelo, siempre lo ha querido, y tu comportamiento va a hacer muy difícil que tenga una relación con su propio nieto!»

«Cuenta con ello», sonrío y me doy la vuelta para marcharme.

«Simon, por favor...»

Giro de nuevo por un instante. Julia parece tan destrozada que creo que podría cargar con ella por las impresionantes escaleras hasta el dormitorio para dejarla inconsciente a polvos y solo

opondría una resistencia simbólica. Y God probablemente no haría nada más que mirar con estoicismo, aunque quizá se diese algún pellizquito involuntario en el capullo de la polla endurecida por encima de esa espantosa pana beis. «No hay nada más que hablar», y avanzo por el camino de grava.

Estos cabrones van a tener que rogar para que los perdone.

Ricachones. Deben inculcar a sus hijas desde una edad temprana que no se dejen preñar por un barriobajero. Y en realidad es el mejor consejo que le pueden dar a su prole. Porque no acabará bien. Para mí: *victoria acojonante.* Ahora soy yo quien controla sus niveles de incertidumbre. ¡Hay un nuevo mandamás en la sala!

Cruzo el río revuelto hacia la estación de Richmond –un paseo largo para el calor que hace, pero Syon Lane es demasiado vulgar y denigrante para mí–. Pillo un ejemplar del *Times* en un quiosco de prensa. Al llegar a casa de Amanda en Highgate, ya me he leído todo lo relevante –hay poca cosa–. Me emociono un poco al ver a Charlie Nicholas pavoneándose como si nada por la calle con una tía buena del brazo; estoy casi seguro de que es él. Ha dejado el Arsenal por el Aberdeen, aunque, en fin, solo los payasos como Renton van a la Ciudad del Granito. Seguro que ya se ha dado cuenta de que Aberdeen no tiene ni punto de comparación en cuanto a oportunidades de folleteo de calidad. ¡Es estupendo ver a otro escocés faenando por la elegante zona de Highgate!

Me he dejado las llaves, pero Amanda me abre por el telefonillo. Su silencio y su extraña expresión me lo dicen todo cuando subo por las escaleras; le devuelvo la sonrisa.

«... ¿Qué tal ha ido? Mamá ha llamado y me ha dicho que estabas muy enfadado y que no quieres tener nada que ver con ellos», entona sin aliento.

La beso y enmarco su cara con las manos cuando entramos dentro. «Sí. Comprenderás que he tenido que bajarles un poco los humos. Te han hecho llorar. No se me olvida: nadie puede hacerte eso.»

«De hecho, mamá ha dicho que has mostrado mucha determinación, ¡y que te habían subestimado!» Amanda tiene el careto colorado de excitación.

Tiro de ella hacia el sofá y siento un arrebato fantasma, pero lucho por controlarlo. Yo también he despachado halagos como arma y reconozco el claro intento de contramanipulación por parte de la futura suegra pija. «Era el momento de poner las cartas sobre la mesa.»

«¡Nadie le ha plantado cara a mi padre y lo ha puesto en su sitio!» Ahora Amanda está floreciendo, no se puede decir de otra forma. La tengo a puntito de caramelo.

Le aparto el pelo de la cara. Tengo muchísimas ganas de montarla con amor. Ni siquiera siento el tufo de la autocomplacencia sexual. ¡Después de dieciocho meses! ¡Sin duda un récord! «No soy de los que prospera en medio del conflicto, pero cuando uno tiene algo por lo que luchar...» Le clavo una mirada dura... Y ahí está, su lengua de serpiente que sale para enjuagar cual limpiaparabrisas la sal del calentón que cristaliza en su labio superior... Apuesto a que se está gastando una humedad nivel pantano. Una exploración digital que desciende por su vientre, cargado con la preciada lady Penelope Persephone, y efectúa una breve pausa en su ombligo antes de colarse bajo los *leggings* y las bragas, confirma esta sospecha.

De vez en cuando me asalta la consciencia. El peso de que Amanda esté esperando un bebé mío cae sobre mí como un mazo. Su mundo está hecho de grandes mansiones, internados pijos, caballos, establos y costosas vacaciones en el extranjero. El mío, de pisos de protección oficial del tamaño de una caja, chorradas futboleras, droga, robo, estafas y proxenetismo. No sé qué nos depara el futuro, pero hemos hecho a alguien que será parte de nuestras vidas para siempre y siempre nos conectará. Cuando la cosa resulta abrumadora, empiezo a pensar en cómo podría irse todo a la mierda. En este estado mental, estoy convencido de que veo el final de la relación, como quien atisba la estación terminal de un tren tras la curva. Pero no es momento para pensar en ello. «Nena, cuando estoy lejos de ti, aunque sean solo unas cuantas horas, en mi corazón hay un dolor de muelas constante.»

«Anda ya», dice, y nunca sé si está quejándose de mis chorradas o animándome a que siga. «Te quiero...» Amanda emite un gemido declarativo mientras se quita el top por encima de la cabeza. «Eso es

estupendo...» Nos dirigimos al dormitorio y nos desplomamos en la cama, siempre hecha.

Odio a la gente indolente que no hace la cama. No se tarda nada. Gentuza holgazana, maloliente y asquerosa: los exterminaría. «*Sei tutto ciò di cui ho bisogno*», le digo mientras me quito la ropa y la abrazo con fuerza, notando con satisfacción la respuesta de sus brazos y su cuerpo.

«¿Qué..., qué significa eso, Simon?»

«Eres todo lo que necesito», susurro mientras nos quitamos la ropa, disfrutando del frescor del edredón italiano tricolor que he traído de Offord Road.

Me encanta la desenvoltura y la contundencia con la que me empuja el pecho con las dos manos, y yo me echo hacia atrás siguiendo sus indicaciones, maravillado cuando ella se sube encima, metiéndose poco a poco mi falo palpitante en su interior, colocando suavemente a Penny Seph sobre mí. ¡Qué poderío, qué control tienen esos muslos y esas caderas! Las clases de equitación no fueron en vano, lo mismo que la gimnasia y las clases de ballet de la adolescencia que alguna vez han salido en nuestras conversaciones. Por mi parte, una leve salpicadura del mástil del amor en el colchón indica que necesito aprovechar la matrícula que Lawrence me ha conseguido para su gimnasio. Que le den a la mierda municipal de Highbury Fields. Ah, dama Heroína, fuiste una amante muy exigente, pero tenías tu utilidad... Me arqueo hacia delante, sujetándole los brazos para quitarle presión a Penny Seph mientras Mands arquea la espalda, y sus piernas se cierran como plantas carnívoras sobre mis caderas mientras se encabrita y galopa enloquecida de placer, gritando: «¡Fóllame! ¡Fóllame más fuerte!».

«Mmm...», la provoco, moviéndome primero con languidez antes de arquear la pelvis y martillear con fuerza en busca de un ritmo que luego subvertiré a traición.

«Oh, Sihhhmohhhn...», grita a velocidad orgásmica antes de separarse cuidadosamente y dejarse caer en la almohada con los ojos en blanco y la cara roja como un compañero de celda de Begbie.

Aunque se hubiera sacado del bolso los genitales seccionados de

su padre y los hubiera blandido antes de presentármelos como ofrenda, no habría podido dejar más clara su afirmación: *hay un nuevo sheriff en la ciudad*.

Como no me he corrido dentro de ella, guío su mano hasta mi verga. Ella la acaricia con movimientos largos, yo pego mis labios a los suyos y le aprieto el clítoris con el dedo, lo cual la hace gemir de nuevo... Estoy encolándola a ella y al edredón mientras gimoteo: «*Quando sorge il sole, dobbiamo tutti crogiolarci nel caldo*...».

Cuando sale el sol, todos debemos disfrutar del calor...

En el abrazo poscoital, nuestros tres corazones se sincronizan mientras enredo con el índice un rizo de Amanda. Nos damos la mano sobre su abultado vientre y hablamos del progreso del embarazo y lo que esperamos para Penny Seph, cómo educaremos a la inminente princesa. La aterradora idea del sexo masculino surge y reprimo una mueca de dolor. Me irrita que, si tengo un hijo varón, el mejor consejo posReece que puedo ofrecer sea: «Búscate una mujer mayor y haz que te enseñe a comerle el coño. Sigue sus instrucciones con disciplina e improvisa solo cuando tengas la seguridad que da la experiencia. Haz gala de esa habilidad con todas las chicas que conozcas». Si llego a transmitir este consejo, le estaré dando al chaval una ventaja enorme en la vida. El cabrón de mi viejo no me dio una mierda.

La que sí lo hizo fue la vieja puta de Liz McCrindle, la mejor amiga de mi tía Paula, cuando me enganchó en el Leith Dockers Club. Al principio estaba aterrado (a pesar de la excitación), pero al final no podía haberme pasado nada mejor. Me llevó a su casa en Academy Street y me enseñó a hacerlo. «Te enseño esto por tu propio bien», me dijo. Palabras sinceras, y posteriormente resultó ser un acto de generosidad sin parangón. Liz fue una Eddie Reece complementaria: una tutora de habilidades prácticas, no tanto una fuente del saber.

Es hora de poner a Amanda al corriente. «Escucha, amor de mi vida, tengo que ir al norte unos días. Mamá tiene el pecho un poco fastidiado.»

Se vuelve para mirarme. «Quiero ir contigo y volver a verlas. ¡Me encantan tu madre, Carlotta y Louisa! ¡Son tan auténticas!»

«Lo haremos pronto, pero ahora no. El *statu quo* en el hogar de

los Williamson es algo volátil en la actualidad. Tuviste un breve encuentro con ese inconveniente familiar: mi padre está por casa y no quiero volver a castigarte con ese capullo.»

«¡No fue para tanto!»

«Una cosa es ser auténtico y otra un disfuncional amargado. Dame tiempo para que deje a papá fuera de juego, y luego tendremos verdadera diversión familiar italiana, sin que nos la agüe ningún desfasado de Leith.»

Amanda encoge los delgados hombros. Sus ojos refulgen. «De acuerdo.»

Suena el teléfono y suspira antes de levantarse de la cama y contestar. El tono enardecido que llega desde el vestíbulo me dice que, de nuevo, es su madre. «¡¿Qué?! ¡¿Os habéis vuelto locos?!»

¡*Asertividad en la chica Coningsby*!

«¡NO! ¡Dile que no! ¡Vosotros no planeáis nada por nosotros! ¡No queremos saber nada de vuestros planes de boda!»

¡*Caramba! ¡Una afirmación atrevida*!

«Es lo único que os importa, ¡¿verdad?! ¡Las apariencias! ¡Que el bebé nazca fuera del matrimonio! ¡El hecho de que nazca en un nido de amor no significa nada para vosotros! ¡Pues dile que no queremos su maldita y magnánima oferta de boda!»

¡*No hay duda de que la actuación de Amanda Genevieve Coningsby ha mejorado desde que cuenta con la instrucción de Williamson! ¿Qué dices tú, Alex Miller? «Sí, se ha convertido en una auténtica amenaza de gol.»*

«¡NO! ¡Basta de tonterías!»

Y cuelga el teléfono de golpe. Estoy impresionado. Suena de nuevo. Lo deja y reaparece en el dormitorio.

Impreshionante actuashión de la chica Coningshby, Shimon.

Sin duda, Sean.

«¿Te lo puedes creer? Ahora quiere pagarnos la boda», resopla furiosa. «¡Le he dicho a mamá que no va a haber boda!»

«Te he oído», sonrío. «Estoy impresionado.»

«Es por ti», confirma con una sonrisa burbujeante. «¡Me has dado ánimo para plantarles cara, algo que tenía que haber hecho hace años! Vamos a mudarnos a Offord Road», declara, apartándose el

pelo y mirando el coqueto dormitorio. «¡No estoy cómoda viviendo en un apartamento de mi padre, aunque paguemos el alquiler!»

«Vale, bien por ti.» Intento forzar un tono entusiasta y en parte lo consigo. Aunque me encanta Highgate y esta choza, puede ser buena táctica mostrar al hijoputa ese que no quiero nada de él. Eso lo confundirá. Por supuesto, la realidad es que *quiero absolutamente todo lo que tiene*.

Por un momento albergo esperanzas de una segunda ronda, pero Amanda tiene que irse a la oficina por la tarde. Conforme se viste y se marcha, yo evalúo la situación. La boda se ha cancelado, y ha sido decisión de ella. Desafortunado en extremo. Por supuesto, la única cosa decente que me queda por hacer es informar a mi padrino. Hay un regocijo fantasma compitiendo con mi hastío extremo cuando cojo el teléfono y marco el último número que me ha dado.

Begbie, ¿cómo puedes pensar que le caes bien a alguien? ¿Qué puedes ofrecer aparte de violencia e intimidación? Eres un matón y nos haces la vida imposible, así que, digamos lo que digamos en tu presencia, ite odiamos!

Siento una sonrisa de vampiro en mi careto cuando contesta. «Frank, tengo malas noticias. Me temo que la boda se ha cancelado.»

«¡Pues tenía unas ganas que te cagas de bajar para allá, cabronazo!»

«Pues siento arruinártelas, pero estoy hecho polvo», le digo, y mi dolor es sincero. «Sus padres me detestan.» Siento que me hincho de orgullo. «Pero Amanda se ha puesto de mi parte.»

Por supuesto, el imbécil de Franco carece por completo de empatía humana. «Si queréis casaros, pues os casáis, no me jodas. No depende de ellos», dice con desprecio. «¡Estamos en el siglo xx, gilipollas!»

Habló el liberal progresista llamado Francis James Begbie.

«No voy a pagar una puta boda.» Me rebajo al tono peleón y barriobajero que planeo abandonar para siempre para una última justa deportiva con esta escoria. «O la pagan ellos o no se hace.»

«Serás rácano», contesta medio riendo, confirmándome que por

fin ha entendido mi lógica. Luego añade a modo de ayuda: «Podría ser peor, ¡podrías ser uno de los chinos de la plaza de Tiananmén!».

«Pues sí», coincido, *podría serlo, pero no lo soy, cretino*. «En cualquier caso», prosigo mirando hacia la parte trasera de los jardines, los frondosos árboles y la vegetación que se extiende al neblinoso calor, «basta ya de vicisitudes a manos de la burguesía metropolitana. ¿Qué tal van las cosas en la zona franca?»

«Si te refieres a Leith, una mierda, como siempre. Los padres de Renton se han mudado. Pasé por allí y Davey Copeland se había mudado a su casa con el zorrón ese que lo acompaña.»

«Sí, ese fue el primer sitio donde busqué, pero me explicó que los Renton se habían mudado a la costa», y un moscardón cojonero y azul zumba a mi alrededor. «¿Eso qué significa?»

«He oído que a Dunbar. Por mis cojones que los encuentro. Pero no quiero que les salpique lo que el hijoputa ese nos hizo a nosotros. Siempre fueron buenos conmigo.»

«De acuerdo, el hijo no cargará con la culpa del padre y toda esa movida. ¿Alguna otra noticia de Leith?»

«Nada... Salvo que me he follado a una tía cuyo nombre no voy a decir; unas tetas que flipas, y un pedazo de culo. Me la trajiné por todos lados...»

Eddie Reece, bendito seas y benditos tus consejos de marino mercante trotamundos: ¡sal de Leith!

Tras golpearse en el cristal varias veces, el moscardón azul se escapa por fin por la parte abierta de la ventana. Ya lo echo de menos mientras pienso en la factura de teléfono y Begbie sigue su insulsa perorata sobre sexo y violencia, cubriéndose de gloria una vez más. Todos los destinatarios potenciales de su polla y de su cuchillo tienen algo en común: cualquier individuo sano cruzaría la calle para evitarlos. Luego me acusa a mí de entretenerlo y cuelga de golpe.

Me siento en el salón, enciendo el ventilador, me quito una camiseta que se me está quedando pegada y un ácido bilioso me corroe las paredes del estómago. Estoy pensando en el mamón pelirrojo de Renton y en que, si su deshonestidad contaba con algún atisbo de principio moral, era el de ponerse en una posición en la

que el grillado de Begbie y los perdedores lamentables de Spud y Segundo Premio ya no cupiesen en su vida.

Yo necesito hacer lo mismo.

Pero debo urdir una estrategia. No serviría de nada rechazarlos abiertamente.

28. EL TALENTO DE MR. MURPHY

Moraba entre los caminos sin hollar
junto a las fuentes de Dove
una doncella sin virtudes que alabar
y escasas prendas que amar.

WILLIAM WORDSWORTH

Me he esforzado mucho por guardar la pasta, por no llamar la atención y por sacar solo un poco para pagar las facturas. No creo que Ali sospeche nada. Sick Boy ya no va a casarse, según Franco. Pero ahora he oído que Franco está de vuelta en la trena. Dicen que, estando en el Volley, le dio con un vaso a un tipo que había dicho algo sobre los maricas. Que el desgraciado solo estaba jugando al billar, ni siquiera molestando a Franco, y que solo había señalado algo de la televisión encima del bar para que lo vieran sus colegas. Franco está como una chota y ya está. Pero supongo que no puedo hablar, porque yo he estado dándole a la mandanga. No lo suficiente para que alguien sospeche, pero me vendría bien algo de pasta.

Así que pillo un bus a Portobello, donde enterré el segundo lote de guita. Hace un frío pelón y tengo la pala de Segundo Premio envuelta en la bolsa de basura. Bajo por el paseo y está desierto.

Bien.

Bajo por la pared divisoria... Uno..., dos..., tres...

... y así hasta dieciséis pasos... Luego cuatro a la izquierda... Saco

la pala de la bolsa y empiezo a cavar. Al principio no hay nada, pero yo sigo. Oigo el agua del Firth, no tipo olas, pero sí el rumor, a lo lejos. Parece que está a kilómetros de distancia, a través de la oscuridad, pero quizá no sea así. Ojalá supiera algo de mareas. Debería, siendo de Leith. En la otra dirección, en la calle, el ruido de un coche solitario al girar. Dos borrachos discutiendo. Yo sigo cavando, cavando, cavando..., cavando. ¿No hay una canción con un título así, «Digging your scene»...?

¡Ay, tronco, todavía nada! Esto no mola. No recuerdo que estuviera tan profundo. Quizá la he cagado con los pasos. Me está entrando pánico. Pero sigo cavando...

... ¡y de repente veo un trozo de plástico!

¡Es la bolsa del dinero!

Tiro de ella y le quito la arena de encima. Entonces oigo un ruido, y de repente una luz cegadora me da directamente en los ojos.

Ay, tío, seguro que es la pasma...

Pero entonces se me planta delante un careto encapuchado lleno de arrugas, con los dientes negros y podridos. La cara de la muerte, tronco... Casi me cago encima. Es por la linterna, tío... La tiene pegada al pecho, con la luz por debajo de la cara translúcida; en la oscuridad es como una peli de terror...

«¿Qué haces?» Una voz gruñona. «¿Qué tienes ahí?»

«¡Nada! ¡No es asunto tuyo!»

El tipo ve la pala en mi mano, ¡y ahí se va a quedar! Da un paso atrás, todavía sosteniendo la linterna.

«¿Y tú qué haces aquí?»

«Soy el raquero de la zona. Esta es mi ruta habitual. Bajo aquí a ver si alguien se ha dejado algo. En plan recompensas.» Señala la bolsa. «¡Eso es mío por derecho, porque yo faeno en esta playa!»

«¡No! ¡Date el piro, borracho imbécil! ¡Lo enterré yo! ¡Es mío!»

«¡Eso no es así! Llevo faenando esta playa desde hace años. ¡Todo el mundo lo sabe! Pregúntale a quien quieras por Bagsy, Bagsy Jackson», y el mendigo se señala al pecho. «¡Es mío! ¡Yo estoy aquí cada noche!»

Quizá el tipo tenga algo de razón. Así que abro la bolsa y le doy un billete de cincuenta. Lo mira, luego mira la bolsa. «Esto es

demasiado.» Me devuelve el billete. «Esto me mataría, por la priva y tal. Digamos que tengo problemas en ese ámbito.»

El tipo no sabe ni que está vivo, tronco. Meneo la bolsa ante él. «¡Cómo te crees que me siento yo!»

«¡Entonces dámelo!»

«¡No! ¡Es mío! Largo de aquí.»

Empiezo a avanzar y él se aparta, pero entonces empieza a hablar sin dejar de mirarme en una lengua rarísima que yo no entiendo. «*Maledicimus daemonibus! Expellimus eos ex hac terra*!»

Qué chungo, colega. «¿Qué haces? ¿Qué dices?»

«¡Es latín! ¡Te estoy echando un maleficio, so payaso!»

«Ya, claro, imbécil», le digo, y me doy la vuelta para largarme, dejando al pavo hablando consigo mismo. A ver, le he ofrecido cincuenta libras por nada y es demasiado, ¡pero lo quiere todo! *La peña*. Odio la hostilidad y a los notas que se toman libertades, vaya rollos. Me voy de la playa y vuelvo a la calle principal.

Un maleficio, tronco: qué chungazo. No se le puede hacer eso a alguien. A ver, lo más seguro es que el tipo sea un desgraciado inofensivo, pero eso llevan diciendo desde hace siglos de los profetas y los videntes y toda la pesca. Hacerle eso a alguien que te ha intentado dar cincuenta libras por nada: el mundo está hecho una mierda.

29. NACIMIENTO

Le conté de sus desvelos: y ¡ah!,
el tono grave y profundo del lamento
con que canté el amor ajeno
dejó entrever que yo no miento.

SAMUEL TAYLOR COLERIDGE

JODER…

La puñetera Dawn, esa pobre criaturita fría y muerta en la cuna costrosa... ¿Qué pasa si esta otra también se muere? Sería mi castigo por haber pasado... Yo nunca le pedí a Lesley que se quedara preñada... Pero esa pobre criaturita..., azul y muerta..., y esta, ay, Dios, el otro día no sentí sus patadas...

¿Qué pasa si sacan a Penny Seph sin vida del cuerpo de Amanda? ¿Qué pasa si mi amor muere en el parto... igual que Lesley tuvo una sobredosis con esos mierdas de Glasgow? Pero tengo entendido que está bien... ¿Qué pasa si Amanda sobrevive pero perdemos el bebé? Eso le jodería la cabeza... Ay, Dios, sácame de aquí... Sácame de aquí de una puta vez...

Dicho de otro modo: me estoy cagando encima. No quiero estar aquí.

¿Por qué estoy aquí? ¿Para qué cojones? ¿QUÉ COÑO ES TODO ESTO?

Mands está sentada con la espalda recta y la cara colorada y

bovina mientras una matrona rechoncha y una enfermera la animan y ella se esfuerza por expulsar al inquilino de su vientre...

Vive, Penny Seph... ¡VIVE!

Mamá y mi hermana Carlotta rodean la cama como buitres. Reconozco el brote de trivialidad inane, pero por suerte mi cerebro se niega a perder el tiempo descodificando tales trivialidades: lo único que veo son esas bocas gomosas moviéndose. Jocelyn, la amiga de toda la vida de Amanda, delgada, de pelo rubio y descuidado, inquieta a perpetuidad, me escanea con ojos acuosos pero duros como pedernal. Su cuerpo esbelto contrasta con el vientre sudoroso e hinchado de Amanda.

¿*Quién soy*?

¿*Qué es esto*?

La matrona es la bestia amarga de la feminidad. Quizá solo se pueda confiar a alguien que siente un genuino desprecio por la humanidad la brutal tarea de intervenir en un acontecimiento tan maravilloso y cósmico reduciéndolo a tirar de una criatura para sacarla de unas puertas de metro entrecerradas y traerla a una sala llena de carniceros dementes.

Joder, estas vaharadas de matadero y cagódromo...

No quiero casarme. Ni nada de esto. Solo quiero que el bebé, Penny Seph, esté aquí, sin todo este ajetreo...

Ven, Penny Seph, llévame lejos de todo esto. Mándame a un colegio de los buenos...

Veo que Amanda se dobla de dolor, sudando a chorros. Lo único que puedo hacer es darle la mano y apretarla mientras la maldita matrona, cuya cara de severa preceptora alterna entre la frialdad de una verduga nazi y la zalamería taurina de un soplón, arrulla: «Lo estás haciendo muy bien... Sigue apretando...».

«Tú puedes, tartaleta de fresa», es todo lo que soy capaz de decir.

Sin hacerme caso, Amanda suelta un grito agresivo: «JODER... ¡ME CAGO EN TODO! Ay, Dios mío...».

Deriva mental: pírate de aquí dando marcha atrás; nacimiento como resultado de embarazo, embarazo como resultado de folleteo sin protección... Atrás..., atrás..., atrás... *Sin cerrar los párpados sueño con mi dulce lugar de nacimiento... Banana Flats... El sol*

rebotando en el revestimiento gris, las gaviotas graznando por arriba, el olor de la hierba recién cortada en los bordillos... Todo lo malo empezó cuando me fui de Cables Wynd House en Leith...

Date prisa, Penny Seph, date prisa, chiquilla...

Por alguna razón pienso en Amanda haciéndome saber repetidamente: *Eres el mejor amante que he tenido*... Pero se lo he oído decir a tantas mujeres... ¿Es porque soy un gran amante, o es algo que suelen decir a cualquier tío que tienen para mantenerlo bajo su control? Si yo fuera una mujer, esa sería la única estrategia lógica a seguir. ¿Por qué no repetírselo a todo adefesio con polla que te cepillas y tender la mano para recibir el contenido de sus billeteras? ¡Seguro que los muy subnormales hasta sonreían!

¿Qué es mi vida? ¿Qué haré cuando los jovenzuelos ricachones y engreídos, versiones juveniles del capullo de Coningsby, vengan a ver a Penny Seph? *Pienso masacrarlos*...

«Aprieta», dice la matrona.

«AAAGGGHHH… LO INTENTO...» El careto de Amanda de repente me recuerda al de De Niro cuando interpretó a Jake LaMotta en *Toro salvaje*. En la parte en la que Sugar Ray Robinson le está dando para el pelo e intentando acabar con él...

Joder, menuda peste metálica y acre, sangre y carne...

Me siento mareado... Voy a desmayarme... Siento el mareo hasta en la yema de los dedos.

«Ya sale la cabeza», grita la malhumorada matrona, antes de volverse hacia mí, identificándome claramente como la amenaza para su imperio. «Mira, Simon, mira... ¿Qué pasa? ¿No quieres mirar?»

«¡MIRA!», me grita mamá.

¿Estás de coña, mutación tardosexual, vieja zumbada y lamentable? ¡Como si yo quisiera ver una cabeza saliendo de un coño dolorido y dilatado al máximo que pretendo volver a follarme! ¿Es que aspiras a destruir mi vida sexual, o mi relación, para siempre? «Saca a la criatura de una puta vez», le suelto a la matrona, que se echa atrás por un instante como una imbécil mientras Amanda grita y mamá se santigua y recita movidas en italiano. ¡Esto parece *El exorcista*!

Entonces resuena un grito repentino, angustiado y ofendido. Me corta de raíz tanto el mareo como el trance con su frecuencia irruptora y estruendosa y nos sume en un extraño silencio, profundo y religioso. La matrona dice: «Enhorabuena, es un niño...». Luego colocan en brazos de Amanda un bulto baboso y maltrecho que llora, y siento que una entidad fantasmagórica y espectral se escabulle de mí para entrar de inmediato en esa criatura nueva. Intercambio miradas con mi madre, que tiene una expresión a la vez dura y culpable, y me doy cuenta de que acaba de trasladar el núcleo de su amor. Al instante estalla de euforia atolondrada y asnal, pero los dos hemos sentido ese brutal y consumado momento de cambio de paradigma.

Sigo apretándole la mano a Amanda.

Ella sostiene al... niño, supongo que así tendremos que llamarlo, y llora de felicidad y de dolor. «Tenía que haber estado aquí... ¡Mi madre tenía que haber estado aquí!»

La explosión de su propio entusiasmo ahoga sus reservas, mientras las mujeres presentes entonan una banda sonora a base de cloqueos, emoción y efusiones. Para ellas es como si los Hibs hubieran ganado la Copa Escocesa. Por eso los hombres necesitamos el fútbol: por nuestra incapacidad de dar a luz; acabo de darme cuenta. Miro la cara del niño mientras la matrona se la limpia y, por primera vez, impactado, lo veo...

El ministerio de escarcha que acogía mi pesado corazón se derrite y se desprende de mí como una mierda que nunca podré volver a meterme en el ojo del culo.

Me siento purificado pero vacío, extático y en otra parte.

Luego un rayo repentino me fríe las entrañas. ¿Qué cojones está pasando aquí? Mientras el niño berrea y las mujeres arrullan, «Mirror Man», de Human League, una canción que nunca me ha gustado, suena en bucle entre mis sienes palpitantes...

El único modo de mantener la cordura es redactar una edición del BOLETÍN DEL FOLLADOR, y saborear el impacto que este número tendrá en Isleworth:

Cuando la noticia del nacimiento de su primer nieto, Benito Stanton Altafini Williamson (me vi obligado a considerar una opción

masculina) llegue a Cantley Lodge, Godfrey y Julia Coningsby sentirán una inevitable consternación.

Saborea esa idea, Simon David, saboréala...

«¿No quieres coger a tu hijo?», suelta la bollera entrometida de la matrona en tono astuto y acusador, pasando el bulto ensangrentado y baboso de los brazos de Amanda a los míos y obligándome a aceptarlo.

GUAU... Sentir el infinito en cada esquina de este teatro..., que la realidad y la existencia humana se reseteen dando paso a una quietud mortal..., sentir el poder de esta cosa pequeña... Siento un estupor que no puedo expresar. Resulta trivial decir algo, pero la emoción de los ojos femeninos que me rodean lo exige. «Joder», jadeo, «el cabroncete es clavadito a mí.»

«Las mismas palabras que dijo tu padre cuando naciste», dice mi madre.

En circunstancias normales, tal horror me habría arrancado una respuesta. No me sale nada. En vez de eso, fluyen las lágrimas mientras una presa de hormigón de la que no tenía noticia –y que bloqueaba lo que no puedo llamar sino depósito de amor– estalla en mi pecho y su abundante botín se derrama en el cosmos. Por el niño en mis brazos, sí, pero también por su madre, agotada y de ojos ensoñados, que está sentada en la cama mirándome. ¿Cuántos momentos de tanta trascendencia puede soportar un alma humana antes de abandonar su frágil sostén y ascender a la esfera celeste?

Los quiero.

Debo mejorar.

Voy a mejorar.

¡*Querido bebé que dormitas acunado junto a mí, cuya suave respiración, perceptible en la calma profunda, llena los vacíos intercalados y las pausas momentáneas del pensamiento! ¡Mi hermoso bebé! Mi corazón se regocija con tierna alegría al posar la mirada sobre ti*.

30. NIÑOS DESVENTURADOS

¿Cuáles son las metas que al mismo tiempo son tareas?

Perfeccionarnos a nosotros mismos y la felicidad de los demás.

IMMANUEL KANT

En veintitrés años, Godfrey nunca ha sentido en sus carnes un rencor tan amenazador y desdeñoso por parte de Julia. «Vas a hacer esa llamada, y no a Amanda», le sisea cual víbora utilizando el nombre de elección de su hija para restregárselo por la cara, «sino a él. Le vas a decir a Simon que la boda sigue en pie, en cualquier sitio, en el momento que les convenga. ¡Que nuestra preferencia sería en la iglesia, con la recepción aquí, en primavera o verano del año que viene!»

«¿Crees sinceramente que eso es apropiado? A ver, la iglesia...»

«¿Porque tu nieto es un bastardo?»

Godfrey Coningsby se pone rojo, primero de vergüenza, luego de rabia. «Una madre soltera. ¡La criamos para algo mejor!»

«Pues parece que no», contesta Julia con desdén, igualándole en ira. Jocelyn la había llamado y le había dicho que Amanda había llorado después del parto, que había dicho que su madre debería haber estado allí. Incluso teniendo en cuenta la tendencia a la

hipérbole de la muchacha, inquieta y melodramática, a Julia le había quemado por dentro.

Godfrey se dirige al frigorífico. Disfruta del efecto refrescante en su cara mientras saca una botella de vino blanco. Pero le tiembla la mano al servirse y rechina los dientes. «¡Se lo hemos dado todo! Primero la universidad; luego, cuando dejó los estudios, la clínica carísima, el piso, el puesto con Viv Grandchester, que por lo general solo contrata a gente titulada...»

«Entonces quizá lo que inclinó la balanza fue lo que no le dimos.»

Godfrey se da cuenta de que ella no va a ceder ni un centímetro. Y él quiere verlo, necesita ver al bebé, a su nieto, al pequeño Ben. Aunque signifique ser educado con Williamson, él va a estar ahí para el desventurado niño. «De acuerdo. Los llamaré... Lo llamaré a él». Alza la botella. «¿Te apetece...?»

El ceño fruncido de su esposa le informa de que Julia sabe bien cuándo están tratando de distraerla sin mucho tino. «¿Cuándo? ¡Que cuándo lo vas a llamar!»

«Ay, por lo que más quieras, ahora.» Coge la nota con el número, escrita con la letra de su mujer, garabateada con vergüenza. Lo marca.

Siente un alivio inmenso cuando la voz de su hija suena en la línea. «¿Diga?»

«Gen... Amanda... Soy yo. Papá», añade con voz débil. «Te llamo para darte la enhorabuena. Los dos estamos realmente emocionados... Yo estoy realmente emocionado», enfatiza por insistencia de Julia. «En momentos como este uno comprende..., bueno..., estoy tan contento por ti..., por vosotros dos... ¿Estás..., estás bien?»

El silencio de su hija es tan completo que Coningsby se pregunta si ha colgado. Se da cuenta de que lo más seguro es que ella le esté acercando el auricular a él. De fondo, el débil llanto de un niño: *Mi nieto*. Entonces suena la voz de Amanda, fría, fuerte, contenida. Como Julia se la había descrito cuando hablaron la semana anterior. Nunca ha oído a su hija así. «Te lo agradezco. Estoy bien.»

Godfrey aprovecha la oportunidad para hacer la oferta de paz de la boda.

«Muy amable. Lo estudiaremos», dice Amanda con brevedad.

«¿Podemos ver al pequeño Ben?» Coningsby siente que se le escapa una súplica desesperada.

«Como he dicho, lo estudiaremos.»

«Puedo hablar con... Simon... ahora, si quieres.»

Otro silencio. Luego: «La verdad es que no creo que sea buena idea. Simon no es aficionado a las listas negras, pero, si te incluye en una, la cosa va para largo. Gracias por llamar», y cuelga, dejando a su padre boquiabierto.

«¿Y bien?», insiste Julia.

«Se lo pensarán», y fulmina el auricular con la mirada mientras lo deposita sobre la horquilla. «Están jugando con nosotros, tomándonos por tontos, usando al niño como escudo», chilla Coningsby, e imagina que los oye chocar los cinco desde el norte de Londres.

«Esperemos que se ablanden pronto», comenta Julia echándole una mirada sombría, «y tú ya puedes empezar a dar ejemplo.»

Godfrey Coningsby se lleva la copa a la boca. El trago de vino le pica en el esófago. «¿Quién es el tal Williamson? ¡No sabemos absolutamente nada sobre él! ¿Cómo se gana la vida?»

Julia parece algo mortificada. «Está metido en el mundo del vídeo, o sea, que hace películas. Para bodas, bautizos, ese tipo de cosas. Al parecer es un mercado pujante.»

Godfrey Coningsby se dispone a hablar. No puede. Siente que lo llama a gritos su cuarto oscuro, su refugio, donde disfruta de algo más que su pasión por la fotografía.

31. ESPÍRITU AVENTURERO

La energía es placer eterno.

WILLIAM BLAKE

La vida con Monique era un ciclo: trabajar, relajarse, salir de fiesta y follar, tanto juntos como separados. No había vuelto a sacar a colación el amor y siempre dejaba claro que no se oponía a que yo estuviese con quien quisiera. Así que me uní al proyecto de tirarme a otra gente. Eran casi siempre chavalas que conocía en discotecas con Arjan, y la excepción era Mila, la del trabajo. Al parecer había cortado con Kurt, el bigardo de la cabeza rapada, que vivía y trabajaba en Róterdam. Así que de vez en cuando echábamos algún casquete, siempre en el lugar que ocupaba de forma legal. Era un bloque de oficinas que, a través de una iniciativa municipal, ofrecía alojamiento a corto plazo a quienes estaban en la lista de espera para una vivienda. Resultaba estimulante follar en un colchón sobre la moqueta, bajo los fluorescentes: la aventura de oficina que no podías tener en la vida real.

A Monique no parecía molestarle en absoluto. ¿Por qué iba a hacerlo? Ella se tiraba a Ralf y Andy y quién coño sabe a quién más. Mi infidelidad me molestaba a mí más que a ella. No solo por Kurt –con un tío así, hasta trajinarse a su ex podía representar un riesgo–, sino porque sentía que mi relación con Monique debería ser exclusiva. Pero sí disfrutaba del sexo con Mila. Cuando mantienes

relaciones sexuales frecuentes con muchas mujeres, no puedes evitar la comparación, no tanto entre ellas, sino de la forma en que te comportas con cada una. Yo era de los que por instinto se metían en el sexo y daban rienda suelta –a veces fuera de lugar, con compañeras de usar y tirar que solo querían un polvo– a retahílas de bobadas románticas que pretendían implicar todos los sentidos. Hacía tiempo que había decidido que, como en algún momento iba a echar un lefazo, mi objetivo como amante debía ser el clímax femenino. Averiguar qué las pone cachondas y proporcionarles tantos orgasmos como sea posible antes de correrme.

Mientras tanto, Monique y yo seguíamos en esa extraña zona de «amantes turbulentos pero también novios que viven juntos». Hacíamos la compra en el Albert Heijn cercano, desayunábamos café y cruasanes y luego, por la noche, cuando ella volvía, si yo no tenía turno de tarde, nos echábamos una fumada, comíamos queso, veíamos pelis antiguas en el canal TNT o nos íbamos de paseo por Vondelpark. En una ocasión nos detuvimos para admirar una mariposa saliendo de la crisálida. Secó las alas al sol y luego se fue aleteando. «Tú eres la mariposa que cree que todavía sigue siendo una oruga.» Me sonrió y me apretó la mano. Sentí que me asfixiaba.

Nuestra otra vida casi nunca se entrometía. A veces, si estábamos en una discoteca juntos, nos cruzábamos con Ralf, o quizá con Andy. Ambos eran en general educados y, tras saludarnos, nos dejaban solos. Ralf seguía mostrándose distante, pero al parecer había dejado de beber y estaba más entero. Todo era de una madurez acojonante. En Leith ese comportamiento habría provocado un baño de sangre, un conflicto que afectaría a varias familias y de formas diversas a varias generaciones hasta que nadie supiera el origen de las rencillas. Pero aquí estábamos todos atomizados, en otro lugar, liberados de las ataduras de la tradición, las expectativas y las asociaciones de nuestras viejas comunidades.

Solo hasta cierto punto.

Otras veces Monique salía sola. Yo me quedaba en casa un rato, pero luego me ponía nervioso, me aburría y acababa saliendo de fiesta. Era mucho peor si, al salir, la veía con un desconocido. En tales ocasiones, llegaba a sentir una alianza perversa y odiosa con

Ralf y Andy. Éramos los demonios conocidos de los otros; los cortesanos tristes a la espera de que Monique nos otorgara sus favores.

Entonces, una tarde en la que Monique y yo habíamos salido por separado, tuve un encuentro fortuito en una discoteca que sentí que cambiaría mi vida. No fue con otra mujer deseable, sino con un tipo algo regordete de las Midlands inglesas. Yo estaba empastillado en el Mazzo. Era un club que a Monique no le gustaba, así que iba allí para evitar el dolor de verla con otro. Estaba todo alicaído a un lado de la barra, intentando controlar el efecto cegador de la pastilla que estaba empezando a subirme, cuando se me acercó un tío un poco achaparrado, con el pelo corto y castaño y ojos saltones, me echó el brazo sobre los hombros y me ofreció una botella de agua. Con un acento inglés que no supe identificar, dijo: «Tienes pinta de estar como yo».

Se llamaba Martin Armitage.

Hablamos de música *dance*, clubes, *raves* y DJ toda la noche. Martin había organizado fiestas de ácido en las Midlands y, huyendo de una relación malograda, había venido a Ámsterdam en busca de algo. Aún no sabía exactamente el qué. Tenía un colega, Renalt, que era DJ en Ámsterdam, y Martin estaba medio representándolo, buscándole bolos.

Unos días después me los crucé a los dos mientras rebuscaba en la tienda de discos Concerto, y nos fuimos a tomar un café. Renalt parecía el típico holandés que iba de guay, pero era un cretino superficial. Ya tenía ese tipo de amistad cubierto con Arjan, así que no me dejé encandilar por sus poses y banalidades. Martin era distinto: incluso sin éxtasis, estábamos en la misma onda al instante. Aunque a los dos nos molaba el tecno, lamentábamos la omnipresencia del *hardcore* en la escena *dance* de Ámsterdam. Horas después, Renalt se había ido, el sol había dejado paso a la oscuridad total y nos fuimos a un bar. No hablamos más que de música: grupos, DJ, salas, sellos discográficos, productores. Pronto empezamos a quedar con frecuencia, íbamos a tiendas de discos y planeamos abrir un club juntos. Para eso había estado la pasta de la droga a la espera en una cuenta en el banco.

Poco después, nos embarcamos en un fin de semana loco, salimos y nos pusimos hasta las cejas en su apartamento en De Pijp, que estaba muy cerca de la que durante un tiempo fue mi residencia allí. Fuimos de bares, fumamos en los *coffee shops*, nos metimos en tiendas de discos y, obviamente, fuimos a discotecas. Fuimos recogiendo y perdiendo a mucha gente por el camino, incluidos Arjan, Mila y unas chavalas fabulosas de Essex que habían venido de vacaciones, pero el corazón del memorable fin de semana éramos nosotros dos. Me impresionaba el hecho de que, por muy ciegos que nos pusiésemos, Martin parecía mantener la concentración, observarlo todo.

Volví a casa el domingo por la tarde, hecho polvo pero ultraeufórico. Monique estaba cocinando mientras sonaba el disco *Wish You Were Here* de Pink Floyd en la minicadena que había traído de su casa. Me echó los brazos encima como si llevara años sin verme. «Te he echado mucho de menos, preciosura... Dios, hueles que apestas... Métete en la ducha», me ordenó. Obedecí, me quité la ropa y la metí en la lavadora antes de entrar en la ducha. Me lavé los dientes, me puse ropa limpia y comí el cuenco de estofado de verdura con tofu y arroz que ella me había puesto delante. «¿Era guapa?»

Mantuve el silencio un segundo. «No ha habido ninguna chica.»

«¡Pero parece que te lo has pasado muy bien!»

«Sin duda», respondí, conteniendo un alegre bostezo que amenazaba con arrancarme el maxilar inferior. «¿Qué tal tú?»

«Yo también he tenido aventuritas. Pero te he echado de menos», repitió. «Has estado fuera dos noches sin pasar por casa... Es demasiado tiempo, cariño. Necesito a mi chico.»

«¿A cuál de todos?», dije riendo.

Por lo general, en respuesta a tales comentarios, ella habría hecho una broma y una declaración enigmática. Pero mi pregunta pareció herirla. «Quería hablar contigo del tema. Este estilo de vida a mí ya no me funciona.»

«¿Qué dices? ¿Que quieres que seamos exclusivos?»

«Sí.»

Creo que nunca había estado tan contento en toda mi vida. El

amor que estaba manteniendo a raya podía liberarse a todo gas. Pero ¿era buena idea? Deseé que Eddie Reece apareciera por algún bar de Ámsterdam. Incluso Sick Boy tendría algún consejo sobre cómo jugar esa mano...

32. TÚ HAZLO

A veces desde el cubil más salvaje
a veces de la sombra más atezada,
y otras veces surgía de repente
en la loma verde y soleada...

SAMUEL TAYLOR COLERIDGE

Este viaje a Edimburgo tiene algo de alardeo, de bravuconería. Hemos sacado a los Coningsby de su desgracia fijando una fecha para la boda en verano y enviado las invitaciones. El inconveniente es el vínculo: qué extraño que todo esto haya sido algo voluntario por mi parte, pensado para cimentar mi estatus de hombre nuevo y distinguirme de todos los habitantes de Leith Walk dotados de una polla.

Sin embargo, cargar con el crío en el portabebés es inquietante en extremo. Se queda ahí colgando, mirándome. Sin la sonrisa que le dedica a su madre. Solo esa expresión algo confusa que pregunta: ¿*Y tú quién cojones hemos dicho que eres*? Los momentos de verdadera intimidad escasean y resultan siempre desconcertantes: a veces siento su boca inquisitiva en busca de un pezón que drenar. Mi voz interior de neandertal me grita: *Esta no es tarea de hombres.* Nadie puede discutir mis credenciales feministas, pero, desde una perspectiva biológica, esto es sin duda un pasatiempo femenino. Para ser justos, él debe de sentir lo mismo: no tengo bastantes tetas

para su gusto. Al meternos en un taxi en Waverley, se lo comento a Amanda. Me ayuda a desengancharlo de mí y se lo pone en su lugar natural.

Vamos a casa de mamá en el ventoso South Side; hojas muertas del parque Meadows y bolsas de patatas de todo el mundo nos golpean la cara sin parar. Cuando entramos en el piso, con ese techo criminalmente bajo, y ante la visión del *bambino*, mi madre, de aspecto algo enfermizo, vuelve a la vida como si no hubiese mañana: «¡¡¡Déjame cogerlo!!!».

Amanda obedece y desata a Ben, el *bambino* saltarín, para entregárselo. Carlotta y Louisa esperan su turno, mirando como las yonquis más desesperadas de Kirkgate ante un buen pico. La reacción de Ben a tanta atención es llenar el pañal con determinación, provocando risas de placer, y será la única vez en su vida en que un acto tan asqueroso le procure tal reacción. El nombre de Ben fue idea de ella, por algún tío por su lado materno. Pero en vez de Benjamin, yo insistí en el nombre italiano Benito. Después caí en la cuenta de que yo también tengo un tío Benny, un hermano mayor de mi padre, currante y sindicalista, con el que no se lleva. ¡Ahora su nieto se llama como su odiado hermano! ¡No dejo de joder al viejo cabrón, hasta de forma inconsciente!

Y ahora...

EL BOLETÍN DEL FOLLADOR:

Williamson había dado la bienvenida a la nueva incorporación al equipo, el joven Benito Stanton Altafini. Pero sentía que, a pesar de su papel de jugador-director técnico, ya no era un titular seguro. Sin duda, las mujeres que antes lo habían mimado abiertamente desde sus posiciones cruciales de amante/ esposa, madre y hermanas ahora parecían concentradas en el nuevo fichaje. Pero de regreso a su Escocia natal, Williamson seguía teniendo el ojo puesto en la fortuna de Cantley Lodge, al sur...

Es hora de abandonar tan risueño aquelarre. Farfullo unas disculpas, les digo que tengo *rendez-vous* con mi padrino y salgo al mal tiempo para cumplir con mis visitas de rigor. Hace frío, por lo que me alegra haber traído el Fendi reversible, pero además cae esa lluvia edimburguesa enfermiza e insistente que parece un

pulverizador de jardín y reparte dosis de bronquitis a la población local, dedicándose, en tándem con el tabaco, a destruir por completo sus sistemas respiratorios. Doy la vuelta al abrigo para proteger la preciada piel.

Ni de coña me meto en un autobús. ¿Enterrarme vivo con vejestorios temblones? *No, grazie.* Paro un taxi a cuyo volante va un pagaimpuestos con el papo hinchado y me apeo en la sección más apagada del occidente edimburgués, la zona gris de Jambolandia. ¿Cómo pude comparar el colorido distrito parisino de Fabienne con este suburbio? Es una experiencia mórbida hasta tal punto que casi alivia entrar en la sala de espera de la odiosa prisión, cámara incubadora para cualquier virus imaginable que, como no podía ser menos, te deja el ánimo por los tobillos. Observo la pinta desaliñada y los modales malsanos de esposas, novias, madres, hijos y amigos de los reclusos y me entran ganas de gritarles: *Por favor, miraos en el espejo y luego preguntaos si de verdad os sorprende tanto el encarcelamiento de vuestro ser querido*.

Odio venir al hotel Saughton. Mi excursión preferida en la cadena Windsor es Cornton Vale, la cárcel de las chavalas. Pero yo paso ya de esos días sórdidos en los que me relacionaba con chicas proletarias vulnerables a cambio de tan irrisorios beneficios. A causa de mi empleo heterogéneo con Lawrence, Mocksey y Andreas, me vi obligado a hundir los pies en esas aguas estancadas, pero se trataba solo de una forma de perfeccionar mis habilidades para entrar luego en el más lucrativo mercado burgués. No obstante, algunas constantes de la vida permanecen. Tras cada pava estúpida en chirona hay al menos un cabrón. Pero tras cada imbécil en el talego hay por lo general varios. Mucha gente nace enganchada al pulmón de acero de la maquinaria social, y mucha más muere de esa forma. Pero elegir pasarse la vida entera enchufado es inaceptable, aunque por lo que se ve nadie se lo ha dicho a los pardillos de esta zona.

Tras entregar nuestras escasas posesiones a un boqui con cara de hacha, cruzamos una serie de verjas y puertas hasta la zona donde están los presidiarios, sentados en filas ordenadas de mesas, como si fuese el cole. Y, como recuerdo de aquellos días: Francis James Begbie, por supuesto sentado en la parte de atrás de la clase.

Pobre Franco. Enloquecido por los rumores que lo acusan de homosexualidad después de que alguien le haya enviado anónimamente porno duro gay. Lo siento por él. No obstante, lo que lo trae de vuelta a la cárcel me libera a mí. Ahora puedo casarme y tener a alguien más o menos en sus cabales dando el discurso de padrino: Croxy, el de Hackney College, Andreas, incluso Lawrence o Mocksey.

Al igual que el resto de los perdedores reunidos, el pordiosero lleva la camisa estandarizada azul claro de la cárcel. Me siento y lo veo bastante relajado, hasta con una leve sonrisita en la boca. «Franco», lo saludo, e intento mantener un tono ligero. «Me gusta la parte de arriba. No está muy de moda, de acuerdo, pero no está mal», digo, manteniendo la sonrisa mientras la suya empieza a desaparecer, también como en la escuela. «¿Qué tal estás?»

Voy a asegurarme de que te quedas aquí, idiota cabrón. Cada vez que te mande un paquete, vas a perder los papeles, vas a reventar a alguien y te vas a quedar aquí todavía más tiempo...

«No hablemos de mí; obviamente tú sigues siendo un listillo con chaqueta de marica», dice, pero distingo una pizca de afecto que, como suele ocurrir, se evapora en cuanto detecta el más mínimo indicio de que la he advertido. Su voz baja a un susurro. «¿Ves al capullo ese?» Hace un gesto hacia un asesino bizco con el pelo amarillo rapado en quien reconozco al estereotípico inútil. «Le esperan unas buenas punzadas.»

Por el deleite casi sexual de su voz se diría que el cabeza rapada se dispone a recibir la bayoneta carnosa de Begbie por el ojete.

Al darse cuenta de mi sonrisa ambivalente e involuntaria, añade tajante: «Está muerto».

«Un mongolo tarado», y ahora me acuerdo del parque de Links, de un desfile del Festival de Leith y de las lindezas que nos infligió este chupapollas, como torcernos la piel de los brazos en sentidos opuestos, «que se merece todo lo que reciba», concluyo impaciente, con la esperanza de terminar de una vez con la agotadora historia de su último conflicto, que me inspira cero interés. Por desgracia, no será así, pues Begbie se explaya sobre el inevitable destino del tal Donnelly, luego pasa a una discusión similar respecto a Seeker, de

nuevo mirándome como un psicótico en busca de cualquier reacción traicionera y como colofón describe el purgatorio de sufrimiento que le espera a Renton antes de que Franco acabe con él con sus propias manos. «¿Sabes lo que le voy a hacer cuando lo pille?», pregunta con un gruñido ronco, sin esperar respuesta. «Voy a cortarle la cabellera pelirroja. Con un puto machete. Le voy a rebanar la parte de arriba de la cabeza.»

«Me parece bien, muy adecuado, Frank», le digo, deseando volver al pretexto de mi visita. Ahora que sé que estará en la cárcel, con suerte, para siempre, puedo fingir que le pido que sea mi padrino. «Si permites que te interrumpa, he venido aquí a decirte que la boda vuelve a estar en pie. Hemos fijado la fecha en julio del año que viene. Aquí está la invitación», anuncio, e intento entregarle una tarjeta repujada, pero, enfrente, un boqui veloz niega con la cabeza, así que la recupero. «Te la mando por correo. ¿Habrás salido ya? ¿Podrás ser nuestro padrino?»

«Nah, probablemente tengo para tres años. Lo mismo cumplo dieciocho meses si no le reviento la cabeza a ningún desgraciado.»

Tres gloriosos años, entonces. «Qué mal. Será difícil encontrarte sustituto.»

«El hijoputa de Seeker tiene suerte de estar fuera», dice, volviendo a su retorcida agenda, «porque sabe dónde está Renton. ¡Vosotros erais colegas en el sitio ese para yonquis!»

Me cago en todo, de verdad.

«Estábamos en un "centro de rehabilitación para heroinómanos" al mismo tiempo; no era amigo mío en absoluto», afirmo con énfasis. «A mí el tío ese nunca me cayó bien. Él y el traidor pelirrojo, en cambio, se hicieron muy colegas. Hacían pesas juntos todas las mañanas, como buenas reinonas.»

Ahí le he dado. Veo una vibración chispeante y ofendida en esos ojos de *Terminator*. Pero le da alas a su mente paranoica, y yo mantengo la calma ante su mirada escrutadora. «Vale, ¡pues busca al mamón ese y haz que te diga dónde está Renton!»

Simon Williamson: uno setenta y ocho, sesenta y cuatro kilos; amante, no luchador. Seeker: uno noventa y cinco, ciento un kilos de puro músculo, un hombre que quizá haya aplastado a más

psicópatas que la fuerza asesina que tengo ante mí. Y que, al parecer, hizo puré al propio Begbie. Ese plan va a salir que te cagas. A los jugadores no les va a temblar la mano a la hora de apostar. «¿Cómo propones que haga eso?», pregunto, casi tentado a decir: *Si no has podido tú con el hijoputa ese, ¿cómo esperas que lo consiga yo*?

«¡Ya se te ocurrirá algo!»

Pongo los ojos en blanco y suspiro, feliz de que nos separen una mesa, carceleros sudorosos y una sentencia de tres años. «Mira, Frank, quiero pillar a Renton tanto como tú, pero si piensas apretarle las tuercas a Seeker, conoces a gente más fuerte que yo. Como Nelly o Lexo o Rylance o el personaje ese de Larry Wylie... ¿Por qué no los involucras a ellos?»

«¡PORQUE TE ESTOY DICIENDO A TI QUE LO HAGAS TÚ, COJONES!»

Varios carceleros tuercen el cuello mientras los ocupantes de otras mesas se vuelven hacia nosotros.

Begbie reparte una mirada generalizada y nos dejan en paz. Todos menos el psicópata ese de Donnelly, que, al igual que su compañero burlón y malnacido, se concentra en mí de forma heladora.

«Mira», explica Begbie, inspirando mientras intenta recuperar la compostura, «es nuestra puta pasta, no la de Nelly, ni de Rylance, ni de Lexo, ni de Larry, ¿entendido?»

«Vale», cedo de repente. «Cuanta menos gente sepa del tema, mejor. Bien pensado», reconozco. A decir verdad, es un error de principiante por mi parte. Cualquier megadelincuente desconfiado sabrá cómo están las cosas en ese terreno.

«Entonces, te vas a buscar a Seeker.»

«Sí, como que va a decirme algo.»

«Pues asegúrate de que lo haga.»

No se me ocurre nada que decir. Me veo asintiendo. «Veré qué puedo hacer.»

«No me jodas. Déjate de ver y hazlo.»

Un silencio glacial. Luego le pregunto: «Oye, ¿por qué estás a la sombra otra vez?».

Me mira con odio y dice: «Un imbécil en el Volley que se estaba pasando de listo.»

Al parecer, un desgraciado vio a Michael Barrymore en la televisión del pub haciendo de sarasa y le dijo a su colega: «Mira al marica ese». Por desgracia para el pobre diablo, adivina quién estaba sentado a la barra justo debajo de la tele. Pues bien, echó a correr hacia él y le reventó con un vaso.

Francis, queridito, ¿tienes que tomarte esas cosas tan a pecho? ¡Eso es lo que pasa cuando recibes una tonelada de porno gay por correo! Me alegra tanto habértela mandado. Gilipollas.

Recuperando el optimismo, me despido del bobalicón encarcelado y salgo de la trena descorazonadora. Bajo por Calder Road hacia Gorgie. Caen chuzos de punta, las nubes negras cubren la tenue luz del día como un sudario mientras por mi lado pasan coches con los faros encendidos. Mi ánimo se ensombrece: estoy furiosísimo por la imposición de Begbie cuando oigo que me siguen unos pasos ruidosos y decididos. Entonces una presencia galopa a mi lado. «Eh, chaval, tú, el de la chaqueta de maricón, ¡tu colega Begbie es hombre muerto!»

Me vuelvo para contemplar a este espécimen pelopolla de mandíbula colgante, ojos negros saltones y una cara con unas cicatrices de acné tan chungas que parece que se ha autopracticado cirugía con un soplete. Es el malnacido que estaba visitando al mongolo de Donnelly.

Continúo mi camino, pasando del *pasao* ese.

«¡Que estoy hablando contigo, coño! ¡He dicho que tu...!»

Me paro en seco y me vuelvo de golpe, mirando esos inquietos ojos de ratón, situados perturbadoramente cerca de los míos. «Permíteme decirte algo ahora mismo: me la trae floja y pendulona lo que le ocurra a tu amigo el mongolo o a Begbie en su *vendetta* de mierda. De hecho, espero que encuentren el amor en la celda y se hinchen de follar hasta que el sida se los lleve a los dos.»

El cretino se queda pasmado, mirándome con la boca abierta, cohibido por el sincero veneno de mi arrebato. Cuando Malnacido recupera la voz, declara: «Menudo amigo eres».

«Sí. En efecto.» Me doy la vuelta y me largo, dejando a Malnacido solo con sus pensamientos de ciempiés. Luego veo su estúpida

silueta de hombros caídos calle abajo mientras se cierra el cuello de su harapienta chaqueta.

Saco mi cuaderno en busca del teléfono de Marianne.

Hijoputa.

Una salpicadura. La lente de una gota de lluvia cae sobre la AR de su nombre, amplificándola por un instante antes de ser absorbida por las páginas y dejar a su paso una mancha como un mar de anémonas. Sin duda hoy el mandamás del cielo va de reprimido sexual del norte de Europa, es decir, de protestante. Caen más gotas en el cuaderno, obligándome a cerrarlo.

Evito el chaparrón metiéndome en un bebedero pegado a la carretera que lleva al centro, por donde corre un viento que flipas. Es el típico garito de futboleros: cerveza de mierda, mesas de cobre machacadas, moqueta pegajosa, iluminación como para darte una migraña. Y, por supuesto, una gramola llena de temitas pop vulgares y edulcorados cuyos títulos ni siquiera me rebajo a leer.

No hay excusa para el mal sexo o la mala música. Las dos cosas son ofensas para mí; el producto de almas dañadas. Me hubiera gustado evitar no solo la lluvia, sino también la compañía impuesta de más payasos, pero es un pub de *jambos* y por lo tanto está poblado de cretinos insidiosos, cosa que explica a la perfección lo penoso de la gramola y el decorado.

Me deslizo entre carne reconstituida a base de ingentes cantidades de cerveza y comida rápida casi desprovista de nutrientes, que se han visto reemplazados por aditivos, conservantes y emulsionantes. Tras pedir un chupito y pimplármelo de un trago, me calmo, pues tengo que llevar a cabo una misión crucial. Puede que Begbie esté en chirona, pero, si me niego a cumplir la tarea que me ha encomendado a base de amenazas, será inevitable recibir la visita de Lexo, Nelly, Rab Rylance, Donny Laing o Larry Wylie, psicópata rancio al que hasta ahora he conseguido evitar. Además, aparte de la naturaleza desagradable de tales encuentros, como dice él, todo el mundo se enterará de nuestra movida y querrá pillar cacho de la pasta de Renton. La misión, ya de por sí casi imposible, se convertirá en un siniestro total en el momento en que la peña empiece a meter el morro.

Obligado por mis débiles finanzas a coger el odiado autobús –imagino al vago cabrón del padre de Amanda yendo al trabajo en una limusina con chófer–, cruzo la ciudad hacia Albert Street, aliviado al alejarme del apestoso olor gargolesco del barrio de Gorgie. Cuando bajo, el aire es mucho más limpio y me lleno los pulmones con gratitud. Estamos casi en Leith, así que el sol sale de forma inevitable y aparta la tristeza. Le doy la vuelta al Fendi para poner la piel hacia fuera.

Es de lo más improbable que Seeker siga en el mismo apartamento. Llego a un desolado refugio de yonquis con la caja de aluminio del telefonillo fuera del marco, colgando inerte de unos cables. No obstante, cuando subo al piso más alto por las escaleras del bloque infestado de ratas y lleno de basura, la puerta de metal, amenazadora y conocida, sigue intacta. Me alegro por un momento, pues esto indica presencia más que ausencia. Llamo con fuerza.

Nada.

Se abre la puerta del piso de enfrente y los ojos más extraños que he visto en mi vida me echan una mirada estúpida y hostil. Se salen literalmente de las cuencas. El viejo que va pegado a ellos no tiene barbilla, solo una protuberancia debajo de la boca que parece terminar en el pecho.

«Seeker. Lo estoy buscando.»

La puerta se abre un poco más. Uno de los ojos se concentra en mí mientras el otro escanea las escaleras. Hay un ruido neumático profundo y me doy cuenta de que es su respiración. «Él y sus amigos se han ido. ¡Qué alivio!»

Los faros de Bobby Bocio me están dando un mal rollo tremendo. Opto por concentrarme en las zapatillas de color rojo brillante de las que asoma un dedo, en el cinturón tenso que sujeta unos pantalones demasiado grandes comprados en una tienda de beneficencia y en la camiseta roja engalanada con el eslogan ESTOY CON ESTE IDIOTA en la que se ve un dedo que señala a un compañero invisible. «Perdone, ¿dejó su dirección? ¿O es un misterio?»

«Espero que esté en la cárcel.»

«No es usted de su club de fans», asumo, y percibo el tufo a comida frita descompuesta que proviene de su escalofriante morada.

«Bueno, pues no es el único», afirmo comprensivo, tratando de utilizar mis tácticas con el vejestorio. «Debía de ser el prototipo de vecino del infierno.»

«¡No te puedes ni imaginar!»

«El cabrón ese me debe dinero», le suelto, aunque mi estiloso Fendi (que el colega se está comiendo con sus faros refulgentes y pedunculados) quizá socave mi actuación de tipo duro, que por lo demás da el pego.

Bocio me echa una mirada sarcástica. «A saber dónde coño vive ahora, pero a veces va al pub de siempre», y su voz desciende hasta convertirse en un tono crepitante y conspiratorio, «a recoger el dinero de sus camellos asquerosos. Esto *off the record*, entre tú y yo», y los ojos de caracol de Bocio recorren el rellano.

«Por supuesto. Se lo agradezco mucho», respondo, alegre ante la perspectiva de dejar atrás al baboso gasterópodo y bajar por las escaleras rumbo al pub.

Solía llamarse Clan Tavern y era un garito insalubre lleno de lanceros de Bengala, pero al menos rezumaba el encanto rancio de una comunidad marginal del puerto. Ahora el pub ha resucitado en forma de bar hortera consagrado al Hibernian Football Club. Pero el abúlico intento de cubrir el local de artículos futbolísticos no consigue ocultar el hecho de que en esencia sigue siendo el mismo retrete. Aun despojado en parte de su personalidad anterior, sigue alardeando de un público de renta baja compuesto por tipos duros de marca blanca: sonrosados, rollizos, con la cabeza rapada, ojos beligerantes que buscan presas como locos y bocas de subnormal incongruente que cuelgan como cazando moscas. Me pido una lager, pensando que lo mismo tenía que haber dejado la piel de la chaqueta por dentro.

Estoy sentado, viendo los resultados de las carreras con esta pinta de pis imbebible delante. Ni siquiera noto que entra en el bar. Solo siento una perturbación en el aire, ligera y luego reposada, y percibo que un cuerpo se sienta a mi lado. Me vuelvo y miro esos ojos muertos que las gafas fotosensibles apenas dejan ver. Es difícil actuar sin contacto visual, pero hago lo que puedo. «¡Seeker! ¿Cómo

estás? He ido a buscarte a tu viejo piso de la acera de enfrente, colega.»

«¿Quieres pillar algo?»

Sin duda, no voy a decirle: sé que sabes dónde está Renton, así que dímelo, porque Begbie lo ordena. «No. Bueno, sí y no. Confieso que he sentido la tentación, algo que ya casi no me pasa», me apresuro a añadir, «así que subí hasta allí. Por suerte, no estabas. No te ofendas, pero estoy intentando resistirme.»

«¿Sigues encargándote de las chavalas?» La tensión de su boca es lo más parecido a una sonrisa que voy a conseguir. «En Londres, según me han contado.»

«Sí», digo con cautela. «Bueno, facilita la vida.»

«Sí. Así es.»

«¿Y dónde te quedas ahora?»

«Por ahí», dice.

Siento que es mala idea seguir en esta dirección. En cualquier caso, su choza es el último sitio del que quiero saber algo. Mejor poner las cartas sobre la mesa. «Escucha, ¿tienes idea de dónde está Renton ahora?»

«En algún lugar donde tú no estás.» De nuevo Seeker casi sonríe. «Sí, Mark Renton. Menudo tipo. Tengo entendido que os la metió doblada.»

«Entonces, ¿no sabes dónde está?»

«Si lo supiera, ¿crees que te lo diría?»

Me encojo de hombros en respuesta. «Bueno, a nadie le gusta un...»

Una mano inmensa se cierra sobre mi garganta. Aprieta. Siento que los ojos se me salen tanto como a Bobby Bocio... No puedo respirar... La sensación es casi lujuriosa, no hay pánico...

Oigo su voz: «Verás, no me gusta la gente que pregunta por mí y luego me miente. Tu colega Begbie lo descubrió en la trena. Pero supongo que tú eso ya lo sabes. Así que quizá lo mejor es que te dediques a lo que sea que te ha traído de vuelta aquí y no metas las narices en mis asuntos, a no ser que quieras hacer negocios. ¿Entendido?».

Ni siquiera intento hablar. No tendría sentido. No me veo capaz de

hacerlo hasta que me suelta, el aire regresa a mis pulmones y la sala deja de girar. Pero para entonces Seeker se ha ido y el camarero me mira con desprecio lastimoso.

Me levanto temblando y voy al baño. Me miro en el espejo: tengo los ojos hinchados y, cuando los entrecierro, veo que se me han roto las venas de los párpados. *A lo mejor esto es lo que le ha pasado al vecino*... Me noto el cuerpo débil y atrofiado mientras me mojo la cara con agua e introduzco más aire en los pulmones. Salgo, dejando atrás la pinta de pis sin gas. En la calle hay más luz y las gaviotas graznan en el cielo, riéndose de mí. Inspiro de nuevo para revitalizarme y avanzo con paso vacilante por Leith Walk hasta los Bridges rumbo al South Side, a casa de mi madre.

Todavía tengo mareo y náuseas de la conmoción cuando cruzo South Bridge y giro por Infirmary Street. Oigo voces que se acercan a mí. «Es ese de ahí. ¡El colega de Begbie!»

Uno de ellos salta ante mí. Es Malnacido: el tipo con ojillos y cara de escroto que visitaba en la cárcel al fantoche mongolo ese, el amiguito del alma de Begbie. *He heredado todos los enemigos de este cretino*.

«¡El colega de Begbie!»

«Por favor. Largaos a tomar por culo. No me interesa esta disputa rastrera.»

«Es el colega de Begbie, ya te digo.» Malnacido se dirige a un idiota de boca retorcida con una especie de chaqueta de ante barata que solo se pondría tu tío el pervertido y que la lluvia ha convertido en una gamuza gigante. «Donno contaba que el mejor amigo de Begbie lo engañó y le mangó la pasta al muy imbécil. Decía que el tío ese, un yonqui mocoso y temblón, más blando que un pedo, fue una vez a ver a Mikey Forrester y que se la metió doblada al maricón de Begbie.»

Dios mío..., ¿qué es este prístino Tofet?

«Donno dice que Seeker ha convertido a Begbie en su putita... Lo hizo llorar como a una chiquilla», declama el Estilista Pervertido.

«Sí, ¿qué te parece eso?», se burla Malnacido.

«Entonces, ¿qué? ¿Tú eras de los Young Leith Team?», pregunta Estilista Pervertido.

«Sí, cuando tenía catorce años.» Me doy la vuelta y miro al idiota de al lado de Malnacido, que aprieta los puños. «Decidme, ¿esto es una convención de imbéciles o una reunión de limitados sartoriales? ¿O las dos cosas?»

«Puto listillo», exclama Malnacido antes de pivotar y plantarme un *uppercut* de boxeador profesional bajo la caja torácica. Me quedo sin fuelle mientras me invade un mareo negro y paralizante. De nuevo, casi no puedo moverme y jadeo para llenar los pulmones de aire.

Cuando el vértigo amaina, estoy sentado en el bordillo de la acera. Me sale sangre de la nariz y veo que cae a la alcantarilla. Oigo voces preocupadas a mi alrededor. «Menudos matones», dice una voz de mujer. «¡El muchacho no les había hecho nada!»

Me duele todo. Intento levantarme. Ruido de tráfico. Voces de niños diciendo oooh...

Alguien me agarra por debajo del hombro. Un hombre corpulento me ayuda a levantarme. Huele a salchichas y alcohol. Probablemente venga del pub Royal Oak. «Tranqui, colega... Te han dado una buena.»

Intento concentrarme en las caras borrosas mientras la calle da vueltas a mi alrededor.

«Eso mismo, Jo-Jo», ríe otro tipo. «¡Una buena, ya te digo!»

«¿Quieres que pidamos una ambulancia?»

«Estoy bien», logro decir, mientras una cara roja y bulbosa empieza a manifestarse ante mis ojos.

«¡No les caías bien a esos chavales! Te han dado con ganas.» El careto pertenece a un espécimen gordinflas cuya piel indica privación de nutrientes.

«¡Vaya que sí!» El tal Jo-Jo es más pequeño pero tiene complexión de boxeador y hombros enormes. Lleva un abrigo Crombie. «Te han pateado la cabeza y pisoteado los huevos...»

Siento un dolor agudo, pero no en las bolas, sino en la parte baja del vientre. «¿Crees... que me haces un favorazo... diciéndome lo que me han hecho cuando estaba inconsciente?»

«Solo te cuento lo que ha ocurrido», dice Boxeador Enano, que hace un gesto a Cara Roja.

«Dejadme en paz de una puta vez.»

«¡Será gilipollas! ¡Te estamos intentando ayudar, pedazo de subnormal! ¡Ahora entiendo por qué esos chavales te han dado una paliza con ese abriguito de tía que llevas! ¡Olieron a marica!»

«¡Vaya que sí!», dice Cara Roja, acercándose a mi visión borrosa. «¡Añade esto a la cuenta!»

Una mano aparece de repente y siento un crujido en la mandíbula y luego en el cuello mientras pierdo el equilibrio y vuelvo a caer al suelo.

Cuando recupero la consciencia, estoy en el hospital y el dolor me carcome el cuerpo. Anhelo Londres con cada fibra de mi alma. Tengo la nariz vendada. *No me jodas, mi preciosa nariz*...

¡*Que alguien me saque de este hogar picto lleno de brutalidad*!

Aparece un tonel vestido de enfermera. Me dice que tengo una conmoción grave y que me quede tumbado. Me han roto la nariz, pero la han puesto en su sitio. Noto la garganta tan seca que parece que he estado engullendo el ardiente falo del mismísimo Satán. Intento coger la jarra de agua de la mesilla que hay junto a la cama. La enfermera se inclina para echarme de nuevo en la cama y luego me sirve un vaso. Doy un sorbo. «Bien», dice para calmarme.

Vuelvo a sumirme en un profundo sueño.

Al despertar, percibo a través de los párpados cerrados siluetas oscuras frente a las tenues luces que iluminan la sala. Mis fosas nasales arden con el choque de perfumes que compiten entre sí y con la peste medicinal: Obsession de Calvin Klein choca con Aramis, demasiado dulce. Abro los ojos y veo a Amanda y mamá sentadas junto a mi cama con la preocupación grabada en la cara. El miedo baila en sus ojos. Siento el deseo de cazar y asesinar a los que han perpetrado toda esta violencia contra mí. Amanda me aprieta la mano. «Simon... ¿qué ha ocurrido? Tu nariz...»

Dios, estoy enamorado. La ternura amorosa de esta mujer me sobrecoge. «Aún no lo sé...» Me esfuerzo por crear una mentira aceptable. «Parece haber sido un intento burdo de robo, quizá querían el Fendi», le explico, evocando el festival de gilipolleces moralizantes que suelen gastarse los tabloides londinenses, en el que compiten las huelgas, el terrorismo y el hooliganismo futbolero. En Edimburgo, no obstante, los zumbaos suelen estar por encima de

exhibir violencia por fines económicos. Tienden a hacerlo sencillamente porque lo disfrutan. A todos les daría vergüenza, o se sentirían como chorizos, si hurgaran en los bolsillos del capullo al que –en nombre del deporte– han reventado y dejado tirado en la acera, lamentándose.

«¡Esta ciudad! ¡Está acabada! *Finita*!», exclama mamá. «¡Mira lo que le han hecho a mi niño! ¡A su preciosa nariz! ¡Que acaba de ser padre!»

Ahora deseo que se vayan y bendigo a la enfermera por insistir en que de veras tengo que descansar antes de que me hagan más pruebas para asegurarse de que estoy bien. La muerte ahora sería una tragedia cruel: la escoria desesperanzada de mi ciudad natal, que olisquea el éxito ajeno llena de envidia, me despojaría de la riqueza de los Coningsby a base de puñetazos y patadas...

Al día siguiente me dan el alta y Amanda y Carlotta me llevan a casa. Por suerte, mi nariz recolocada quedará igual de bien que antes, pero el descanso es obligatorio por el traumatismo que he sufrido. Hay que joderse, la cosa es grave: si muevo la cabeza hacia un lado o me incorporo demasiado rápido, me abruman las náuseas, aunque por suerte remiten en cuanto las reconozco como síntomas.

Durante un par de días, no tengo más remedio que quedarme en casa y tomármelo con calma, tragándome la programación diurna de la tele para cabezas huecas. Al principio acepto de buen grado las atenciones de Amanda, mamá y mis hermanas, incluso he recuperado un poco del estatus perdido con la llegada del nuevo fichaje, y Mands, cuando habla por teléfono con sus amigas, usa constantemente la expresión «pobrecito» cuando se refiere a mí. Pero no tardan en darme más dolor de cabeza que el traumatismo craneal, pues acaban sustituyendo compasión por control.

Las convenzo para que se lleven al crío al centro. ¡Bendito descanso!

Después de dos horas solo, reviento; aunque estoy un poco flojo,

decido salir a tomar el aire en busca de compañía que no esté en posesión de una vagina. Mi cuaderno de direcciones me arde en el bolsillo de la chaqueta. Marianne: ¡todavía me cuesta creer que no volveremos a follar! Pero al menos tengo que intentar mantenerme en el buen camino.

Me irrita que la única persona no femenina en la que puedo pensar sea Spud Murphy. Nos vemos en la estatua de la reina Victoria al pie de Leith Walk. «Me alegro de que hayas llamado», dice con cara de lo contrario. «¿Qué pasa con la boda?»

«Vuelve a estar en pie. En julio del año que viene. Os he enviado la invitación. Debe de estar a punto de llegar.»

«¡Genial! Tengo ganas. Franco iba a prestarme la pasta, pero la cosa puede estar un poco más complicada ahora que está en chirona...» Se detiene, como si acabase de verme. «¿Y a ti qué te ha pasado en la nariz? ¡Y en los ojos! ¡Y en el labio!»

«Me he cruzado con los retrasados habituales con los que uno se encuentra aquí cuando intenta ir a lo suyo.»

«Te han dado una paliza», canturrea con regocijo.

«Pues no te alegres tanto», protesto. «Me cago en todo, ¿qué le pasa a esta ciudad? ¿Por qué aquí los psicópatas que muelen a palos a un hombre inocente generan tanta felicidad en la población? ¿Te invito a una boda elegante y tú, como un puto payaso, te burlas de mi estado de víctima de asalto múltiple?»

«Perdón... No es eso...: solo estoy pensando en la compensación, ¿sabes? ¡Mucha pasta, Simon!»

¡*Con lo que estoy pasando, ni siquiera he pensado en eso*! Partiendo de que un reloj roto acierta dos veces al día, vamos a la comisaría a rellenar la solicitud de indemnización por delito de lesiones.

Casi de inmediato queda claro que es una acción desafortunada. Spud toma asiento en la sala de espera, temblando y sudando. Su presencia hace que el olor a chamusquina supere incluso al de putrefacción personal que emana del madero del mostrador y su cara plagada de eccema. Estoy seguro de que en cuanto salgamos por la puerta harán una pelota con la solicitud y la lanzarán a la papelera en medio de una cacofonía de risas de póquer.

Me doy cuenta de que el poli me lanza miradas desdeñosas a mí también, además de a Murphy, ya que me ha vuelto a sangrar la nariz. El madero amargado del mostrador niega con la cabeza descamada y me entrega un trozo de rollo de cocina ya manchado con la humedad grasienta de su mano.

«Que no caiga la sangre en la solicitud», dice Spud, poniendo su granito de arena.

La excursión en busca de aire fresco demuestra ser una pérdida de tiempo completa, como suele ocurrir con Murphy. Vagamos por el puerto antes de ir a una cafetería y tengo que aguantar otra hora escuchando las chorradas especulativas de un hombre a quien tanto la genética como las drogas han dejado más para allá que para acá. «¿Te acuerdas de cuando Mark nos hablaba de *Crimen y castigo*?», suelta de repente en un extraño momento de claridad.

Siento la tentación de decirle *No pronuncies el nombre de ese ladrón*, pero en vez de eso me dejo llevar por la curiosidad. En efecto, leí el libro, y encima por consejo del traidor pelirrojo. «Sí, el dilema de Raskólnikov.»

«Todos nos enfrentamos a eso», y de pronto suena sabio y profundo, «en plan, cuando hacemos algo que sabemos que está mal, pero nos salimos con la nuestra. Pero sabes que está mal, así que acabas castigándote a ti mismo, en ese plan. O te castiga Dios.»

«No, tronco», y pongo los ojos en blanco. «Te castiga tu conciencia. Tu propia debilidad. La forma de vencer eso es ser fuerte. No tener demasiada conciencia.»

Dicho argumento se le hinca en el corazón cual estaca a través de la manga mocosa, y se le abre la boca del susto. «¡Todos tenemos conciencia! ¡Sabemos cuándo estamos haciendo algo malo!»

«Una cosa es saber que estás haciendo algo malo y otra muy distinta es que te importe una puta mierda.»

«Pero puede que cuando no le prestamos atención», propone con pícara esperanza, «estemos acumulando más dolor para el futuro.»

Este idiota, como los perdedores del Vaticano, no entiende el catolicismo ni cómo usar su poder para que sea una religión que funciona.

«Quizá», respondo dubitativo e inquieto, empezando a aburrirme

de su compañía. Además, la conmoción... Cada vez que muevo la cabeza demasiado rápido me azota una ola de vértigo. *Malditos sean esos matones borrachos, cobardes y costrosos*...

Deseo tumbarme y estar lejos de mister Murphy. Estoy muy a favor del robo oportunista, pero la velocidad de sus ojos fichando cada bolso, monedero, ventana abierta y cámara de seguridad que encontramos en nuestro camino no tarda en agotarme el alma. Ya no aguanto más tanta sobriedad obligatoria. «Tráeme vino en abundancia», y señalo un exclusivo mesón de la acera de enfrente.

«Venga, va», y sus ojos asilvestrados se iluminan, «pero vas a tener que invitar tú.»

Suspiro resignado y cruzamos la calle. En Londres sería un sitio corriente, pero aquí en Leith este garito está en la cúspide de la clase y la sofisticación ostentosa. Pido una botella de Chablis y dos copas.

«Quería preguntarte, ¿qué tal la bella Alison? Obviamente, su nombre está en la invitación, puesto que sois la pareja de moda de Leith...»

«Está bien», comenta alzando la copa y echándosela al coleto de un trago. «En fin, tengo cosas que hacer.» Su humor se oscurece con la transición infantil del idiota que no dispone de ingenio suficiente para mentir y acaba cediendo así todo su poder. «Nos vemos», se despide y, para mi alegría, se larga de inmediato.

Lo veo hundirse al cruzar la puerta. Cree que me interesa Alison. *Pues no*. Quizá hace tiempo, pero el olor a Leith y a arrabal acaba permeando a las mujeres, incluso a las que tienen el material más prometedor. En la botella queda para otras dos copas, y me las tomo con deleite.

Miro a mi alrededor. Todavía me cuesta creer que estoy en Leith. Pero me largo de aquí para volver a mi princesa consentida de Isleworth. Cuando entro en el apartamento del South Side, mi futura esposa está con mi madre y mis hermanas jugando con nuestro hijo. Ya me siento excluido: las carcajadas del niño parecen reservadas solo para esta camarilla femenina de frotapanzas.

Pero el crío, producto de mi pase para follar, es mi pase para volar,

y además en primera clase. ¡Es el único heredero de los millones de los Coningsby y de las llaves de Cantley Lodge junto al Támesis!

Aguanto los inevitables sermones sobre quedarme en casa y descansar. Aunque paso una noche tranquila ante la tele durante la cual veo *Hale and Pace* y luego *El guerrero rojo*, con Arnold Schwarzenegger y Brigitte Nielsen, al día siguiente, cuando salimos, no me encuentro muy bien. Por desgracia, la excursión con Spud Murphy me ha despojado de excusas para quedarme en casa y me veo obligado a participar en una salida familiar a la Galería de Arte Moderno.

Llegamos atravesando el paseo de Water of Leith, húmedo y cubierto de hojas. Aunque estoy inquieto y algo preocupado, llevo al crío en el portabebés. Para protegerme, claro. ¡No pienso poner un pie fuera de casa sin ese cabroncete amarrado al pecho!

33. HIERBAJOS EN EL JARDÍN

> Cuando un ser pensante consigue superar la motivación del vicio y es consciente de haber realizado su amarga tarea, se encuentra en un estado que podría llamarse felicidad, un estado de satisfacción y paz mental en el que la virtud es la recompensa en sí.
>
> IMMANUEL KANT

A Godfrey Coningsby se le encoge el alma al dar un tremendo traspiés. Las húmedas hojas de otoño que, tras ensuciar el césped, se han infiltrado en el porche le han hecho estirar demasiado la pierna y, con la cámara de largo alcance en la mano, le cuesta corregir el equilibrio...

Por suerte, el cómico tropezón pasa inadvertido. Pero el incidente altera a Coningsby: se queda estupefacto al darse cuenta de que se ha distraído fotografiando a su jardinero.

George está tomándose un descanso de sus tareas mientras saca tabaco de una bolsita. El jardinero, junto a los abundantes rosales del fondo de la finca, no ha visto la actuación de Godfrey, inmerso y ofuscado como está en la construcción de un cigarrillo. No obstante, zarandeado por los productos de su descarriado subconsciente, Coningsby baja la cámara y cruza el césped. George, ajeno a todo,

poda los rosales y mete las ramas secas en una bolsa con el pitillo colgando de la boca.

¡*El salvajismo del trabajador, cortando a ritmo brutal con las podaderas en las manos rudas y callosas!* La frialdad malévola con la que George ataca los arbustos perturba a Godfrey, que tiende a podar con reticencia y cautela. *No tiene nada y seguro que ve todo lo que tengo yo. Un día me decapitará, violará a mi mujer y a mis hijas y saqueará mi hogar*.

George sigue sin percibir su presencia, así que Godfrey Coningsby hace algunas fotos de los rododendros cercanos. Es triste verlos marchitarse después de la floración completa, cuando tenían el mismo color rosa flamenco que la caja de rosado que se trajo de Provenza en el nebuloso verano.

Qué agradable sería que George acabara de una vez y se fuera. Sobre todo porque Joanne, la empleada doméstica, tiene el día libre. Entonces Godfrey podría quizá enfriar una de las últimas dos botellas que le quedan de esa remesa de vino y bebérsela a sorbitos mientras disfruta del avance del marrón y el amarillo frente al escaso verde eléctrico que queda en el jardín. Pero no delante de George: relajarse ante los subordinados no da buen ejemplo. En el mundo que estamos creando, ya no se puede disfrutar de la riqueza; siempre tiene que parecer que se está trabajando. Y la maldición de que la gente haga cosas para ti es que eso limita automáticamente tu libertad tanto como la de ellos.

Godfrey mira por encima del muro hacia la casa desierta y semiabandonada de al lado. La bancarrota de Christian Frobisher había destruido a la familia vecina, y la ruina de Eldersley Lodge –la propiedad gemela de Cantley, construida en la misma época– representaba para él una visualización perturbadora de dicho suceso. Toma unas instantáneas. La documentación es importante. Por supuesto, no entienden su pasión. Julia y Gen juguetean con esas chabacanas Polaroid, pero muestran poco interés por el arte serio de la fotografía. Entonces Godfrey percibe la maleza que se arremolina en torno a la valla del jardín, acumulándose en las ranuras, un brote forunculoso de verde séptico. Consternado por el baile invasivo de los hierbajos en su propiedad, tira con rabia de un cúmulo y mira a

modo de reproche hacia George. Había que mantenerlos fuera del jardín. *Venenosos, tóxicos y rastreros que lo contaminan todo, destruyendo la belleza al rebajarla a su nivel repugnante y miserable. No se puede permitir que tan horrendos usurpadores consigan un punto de apoyo*.

Su jardinero sigue podando las rosas, al parecer ajeno a su atenta presencia, con los tendones del cuello de toro tensos, así como los músculos de sus hombros, espalda y tatuados antebrazos. *¿Debería hablar, carraspear?* Decide que no. Se vuelve hacia la casa.

Unas risitas lejanas aletean desde un barco fluvial en marcha mientras Godfrey llega a la terraza de la parte trasera. En la cocina, Julia ha preparado un almuerzo frío. «Estarás al corriente de que Ronald Chesterton tiene una aventura», lo informa distraída mientras coloca varias rebanadas de pan crujiente junto a los quesos, la ensalada y las porciones del pastel de cerdo que a él tanto le gustaba. «Ha dejado a Charlotte y a los niños; bueno, claro, ha sido ella la que le ha pedido que se vaya. Está hecha polvo. Va a pedir el divorcio.»

«Hmmm», medita Godfrey. «Vaya con Ron. Nunca me hubiera imaginado que era de esos. Es muy reservado. Aunque supongo que no hay un tipo concreto de persona. Le va a costar un dineral.»

«Sin duda», coincide Julia, a quien dicha observación no aflige, ni por asomo, tanto como a él. Señala una botella abierta de Chardonnay. «¿Una copa de vino blanco?»

Godfrey murmura algo indescifrable que su mujer interpreta como una respuesta afirmativa. Julia está alegre, casi feliz, ahora que han aceptado esta farsa de boda en Cantley Lodge en la que su Genevieve va a casarse con este vil espécimen del norte de la frontera.

El lugar de origen del novio ya era bastante problemático por sí mismo. Los escoceses eran una raza truculenta y pendenciera, tendente a las quejas injustificadas, que apenas participaba de forma constructiva en el discurso político y cultural de las islas. Incluso sus escritores utilizaban una lengua vernácula difícil y gutural. Pero era necesario conformarse por el bien del niño. Unas semanas antes, Julia le había enseñado una Polaroid de Ben sentado

en el regazo de Gen. *Se había dignado a enviar solo esa fotografía.* «¡Míralo, Godfrey! ¡Mira a tu nieto! ¡Nuestro nieto, al que no hemos visto nunca!»

Al ponerle los ojos encima, le costó contener las lágrimas. Ahora, la foto implacable, que mostraba a Gen con el pelo al viento y una sonrisa de oreja a oreja imitada por el glorioso querubín de su regazo, estaba colocada en un marco en el aparador. No había forma de escapar de la alegría enternecedora que se reflejaba en aquellos dos pares de ojos, por más que comiera deprisa y bebiera vino a grandes sorbos. Siente alivio al terminar la comida y retirarse de inmediato a la ansiada soledad del cuarto oscuro.

Enciende la luz y el rojo tiñe el negro azabache. Nunca ha podido decirles esto a las chicas, pero siempre ha querido un hijo. Después algo en su interior deseó profundamente tener un nieto. Ahora tiene uno, un niño que necesita atención y una buena familia. Pero Williamson debía de ser igual que su padre, al que odiaba, según Gen le contó a Julia. ¡No se puede permitir que Ben corra la misma suerte!

34. SEGUNDA, TERCERA, CUARTA, ETC. OPORTUNIDAD

Mas ¿mostrar ahora debilidad?
¿Débil, al desmontar del carro de trueno?
¿Huyes acaso del campo de batalla carmesí?
¿Qué es ese polvo que tienes en la faz?

MARY SHELLEY

Cuando me pongo el abrigo, aparece Spud. Duerme mucho y hasta tarde. No quiero saber dónde ha estado ni qué ha estado haciendo.

No soporto ese mechón de pelo. ¡Ojalá se rapara la cabeza! ¡Al dos! «¿Nos ha llegado la invitación... a la boda en Londres? Simon dice que está de camino... Hasta he llamado a mi madre para asegurarme.»

Señalo el sobre de la repisa. Lo abre y saca una tarjeta.

El señor Rodger Godfrey Coningsby y su señora

se complacen en invitar al

señor Daniel Murphy y la señorita Alison Lozinska

a la boda de su hija Genevieve Amanda

con el señor Simon David Williamson

el 14 de julio de 1990

a las 14.00 en la iglesia de Duke Street

Duke Street, Richmond, TW9 1DH

La celebración posterior tendrá lugar

en Cantley Lodge, Park Road, Isleworth, Surrey.

«Genevieve Amanda: suena pijo a tope. ¡No le ha ido mal!»

A ti tampoco te ha ido tan mal, yonqui imbécil. «Eso parece.»

«Entonces, ¿no vas a venir conmigo a la boda?»

No para el tío. ¿Qué quiere de mí? Cambia el disco. «No, ve tú», le digo sin levantar los ojos del papel.

«Yo no voy sin ti.»

«Bueno, pues yo no voy. Tengo que trabajar. ¡No puedo irme a Londres sin más!»

«Pero puedes cambiarle el turno a alguien...»

«Ya hemos hablado de la puta boda. Primero hay boda, luego no hay, ahora hay boda de nuevo. ¡Seguro que la semana que viene se cancela de nuevo!»

«No, esta vez es distinto porque...»

«Yo no voy y no quiero hablar del tema», le corto. «Me voy a ver a mi padre.»

«Si quieres, voy contigo, ¿estará también la Kath?»

«Se llama Mhari», le grito. *¿Qué cojones le pasa a este?* «Y no quiero», le digo.

«¿Por qué no?»

«¡Porque quiero hablar con mi padre yo sola!»

«Pero la boda... Dime que al menos lo pensarás... ¡Será un buen viaje, tú y yo en Londres!»

«¡Que no! ¡Te lo he dicho, coño, que Londres cuesta dinero, Danny!»

«¡No es eso!»

«¡Pues claro que es eso! ¡Entérate de una vez!»

Me largo de aquí y dejo a ese pedazo de imbécil cazando moscas con la boca.

35. DONDE SE COME NO

Ella se aferró a sus rodillas, sollozante;
en vano le imploró
y por expiar luchó
el desdén de su mente, desbordante.

SAMUEL TAYLOR COLERIDGE

El invierno se ha hecho notar. Apunta maneras de cabrón frío y desolador. Tengo el sueño más ligero últimamente, pues me despiertan los gorjeos y la peste agria de teta, leche y caca del crío al despertarse en la cuna y el ruido que hace Amanda al ir a ocuparse de él. Me levanto justo después de ella. Demasiado rápido, al parecer: las olas del traumatismo han remitido, pero sigo sintiendo su presencia si levanto la cabeza muy deprisa estando recostado.

Luchando con la oscuridad –Amanda tiene vista de gato– voy a tientas hasta la cocina, donde busco la luz con desesperación. El resplandor amarillo me chamusca la retina y me produce más náuseas. Pongo el café; luego voy temblando al baño, las baldosas están heladas bajo mis pies, y echo una larga meada que huele a las drogas que no he tomado. A pesar del frío, me dispongo a expulsar el aroma rancio a *bambino*, pero la escarcha ha sellado las ventanas del salón. Enciendo la calefacción central, congratulándome de que la cuenta de los Coningsby siga cubriendo las facturas energéticas.

A pesar de sus amenazas, es algo que esta mujer, moderna y deseosa de independencia, nunca ha intentado rectificar, y yo la respeto de cojones por ello. Esos parásitos inútiles deben su riqueza a la herencia y a la explotación de currito a través de sus redes nefarias. Pero en vez de esperar que los obtusos plebeyos desarrollen, uno: la conciencia para darse cuenta de esto; dos: los cojones para unirse y rebelarse; y tres: el conocimiento para crear un sistema alternativo basado en la verdadera democracia, prefiero seguir sacando tajada de cualquier manera, gracias.

Sin duda, God Coningsby, el despreciable pez gordo, cree que nos lleva un tanto de ventaja por el acuerdo de que él sea el anfitrión de nuestra boda el verano próximo. Probablemente crea que con ello asegura su influencia, que crecerá de forma exponencial. *Che cosa, Coningsby*. Ahora, con la esperanza de que yo ceda, nos ha invitado «a los tres» a pasar las Navidades junto al Támesis en Cantley Lodge. Aunque resulta de lo más tentador, estoy disfrutando de la rebelión peleona y empoderada de Amanda.

Ella entra con nuestro mefítico Benito y me encuentra observando la tarjeta navideña de la repisa, o más bien la nota manuscrita que el omnipotente «God» ha metido en su interior.

Genevieve, Simon y Ben:

Sería maravilloso veros aquí abajo por Navidad. Podéis quedaros el tiempo que queráis.

Un abrazo,

Papá

Amanda niega con la cabeza y reitera: «Gene-vete a-la mierda... Mira que se lo he dicho: ¡no vamos a pasar allí las Navidades de ningún modo! ¡Que demuestre su sinceridad para entablar relaciones

metiéndose las manos en los bolsillos y pagando la boda, como acordamos!».

«Como desees, galletita de fresa», y le guiño un ojo. «Voy a por un café...»

Vuelvo a la cocina y a la cafetera silbante, lleno mi taza de Frank Graham Group de los Hibs y unto un cruasán con mantequilla. Amanda me sigue con Benji y lo tumba en la mesa. ¡No me jodas que va a cambiarlo! «*Non cagare mai dove mangi*!»

«¿Qué?»

«Que donde se come no se caga.»

«Por supuesto... Perdón, estaba distraída...», se disculpa, y se lo lleva al salón, fuera de mi vista, desde donde sigue con lo suyo: «... aunque la celebración de la boda sigue sujeta a su comportamiento... ¡y que le den a bajar hasta allí para escuchar sus pomposos recitales navideños!».

La movida de la maternidad ha disminuido mucho su tolerancia ante las gilipolleces de sus propios padres. «Sí, mi amor», y voy al pasillo para colocarme en la puerta del salón, mientras mastico el hojaldre y me bebo el elixir, absteniéndome de observación alguna mientras nuestra pequeña fábrica de mierda recibe el debido mantenimiento. «Yo le seguiré la corriente con el fiasco de la boda, pero solo por tu bien y el del chavalín.»

«¡Bueno, pues solo se celebrará si mi padre no nos suelta más chorradas!»

«¡Así me gusta, princesa guerrera!»

«¡Me alegro de que me hayas animado a enfrentarme a él!»

«Yo estoy encantado de que le hayas puesto algunos límites a tu viejo.» La dejo con su tarea y vuelvo a la cocina a disfrutar de mi desayuno.

Por supuesto, todo tiene su lado malo. Un problema de la creciente asertividad de Amanda y su distanciamiento con su familia es que mis actividades laborales cada vez le interesan más. Cuando Benji está seco, temporalmente sin heces y bien envuelto, viene a tomar un café conmigo y saca un tema recurrente. «Conozco a tu familia de Escocia, pero no a tus compañeros de trabajo de aquí.»

«Son una tropa algo extraña», comento rellenando mi taza de café

cuando un repentino brote de granizo golpea el cristal de la ventana. Doy un sorbo, saboreo su amargor intenso y penetrante aunque sorprendentemente suave en el esófago y el estómago. Me beso la yema de los dedos. «*Perfecto*.»

El puto café italiano te saca pelos en los huevos en una mañana fría.

Amanda se desploma en una silla, que cruje un poco. ¡Tendrá que recuperar el peso que le corresponde por categoría y estatus de pibón para dar la talla con el vestido el próximo verano! La competencia es feroz. Sus damas de honor están como un palillo, salvo una gordinflona corpulenta a la que esas niñas bien mantienen en el grupo con el fin de echarle el sermón y tener material para sus esporádicas partidas de crueldad femenina. «Siempre dices que la industria editorial y cinematográfica para adultos es igual que cualquier otra.»

«Bueno, sí y no.»

Hasta cierto punto he decidido ser sincero, filtrando por goteo que he participado en varias grabaciones de proyectos porno para ayudar a algunos colegas chunguillos pero bienintencionados, aparte de los montajes genéricos de bodas. Al principio esto excitó a Amanda, pero la maternidad ha hecho aflorar su lado mojigato latente. La cosa le hizo menos gracia aún cuando le dije que esos encargos eran lucrativos y que el tema podría ir para largo.

Pero era una pizca de sinceridad esencial. Las bodas ofrecen una buena coartada para mis actividades nocturnas en el hotel de Finsbury Park, pero no pueden justificar mi actividad profesional diurna, que explicaba a base de mentiras sobre mi implicación en el mundo del deporte. Le decía a Amanda que durante el día filmaba vídeos para equipos como Brentford, QPR, Fulham, Orient y, por supuesto, los Spurs, donde Tony tiene un palco. Es una coartada bastante buena, y él y Lawrence están al corriente.

Por desgracia, la tienda de Tony está a menos de diez minutos a pie de la oficina de Grandchester, Lewis y Gorst, justo al otro lado de Oxford Street. Por tanto, cuando Amanda vuelva de su baja por maternidad el mes que viene, no habrá forma de librarse de una visita al lugar de trabajo. Cuando no se puede evitar que ocurra

algo, la única opción es asumirlo e intentar gestionar el resultado. No puedo retrasarlo más.

A la mañana siguiente, dejamos a Ben con Basia, la canguro polaca (otra concesión que le ha sacado Mands a Julia Coningsby con vistas a su vuelta al trabajo) y entramos con aprensión al SALÓN DE CINE Y LITERATURA PARA ADULTOS DEL SOHO. Apretando los ojos, fascinada por el reluciente despliegue de literatura, tanto pop como porno, Amanda sonríe cuando el propietario fornido y de cara roja, con camisa blanca y cadenas de oro, la saluda. «¡Bienvenida a la maldita casa de locos!»

«¡Tú debes de ser Tony!»

«¡Y tú debes de ser Manda, la media naranja buena!», exclama Tony encantado. «¡Y toca daros la enhorabuena!»

«Gracias, ya tiene cinco meses. El tiempo vuela», reflexiona ella mientras le muestra a Tony la última Polaroid. Seguramente la menos guarra que el pseudobarón de la pornografía ha visto con sus ojos saltones.

«Precioso», suelta, y luego añade: «No te equivocas con lo del tiempo. Disfrútalo mientras puedas, ese es mi consejo. Crecen demasiado rápido», y no logra evitar que su voz se disuelva en un lamento amargo. «Sobre todo cuando algunas personas, cuyo nombre no diré, procuran que te pierdas lo mejor de ellos. En fin, esa es otra historia.»

Ojalá fuera el caso. Siempre estoy oyendo la misma mierda. Tony tiene acceso limitado a los adolescentes que tuvo con su ex, Glad. *Que sin duda estará dando Glad-ias a Dios por que ese gilipollas se haya quitado de en medio*. El hijo de siete años que tiene con Lil, su novia de ahora, es otro cantar.

Por ahora.

Pero la visita al trabajo está saliendo mejor de lo que esperaba; en efecto, siento que el respeto de Tony por mí crece significativamente cada vez que Amanda abre la boca. Es obvio que está impresionado de que haya pillado algo de clase. No es para menos: las sacacuartos sin alma y los felpudos con expectativas demasiado bajas son una cosa, pero es imposible imaginar que una mujer de

verdad se sienta atraída por un tío con pinta de cubo de Rubik que solo tiene los cuadrados rojos.

Tony acompaña a Amanda por la tienda y le enseña la mercancía. Su voz ha adoptado un tono agudo y absurdo, algo que suele ocurrir cuando está nervioso, como si alguien le hubiera cortado las partes pudendas con un bisturí. «¡Ven a dar una vueltecita por la tienda, guapa!»

Amanda se lleva lo que él llama «el gran tour», que incluye la oficina, a la que subimos por la escalera de caracol. Me sorprende ver que la mesa de «Lincoln» Liam ha sido, como quien dice, borrada del mapa. La desaparición del fichero rotativo indica que la cosa debe de ser permanente. No digo nada, pero Tone percibe mi mirada. «Caminos separados», explica encogiéndose de hombros con una brusquedad que invita a no hacer más preguntas.

Nos dirigimos al sótano, al departamento de juguetes sexuales.

«Si ves algo que te guste», Tony está disfrutando de que Amanda inspeccione los consoladores, «cógelo.»

«Ah, yo creo que me voy a llevar esto de aquí, Tony, me parece excelente», y me da una palmada firme en el culo.

Tony suelta una carcajada con un extraño aire de timidez infantil y luego, con sinceridad aparente, dice: «Se lo ha currado mucho para llegar hasta aquí. Y se lo merece. Es un menda de primera, de lo mejorcito».

Como los cumplidos de Tony son menos corrientes que los testículos de los peces, siento que me inunda un cariño avergonzado. Intento resistirme, pensando en lo inapropiado que resulta. Los piraos siempre imaginan que inspiran lealtad, y de hecho seguro que es un pensamiento esencial al que se aferran para hacer lo que hacen. No es que pretenda desengañarlo. Le entrego la invitación a la boda del verano que viene y observo que su jeta se enciende todavía más mientras sostiene a la luz la tarjeta repujada.

El señor Rodger Godfrey Coningsby y su señora

se complacen en invitar al

señor Daniel Murphy y la señorita Alison Lozinska

a la boda de su hija Genevieve Amanda

con el señor Simon David Williamson

el 14 de julio de 1990

a las 14.00 en la iglesia de Duke Street

Duke Street, Richmond, TW9 1DH

La celebración posterior tendrá lugar

en Cantley Lodge, Park Road, Isleworth, Surrey.

«¡Caramba, carambola! ¿Cantley Lodge? ¿Isleworth? Una pijada que no veas, ¿eh? ¡A Lil le va a encantar!»

«En la hacienda del duque de Northumberland», río y señalo a Amanda con la cabeza. «¡Esta es de sangre azul!»

«¡No es para tanto!»

«¡Bueno, pero sois vecinos!»

«¡Su castillo está seis casas más abajo, y nuestra parcelita es la más pequeña de Park Road!»

Tony ha estado mirando de forma alterna nuestro diálogo y la invitación como si estuviera viendo un partido de tenis. «Genevieve... ¿Ese es tu verdadero nombre, Manda? ¿Park Road?»

«Por favor, llámame Amanda. Estamos entre el río y Syon Park.»

«A mí me suena estupendamente», canturrea Tony, «pero siento informaros, milady, de que aquí solo tenemos té PG Tips o café soluble.»

«Oh», dice Amanda de modo teatral, participando del juego, «un *English breakfast* será un auténtico bálsamo, se lo agradezco, Tony.»

Al menos Lawrence no está, lo cual me alivia hasta que recuerdo que la razón de su ausencia es que se encuentra en Tottenham; donde tengo que reunirme con el viejo sarasa. Recibo la llave de Tony, ocupado haciendo té por primerísima vez, y abro el almacén

de abajo, siempre cerrado, para sacar la cámara. Busco también varias cintas vírgenes y las meto en la bolsa.

Cuando vuelvo, mi prometida y mi jefe están parloteando mientras toman té y KitKat. Intento devolver la llave, pero Tony la rechaza y susurra: «Guárdala. Ahora que el marica cascarrabias de Liam no está por aquí, voy a necesitar que tú des un paso al frente», y mira el Rolex de oro en su musculosa muñeca. «¡Bueno, deberías ponerte en marcha hacia Tottenham a ver a nuestro viejo amigo!»

«Ah, los Spurs, la sesión de entrenamiento», y le guiño el ojo.

«¡Sí, asegúrate de pillar todo el juego sucio!»

Sin duda, es hora. Amanda termina el té y se despide de Tony mientras yo me cuelgo la bolsa de la cámara al hombro. Salimos de la tienda y vamos a GLG, situada en un feo bloque de oficinas de los setenta en Newman Street, donde le dedico un caluroso *adieu*. Por suerte, ha quedado para comer con varios compañeros de trabajo: ¡no la llevo a un rodaje ni de coña! Me voy a Warren Street y cojo la línea Victoria hasta Tottenham Hale. Hace un tiempo asqueroso y la gente va de un sitio deprimente a otro amedrentada por el frío y el cielo oscuro.

Por supuesto, la pocilga donde Lawrence quiere que filmemos está en el quinto pino, al lado del estadio de fútbol. Es un buen paseo, y empieza a caer una llovizna típica de Leith, de esas que producen bronquitis y pinchan como agujas. Me niego a subir a un autobús londinense para ir con los PeZonTres (perdedores de la zona tres-plus), así que recorro Tottenham. Nada podrá evitar jamás que esta zona sea un pozo de mierda. No cambio al Arsenal por ellos ni de coña como equipo londinense. Paso junto a grupos de jóvenes resentidos que hacen el gilipollas en la puerta de los comercios o en marquesinas de autobús; noto que agarro con más fuerza la bolsa y que unos cuantos la miran con los ojos como platos.

Me cuesta siglos encontrar el almacén, sin señalizar y situado al final de un laberinto de callejuelas idóneas para delinquir. Con lágrimas de frustración, estoy a punto de rendirme. Entonces veo a Lawrence vestido con un chubasquero blanco (que recuerda a Bowie en Murrayfield en 1983, donde estuve con el puto Renton), pero ahí acaba la semejanza. Está en una callejuela intentando mantener el

cigarrillo seco. Me mira directamente y ojea el reloj de un modo acusador. «¿Dónde coño estabas, chato?»

«Lo siento, Loz, me he perdido en el bosque.»

«Me cago en Tottenham, es un auténtico agujero, colega. Como Wolverhampton o Stoke, pero encajado en Londres.»

El almacén es un sitio cochambroso y enano, con paredes de bloques de hormigón que intentamos adornar con las cortinas de terciopelo que ha traído Lawrence. También hay un par de estufas eléctricas que parecen secar el aire sin calentarlo de forma perceptible. Chips Gurthie, el fotógrafo con la cara llena de cráteres especializado en celebridades segundonas caídas en desgracia, y Victor Manure, el de sonido, sacan la chaise longue de la parte trasera de la furgoneta. Su terciopelo rojo al estilo asiento de teatro está ahora lleno de lamparones procedentes de diversos fluidos corporales que tenían que haberse limpiado de inmediato con esponja. Chips empieza a preparar las luces mientras Manure monta el micrófono de brazo. Estoy encantado de contar con el cámara carapicada para darme consejos y hacer las imágenes fijas, pues tiene muy buen ojo fotográfico. Andreas acaba de llegar con otras dos chicas del hotel. Punto positivo para el griego burdelero: ha subido la apuesta; Janine es un bombón de ojos brillantes y Marisa es una belleza grácil, aunque se está marchitando rápido por culpa de las toneladas de cocaína. Las reclutas proporcionan la carne fresca que Lawrence desea. En bata y temblando, se pegan a una estufa. A mi amigote heleno no le hace ni pizca de gracia verse forzado a subcontratar a sus activos prémium; mantiene su mercancía a la vista y vigila a Lozzer.

Para odiar de forma tan rampante a las mujeres, Lawrence hace gala de un encanto superficial con las damas, sin por ello dejar de transmitir cierta, digamos, distancia. «Estáis preciosas, chavalas. ¡No os preocupéis por el frío, dentro de nada os hacemos entrar en calor!»

Cuando empezamos la primera parte de la filmación –las escenas lésbicas–, Marisa me confiesa que Lawrence le da mal rollo. Como buena profesional, la cosa no afecta a su actuación y a mí me cuesta mantener la cámara recta durante el largo morreo que se pega con

Janine porque tengo una erección que me distrae por completo. Me veo incluso obligado a recurrir a la vieja fórmula de pensar en Begbie y Segundo Premio follando a lo bestia en un contenedor lleno de basura y cristales rotos para bajarme un poco los humos. Lawrence, que se podría decir que está dirigiendo, y Victor, que se encarga del micrófono de jirafa, se muestran totalmente indiferentes. Vic es un estudiante de arte fracasado que, desde que dejó los estudios en la Universidad de Goldsmiths, pincha en las noches gay de las discotecas. Chips va de aquí para allá concentrado como un insecto y se aparta el flequillo de perro pastor cada vez que se dispone a tomar los planos fijos.

Alex y Max, dos chicos gays musculados, llegan a tiempo y se ponen unas batas de cuadros, dispuestos a follarse a las chicas. Cuando se quitan la ropa mi libido desciende un poco más. Alex en concreto tiene un garrote tremendo. En un rodaje anterior me había dicho que muy pocos hombres de la escena gay querían que les metiese ese pedazo de torpedo por el culo. Estoy un poco preocupado por lo doloroso que va a ser para las chicas, igual que Andreas, que me mira vacilante. Me siento obligado a mencionárselo a Lawrence.

«Que las zorras sufran, colega», me suelta, y la máscara halagadora cae sin tapujos. Se encoge de hombros mirándonos a Andreas y luego a mí. «A los heteros les encanta esta mierda. No hablan más que de las zorras que les joden la vida, ¿no?»

Hoy les toca a Alex y a Marisa, la cual, después de atarugarse de mala manera al chupársela, la recibe en el coño con los ojos salidos. Pero la parte anal de la secuencia es la que proporciona la carnicería absoluta que habíamos previsto.

Lawrence prepara unas rayas y declara con gélida violencia: «Las chicas sexis reciben premios sexis», sin quitar siquiera los ojos de Alex y Max y de sus esculturales cuerpos de esteroides y acero. Para Marisa debe de ser como una endodoncia sin anestesia, por mucho que la verga de Alex esté bien engrasada (gracias a Max). Le lloran los ojos y grita cuando él se la mete hasta dentro y empieza a moverse como un pistón. Siento que me tiembla la mano en la cámara. Lawrence levanta letreros con obscenidades escritas y Victor

Manure consigue mantener el micrófono de brazo fuera de mi plano. Joder, es dificilísimo mantener la mano firme con estos alaridos...

Marisa llora y suplica: «Para, por favor, para», mientras Alex la bombea, la agarra rápidamente donde se juntan el cuello y el hombro y la encaja en la chaise longue para que no tenga escapatoria. Miro a Janine y Andreas, con los ojos como platos de la impresión, y a Lawrence, que rechina los dientes con la misma expresión que cuando vimos el palizón que se llevó un boxeador mal emparejado en York Hall...

«¡CORTEN!», grito, apago la cámara y la dejo en el suelo.

Alex para, y cuando la saca, un hedor inmundo ensucia el aire, seguido por un montón de mierda que sale disparada del culo de Marisa a la chaise longue y el suelo. Me hace pensar en mi época con el jaco: el efecto es como la sangre en el tubo de una jeringa cuando se tira hacia atrás del émbolo. Voy hasta ella con una toalla de playa grande y toallitas húmedas.

Lawrence, con mala cara, despotrica: «¡Aquí el que dice cuándo coño cortamos soy yo!».

«¡Si una chica está sufriendo, no!»

«Te has pasado, Lawrence.» Andreas niega con la cabeza. Sus ojos candentes, antes llenos de picardía mediterránea, despliegan ahora una tensión como de maruja. Un par de redadas en el hotel lo han vuelto precavido y quisquilloso. Intenta tranquilizar a las chicas. Janine está tan descompuesta como Marisa: al día siguiente le toca a ella con Alex. «No creo que pueda hacerlo, Andreas. Con él no.» Mira a Alex, que se lleva una toallita a la polla y luego se mete otra raya. «Por detrás no.»

A Marisa todavía le cae mierda, como un perro enfermo en un parque. La pobre está humillada. «Me duele tanto... ¿Adónde puedo ir...?»

«La puta chaise longue...», protesta Lawrence. «Dame las toallas esas», le grita a Alex y trata de ocuparse del desastre del mueble.

«Aquí no hay baño», protesta Andreas mirando a Lawrence. «¿Adónde puede ir?»

«Llévala al McDonald's que hay en la calle principal», exclama

Lawrence como una pescadera de Newhaven limpiando su puerta. «¡Menudas divas de mierda!»

Andreas se lleva a Marisa y Janine va consolándola.

A pesar del hecho de que el sexo escenificado es una empresa de lo más antierótica y antisexi, encuentro la pornografía fascinante. No obstante, después de recoger y de que un quejumbroso Lawrence me lleve a casa, me siento un poco decepcionado con la dirección de mi carrera profesional. «Anda, que acabar limpiándole el culo a una ramera como si fuese una fregona cualquiera... ¡A ti no te he visto arrimar el hombro!»

«Me estaba asegurando de que teníamos lo que necesitábamos», le digo. *¿Limpiar mierda de ramera por una reinona vieja que no ha salido del armario? Sí, seguro*.

«A ver, ¿cuánto tiempo lo tiene de verdad dentro del ojete? Como mucho diez minutos. Y encima va a cobrar, me cago en todo», suelta excediéndose el muy rancio.

Lo dejo soltar el rollo porque, de nuevo, lo necesito. Sin contar el trabajo, el carnet del gimnasio ese tan pijo de Holborn me viene de perlas para recuperar la forma y volver al modo follador. La parte buena, en realidad, es que cada vez soy más importante tanto para él como para Tony. Además, Lozzer, a la espera de que reformen según sus exigencias, que seguro que no son pocas, el piso de nueva construcción que ha comprado en Walworth Road, cerca del cruce Elephant and Castle, quiere subalquilar mi casa de Offord Road durante unos meses. Admito que me pica la curiosidad por echarle un ojo al interior de su vivienda nueva, pues solo la he visto desde el coche: me la señaló al pasar por allí hace varias semanas.

Al regresar junto a mi prometida y mi hijo, a pesar del maravilloso olor a comida, me siento como si estuviera contaminando nuestro acogedor hogar de Highgate. «¿Qué tal el trabajo?», pregunta Amanda mientras saca una pata de cordero asada del horno.

«Lo de siempre. Una grabación en Tottenham..., ¡nefasta por muchas razones!»

Ella emite una carcajada tensa mientras cuela las patatas. «Tony parece majo. ¡Qué personaje!»

«Ya te digo», coincido con ella mientras seco la chaqueta mojada

en el radiador, «y la buena noticia es que Lawrence, al que todavía no conoces, está interesado en subalquilar Offord Road unos meses mientras le renuevan el piso nuevo.»

«Ah, maravilloso... Aparte del dinero extra, si se ponen pesados los de Isleworth, podremos dejar esta casa», sonríe mientras nos sentamos a cenar. Mand lo ha dado todo con este asado. Al igual que yo, no tiene un repertorio culinario demasiado grande, pero los básicos los hace muy bien.

Después nos sentamos delante de la tele y el fuego intenso de la chimenea. Estoy contento; Amanda acurrucada a mi lado, el crío dormido en la cuna. Cuando ella alarga el brazo para apartarlo un poco de la fuente de calor, resulta difícil creer que nos conocimos en un encuentro de exdrogadictos. La vida cambia; hay acontecimientos dramáticos, pero el goteo impenitente de la rutina los consolida muy rápido. Este es un momento maravilloso y no tengo ganas de volver mañana al gélido almacén. No obstante, imagino que mi temor es mínimo comparado con el de Marisa y Janine.

Por suerte, después de un sueño reparador inducido por un polvo, me levanto con buenas noticias: ¡Tony Mocks ha pedido un favor y nos ha conseguido una zona VIP de White Hart Lane!

Cuando llego al estadio esa mañana tristona salpicada de lluvia, tanto Tony como Lawrence ya están presentes. Chris Everard, el relaciones públicas de los Spurs, está de lo más nervioso. Le suplica a Tony: «¡Asegúrate de que la cámara no apunta al campo y que el logo no aparece en ningún plano!».

«Claro, colega.»

«Hablo en serio, Tony. Si alguien que vea esto se da cuenta de dónde está rodado, estoy jodido.»

«¡Oye! Que estás hablando con la discreción en persona, amigo.»

Mientras lo montamos todo y vigilamos la partida de Everard, Lawrence se muestra desdeñoso, a pesar de que el entorno es más opulento. «Sigo preguntándome a mí mismo, chato, ¿qué hago yo aquí, en el puto Spurs? Los odio casi tanto como a los de West Ham.»

«¿Y qué hay del Palace? ¿Y el Charlton? ¿Y los demás equipos del sur de Londres?»

«Mindundis. Clubes de nada. No cuentan.»

«¿No os ganaron aquí los Spurs?»

«Tres a uno», reconoce, «pero ya les daremos para el pelo en casa.»

Tony, que está escuchando, suelta: «¡Y una mierda!».

Andreas llega con Marisa y Janine, que parecen ganado de camino al matadero. «Pues claro que me importa», dice él mirando a una y a otra con aire entrañable.

«Un equipo de maricones; no tienen garra», declara Lawrence cuando llegan Alex, Max y Chips con cara de resaca. «Cuando estén en nuestro terreno, se van a cagar.»

Creo que Janine teme que le pase justamente eso. Mientras Lawrence y Tony discuten sobre deporte, Andreas viene hacia mí y me suplica. «Las chicas no están contentas. Marisa casi no puede andar y Janine no quiere pasar por eso. Díselo», y señala a Lawrence con la cabeza.

«No me va a hacer caso, colega.»

«A ti te hace más caso que a mí», afirma y dirige sus grandes ojos apenados hacia Marisa. «Se acaba de prometer, y ahora tiene el culo roto. ¿Cómo crees que se va a sentir su prometido cuando se entere? Al tipo se le da bien usar los puños», y se señala a sí mismo. «¡Adivina a por quién va a ir!»

«¿No se preocupa por ella en el hotel cuando se la folla toda esa gente?»

«Nah, esto es diferente, ¿no? Lo que no le mola es que esté grabado. Y esta... esta movida por el culo...»

«Los hombres enamorados aguantan un montón de mierda, colega.»

Esto no lo calma y se dirige a Lawrence. «Jan no quiere hacerlo con Alex... Por el culo no.»

«Ese no es mi problema», dice Lawrence mientras prepara rayas en una mesa de formica. Hace un gesto a Andreas. El griego duda, luego se mete una. Parpadea con ojos llorosos. «Voy a hablar con ella otra vez...»

Chris Everard, que viene a organizarnos el almuerzo, ve la mesa y

monta en cólera. «¿Eso es... lo que creo que es?», le chilla a Tony. «¡No puedes hacer eso aquí!»

Lawrence levanta una ceja en dirección a Tony, que coloca su robusta mano bajo el codo de Everard para llevárselo. «Son unos pocos polvitos para ponernos a tono. Aquí no abre el pico ni Dios, colega...»

«¿Estás seguro?», pregunta el puñetero Everard, ansioso, mientras escruta al variopinto grupo.

Chips ilumina la chaise longue de forma maestra: con gusto y suavidad, ofreciendo un lustre muy cinematográfico. Lawrence, que mira con expresión suspicaz, desea luces tan duras y agresivas como los menús plastificados de un restaurante cutre de New Cross para mostrar todas las imperfecciones de los participantes.

Tony, con las manos en el pecho, mira a Chris con aire herido. «Te lo garantizo per-so-nal-men-te. Y ahora, ¿qué tal si nos tomamos una buena copa de rosado con las empanadas y los sandwichitos de los que has hablado?»

Cuando salen, Lawrence hace una señal con la cabeza a Andreas, el cual duda durante un segundo inquieto antes de meterse otra raya. «Allá vamos...», y el avejentado maricón inconfeso mira a las chicas antes de efectuar una reverencia teatral ante la mesa cubierta de farlopa. «¡Adelante, chatas, hay que cuidar del talento!»

Las chicas miran la mesa, lo que tiene encima cortocircuita su reticencia y se meten las rayas.

Mientras se dan un homenaje, yo aparto a los hombres para sugerirles: «¿Y si se la folla por el culo Max y luego lo cortamos mostrándola a ella con Alex?»

«La simulación se carga la escena», dice Alex con una sonrisa afectada.

«Un corte suave, capullo. Ya te hemos establecido como cuchillo carnicero en la escena anterior.»

Janine, colorada por la farla, nos ha oído y asiente esperanzada.

«Basta de discusiones», suelta Lawrence cortante. «Rodamos como estaba previsto. Hay que ser profesional, joder.» Mira hacia Janine. «¡Van a hacer el trabajo por el que van a cobrar!» Luego se vuelve hacia mí señalando a la mesa. «Ahí hay una para ti.»

«Cuando estoy con la cámara, no», digo. Meto una cinta nueva y empezamos con las escenas de mamada doble de Marisa. De nuevo hay algunas arcadas con Alex, pero funciona bien con Max.

Es un día largo, pero las cosas como son: Alex y Max follan como conejitos Duracell. Al menos la sala VIP está bien equipada y avanzamos bastante. Tengo suficiente material para hacer una buena edición. Solo necesitamos la escena del dolor. Lawrence se desliza a mi lado y me susurra: «¡Quiero que saques la cara de esa furcia justo cuando le metan la bayoneta por el ojo del culo!».

«Vale.» He terminado de ayudar a Chips con las luces. «Tiene buena pinta...»

«Y deberías venir con Tone y conmigo a la sala VIP de Wall en marzo: el partido de la venganza. ¡Cuando les demos a esos maricones del norte del río!»

«Suena divertido», digo, y luego grito al otro lado de la sala: «¡Venga, vamos a sacar este puto plano!».

Janine, con mucho mérito, se mete un buen trozo de Alex, pero tiene que parar cuando el dolor se vuelve demasiado intenso. Es como filmar un encuentro de lucha libre en el que reducen a un contrincante hasta la sumisión, y decido que un curro así podría ser una buena mentirijilla para Mands. Esta vez no hay mierda: Janine ha debido de seguir el consejo de Lozzer de hacerse un par de enemas primero. La escena es decente, pero al final ella se retuerce de dolor y se aplica una crema en el culo. «Hasta parir fue más fácil...»

Chris Everard vuelve a entrar con bandejas llenas de bebida y comida, aliviado al ver que ya no hay perico en la mesa.

«Papeo», declara Tony mientras revisamos en el monitor lo que hemos filmado. Es un buen metraje, y hasta Lawrence parece contento con los primeros planos de dolor.

«¡Joder, Tony!» Chris señala una esquina de la pantalla. En una de las escenas de anal el logo del gallo de los Spurs de la pared de detrás de nosotros se ha colado. «¡Mira! ¡Se ve muchísimo!»

Tony le da una palmada a Chris en la espalda. «¡Lo quitamos en la edición, colega! Tú, tranqui: el menda este hace virguerías.» Y me da a mí una palmada en la espalda.

«¿En serio? ¿Lo vas a arreglar?», medio suplica Chris.

«Por supuesto», insisto, «a nadie le interesa que salga en el plano. Los clubes de fútbol son muy celosos de su imagen.»

Esto hace que Tony enderece la espalda. «¡Es que ya sería mala suerte, vaya, que después de otro abono para toda la temporada me denunciase mi propio club! ¡Después del pastizal que llevo pagándole tantos años a esos cabronazos!»

«Yo me encargo, Tone.»

Eso parece calmarlo. Coge una empanada y un sándwich empaquetado. «¡Maravilloso!» Y luego me susurra: «No me gusta este tipo de pornografía. Creo que el griego tiene razón...: no respeta a las chicas», añade echando una mirada maligna a Lawrence que el invertido del tupé no nota.

«Disonancia cognitiva, colega, el dilema de Raskólnikov», explico pensando de repente en Spud Murphy.

«¿Mande?»

«Que todos hacemos cosas de las que no estamos orgullosos.»

Tony asiente con aire de enterado al oír esto y luego se derrumba en uno de los sofás de la sala VIP con dos tazas de té. Mira a Janine y da unas palmadas al espacio a su lado. «Ven y siéntate aquí un minuto, bonita.» Menea uno de los vasos de poliestireno.

Ella avanza hasta allí con una sonrisa tensa en la cara.

Él le ofrece el té. «Dos azucarillos, ¿verdad? Eres una estrella, sí...»

Cojo una empanada de ternera, pero luego, mirando a Marisa, la dejo y pienso: *Non cagare mai dove mangi*!

36. LOS MONTES PENTLANDS

Se dice que algunos mueren de amor:
y en algún cementerio se podrá encontrar
una tumba en el frío norte, sin consagrar,
la de un pobre desgraciado que consigo acabó
pues el dolor de su amor no soportó.

WILLIAM WORDSWORTH

Hace frío. La luz se desvanece y los chicos tiemblan y se soplan en las manos. La hierba es como una ciénaga saturada y los caminos, toboganes de barro. Todos llevamos zapatillas de deporte, ninguno lleva botas. Tengo los pies fríos y mojados, y los otros estarán igual. Pero voy a arreglar esto. ¡Se va a enterar Ali!

El que no me gusta un pelo es el pájaro ese, el tal Alikie. Yo no lo he invitado. Preferiría que no estuviera, pero ha venido con Monny, y Monny es un buen colega. «¿Está muy lejos? Estoy hasta los cojones de esto», se queja. La verdad es que hace un frío que pela, tengo que admitirlo.

Monny vuelve a soplarse entre las manos rojas. Él responde por Alikie y el tal Lyndon, pero al menos ese último parece un buen tipo y tal.

Todavía no he podido convencer a Ali de que baje a Londres, pero

aún hay tiempo para hacerla cambiar de idea. Lo que pasa es que se pone como una furia cuando saco el tema. Empieza a gritar y a decir palabrotas. Odio oírla decir palabrotas, tronco, mi Ali, tan elegante ella, que era delegada en Leith Academy e iba al curso avanzado de Lengua y Literatura. Debería tener vocabulario para expresarse sin recurrir al lenguaje malsonante. Pase lo que pase, yo iré, haré fotos de la boda y le enseñaré lo contentos que están Sick Boy y la chavala pija del nombre raro. Y luego se acabó. *Finito*.

Segundo Premio y Gav Temperley han recibido invitaciones también, así que no voy a estar solo con Franco. Porque ahora dice que lo mismo lo dejan salir, que por lo visto se han equivocado y no han tenido en cuenta el tiempo que estuvo en la prisión preventiva. Lo mismo son solo fantasías de presidiario, tronco, pero él dice que tiene al tal Conrad Donaldson, consejero de la reina, en el caso. He estado intentando resolver la cita de Mark sobre el espectro. Encontré un poema de Blake llamado «Mi espectro me ronda noche y día». Parece escrito pensando en mí, al menos las partes que entiendo. Mark y sus pistas tontas.

No recuerdo haber estado tan helado, e intento pasar del rollo furioso del resto de la peña. Me acuerdo de cuando vine a los montes Pentlands siendo un crío con mi padre y mis dos hermanos pequeños. Fue cuando mi padre nos abandonó. Me dijo: «Verás, Danny, soy un viajero. Lo llevo en la sangre. No estoy hecho para quedarme en un sitio mucho tiempo».

«Ah», dije yo.

«Sí. Así es, colegui.»

«¿Adónde irás, papá?»

«Aquí y allá, colegui, allá y aquí.»

Luego le pregunté si lo volveríamos a ver.

«Habrá que esperar y ver, colegui.»

Llevo esperando y viendo desde entonces; yo, Connor, Des, Siobhan, Elizabeth y Shauna, por no hablar de los críos que vinieron después. Y que también esperan a su padre. Otro que no se quedó.

Me acuerdo de que después del descenso nos llevó a lo de Lucas en Musselburgh a por helado. Fue allí donde me dijo, muy serio: «Ahora eres el hombre de la casa. Recuerda lo que te digo: cuando

algún pardillo la pifia y deja una puerta abierta, una cartera en la mesa o cualquier cosa por el estilo, no le des más vueltas», dijo y se encendió un piti. Él no quería helado ni nada. «Asegúrate de que no hay nadie mirando y bingo, visto y no visto. No te pases de avaricioso, no busques más cosas que mangar: trinca lo que sea y pírate. Si no hay nada dentro, tíralo. Si se han coscado y te siguen, lo verán y se quedarán allí parados. Por lo general están encantados de recuperarlo y no suelen seguirte, ni siquiera se molestan en denunciarlo.» Y me echó una sonrisita. Durante un segundo o dos sus ojos se empañaron.

Los míos también.

Luego puso unas monedas en la mesa de formica. «Toma esto y llévalos en bus a casa.»

Luego se fue al mostrador, pagó y salió por la puerta sin mirar atrás. No volvimos a verlo. Mis hermanitos me miraron asustados. Des preguntó: «¿Dónde está papá?».

«Ha tenido que ir a hacer un recado», les dije, «pero nos ha dado dinero para el bus a casa.»

Ahora no hay papá, es invierno y en vez de Des y Connor pequeños están Monny, Lyndon y el tal Alikie. Unos tíos que tienen tantas marcas de picos en los brazos que puestas en fila podrían cubrir la línea de ferrocarril de Edimburgo a Glasgow ida y vuelta. Tronco, no tenía que haber soltado lo del dinero... Si Franco se entera... Es curioso lo del dinero; se evapora a toda leche, con tanta factura. Y tengo que pillar algo para la boda de Sick Boy, ¡a ver si se casa y Ali se da cuenta de que la cosa se ha terminado de verdad! Sí, y lo mismo cambia de opinión y viene, pero eso depende de ella y tal.

Estoy mirando por aquí y veo un montículo grande a la izquierda del sendero.

«¿Dónde está?», insiste el tal Alikie. Es un vecino de Niddrie con la tocha mocosa, pero eso es por el jaco y el frío; yo también tengo la nariz como un grifo.

No digo nada, pero se ve que la paciencia no es el punto fuerte del chaval. Y pienso, no por primera vez, ¿cómo he llegado hasta aquí? Debería estar en casa con mi pichoncita frente a una chimenea

encendida, a punto de hacer el amor, y sin embargo estoy aquí con esta panda de taraos a los que solo les interesa el caballo. Esa pasta... Lo único que ven son fichas para conseguir la mierda que uno se mete en las venas...

Yo no soy como ellos..., no... Un pico más para quitarme la tensión y luego lo dejo. Eso es así.

«¡¿Dónde?!»

«Aquí cerca», digo.

Monny tiene los ojos saltones. Lleva una camiseta mierdera de imitación de los Hibs, de hace al menos tres temporadas, debajo de la chaqueta de pana fina. Tiene frío. Pero Lyndon lleva un buen abrigo. Nunca dice nada, solo a veces habla del curso en el que estaba en la Universidad de Napier y dice que pronto va a retomarlo.

El tal Alikie, que lleva una estúpida chaqueta de borreguito de esas como de entrenador de fútbol, no hace más que quejarse con esa voz aguda y nasal que se te mete hasta dentro. «Nos ha traído hasta aquí arriba... y no sabe dónde coño está...»

El problema es que en cierto modo tiene razón. No estoy seguro de que esté detrás de ese montículo de hierba; podría ser otro más arriba, porque a este hemos llegado muy rápido. Lo puse en un sitio en el que nadie podía encontrarlo... ¡Y parece que eso me incluye a mí!

«¡¿Dónde?! ¿Dónde está?»

La voz del tal Alikie, tronco... ¿*Dónde está, dónde está la pasta...*?

¿Qué pinto yo aquí? ¿Cómo he llegado hasta aquí? ¿Para qué he traído a los pavos estos? ¿Seré bocachanclas, contándole a la peña que he enterrado doscientas libras aquí? Hay más de dos mil... Lo van a ver... Ay, tronco...

El jaco... El jaco te lleva a sitios extraños y horribles...

Necesito la pasta... y recorro las montañas, temblando por algo más que el frío: todas mis células piden a gritos el veneno que quita el dolor...

«¿Qué cojones pasa, Spud?», suelta Monny.

«Es aquí», digo, intentando mantener la moral alta, «¡aquí mismo!»

«¿Dónde?» Alikie está temblando, cargado con la pala que no

llegué a devolverle a Segundo Premio.

«Aquí...» Señalo el punto, pero no estoy seguro... No está la piedra grande que se supone que lo señala... Alguien la habrá movido...

Alikie me mira y niega con la cabeza. Empieza a cavar. Pronto hay un agujero grande.

«No, no está tan profundo... Prueba por ahí», y señalo otro lugar. «Déjame probar», digo, alargando la mano hacia la pala.

Pero él la aparta y vuelve a cavar.

Monny y Lyndon están discutiendo de fútbol. «No debería estar permitido tener a un pedófilo de entrenador», dice Monny. «Aunque sea en un equipo de aficionados.»

«Sí, pero el tipo estuvo en chirona. Borrón y cuenta nueva», suelta Lyndon. «Es un entrenador muy valorado. Consiguió el título en Largs y todo.»

«Sigue estando en la lista de agresores sexuales. Así que no podrá trabajar con el equipo juvenil.»

«Nah... Ya ha cumplido.»

«¡Te lo estoy diciendo! ¡Está en la lista de por vida!»

«Pero es un equipo de Glasgow. Bueno, de Ayrshire.»

«¿Y?»

«Allí no les molesta tanto que abusen de los críos, o sea, que para esa gente es más como una elección de estilo de vida. Es por lo de estar tan amontonados en los bloques de protección oficial y tal.»

«¿Y? Aquí también hay gente apretujada en bloques de protección oficial: Leith, Gorgie, Tollcross, South Side... ¡Eso no nos convierte en pedófilos!»

«Pero a los de Glasgow...»

Miro atrás y de repente hay otro agujero grande. El tal Alikie, tronco: el chaval de Niddrie es un auténtico currante, la verdad sea dicha.

Pero luego se vuelve hacia mí con la cara de tarugo roja como un tomate. «¡Estamos buscando una aguja en un pajar! ¡En plan la busca del tesoro!»

Me estoy hartando de él. «Decídete.»

«¿Qué?»

«¿Es una aguja en un pajar o en busca del tesoro? Porque no puede ser las dos cosas...»

Entonces oigo el aire zumbando en mi oreja, luego un sonido metálico a un lado de la cabeza y todo se vuelve negro; siento que me caigo encima de la hierba embarrada al borde del sendero...

... Miro hacia arriba, pero no me puedo levantar. Por los ojos que han puesto Monny y Lyndon me doy cuenta de que Alikie me ha pegado con la pala del abuelo de Segundo Premio...

«Busca eso, pedazo de subnormal.» Tuerce la cara y se pone encima de mí.

«¡VETE A TOMAR POR CULO!» Monny le aparta de un empujón. Es como si fueran a pelearse, se han puesto en plan cara a cara, pero entonces Lyndon los separa.

... Tronco, me encuentro fatal...

Creo que oigo a Lyndon decir que conoce a alguien que puede tener algo, y se marchan, y Monny vuelve la vista atrás para mirarme en el suelo y niega con la cabeza. «Y un cojón tienes doscientas libras de las carreras... ¡Menuda mierda te has marcado, Spud! ¡Ni Walter Mitty!»

Y abandona el barco con las demás ratas... ¡Menudos colegas! Aunque la movida con Mark me ha enseñado que los amigos de la droga no son amigos de verdad.

Los miro alejarse ladera abajo rascándose los brazos. Me froto el lado del careto y me levanto, pero todavía siento náuseas... Así que me vuelvo a agachar. Todo da vueltas a mi alrededor, pero al menos no hay sangre cuando me toco la cara. Intento ponerme de pie de nuevo, apoyo las manos en las rodillas y respiro profundamente. ¡Por suerte me ha dado con el lado plano de la pala y no con el filo! Ay, tronco...

Miro a mi alrededor y colina abajo. Está cayendo la noche; ya no puedo ni ver a los otros. ¡Pero que les den! ¡Lo único que puedo hacer es seguir adelante, cuesta arriba, encontrar la pasta y darles una lección! Sigo adelante... Alikie..., mira que pegarme así... Eso no está bien, colega...

Tengo la vista todavía borrosa, ¡pero luego me parece que la veo! Enfoco la mirada y está justo enfrente de mí... ¡La piedra! Está justo

a la izquierda de una porción de tierra blanda. La cosa es que se han llevado la pala... La pala de Rab, menudo bicho es el Alikie ese...

Pero la necesidad apremia, así que me arrodillo y me pongo a cavar con las manos desnudas; cavo, cavo y cavo, y sé que Mark lo ha estropeado y me estoy haciendo polvo las manos y ahora, además del frío, se ha puesto a llover... Pero voy a por todas... porque, si tengo el dinero, Ali volverá a ser buena conmigo, porque me ha echado de casa y ahora tendrá que dejarme volver, porque eso es lo que hacen las chavalas, van al tío con dinero en el bolsillo. Así que cavo con las zarpas heladas en la tierra... Cava... Cava... Cava...

No hay nada que hacer, tío, nada que hacer... Me estoy muriendo... Mis pobres dedos... Tengo que volver a casa...

Así que bajo por el camino con las manos ensangrentadas y sucias. Siento que piso algo afilado y un dolor agudo me recorre cuando algo me golpea en los huevos. Ay, tronco..., mis pobres huevos... Me lloran los ojos y las lágrimas se congelan...

¡Entonces bajo la vista y veo la pala del Abuelo Premio, o más bien el Abuelo McLaughlin! ¡La han tirado a un lado del camino! Bueno, pues la cojo y vuelvo para arriba con renovado vigor, colega, casi saltando, ¡que se las apañen los linces esos!

¡No van a sacarme ni el dinero de un chute! ¡Yo me pegaré uno y luego recuperaré a Ali! ¡Segurísimo!

37. UNA RELACIÓN ESTABLE

> Todos los átomos de tu carne son tan queridos para mí como los míos.
>
> CHARLOTTE BRONTË

Como es típico en Londres, el invierno puede ser agradable durante las horas de luz, pero acecha paciente para abalanzarse sobre ti cuando se pone el sol. Sentada en la cafetería, Amanda mira a su hijo con cierta envidia. Tras abrigar a Ben con meticulosidad, ha olvidado hacer otro tanto consigo misma y solo lleva una camiseta bajo la chaqueta que le llega a la cintura. Más tarde lo pagará, pero por suerte ahora mismo el local se está llenando y calentando cuando su madre entra.

Es la primera vez que Julia ve a su nieto y, desde el parto, a su hija. Sus ojos se congelan sobre el niño, sentado en una trona. Julia se lleva la mano al pecho y, dividida por la extenuante paradoja del dolor y la euforia, lo único que puede hacer es dejar que brote una cascada de lágrimas. «Es... Es tan bonito...», tartamudea al sentarse mientras tiende el dedo y siente que el niño se lo agarra con el puño regordete.

Se parece a Genevieve. Y a Godfrey.

Saca un pañuelo del bolsillo del abrigo para contener los riachuelos salados que le corren por las mejillas. Mira a su hija. «Es tan perfecto... Está... Está aquí... ¡Ha venido a nosotros!»

Sobrecogida por la respuesta de su madre, Amanda está boquiabierta. A medida que Julia expresa sin pudor sus terribles remordimientos por todo lo ocurrido, a pesar de la proximidad de las mesas a su alrededor, las dos mujeres van encontrando poco a poco un espacio común. Definen un objetivo común. Tienen que encontrar formas de unir a su familia; principalmente, a esos dos hombres que provocan reacciones tan viscerales el uno en el otro.

Ahora que por fin puede tener a su nieto en brazos, Julia está encantada por la emotividad de la reconciliación. El reloj rojo que hay en los azulejos blancos de la pared sigue avanzando. Percibiendo solo de refilón que otros clientes entran y salen de la cafetería, Amanda insta a Julia a no decirle a Godfrey que se han visto. Su madre protesta de inmediato. «No puedo ocultarle esto... ¡Me lo va a notar en la cara!»

«De acuerdo...»

«Es que es una maravilla. Este...» mira a Ben, «Este milagro va a cambiar a tu padre. ¡Lo cambia todo!»

Amanda lo acepta todo de buen grado y abraza a su madre. Piensa en la declaración de su pareja: el *bambino power*.

Le piden al propietario de la cafetería que saque con la Polaroid dos instantáneas más de Julia, Amanda y Ben y otras tres solo del niño.

Cuando Julia regresa a Cantley Lodge, informa a Godfrey de todo lo ocurrido y le presenta las fotografías. Mientras su marido examina las imágenes, su gesto ofendido da paso a una sonrisa rota. Julia observa cómo se le empañan los ojos. «Bueno, ha tomado sus decisiones», es todo lo que Godfrey logra pronunciar mientras deja las instantáneas en la mesa de la cocina y sale por las puertas de la terraza.

Pero Julia nunca lo ha visto tan herido. Dirige la cabeza de forma alterna al río y al campo desde el rincón del porche, su lugar favorito, que tiene vistas al jardín a un lado y al río al otro. Al ver el perfil de Godfrey a través del cristal, Julia considera que su marido sigue siendo un hombre guapo. De hecho, la edad le sienta bien, pues tiñe sus rasgos, algo sosos, de marcada dignidad. El único consejo amoroso del padre de Julia había sido: *Búscate un tipo con*

la mandíbula fuerte y la espalda recta. Godfrey encajaba con esa descripción, entonces y ahora. Un picor interno hace sentir su presencia. Han pasado varias semanas. Natalie está en el establo. Gen, o Amanda, estará en los brazos de su nuevo prometido, ese tal Simon, personaje seductor y curioso. Con su Ben, el nieto que su marido ha visto ya, aunque solo en imagen de Polaroid.

Al ver al enamorado de su hija, Julia reconoce que, de un modo exclusivamente lujurioso, puede entender su atracción *prima facie*. Simon está de buen ver y posee un carisma innegable, aunque algo perturbador. Muchas mujeres desearían más de esa atractiva combinación de mirada intensa y sonrisa algo malvada. Se imaginaba que podía posarse sobre ti cual foco cegador, transformando al instante cualquier prejuicio negativo que se tuviera contra él. Sin embargo, Julia sospecha que puede ser muy peligroso para su hija. Su pasado apuntaba al consumo de drogas y quizá a cosas todavía más oscuras; el áspero acento escocés de proletario, cincelado a voluntad para dar una impresión curiosa y pedante de autoridad pequeñoburguesa, no hacía más que destacar ese rasgo.

Pero tenía algo. Ahora estaba Ben. ¡Tenía que volver a verlo, pero bien, aquí, con Godfrey! Tendrían que conquistar a Simon: tenderle la rama de olivo. ¡Quizá después del desaire del año pasado podrían venir a Cantley Lodge estas Navidades! Y quizá, para ella y Godfrey, este divino nieto podría conseguir lo mismo que el nacimiento de Nat: reflotar un matrimonio moribundo. Quizá el tiempo antes de la boda ofrezca un acercamiento. ¡Podrían volver a ser una familia, un grupo más grande, mejor y más fuerte!

Godfrey vuelve justo cuando Natalie regresa del establo con el mohín contenido de disconformidad que él percibe como su característica definitoria. Comen en silencio, salvo por los comentarios superficiales sobre caballos y cuadras, casi su única conexión. Cuando la cena concluye, Natalie se va sin dilación a su cuarto.

Se retiran al salón con una copa de vino blanco. Godfrey lee el *Times.* Julia finge que hace lo mismo con el *Telegraph*. Luego, dejándolo de golpe en la mesa de centro, mira a su marido. *Quizá haya otra cosa que pueda apuntalar este matrimonio.* «Voy a

acostarme pronto.» Su tono es esperanzado, sin cruzar la raya de la desesperación.

Godfrey emite un «Hmm» neutro sin levantar la mirada del periódico.

Julia siente que se le escapa el aire poco a poco. Sabe que, para asegurarse de que él la sigue, tendrá que añadir *¿quieres venir conmigo*? Pero las palabras se le quedan pegadas en la garganta y le dan a él la opción de murmurar algo sobre el cuarto oscuro. Se levanta, dejando a Julia sentada con la copa de vino todavía llena.

38. MINISTERIO INTERIOR

> El hombre debe mejorarse a sí mismo; cultivar la mente y, cuando se desvía, dejarse guiar por la ley moral.
>
> IMMANUEL KANT

Godfrey tiembla de frío al entrar en el viejo establo reformado que hace las veces de cuarto oscuro. Cierra la pesada puerta. Enciende la potente estufa. Un calor satisfactorio, empalagoso y rancio se insinúa. Es consciente desde hace mucho de que Julia y las niñas habían deseado que su obsesión por la fotografía se desvaneciera y que la construcción anexa regresara a su estado anterior. Pero Godfrey se había negado en redondo a tener animales dentro y alrededor de la casa. Aparte de los caballos, estabulados en una instalación cercana, las niñas habían crecido sin animales de compañía hasta la llegada de Montgomery, el Jack Russell adoptado. A esto le siguió un gato, Yocasta, en apariencia para Natalie, ya que el perro era en principio el animal de compañía de Genevieve.

Aunque en un principio se había negado a tener en casa incluso a un pez dorado, a Godfrey le sorprendió el afecto que sentía por ese perro. Cuando el mundo se mostraba cruel, ya fuera en el trabajo o en casa, el terrier saltaba sobre su regazo y lo acariciaba con el hocico. Pero ni siquiera Montgomery tenía permiso para entrar en el cuarto oscuro, aunque en un par de ocasiones se había encontrado

allí al gato, que se había colado pisándole los talones. Menudo sobresalto se llevó la primera vez que vio aquellos ojos verdes mirándolo con frialdad desde las tinieblas.

Pero ahora está satisfactoriamente solo. Más que un lugar de trabajo, era un santuario, un refugio para el pensamiento y la relajación. En sus confines nebulosos iluminados de rojo, Godfrey Coningsby alcanza el sentido completo de ocio que le niega su estudio.

Como ocurre con frecuencia en los últimos tiempos, sus pensamientos serpentean hasta su nueva asistente personal. Organizada y eficiente, Monica Lacey ha reemplazado a la formidable Hilda con un aplomo silencioso y discreto. Hay que decir que Monica ofrece a Godfrey algo más que la leal jubilada de pelo plateado. *Esa forma de moverse enfundada en la larga falda de tubo y la blusa ceñida, la nuca desnuda y el cuello de cisne que su pelo recogido en moño deja al descubierto*...

Como la explosión que se avecina por debajo de su tripa es inminente, Godfrey busca el rollo de papel de cocina que siempre tiene a mano. Arranca un trozo justo a tiempo para atrapar el esperma que le brota como un géiser del capullo y se derrama por encima del puño. Piensa en la novela *El manantial*, de Ayn Rand, mientras se vacía de lefa. Esa descarga de podredumbre mental; siempre mejor fuera que dentro.

Guardándose la polla flácida, Godfrey entrecierra los ojos en la oscuridad magullada por el resplandor suave e hipnótico y rubí de la luz roja. El único sonido, aparte de su propia respiración, es el goteo de un fregadero tipo Belfast. Cuando cierra los ojos por completo, se concentra en la respiración. Le encanta cómo va pasando de una aspiración tensa y fuerte a una resonancia tranquilizadora y casi ronroneante. Disfruta de la decadencia de sumirse en el mundo de los sueños. En su refugio se duerme con facilidad, no como en el dormitorio, donde ha cambiado el colchón tres veces en tres años. Ha instalado dos persianas distintas en dieciocho meses. Experimenta con distintos tipos de almohada casi a un ritmo mensual. Sábanas y edredones nuevos, materiales y pesos distintos. Temperatura regulada. Aromas. Todo en vano.

Despertar no le proporciona más que desorientación y sequedad en la boca. Godfrey se levanta, cierra con llave su guarida, recorre extrañado el frío terreno. Los árboles están desnudos y la mansión vacía de al lado se funde con la invasión de la noche. Un escalofrío y después atraviesa con gratitud las puertas abiertas de la terraza, entra en la casa y sube a su dormitorio por las amplias escaleras dobles.

Julia duerme profundamente con los rizos color miel derramados sobre la almohada, casi como colocados adrede. Su expresión es tonta y hostil, como si hubiera oído un chiste que no acaba de entender pero teme que sea a su costa. El afecto y la contrariedad corroen a Godfrey. Sí, su mujer sigue siendo hermosa, pero una dureza desconcertante la permea. No ha aparecido con la edad. Siempre ha estado presente, pero la piel suave de la juventud le había permitido hacer la vista gorda o interpretarla como sofisticación altiva. Ahora parece una muestra de un espíritu más oscuro, quizá maculado por la inevitable desilusión con la vida que acarrea envejecer. Se tumba a su lado y, mientras observa su pecho alzándose con naturalidad, piensa durante un segundo que Julia podría volver a recibir la creciente erección que él sostiene en la mano izquierda. Pero no, no es ella la inspiradora. No le pertenece.

El niño... aparece otra vez. Godfrey lo observa solo y abandonado en el andén del tren. Tiene unos seis o siete años.

Llega un tren.

Las puertas se abren.

Williamson está ahí, instando al niño a subirse al vagón en el que está él. Godfrey se ve a sí mismo corriendo por el andén, gritándole al niño que no embarque...

... pero ¿es Williamson? La cara del hombre del tren ya no se ve.

Abre los ojos a la mañana inclemente. Godfrey siente que los latidos de su corazón se relajan mientras trata de entender el sueño que se le escapa de la conciencia como arena entre los dedos.

¿Quién es el chico? A veces, esa alucinación recurrente y confusa de la mañana parece una visión futura del nieto al que nunca ha visto más allá de una imagen de Polaroid barata. A veces, Godfrey piensa que el niño podría ser él mismo rumbo al internado a principio de curso. Otras veces, más turbias y desalentadoras, el hombre del tren no se manifiesta con la forma de Simon David Williamson, sino con la del ministro del Interior...

Saca las piernas de la cama. Se incorpora, se estira y le crujen las articulaciones mientras se adentra en la furtiva luz. Julia sigue durmiendo a pierna suelta. Decide pasear hasta Syon Lane, tomar el tren de Waterloo hasta Vauxhall y caminar desde allí, así que llama a Bill Longstead, su chófer del Ministerio del Interior, y le informa de que sus servicios no serán necesarios. Ya sabe qué días hay vagón de primera clase desde Weybridge: lunes, martes y viernes. Le gusta trabajar con sus documentos y las náuseas que le provoca el movimiento le impiden hacerlo en el coche.

La estación de ferrocarril, funcional aunque rudimentaria, del otro lado del parque está llena de viajeros demacrados que se abren paso con tristeza testaruda en medio del repentino golpe de frío. La punzada dura y agresiva del invierno llena el aire. Por suerte, el vagón de primera clase solo tiene dos pasajeros, él mismo y un hombre con maletín y traje azul marino de raya diplomática. Intercambian educados saludos de rigor. Godfrey se reclina, satisfecho al pensar en el resto de los viajeros, tristemente forzados a adaptarse a estándares plebeyos. En esta época, piensa, nuestra comodidad solo puede calibrarse a través de la silenciosa gratitud que inspira el sufrimiento ajeno. Esta idea parece subirle el ánimo.

Sale en la estación de Vauxhall y se dirige al edificio del Ministerio del Interior en Petty France. Con grandes zancadas, Godfrey llega al monumental edificio de catorce plantas diseñado por Basil Spence. Aunque por lo general el edificio recibe la calificación de «brutalista», a él le encanta el poder tranquilizador que expresa, y su propia oficina, un espacio agradable revestido de roble, goza de unas vistas de lo más relajantes sobre Saint James's Park y el lago.

Por supuesto, la jubilación de Hilda fue una conmoción, y la serie de empleados temporales que la sustituyeron no dieron la talla.

Hasta ahora.

Cuando Godfrey entra en la oficina, Monica Lacey, que siempre llega pronto, lo mira desde su escritorio con una sonrisa mínima detectable en su cara. A pesar de que quizá está un poco nerviosa, pues solo lleva un par de semanas en el puesto, consigue transmitir la impresión de tenerlo todo bajo control. «Buenos días, señor Coningsby. Esta mañana temprano ha recibido una llamada de sir Bruce.»

«Ah, buenos días, y gracias, Monica.»

Godfrey Coningsby se dirige a su oficina. Muchos funcionarios a punto de jubilarse tendían a llenar el día dándole al palique para justificar su presencia, pero sir Bruce casi nunca perdía el tiempo, cosa que a Godfrey le viene bien. La llamada no es más que una simple petición de un detalle que él no tarda en proporcionar.

En cuanto el auricular del teléfono vuelve a su horquilla, el pensamiento de Godfrey se desliza de nuevo hacia Monica Lacey.

Luego llega una carta. Es del palacio de Buckingham. Le da la enhorabuena. Le van a conceder el título de Oficial de la Orden del Imperio Británico.

EL MENTOR 4

El barrio era frío y desalentador. Sus calles, llenas de bloques de alquiler de dos o tres plantas, eran de un gris uniforme. Un trío de niños en chándal sentados en los sillines de sus bicicletas lo miraban con ojos hostiles y asilvestrados. Enrique nunca había estado en un lugar así. Le costaba creer que aquello siguiese siendo Edimburgo. Cayó una repentina ducha de aguanieve que hirió su rostro y sus manos sin guantes y dispersó a los niños. Cuando escampó, se levantó un viento fuerte que le corroía la piel y le daba escalofríos. El portugués siguió avanzando, encontró Granton Crescent y la pequeña vivienda de protección oficial.

Jessica Reece estuvo encantada de conocer a este hombre. Lo invitó a entrar y le ofreció caldo, que él aceptó de buena gana. Cuando le explicó la naturaleza de su relación con Eddie, la impactó, pero no la sorprendió. «Una acaba por saber estas cosas de un hombre», le dijo Jessie. «Lo que su parte animal tiene en el interior. Eddie se ha contenido mucho.»

Enrique no dijo nada, recordó algunas noches en un puerto desconocido y otras, más extrañas, en un camarote estrecho. La sonrisa de Reece en su primer encuentro: un hombre que parecía haber estado oculto en un callejón, un retrete o en la parte trasera de un almacén en Oporto, como calmado testigo de todas las cópulas prohibidas.

Bajo la luz menguante, Enrique quiso encender un cigarrillo y le ofreció uno a Jessie. En aquel cuarto de estar, la oscuridad los fue rodeando poco a poco. Primero ella le invitó a pasar la noche, luego a quedarse unos días. Enrique acabó quedándose cuatro años y se buscó un trabajo en United Wire. Él y Jessie dormían en la misma cama, la que ella había compartido con Eddie. A veces acababan el uno en los brazos de la otra. Ese era todo su contacto. Los dos tenían otros amantes. Ninguno como Eddie Reece, pero juntos se sentían lo más cerca posible de él.

Luego llegó un mensaje de su hogar al norte de Portugal. Enrique supo que su madre estaba enferma. Tenía que ir a cuidar de ella. Cuando se marchó, Jessie tenía lágrimas en los ojos.

Aparte de algunas postales, que menguaron a una velocidad casi indecente, Jessie apenas tuvo noticias de Enrique. Él se mudó a Chipre con un amante que llevaba un bar allí. Por su parte, cada vez que pensaba en llamarla, recordaba la voz de Eddie Reece y dos de sus consejos ardían en su mente. El primero: «Nunca mires atrás». El segundo: «Las mujeres son fáciles de dejar».

Esas palabras concretas del manual de Reece casi nunca habían encajado con Mark Renton. En cambio, Simon Williamson sentía que iban ganando protagonismo en su conciencia, dadas sus cambiantes circunstancias.

Unión

39. CONTRA LA AUTOCOMPLACENCIA FOLLADORA

Conduce tu carro y tu arado sobre los huesos de los muertos.

WILLIAM BLAKE

Me he pirado de Gran Bretaña y no pienso volver. Qué puta mierda de país. Un juez viejo y estúpido acaba de mandar a la cárcel a una chica de diecinueve años que tiene un hijo de diez semanas y trabaja en un supermercado por hacer la vista gorda con unos rateros.

Que le den a ese pozo ciego para ricachones: 1990 va a ser mi año.

Esa era mi única resolución de Año Nuevo en la última entrada de mi diario, escrita el 2 de enero. Ahora estamos en mayo y he hecho todo lo posible para mantenerme fiel a mi palabra. No me he concentrado en nada aparte de nuestra aventura empresarial. Martin y yo nos pasamos los tristes meses entre Navidad y primavera yendo de discotecas sobrios. Nos hemos vuelto unos expertos de las discotecas. Hemos observado los locales. Hablado con gente. Discutido ideas. Nos hemos quedado despiertos hasta la madrugada. No se puede verter tanta energía emocional en una parte de la vida sin provocar déficit en otra.

Sentía que Monique se estaba aburriendo de mí. Sin duda notaba que yo estaba encauzando parte de la pasión que sentía por ella hacia el trabajo. Si le soltaba algún comentario cáustico, por toda

respuesta obtenía una leve distancia, una sonrisa que casi era una mueca exasperada, en lugar de la risa sincera de antaño.

Por fin había conseguido salir de la cocina del Doelen Hotel para hacerme botones, pero incluso eso estaba teñido de remordimiento. Quien tenía que haber conseguido el puesto era Omar. Era más animado de cara al público, más sociable que yo y tenía más antigüedad. Era una cuestión de racismo, simple y llanamente. Pero, cuando hablamos del tema mientras nos fumábamos un canelo en el garito Christmas Twins de Utrechtsestraat, él mostró una animada resignación. «No quieren a un hombre de piel marrón en la fachada del edificio.»

Me ofrecí a rechazar el trabajo y quedarme en la cocina. «Las cosas no funcionan así, amigo. Lo único que conseguiríamos es quedarnos los dos en ese infierno.»

Omar, que planeaba estudiar ingeniería química, era como yo, Monique, Mila, Arjan, Martin y todos mis conocidos en Ámsterdam. Todos trabajábamos para conseguir nuestros objetivos personales. Yo me había concentrado por completo en los míos y usaba el dinero del Doelen y las propinas para subir mi apuesta. Me convertí en el arquetipo que más odiaba de las discotecas: el pajillero que se queda al fondo de la pista, acariciándose la barbilla mientras charla con los entendidillos de sus amigos sobre las complejidades de las mezclas, ajeno al fiestón de los demás a su alrededor. Pero todo era por la investigación. Me cuesta creerlo, pero no solo no estaba metiéndole mano al dinero del banco, sino que la cuenta estaba creciendo. Estaba ahorrando. Nunca había sido capaz de hacer eso.

Solo había un problema con mi meticulosa dedicación: me daba miedo dar el pistoletazo. Martin no era tonto. Se dio cuenta de que no me atrevía a apretar el gatillo. Y, una tarde de la semana pasada, me lo echó en cara.

Era un día caluroso y sofocante. Estábamos sentados en la terraza de una cafetería que nos gustaba en Singel, cerca del mercado de flores, tomando *koffie verkeerd* y viendo pasar los barcos, los tranvías, las bicicletas y la gente. Yo estaba procrastinando de nuevo, poniéndole pegas a todo: locales, costos, socios potenciales.

«Parece que no estás seguro.»

Comprendí que, en efecto, le estaba dando largas, no porque dudara de él ni del proyecto: dudaba de mí. No estaba siendo sincero conmigo mismo y, por tanto, con él tampoco. Así que se lo solté todo. Me abrí y le conté a Martin la historia de mi época de heroinómano, que culminó cuando robé a mis amigos tras una venta de droga.

Me escuchó con paciencia. Cuando terminé mi confesión, dijo: «Bueno, vale», y me miró como diciendo: *¿Para qué me cuentas esto*?

«Deberías saber el tipo de persona con la que te estás asociando laboralmente.»

«Te conozco. Está bien. La gente cambia con sus circunstancias.»

Sentí un brote de alivio eufórico sin pastilla. Había ocurrido algo profundo. Algo más que quitarme un peso de encima al verbalizar una historia que me había callado –ni siquiera se la había contado a Monique–: él creía en mí.

Me dio fe en mí mismo. Ahogado por la emoción, me eché hacia delante y lo abracé. «Gracias, colega, no voy a defraudarte.»

«Lo sé», me dijo con una sonrisa de la forma y el tamaño de uno de esos canales de herradura. ¡Qué buen amigo había encontrado!

Solo había oído fragmentos de la historia de Martin, pero mi descarga precipitó la suya. Él había huido de las Midlands después de que su mejor amigo se liara con su novia. «Como decía aquel chiste de Les Dawson: ¡lo echo un huevo de menos!».

Me reí con creciente inquietud al pensar en Sick Boy, Begbie y Segundo Premio, incluso en Spud, al que al menos he intentado compensar. Fue una estupidez, no hay duda.

Permanecimos en silencio hasta que una mujer preciosa pasó de largo, atrayendo nuestras miradas como si fueran una sola.

«Me das envidia por tu novia.» Martin frunce los labios. «Está buenísima.»

«Ya te digo», suelto, muy consciente de que nuestra relación estaba cambiando de nuevo.

Estaba invariablemente más distraído con Monique. Había quedado claro que ella era de tener muchos amantes porque deseaba atención constante y variada. Y quizá a mí estuviese

empezando a invadirme lo que Sick Boy llamaba autocomplacencia folladora. Quizá sea el orden natural de las cosas el que dicte que, incluso con un auténtico bombón, la pasión acaba por desaparecer y en su lugar se cuela una especie de conveniencia perezosa. Lo mismo ella consideraba que la pereza sexual era una característica universal masculina y mantenía su cartera de pollas para sortear el problema.

Así que, a petición suya, dejamos de ser exclusivos. Ella volvió a follarse a otros mientras me animaba a ver a chicas de las discotecas. Esta vez, a diferencia de la anterior, mi conformidad carecía de reticencia. Y tenía un punto vengativo. Sentía que mi ego tenía el control, que el bajo y las notas de fondo empezaban a dominar. En términos de Eddie Reece, me estaba haciendo menos romántico, menos amante y más follador. Supongo que eso significaba una versión inferior, más superficial de mí mismo. Teniendo acceso a chicas fiesteras, guapas y disponibles, ¿por qué no follármelas? No todos los encuentros estaban llamados a ser una búsqueda del amor romántico. Podía disfrutar de la superficialidad de la vida sin ser el triste que intenta llenarlo todo de un significado profundo.

Este cambio de actitud dio un fruto perverso: me hizo menos interesante para mí mismo, pero más enigmático para Monique. Si pasaba la noche fuera, sus preguntas tenían más urgencia e insistencia que antes. «¿Cómo era ella?»

Aunque ese retroceso en nuestra relación no me preocupaba como lo habría hecho el año anterior, seguía pareciéndome de mal gusto hablar de mis encuentros sexuales con otras personas. Incluso –sobre todo– con la novia con la que convivía. «Bueno, ya sabes, un rollo de una noche...»

«Nunca me preguntas lo que hago. Con Ralf, Andy y los otros. ¿No tienes curiosidad?»

Bueno, tenía que admitir que me seguía inquietando de vez en cuando. Pero, en general, ya no me molestaba tanto. A fin de cuentas, Monique me había informado de cómo era desde el principio. Creo que se puede aprender de la gente y uno puede cambiar su forma de ser, pero no la de los demás; una relación no

debería cargar con esa expectativa. «Es cosa tuya lo que hagas», repetí el mantra que usaba como respuesta.

Eso no la satisfizo. Así que me contó lo que deseaba contar desde el principio.

Monique y Ralf habían ido a una orgía en el club sexual en De Pijp. Habló de todos los tíos que se había follado allí. Sí, eran hechos objetivos, pero había un punto de recochineo y de fanfarronada. Sentí que Monique buscaba una reacción, pero también que, si la respuesta era de celos, perdería por completo el interés por mí. Era una dinámica superficial y cada vez más mezquina, pero no iba a rendirme de ningún modo. Era una mujer despampanante. La gente volvía la cabeza cuando salíamos juntos. Me gustaba el estatus que me daba eso. Follaba de un modo exquisito; tenía un repertorio sexual extenso, y yo procuraba no pensar en las circunstancias en las que había adquirido aquellas habilidades. Pero, por encima de esto, era una persona brillante e interesante. A veces nos pasábamos la noche entera hablando de cualquier cosa: libros que habíamos leído, cuadros que nos gustaban, películas que veíamos juntos. Pero, por muy tarde que nos acostásemos, Monique siempre se levantaba temprano todos los días laborables para trabajar en la empresa energética. A diferencia de muchas mujeres que conozco, ella parecía poder funcionar durmiendo muy poco. Si no fuese porque quería follar con otros tíos, era la novia perfecta para mí.

Entonces, una templada tarde de primavera, me dijo: «Deberíamos ir al club».

«Ya.» El club. No se refería a una discoteca.

Percibió mi intranquilidad y su verdadero origen. «Hay que ponerse condón. Hay que ser prudente en ese lugar.»

Por supuesto. En cualquier club en el que haya estado Miz quiero llevar un condón gigante de doble grosor para todo el cuerpo.

Monique explicó cómo había empezado con varios de su grupo yendo allí después de una noche de discoteca. Me interesaba saber adónde quería ir a parar con ello. Adónde íbamos a parar, supongo. «¿Qué quieres, Monique?»

«¿A qué te refieres?»

«Con esto. Con nosotros, supongo. ¿Qué quieres exactamente de

mí? ¿Por qué estás conmigo?»

«Ya te he dicho lo que siento por ti. Pero tú no has dicho nada. No sé qué sientes.»

«Bueno... Me alegró muchísimo que te mudaras aquí», dije con voz de pito. ¿Por qué no podía decirle que la quería? Al principio era cobardía, temor a agitar las aguas. Ahora me daba miedo que fuese porque ya no era verdad.

«Vayamos juntos al club.»

Decidí de inmediato que iría. Porque sí, en cierto modo sí estaba enamorado de ella. Y un hombre enamorado hace cualquier cosa por ese amor. Incluso acostarse con otra gente. Algo ardía en mi interior, gritaba: va a ser tu puto año. Aprovéchalo. Mientras tanto, retomé la búsqueda de la versión mejorada de mí mismo que esperaba encontrar en mi interior.

40. CHEQUES EMOCIONALES

Llegó y se plantó ante sus ojos,
un ángel hermoso y brillante cual lucero;
pero sabía que era del enemigo
el desdichado caballero.

SAMUEL TAYLOR COLERIDGE

Los medios de comunicación no dejan de comentar que la ola de calor de 1990 está rompiendo todos los récords documentados con anterioridad. Está durando, eso está claro. Tras estallar en mayo, avanza sin descanso hasta los meses de verano, moliendo a una población poco acostumbrada a este calentamiento excesivo.

Por insistencia de la mandona de su amiga, Tilly Mortimer, la despedida de soltera de Amanda recibió el nombre estadounidense de *bachelorette party*. Porque lo de «despedida de soltera» sonaba de lo más vulgar a los oídos de su amiga, que se resistía con tenacidad e indignación de señorona a imitar el chabacano acento *cockney* como las demás. Jocelyn Newcombe-Lapsley, encargada de forma oficial por ser dama de honor, había reclutado a Tilly para que ayudase en la organización; habían reservado varias habitaciones en el Savoy; cenarían y tomarían algo en el Atlantic del Soho, y las libaciones seguirían en el bar Met y luego en Teatro.

En medio del calor agobiante, las ocho chicas se hallaban ya en un ruidoso estado de embriaguez cuando llegaron a la barra del hotel,

abierta toda la noche para sus huéspedes. La insistente Tilly mandó a la cama a Amanda, a la que el alcohol había dejado rápidamente KO en su primera salida de verdad después de quedarse embarazada, parir y tener al pequeño Ben.

El novio había rechazado la correspondiente despedida alegando que aquello era «una vulgaridad». Por tanto, Jocelyn se sorprendió mucho cuando Simon apareció, a solas, en el bar del Savoy. Él explicó que su hermana Louisa estaba abajo, cuidando del bebé en el piso de Highgate, donde se iba a quedar hasta la boda, y que su madre y su hermana Carlotta, que se alojaban en un hotel, se unirían a ella pronto. Por suerte, Simon había mantenido el piso de Offord Road, tras pagarle a regañadientes otra mensualidad a Chris Moss, después de que Lawrence dejase el apartamento para instalarse en su propia casa. A pesar de no saber hasta qué punto querían depender de la familia de ella, Amanda y él se mostraban reacios a que Godfrey Coningsby alquilara el piso de Swain's Lane a otros.

Acusando el ritmo de la sesión, las otras chicas fueron retirándose de una en una: Penny, Polly, Ebony (tras una parada en la taza del váter), Tara (después de tirarse encima las copas), Carla y, por último, la mamá gallina supervisora, Tilly. Jocelyn, a pesar de su complexión delgada, se enorgullecía de su capacidad para beber, despreciándolas por ser «pesos ligeros». Simon le pareció encantador e ingenioso, y estaba disfrutando de conocer mejor al prometido de su mejor amiga. Decidieron ir al cuarto de ella a tomar la última.

Y ahora esto.

Tras lavarse la cara otra vez, Jocelyn respira hondo y se aplica un poco de delineador, colorete y pintalabios. Se ha quedado completamente ensimismada mientras se aplica el maquillaje. Se da cuenta de que examina su rostro solo para encontrar defectos recónditos y poros agrandados a los que nadie va a echar ni una mirada fugaz.

Jocelyn se cepilla el pelo con vigor (rubio, bueno; pero fino y ralo, malo). Le asalta la idea de que el vestido de dama de honor azul no le sienta bien. Es decisión de Amanda, así que... lo más seguro es

que la elección no busque favorecer a las damas de honor sino resaltar al máximo a la novia.

Está en su derecho.

La otra elección de Amanda está sentada en la cama detrás de ella.

¿Cómo voy a sobrevivir a esto? ¿Cómo van a sobrevivir a esto ellos?

Por su parte, Simon «Sick Boy» Williamson se estira. Lo ha despertado el canto de un pájaro en la cornisa tras la ventana; su melodía intensa y alegre parece anunciar que todo está bien y va según lo planeado. El día anterior había sido satisfactorio. Había visto cómo los alemanes derrotaban a los ingleses en los penaltis de la semifinal de la Copa del Mundo en el bar deportivo de Terry Neill, en Holborn, y tuvo que escabullirse al darse cuenta de que le iba a costar la misma vida ocultar su júbilo de los consternados Tony y Lawrence. Ahora oye una voz femenina ronca y sin aliento. «No quiero arruinar esta boda... ¡Ni esta boda ni mi puta vida!»

La irritación corre por las venas de Sick Boy como veneno; es lo que le pasa siempre cuando la gente intenta imponerle sus dramas personales. Considera que el papel de los demás debe limitarse a reaccionar a los dramas que origina él. Se levanta de la cama y se pone unos calzoncillos de aspecto desconcertantemente cansado que recoge del suelo. Sin embargo, acoge con agrado la satisfactoria sujeción que aportan a sus genitales antes de avanzar hacia la ventana. El pájaro se va volando. Detrás del recargado patio, hacia The Strand, hay unas vistas bonitas, aunque habría sido preferible el paisaje del lado del dique, sobre el río. Entonces una mujer de piernas largas y falda corta se baja de una limusina negra con algo de ayuda de un portero que suda dentro de su uniforme. «Parece que va a seguir el puto calor.»

Jocelyn lo mira moviendo la cabeza de un lado a otro. «¿Eso es lo único que se te ocurre? ¡Acabo de traicionar a mi mejor amiga nada menos que con el padre de su hijo y me siento fatal!»

«Tampoco es que yo me sienta orgulloso», puntualiza Sick Boy volviéndose hacia ella. Sabe que tiene que mostrar arrepentimiento. Es fundamental para asegurarse de que comparten la culpa de la

traición; de hecho, a lo mejor hasta los une. Él se vanagloria de ser capaz de suprimir el estrés producido por el remordimiento que paraliza al común de los mortales y reducir las cosas a su esencia: *¿Quiero volver a follármela?* Mira la complexión delgada de Jocelyn y la respuesta es un sí bastante enfático; es guapa, culta y rica. Lo único que tiene que decidir es la narración con la que lo va a acompañar. *No podemos evitarlo* suena a romance trágico y maldito; es sin duda más adecuado que: *Éramos un par de borrachos con cero autocontrol y la ética de un ministro en ejercicio*. «¿Cómo vamos a superar esto?», implora Jocelyn. «Tenemos que pronunciar discursos... Ay, Dios mío... Joder, estoy destrozada...»

«Ella es tu mejor amiga», afirma Sick Boy, dosificando el tono acusatorio.

«¡Es la madre de tu hijo y tu esposa!», contraataca Jocelyn, y luego se corrige: «¡Futura esposa! ¡Y está en una habitación de la planta de arriba! ¡Donde tú tenías que haber estado anoche!».

«Sí. A ver, lo que yo pienso es que ella es la parte inocente en todo esto, así que hay que protegerla a toda costa de las consecuencias de nuestro comportamiento, que es de lo más reprobable. ¿De acuerdo?»

Jocelyn le devuelve una mirada frenética y aturdida. «¡Absolutamente! ¡Por supuesto!»

«Así que todas las mentiras, todos los engaños, son por su bien. Tiene que ser así. Si no es por ella, ¿por quién?», arguye Sick Boy mientras permite que el reverso de su mano roce sus genitales, donde se está formando una media erección. Fuerza en su consciencia la imagen de Franco y Segundo Premio follando entre cristales rotos, basura y mierda de perro en un callejón del casco antiguo de Edimburgo. Siente alivio al notar que la erección se derrumba de golpe.

«Por nosotros», y Jocelyn se tira del pelo como si lo tuviera en llamas. «Nos hemos portado como cabrones, débiles y egoístas, y estamos salvándonos el puto culo.»

«Sí, por nosotros también», cede Sick Boy, «pero sobre todo por ella. No obstante, no estamos hablando de lo principal.»

«¿Qué? ¿De qué hablas? ¿Qué tema principal?»

«¿Tengo que explicarte por qué ha pasado esto?» Jocelyn va a hablar, pero duda, y Sick Boy prosigue. «¿O es que te crees que me acuesto con todas las amigas de mi prometida?»

«Bueno, ¡yo nunca le he hecho algo así a una amiga!»

«Pues claro que no.» Sick Boy la regaña negando con la cabeza. «Ese es el poder de lo que hay entre nosotros. No es algo malo. Es bueno. Es fuerte», arguye, disfrutando de la cara de horror perplejo de Jocelyn.

«¿Qué coño puede tener de bueno...?»

«Solo que es mala suerte, por no decir una tragedia acojonante, que nos hayamos conocido en estas circunstancias.»

«Pero ¿qué estás diciendo?»

Sick Boy se aparta de ella y vuelve a mirar por la ventana a través de las banderas que se agitan con suavidad en las astas de la fachada. La brisa ligera será bienvenida con este calor sofocante. Cerrando las cortinas, se vuelve hacia Jocelyn. «Yo no me meto así por las buenas en la cama con nadie. No está en mi vocabulario emocional. Por supuesto, no tengo nada en contra del sexo, pero para que yo me involucre tiene que haber algo más. ¡Y, como ambos sabemos, esto ha sido algo más que una cópula rápida entre borrachos!»

Jocelyn lo mira, en calzoncillos, junto a la ventana. Le está dando el sol. Tiene una figura esbelta, con músculos pequeños pero tonificados. Sus ojos son orbes grandes, oscuros y luminosos. «Entonces ¿qué es esto?», suplica.

Sick Boy abre los ojos con desmesura mientras da unos pasos hacia ella. «¿Tú qué crees? Vine después de ver el partido de fútbol porque sabía que estarías aquí.»

«¡Me dijiste que aquí se aloja tu familia!»

«No te creerías esa bobada, ¿verdad? ¡La gente de los Banana Flats de Leith no tiene por costumbre reservar en el Savoy!»

Jocelyn se siente obligada a expresar sus dudas en voz alta: ni siquiera se había parado a pensarlo. «Pues... pues no...»

«Tú me animaste a beber con vosotras cuando llegué al bar. Tú te quedaste cuando las otras se fueron. Tú me trajiste aquí a tomar la última.»

«¡Fue un error! ¡Estaba borracha!»

«No tan borracha. Hicimos el amor dos veces. Nos metimos en la cama borrachos y lo hicimos, pero lo hicimos de nuevo al amanecer, ¿te acuerdas? Una vez puede ser un error. Pero yo seguía en tu cama y entonces...»

«Ahora no puedo hacer esto», gime Jocelyn con angustia. «Tienes que irte. Hay una boda a punto de empezar. ¡Tu boda, ya sabes!»

Esto parece calar por primera vez en Sick Boy. «Sí. Correcto», y empieza a ponerse la ropa. «Pero no voy a irme así.»

«¿Cómo?»

«Tú así; nosotros así. No pienso salir hasta que me beses.»

«Hay que joderse», susurra ella dándole un besito en la mejilla. «¡Ahora, largo!»

«No, quiero un beso de verdad. Nos hemos pasado toda la noche haciendo el amor...»

«Pero... Ni siquiera ha sido...»

«Es que yo no puedo pisar el freno de la pasión así como así», y la envuelve con los brazos. «No es mi forma de ser.»

Para sorpresa de Jocelyn, su cuerpo traicionero acoge con gusto el abrazo de Simon, relajándose, perdiendo la tensión. Una lágrima se desliza por su mejilla. «No sé. ¿Qué hemos hecho, Simon? ¿Qué coño hemos hecho?»

Pero él la besa con ternura y ella empieza a responder. Entonces él se aparta y le susurra al oído con voz ronca: «Eres una mujer preciosa y ardiente. Si no hubiéramos follado..., si no hubiéramos hecho el amor, habría sido una falta enorme en mi currículum».

«Pero me siento una auténtica cabrona...»

Sick Boy enmarca el rostro de ella con sus manos. «Sé fuerte: no has hecho nada malo. No podemos deshacer lo ocurrido. No lo empeoremos haciendo que Amanda sospeche. De eso no puede salir nada bueno», dice poniéndole las manos en los hombros.

«Sí, pero se merece una amiga mejor... y un marido mejor.»

Él le acaricia los brazos de arriba abajo. «Quizá nosotros nos merezcamos el uno a la otra.»

Esta vez Jocelyn se aparta y se aleja hacia la cama. «¡Que te vas a

casar con ella! ¡El fin de semana que viene! ¡Y yo debería estar con ella ahora!»

«Esto ha ocurrido en el peor momento, pero estaba en marcha desde siempre. Los hados nos han obligado a firmar cheques emocionales que nuestras circunstancias personales no pueden cobrar.»

«¿Cheques emocionales?»

«Cheques emocionales», repite Sick Boy, saboreando el sonido de la expresión. «El Banco del Amor ofrece crédito infinito, nos obliga a gastar más allá de nuestras posibilidades mortales», explica, calentándose con la metáfora. «Aceptémoslo y aguantemos el próximo par de semanas; luego, podemos ver cómo nos sentimos con la situación y entre nosotros.»

Jocelyn niega con incredulidad. «¡Todavía no estás casado y ya le estás pidiendo a la mejor amiga de tu futura mujer que tenga una aventura contigo!»

«No quería decir eso», protesta Sick Boy, dándose cuenta de que es exactamente lo que quería decir y que lo excita y le preocupa que ella haya sido lo bastante lista como para informarle de ello. «Mira, esto es un lío tremendo. Los dos lo sabemos. Pero ha ocurrido.»

«¡No tenía que haber ocurrido!»

«Pero ha ocurrido y no puede desocurrir», insiste él. «¿Entiendes lo que te digo? ¿Lo entiendes?»

«¡Sí, claro que entiendo lo que dices, joder!»

Él baja la voz hasta un susurro tranquilizador: «Dejemos que pase la boda y luego vemos cómo nos sentimos. Si fue un error de borrachera, genial. No se ha hecho ningún daño. Pero, si es algo más, ¡tendremos que ser valientes, porque esta es nuestra vida y es la única que tenemos!».

«¡Tengo que irme! Cierra la puerta cuando te vayas», chilla Jocelyn, que se despide con un vacilante gesto de cabeza antes de salir.

Sick Boy va al minibar de la habitación. Rompe el sello de dos botellitas y se prepara un gin tonic largo. A Jocelyn no le importará. Seguro que no se da ni cuenta. Le habían dado al vodka por la noche. Se estira con placer sobre la cama, complacido por su

actuación: responsable, pero también emocional. El dilema del amor frente al deber. Sí, sonríe para sí mismo; es un cabroncete, pero cree profundamente que todas las mujeres y todos los hombres pasan por una fase en la vida en la que actúan movidos por una necesidad subconsciente de que un amante los trate mal. Ese es el papel que le corresponde a él, concluye, y lo interpreta con estilo y gracia.

Después de una larga ducha en la que disfruta del golpeteo de los chorros calientes a presión, se viste con calma y sale de la habitación. Un espasmo subversivo de ansiedad lo asalta por un momento en el vestíbulo, pero por suerte no hay ni rastro de Amanda ni de sus amigas. Todavía es pronto, apenas las nueve. Se imagina a Jocelyn desayunando en el restaurante, torturada y con la vista perdida en el espacio, mordisqueando apenas una tostada caliente con mantequilla con una taza de té al lado. A juzgar por su cuerpo, no parece de desayuno inglés completo. Sick Boy sale a un calor que es tan fuerte ya que lo hace boquear y decide ir caminando hasta la parada de metro de Green Park para coger la línea Victoria.

Mientras pasea, el sol pega sin piedad a través de un cielo sin nubes. Los turistas están abrumados. Los propios londinenses parecen deseosos de arrancarse capas de piel. Al entrar en la estación ruidosa y sobrecargada, los pulmones de Sick Boy se tensan y su respiración se vuelve superficial. La culpa está haciendo acto de presencia: una respuesta perfectamente natural a su infidelidad. Al montarse en el tren, decide luchar contra esa cabrona hasta la victoria. Si no, siempre cabe la posibilidad de «romper el cristal en caso de emergencia»: el confesionario de la iglesia católica local.

La línea de Victoria avanza hacia el norte. En el tren abarrotado, piensa en Amanda, se pregunta si este espectáculo con Jocelyn tiene que ver con un deseo de castigarla por haber accedido a asistir a la ceremonia de condecoración de su padre en el palacio la semana que viene. *Será aburrido, pero hará que todos estén contentos para la boda.* Sick Boy no esperaba que lo invitaran y, como republicano, habría rechazado de plano ir.

Pero habría sido bonito que se lo pidiesen.

Para cuando se apea en Highbury & Islington y deambula por el

trajín de Upper Street, la cuenta moral de Sick Boy ha restablecido por completo su crédito.

41. CABALLERO DEL REINO

> El deber es la necesidad de actuar por reverencia a la ley.
>
> IMMANUEL KANT

Era agradable cruzar la verja del palacio con su familia y dejar atrás la turbamulta de turistas embobados y sudorosos con sus cámaras de fotos. Ser conducido, junto con los demás galardonados y sus acompañantes, a través de aquel laberinto grandioso de techos altos y opulencia imperial hasta el Salón del Trono, con sus paredes y alfombra rojas. Era más que agradable. Resultaba irreprochable. Ese era el término por el que se había decantado Godfrey Coningsby.

Dicha sensación se ve algo socavada al oír a su hija mayor, a quien ahora tiene que llamar Amanda, la cual dice a Julia y Natalie con sarcasmo al describir el entorno: «Me encanta cómo tienen el sitio». Coningsby tiene que reconocer que esta sala del palacio en concreto le parece algo ordinaria y vulgar. Se distrae sacando de nuevo el sobre de su bolsillo y abriéndolo.

Godfrey ojea el documento, que contiene la lista de honor de la reina. No es un sueño: confirma que su nombre aparece en la sección de los oficiales de la Orden del Imperio Británico. Está donde le corresponde. Ojea la lista con satisfacción antes de que le dé un escalofrío al leer un nombre. A esa persona se le va a conceder un título de caballero. Godfrey dobla el documento con prisa y lo vuelve

a guardar en su bolsillo. Siente un espasmo de calor en el cogote. Recorre con la mirada la sala abarrotada, que retumba con conversaciones respetuosas y contenidas.

Su mujer y sus dos hijas se mezclan con facilidad con los demás premiados y sus acompañantes. Estaba permitido traer hasta a tres seres queridos para ser testigos de la ocasión. Tras deliberarlo, y sin duda después de discutirlo varias veces con el tal Williamson, Gen –no consigue digerir la afectación del nombre de Amanda, que empezó en la Universidad de Leeds, junto con el acento proletario impostado– se ha dignado a venir. Es la primera vez que Godfrey la ve después de la gran pelea de primavera del año pasado. Desde entonces Gen ha sido madre de un nieto al que él no ha visto más que en fotografías.

Cuando se han encontrado en la estación de Victoria, ha llegado quince minutos tarde y con expresión taciturna, ataviada con un vestido, como se le había pedido, aunque sobre él llevara una chaqueta de cuero. Godfrey había querido abrazarla, decirle que la echa de menos. Pero lo asaltaba una parálisis familiar, generada por su propio estoicismo habitual, aunque quizá también por el comportamiento de Genevieve, que no había mostrado ninguna conexión emocional. Desde entonces solo ha interactuado con él de forma breve y reticente.

Pero ha venido por mi gran día; mi gran día antes de su gran día.

La idea de que ella vaya a casarse con ese sujeto, Williamson, le provoca un nudo de rabia impotente en el estómago. Pero tiene que sobreponerse. Tendría lugar el fin de semana siguiente, en Cantley Lodge nada menos. Genevieve le había prometido a Godfrey que por fin podría conocer a su nieto antes de pasar por la ordalía del ensayo de la cena y la boda.

Se ve obligado a admitir que ahora, con la maternidad, Genevieve, *o llámame Amanda*, parece fuerte y segura: una mujer, a diferencia de la chica atolondrada de antaño. Está hablando con un joven de flequillo caído vestido con ropa cara hecha a medida. Ojalá hubiera elegido a un compañero así y no a esa abominable criatura de Williamson.

A continuación, al mirar a lo lejos, divisa al taimado presentador y

filántropo, que ha clavado la vista en él a través de las gafas. James Wilson Vincent Savile es la única persona de la lista que Godfrey conoce. El hombre aprieta los labios al ver a Julia y a las chicas. Ataviado con un traje formal, algo inusitado en él, recorre la gruesa alfombra Linney Cooper Wilton hacia Godfrey y se para delante con una reverencia teatral. «¡Pero si es nada menos que mi buen amigo, el maravilloso señor Godfrey Coningsby, de la Orden del Imperio Británico!»

«Enhorabuena por el título de caballero, Jimmy», murmura Coningsby, a quien se le revuelve el estómago al ver al presentador besando la mano de Julia, antes de infligir el mismo tratamiento a las chicas, hipnotizadas. El marido deseado para Genevieve da un paso atrás, deferente.

Los ojos reptilianos de Savile se disparan un momento hacia arriba, parpadeando hacia las lámparas de araña, antes de concentrarse en la familia. «Debes de estar orgulloso de estas señoritas tan jóvenes y deliciosas, señor Godfrey, caballero del Imperio británico, ¡la casa Coningsby rebosa encanto! ¡Y vosotras notaréis los pechos estremecidos por este destacado y experimentado funcionario del Ministerio del Interior, un hombre que sabe lubricar las ruedas de nuestro gobierno, asegurando así que todo funcione con suavidad!»

Julia suspira extasiada. «Así es..., señor Savile...»

«Llámame Jimmy, por favor.»

«¡Quizá sir Jimmy sea más apropiado ahora!»

«Nos encanta su programa, ese en el que cumple los deseos de los niños», exclama Natalie.

«¡De hecho, imagino que una dama joven y hermosa como tú debe de tener algunos sueños secretos que desea cumplir! Bueno, si alguna vez te apetece visitar los estudios de la BBC para hacer realidad alguno de ellos por cortesía de tu tío Jim, aquí presente, lo único que tienes que hacer es decírselo a tu nobilísimo viejo y asunto solucionado.»

«¡Qué fuerte!» Los ojos de Natalie se agrandan y luego giran al oír un ostentoso carraspeo. Un ujier se acerca y los informa de que los

premiados deben ponerse en fila fuera e invita a todos los acompañantes a sentarse en el salón.

En cuanto obedecen, llega la reina acompañada por la guardia real.

«Primero entregan la Orden del Imperio Británico...», confirma Savile, bajando la voz hasta susurrar al oído de Godfrey. «Pero no has de preocuparte, mi buen amigo. Cuando recibí la Orden del Imperio, hace muchas lunas, *People* publicó un reportaje sobre todos los bombones con los que había estado, y no pasó nada.» Posa la mirada sobre las Coningsby. «Yo entretendré a estas preciosas señoritas mientras tú recibes con diligencia el honor por los servicios que tu noble persona ha prestado.»

«No merezco menos», murmura Coningsby para sus adentros mientras se une a la cola para recoger su galardón.

Nunca somos irreprochables. Siempre estamos destinados a pagar, de algún modo, por nuestras fechorías.

42. RESISTIR LA TENTACIÓN

Su pecho se agitó –se hizo a un lado,
como consciente de mi mirada–,
mas, de repente, atemorizada,
vino hacia mí con llanto denodado.

SAMUEL TAYLOR COLERIDGE

El canto de un mirlo, que recuerda a un silbido de obra, destaca por encima del ajetreo mañanero de trinos. Sick Boy se despierta con su habitual buen humor. Aunque despertar junto a una mujer lo llenaba de euforia y excitación, la soledad permitía un compromiso profundo con su yo interior. Abre la ventana de par en par, disfruta del ligero perfume de las anémonas del jardín de al lado y hace una serie de estiramientos de pseudoyoga sacados de un libro de autoayuda que encontró en el metro.

Satisfecho de tener las extremidades más sueltas, resiste la tentación de llamar a Amanda. Han hecho un pacto para estar separados los días antes de la boda: él aquí, en Offord Road, ella en Swain's Lane, con Ben y su hermana mayor, Louisa. Se mete en una cabina telefónica y llama a su hermana pequeña, Carlotta, a Edimburgo, toda contenta porque de un momento a otro cogerá el tren a Londres con su madre. Al parecer, la amenaza de Mercer, presidente de los Hearts, de comprar el Hibernian FC quedaría en agua de borrajas, como era de esperar, puesto que los hinchas de

los Hibs habían intensificado las amenazas contra el presidente, que se vio obligado a poner a su familia bajo protección policial las veinticuatro horas del día.

Sick Boy se ducha alegremente, se pone unos vaqueros y una camiseta y piensa en la palpable escalada de tensión antes de la boda. Dadas las circunstancias, la preocupación excesiva de mamá quizá resulte natural, pero su capacidad para convertir cualquier insignificante detalle en una catástrofe potencial era agotadora. A pesar de su desprecio por el circo Coningsby, Sick Boy se pregunta cómo se comportará su propia familia en Isleworth. Para ellos, tanto Highgate como Islington ya eran un aumento de estatus suficiente. Si se quedaban estupefactos y con los ojos fuera de las órbitas nada más ver Cantley Lodge, situado a orillas del Padre Támesis, bueno, podrían desautorizarlo un poco. Sobre todo porque su madre le había soltado el bombazo de que su padre también iba a bajar.

Una ola de inquietud lo paraliza. Sick Boy la controla. Descarta la sensación. Decidido a saborear su última temporada de libertad –y quizá sus últimos días en Islington–, elige bajar a Barnsbury y a su tienda preferida a comprar café italiano. Conforme pasea por las calles bajo la cálida luz, disfruta respirando aire fresco y observando cómo la ciudad cobra vida poco a poco. La gente va al metro y al tren de cercanías, y los cierres metálicos anuncian que los tenderos de Caledonian Road están abriendo.

Los Coningsby habían ido a Highgate anoche a ver a su nieto. Era la primera visita de Godfrey, recién condecorado. Sick Boy había optado por mantenerse lejos; no quería oír ni una palabra sobre los corruptos *parásitos que dan honores a sus lacayos*. En vez de eso, se contentó con disfrutar de una llamada triunfalista y apresurada de Amanda.

«¡Estaba deslumbrado con Ben! ¡Se le caía la baba!»

«¡Ya no nos molestará más!»

El *bambino power*: hasta ahora, todo bien. Pero lo de Jocelyn le preocupaba. ¿Se podía confiar en que la dama de deshonor no revelase el engaño en sus interacciones con Amanda? Seguro que sí. Tenía mucho que perder: Jocelyn se convertiría en una leprosa, una paria social. Por supuesto, había que tener en cuenta el dilema

dostoievskiano de Raskólnikov, del que primero Renton y ahora Spud no dejaban de hablar, según el cual la culpa puede desbordar la voluntad y plagar de pistas sospechosas el comportamiento de la culpable. ¿Poseía Jocelyn la frialdad necesaria para mantener tal falsedad e incluso prosperar con ella? Recuerda conquistas pijas del pasado. La mayoría, con la mente sana, lo veía como un polvo novedoso. A otras, como la desafortunada Lucinda, las arrastró a la depravación y al hotel de Andreas. El tiempo diría lo que ocurría con Jocelyn. Mientras tanto, habría que vigilarla.

Pero el mundo entero está bien. Un sol dorado blanquea un cielo color cian mientras aumenta el calor sofocante, ¡y él va a casarse! Al llegar a su tienda favorita, disfruta del asedio de deliciosos olores a embutidos italianos, verduras, panes y quesos, y saluda a Mario, el propietario. Parlotean con alegría sobre los respectivos méritos del AC Milan y de la Juventus mientras él añade pasta fresca y unas aceitunas a la lista de la compra.

Al regresar a Offord Road, su corazón se hunde. Hay una figura femenina despatarrada en el portal de su casa. *No es Amanda, eso seguro... Jocelyn*... No tarda en comprender que la ropa y la postura indican otra persona. Se da una palmada en la cabeza, exasperado, al reconocer su identidad. «Maria... ¿Qué cojones...?»

Maria Anderson, una joven vecina de los Banana Flats con una vida trágica a la que explotó y chuleó despiadadamente cuando vivía en Leith, se levanta del umbral de la puerta con el pelo apelmazado y la piel demacrada de color gris fibroso. Se pega a él como una lapa. «He oído que es tu boda y he venido», explica entre jadeos, con el típico aliento fétido de vampiro que da el caballo, mientras lo mira con ojos turbados y hundidos.

«¡¿Qué?! Mira...» Sick Boy la aparta de un empujón y busca sus llaves. «No me obligues a firmar cheques emocionales que mis circunstancias personales no pueden hacer efectivos», es todo lo que se le ocurre decir mientras lucha de modo febril por meter el metal en la cerradura.

«Sé que hemos tenido nuestros más y nuestros menos, pero te deseo lo mejor. Yo me voy a ir a vivir con mi novio. Pero he

pensado: ¡no pases de la boda de Simon o no volverá a hablarte nunca más!»

«Claro...» *No me jodas... NO te he invitado*...

«Carlotta me lo ha contado todo.»

«¿Ah, sí?» *Muchas gracias, hermanita*.

Sick Boy no puede dejar a Maria en la puerta de su portal porque sabe que se quedará donde está a no ser que la deje entrar. Piensa con frenesí en conocidos que necesitan un polvo desesperadamente: ¿podrían ayudarle a encontrar un alojamiento para ella? Mientras tanto, la deja entrar, pensando: ¿*Puede empeorar esta semana*?

En cuanto llegan al piso, donde Maria se mete en la cama de inmediato, alguien aporrea la puerta con insistencia. Sick Boy, presa del pánico, corre a la ventana. Aparta las cortinas y mira la calle. No le da tiempo a retroceder antes de que Frank Begbie pose sus ojos de psicópata sobre él. «¡SICK BOY! ¡TE ESTOY VIENDO, HIJOPUTA!»

La espantosa sensación de que todo está perdido lo golpea como un mazo.

«¿Quién es?», pregunta despatarrada en el edredón Maria, que ya solo lleva unas bragas de algodón sucias y descoloridas y un sujetador de color masilla.

«Chis», dice él y abre la ventana, dejando que entre más aire caliente. *Échale un par*. «¡FRANCO!», responde a voces, con entusiasmo. Señala al pub en la acera de enfrente. «¡PÍDEME UNA STELLA, QUE YA BAJO!»

Frank Begbie mira el Hemingford Arms y da el visto bueno. «¡DE ACUERDO, PERO DATE PRISA, CABRÓN!» Se vuelve y avanza pugnazmente hacia el bar.

«Negocios», dice Sick Boy a Maria. «Quédate aquí y no te muevas.»

«Tengo que dormir», gimotea con tono nasal la yonqui, retorciéndose de un modo tan irregular bajo los rayos de sol que Sick Boy casi espera que se desintegre formando un montón de ceniza. «¿Puedes pillarme algo de jaco? Estoy limpia, pero he pensado que un chutecito estaría bien... A mi novio no le gusta que me meta.» De repente se incorpora con la animación errática de una marioneta. «Graeme, ¿te acuerdas de Graeme Sutherland?»

«Un tipo estupendo, sí», dice Sick Boy, mientras en su mente aparece una serie de muñecas rusas con la boca abierta, la cabeza rapada y los puños raspados bamboleándose en los recovecos más oscuros del centro comercial de Kirkgate. Tiene la impresión de que Graeme es uno de los pequeños. La infame familia de Leith lo había perseguido en una ocasión por follarse a una de sus hijas, y luego –cuando había pasado página hacia nuevos horizontes– por no follársela. *Todo un clásico de Leith: te crujen si lo haces, te crujen si no lo haces. Muchas gracias, puto Begbie*...

Los Sutherland más grandes eran compañeros y adversarios ocasionales del hombre al que acababa de ver desaparecer en un bareto local con paso seguro. *Francis Begbie. Me equivoqué al ver en él una oportunidad: me da que me he pasado de ingenuo. Ahora no parece más que otro gran problema que solucionar. Es desconcertante, pero me doy cuenta de que ya no deseo caos: solo quiero que mi consagración en las filas de la clase media-alta tenga lugar con el menor follón posible.* «Quédate aquí y no contestes al timbre», Sick Boy implora a Maria. Luego baja a toda prisa por las escaleras a la calle. Casi no puede creer lo que ve delante de él.

Genevieve Amanda Coningsby, su prometida, trota a toda velocidad hacia él. *¿Sabe lo de Jocelyn...?* Pero no, lo saluda con una sonrisa que le derrite a uno el alma y, cuando él tiende los brazos, ella se deja caer agradecida entre ellos. «Ya lo sé, ya lo sé, dijimos que nos evitaríamos hasta la boda, ¡pero no aguantaba sin verte!»

«Cariño...»

«Lo sé... soy una blanda», ríe. «¡Vamos arriba y me quitas todas las locuras de la cabeza!»

La sangre de timador se hiela de un modo reconfortante en las venas de Sick Boy. «Ah... Le he dado las llaves a mi colega Croxy. Al parecer ha tenido suerte con una señorita e imagino que están ocupados ahí arriba... Además, mi viejo amigo Franco acaba de llegar de Edimburgo y...» Señala al Hemingford Arms y la dirige hacia allí.

¡*Por favor, Dios, si sobrevivo a esta pesadilla* SERÉ *mejor! ¡Lo prometo*!

«A Louisa le encanta ocuparse de Ben, pero mi madre me tiene la

cabeza como un bombo. No hace más que llamarme por teléfono, y papá y ella están como el perro y el gato.»

«Me dijiste que están discutiendo mucho.»

«Y tanto.» Amanda sonríe con cierta malicia. «¡Por Dios, se quedó hecho polvo nada más ver a Ben! ¡Tal y como dijiste!»

«¡El *bambino power*!»

«Pero Jocelyn se ha estado comportando de un modo extraño. Se ha peleado con Tilly...» Llegan a la acera. «¡Tenía que verte! ¡No puedo creer que no te viera en mi despedida!»

Hay que joderse... Respira profundamente, coño... «Tus amigas iban cieguísimas. Me explicaron que tú también. La tentación de subir a tu cuarto era arrolladora...» Sick Boy fuerza una sonrisa burlona. «Pero luego me acordé de nuestro pacto y cogí un taxi a casa», y abre la puerta del pub para que ella pueda entrar.

Aunque Francis Begbie esté sentado en una esquina del bareto con dos pintas delante, Sick Boy siente alivio ante la casi normalidad del poco concurrido bar. Se dirigen hacia él, pero Gillian, el camarero charlatán con el que Amanda tiene trato amistoso, la intercepta. «¡Hola, Mands! ¡Se acerca el gran día!»

«¡Dios, sí!»

Amanda pega la hebra con él. Sick Boy avanza por el pub y se deja caer al lado de Frank Begbie, que abre un paquete grande de cacahuetes tostados y derrama su contenido en la mesa. «Frankie querido», canturrea apretando los dientes mientras recibe el tradicional puñetazo en el brazo. «¡Pensaba que seguías en chirona!»

«¡No podía perderme la boda de mi colega!»

«Pues me alegro de verte, tronco... Oye, ¿no te habrás fugado?»

«Y una polla.» Begbie se lleva a los labios el vaso, del que ya ha vaciado un tercio. «Los muy subnormales la cagaron con la sentencia. No tuvieron en cuenta el tiempo en prisión preventiva, ¡qué gilipollas! Así que puse al abogado de los cojones, al tal Conrad Donaldson, a currar en el caso. ¡Si hasta lo mismo me dan una compensación! El que sí se ha dado a la fuga es el puto Mercer...»

«Ya», suelta Sick Boy.

«Él y los cabrones que te zurraron el año pasado mientras yo

estaba dentro. ¿Sabes sus nombres?»

Malnacido y los matones callejeros...

A pesar de la tentación de soltar sobre ellos a Begbie, Sick Boy sabe que esas cosas suelen tener un efecto bumerán. Decide darlo por perdido. «Desaparecieron en el éter, Frank. Fue un ataque cobarde.»

«Ya los encontraré. No me importa lo que tarde. Los amigos del mierdoso de Donnelly... intentando vengarse de mí, supongo.»

«Ojalá lo supiera», y Sick Boy se encoge de hombros. Desconcertado por el cambio de tono, sonríe a su camarada. «¡Pero a ti te ha salido redondo lo de la cárcel, genial!»

«Sí.» Begbie arruga la cara y esboza una sonrisa crispada, petulante y maligna. «Spud ha venido conmigo.»

¡*Fabuloso! El despropósito que faltaba en la mezcla matrimonial... ¡Un perdedor vengativo que me odia!* «Ah, vale... No pensaba que fuera capaz de venir.» Sick Boy siente que algo en su interior se hunde por debajo del nivel de ansiedad, casi en un ámbito de la liberación humorística. Se permite una risa patibularia. ¿*Cómo coño voy a salir de esta*?

«¡Le dije que tenía que venir por cojones!»

«Gracias, Frank, te lo agradezco.» *Gracias por nada, puto payaso*.

«Estamos en una pensión en King's Cross. Pero él ha salido por ahí a mangar», explica Begbie con gusto. «No se le puede llevar a ningún sitio. Me he dicho a mí mismo: "¡Deja al chorizo ese y pilla el metro para ir a ver a Sick Boy! ¡Está a una parada!".»

«Claro... Bien pensado, Franco.»

Frank Begbie mira por el bar antes de concentrarse en Amanda. «¿Esa es la tía del nombre pijo, la tal Genuina? Polvazo. La ponía patas arriba. ¡Muy buena!»

«Eh, sí, de hecho está... Y se llama Amanda; nunca utiliza...»

«¡Escucha!» La mirada de Frank Begbie vuelve como un latigazo a Sick Boy y arde de intensidad. «¿Te acuerdas del tipo ese de por aquí con el que solíais quedaros? ¿El que se trajo Renton una vez?»

«¿Nicksy?»

«Sí, el cabrón ese.»

«¿Qué hay de él?»

«¿Va a venir a la boda?»

«Ni de coña», dice Sick Boy. «Era colega de Renton, no mío. Pero me encantaría encontrarme con él por razones obvias.»

«Encuéntralo.»

«Es lo que llevo intentando hacer desde que llegué, Frank.»

«Pues está claro que tienes que esforzarte más, coño», dice Frank Begbie. «Porque quiero decirle un par de cosas al capullo ese. Seguro que sabe dónde está Renton.»

«Bueno, le seguiré la pista, no te preocupes», asegura Sick Boy, dándose cuenta de que sería una calamidad que Begbie creyese que no coopera. «Tiene que haber gente aquí que sabe dónde está. La tipa esa, Charlene, la que se enrolló con el traidor pelirrojo. De cuando trabajábamos en los ferris.»

«Vale, pues encuentra a la furcia esa y hazla cantar.» Begbie vuelve a mirar por el bar. «Si se ha follado al mierda pelirrojo, es una fulana.»

«Sin duda.»

«Ese mamón tiene que estar por aquí, en alguna parte», murmura Begbie, y Sick Boy empieza a ponerse nervioso al ver que Begbie repasa con los ojos el bareto, cada vez más concurrido. Es como si intentara hacer que Renton se manifestase por pura fuerza de voluntad. «Estoy seguro de cojones. Encontraré al pelirrojo traicionero aunque tenga que deshacer la ciudad con mis propias manos.»

Sick Boy sonríe, ansioso. «Esperemos que eso no sea necesario.»

Por mucho que me gustase ver a este perturbado espécimen de los mismísimos confines de la humanidad molerle el cráneo al traidor pelirrojo, tengo asuntos más urgentes que requieren mi atención. Ahora sencillamente no puedo permitirme que este idiota y su cruzada mongólica me distraigan; solo traerá la masacre de almas inocentes... y yo podría ser una de ellas.

Pero Sick Boy sabe que a Begbie no se le dice que no; o bien se le sigue la corriente hasta que se cansa de ese juego en concreto y pasa a otra cosa, mariposa, o bien se encuentra una forma de distraerlo. *Renton era un experto en eso, me cago en sus muertos*.

En la barra, Amanda ha accedido a llevar una solicitud de Gillian a

la agencia GLG, donde se ha reincorporado a media jornada después de su baja por maternidad.

«Te lo agradezco», dice Gillian. «Los pubs son divertidos, pero los turnos te dejan hecho polvo. Bueno, ¿y tú por qué has vuelto al trabajo tan pronto?»

«Cogí la baja normal, pero decidí no ampliarla. Ben es lo mejor que me ha pasado, pero eso no significa que quiera quedarme encerrada con él todo el día y todos los días. Me gusta estar en GLG. Y estoy recuperando la figura», asegura fingiendo una pose, «pero ¡no durará si estoy encerrada en un piso de dos habitaciones!»

«Estás estupenda», dice Gillian con entusiasmo. «¡Vas a ser la novia perfecta!»

«Ahora mismo lo que quiero es que pase la boda. Se ha convertido en un circo porque mamá y papá insisten en que la celebración sea en su casa y tenemos familiares que vienen de todas partes. Mamá está aceleradísima, y papá y Simon son como el día y la noche.»

Desde la esquina, Frank Begbie mira a Amanda. «Así que esa es tu piba; pues sí, la ponía a cuatro patas», le insiste a Sick Boy. «Preséntamela, so maleducado, que no te la voy a robar, joder. ¡Al menos no antes de que deis el sí!»

«Claro...» Amanda los está mirando. Sick Boy gesticula para que se acerque a ellos, y ella se desploma en el ángulo de su brazo. Satisfecho, piensa en lo infundados que estaban sus profundos temores posembarazo de que se pusiera gorda como un armario. *Está de nuevo en forma, en su categoría de peso, y estará genial con el vestido*. «Te presento al amor de mi vida, la señorita Amanda Genevieve Coningsby.» Intercambian sonrisas indulgentes ante la cuidadosa inversión de sus nombres de pila. «Cariño, te presento a mi estimado amigo y antiguo colega, el siempre afable y ultrasofisticado señor Francis James Begbie.»

Begbie emprende lo que la pareja considera una evaluación inquietante, por extendida, de Amanda, antes de asentir en dirección a Sick Boy sin quitarle a ella los ojos de encima. «Nunca sé si este capullo se está choteando de mí o no.»

«Sin duda, la ironía no le es ajena», sonríe Amanda.

«¡Ja! No me atrevería contigo, Frank», dice Sick Boy. «Quiero conservar los dientes.» *Si este sabe lo que es la ironía, yo soy cura*.

«Haces bien», dice Begbie, antes de dirigirse a Amanda. «Dile que se ande con ojo o te rapto.» Le suelta una mirada de látigo a Sick Boy. «¿Qué ha sido lo primero que te he dicho cuando habéis entrado aquí?»

«Ha hecho cumplidos al observar tu belleza femenina, justo lo que espero de un hombre de tan buen carácter y un gusto tan exigente.»

«¡Está buena, he dicho, eso ha sido lo primero, eh, Sick Boy!»

«Ese era el mensaje, Frank, pero creo que lo has expresado con un poco del tono poético que te caracteriza», se aventura Sick Boy, disfrutando con cautela de la licencia que le está dando con Begbie la presencia de Amanda.

«Ja... ¡Parece que vosotros dos ya tenéis bastante que contar! Sabes que hemos tenido un hijo», le cuenta una resplandeciente Amanda a Begbie, sin ningún miedo, piensa Sick Boy.

Eso parece sacar lo mejor de su viejo colega. «Había oído lo del crío.» Begbie parece realmente interesado mientras examina la Polaroid de Ben que Amanda saca del bolso. Mira a Sick Boy, alzando una ceja sarcástica y dubitativa como diciendo: ¿*Seguro que es tuyo*?

Cuando le conté la noticia no me hizo ni caso, piensa Sick Boy con amargura antes de clavar una mirada profunda en los ojos de Amanda. «Nuestro chavalín, el pequeño Benji», declara, luego se dirige a Begbie. «¿Algún consejo de paternidad, Francis?»

«Ten un chiquillo, pero ya tienes uno, así que ya no hay más que decir. Yo siempre digo que, si sale niña, mejor devolverla.»

«Sí, ahora que lo pienso», aventura Sick Boy, «recuerdo que has hecho esa observación en varias ocasiones.»

«¿Tienes hijos?», pregunta Amanda.

«Sí, dos en conocimiento del Estado, porque mi nombre está en su puto certificado. ¡Pero eso es solo la punta del iceberg!»

«Hace tiempo que Frank emprendió en solitario la misión de mejorar la calidad genética de nuestra ciudad de origen.» Sick Boy hace un gesto de *otra ronda* a Gillian.

«Ya te digo, y falta que hace.» Begbie da un trago vigoroso para acabar la cerveza y luego mira el agua con gas de Amanda. «¿Tú no bebes, chavala?»

«Tengo que ir más tarde a buscar al peque. Y la verdad es que he perdido el gusto por el alcohol desde el embarazo.»

«Podrías haber pimplado un poco cuando estabas preñada», proclama Begbie. «Un tipo de la cárcel, uno de esos capullos de ciencias, me dijo que el vodka no hace daño al niño. Es alcohol limpio.»

«¿Has estado en la cárcel?», pregunta Amanda con emoción. «¿Por qué?»

«Por lo mismo que todos los demás gilipollas, con perdón: ¡porque me pillaron!»

Gillian llega con las pintas y las coloca en la mesa. Sick Boy sonríe al alzar su vaso para chocarlo con el de Frank Begbie. Luego mira el recipiente en su propia mano, como sopesándolo con suspicacia.

«¡Que bebas!», le insta Begbie.

«Yo también tengo que tomarme la priva con calma, Frank. Esta noche tenemos una cena de ensayo con las familias.»

«¿Que qué?» Begbie mira a Sick Boy y a Amanda.

«Una cena de ensayo. Spud y tú estáis invitados. Es en el Ritz.»

Amanda mira hacia el teléfono público. «Debería preguntar a Louisa cómo está nuestro principito.»

«Bah, lo estará consintiendo de forma irremediable.»

«Como las mujeres Williamson hicieron con alguien que no está muy lejos de aquí», dice Amanda levantándose y revolviéndole el pelo a Sick Boy.

«¡No te me pongas en plan madre!»

«Es culpa tuya», declara Amanda. «¡Contigo me estoy volviendo cada día menos inglesa y más italoescocesa!»

«Ya te digo», exclama Begbie. «Esa no te ha gustado, ¿eh?» y se ríe de Sick Boy, levantando el pulgar a Amanda con aprobación. «¡Menudo careto ha puesto, nena!»

Ella lo saluda con un guiño y un contoneo de camino al teléfono.

«La tía es un puntazo.»

«Por eso mismo me voy a casar con ella, Frank. Bueno... la cena

de ensayo...»

«¿Qué cojones hay que ensayar? Dices que sí, te pillas un pedo y te follas a la pava.» Mira hacia Amanda, que está descolgando el teléfono del pub. «Por cierto, menuda pechuga, menudo culo, fóllatela hasta que te hartes de ella y luego te piras.»

«Esta relación va para largo, Frank.»

Frank Begbie reflexiona, pero otro pensamiento lo asalta un segundo después. «Sé que te has tenido que buscar otro padrino; es comprensible, joder. Deja que ponga al chaval en antecedentes, que no haya ningún malentendido. No quiero tener que levantarle la mano a nadie antes de la puta boda. He escrito el discurso en el tren. ¡Todo muy discreto, ¿eh?, no cuento tu fórmula secreta!»

«Bueno, se lo he pedido a mi colega Croxy, de Hackney College.»

«Seguro que entiende que soy un colega de la infancia y tiene que mantenerse en segundo plano», suelta Begbie y luego añade con indignación: «¡He tenido que rechazar un buen trabajito para venir aquí! Un trabajito para Tyrone el Gordo. Nelly Hunter me lo ha propuesto. ¿Te acuerdas de Nelly? ¿Cochi-Nelly?».

«Ah, sí, todo un personaje...», cavila Sick Boy mientras piensa: *Que si me acuerdo del zumbado, dice*... «¿Qué tal está Neil?»

«Le dije que iba a bajar a una boda. No le dije de quién, no quería que otro mamón de mierda se plantara aquí sin avisar.»

Sick Boy piensa que, en efecto, Frank Begbie le ha hecho un favor. Visualiza a Nelly, pagado de sí mismo, apareciendo de repente, sin nada que ofrecer a los congregados aparte de más violencia fría, más amenazas reprimidas. «Bueno, Frank, puesto que has tenido que rechazar una oportunidad laboral lucrativa por mí, lo menos que puedo hacer es barajar de nuevo las cartas y devolverte el papel clave de padrino.»

«¡Qué guapo! Cojonudo. Espero que las damas de honor estén buenorras», grita, dirigiéndose hacia Amanda, que vuelve ya de la llamada.

«No sé cuál le gustará a Frank», ríe ella y luego se vuelve hacia Sick Boy. «Ben está comiendo.»

«Me las voy a follar a todas», anuncia Begbie. «Es la tradición, el padrino se cepilla a las damas de honor. Seguro que son unas

pijorras que te cagas. ¿Hay alguna que se parezca a la de la serie *The Good Life*?»

«¿Quién, Felicity Kendal?» Amanda se sienta de nuevo y apoya el brazo en el muslo de Sick Boy.

«¡Esa misma! Menuda pija buenorra. Yo sí que le daba una dosis de buena vida. Y al tío mierda que se está follando, el tal Richard Briers ese, le rompía la mandíbula.»

«Menudo capullo», coincide Sick Boy.

«Ya no se la ve por ninguna parte, ¿verdad? ¡Volvió a la tele, pero en una de esas películas para la noche de Channel 4 en la que destripan a la peña!»

«Deberías ser su agente, Frank», propone Amanda.

«Por lo que más quieras, no lo animes», sonríe Sick Boy.

«Ya te digo.» Begbie se pone de pie, mira a Sick Boy y baja la voz. «Ojo. Intenta averiguar dónde está el tal Nicksy.»

«Vale... ¿Adónde vas?»

Frank Begbie señala el rincón. «A poner en marcha la gramola, ya que nadie más se ha molestado.» Camina por la sala a zancadas con aire de chuleta, mirando desafiante a su alrededor, buscando contacto visual. Sick Boy se siente aliviado de que nadie responda.

«Madre mía», dice Amanda. «¿Es así de verdad?»

«Por desgracia, sí.»

«¿No es Nicksy el que está echando un polvo en tu piso en la acera de enfrente?»

«No, ese es Croxy, mi colega de clase. Nicksy es un amigo de hace tiempo.» Sick Boy mira a Begbie. «Por desgracia hemos perdido el contacto.»

Sabe que aunque lo hubiera buscado y le hubiera dado una invitación, Nicksy no habría venido de ningún modo. Piensa en la fuente de su animosidad. *Está enfadado conmigo desde que me pasé por la piedra a la zumbada de Marsha. Estaba obsesionado con ella; el muy subnormal estuvo a punto de tirarse de un decimocuarto por esa puta loca. ¡Hay que joderse con los hombres enamorados!* Pero, puesto que no va a venir, Nicksy presenta una excusa conveniente en la matriz de realidades alternativas superpuestas que Sick Boy procura entretejer todo el tiempo. «Sí, se está follando a

una tipa de Leith, una zumbada, pero es que Franco siempre ha estado obsesionado con ella...»

Mientras Sick Boy adorna sus invenciones, Francis Begbie le echa un ojo y grita desde el otro lado del bar: «No tienen mala selección de Rod Stewart... ni del pavo de Led Zeppelin». Selecciona varios temas más y luego vuelve, se sienta y le guiña un ojo a Amanda.

«Bueno, ¿qué te parece la cena de ensayo, Franco?»

«He quedado con el guarro de Murphy en la ciudad. En el Ward's Irish House.»

«Genial», dice Amanda. «¡Que venga también!»

Sick Boy aprieta los dientes. «Sí..., que venga.» Siente que las palabras se deslizan por su nariz mientras se acaba la pinta. «¡Bueno, es hora de salir de aquí, coger el metro e ir a Highgate a por Bambino Benito!»

«¿No tienes que ir enfrente a cambiarte, cariño?»

«Nah, tengo la chaqueta deportiva en Highgate. Volvamos allí *presto* a ver si mamá y mi hermana *numero due* ya han llegado.»

«¿Cuántas casas tenéis, cojones?», pregunta Begbie pimplándose la cerveza.

«Solo dos pisos», dice Sick Boy, impávido. ¡*Cuéntaselo a los plebeyos del puerto! ¡Dos chozas! ¡En Londres*!

En el andén atestado de la estación, Sick Boy siente que la tensión abandona su cuerpo al ver que, al otro lado de la vía, Frank Begbie está a punto de embarcar en la dirección opuesta. Cuando llegan a Highgate, Amanda y él ven a su madre y a Carlotta bajando de un taxi en Swain's Lane. «¡Mamá! ¡Cara! Hermanita», canta con euforia mientras todos suben las escaleras al encuentro de Ben y Louisa. Durante el revuelo en torno al niño, Sick Boy siente una repentina inspiración y aprovecha la ocasión para llamar a Croxy desde el teléfono del salón. A través de la puerta entreabierta se concentra en Amanda, perdida con las mujeres Williamson en todo lo relativo a Ben. «Escucha, colega, el padrino tiene deberes... Necesito que vayas a mi piso en Offord Road.»

«¿Cuándo?»

«Ahora.»

«Em... Vale. Pero, em, ¿por qué?»

«Allí encontrarás a una chavala llamada Maria. Está como una cabra, tendrá el mono y necesitará un pico. Píllale algo si lo necesita. Te informaré más tarde... Fóllatela si quieres.»

«¿En serio?»

«A muerte. Tú sácala de mi choza: búscale un sitio donde se pueda quedar. Y procura que no se pase por Isleworth mañana. Asegúrate de que ni se acerque a la boda. Déjala tirada en Enfield o en Romford o donde sea, y pírate. Llévatela a tu agujero mohoso de Hackney si hace falta. Pero dale esquinazo antes de ir a Richmond.»

«Bueno, vale, lo haré...»

«Te debo una, colega. Eres el mejor padrino del mundo», y Sick Boy cuelga el teléfono. ¡*Ahora solo tengo que decirle al desgraciado que ha sido eximido de sus responsabilidades! Pero las cosas de una en una*...

En el piso de Swain's Lane, las ventanas están abiertas y los ventiladores eléctricos ofrecen unos valiosos segundos de alivio rotativo contra el calor sofocante. Las Williamson –tanto las presentes como la futura– parecen deshacerse en sudor mientras se visten. Cuando aparece la niñera, Ruth –una vecina cercana de aspecto normalito–, Sick Boy se congratula de que su propio padre todavía no haya aparecido por Highgate y, aliviado y zalamero, convence a las mujeres para salir. En el metro rumbo al hotel, mamá Williamson conjetura esperanzada acerca de su esposo: «Quizá vaya directo a la cena».

Sick Boy se muerde la lengua y ve que sus hermanas hacen lo mismo.

«Seguro que nos encuentra», dice Amanda para darle apoyo.

Cuando llegan al comedor del Ritz, los Coningsby ya están ocupando una de las mejores mesas de esquina. Colocándose estratégicamente entre Louisa y Carlotta, Amanda se sienta a una distancia prudente de sus padres y de una Natalie con aire aburrido. Extasiado ante la ausencia de su padre, de Frank Begbie y de Spud en la mesa, Sick Boy imita la frialdad de Amanda y ocupa una silla presidiendo la mesa, a pesar de que Julia haga un gesto con la cabeza hacia el asiento que hay a su lado. Desea con fervor que David Kenneth Williamson, Francis James Begbie y Daniel Kevin

Murphy no se presenten. Mientras les dan unos tragos a los cócteles, que solo él rechaza para pedir una Diet Pepsi, parece que las oraciones de Sick Boy han tenido respuesta.

«Sospecho que Davy se ha perdido en Londres», declara Evita Williamson a los Coningsby a modo de tensa disculpa.

«Si uno no está acostumbrado al tamaño de Londres, puede ser un poco abrumador», reconoce Julia.

«¿Qué hay de Francis Begbie?», le pregunta su madre a Sick Boy.

«Frank elige su propia ruta.»

Sigue un silencio poco elegante mientras el tiempo se deshace en pausas que cuelgan con pesadez del aire caliente y opresivo. A lo largo de esa parálisis literal, Sick Boy no deja de repetirse: *Disfrútalo*.

Luego su madre se levanta, saboteando el momento, y le dice a Godfrey Coningsby: «Bueno... La reina te ha hecho Oficial de la Orden del Imperio Británico. ¡Qué bien!»

«Sí, señora Williamson. Fue un día de mucho orgullo.»

«Llámame Vita», propone ella.

Coningsby fuerza una mueca tensa. «Por supuesto.»

«Que le jodan a la reina», dice Sick Boy en voz baja a Amanda.

Ella se ríe, tapándose la boca con la mano. «Creo que fue el día más vergonzoso de mi vida», le dice, no lo bastante bajo como para que su padre no la oiga.

Coningsby inspira con fuerza y se vuelve hacia ella. «¿Qué, pedimos?», y luego se arma de valor para echar una mirada reticente a su futuro yerno. «¿O esperamos a que lleguen tu padre y tu padrino?»

«Vamos a empezar», suelta Sick Boy, haciendo un gesto al camarero que ronda por la sala, y decide que esas serán las únicas palabras que dirigirá a los progenitores Coningsby durante la velada.

Para Godfrey y Julia Coningsby, todavía más desconcertante que el desprecio frío e inexpresivo de su yerno es la ira ardiente que parece albergar Amanda. La cena trascurre en un silencio teatral y Ben es el único tema de conversación entre el matrimonio Coningsby y las mujeres Williamson.

Después de la cena, Godfrey Coningsby, tras sacar una hoja de

papel, se alza para pedir un brindis. Un suspiro colectivo se hace evidente, disimulado por algunos individuos con más fortuna que otros. «Como padre», y Sick Boy percibe que Julia está mirando a su marido con un ruego contenido, «siempre he querido lo mejor para Amanda. Desde los profesores y las escuelas hasta las amigas que han sido buena influencia para ella, me he mostrado decidido a que mi hija», y mira a Natalie, que parece estar sufriendo un millar de muertes, «a que mis dos hijas tuviesen lo mejor de lo mejor», y cuando Godfrey Coningsby alza la cabeza, Sick Boy disfruta de su ahogada rendición. «Pero ella ha encontrado a Si...», Coningsby titubea, «ha encontrado... a Simon por su cuenta. Y han tenido a Ben, que es una maravilla.» Se recupera y esboza una sonrisa candorosa. «Pueden llamarlo destino, o suerte, o designio, pero sea cual sea la causa, me alegro de que ella haya encontrado tal felicidad. Por Amanda... y... por Simon», se obliga a añadir antes de levantar la copa, ya recuperado: «¡Y, por supuesto, por Ben!».

Mientras el brindis se hace eco por la mesa, Sick Boy decide permanecer callado. *Dejaré que mi silencio juzgue a este gilipollas*.

De repente el *maître* se acerca a él. Se inclina y le susurra al oído: «Fuera hay dos hombres y dos mujeres preguntando por usted, señor. Uno afirma ser su padrino de bodas, pero me temo que están demasiado ebrios para que podamos dejarlos entrar en el comedor o servirles alcohol».

«¿Dos mujeres?» Sick Boy se levanta intrigado. «Gracias...»

Amanda se incorpora y lo sigue. «¿Ocurre algo, cariño?»

«Nada de lo que no pueda encargarme. Tú, siéntate y ocúpate de los demás. Vuelvo en un periquete», y el flamante novio sale rumbo a la entrada del hotel.

¿Dos mujeres? Eso tengo que verlo...

43. DÍAS DE CHORICEO

Un letargo mi espíritu selló,
y los miedos humanos me abandonaron:
ella ajena me pareció
al paso de los terrenales años.

WILLIAM WORDSWORTH

Choricear en Londres mola, pero solo porque hay más cosas que mangar. Es mejor mantenerse lejos del West End, eso sí: demasiada pasma, y tienen cámaras que, a decir verdad, nunca funcionan del todo porque todo el mundo parece un borrón en blanco y negro, pero los pajarones tecnológicos seguro que las mejoran, así que mejor no adoptar malas costumbres.

Y ahora, tronco, estoy en este mercado de Ingliston, o como se llame. No es como el Ingliston de Edimburgo, porque no está cerca del aeropuerto, sino en el centro de la ciudad. Es más como una calle de tiendas, pero con puestos en medio, ¿me pillas? ¡Lo que pasa es que algunos tenderos son bien tochos, así que hay que ir con cuidadito!

No es que yo conozca Londres; la única vez que he estado aquí fue con Mark y los chicos, cuando él se llevó nuestra pasta. Pero me acuerdo de que Sick Boy siempre estaba hablando de Ingliston, como si esta fuera la parte de Londres con las calles asfaltadas de oro. Bueno, pues de eso nada, monada, y ya debería habérmelo

olido, porque Ingliston no era una zona muy buena en el tablero de Monopoly. Pero aun así mola, porque este mercado tiene montones de cosas. ¡Y he llenado una bolsa entera! ¡Lo más importante que he mangado es el paquete de cámaras de usar y tirar!

Aquí también hay cajas de loción para el afeitado... Seguro que los chavales del Vine las quieren...

Hace calor y todo el mundo está distraído con la temperatura y con la carne expuesta, pues dos chavalas escasamente vestidas, una en minifalda, la otra con una especie de pantalón corto de color lila, ojean la mercancía. Yo estoy mangando las cajas y metiéndolas en la bolsa de deporte mientras el notas está a lo suyo hablando con las pericas, pero un pavo barrigón del puesto de al lado me ha fichado. Al menda le brillan los ojos y tiene la boca más apretada que el culo de un pato. El tipo tira el cigarrillo; la cosa se pone seria. «¡EH! ¡RATERO CABRÓN!»

¡Salgo escopeteado!

Avanzo chocándome con otros puestos y hago un giro de caderas; casi me parece que me han pillado, porque hay una pareja de pakis o algo así que me mira, pero no se molestan en intentar cogerme. Oigo al tipo del pitillo gritándole a la mujer: «¡CÓGELO, NEGRATA ATONTADA!».

Entonces su marido da un paso hacia delante, empieza a gritarle al tipo y se monta una buena bronca, así que me piro por una calle lateral y cruzo una calle principal, todavía con la bolsa llena de cosas. Pillo un atajo por unas callejuelas, con el corazoncito haciéndome *bum bum bum*, pero no me ha seguido nadie y no hay sirenas dejándome sordo...

Joé, tronco... esto no está bien; tengo la bolsa llena y un montón de pasta en el bolsillo; el resto lo he vuelto a guardar: tengo que evitar enseñársela a Franco. Todavía me queda un poco de guita de lo que Mark me envió. Pero si dejo de mangar todo el mundo sabrá que pasa algo. Se lo olerán. Sobre todo Franco. El caso es que podría haber pagado sin problema las cámaras, pero uno prefiere mangar las cosas baratas y no malgastar los billetones, ¿lo pillas?

... Aquí todo es distinto; hay casas grandes, pero la mayoría de ellas son para oficinas y tal, ¿sabes? En plan distritos pijazos con

mogollón de edificios universitarios. A lo mejor por aquí hay más rollo pijo a lo Bond Street en el tablero de Londinium.

Como el Londres real, pero del que se ve en la tele. Empresarios y montones de estudiantes de aquí para allá. Esa peña debe de tener una vida muy chula, porque puede sentarse a perder el tiempo y hablar de movidas que importan de verdad en la vida. ¿Por qué estamos aquí? ¿Adónde vamos al morir? ¿Existe Dios? ¿Qué quería decir el pavo ese cuando escribió las movidas esas en un libro?

No en plan ¿quién se ha estado follando a quién? ¿Quién ha apuñalado al hermano de quién? ¿Quién se pilló un pedo ayer? ¿Quién pasa caballo? ¿Los fans de los Hibs deberían amenazar a la familia de Mercer por lo que ha hecho? Yo no estoy de acuerdo con eso, no es culpa suya.

Pero si quieres comprar el tiempo necesario para hablar de cosas *desde una posición de ilustración educada* hay que tener dinero de verdad. Es una irresponsabilidad total gastar la guita sin tener ingresos. Supongo que es un poco como los Hibs. Ali no volverá conmigo si no hago algo con mi vida. Así que veré a Sick Boy casándose y le enseñaré a ella que está pillado. ¡Solo yo la quiero! ¡Y a los chicos del Vine les encantará la loción de afeitado! Luego usaré lo que me queda de la pasta para ir a una clínica de las buenas donde te quitas del jaco para siempre. Así me pongo la cabeza en su sitio de una vez por todas. ¡Pero no sale barato, ni de coña! Mangar es una trampa. Últimamente evito a Segundo Premio; me muero de vergüenza por no haberle devuelto todavía la pala que me prestó el invierno pasado. Pero de momento voy a seguir choriceando, para que la bolsa de deporte despiste a cierto león.

Bajo a Piccadilly Circus a ver a Franco, como habíamos quedado. Está petado, tronco, mogollón de turistas, todos haciendo fotos a las señales de neón. Y la estatua del personajillo ese que se parece a Cupido con el arco y las flechas... ¿Cómo le llamaban al pavo ese? ¡Seguro que vuelve a lanzarle la flecha al corazón de Ali cuando vea las fotos que voy a hacer, *clic clic clic*, para enseñarle que Sick Boy se ha casado de verdad! Pero tengo que mantener la calma con Francis, el Pordiosero.

Lo veo esperando fuera del Ward's Irish House y mirando a la

peña que pasa con ojos maliciosos. Cuando me acerco a él veo que el Ward's está chapado. Lo cambian todo, tronco. No me parece bien: hace falta un poco de continuidad con el pasado, aunque supongo que no depende de gente como yo.

Franco parece mosqueado. «Está cerrado, me cago en todo», dice. «El Ward's. Era un bar cojonudo», protesta el Pordiosero y luego ve mi bolsa. «¿Qué mierda es eso?»

«Poca cosa. Loción de afeitado. Para los chicos del Vine.»

Pone un careto chungo, peleón. O sea, más de lo normal. «¡No puedes llevarte el botín a King's Cross, mongolo! ¿Quieres que lo vean los del hotel? Para eso podrías escribir encima *mangado*», y mueve los ojos a su alrededor. Justo cuando está diciendo eso dos coches de policía dan la vuelta a la glorieta, convirtiendo Piccadilly en Brands Hatch, como dice la canción de Elvis Costello. «¡Hay mogollón de pasma por aquí! A ver si nos van a pillar y me pierdo la boda por tu culpa... ¿De dónde lo has sacado?»

«De un puesto en el mercado de Ingliston.»

«¿De qué cojones estás hablando, imbécil?»

«Pues del Ingliston de Londres. Al lado de donde Sick Boy.»

«¡Es Islintin, pedazo de inútil! ¡Is-lin-tin!»

¿A quién pretendo engañar? Ese es su careto normal. «No es culpa mía, lo he visto en un mapa y lo he leído así. ¡Como soy un poco disléxico...! ¿Qué hago entonces con esto? Si no lo llevo al hotel, como dices tú, ¿qué hacemos?»

«¡El hotel tiene cámaras de seguridad por encima de la mesa de recepción!»

«Pero no te reconoce nadie.»

«¡Pero ven que tienes una bolsa, payaso!»

Eso no está bien, tío, eso duele. O sea, a un colega se le puede llamar de todo, pero ¿payaso? Eso no se dice.

Punto a favor de Franco, porque parece que hasta él sabe que se ha pasado de la raya. Baja la voz y susurra: «Va cualquier capullo, se chiva a la pasma y nos han pillado. Adivina a quién le ponen las esposas». Se señala el pecho y vuelve a su furia habitual. «¡No pienso pasar más tiempo en la cárcel por un chorizo de pacotilla con

una bolsa llena de mierda!», suelta, y le da una patada a mi bolsa de deporte.

«Pues hay cosas buenas. Cámaras y tal.»

«¿No habías dicho que era loción de afeitado para los chicos del Vine?» La abre y mira dentro.

«Bueno, eso también...»

Levanta la caja de una cámara. «¡Y encima has mangado las baratas!»

«¡Sí, pero funcionan guay! Fotos normales», digo y cierro la cremallera de la bolsa.

«Bueno, pues bajamos a la estación de Victoria y lo metemos en la consigna. Me han ofrecido un currazo en Newcastle, así que no voy a arriesgarme a acabar a puño limpio. También te digo que me lo ha buscado Nelly Hunter, así que, con la chapa que me va a dar, igual es mejor que no lo haga.»

«¿Cómo está Nelly?»

«Sigue en Mánchester con la tipa que parece salida de la telenovela esa de *Coronation Street*, con la pinta y el acento que tiene.»

«Genial... ¿Qué hacemos con la consigna de maletas?»

Se saca del bolsillo un mapa andrajoso para turistas, uno de esos que te dan gratis en el hotel. Un dedo manchado de nicotina señala la estación de Victoria. «No está muy lejos.»

He de decir que a lo mejor el lince este ha dado con una solución. Así que nos ponemos en marcha hacia la estación de metro de Green Park. ¡Está a una parada y pasamos por el Hotel Ritz de camino! Está guapo ir en metro: se puede llegar a todas partes con facilidad. Vamos sentados en el vagón y todo el mundo mira hacia delante; no habla nadie salvo nosotros. Empezamos a charlar sobre el colegio, como haciendo un viaje por el recuerdo. He sido yo quien ha sacado el tema al decir que no he recibido una educación muy buena. Es culpa mía, ya te digo.

Franco dice con una voz grave y gruñona: «De toda la vida quería ir a la escuela esa de DK. Luego, el mismo año que termino yo la primaria, va y cierra para fusionarse con los pijos de Trinity». Se

vuelve hacia mí. «No habría durado allí ni diez minutos, así que acabé en Leith Academy con vosotros, mamones...»

Ay... DK era el colegio Davie Kilpatrick, o el Descerebrados Kapullos, como lo llamábamos en el barrio. Sé adónde va a ir a parar esto, así que mejor intento dejar el pasado... «¿Viene alguien más de Leith a la boda?»

«Sí, Temps y Segundo Premio.»

Ay, tronco, Segundo Premio... La pala...

«Sí, todos iban a Leith Academy. Sick Boy también...», y baja la voz otra vez para añadir: «Y el ladrón hijoputa de Renton. ¡Y todo el mundo sabe cómo le ha ido!».

«Ya, claro», suelto, y me crispo, colega. Porque ya sé yo que, cuando la conversación llega a Mark, Frank siempre se pone de una mala leche fina.

Por supuesto, cuando nos bajamos en Victoria y entramos en la parte de la estación de verdad, va encabronado vivo. «No te vayas a creer, a mí Londres me hace poca gracia. Está lleno de rateros y de estafadores. ¡Aquí fue donde nos dejaron pelados!»

«Pero el que nos robó fue un colega de Leith.»

«NO ME JODAS, QUE LO SÉ PERFECTAMENTE, PERO AUN ASÍ LO HIZO AQUÍ ABAJO», y mira a su alrededor y respira hondo. «¡En Leith no se le habría ocurrido hacerlo!»

A eso no le puedo decir nada, tronco.

Y todo empeora cuando llegamos a la consigna y está cerrada. «¿A quién coño se le ocurre... tocar los huevos de esta forma...?», pregunta mirándome.

Entonces veo a un tipo de British Rail. «Voy a preguntar al fulano ese», digo, y voy hacia él para saber qué narices pasa.

«Terrorismo», contesta el tipo. «Ahora no se puede abrir la consigna.»

«Tiene sentido», digo.

«Y una polla tiene sentido», replica Franco mirando al pobre desgraciado. «¿Tenemos cara de terroristas? ¡Que somos escoceses, coño, no irlandeses!»

Al pobre casi se le salen los ojos de las cuencas. «Lo siento, señor,

pero tenemos un departamento de reclamaciones en el vestíbulo principal.» Nos señala el camino.

«Sí, Franco», digo yo, «no es culpa de este tipo. Solo está haciendo su trabajo, ¿verdad, colega?»

«Pero si el soplagaitas este acaba de decir que somos terroristas.» Franco sigue poniéndole al tipo su cara de león de la selva.

Ay, tronco, el coleguita se está cagando encima. «Lo siento, señor, en ningún momento he querido insinuar que usted y su amigo son terroristas.»

«Entonces, ¿por qué la consigna no abre para nosotros?»

«La normativa del ferrocarril es que la consigna esté cerrada para todo el mundo, señor, no solo para ustedes, con el fin de que los terroristas no dejen en ella artefactos explosivos. Es muy peligroso para nuestro personal y obviamente para los ciudadanos de a pie que cumplen con la ley, como ustedes mismos.»

Bueno, tronco, lo de decir que Franco es un ciudadano de a pie que cumple con la ley es estirar las cosas un poco. ¡Y lo mismo pasa conmigo, supongo! Pero el león de la selva me mira y dice: «Sí, bueno, venga, Spud, vámonos de la estación esta», y echa a andar.

Lo sigo, asintiendo a modo de disculpa al pobre hombre.

Se oye el golpeteo de mis zapatillas sobre el suelo de mármol y el tintineo de las tachuelas que lleva Franco en los zapatos. Aquí hay mucha animación, los currantes hacen el trayecto de vuelta a casa, los juerguistas salen, y él dice: «Yo no estoy de acuerdo con cerrar. Creo que eso es como decir que te estás cagando ante esos desalmados que plantan las putas bombas», y me regaña: «Todo por los cabrones como vosotros, los Murphy, malditos simpatizantes del IRA de Tipperary».

«Tú tienes sangre irlandesa por el lado de tu madre.»

«¡Pero eso no me hace terrorista!»

«¡Ni a mí tampoco!»

«Sí, pero tú tienes por los dos lados», y gira la palma como esos paneles de salidas que, al girar, cambian los nombres y las horas de los trenes. «La sangre siempre sale.» Señala la bolsa de deporte. «¡Sangre gitana choricera y roñosa!»

¡Tronco, ni que él se cortara a la hora de recibir bienes robados!

¡Si el garaje de Matty Connel estaba lleno de lo que habían mangado Franco y Nelly! Pero al pavo este hay que seguirle la corriente; con la mala leche que lleva, mejor cerrar el pico. ¡Sobre todo con este fajo de dinero de Mark ardiendo en el bolsillo! Así que, cuando vuelvo a hablar, más que nada por los nervios, menciono a Tommy. Porque todo el mundo quería a Tommy.

«¿Y quién mató a Tommy con el jaco?», dice. Me echa tal mirada que pienso que va a decir *tú*, pero suelta: «El mismo cabrón que nos robó. Y a Keezbo también, ¡fue Renton quien lo metió!».

«¿Has averiguado cómo le va a Keezbo? ¿En la trena?»

«No he averiguado nada; ese *jambo* gordo ha elegido su camino. ¿A quién le importa si una de las mariconas de Mercer pilla el sida? ¡Si tanto te preocupa, ve tú a visitarlo a chirona!»

«Bueno, yo es que...»

«¿Sabes qué? Tampoco serías bienvenido.» Se abre un botón de la chaqueta. «Sí, el otro día me crucé con su madre, Moira Yule. Una vieja puta sin dientes ni tetas, pero sigue echándote a ti la culpa de que Keezbo se metiera caballo», sentencia golpeándome el pecho con el dedo. «Y luego de que lo dejaras tirado cuando os colasteis en la fábrica y lo pilló la pasma. Y tiene toda la razón.»

«Pero si ahí estábamos todos metidos... Y tú acabas de decir que te daba igual si los *jambos* se...»

«¡Sí, pero no si son amigos!»

«No fue culpa mía, él pesaba demasiado para saltar y...»

«¡Pues díselo a ella! La vieja zorra lo cebó cuando era un crío. Así que es tan culpa de ella como de cualquier otro. Pero, a mi modo de ver, todo el mundo se merece una segunda oportunidad.»

Lo único que puedo hacer es tomar el voto de silencio.

Salimos de la estación y hay una calma extraña en la calle. Una especie de quietud en el aire. La que suele producirse después de un poco de violencia, cuando todo el mundo finge que no se está cagando encima. El Pordiosero lo percibe a la primera, tronco. Como un perro que oye el silbato. «¿Qué cojones pasa aquí...?»

Han cortado una parte de la calle frente a nosotros y hay pasma por todas partes, justo al lado de un pub llamado el Shakespeare. Pienso en lo que dijo el tipo del tren y le pregunto a un notas si ha

habido un atentado terrorista, y él dice: «No, tronco, una horda del West Ham y otra del Chelsea que se enzarzan aquí siempre».

Franco lo oye y dice: «Vamos a tomarnos una copa».

«Llegamos tarde a la cena de ensayo», objeto con un poco de pánico. «Además están echando a la gente: no nos van a dejar entrar.»

«Sí nos van a dejar. Y que le den a la estúpida cena de ensayo: que esperen a que estemos listos», y se golpea el pecho. «Soy el padrino, capullo.»

Lo gracioso es que tiene razón. Cruzamos el cordón policial y entramos en el garito. Está casi vacío y el personal está ordenando el caos, colocando mesas y recogiendo vasos y botellines rotos. Es un desastre; veo que han reventado una mesa bonita y le han partido las patas. Diría que ha habido una buena bronca. Franco inspecciona el pub, decepcionado por perderse la acción, pero yo estoy aliviado.

Me mira, como mandándome a la barra. Así que le pido al camarero gordinflón un whisky para mí y una pinta y un whisky para él. El tipo mira a su alrededor, se encoge de hombros y nos sirve. «Por el acento, no parece que seáis del West Ham ni del Chelsea, así que...»

«No, somos de los Hibs», digo.

«¡Os habéis perdido un poco!»

«Sí», le digo al colega, «hemos bajado a una boda. Qué pena que os hayan reventado el garito: es un pub chulo.»

«Ya estamos acostumbrados, amigo. Pero el seguro se está empezando a mosquear.»

Eso es pecado. Al colega le han reventado el pub. A ver, que yo he estado en algunas de esas varias veces, pero solo cuando era un chavalillo descarado. Y era más en plan bulldog inglés, cargando por las gradas, en tierra de nadie, por pura diversión, sin reventarle el garito a ningún desgraciado. No es que me gusten las peleas; haz el amor y no la guerra, así lo veo yo, y sobre todo en los pubs. Demasiados cristales rotos, demasiados palos de billar. Puedes acabar con cicatrices. En realidad no aguanto la violencia ni en las gradas, ni que los chavales de clase obrera acaben pegándose unos

a otros. Lo que necesitamos es amor en las gradas. A lo mejor tú eres de los Hearts y yo de los Hibs. Pero ¿qué más da eso en realidad? Seguimos siendo gente. A ver, que no es como si san Pedro, a las puertas del cielo, fuera a ponerse en plan: no, tronco, no se permite la entrada a los *jambos*. Nah. Todos somos hijos de Dios, o sea, que todos somos bienvenidos. Recuerdo habérselo dicho a mi cuñado Craig. También te digo que eso fue antes de la movida de Mercer.

«Siempre la misma historia», dice el gordinflón. «Aquí tendrían que venir los turistas y los viajeros a tomarse una copa tranquila, pero, cuando se juntan las hordas cabreadas de futboleros, olvídate», dice el tío, y se va a servir a otras personas que han entrado.

Entonces Franco y yo hablamos de lo que queremos hacer en Londres. «A mí me basta con ir a la boda, ¿sabes, león?»

«¿Por qué siempre estás con la movida de los animales?»

«Me gustan los animales y es un homenaje a mis colegas; o sea, digo que molas, como los animales. ¿No te gustan los animales?»

«Nah, solo los perros. En plan perros de verdad, no esas mariconadas de juguete a las que matas sin querer solo por sentarte encima en el sofá sin mirar. Lo que sí me gustan son los felinos grandes, los leones y tal. La forma en la que destrozan a las gacelas y los bisontes, como en los documentales de David Attenborough. ¿Sabes adónde no me importaría ir?»

«No, ¿adónde?»

«A Longleat. A ver los putos leones de Longleat. Los del parque que salía en la tele cuando éramos pequeños. ¿Te acuerdas?»

«Sí, tronco. Del Fort Primary School, la primaria.»

«Estaría guapo verlos. ¿Está muy lejos?»

«Pues no lo sé.»

A Franco le brillan los ojos como si se le hubiera ocurrido algo. «¿A quién echarías a los leones de Longleat si pudieras elegir? Tipo tirarlo desde el *jeep* y decirles a los leones de Longleat: ¡poneos las botas, mamones! ¿A quién?»

«A nadie... Quizá a Wallace Mercer, por la movida de los Hibs. Yo sé que tú elegirías a Ma... a Rents.»

«Y una mierda, sacaría al cabrón pelirrojo de las bocas de los leones y luego le reventaría la cabeza. Luego metería a Renton en el *jeep* y lo llevaría a un sitio tranquilo. Y en cuestión de dos minutos el desgraciado desearía estar de vuelta con los leones de Longleat. Corderas.» Franco me da un codazo en las costillas y me hace daño. «¡Chochos!»

Echo un vistazo y veo que ha entrado más gente: varios tipos mayores y un par de japoneses, o de chinos. No sé si lo primero o lo segundo, pero no porque sea racista: apuesto a que los pavos esos no saben distinguir entre escoceses, ingleses, suecos, polacos o checos. Y sí, ahí hay dos periquitas solas pidiéndose unos vodkas con tónica. Una tiene el pelo largo y negro y lleva unas botas altas, también negras. Es un combo muy guapo, en plan niña mona de Carnaby Street, en Londres. Como salida de los locos sesenta. Pero la chavala no es vieja. Diría que tiene veintipocos. Su amiga tiene el pelo blanco y con un corte como lo llevaba el colega del grupo ese, A Flock of Seagulls. Miro la bolsa de deporte.

If I had a photograph of you, ooh-ooh-ooh-ooh...

Nos estamos pillando un pedo y cuando vuelvo del baño, después de mear, Franco está hablando con las chavalas. «Hola, Spud.» Señala a una de ellas, a Botas Picantes. «¡Le gustas!»

La pobre chavala se pone como un tomate. «¡Yo no he dicho eso! ¡He dicho que parece majo!»

¡*Joé! ¡Le gustas a una niña mona de Londres! ¡Que Ali se ande con cuidado*!

«¡Pues eso para mí es lo mismo!», suelta Franco dirigiéndose a la otra tipa, la que se parece al cantante de A Flock of Seagulls.

«Supongo que sí», ríe A Flock of Seagulls, disfrutando de la vergüenza de su amiga.

«Justo les estaba diciendo a las chicas que hemos bajado a una boda», explica Franco.

«Sí, y deberíamos irnos, la cena esta...»

«Ya no tengo hambre», dice Franco, levantándole una ceja pervertida a A Flock of Seagulls. «Ya habrán empezado. ¡Vamos a tomarnos otra ronda! Nos pasamos luego por allí a tomar otra.» Luego se vuelve hacia Botas Picantes y A Flock of Seagulls. «Hace

siglos que no bajo a Londres. La última vez que vinimos nos robó uno que decía ser nuestro colega, ¿eh, Spud?», y me da un codazo en las costillas. «¿Te acuerdas?»

Él sigue dale que te pego y yo pienso en el dinero de Mark en el bolsillo, del que él no sabe nada. Echo de menos a Ali y estoy deseando soltar las cosas robadas que tengo en la bolsa. Lo gracioso es que las chicas están disfrutando de sus rollos, sobre todo A Flock of Seagulls.

Me gusta la Botas Picantes, pero nunca engañaría a Ali. ¡Ni de coña!

Franco les está contando movidas sobre el Hotel Ritz. ¡Les ha dicho que tenemos una suite allí!

«Que nosotros no tenemos suite», le digo al oído mientras las chavalas hablan entre sí.

«Sí, pero eso no lo saben, así que cierra el pico. Además, si necesitamos un picadero, Sick Boy nos consigue un par de habitaciones. ¡Su suegro tiene guita de sobra!»

Esto me da mala espina. A Sick Boy no le hará ni pizca de gracia que hayamos faltado a la cena de ensayo. Y, aunque nos consiguiesen una habitación, y aunque Ali no me hable, seguiría sin traicionarla, ni siquiera con una tía tan maja como esta. Se llama Chloe, así que ya no la voy a llamar Botas Picantes.

Salimos del garito, Chloe me recuerda que coja la bolsa de deporte y de repente estamos andando por la calle. La chavala Flock of Seagulls se llama Fran, así que es como si hubiera dos Francos juntos, pero mejor no digo eso, porque el Pordiosero podría tomárselo mal. No para de empujarla a los portales para morrearla y meterle mano. ¡Yo no podría hacer eso con una chavala! Soy mi propio peor enemigo por ser tan vergonzoso, pero no puedo tratar así a las chavalas. Así que Chloe y yo vamos por delante y yo me pregunto qué va a mosquear más a Sick Boy: que nos hayamos perdido la cena de ensayo o que nos presentemos borrachos. Y luego pienso en si quiero mosquearlo o no. Si solo fuera él, sí, pero está la familia de la pájara rica, así que no.

«Fran está como una cabra», dice Chloe y mira hacia atrás, a los dos Francos, que se ríen y tontean.

«Sí, y él es un trolero», digo, aunque no debería. «¿Sabes lo que odio? ¿O sea, con los colegas en mi ciudad? Que todos han acabado mal. Keezbo, un buen colega, está en la cárcel, y nadie va a verlo porque dicen que tiene sida. Por el jaco. Mi colega Tommy murió, Matty también, y nadie habla de ellos. ¡Es como si no hubieran existido!»

La tal Chloe me mira algo pensativa. Tronco, sí que me molan esos labios rojos... «Pareces un buen tipo.»

Me da mucho corte, pero luego digo: «Tú también pareces una tía fetén.»

«¿Una tía qué?»

«Fetén. Eso decimos cuando alguien nos gusta.»

«Entonces, ¿te gusto?»

«Sí, pero, eh, pero...»

«Entonces, bésame. Nunca me ha besado un escocés.»

«No puedo. A ver, es que tengo novia.»

«Y yo novio.»

«Pero la quiero.»

Eso hace que Chloe se ponga triste. «Tiene que ser genial tener un novio como tú. Uno en quien se pueda confiar.»

«Bueno, si tu chorbo no te trata bien, entonces es un pirao. Porque molas.»

Ella está a punto de decir algo pero nos distraen unos chillidos estruendosos. Son Franco y la tal Fran haciendo el tonto.

Nos miramos, nos reímos y luego vamos hacia el Ritz. El pavo uniformado de la puerta se da cuenta a la primera de que vamos pedo.

Franco dice: «Tenemos cena de ensayo. ¡Soy el padrino!».

«Me temo que la cena ha terminado, señor, y usted ha bebido demasiado para entrar aquí...»

«Pero si acabamos de empezar, cabrón», suelta Franco, y Fran se ríe todavía más alto. «¡Saca al puto novio, él responde por nosotros!»

El tipo se va a hablar con otro fulano que está un poco más atrás, en plan justo al otro lado de la puerta. Luego entran los dos juntos. Franco va a hacer algo, pero Fran se da cuenta y empieza a

morrearse con él. Después de un rato, sale Sick Boy, que nos observa con los ojos brillantes e intenta entender la escena.

«Simon», digo. Es curioso, pero estoy contento de verlo. No mola montarse historias en la cabeza. Luego, cuando nos vemos, la cosa está guapa.

Nos mira un segundo y al final se concentra en Franco. «La cena ha terminado, Frank, es tarde. Estamos a punto de irnos a casa.»

«Pues métenos para que podamos tomarnos una copa, so capullo.»

«Por desgracia no van a servir más, Frank. ¿Dónde habéis estado?»

Franco lo mira y luego señala a las chicas con la cabeza. «Entonces danos las llaves. ¡Las de tu puta casa!»

«Pero dijiste que teníais una habitación...»

«Sí, pero en King's Cross. ¡No podemos llevar allí a las chavalas!»

Sick Boy duda unos segundos, luego me mira como si fuera culpa mía. Deja caer las llaves en la mano de Franco.

«A tope», grita Franco a Fran.

«Hasta luego», y Sick Boy nos despide con una especie de guiño forzado, y vuelve dentro mientras Fran para un taxi y Chloe se acerca a ella.

Las seguimos; yo voy todavía con la bolsa de deporte y Franco me dice: «Tú te follas a esa en el sofá; yo me pido la cama. ¡Más le vale al mamón de Sick Boy haber puesto sábanas limpias!».

Así que hacemos el largo viaje a Islintin en taxi. «¿Sabéis dónde está Longleat?», Franco pregunta a las chicas. «¿Donde los leones?»

Ellas no saben si está cerca o no. Yo solo puedo pensar en Ali; lo que voy a hacer es pasar la noche despierto tomando café con la tal Chloe hasta que quiera irse a casa. Que se me pase el pedo y hacer fotos en la boda de Sick Boy mañana. Miro la bolsa con las cámaras.

44. *SWINGING IN THE RAIN*

Sumerge en el río a quien ama el agua.

WILLIAM BLAKE

Martin y yo curramos como animales para montar la fiesta en el club. Cada uno de nosotros había aportado cinco mil e íbamos al cincuenta por ciento. Acabamos poniendo un límite: fijamos la fecha, alquilamos el local y el sistema de sonido, contratamos varios DJ, personal de barra y puerta e imprimimos los *flyers*. Joder, mira que me había costado.

Se iba a celebrar en un bar en De Pijp con una buena pista de baile en la planta de arriba. A pesar de ser una zona de moda, cerca de casa de Martin, no estaba en el centro de la ciudad. Solo los turistas más atrevidos irían allí, así que teníamos que bombardear a los lugareños. Con la esperanza de que la gente quisiera repetir, intentamos atraer e implicar a todas las caras conocidas posibles de la escena *house* de Ámsterdam. No funcionaría si solo venían exiliados británicos y fiesteros de fin de semana. Y estaban cayendo chuzos de punta. La lluvia se cernía sobre Holanda, golpeando las ventanas de los hogares, el tejado de los tranvías, acribillando la superficie del canal y nuestros *flyers.* Burbujeaba en los desagües y empapaba los pies. Nos arrullaba por la noche y nos despertaba por la mañana.

Yo bajaba a De Pijp tres veces a la semana, también a Bijlmer,

luego a Zuid, luego a Ámsterdam occidental, a apartamentos nuevos que en Escocia habrían sido barrios de mierda y que aquí eran zonas de moda, llenas de tiendas e infraestructura social. En la Europa continental se puede alquilar una vivienda sin quedar marcado por el estigma de perdedor que imponen la sociedad inglesa y sus ricachones de la clase dirigente; aparte de estar obsesionados con las propiedades y la chorrada esa de que el hogar es tu castillo, encima son ellos quienes dictan la agenda social a través de sus medios de comunicación para retrasados. Esas eran las casas donde vivía la gente de verdad, la que salía por la noche y gastaba dinero para tener una vida en vez de acumular mierda miserable. Congelado bajo la lluvia, las empapelé de *flyers*.

La escena de Holanda la dominaba el *gabber*, un tipo de tecno *house* duro oriundo de Rotterdam, parecido al *tartan* tecno de Escocia. Nosotros apostamos por que la gente de Ámsterdam preferiría algo más sofisticado, con más alma. Estábamos de acuerdo en que la clave estaba en mantener el tempo por debajo de 120, así incluíamos a las mujeres y dejábamos fuera a los cabezas rapadas que dan puñetazos al aire con el torso desnudo en otros garitos. Tomamos prestadas un montón de cortinas de terciopelo rojo de un amigo de Monique que trabajaba en un teatro (no quise preguntar de qué) y las colgamos por todas partes. Quería que la sala pareciera un poco decadente.

Así nació Luxury. No Club Luxury, como los pesados de *Time Out Amsterdam* insistían en llamarnos: Luxury a secas.

A pesar del estrépito de los truenos, los relámpagos y la lluvia incesante, nuestra primera noche tuvo un ambientazo. Hicimos pasta. Martin y yo pensamos que siempre sería así. Convencidos de que habíamos dado con un filón, nos dimos un homenaje de champán y cocaína. Luego dos noches malas seguidas nos pusieron los pies en la tierra. Para la cuarta noche empapelamos la ciudad entera y cubrimos pérdidas. Luego la quinta y sexta noche volvimos a ganar dinero y empezó a crecer el revuelo respecto a nuestro club. Aparecimos en las revistas más populares de música *dance*.

A mí salir en los medios me daba vergüenza y me alegraba dejar que Martin –por razones obvias– fuera la cara visible de Luxury. A

medida que aumentaba nuestra visibilidad nos mudamos a un local más céntrico en Herengracht y las consecuencias de lo que había hecho en Londres hacía tantos años con el dinero de la droga me resultaban más evidentes. Por un lado había obtenido una vida, pero por otro me había condenado a una existencia a medias, a estar siempre en guardia, mirando por detrás del hombro. Por curioso que parezca, el éxito me aliviaba la paranoia pero también la intensificaba.

Desde que accedí a ir al club sexual, Monique y yo casi nunca hablábamos del tema. Salíamos menos. Si gastábamos dinero, era en el piso. Cojines suaves. Alfombras. Marcos para los cuadros. Cosas de chicas que hacen que el piso tenga mejor aspecto de lo que uno imagina. Arreglábamos el nido. Pero una mañana me dijo: «Si todavía te apuntas a lo del intercambio de parejas, habrá una velada en un club el fin de semana que viene».

Sonreí y sentí que las cejas me subían hacia el cielo. No estaba seguro, pero sin duda deseaba algo de emoción. Y quería a Monique en todas sus manifestaciones, sin importar lo incómodas que pudiesen resultar las ramificaciones. «Sí. Genial, hagámoslo.»

Algo de aquello me hizo volver a mi diario. Probablemente porque allí no me miento a mí mismo, o al menos así lo creía con fervor en aquella época:

> Monique es maravillosa. Estoy loco por ella. Ojalá pudiéramos huir juntos, naufragar con ella en una isla desierta. ¡Ja! Seguro que nos destruiríamos el uno al otro en cuestión de un día. No creo que me atraiga ninguna mujer que no sea imposible de poseer en un sentido fundamental. Por eso mis relaciones no duran: al final, se van o las espanto. O las dos cosas.
>
> Fiona era maravillosa, pero lo más seguro es que no fuera lo bastante complicada (es decir, patológica) para mí. Un caso aparte sin duda. Hazel, Kelly, Charlene y ahora Monique, todas a su manera mantenían su marca personal; incluso si estuviésemos quemando la casa con las llamas de la pasión ciega, tendríamos los ojos bien abiertos, buscando como locos la salida de incendios.

Conforme se acercaba el fin de semana, estaba cada vez más

excitado, aunque un poco asustado también. La tarde llegó al fin y Monique me dijo mientras nos preparábamos: «¡No pareces estar nervioso!».

Había aprendido muy pronto que era mejor no expresar emociones tales como el miedo y la ansiedad. La educación en Leith te enseñaba que solo servían para darles poder sobre ti a los cabrones y a los idiotas. Me lo guardaba todo para mí. Aunque corría el riesgo de explotar con violencia –había ocurrido varias veces–, tenía que sentir que no había otra opción para actuar así. Las lágrimas me resultaban aún más inaccesibles. «Estoy impaciente.»

Vamos a un bar y, después de pimplarnos una Heineken, quiero otra. Monique no lo permite. «Nada de intoxicación etílica. Un poco de éxtasis, como un cuarto de pastilla, está bien. Un montón de gente en el club, sobre todo mujeres, prefiere las caricias sin penetración. El tacto es nuestro amigo. Lo cual te va bien.»

«De acuerdo.» Dividimos una new yorker en cuatro y nos tragamos cada uno un cuarto.

En el metro, Monique explica que el club sexual tiende a cambiar de ubicación. Ahora mismo se encuentra en una zona de la ciudad poco llamativa, la urbanización de Bijlmer. Al llegar, desde la estación, los bloques de pisos a los que nos dirigimos a través de la intensa lluvia no son nada fuera de lo corriente.

Sin embargo, por dentro se despliega una escena excéntrica y curiosamente banal a la vez. Suena música ambiental suave y nos saluda una pareja vestida con parafernalia fetichista de color negro. El tipo, con barba, está bastante gordo. La mujer, de pelo negro largo y lustroso, nos obsequia con una sonrisa malvada. Parecen más góticos que obsesos sexuales. Por petición de Monique, nos quitamos la ropa en el vestíbulo y la colocamos en un banco largo. Las prendas amontonadas indican que ya hay otras personas presentes. Monique se desnuda con brusquedad, dejándose solo unas medias de rejilla con ligas elásticas. Yo la sigo, procurando no mostrar mi pubis pelirrojo cuando me quedo en pelota picada.

Vamos a una sala con iluminación tenue; mis pies se hunden en las colchonetas de goma que cubren la sala. Hay varios pufs, un par de sofás y colchones. Para mi asombro, un búho sin jaula subido a

un palo mueve la cabeza de un lado a otro y observa lo que va ocurriendo. Hay ocho personas presentes, incluida la pareja que nos ha abierto, que ha entrado detrás de nosotros y se está quitando la ropa fetichista. La gótica va con las tetas al aire y se pone a tararear una canción mientras se despelota del todo. El resto de la gente ya está desnuda o, en el caso de un par de chicas, vestida con lencería escasa. Uno de los hombres presentes es Ralf. Me saluda con un gesto lento y avieso, y yo se lo devuelvo, aunque se me revuelven las tripas y se me acelera el pulso.

Había pensado que no se me levantaría en tales entornos. Mi corazón palpita con la expectativa de la humillación social y es una verdadera sorpresa darme cuenta de que estoy muy excitado. Parte de esta confianza proviene de la alegría que me ha entrado al ver que el pene de Ralf parece más pequeño que el mío. Está besando a una chica con el pelo corto y negro que tiene las tetas pequeñas pero unos pezones enormes, lo cual las hace muy llamativas. Se me está poniendo durísima. Habría preferido no compartir a Monique con nadie, pero ese impulso ahora ha sido superado por un deseo ardiente de metérsela a todas las chavalas de la sala. Monique me había explicado que por lo general empezabas con tu pareja y que luego te ibas con alguien con quien hubieras hecho contacto visual y que te hubiera hecho la señal de *acércate*.

Mientras nos besuqueamos, me fijo en que una rubia me está mirando. De nuevo, mi vello púbico pelirrojo me da un poco de vergüenza. Parece mucho más rojo que mi pelo y está muy rizado. Había pensado en afeitármelo, pero Monique me había disuadido. Cuando dejamos de morrearnos, miro a la chavalita dorada y ella sonríe. Monique asiente para animarme y la chavala se acerca. La dejo que me coja de la mano y me conduzca a un montón de pufs. No es ni por asomo tan guapa como Monique, pero tiene un carisma peculiar y sexi y una mandíbula fuerte y masculina que, lo confieso, me preocupa un poco hasta que le veo el coño depilado, y luego me pone cachondísimo. Siento el mismo miedo que cuando, de pequeño, fui por primera vez al balneario de Victoria con mi padre y mi hermano mayor Billy. Pero, igual que mi inmersión en lo hondo de aquella piscina, se pasa. A pesar de las explicaciones de Monique,

aquí no parece haber mucha sensualidad. Pasamos al lado de una pareja follando de forma agresiva: un gigante musculoso bombea a una chavala flacucha que chilla como un juguete con cada embestida. Miro al búho y su cabeza, que no deja de girar; tiene los grandes ojos clavados en las distintas parejas que se acarician y copulan mientras la chavala de mandíbula fuerte y yo nos dejamos caer en los pufs y empezamos a besarnos. Luego me bajo al pilón y le como el coño. Esto de los coños depilados que tanto les gusta a las chavalas de ahora es genial, y lamo como un gato enloquecido con la vista puesta en ese pedazo de mandíbula angulosa y afilada...

Después de que se corra con un orgasmo tan atlético que parece un baile minimalista controlado, con los ojos cerrados de gusto, ella empieza a jugar con mi polla. Al principio creo que me la va a chupar, pero dice: «Tienes un rabo bonito. Tiene buena forma. Fóllame con él», y me entrega un condón del montón que hay en la mesa de centro.

¡Son prácticamente las únicas palabras que he oído pronunciar en toda la noche! Miro a Monique, a la que Ralf ha montado en una chaise longue. Yo cumplo la petición de mi amante de jeta prismática, me pongo el condón y entro en ella con la excitación de un ladrón colándose en una casa, medio esperando el toquecito en el hombro de un poli o del dueño de la casa. Cuando intento besarla, se aparta diciendo: «No, solo follar... Yo solo beso a Jens...». Señala al culturista que sigue martilleando a la chica chillona.

Obedezco, pero luego me aparto para darle la vuelta y volver a entrar desde detrás. Si no puedo comerle la boca a una chavala, sobre todo con una mandíbula tan excitante, quiero ver sus nalgas firmes, su cintura delgada, su espalda fuerte y su cuello elegante... Estoy excitadísimo. Mientras me la follo, no dejo de mirar al búho. La pava gótica, ahora desnuda, está al lado de su percha y le acaricia la cabeza con suavidad bajo la supervisión del hombretón de la barba y el vientre distendido, que, también en cueros, le toca con cuidado los pezones...

La bombeo a un ritmo constante y noto que se sacude entre pequeños chillidos, aunque podría ser la chavala de al lado, que

sigue follando con el musculitos, el novio de la chica de la mandíbula...

El cuerpo de mi compañera se arquea y se desploma sobre el puf, torciendo la cabeza y mostrando esa mandíbula que achantaría hasta a Roy Scheider, lo cual desencadena una explosión en mis huevos y suelto toda la lefa que llevo acumulada desde que era un crío en el Fort...

UN DOS TRES... QUIÉN ES... YOUTH LEITH TEAM VIENE A POR TI... JODER... COLEGA...

Suelto un cubo de lefa en el condón que me envuelve la polla, enterrada en el coño de esta desconocida de maxilar de mamut... Me vienen a la mente imágenes de Eddie Reece y del Marksman Bar en Duke Street con un leve estremecimiento.

Supongo que Sick Boy aprendió más de las lecciones de Eddie. ¿Qué estará haciendo ahora?

45. LA BODA DEL AÑO: 1

Lloró de pena y regocijo a la vez,
sonrojada de amor y pudor virginal;
y, como en el murmullo de un sueño,
mi nombre la oí suspirar.

SAMUEL TAYLOR COLERIDGE

Estoy intentando asimilarlo todo. El sol dorado alzándose por el firmamento cerúleo para bendecirnos y tostarnos. Los verdosos robles se agitan con la suave brisa que sopla sobre nuestras cabezas en el exterior de la iglesia del parque de Richmond. Su olor es noble y terroso, aunque ligeramente dulce, y lo complementa el aroma musgoso y curtido de los líquenes que los cubren. Amanda había explicado que el carácter aconfesional del lugar elegido se debía a un acuerdo entre el anglicanismo de los Coningsby y el judaísmo cultural por el lado de su madre. Huelo el río, que aromatiza con su humedad el aire. Me medio imagino a los Coningsby sufriendo un trágico final a manos de un camión articulado desbocado en la autopista o por la pérdida de control de su chófer al sufrir un infarto... Amanda y yo heredaríamos Cantley Lodge y llegaríamos a tan salubre morada por el Támesis en la lancha motora que atracaríamos fuera. Es curioso, pero los Coningsby no tienen barco. Un puto desperdicio. Al parecer a papaíto no le gustan. Intuyo que debe de haber una historia detrás del asunto...

El futuro pronto estará asegurado, ¡aunque el presente es bastante jugoso! Los invitados, ataviados con sus mejores galas para la boda, llegan desde el otro lado del parque y por las serpenteantes rutas desde el centro de la población de Richmond. Todo por mí. Todo para conmemorar la coronación de Simon David Williamson en su nueva tribu de la clase media-alta inglesa. Lo de «alta» es lo más significativo; ¡nada de espejismos y tonterías de pseudoproletarios de clase media adictos al crédito!

Nacido para la alcurnia. Leith y los pisos de protección oficial en Jane Street y los Banana Flats no fueron más que un desafortunado accidente de nacimiento. ¡A base de fuerza de voluntad he obligado al cosmos a realinearse con el orden natural, alcanzando así mi verdadera posición en la vida!

Entonces, ¿por qué me escoltan Frank Begbie y Spud Murphy con sus andrajosos trajes de boda? ¿Por qué estoy inhalando este cigarrillo que Begbie, con su aliento de cenicero, me ha encendido?

QUE YO NO FUMO, COJONES.

«Ficha las pintas de los capullos de este parque: aquí hay pasta de cojones.» Begbie da una calada a su cigarrillo Regal King Size. «Estoy que me muero por una pinta de lager fría», y hace un gesto al pub que hay calle abajo.

«Eh, me voy a casar, Frank. Y ahora mismo.»

«Lo sé, lo digo por decir», afirma con tono beligerante y estúpido. «La de anoche acabó siendo una sesión de las buenas», dice, señalando a Spud con la cabeza, que apoya la espalda en la pared de la iglesia y tiembla a pesar del calor, ataviado con un traje horrendo que parece obra de un sastre ciego hasta el culo de ácido. «¿Qué tal fue la cena de ensayo esa?», pregunta, obligándome a pensar en el humillante encuentro en el que tanto Coningsby como yo, en lados opuestos de la mesa, apenas intercambiamos una palabra con otras personas que no fueran nuestras parejas. Pero me pispé de su actitud paternalista hacia mi madre y mis hermanas. Me dispongo a confiarles mi inquietud, pero, por supuesto, Begbie continúa. «Estaría bien papear algo ahora. Ni siquiera he tenido tiempo de desayunar. ¡He pasado de un polvazo por venir aquí! ¡Díselo, Spud!»

Murphy se sobresalta como una rata de ojos vigilantes a la que han interrumpido mientras rebusca en la basura. «Yo no... Chloe y yo solo estuvimos hablando... y dormimos en el sofá...»

«¡Seguro que te la has cepillado! Estaba deseándolo», y su codo me golpea el costado a gran velocidad. «¡Tu especialidad es el miembro de Leith! ¡Acuérdate de eso, Sick Boy!»

«Ah, Benidorm», recuerdo a regañadientes, «los tiempos de la juventud y la soltería.»

«¡Que no he hecho nada!», protesta Spud.

No la metió ni de coña, pero hasta este infeliz debería saber que la única forma de dar esquinazo a un contrario tan grotesco como Begbie es decir que se estuvo trajinando a la gilipollas esa toda la noche.

«Sí, seguro», se burla Begbie y luego echa la cabeza hacia atrás. «Yo a la tal Fran le dije que no estábamos en un anuncio de chocolatinas Cadbury's Flake, la cogí del pelo y le dije: "¡Esto va directo a la garganta!"»

Me cago en mi puta vida...

¡Ha venido Maria! ¡La muy zumbada no habría llegado aquí por sus propios medios! Me abro paso hacia Croxy, que se limita a encogerse de hombros a modo de disculpa. «La perdí, pero ha venido con tu hermana...», y señala con la cabeza hacia Carlotta, que me mira con la cara crispada de rabia.

¿Por qué, hermanita, por qué? ¿Tan mal hermano soy? ¿Tanto te he atormentado al crecer?

Hay varias damas de honor reunidas y la zorra marimandona y presumida de Tilly dirige la jauría. Pero Jocelyn no está. Estará con Amanda. Y Coningsby. Dándole a la lengua. Derrumbándose en el coche. Ambos socavándome de diferente modo a ojos de mi prometida. ¡Si la madre de mi hijo no se presenta es por culpa suya!

Coningsby. Le ha comido la oreja. ¡Me odia tanto que sería capaz de permitir que su nieto tuviese un estatus permanente de bastardo antes que dejarme ocupar mi merecido lugar como obvio heredero de Cantley Lodge!

Se diría que Begbie ha leído mis pensamientos. «Parece que no se van a presentar, Sick Boy. ¡Se te ha puesto mala cara! ¡Plantado en

el altar! Podría pasarle a cualquiera», declara mientras retrata nuestra cara de póquer el fotógrafo que he contratado para la ocasión, Chips, que, tras darse un atracón de cama solar con el fin de que su mal color se convierta en un recuerdo de adolescencia, tiene la cara como las luces naranjas de los cruces peatonales. «No, no, no te dejará tirado, Simon», dice Spud, ofreciendo un curioso apoyo mientras tiro el cigarrillo, lo aplasto con el tacón y entorno los ojos por el sol. Estoy intentando determinar qué pasa con este idiota con lengua de trapo. Muestra una extraña emoción ante la cámara de Chips y tira de mí para que pose con él y con Franco frente al insistente fotógrafo de cara picada.

«¿Cómo sabes que vendrá?», se burla Begbie de Spud.

«El amor gana, chaval. Siempre», declara Spud, mostrando una sorprendente sonrisa de ganador para las fotos.

«Sí... Bueno, con eso en mente...» Me echo a un lado y despido a Chips con un gesto –percibo una leve nota de esas axilas adrenalinizadas– y extraigo la cajita de mi bolsillo. Saco el anillo y, a regañadientes, se lo entrego con cuidado a Begbie. «Pon todos tus sentidos, Francis.»

Se lo mete en el bolsillo como si fuera un pañuelo lleno de mocos. «Puedes confiar en mí, gilipollas», declara, mirando a Spud desafiante. «Haré la escenita del anillo, pero recuerda que no se me dan bien los discursos. Seré breve. No me gustan los plastas que se enrollan.»

A no ser que sean historias fatalistas de violencia excesiva y descerebrada. Entonces eres el campeón.

«Me parece bien, Francis.»

Entonces un Rolls-Royce rechina sobre la grava y siento un inmenso alivio. Se apean mamá, Louisa y mi hijo. Algunos susurros y *ohhhs* resuenan entre los invitados, la mayoría de los cuales aprovechan la señal para entrar en la iglesia, huyendo del creciente calor. Y entonces se me revuelven las tripas al ver que del vehículo sale el puto cangrejo de ojos giratorios con sus típicos andares de borracho arrastrado además de su gesto habitual, esa boca retorcida y burlona.

«¡Así que al final tu viejo ha bajado!» Oigo una voz rechinante al

volverme hacia Begbie, que me suelta una sonrisa tensa.

Noto que yo también dejo los dientes al descubierto. «Eso parece.»

Un ujier de voz suave conduce a los invitados rezagados a la iglesia mientras el rugido constante pero pesado de otro coche aplasta la grava como si fueran patatas fritas en el sándwich de un muerto de hambre. Miro por encima del hombro y veo otro Rolls-Royce. Se me acelera el corazón.

Entro y me siento en el primer banco de la izquierda. A mi lado (¿*no es ridículo*?): Begbie, Spud, mamá, ese, Carlotta, Louisa, Ben sobre sus rodillas, y Gerry, el novio de Louisa. Detrás de ellos: Segundo Premio (acompañado por una mujer que se parece a Frances de la Tour haciendo de miss Jones en la serie *Rising Damp*) y Gav Temperley con una chorba sorprendentemente aceptable. Un nivel por encima de los polvos habituales que por lo general configuran la reserva de parejas del silencioso funcionario eclesiástico alcoholizado de Linksview House. Spud se vuelve hacia Segundo Premio y suelta: «Siento lo de la pala, Rab. Te la devolveré».

«Sí, devuélvemela. Tiene valor sentimental.»

¿*De qué cojones están hablando*?

«Era de mi padre y fue de su padre», añade Segundo Premio a modo de explicación. «Es lo único que queda de ellos en el huerto.»

Veo que a Murphy se le descompone la cara mientras se agita, nervioso, en su asiento. «Ya... Claro...»

Un drama de ramplonería sobrecogedora, pero tan típico de ellos que casi estoy lo bastante intrigado como para averiguar más. *Casi*.

Al lado de Temps está Andreas, acompañado por una guarra toda emperifollada. No me suena que trabaje para él, pero parecen estar discutiendo. «Claro que me importa», dice él mientras le tira del brazo desnudo. Y Croxy, sentado de forma provisional junto a la mujer que se pega como el velcro, la célebre fábrica de tragar lefa y soltar moco llamada Maria Anderson.

Más atrás ha aparecido mi jefe. Tony Mocks está junto a su señora, Lillian. Sin duda un bombón, con piernas largas de modelo que asoman provocativamente de un vestido ceñido y corto de color

azul oscuro. Es la típica novia de gánster, con una mirada cruel que quema como láser y la boca tensa y retorcida. También había invitado a Lawrence, pero todavía no hay ni rastro de la reinona facinerosa del porno. Stevie y Stella han decidido no pisar la iglesia, pero con suerte vendrán a la recepción. Le han prometido a Amanda que vendrían y ella les ha dicho a sus amigas que «el mejor amigo de Simon, de Big Tobacco», va a venir... Es triste acabar necesitando la credibilidad que me ofrece el estatus de estrella del rock de ese enano venido a menos de Leith Academy. Le di otra invitación para otro viejo amigo. Dice que no está en contacto con él, pero por si acaso se lo cruza...

A nuestra derecha, los bancos están abarrotados de los hijoputas sobreprivilegiados a cuyas filas pronto me uniré. Esto incluye a amigas de Amanda, familiares y compañeros de trabajo. Joder, las damas de honor están de lo más follable con sus vestidos a juego. Como ya me he cepillado a Jocelyna la Nerviosina, fantaseo con zumbarme a las otras y con las circunstancias en las que podría ocurrir. Me pregunto por los niveles de promiscuidad de cada una. Repaso los chochos que me he follado, tanto los pijos como los barriobajeros, pero no distingo patrones de clase en la zorrería; se ve que es una cualidad que va más allá del contexto social.

Siempre he adorado a las mujeres promiscuas. No solo les haces el amor a ellas: en un plano metafísico te follas a todos los hombres a los que se han tirado y a todas las mujeres con las que esos hombres se han acostado, y así sucesivamente. Lo cual te conecta con la humanidad de un modo que no puede igualar una virgen. En este caso solo veo las bocas fruncidas por el miedo de padres controladores, esos soldadores de piernas que se aseguran de que nada penetre a sus retoños, excepto sus propios miedos. Como feminista, mi misión es ayudar a cada mujer que se cruza en mi camino en su misión inconsciente de conectar con su ego liberado y ninfómano sin miramientos.

Disfruto de la pujante erección en mis pantalones de boda –que le den al kilt– antes de que el contacto visual burlón de Franco la destroce de inmediato –por suerte–. «Mira esos polvazos de honor», y me da un codazo violento, «¡no sabría por cuál empezar!»

«Tenías que haber venido a la cena de ensayo. Ya habrías tachado a varias de la lista...», respondo mirando tras él, casi reducido a la castidad al presenciar al cabrón de mi padre comiéndose con ojos poco edificantes a esas rosas inglesas.

«Ya te digo», suelta Begbie. Mira el reloj; el muy idiota parece no darse cuenta de que en el segundo Rolls-Royce viaja sin duda mi novia. «No parece que vayas a mojar hoy. ¡Menudo plantón, colega!»

Spud menea la cabeza, pero parece más nervioso que yo y solo se calma cuando el órgano de la iglesia empieza a tocar la marcha nupcial. Genevieve Amanda Coningsby entra flotando entre suspiros de admiración.

Hala, qué tíaaa...

Tras una mirada breve, me siento tan abrumado que tengo que apartar los ojos. Solo puedo decir que me recuerda a un hermoso ángel. No he visto nada tan precioso, tan epítome del puto principio de la feminidad. La diosa icónica a la que deberían aspirar todas las mujeres. En resumen: he dado el braguetazo de mi vida.

Entonces, detrás de mí, se oye un lloriqueo.

Maria. ¡No me jodas!

Carlotta se vuelve y le aprieta la mano a la zumbada mocosa. «Está bien, cielo», la arrulla.

Me vuelvo de nuevo para ver la sonrisa eléctrica de mi amor mientras flota hacia el altar. Pero se me agua dolorosamente la fiesta al fijarme por primera vez en que va del brazo de papi Coningsby. ¡Mira lo orgulloso que va el estirado ese, tan ancho, después de amargarle la vida a la chavala!

Le voy a robar la hija al viejo de mierda ese ahora mismo. Y luego lo voy a joder pero bien.

El pastor, amigo de la familia Coningsby y, por tanto, violamonaguillos fijo, comienza mi coronación. El tío es un refugiado de todas las comedias de situación británicas pensables. La celebración transcurre en una especie de trance. Para ser justos, Franco entrega los anillos con eficiencia. Luego le echa una mirada tan glacial a Coningsby que obliga al cabrón a bajar los ojos, y por unos breves momentos lo amo. Fantaseo con que ambos comparten

una celda estrecha y Begbie le folla el culo a God, y tengo que esforzarme por controlar la risa. Esta sensación de bienestar se ve debilitada de golpe por la actuación temblona de Jocelyn. Su bonita cara ahora está como colgando, larga y cerosa; no recuerda tanto a un caballo como, más bien, al caballo del ajedrez. No puede mirarme a los ojos, y, llegado el momento, Amanda percibe su temblor espasmódico cuando el pastor pregunta: «¿A alguien se le ocurre una buena razón por la que esta pareja no debería unirse en santo matrimonio?».

Cruzo una breve mirada con ellos. Con un Franco Begbie sonriente. Con un Spud algo ceñudo.

Luego, un lloriqueo animal grave brota de Maria, que muestra una expresión llorosa. Se para de golpe con un meneo de Carlotta, pero parece seguir resonando en mi cabeza hasta el punto de que apenas me oigo ni oigo a Amanda decir: «Sí, quiero». Pero eso es lo que ocurre, y le pongo el anillo en el dedo.

Tomo a esa hermosa mujer en mis brazos y le meto un morreo de cojones durante un rato indecente, olvidando al conjunto de los invitados como individuos diferenciados a la par que disfruto de su reacción colectiva. Oigo los *ooohs* de las damas de honor, e intuyo que Tilly lleva la voz cantante, percibo la risita nerviosa de Julia y después noto que todo se funde en el evidente agotamiento de Coningsby...

«¡BUSCAOS UN PUTO HOTEL, PAREJITA!»

... El grito de Begbie se graba en la conciencia de ambos y nos obliga a volver de nuestro viaje astral, tirando de nosotros hasta la iglesia y a su concurrencia atónita mientras resuenan gritos de alegría.

Miro a Coningsby, que parece estar sufriendo una apoplejía.

Bien.

Fuera, Chips, siempre concentrado, nos acorrala en silencio a Amanda y a mí. Le está haciendo sombra un Spud alegre que nos hace fotos con una cámara mierdosa, una Kodak de usar y tirar. Luego viene Begbie a felicitarnos a su inevitable manera. «Pensé que ibais a hacer los recados encima del altar», le dice a Amanda.

«¡Yo también! ¡¿Has visto qué fresco el tío?!»

«Te digo una cosa», suelta mirando a Jocelyn, que se está mordiendo las puntas abiertas, «esa dama de honor tiene un polvazo, aunque menuda cara larga que tiene.»

«Sí, no sé qué le pasa», y Amanda le da un codazo a Begbie. «¡A lo mejor necesita meterse un buen lomo de ternera escocesa, Frank!»

La verdad es que el colega se queda estupefacto por un segundo. Luego prorrumpe en una sonora carcajada. «Ya te digo», dice entusiasmado, volviéndose hacia mí y mirando a Amanda. «Por cierto, esta chavala es un puntazo. ¡Buena jugada, Williamson!»

Por fin algo en lo que puedo coincidir con él. Estoy chorreando contención cuando Julia Coningsby viene hacia aquí tirando del puto estreñido: su maridito God, todo renuencia.

«Te presento a los padres de Amanda», le anuncio a Begbie sin decir sus nombres, pero añadiendo con tono travieso: «¡Mis suegros! ¡Parece que he juntado a la familia prestigiosa y la familia presidiaria!». Se diría que acabo de tirarme un pedo lleno de perdigones alcohólicos en plena cara de Coningsby. Julia consigue forzar una sonrisa falsa. «Os presento a un gran amigo y socio de mi ciudad de origen, Edimburgo: ¡el señor Francis James Begbie!»

«Franco.» Les da la mano a los dos y su apretón poderoso parece hacer que la mierda del colon le suba por todo el cuerpo a un Coningsby de ojos a cuadros, antes de volverse hacia mí. «Y es Leith, so capullo. ¿Qué coño es esa bobada de Edimburgo? ¡Serás maricón!»

Los Coningsby, blancos como la cera, asienten al unísono con aire estoico y herido antes de alejarse horrorizados, apresurándose a saludar a las amigas de Amanda, incluida la nerviosa aunque sexi Jocelyn.

Begbie observa la escena. «Son unos pijos de cuidado. Qué buena. Te has casado con sangre azul. Bien pensado lo de no presentarles al vagabundo de Murphy: ese ratero desharrapado te habría hecho quedar muy mal.»

«Sí, en efecto, Francis», coincido, percibiendo con inquietud que el ladrón ha desaparecido de mi vista.

«A la madre le daba yo un buen repaso.» Su voz resuena creando

incomodidad mientras mira a Julia, con un vestido largo amarillo que muestra su estupendo escote y el pelo recogido tras una especie de tiara. «Seguro que el viejo no le mete ni la punta. Es el tipo de mujer mayor por el que iría: a la que le haría el amor más sofisticado, no solo zumbarla sudando», y menea las caderas con destreza. «¿Sabes qué te digo?»

¿Tú? ¡¿Amor sofisticado?! Ja, ja, ja. ¿Lo aprendiste en la cárcel de Saughton con tus coleguitas, los sarasas de Seeker y Donnelly?

«Buena elección, Frank. Lo mismo a escondidas es una facilona.»

«Escucha mi sabio consejo, gilipollas.» Begbie saca una petaca llena de whisky y me la pone de golpe en la mano. «Famous Grouse, chaval», y yo aprieto la lengua contra el agujero y finjo tragar antes de devolvérsela. «Sí, no me importaría hacerle un recadito: después de partirle la cara al cuatro ojos ese. Lo sacaría del mapa a puñetazos. Imagíname de suegro, ¡menudo jaleo!»

«Sin duda», coincido, y la mera idea me pone enfermo.

Hasta el hijoputa de Coningsby tendría que esforzarse para competir con esta abominación en la carrera de suegros infernales.

De repente, Viv Grandchester aparece detrás de nosotros oliendo a bebercio pasado y presente. Mira con picardía la petaca de Begbie. «¡Eso sí que es una buena idea! ¡Mucho mejor que estar aquí pasmado!»

Le presento al padrino al jefe de Amanda. Begbie pilla la indirecta y ofrece un trago al agradecido Grandchester. Mientras el afectado especialista en contratación de ejecutivos le da un buen trago a ese brebaje inmundo, yo me deleito con el ardor de los ojos de Franco al ver la laca de uñas residual en las cutículas de Viv.

Una mujer alta y escultural grita desde atrás: «¡Vivian!».

«Mi media naranja.» Grandchester entrega la petaca al confundido Begbie y se va hacia su mujer.

Mi padrino de boda pone cara de desconcierto y luego recupera por instinto la mirada de halcón. «He oído que tu Carlotta se ha separado del tal Jamie. ¡Lo mismo le hago un pase!»

Lo único que puedo hacer es seguirle la corriente al muy cabronazo. «Desde luego, es impresionante verte pasar del estatus

de padrino al de suegro y luego al de cuñado como quien oye llover, Franco.»

«¡Si yo fuera el hombre de la casa Williamson, habría unos cuantos cambios, chaval!»

Nota mental al menda del cielo: por favor, que termine esto y empiece la luna de miel. Es lo único que pido.

46. LA BODA DEL AÑO: 2

> Los hombres no entenderán... que cuando cumplen con sus deberes hacia los hombres, cumplen así con los mandamientos de Dios...
>
> IMMANUEL KANT

La ceremonia fue un esfuerzo casi insoportable para Godfrey Coningsby. Solo unas pocas miradas descorazonadoras y discretas hacia Ben –aunque en brazos de una insípida hermana Williamson– lo habían ayudado a seguir adelante. Durante la semana, Gen, es decir, Amanda, aunque distraída y tensa, había cambiado sus planes y había traído al nieto al parque de Saint James para verlo en una pausa para comer. Él les hizo fotos a los dos. Ben era un niño maravilloso y todo le llamaba la atención, en particular un perrito muy pequeño y curioso que pasó por allí. Godfrey estaba deseando alojarlo en su casa de Cantley Lodge lo que quedaba de aquel verano magnífico. Pero la espantosa tribu de los Williamson se había adjudicado al niño: era fundamental liberar a aquel encantador infante de sus garras.

Cuando en la iglesia el animal ese le había arrebatado *–arrebatado casi de un modo físico, con brazo de dueño, mirada arrogante y esa exhibición asquerosa y vergonzosa del beso*a su Genevieve, la bilis ascendió en el estómago de Godfrey Coningsby. Sintió un mareo y el techo de la iglesia empezó a darle vueltas. Con el cuerpo

tembloroso, en varias ocasiones creyó que se desmayaría. Deseó que todo el mundo estuviera distraído con la exhibición pueril y adolescente a la que su hija y su marido los habían sometido a todos.

Coningsby había observado a las frívolas y charlatanas mujeres que integraban la curiosa tribu Williamson durante la cena de la noche anterior. Luego ocuparon sus sitios en la iglesia, con esas pintas ridículas. Detestarlas era lo más normal; solo servían para parir más réplicas inútiles. *Antaño concebíamos guerras para librarnos de ese exceso tedioso.* Antes había sido capaz de disfrutar del lujo de despreciar a esas clases a una distancia satisfactoria. *Ya no. Ahora están aquí: conectados con nosotros*.

Rehúye la mirada confundida y vidriosa de sus propios padres. No habían pagado lo que pagaron por su educación, *él* no había pagado lo que pagó por la educación de Genevieve, para que su hija trajera a esa gente a sus vidas. Incluso en este punto Coningsby sabe que le es imposible aguantar todo el banquete, ser testigo de la pesadilla de esa basura plebeya posando victoriosa y soltando sonrisitas obscenas. Mira a su hija y piensa: ¿*Qué nos has hecho a todos*?

Aquella situación intolerable lo había envilecido. Lo aliviaba enormemente no haber invitado a Monica Lacey por partida doble: Godfrey no podía arriesgarse a que ella lo viera rebajado de aquel modo, y además no habría soportado el dolor de verla con un acompañante.

Luego el servicio termina. Julia le da un codazo, se levantan y de repente está fuera, rodeado de aire caliente y pegajoso. Tragándolo. Ella le coge de la mano; lo conduce hacia su hija y su marido para felicitarlos.

¡*Mi mujer obligándome a conversar con él*!

Williamson está acompañado de su padrino. Menudo espécimen: las cicatrices y los tatuajes sobresalen sin pudor del cuello de la camisa y las mangas por debajo del traje. Entonces Godfrey siente un apretón de manos violento y aplastante. La mirada helada y amenazadora del psicópata.

Esto es demasiado...

En los momentos aberrantes que siguen, un Godfrey desfallecido

se siente bombardeado por miradas de preocupación, primero por parte de Julia y luego de Genevieve, antes de oír a Tom Dudley, el pastor, que le pregunta: «¿Te encuentras bien?».

Julia lo sujeta por la muñeca. Godfrey llena sus pulmones tensos de aire e intenta controlar la respiración. Mientras se le abren los poros y el sudor cae como una cascada en medio del calor, alza la vista y se encuentra con la cara sonriente de la criatura que el mundo ahora llamará su yerno.

Ben. Piensa en el niño...

Repasa con la mirada a las cotorras de las hermanas Williamson, que no dejan de hacerle carantoñas al nieto de Godfrey a la vez que sueltan basura intrascendente por la boca. «Sí, todo ha sido bastante emotivo.»

«Como ha de ser», ríe Tom Dudley, pero Godfrey Coningsby no contesta.

«God lleva una temporada con mucha presión», informa Julia al pastor.

«Como siempre», bromea el jocoso sacerdote y fiel seguidor del Arsenal mirando al cielo, «pero siempre obtiene buenos resultados.»

A pesar del escaso interés de Godfrey por el fútbol, ha percibido el mensaje implícito y se da cuenta de que a Julia le pasa inadvertido. Su mujer se acerca a las hermanas Williamson para coger en brazos a su nieto. Godfrey se mantiene estático, pero desea agarrar al niño y llevárselo lejos de todos. ¡Y el tal Williamson, controlando ese circo con su cara de engreído!

Godfrey intenta ver el lado positivo. Acepta que la madre de la abominación, una italiana regordeta, parece en algunos aspectos bastante razonable. La noche anterior, tras soltarse con un par de whiskys, había hablado con ella en la cena de ensayo. Era una bobalicona, pero, si se la mantenía a raya, la única bajeza que introduciría en la crianza de Ben sería un sentimentalismo estúpido y empalagoso. Adoraba al niño, al igual que las hermanas de Williamson, ambas jóvenes de buen ver para ser un par de zorrones plebeyos. Eso sí, a diferencia del novio, que se había limitado a beber en silencio una bebida de cola, todas pimplaron en cantidades

excesivas durante la cena y eran a todas luces una mala influencia para Genevieve.

Al marcharse, deciden pasear por Richmond Green hasta la orilla del río y, mientras cruzan el puente peatonal de la esclusa, Godfrey da con las verdaderas claves del jaleo en que se ha metido su hija. Una es el padre de Williamson, claramente distanciado de su familia. Igual que el padrino, no se había dignado a presentarse a la cena del Ritz de la noche anterior: una bendición doble. Bajo el sol cegador, Godfrey observa el permanente ademán despectivo del hombre que recorre con arrogancia el camino de vuelta. Mientras la novia, el novio, su madre, sus hermanas y Julia reciben las enhorabuenas de los paseantes bienintencionados, el padre Williamson observa con desdén a los lugareños adoradores del sol, como si los chabolistas fueran ellos y no él. Luego camina al lado de Natalie, y Godfrey ve algo horrendo en su forma de pasarle revista. Se da cuenta de que conoce esa mirada. Del trabajo. Se le tensan las entrañas mientras una fuerza oscura golpea su alma. Un malestar vírico se retuerce como una serpiente en sus intestinos.

Mientras se alejan por el sendero del Támesis hasta Syon Park, un ritmo denso se derrama por la pesada verja abierta de Cantley Lodge. El DJ ya ha empezado la sesión. Es el heraldo de una escena que Godfrey recibe con la mayor inquietud. Ve su terreno transformado; detrás de los setos, cuatro baños químicos portátiles se alzan como centinelas que vigilan dos pabellones enormes de lona con un bar cada uno. El más grande tiene un escenario y una pista de baile y, más allá, un espacio grande con hileras de mesas con mantel blanco. El más pequeño es más utilitario, rodeado de mesas desnudas y sillas, donde distingue a los padres de Julia y a los suyos, que se han adelantado en coche y han tomado asiento.

Coningsby había cerrado previamente la valla que iba del jardín trasero a la franja de tierra que llega hasta el río. Cerrar el acceso al Támesis era prudente desde el punto de vista de la salud y la seguridad dado que se iba a consumir alcohol, sin duda en grandes cantidades. Al observar las hordas de invitados, proveedores del cáterin, fotógrafos y organizadores de boda paseando por su jardín con cenador (¡y pensar que fue idea suya hacer allí la recepción!),

Coningsby se siente fuera de lugar. *Un refugiado. Sin hogar. Sin patrimonio*. Se pone tan enfermo que informa a su mujer de que tiene que tumbarse.

Julia le tira de la mano y susurra a través de los dientes apretados: «¡Estás haciendo que todo esto gire en torno a ti!».

«¡En absoluto! Tengo la tripa revuelta de verdad.» La agarra del codo y la lleva hacia el lado de la casa con la entrada y la terraza en forma de L. «Esta pantomima me está poniendo enfermo. Si me quedo, lo voy a estropear todo, ¡y en estos momentos ya no me fío de mí mismo!»

Julia aparta su brazo. «¡Escúchate! ¡No te fías de ti mismo para comportarte en la boda de tu propia hija! ¿Acaso eres un niño pequeño?»

«¡Todo esto lo he pagado yo!», replica, y Julia queda atónita al ver los tendones y las venas de su cuello hinchándose como cuerdas de bajo.

Al observar la desavenencia, Amanda y Sick Boy se acercan a ellos. «God está un poco indispuesto», explica Julia con resignación mientras él se aleja en dirección al porche de Cantley Lodge y las ventanas francesas.

«Qué pena», dice Sick Boy, y Godfrey lo oye mientras se retira. La fantasmal sonrisa reptiliana de su yerno le arde en la conciencia.

Godfrey entra en su hogar, aún más enfurecido al ver que las puertas de la terraza no están cerradas sino abiertas de par en par. Había dado instrucciones a Joanne de que echase el cerrojo para que ningún invitado tuviera acceso a la casa. Regresa al exterior, donde Julia sigue hablando con su hija y el mal bicho. Le hace señas a su mujer para que se acerque. «Pensé que habíamos acordado que las puertas permanecerían cerradas y que los invitados no podrían entrar en la casa. Hemos traído baños químicos portátiles. ¡No hay ninguna necesidad de que nadie entre aquí!»

«Entonces, ¿tus padres, mi madre..., papá...?» Julia señala la carpa pequeña que ocupan sus familiares. «¿Tienen prohibido el acceso a nuestra casa?»

«¡Por supuesto que no! ¡Son familia! ¡Ellos se alojan aquí!»

«Bueno», y Julia ondea un brazo hacia el jardín, deteniéndolo

donde Genevieve-Amanda sostiene a Ben, con Williamson y su madre y hermanas cerca de ella, «ahora esta es tu familia. ¡Ve acostumbrándote!»

Mientras Godfrey mira a su mujer, algo bulle en su misma esencia. Tras pivotar sobre los talones, va hacia el interior, cerrándole las puertas en las narices y echando la llave. Ve que Julia imita su gesto de un modo burlón antes de salir a la fiesta.

La puta plebe nos ha rebajado a todos...

Tras avanzar furioso sobre el suelo de mármol y subir las escaleras del lado derecho, Godfrey decide tumbarse en su dormitorio. Se echa encima el edredón y lucha por recuperar la compostura. Pero no puede calmarse: el volumen del sistema de sonido de la carpa grande ha subido un punto. Pronto el constante latido del bajo resulta insoportable. Esas anodinas melodías pop y sus voces, que la distancia reduce a un lloriqueo menudo pero triunfal. Acuden a su mente febril imágenes de salvajes bandidos escoceses, como los hombres de Carlos Eduardo Estuardo, saqueando un pueblo de pastores ingleses, llevados por una violencia lasciva y zafia, expoliando la virginidad de muchachas anglosajonas inocentes. Gime con desesperación abyecta. *¿Adónde puedo ir para escapar de este infierno*?

Por supuesto, al cuarto oscuro: se dirigirá a tan sublime oasis. Uterino y silencioso, es el lugar perfecto para refugiarse hasta que pase la tormenta. Revelará el carrete que usó con Ben y Gen en el parque. Cuando la tranquilidad lo haya calmado, quizá tenga estómago para salir y entregarse a esa farsa enfermiza, aunque solo sea por Julia, Genevieve, esto... Amanda, y, a fin de cuentas, por el joven Ben.

Sale a escondidas por el porche principal, observa un barco que avanza río abajo por el Támesis. Se interna en el inmenso contorno de los setos. Avanza a través del laberinto que hay junto a la casa. Por encima del ritmo machacón de la música, las voces cada vez más altas vomitan intrascendencias de borrachos.

Tras emerger al otro lado del laberinto, ve la puerta del establo reconvertido, a solo unos pocos pasos. A unos metros de distancia, algunos invitados deambulan junto a la verja, pero no lo han visto.

Luego, detrás de él, prácticamente tumbada junto a los setos, una pobre desgraciada a la que ha visto en la iglesia recibe la ayuda de un idiota con manchas en la piel, un amigo de Williamson. Por suerte, están demasiado perdidos en su lamentable drama como para percibirlo.

Abre la pesada puerta y se interna en su preciado cuarto oscuro. Cierra tras de sí, aliviado al dejar fuera todo sonido y toda luz. La calma familiar desciende de inmediato sobre él, se deja caer en el sofá y se coloca el libro que está a su lado, un ejemplar de *Crítica de la razón pura*, de Immanuel Kant, sobre el pecho.

47. LA BODA DEL AÑO: 3

Él se estremeció y apartó el rostro,
huyó y nunca más lo volví a ver.

EDGAR ALLAN POE

Sick Boy no se mosqueó porque no fuéramos a la cena de ensayo. ¡Si hubiera sabido que había tantos chochos ahí no me la habría perdido! ¡Leones de Longleat! Pero la Fran esa estuvo estupenda. Ella y su amiga no eran unas sobradas, eran unas pavas con los pies en el suelo. ¡Mejor que no fueran sobradas, que ya les dimos nosotros de sobra! Cuando le dije a Sick Boy que necesitábamos las llaves de su piso para clavársela, puso mala cara, pero me las dio. Tampoco es tan mal tipo. Sí, fui un abusón con él en el colegio cuando era un niñato gordo, pero fue por su propio bien. Ahora se ha casado con una pija –casi de la puta realeza, si el vecino es el cabrón del duque–, así que desde mi punto de vista hice muy bien. Le forjé el carácter.

Y le compensé cuando los Sutherland –solo Marky y Gaz– iban a darle una paliza. Al principio por follarse a su hermana, luego por no querer follársela más porque el muy capullo había visto quiénes eran sus hermanos. A ver, ¿quién solucionó ese marrón? Unas palabras en el momento y lugar oportunos acompañadas de unas cervezas hacen milagros. Así son los amigos de verdad. Y en realidad a él no le importó que nos perdiéramos la cena de ensayo y que llegáramos

tarde, porque la razón fue el folleteo. Sí, la Fran esa estuvo muy bien. ¡Menudo polvazo! Spud... Bueno, quién cojones sabe lo que hizo el muy inútil. ¡Y mira que me la suda lo que él y la tal Chloe hicieran en el sofá raído mientras yo estaba en la cama dándole un repaso a Fran! Sí, voy a quedarme con las llaves del piso de Sick Boy un poco más. ¡Eso es así!

Pero el capullo este me lleva unos ojos de chocolatina Freddo que se le salen de las cuencas.

«¿Estás listo?»

El caso es que estoy empezando a pensar: que le jodan al cara larga este. Me he gastado un buen pico para venir aquí. Me he perdido el curro con Tyrone el Gordo, el que me buscó Nelly, el de apretarle las tuercas al notas de Newcastle. ¡Todo para bajar hasta aquí a su puta boda! ¡Un pastizal! ¡Y yo me lo he gastado sin más! No me sale de los cojones plantarme aquí a soltar gilipolleces en una sala llena de desconocidos. Sobre todo delante de estos finolis que hablan como si tuviesen los huevos en la boca; estoy de cojones aquí en la barra libre, pimplando para curarme la resaca. Unas copitas de champán para empezar después de haberme acabado la petaca de Famous Grouse y ahora le estoy dando al ron-cola. Es lo que hay que hacer si eres de Leith. Aunque no haya estado nunca en el mar, es como que tienes sangre de marinero. Como el viejales de la marina mercante del que Sick Boy y el puto Renton hablaban a menudo, ¡como si fuera una superestrella y no un maricón asqueroso!

«Nah... Que lo haga el otro pavo», digo y miro a su colega. Un delgaducho vestido de mendigo. En plan mierda punk rock. Seguro que es otro yonqui inútil.

«¡¿Qué?!»

«No tengo ganas de ponerme con el discursito», suelto. «Me quedo aquí empinando el codo gratis.»

Por supuesto, el capullo se pone como loco. Se da una torta en la cabeza en plan italiano, lo que hace siempre el muy desgraciado. «¡Esto es increíble!»

«Dijiste que el chaval se había preparado uno cuando pensabas que yo no podría venir», y hago un gesto hacia su amigo. «Que lo

haga él. O... Andreas», digo señalando al griego baboso del hotel donde Rents nos dio el palo. «¿Qué problema hay?»

«Bueno, con tan poca antelación...»

«No quiero pasarme de la raya», lo interrumpo para poner al chaval en situación, «porque es tu boda y tal, pero he estado mirando a ver si hay alguien que se merezca que le partan la boca. Y te digo una cosa: no hay escasez de candidatos.» A continuación lo miro, para que el muy imbécil entienda que, con boda o sin boda, eso no lo descalifica para estar en la puta lista.

El tío lo pilla. Levanta las manos. «Vale, vale.» Se acerca al punki cochambroso y charlan un rato.

Nos sentamos a papear. Puedo elegir entre pollo, pescado, bistec y una cosa vegetariana para maricones. Así que elijo el bistec. Que no se me malinterprete: me gustan el pollo y el pescado, pero solo si están bien fritos. Nos sirve peña con camisa y blusa blancas. Esto es insuperable. Soy como un emperador romano repanchingado y con una tipa sirviéndome el papeo. Esto tiene que haberle costado un pico al suegro, ¡y ni siquiera está aquí! Es como si se hubiera esfumado. Qué mala educación; claro que, si llega el asqueroso de Sick Boy y se lleva a tu pequeña –seguro que se la ha metido por el culo y por todas partes–, es casi comprensible.

Y esa suegra buenorra... Al menos ella está con las damas de honor haciendo un esfuerzo. Una madurita tetona, ya veo de dónde lo ha sacado Amanda. También le daba un buen tiento a la dama de honor que anda por ahí con la cara larga... Sí, se la voy a meter pero bien metida. Amanda tiene razón en lo que dice: esa zorra necesita un buen repaso. No parece tener novio. Si algún menda de los que anda husmeando por ahí intenta acercarse a ella lo pongo firme. *Leones de Longleat*. Spud está a mi lado dándole al ron, pero por supuesto no para de mover esos ojos de gitano que tiene de aquí para allá, en busca de algo que mangar. Podría dejar la choza limpia en un momento. Luego se vuelve hacia mí y dice: «Una pena que no des el discurso, Franco; habría estado guapo».

«El maridito quería que lo diera. Pero he pensado, nah, que le den.»

«Habría estado guapo.»

Me quedo pensando, y sí que estaría muy guapo. Mejor que lo haga alguien que conoce al verdadero Sick Boy, y no el Sid Vicious mierdoso que estudia con él en Londres. Mira que aparecer en una boda en la que vas a dar un discurso con el pelo de punta... El tipo está a punto de levantarse, pero ahora que me he soltado con la priva, pienso: *Que le den, yo tengo mi propio discurso, ya le he quitado el puesto al colega, ya puestos podría rematar la jugada*. Me levanto y le digo al Sid Vicious: «Oye, colega, cámbiame el sitio».

Mira a Sick Boy, que se encoge de hombros, y el tipo se aparta. La mejor decisión que ha tomado en su puta vida.

Sick Boy tiene la cara crispada. «Todo tuyo, Frank.»

«Vale, pero esto viene con impuesto.» Señalo al camarero que está llenando las copas de vino tinto frente a nosotros.

«¿Con qué? ¡Si eres el padrino...!»

«Exacto», y saco las llaves del bolsillo y las meneo delante de él. «Me las guardo un poco más. Me quedo en Islington un par de noches más. Los del antro de King's Cross son unos tocapelotas. Cuesta un riñón. Te parece, ¿no?»

«Bueno, el caso es... A ver, yo...»

«Déjate de lloriqueos, cabrón, tú esta noche te vas a un hotel a ponerte morado.» Miro a la buenorra de Amanda. «¿Es o no es?»

«Sí, pero...»

«Pues a tomar por culo. Y no te pongas a suspirar y a resoplar como una ramera vieja», le digo, y luego miro a Spud, haciendo un gesto en dirección a Sick Boy. «Ahí suspirando y resoplando como una ramera antañona. Hotel esta noche, luego a Francia de luna de miel, ¡y el piso vacío! A mí me parece que te estoy haciendo un favor: por razones de seguridad.»

«Ya, te lo agradezco», contesta, pero entre dientes.

«No me vengas con la chorrada esa de hablar entre dientes», le digo. «Si algún hijoputa te los rompe, no podrás hacerlo más.»

«Sí. Vale. Gracias. Ahora, por favor, Frank.» Y señala a la tarima.

Así me gusta. Que no cuesta nada tener un poco de educación. En fin, Sick Boy le hace una señal al Sid Vicious, que coge el micrófono del tipo de la banda y me lo da. Me levanto de un salto. «¡VENGA! ¡A CALLAR!», digo gritando al micrófono. «¡EL DISCURSO DEL PADRINO!»

Algunos maleducados siguen dándole a la lengua en varias mesas.

«¡¡HE DICHO QUE CALLÉIS LA PUTA BOCA!!»

La sala se queda en completo silencio. Veo la jeta de Sick Boy: está cagado de miedo. ¡Pero Spud tiene una sonrisa de oreja a oreja!

«Mucho mejor», sonrío, sosteniendo el micrófono como un profesional experimentado, lo bastante lejos para que no haga ese pitido desagradable pero lo bastante cerca para que todo el mundo me oiga. «Bueno, voy a contaros un poco sobre este mamón... Lo conozco desde hace años, cuando era un gordinflón en el colegio al que yo protegía de los abusones.» Los pongo a todos al tanto, y me vuelvo hacia Sick Boy, que está en plan *tierra, trágame*.

«Frank..., ¿de verdad es necesario...?»

Ahora no se las da de listillo, ¿eh? Spud está descojonado. Gav Temperley también. Hasta el triste de Segundo Premio tiene una sonrisita, y eso que lleva con cara de culo desde que dejó de beber. «Sí, está guapo verlo sentar la cabeza y casarse.» Le doy un puñetazo en el brazo: solo un toquecito. «La verdad es que no pensé que llegara a pasar algo así, ¡porque este mamón se ha follado a todo lo que se menea! Pero es que en Leith hay que ser así. Me acuerdo de una vez en Benidorm...»

«Frank, por favor...»

¡Sick Boy está que echa humo! Miro a mi alrededor y lo señalo con una sonrisa muy grande. «A él no le va a gustar que lo cuente...»

«Por favor, ¿podemos no entrar en detalles...?»

«No, pues en Benidorm entraste en tooodos los detalles, cabrón», le suelto, cosa que provoca risitas. Algunos de los pijorros son apañados; se están partiendo el culo. «¿Te acuerdas de las dos chavalas de Oldham? Un par de buenorras, ¿eh, Sick Boy?», y veo que el muy capullo se coge la cabeza con las manos. «Bueno, pues teníamos a las dos fulanas en el jodido chalet... Disculpad los tacos», digo mirando a las chavalas, a las damas de honor y tal. «Total, que este...»

Spud está dándose palmadas en los muslos. Segundo Premio, el aguafiestas absoluto, que no bebe ni en la boda de su mejor amigo, al menos se está riendo. Temps se está meando encima. ¡Pero Sick

Boy tiene un careto...! Todo el mundo nos está mirando, todas las damas de honor, que anda que no están buenas ni nada, y les estoy contando la vez que Sick Boy se estaba follando a una pájara y yo me acababa de cepillar a la otra. «Y entonces me levanto de noche a echar una meada y oigo ruido de folleteo en la habitación de al lado con la puerta medio abierta. Así que miro y veo al hijoputa este dándole a la tía por detrás...» Muevo las caderas, en plan bailecito de Shakin' Stevens, y todo el mundo se ríe. «¿Te acuerdas?», le pregunto.

No hace más que mirar la mesa. Veo que Amanda le aprieta la mano.

«Total, que le hago la señal de YLT; para que lo entendáis vosotros, que sois ingleses, significa YOUNG LEITH TEAM.» Lo hago para que lo vean y Spud me imita, igual que Temps y Segundo Premio... Pero Sick Boy no... Así que continúo, dirigiéndome a él y señalándolo: «El tío para y se sale, así que yo digo "a tomar por culo", ¡y me pongo en su lugar, saltando desde atrás!».

Se oyen exclamaciones contenidas, pero algunos pijos están descojonados, así que señalo a Sick Boy. «Por supuesto, la pava cree que sigue siendo él. Pero él se ha ido al otro dormitorio, y yo sigo dándole al tema, porque he entrado en modo *love action*, como diría el capullo de Human League... ¡Así soy yo! Luego el mamón este vuelve a coger sus zapatos y la chavala lo ve mientras yo sigo cepillándomela. La tía suelta un "pero qué coño", pero con esa voz de *Coronation Street* que no me sale e intenta apartarse, así que la cojo del pelo y le digo, imitando a Magnus Magnusson: "He empezado y pienso acabar...". La pava no estaba muy contenta, ni de coña, sobre todo cuando este cabrón vuelve a la habitación de al lado y empieza a follarse a su amiga, la que me había tenido despierto toda la noche. ¡Menudo cerdo!» concluyo señalando a Sick Boy.

«A VER, YO NO...»

¡Será mamón! ¡Pues no va e intenta quitarme el micro! Lo siento de un empujón en su sitio mientras todo el mundo se descojona y grito: «En fin, que solté un lefazo y la eché de allí para poder dormir en paz. ¿Te acuerdas de lo que le dije a la chavala, Sick Boy? Le dije:

"¡Si no quieres que me pase toda la noche metiéndotela, mejor que te pires de aquí!". ¿Te acuerdas?».

¡El gilipollas no dice nada porque no tiene nada que decir!

Total, que continúo. «Así que la siguiente vez que vemos a las tías esas con sus colegas, nos ponemos en plan "he empezado y pienso acabar" y "tu especialidad es el miembro de Leith". ¿Te acuerdas?», pregunto a Sick Boy, que no dice nada, solo está gimoteando con los ojos cerrados. Amanda le aprieta la mano. Pero nos hemos echado unas risas. «Ahora no nos habríamos salido con la nuestra: los tiempos han cambiado.»

El colega tiene la mirada perdida.

Entonces alzo la copa para el brindis. «¡Por Simon, o, como todo el mundo lo conoce arriba, por SICK BOY!»

Todos levantan la copa y oigo a Amanda decir: «Sick Boy... ¿Por qué te pusieron ese mote?».

Tiene las manos sobre los ojos y niega con la cabeza. Que no se me malinterprete, es genial ver su cara engreída derrumbarse ante su niña pija, pero todavía no estoy contento. ¡Acabo de pronunciar un discurso que a todo el mundo le ha parecido guapísimo –hay gente que no podría hacer uno así en su puta vida– y Sick Boy tiene un careto de mierda!

«Estupendo discurso», coincide Spud. «¡De lo mejor! ¡Leones de Longleat!»

Asiento mirando a Sick Boy y le digo a Spud: «¿Te expones así por alguien y te trata de esta manera?». Y no le ha gustado que le dijera que me iba a quedar con las llaves de su piso. Un cojón voy a pagar por otra noche en ese antro de King's Cross, le digo. «Tú duermes en el sofá. ¡A lo mejor puedes traer a Chloe para echar otro casquete!»

«Que no hice nada: solo hablamos...»

«Sí, venga, capullín, lo que tú digas. Ni que le fuera a contar nada a Alison. Lo que pasa en Islintin se queda en Islintin.»

«Vale... Pero no pasó nada. De todas formas, ¿te vas a quedar unos días?»

«Depende», suelto. Está en manos de Cochi-Nelly y el curro con Tyrone, pero no quiero contarle a Spud nada de ese asunto.

«Guay, Franco», dice Spud y clava la vista en el pedazo de carpa. ¡Sí, él se puede quedar en el sofá de Islintin mientras yo me zumbo a alguna de las pijazas!

«Eso te lo aseguro», comento, «y deja de mirar ese casoplón como si quisieras desvalijarlo. ¡Nada de mangar por aquí! Esta peña llamaría a la pasma y me volverían a meter en la trena. ¡Ni de coña voy a pasar más tiempo encerrado por un ratero de Kirkgate!»

Lo dejo reflexionar sobre el asunto mientras echo un vistazo a las pavas. ¡Calidad! Muchas necesitan un buen polvo; voy a cazar a unas cuantas más tarde, ¡ya te digo! ¿Cómo dice esa canción? *Love is in the air, na na na na na na na*...

Mierda de vino tinto, otra bebida de maricones. Aun así, me lo bebo de un trago, voy a la barra a pedirme otro ron-cola y al volver Spud se ha pirado. ¿Adónde habrá ido el puto adefesio?

48. LA BODA DEL AÑO: 4

Los impulsos del alma y los sentidos
dejaron a la cándida Genevieve
fascinada,
la música y la triste narración,
la calidez e intensidad de la velada...

SAMUEL TAYLOR COLERIDGE

Peor que bochorno. Lo ha largado todo, me ha dejado la reputación por los suelos; ha sido indecente, obsceno y amenazador. No debí confiarle responsabilidades así, dignas de un ser humano, a ese tarado maligno, a ese troglodita psicótico, a ese grillado, a esa puta mosca cojonera.

Y ahora Spud brilla por su ausencia; el tufo del que no puede escapar no llega a mis fosas nasales. Me estoy poniendo más malo que un perro, así que me excuso con Amanda y hago una pausa para ir al baño. Veo de refilón a Jocelyn hecha un manojo de nervios y a la engreída de Tilly, obviamente encantada de que las rabiosas pamplinas del discursito de Begbie me hayan dejado en evidencia.

Segundo Premio, Temps, Frances de la Tour y la tía buenorra vienen a desearme lo mejor. No hay palabras para describir lo aburrido que es Segundo Premio cuando no bebe. Me mira como si fuera a decir algo profundo. Al menos cuando iba ciego buscando

gresca ofrecía algún tipo de entretenimiento, aunque fuera caótico. «Me alegro de que hayas podido venir, Rab.»

«La celebración ha estado bien.»

«Sí, el pastor es amigo de la familia... Disculpa, tengo que seguir saludando.» Me voy hacia mi jefe. Tony, el magnate de las revistas porno, se pimpla un whisky, igual que la buenorra de su señora –Lillian, perfumada con lo que me parecen notas de ciruela y baya de Poison de Dior, sobre una base de almizcle y ámbar–, que mira a su alrededor con cara de fastidio, quizá indicativa de pereza sexual por parte de mi jefe el gánster. «Gracias por venir; significa mucho para mí. Sé que eres un hombre con muchos compromisos.»

«El placer es mío. Te lo has montado bien, hijo.» Mira a la barra. «Espera», pide, luego avanza para recoger las bebidas.

«Tony no lo dice», me susurra Lillian de repente con apremio, «pero para él significa mucho que lo hayas invitado. No digo que nuestra casa no sea bonita, pero esto es otro nivel. Tienes que venir a visitarnos.»

«Será un placer», sonrío, alargando el contacto visual. Impresionado por lo que denominaría *la mirada de acero picante* que recibo por respuesta. Tony vuelve con dos vasos de whisky como si quisiera masticarlos. Me pone uno en la mano. «No me apetece, Tone.»

«¡Te tomas una copa conmigo!»

Por supuesto. Sin duda lo haré. Los zumbados, zumbados son. «Por los buenos tiempos», brindo.

«¡Por ti y tu preciosa novia!»

Me lo bebo obediente, disfrutando, por curioso que parezca, del cosquilleo ardoroso que insinúa en mi pecho. «Un whisky muy suave, Tone.»

«Estoy impresionado con la calidad del bar. Tus suegros son unos manirrotos. ¿A qué dijiste que se dedica él?»

«A una mariconada para estirados en el Ministerio del Interior», explico, disfrutando mucho de la partida de Coningsby. He oído de refilón a Julia diciéndole a su amiga Ros Grandchester, a quien me había presentado como la amantísima esposa de Vivian: ¡*Que se*

vaya! ¡Se supone que aquí el crío es mi nieto! Y añado: «Al menda lo acaban de hacer caballero del Imperio británico».

«No está mal», dice Tony, cogiéndome de una solapa para acercarme a él. «El tal Franco.» Hace un gesto hacia la pista de baile, donde Begbie está junto a la barra fichando a Temps, Segundo Premio y sus acompañantes con un aire de amenaza extrañamente sofisticada sin dejar de lanzar miradas pétreas a las damas de honor. «Un bala perdida. Los zumbados son útiles a veces, pero no saben de disciplina. Pueden joderlo todo. Mantenlo a distancia, colega.»

«Sabio consejo, Tone.» *Es lo que llevo intentando desde que tengo diez años, fábrica sebosa de obviedades*. «Pero es hora de cambiarle el agua al dragón», afirmo en respuesta a un auténtico pinchazo en la vejiga.

No pienso ir a esos baños químicos asquerosos, así que cruzo el césped hasta la casa. Entro y, por supuesto, me encuentro al plasta de Murphy en la biblioteca, mirando un libro. Me coloco de puntillas detrás de él. «Ejem...»

Es como molestar a una gaviota de ojos saltones de Leith que rebusca en el contenido de una papelera volcada. Da un respingo antes de darse cuenta de que soy yo. «Hey, qué pasa, Simon. Hay cosas guapísimas en esta casa, ¿verdad?»

«¡Ni se te ocurra sacar siquiera las manos de los bolsillos!»

«No estaba pensando en eso», protesta extendiendo los brazos. «En la casa de los suegros de un colega no. Solo he dicho que hay cosas guapísimas aquí», exclama mirando hacia fuera, hacia el Támesis. «Y menudas vistas al río; me gusta ver el trajín de las barcas. Es curioso que no haya ninguna amarrada ahí fuera», comenta señalando al embarcadero vacío. «Si yo viviera aquí, tendría un barco», concluye antes de marcharse rumbo a las carpas, aunque sin dejar de mirar la sala.

Lo sigo hasta el jardín solo para asegurarme de que el chorizo desharrapado ese no da la vuelta para mangar y a continuación entro de nuevo en la casa. Necesito mear y tumbarme a ordenar mis pensamientos, pero no puedo dejar este caos sin supervisión, no vaya a ser que esos imbéciles hagan más revelaciones dañinas. ¿En

qué estaba pensando cuando los invité solo para incordiar a Coningsby? *Es como cortarte la polla para molestar a los huevos*...

Vuelvo junto a Amanda. Sostiene una copa de vino tinto grande, de esas que te dejan deshidratado. No es el primero. No está eufórica sin reservas. «¡De verdad, no entiendo que papá no consiga aguantarse! ¡Es mi boda!»

La acerco a mí, pero miro a Begbie y se me escapa un: «Pero es un puto desastre».

«¡Ay, Simon, no empieces tú también!»

«Lo siento, ángel mío, es que estoy un poco impresionado. Ha sido el discurso de Franco. Horrible. Obsceno. Misógino. Y, por supuesto: una verdad travestida. Por suerte, ha sido prácticamente incomprensible.»

«Bueno, no ha estado tan mal, al menos las cosas que he entendido. Erais jóvenes y estabais de vacaciones...»

«¡Y tenemos una carpa para disfrute de todos y mucho espacio, pero Murphy siempre anda rondando la casa!»

«Solo es curioso.»

«Ah, eso sí, sin lugar a duda.»

«Es inofensivo, le gusta ver el caserón; dijiste que viene de un entorno muy pobre.»

«No. No lo entiendes: no entiendes la psicología del mangui harapiento. Es una mentalidad diferente», trato de explicarle. «Va más allá del comportamiento normal de arrabalero. Cuando un mangui de la zona del Fort visita la relativa austeridad de los Banan... de Cables Wynd House, no solo ve otro bloque de atestadas viviendas de protección oficial. No. Lo que sus ojos de chorizo ven es la cueva de Aladino llena de baratijas resplandecientes. Estamos hablando del miembro de una plaga de ratas gitanas a la que el ayuntamiento de Edimburgo expulsó del Fort y luego de los dúplex de Muirhouse. Eso es como ser judío y que los nazis te larguen de Auschwitz porque eres tan bazofia que las cámaras de gas son demasiado buenas para ti. ¡Este lugar contiene tesoros que quedan más allá de su comprensión!», concluyo, señalando la casa.

«Eres consciente de que soy medio judía por parte de madre», replica Amanda molesta.

«Yo también», miento mirando a mamá. «La familia de mi madre era judeoitaliana por el lado materno, pero se convirtió al catolicismo para evitar que *il Duce* llevara a cabo arrestos siguiendo las leyes raciales hitlerianas.»

Si me estaba cagando antes, ahora que Jocelyn ha cogido el micro me quiero morir. Tiene los ojos desorbitados. Creo que se ha vuelto majareta. «¡Amanda es mi mejor amiga! ¡La quiero! ¡Haría cualquier cosa por ella! Sabes lo especial que eres», y mira a Mands con voz quebradiza.

Calla la puta boca y siéntate...

«Ay, cariño», dice Amanda con melancolía.

«Esta chica...», prosigue Jocelyn mientras empieza a llorar, «¡esta chica se lo merece todo! ¡TODO!», grita, tira el micrófono, corre hasta Amanda y se derrumba en sus brazos en medio de gritos de alegría.

«Está bien, bonita...», la consuela Amanda mientras le acaricia el pelo hacia atrás.

Menos mal que Tilly coge el micro. «Yo también quisiera decir unas palabras. Conocí a Amanda en el internado...»

Mientras parlotea, Jocelyn se marcha acompañada por Polly y Tara, que van soltando pedos de vino blanco y cocaína de niña bien. Amanda da otro trago al vino tinto. Agita la copa, y me preocupa que se le manche el vestido. Parece que a ella le da igual.

Al final Tilly recibe gritos y aplausos y Amanda se vuelve hacia mí. «¡Desearía que papá viniera con nosotros!»

A tomar por culo papá. En lo único en lo que pienso es: *¿Dónde coño está Murphy ahora*?

49. UN CUARTO MÁS OSCURO

> La humanidad ha alcanzado su mayor perfección con la raza blanca. Los indios amarillos muestran ya menor talento. Los negros quedan muy por debajo de ellos y las tribus de América se hallan en el grado inferior.
>
> IMMANUEL KANT

Algo no está bien. Godfrey, que se despierta a la mínima, siente de inmediato otra presencia. Una silueta desaliñada de espantapájaros sale de la oscuridad y toma forma. Con el corazón en un puño, Godfrey se levanta de golpe y se dirige al interruptor para bañar la sala de luz roja.

«Hola. Perdona, león, no estoy mangando ni nada...»

Por supuesto: ¡uno de los amigos de Williamson!

«¿Qué estás haciendo aquí?»

«Me ha dado una migraña de la leche, león..., con el ruido y tal..., tanto *pumpumpum*... Me ha parecido que podría esconderme aquí. La verdad es que no me gustan las multitudes, para nada.»

Godfrey se ve asintiendo, pues en cierto modo lo entiende. «Sí. Pero aquí no se puede entrar...» Se detiene al darse cuenta de que el hombre está absorto en las imágenes que cuelgan del cordel.

«Qué fotos más guapas», confirma Spud. «¿Es tu curro?»

«¿Qué?»

«¿Te ganas así la vida?», pregunta Spud a un Godfrey perplejo. «¿En plan como el pájaro ese, David Bailey? Se nota que se te da bien: estas fotos son de calidad, y con la casa grande y tal... Ojalá yo tuviera un talento así», reflexiona.

«Bueno, no...», dice Godfrey, halagado a pesar de sí mismo. «No llega a talento. Soy un aficionado.»

«Pues nunca lo habría pensado.» El merodeador niega con la cabeza con auténtico entusiasmo. «Ese material es tan bueno como lo que sale en las revistas. O sea, mira los colores, tronco... El tipo de composición que tienen...»

Godfrey Coningsby no solía ser susceptible a tales lisonjas. Y menos, sin duda, si provenían de una criatura con aspecto de indigente, ataviada con un traje que le quedaba ridículo. Pero la fotografía era su gran pasión, a pesar de que su familia no la apreciase si no sacaba fotos a los dichosos caballos. En cuanto a su círculo de amigos, una afición tan artística denotaba una afectación excesiva, lo cual le impedía revelar hasta qué punto lo obsesionaba.

«¿No tenías ganas de hacer las fotos... em..., de la boda, tú mismo?»

La respuesta emocional de Coningsby a dicha pregunta era *en absoluto, pero me hubiera gustado que me lo pidiesen*. Williamson se lo había propuesto a un conocido suyo, un individuo huidizo de cara picada y con flequillo de perro pastor sobre los ojos que no dejaba de atosigar a los invitados. «No... Yo... Es que tengo obligaciones... Soy...», tartamudea y se conforma con una afirmación floja, «soy el padre de la novia...»

«Sí, tú tendrías que estar en las fotos, pero entiendo que no quieras, no con alguien como Sick Boy», prosigue Spud negando con la cabeza y dedicándole a Coningsby una mirada furtiva llena de culpa. «A ver, que es un colega y tal, pero no es un tío que se porte bien con las chavalas», arguye, «porque todas lo quieren pero él no las quiere a ellas, ¿sabes?»

«¿Qué quieres decir? ¿Lo... lo llamáis *Sick Boy*? ¿A Williamson?» *Qué apropiado, joder*, piensa Coningsby.

Spud tiembla ante la amplitud de su traición, pero le duele

profundamente, con lo mal que Simon trató a Lesley y a otras chicas, que todas siguiesen adorándolo... *igual que Ali*... Le resulta liberador poner a ese hombre en antecedentes. «Bueno, no quiero hablar mal de un colega, y es la decisión de tu hija, pero creo que ella es demasiaaado buena para él, tronco. Cuidado, no solo lo digo porque estéis forrados, y porque Sick Boy, por muchas chorradas que suelte, sea un barriobajero total, colega, que los Banana Flats no son mejores que el Fort, pero no es solo por eso...»

«¿Qué quieres decir? ¿Aparte de la diferencia de clase?», Coningsby aprovecha. «¿En qué sentido?»

Y las lágrimas se acumulan en los ojos de Spud, no solo por su propia perfidia, sino por la injusticia de la vida. Porque Alison nunca lo querrá como él la quiere, o quizá, horror, ni siquiera como quiere a Sick Boy, y estalla con exasperación llorosa. «¡Porque es buena! ¡Tu chavala! Igual que Ali es buena, igual que Lesley era buena, y la chavala esa, Marianne, era buena, y la pobre Maria era buena... Y él... ¡ÉL LAS DESTRUYE SIN MÁS, TRONCO!» Y Spud mira a Godfrey Coningsby, ni siquiera exasperado, sino furioso: ¿*Cómo has podido dejar que le pase esto a tu hija*?

Mientras permite que el peso de las palabras de Spud caiga sobre sus hombros, Coningsby se siente casi sobrecogido de vergüenza y se aferra con mano firme a la mesa de trabajo. Una foto de Amanda sonriendo yace en la bandeja. «Sabes, yo... yo quiero a mi hija», tartamudea. «Tenía... Tenía previsto recitar algo», y contempla el rostro desorientado del joven, que lo mira bajo la débil luz. «Un discurso, si prefieres llamarlo así.»

Recomponiéndose, Spud se distrae al ver el ejemplar de *Crítica de la razón pura* de Kant. Lo coge. «He leído fragmentos de este tipo. En el centro de educación para adultos. Mi colega Rents hablaba mucho de él.»

Coningsby no puede creer las palabras que oye. ¿*Esa criatura ha leído a Kant?* «¿Sí? ¿Qué partes has leído?»

«Bueno, cachos. Mark, ese es Rents, porque se llama Mark Renton, decía que era curioso que un notas de un pueblo en Alemania diera consejos sobre el mejor modo de azotar a un esclavo negro.»

Ese idiota no decía más que tonterías, sin duda inducidas por las drogas. «Sospecho que estás confundiendo a Kant con otro.»

«Puede», dice Spud dubitativo. «De todas formas, te dejo a lo tuyo.» Abre la puerta y luego se vuelve de golpe hacia Godfrey. «¡Vigila a tu chavala cuando esté él!»

Godfrey Coningsby se queda paralizado en la oscuridad casi total. A pesar de todo, no solo se siente juzgado por esta criatura, sino que se siente avergonzado por ella. ¿Y quién ha traído toda esta escoria venenosa a su vida?

Pero el intruso no ha terminado. Todavía le queda un disparo antes de partir. «Y deberías estar ahí fuera. No lo dejes ganar. Da el discurso.»

Cuando la puerta se cierra, reduciendo la luz, Godfrey piensa: *El sucio vagabundo tiene razón.* Tengo que salir. Ser una presencia. Hay que pararle los pies a Williamson. *Por el bien de Amanda. Por el bien de Ben.* Pero Godfrey Coningsby se da cuenta de que solo puede actuar desde dentro. Debe esforzarse por ser tan astuto y ladino como el propio Williamson.

Sí, voy a dar el discurso.

Sale. Mira hacia delante, a la criatura de espalda jorobada que arrastra los pies con su traje deforme, y lo sigue hasta la carpa. La música continúa, es la orquesta de jazz que ha contratado, el grupo del hijo de Dominic, del club. Se detiene y va a la casa, al estudio, para recoger el discurso.

Al salir, ve que una silueta trajeada con la mandíbula tensa se cuela en la casa y se escabulle escaleras arriba. Se dispone a seguirlo cuando la fuerza débil y canosa de su madre aparece ante él. «¡Ahí estás! Ven con nosotros, por favor, Godfrey», vocifera.

«Por supuesto, madre», responde con alegría tensa, y ponen rumbo al origen de la música.

50. MENUDO BANQUETE

Necesito una vida,
necesito un amor,
necesito una esposa,
quiero abrirme paso
en esta ocasión...

BIG TOBACCO, «Necesito una esposa»

Menudo casoplón, ya te digo. La choza esta de Cantley Lodge, rodeada de unos setos altos al estilo laberíntico que no desentonarían ni en el palacio de Hampton Court, exuda riqueza. ¡De haber sido hace veinte años, en mi industria, podría haberme permitido un sitio como este y no el alquiler de Camden Town! Aunque me encantan las clases trabajadoras y mi chica, no puedo evitar pensar, con cierta envidia, que dar un braguetazo así es una jugada excelente por parte del *bandito* de los Banana Flats. La banda de jazz se ha dado un descanso y vamos siguiendo el bajo del sistema de sonido mientras Bryan Ferry canturrea «More Than This» en la parte trasera de la gran casa de piedra. Es tal la opulencia que tengo que fijarme para estar seguro de que es una grabación y no está cantando el verdadero Ferry.

En la explanada han montado un par de carpas. Hay grupos de ricachones parloteando, bebiendo Pimm's y champán con los canapés que les han dado los del cáterin, vestidos de camareros de

vieja escuela, con sus bandejas. Es impresionante, pero me alegro de que nos hayamos saltado lo de la iglesia. Habría sido un rollo, demasiados obstáculos.

«Buf, se han pasado de pijerío, ¿eh?», dice Stella, que, después de las sesiones de rayos uva, está estupenda con ese vestido entre blanco y amarillo. Ella no es nada esnob, pero me encanta cuando en estas ocasiones se vuelve más de clase obrera por instinto, como para resetear el equilibrio natural del mundo.

«Sí, estoy de acuerdo...: esnobismo a tope», y agarro dos copas de burbujas de un camarero que pasa. Damos un sorbo y observamos a un grupo de pijas caballunas pero follables rebuznando y meneando las crines al aire mientras chinchan a un pobre niño bien por su corte de pelo, que para mi gusto es bastante corriente. Lucho por mi clase como todo el mundo, pero el perfume de esas flores en el aire y las manchas de color de esta fila de plantas y flores de nombres desconocidos para mí me hacen sentir muy feliz. Joder, me encantaría tener un jardín así junto al río. «No dejes que me emborrache en la barra libre; el bolo de Ámsterdam es mañana y quiero estar a tope, no quiero llegar al aeropuerto medio tirado.»

«No, yo también tengo que ver a mi madre mañana. Nos escapamos pronto, como hemos acordado.»

Le doy un abrazo y un beso a modo de respuesta. Veo a Sick Boy en una de las carpas; lleva del brazo a Amanda, que está espectacular. ¡Ahí va! Tiene una figura estupenda, en esa zona perfecta entre voluptuosa y delgada, y el corte de su vestido de novia la realza de forma impresionante. La chavala está hecha para ese vestido, pues posee una gracia que pocas chicas tienen cuando van de blanco, pero también tiene una especie de serenidad. Tronco, evoca completamente la iconografía religiosa. Piel clara, ojos centelleantes y de vez en cuando una sonrisita maliciosa que da cuenta de la extrañeza de la situación. Ha debido de estar impresionante durante la ceremonia.

¿Y el apuesto novio? Elegante y con el mismo moreno de rayos uva que Stella, le sobresale la mandíbula una pulgada de la cara, algo que la mayoría de la gente solo puede conseguir con dos rayas

de farlopa decente. Sin las patillas de mod y el pelo engominado hacia atrás, parece nacido para llevar ese esmoquin. Sus ojos imperiosos pasan revista a la peña, sobre todo a las demás mujeres: aun a sabiendas de que conduce un Ferrari, en esta sala de exposiciones no se puede descartar la posibilidad de un ascenso. A pesar de estar viviendo el sueño de los Banana Flats aquí en Isleworth, parece cansado, como si estuviera desbordado por todo. Estoy intentando no componer un millón de canciones en la cabeza y me dispongo a acercarme a él, pero entonces veo que me está mirando una chavala de aspecto zarrapastroso que me resulta algo familiar. «Tú eres Stevie Hutchison, ¿eh?»

«Sí.»

«Tú tocabas en el grupo ese, ¿no?»

«Sí.»

«Pero eres de Leith, ¿no?»

«Sí.»

«Tu hermana... Caroline... La conozco de la escuela.»

«Genial. ¿Cómo te llamas?»

«Maria Anderson. Salíais en *Top of the Pops*, ¿no?»

«Sí. Pero hace mucho.»

«¿Tú no estuviste saliendo con Chip Sandra?»

Rechino los dientes y miro a Stella. «Sí», menudo flashback.

«Chip Sandra siempre se lo va contando a todo el mundo.»

Por el rabillo del ojo veo que nos rodean unas pijas con vestidos a juego, sin duda las damas de honor. Una chica con dientes blancos prominentes y ojos muy maquillados le dice a Stella: «Hola, me llamo Tara».

«Encantada de conocerte.»

«¿Él es H? ¿Stevie Hutchison?»

Maria Anderson me está soltando su rollo de yonqui mientras Stella asiente y esboza una sonrisa forzada en dirección a la pava. Luego Maria se distrae, tropezándose con torpeza con los tacones. Tara la pija aprovecha la ocasión y se acerca a mí. «¡Big Tobacco! Soy una auténtica fan. ¡Sois lo más!»

«Gracias», respondo mientras llamo la atención de Sick Boy y agarro a Stella para ir hacia él. Nos saluda con afecto, igual que

Amanda. Mientras Stella y ella se ponen al día, Sick Boy me pregunta: «¿He de suponer que no has podido dar con nuestro viejo amigo para darle la invitación?».

«No. Ni rastro de él.»

«Qué pena...», reflexiona, luego mira a su alrededor y después me suelta una diatriba sobre su suegro. «Ni siquiera es capaz de honrarnos con su presencia el muy cabrón.»

Segundo Premio, inquietantemente sobrio, y Gav Temperley, tranquilizadoramente ebrio, bailan con dos mujeres, una de las cuales parece salida de una serie cómica de la tele. Luego veo a Frank Begbie y a Spud Murphy junto a una fuente con estatua, bebiendo flautas de champán. Al acercarnos a ellos, oigo un fragmento de la conversación de Begbie: «Así que la cogí del pelo y le dije: "Esto no es un anuncio de chocolatinas Cadbury's Flake; te la voy a meter directamente en la...". ¡STEVIE!».

Esa pareja, por razones diferentes, encabezaba la lista de gente que quiero evitar a toda costa, pero, por extraño que parezca, me da buen rollo verlos trasplantados aquí. Los saludo con genuino entusiasmo. «¡Hola, chicos!»

«Los chicos de Leith en la ciudad.» Begbie echa la cabeza hacia atrás. «YLT, colega», exclama, y me da un fuerte puñetazo en el brazo que me lo deja palpitando. Noto de inmediato que aflora un moratón.

Lleva un traje ceñido pero medio presentable. Spud, en cambio, va hecho un desastre: pantalones a media asta y una chaqueta de desharrapado con un corte extraño. Está mirando el vaso fino como si esperara que le explotase en la mano.

Como yo venía de una parte más agradable del puerto, del lado bueno de los Links, ellos siempre fueron más colegas de Renton que míos. El abusón y el ladrón desaliñado que yo esquivaba en el colegio. Y Sick Boy, bueno, yo admiraba a distancia su labia con las chicas, pero sabía que para estar en su liga tendría que hacer algo dramático, como liderar un grupo de rock and roll. Por suerte, lo hice, y tengo una chica preciosa a mi lado. Las chavalas siempre consiguen quitarnos las ínfulas de macarra. «Esta es Stella. Cariño, ya conoces a Frank, este es Danny, otro amigo de Leith.»

«Una vez subisteis por Nochevieja», dice Spud, y la boca se le queda abierta. «Me acuerdo de haberos visto.»

«Sí, hemos subido varias veces, pero esa Nochevieja fue muy divertida», dice Stella. «Me gusta ir por allí.»

«Tú que eres de por aquí abajo, muñeca», dice Franco, «¿sabes si Longleat está cerca de aquí?»

«¿Dices el sitio de los leones? ¿El parque zoológico?»

«Sí.»

«No, creo que está un poco lejos.»

«Ah, vale.»

«Habría molado ver a los gatos salvajes de la selva», dice Spud.

«Creo que los leones son más bien de la sabana», explica Stella.

«¿Ves? ¿Lo ves, gilipollas?», se burla Franco de Spud y luego sonríe a Stella. «Se las da de experto en animales, ¡y no tiene ni puta idea!»

«Yo nunca he dicho que sea un experto en animales...»

«¡Rod Stewart con dos cojones!», grita Franco encantado cuando la banda toca una versión de «Baby Jane».

«¿Te sigue gustando, Frank?»

«¡Es el mejor!»

Entonces Spud interviene: «Tendrás que reconocer que las letras de Rod Stewart no son las mejores. No tienen sentido».

«¿De qué cojones estás hablando?»

«Solo digo que esta canción, "Baby Jane"...»

«¿Qué le pasa?»

«Dice "*I knew you when you had no one to talk to*..."»

«Bueno, ¿y qué?»

«Pues que no tiene sentido, tronco», repite Spud.

Franco nos mira a Stella y a mí. «¿Vosotros sabéis de qué está hablando este subnormal?»

Nos miramos con cautela.

Por suerte, Spud continúa. «Primero dice que se conocieron cuando ella no tenía con quién hablar. Pero, si Baby Jane conocía a Rod Stewart, como él mismo dice, entonces sí que tenía a alguien, al propio Rod Stewart. ¿Ves lo que digo? Luego dice "*don't let me*

hanging on the line", no me cuelgues, lo cual significaría que ya han estado hablando por teléfono, ¿verdad? Pues ahí está la prueba.»

Los ojos de Franco arden de odio asesino. «¿Te estás haciendo el listo? Porque estamos en una boda, ¿es por eso?»

«No, Franco, lo decía por decir.»

«¡Pues no digas por decir, cojones! ¡Es solo una canción, gilipollas! ¡Stevie, tú sabes más de canciones que nadie! ¡Explícaselo!»

Spud me mira, deseando que lo libere con mi explicación. «Sí, Frank tiene razón, Danny. Las canciones tienen que actuar a un nivel emocional y no literal. Esta es una versión conceptual del tema "Where Do You Go to My Lovely", de Peter Sarstedt, y habla de un chaval distanciado de una zorra trepa que, como ya es de la alta sociedad, no quiere saber nada de sus colegas de antes...»

«¡Lo ves!», exclama Franco.

«Vale... Lo pillo», canturrea de alivio Spud.

«¿Y a qué os recuerda eso?» Señalo a Sick Boy y los cuatro compartimos una risa unificadora.

Nuestra carcajada no pasa inadvertida al novio, que obviamente siente que es a su costa, y gira el cráneo en nuestra dirección. Tiene el radar afinado. Su novia, o mejor dicho, su mujer, Amanda, es de veras guapísima. Era bastante evidente cuando la trajo tras el escenario después de aquel bolo, aunque llevaba ropa menos favorecedora. Ahora se puede uno deleitar con su aspecto: pelo rubio recogido, pómulos afilados y una sonrisa ganadora que muestra con facilidad y gracia. Parece encantada con su enamorado. Pero, al verlo mirando con sutileza a las damas de honor, pienso: *Este menda no cambiará nunca.* Pienso en todas las letras que podría escribir para Sick Boy, ¿o debería decir Simon?, antes de darme cuenta de que no se me ocurren demasiadas cosas positivas.

A Renton se le había olvidado que le puso el mote de Sick Boy después de oír «Death Trip» de Iggy al verlo ligándose a una chica en el Hoochie Coochie Club.

De repente tengo a Franco pegado a la cara, aplastándome con la mirada. Me empuja a un lado e interrumpe mis pensamientos con unos ojos de excombatiente cuyo ardor se me graba en el alma.

«Bueno, y tú, Stevie, ¿no has vuelto a saber nada del cabrón de Renton?»

Mi visión periférica percibe a Spud acobardado tratando de alejarse. Mal asunto. Intento mantener la compostura. «No creo que él tenga ganas de ponerse en contacto con alguien de Leith después de lo que hizo, Franco.»

«Ya te digo», murmura él como una serpiente. Siento que me cae algún salivazo casi ardiendo sobre el careto colorado. Solo está un poco borracho, pero cualquier nivel de ebriedad en Franco equivale a peligrosamente borracho. Baja la voz, sarcástico, acusador. «Como tú estabas con él en el grupo, pensaba que lo mismo sabías algo.»

Lo de los zumbados es curioso: te interrogan como si estuvieras mintiendo, lo cual te hace considerar trolas las cosas que no lo son. Estoy convencido de que los pirados son solo maderos, o los maderos solo pirados, que toman caminos distintos: en esencia, las mismas marujonas controladoras, abusonas y paranoicas. «Fuimos buenos colegas, pero no acabamos bien. Al parecer, le pasa siempre.»

Franco asiente: está de acuerdo y quiere más.

«Lo eché del grupo porque daba pena. No sabía tocar el bajo. Todos los baterías le daban mil vueltas. Tenía el ritmo en el culo.»

«Ya te digo», resuella de repente Franco como si le estuviese dando la razón. «¡He visto al mamón ese intentando bailar! Si no fuera porque recibía mis descartes y los de Sick Boy», y mira al novio y a Amanda, que ahora se mueven en círculo por la pista de baile soltando chispas, «seguiría sin haberla metido. ¡Menudo cabrón huidizo!» Se golpea con un puño demoledor en la palma de la otra mano.

«Se enrabietó con nosotros», explico, y no es mentira. Mark me hizo el vacío durante unos meses después de que lo echáramos del grupo. «Después de eso, no volvimos a llevarnos bien del todo. A veces salíamos juntos, pero con más gente, nunca los dos solos. Como en la fiesta en tu piso en Buchanan Street hace un par de Nocheviejas. Yo diría que Mark está programado para decepcionar.»

«Si el capullo entrara ahora aquí ya le enseñaría yo lo que es la decepción. ¡Por mis cojones que se lo enseñaría!»

No me cabe duda. Sin saber cómo responder a eso, me alivia ver que Stella viene hacia nosotros y tira de mí. «Quiero bailar», dice. Sick Boy y Amanda han dejado la pista y están en la mesa presidencial hablando con una mujer mayor escultural, creo que la madre de ella.

De repente una sonrisa prende en la cara de Franco. «La puta de la dama de honor», y señala con un gesto de la cabeza a una chica rubia que se interna en la carpa y se sienta con la familia, «lo está pidiendo a gritos. El deber llama. Vamos a echarle el guante a la pájara». Dicho lo cual, se levanta y se aleja.

Aprovechamos la ocasión para ir a la pista de baile. «Buf, menudo galán que está hecho el tal Frank, ¿verdad?»

«Sí. Y esto es cuando se porta bien.»

Nos perdemos en el baile. Me encantaría pasarme la noche entera bailoteando con ella. En general, lo que suena es una mierda poco inspirada, con alguna subida de nivel tipo Chic, Sister Sledge, Donna Summer y Roxy Music que se cuela en la música facilona de la fiesta. Cuando hacemos una pausa, Simon y Amanda se acercan a nosotros. Me doy cuenta de que Amanda se ha disgustado al hablar con su madre.

«¿Qué ocurre?», pregunta Stella frotándole el brazo.

«Mi madre y mi padre han discutido. Mi padre ha dicho que no se encuentra bien y ha ido a tumbarse un rato al sofá.» Mira a un tipo alto con gafas. «Al menos ya ha vuelto.»

«El cabrón dice que tiene migraña», me susurra Simon con amargura mientras Stella consuela a Amanda. «Voy a cargarme a ese hijoputa, ya lo verás.» Sus ojos se mueven de repente para mirar al suegro mientras me escupe al oído: «Toma un poco de *speed*», y me pasa una papelina. Stella y yo salimos de la carpa a ponernos un poco en las encías.

Llegado este punto, me doy cuenta de que la cosa se está desmadrando un poco. Stella y yo empezamos a bailar con «The Look of Love», de ABC. Estoy animado por el *speed*. Seguimos con la versión de Roxy Music de «Jealous Guy», que incluye un baile lento y, aunque mi cabeza no está en ello, persevero.

Después de la canción, salgo de la pista dando vueltas y Stella se

detiene para hablar con Amanda y una de las damas de honor. Franco, ya muy borracho, me agarra y dice: «¿Dónde cojones puede estar, Stevie? ¡Eh! ¡Tendrás alguna idea!».

Tengo que decir algo. «No lo sé, Frank. El único sitio que se me ocurre es Mánchester. Siempre le gustó aquello. Hablaba mucho de la ciudad. Tenía amigos allí de la escena del Northern Soul.»

Los ojos de Franco arden. «¡Mánchester! ¡Eso es! ¡Puto Mánchester!» Chasquea los dedos. «¡Nelly está ahí abajo! Él lo sabrá. ¡Encontrará al cabronazo! Puto Mánchester...», dice mientras se aleja. Luego se vuelve y le suelta a voz en grito a Simon, que está al otro lado de la carpa charlando con su recién casada, con sus amigas y con Stella: «¡SICK BOY! ¡EN EL PUTO MÁNCHESTER! ¡AHÍ TIENE QUE ESTAR! ¡EN EL PUTO MÁNCHESTER! ¡HASTA STEVIE LO DICE!».

Sick Boy corre hacia nosotros, básicamente para que Begbie baje el volumen. «Franco, tío...»

Begbie me suelta una mirada rapaz y exige: «¡CUÉNTASELO! ¡CUÉNTALE LO QUE ME ACABAS DE DECIR!».

«Solo le he dicho a Franco que Rents tiene amigos en Mánchester.»

«¡Y que no hablaba de otra cosa! ¡Puto Mánchester esto, puto Mánchester aquello!»

«Interesante», dice Sick Boy, una respuesta falsa pensada para que Begbie mantenga la calma. «Muy interesante.»

«Es solo una corazonada mía, tío. No tengo pruebas», puntualizo con las manos en gesto de rendición antes de explicar: «Lo mismo es algo en lo que pensar...».

«¡Ya te digo que sí!», exclama Begbie y luego se vuelve a Sick Boy. «¡Nos vamos para allá!»

Un espanto crudo se apodera del rostro de Sick Boy. «¿A Mánchester?»

«No, a Tombuctú, no te jode, ¿adónde crees?»

«Qué... Me acabo de casar, Frank. ¿Cuándo propones que lo hagamos?»

«¡Mañana por la mañana! El mejor momento es el presente», grita Begbie mientras gira la cabeza y luego baja la voz. «Nos tomamos unas copas, tú mojas esta noche, consumas... o como se diga

cuando te follas a la novia por todos lados, asomas la sábana ensangrentada por la ventana ¡y nos piramos al puto Mánchester!»

Mientras aguanta la diatriba, me impresiona lo impasible que permanece Sick Boy. Se muerde el labio inferior como si estuviera considerándolo realmente. «Una oferta de lo más tentadora, Frank, pero va a tener que esperar a que vuelva de la luna de miel», rebate señalando a Amanda, que está bailando con Stella al son de «Good Times», de Chic.

«Esperar», se burla Begbie. «¡Estoy hasta los huevos de esperar! ¡Yo sé lo que es esperar! ¡Estar encerrado en una celda de Saughton, eso sí que es esperar!»

«Entiendo el dilema, Frank», explica Sick Boy con resignación.

El aire se está volviendo más frío. Cojo la chaqueta de Stella del respaldo de la silla, avanzo por la pista de baile y se la pongo sobre los hombros. «Creo que es hora de irse.»

Mientras Amanda mira en dirección al novio y a su amigo, Stella ríe. «¡Vaya, ahora que había empezado a divertirme!»

Le susurro al oído, por encima de la música y mirando a Begbie y a Sick Boy. Otros invitados los miran vacilantes. «Se va a liar una buena.»

«Vale, cariño... Tienes el sexto sentido escocés, ¿verdad?» Sonríe y nos vamos a la salida.

«No tiene nada de sexto sentido: se llama estar cerca de Frank Begbie.»

Nos vamos a la francesa y con discreción por el camino que lleva al parque. Estoy preparado para que Franco me suelte un «¡STEVIE! ¿ADÓNDE COJONES TE CREES QUE VAS, MAMÓN?», pero cruzamos el portón con arco de piedra, nos internamos en el parque desierto y paseamos por un sendero rodeado de árboles junto al río. Luego llegamos a Richmond. Solo cuando entramos en la estación y en el tren de largo recorrido a Camden Road me siento satisfecho de haber escapado de Surrey.

51. METERLA HASTA LAS OREJAS

> No podía reírme con el demonio, y él
> me maldijo porque no podía reír.
>
> EDGAR ALLAN POE

Renton. Mánchester. Nelly. Tyrone el Gordo. La movida del puto Newcastle...

Renton en Mánchester... ¡No se me había ocurrido ni por asomo! A veces te obsesionas tanto con las cosas que no ves la respuesta ni cuando la tienes mirándote a la cara.

Stevie dice que solo es una corazonada, pero a mí me parece obvio que está ahí con todos esos fiesteros del Northern Soul. Siempre estaba «que si Mánchester esto, que si Mánchester lo de más allá» con ese cabolo pelirrojo. ¿Y quién es todavía peor por haberse ido al puto Mánchester ahora?

Nelly, ni más ni menos.

Así que dejo a Stevie y su chorba y me voy a la caza de Spud. Ahora fijo que voy a Newcastle por el trabajo para Tyrone el Gordo. ¡Porque Nelly va a estar ahí! A ver si ese cabrón ha visto a Renton y no ha dicho nada por joder...

... Sí, el mamarracho de Nelly haciéndose el jefazo en Cheetham Hill solo porque se está cepillando a una pava que viene de una familia con buenas conexiones. O eso dice. Seguro que es una fantasmada. El muy apestoso viene de una de las casas más

zarrapastrosas de Leith. Los Hunter: todavía peor que los Murphy. Ahora se cree un pez gordo con su ropa fina. Y con esa tía rubia con permanente. Parece una estrella de cine, me dijo una vez. Sí, le dije yo, el puto Harpo Marx. A él no le hizo gracia. ¡Pero bien que se rieron Tyrone el Gordo y Donny Laing!

Estoy recorriendo la carpa grande. Han parado la música del DJ de mierda, pero ahora hay otro grupo ensayando. Menudas pintas. Un puñado de capullos con chaleco que parece que van a jugar al *snooker* en vez de a tocar música decente. Y de Spud nada... ¿Dónde cojones se ha metido ese ratero vagabundo?

Luego voy a la carpa pequeña, que está llena de viejales rancios, pero no veo al zarrapastroso de Murphy por ninguna parte, así que vuelvo a la grande. Pillo a Segundo Premio con su soda con lima sentado en una mesa con Temps y las dos pavas. Voy hasta él y lo llevo aparte. «Mánchester.»

«¿Qué?»

«Renton. Ahí está. Seguro. Piénsalo. ¿De qué estaba hablando todo el tiempo?»

«¿Y?»

«Vamos ahí y pillamos al cabrón ese. ¡Recuperamos nuestra pasta!»

«¿Crees que todavía la tiene? Han pasado varios años. ¡No quedará nada!»

«Bueno, pues si no la tiene, le quitamos todo lo que tenga y luego lo despedazamos.»

«Es dinero sucio, de la droga», suelta el muy meapilas. Con esa pinta de monaguillo que ponen, ¿sabes cómo te digo? Con la boca ovalada como si fuesen a comerle el rabo al pastor y los ojos salidos como si les estuviesen dando por culo. Pues así, sí. «Está envenenado. Yo ni lo tocaría.»

«¿Crees que tu puto Dios va a darte las gracias por esa gilipollez? ¿Dejándote plantar verduras en los Links como si fueras un agricultor en miniatura?»

«A lo mejor», contesta el muy imbécil, encogiéndose de hombros, «a lo mejor no. Pero yo no lo quiero.»

No me puedo creer el rollo de esta peña; ni el suyo, ni el de Spud,

ni siquiera el de Sick Boy. Va un hijoputa, te roba, se lleva la pasta por la que has arriesgado tu libertad ¿y ni siquiera se te hinchan los huevos? ¡Pues yo sí estoy cabreado, colega! ¡Y quiero reventarle la cara al muy parásito, hincharle los huevos pero a hostia viva! Lo dejo estar porque es la boda de un colega, pero le suelto una mirada que dice *te estoy vigilando, gilipollas*, y me doy la vuelta para volver al bar. Pido un whisky doble, algo que me calme un poco. Me lo bebo de un trago y busco a Sick Boy.

Por supuesto, Sick Boy no se apunta, con la jodienda de la luna de miel. No sé de qué se preocupa, ahora que le ha plantado el anillo en el dedo. Ya puede dejar de darle jabón. *Si encuentro a Renton y descubro que Sick Boy estaba en el ajo*...

Nah, la verdad es que, para el tipo de trabajo que Tyrone quiere que haga en Newcastle, Sick Boy no me serviría de nada, eso es así. Se le da bien maniobrar con las tías para que hagan lo que él quiere, pero hasta ahí sus fuerzas de chulo...

Al final lo veo a un lado del escenario, contemplando los preparativos del grupo y hablando con Amanda y con un tipo más viejo. Un menda algo fofo pero aun así bastante flaco con unos paletos bien grandes. Tiene la piel enrojecida por el alcohol como si fuera una marca de nacimiento y el pelo blanco. Voy directo hacia ellos. El tipo me tiende la mano. «Hola. Soy Kim. Menudo discurso.»

Aunque tiene pinta rara y nombre de tía, parece inofensivo, así que le doy la mano, porque es agradable agradar. «Pues a él no le ha gustado.» Miro a Sick Boy.

A lo mejor es porque tiene a la novia en brazos, o porque se ha pimplado un par de copas, pero Sick Boy tiene un careto más alegre. «Ha sido difícil de escuchar, pero tenía un cierto encanto escabroso», dice con la copa de champán en la mano. No sé si el cabrón me está tomando el pelo o no, pero al menos no tiene la cara tan larga como antes.

«Frank, Kim dirige la agencia donde trabaja Amanda.»

«¡Bueno, es más bien un trío!»

«Lo de los tríos es un puntazo», suelto. «Yo también he participado en unos cuantos, pero no voy a decir nada porque este ya se ha mosqueado bastante con lo de Benidorm», digo, y me río,

porque total, es una puta boda. Además el mongolo rubicundo con nombre de tía parece buena gente y le ha gustado mi discurso. Me vuelvo hacia Sick Boy. «Teléfono», le digo, «¿tienes?»

«Entra y usa el de casa.»

«Vale», suelto y luego pregunto: «¿Dónde se ha metido Spud? Hace nada me iba siguiendo como un idiota», luego miro fuera de la tienda, hacia la casa grande. «Apuesto a que está dentro mangando.»

Sick Boy pone los ojos en blanco como sabiendo que tengo razón. «Sin duda.»

«¡Voy a pillarlo con las manos en la masa! ¡Maldito ratero!»

«Te lo agradezco, Frank.»

Así que me vuelvo y me voy para allá por el jardín. El laberinto está guapo. ¡Si tuviera la misma pasta metería a unas zorras en pelota picada corriendo por ahí y las perseguiría! Sí, puedo entender por qué a Sick Boy le mola estar aquí abajo. Llego a la terraza, luego cruzo las puertas francesas y entro en el pedazo de salón. Lo primero que veo es al maleducado de Spud al teléfono. Sentado en el sofá como un payaso. «Pero te quiero...», el mamarracho está quejándose al teléfono como un maricón.

De verdad, es que me cabrea a muerte ver a un colega lloriqueando como un sarasa, quedando como un gilipollas por una mamona que de todas formas estará poniéndose a cuatro patas con cualquier otro dentro de cinco minutos. Así que pulso los botones negros para cortar la llamada y luego le quito el auricular.

«¡¿Qué haces?! ¡Era Ali!»

«Sé quién era, chupapollas, calzonazos», saco un papel del bolsillo y marco el número de Nelly. «¡Ni puto caso a las chorradas de las pibas, so melón! ¡He averiguado dónde está el traidor pelirrojo de Renton!»

«¿Qué...?» Me mira con esa cara de imbécil que tiene mientras Nelly responde a la llamada.

«¿Diga?»

Esa voz insolente es inconfundible. «Nelly. Franco. ¿Todo bien?»

«Franco. ¿Qué tal?»

«De puta madre. Escucha, lo del curro en Newcastle. Tyrone.

Quiero hacerlo.»

Silencio en la línea. Luego el desgraciado dice: «Vale. Pero es mañana por la noche. Lo sabes, ¿no?».

«Sí.»

«¿No me habías dicho que estabas en el sur, en la boda de un colega?»

No le dije que era la boda de Sick Boy. No quiero que se entere de mis movidas. Spud ha abierto un libro y hace como que lo está leyendo. Eso es lo que tenía que haber hecho en la escuela el zarrapastroso, pero no iba nunca. Lo largaban de su casa por la mañana para que mangara leche de la puerta de las casas para desayunar y cenar. «Sí, pero me da tiempo a subir.»

Se oye la maquinaria en marcha en la cabeza de Nelly. «¿Dónde estás? Yo ahora mismo estoy en Londres. Mañana subo en coche.»

«¿No estás en el puto Mánchester?», suelto y miro por todo el salón. Spud con todos esos libros; ¡será imbécil! Yo ni abría un libro y me ha ido mejor que a él. Recuerdo que escondía el botín de leche mañanero debajo de un arbusto para más tarde. Cenaba gratis. Conseguí que lo metieran conmigo, de ayudante del delegado en el comedor para que comiese en condiciones una vez al día. ¡Seguro que, si no llega a ser por mí, ese cabrón estaría muerto!

«Nah. Londres. Unos negocios. Mañana subo en coche.»

Unos negocios. Será listillo. «Guapo. Podemos ir juntos.»

«¿Estás en Londres?»

«Sí, bueno, cerca de Londres.»

«¿Dónde?»

«A saber, un sitio muy pijo, como Londres pero no exactamente Londres. Cerca de Londres. No conozco esto, ni siquiera me acuerdo del nombre de este sitio. Nos vemos en la estación de Victoria a las once. Ahí hay un bebedero llamado Shakespeare...»

«Lo conozco. Pero no es fácil aparcar por ahí.»

«¡Vaya, qué mala suerte! ¡Nos vemos allí a las once! ¡Te acabo de decir que en Londres me pierdo!»

Un breve silencio, como si el hijoputa fuera a dárselas de listo, y luego: «Vale... Te veo allí a las once. Pásalo bien en la boda».

Cuelgo el teléfono. Estoy medio ciego y no tengo mucho tiempo

para follar antes de irme de viaje con el tarugo de la cara de póquer. Así que salgo de la casa. Spud devuelve el libro a su sitio y me sigue como un idiota. Fuera sigue haciendo un calor que te cagas y el grupo está tocando la canción de Slade «Mama We Are All Crazy Now», y debería estar guapo, pero el único que sabe cantar esa canción es el orejón de Noddy; el cabrón del escenario suena como un mocoso. Spud, como un subnormal, está tocando una batería invisible, y le pregunto: «¿Dónde crees que está Renton?».

«Podría estar en cualquier sitio, Franco», responde, y volvemos por el jardín rumbo a la carpa grande.

«Sí, puede ser. Pero no es así. Está en un sitio. ¡Como lo pille, sí que va a estar en un montón de sitios! ¡Hecho pedazos!»

Spud se encoge de hombros como si nada.

«¡No parece que te importe! ¡Es tu dinero!»

«No lo quiero. El dinero lo jode todo, tronco.»

Eso me toca los cojones. ¡A nadie le importa que nos haya robado! «Sí, bueno, pues cuando pille al hijoputa yo me gasto tu parte, ¿vale?»

Él vuelve a encogerse de hombros de esa forma tan estúpida con la cámara de juguete en la mano. Sí, eso ya no le ha hecho tanta gracia al zarrapastroso este. ¡Ahora el grupo que al principio pensaba que era una mierda está tocando «The First Cut Is the Deepest»! De todas formas, hay un par de damas de honor bailando juntas y eso me recuerda que hay agujeros que tapar. Seguro que unas cuantas pavas pijas de estas están deseando un pollón de verdad. Y se lo pienso meter hasta las orejas. Es hora de pasar a la acción...

El suegro pijo ha vuelto... Quién cojones sabe qué le pasa a Sick Boy, pero lo ha flipado que no veas en cuanto ha visto al menda. Y se ha liado un buen pollo con el cabrón ese. ¡Tengo que ir para allá a ver qué pasa!

52. EL MÁS OSCURO DE LOS CUARTOS

> La moralidad no es la doctrina que nos ayuda a ser felices, sino que nos ayuda a hacernos merecedores de felicidad.
>
> IMMANUEL KANT

Godfrey Coningsby toma asiento en la mesa presidencial junto a su mujer. Que varios viejos amigos de la escuela y colegas del Ministerio del Interior lo traten como un héroe de guerra que ha regresado lo hace sentir débil y ridículo. Julia no es tan fácil de apaciguar. «¿Qué diablos está pasando?»

«Dímelo tú», la corta él a la defensiva mientras observa la progresiva embriaguez de los invitados. La joven de voz chillona, ahora sin la cobertura de los setos, llora dentro de un vaso de vino y recibe el consuelo de una de las hermanas de Williamson. El matón del padrino gesticula con soberbia mientras cuenta una historia a un grupo de personas que a todas luces tiene miedo y se limita a soportarlo. Los compañeros de trabajo de su propio yerno, esos sospechosos gánsteres del negocio de los vídeos de bodas, ríen y se gritan entre sí a corta distancia en tono molesto y desagradable. Observa que su madre se avergüenza. Menos mal que su padre ahora está casi sordo.

Julia sigue la línea de visión de su marido mientras el grupo termina de interpretar «The First Cut Is the Deepest» y empieza

«Proud Mary». Se fija en él suavizando su mirada. Le aprieta la mano con intención conciliatoria. «Bueno, al menos te has decidido a regalarnos tu presencia.»

Godfrey acepta la ofrenda de paz y adopta la voz que él considera el *juego irónico*, al que ambos se entregaban de vez en cuando. «Evidentemente, cariño.»

«Te has perdido uno de los discursos más extraños y horribles de todos los tiempos, al menos las partes que he entendido. El padrino ese...»

«Un tipo curioso», coincide Godfrey mientras saca una hoja de papel del bolsillo. «He decidido que al final voy a dar mi discurso», y sus ojos dan una vuelta por la fiesta nupcial, «para intentar elevar el tono un poco.»

«Bien...» Julia mira nerviosa hacia la izquierda cuando Frank Begbie se sienta cerca de ellos. «Ahí está el padrino...»

Cuando «Proud Mary» termina, Godfrey Coningsby se levanta. Mira a Snaith, que silencia al grupo y le pasa el micrófono. «Si me permiten un momento de atención...»

Sin embargo, el parloteo ruidoso de los invitados continúa. Francis Begbie ve la exasperación en los ojos de Godfrey. Se levanta de su sitio. «¡A CALLAR LA PUTA BOCA! ¡EL PADRE DE LA NOVIA QUIERE HABLAR, COJONES!»

La carpa queda en silencio, y Godfrey Coningsby se ve extrañamente obligado a hacer un aprensivo gesto de gratitud a esa criatura abominable. Al mirar al otro lado de la mesa, distingue al otro amigo de Williamson, el del mechón levantado, el ser confundido por la droga que lo ha atraído de nuevo a la recepción, levantándole los pulgares en señal de aprobación. Godfrey mira a Gen. Parece que fue ayer cuando era una niñita, el bebé que Julia le había dado. ¿*Adónde ha ido todo eso*?

Se aclara la garganta. «Me gustaría dar las gracias a todos por venir aquí a celebrar esta gran ocasión, sobre todo a nuestros amigos de Escocia», y su cara se tensa en respuesta a vítores estridentes y afables. «Gen... *Amanda*, querida hija, para mí es una fuente de orgullo...»

«Oh, papá...» Amanda alza la mirada hacia él.

Godfrey le clava una mirada intensa. «La primera vez que te tuve en brazos sentí un amor tan perfecto, pero tan desafiante, que me hizo creer en las infinitas posibilidades de la vida», y recorre la mesa y la carpa con los ojos. «Como dijo Immanuel Kant en una ocasión memorable, las dos cosas que más me maravillan son el cielo estrellado que observo sobre mí y la ley moral que observo en mi interior. «Siempre he sentido esa ética interna, esa luz que me guía, mucho antes incluso de ir a estudiar a Oxford», dice mirando al grupo de viejos compañeros de escuela y de universidad, unidos en solemne contemplación. «Pero lo que dio forma y definió este sentimiento fue el amor, la experiencia de amar a una compañera, a una esposa», prosigue dirigiendo la vista hacia Julia y poniéndole la mano en el hombro, antes de mirar a Amanda y buscar a Natalie sin encontrarla, para añadir: «Y a una criatura. De nuevo, citando a Kant, la experiencia sin teoría está ciega, pero la teoría sin experiencia es un mero juego intelectual...». Por su mente desfila un diluvio de imágenes... Godfrey Coningsby duda y siente que su vida se proyecta ante sus ojos...

¿*Quién soy*?

¿*De verdad veo esto*?

Y lo ve. Parece estar mirándose desde arriba junto a la mesa dando el discurso.

¿*Es esto la locura*?

Julia le tira del brazo. Lo trae de vuelta. Él respira hondo. La mira con gratitud. «Esto es lo que dijo Shakespeare sobre la naturaleza del amor. Del soneto 116...» Las palabras se le pegan a la garganta mientras mira a Williamson, de nuevo luchando contra un rencor que lo sabotea. «No seré yo quien ponga impedimento a la verdadera unión de dos almas...»

Williamson haciendo un gesto afirmativo a Gen. Ella lo mira a los ojos. Afectada. Debilitada por su deseo por... ¿Por qué? No será por esta alimaña timadora, ¿verdad?

«Amor no es tal si cambia con el viento o / cede y muda si mudanza hubiera. / ¡Oh, no!», exclama Coningsby, sintiendo de repente una fuerza que imprime a su discurso. «Es una señal por siempre fija...»

Ve que Frank Begbie de repente presta atención. Observa con maldad a la multitud.

«Que encara tempestades con bravura; / astro que todo barco errante elija, / tesoro ignoto en conocida altura. / No es títere del Tiempo; aunque su hoz curva / amenace del rostro la color, / su breve hora o semana no lo turba...» Coningsby se estremece mientras el escalofrío de la repugnancia se extiende por su cuerpo...

Resiste... Resiste... Resiste...

«Hasta el filo del fin arde el amor. / Si esto es error y contra mí probado», y ahora mira a Julia y ve una expresión nueva en sus ojos, o quizá una antigua. Quizá algo parecido al amor. Se oye a sí mismo jadeando triunfal: «¡Jamás he escrito, ni hombre nunca amado!».[1]

Luego suenan unos hurras mientras Coningsby alza la copa en dirección a la pareja, incapaz de mirar a los ojos al novio. Expulsa una bocanada de aire cuando siente que un manotazo le golpea en la espalda. «No ha estado mal, tronco, pero necesitas que te escriba los putos discursos. ¡Aprende de los expertos!» Y, con un guiño asqueroso cuando el grupo empieza a tocar «Black Night», Francis Begbie se aleja hacia la pista de baile.

53. LA BODA DEL AÑO: 5

Pero cuando hablé del cruel desdén
que enloqueció a tan intrépido caballero
que cruzó bosques y montañas
sin descansar noche ni día primero...

SAMUEL TAYLOR COLERIDGE

Puto Coningsby. Chupapollas pretencioso. Hasta los pijales de sus colegas han tenido que esforzarse por mantener la cara seria. Vivian Grandchester, el caricaturesco jefe de Amanda, está pedo y a duras penas contiene una sonrisita. Pero las payasadas de papi God no han hecho sino aumentar mi inquietud.

Nunca he leído con detenimiento *Fausto* ni a Kafka, pero sí los periódicos de los ricachones, y he estado sometido a sus aburridos clichés el tiempo suficiente como para confirmar que *pesadilla faustiana* implica actuación de demonios personales, mientras que su equivalente *kafkiano* equivale a un tormento burocrático que nos imponen fuerzas controladoras externas. Al moverme entre los invitados, esta pesadilla en la que me he sumergido tiene elementos de las dos. Todo lo que podría haber salido mal se ha hundido por completo en el caos más absoluto, total y desesperado. Y todo esto se debe al cacodemonio maligno de la nutrida manada. No, ni siquiera ha sido Coningsby: es el capullo que patrulla por la pista de

baile fichando a las amigas de Amanda como un supervisor en una plantación esclavista.

Begbie. Sin sutileza. Sin clase. Sin nada.

¿Acaso podía haber sido distinto su discurso? Lo único que lo ha salvado es que Amanda y su familia solo han entendido el dos por ciento de esta diatriba alcohólica pronunciada con acento caledonio. Eso, y que el gilipollas de su padre no estaba para presenciarlo hasta que luego se ha puesto a recitar su rollo shakespeariano en un vano intento por competir en ridiculez con esos imbéciles.

¡No me puedo creer que el enloquecido rompecráneos de Begbie quisiera que yo no me fuera de luna de miel para ir con él a Mánchester en su absurda búsqueda de Renton! ¡Basándose solo en un comentario que le ha soltado Stevie para quitárselo de encima, pero que ha originado un impulso de autoengaño en su cerebro demente y saturado de alcohol! No me extraña que ese enano rockero de Leith venido a menos y su encantadora Stella se hayan escapado a Camden o adonde sea. ¡Ojalá yo pudiera coger a Amanda y a Benito y salir de esta casa de locos!

Relájate. Está todo en orden. Tú sigues siendo Simon David Williamson. Tú mandas. ¡Todos estos brutos son irrelevantes en el esquema general de las cosas!

Por fin ha llegado Lawrence. Con los ojos desorbitados y puesto de farla, oliendo como la primera bañera de un maestro perfumero, habla en tono apremiante con Vivian Grandchester. «Por el bien de mi familia y mis amigos tengo que ser discreto.»

«Soy la discreción en persona», pronuncia Grandchester, el de los labios elásticos, y se van, primero Viv, luego Lozzer, que me lanza un saludo de boy scout inusual y juguetón. Mi jefe y el de mi mujer van a meterse coca y lo mismo a meterse mano.

Luego se oye un chillido, más digno de la primera bronca de borrachos en Kirkgate cuando llega el buen tiempo, que anuncia que Maria ha vuelto a prorrumpir en una cacofonía de exclamaciones y lágrimas. *Genial*.

Carlotta la consuela y tira de ella a un lado del escenario de la carpa. «¿Qué ocurre, Maria?»

«De todo...», aúlla mirándome de un modo desafiante. «Mi padre

no está..., mi madre no me habla..., a Simon ya no le gusto...»

¡*Correcto!* Estoy al lado de la cara de Carlotta y susurro entre dientes apretados: «¡Cara! ¿Por qué la has traído?».

Sin amedrentarse, mi hermanita me echa una dura mirada acusadora y arrabalera, con la cara afilada, inflexible y con unas fibras tan grises como los paneles de hormigón prefabricados del mismísimo Cables Wynd House. «Oí que ya estaba aquí y no podía negárselo, Simon. ¡Fueron nuestros vecinos en los Banana Flats durante años!»

Sí, la muerte del padre de Maria, Coke, aunque era un alcohólico sin remedio, fue trágica. Intenté ayudar a la chavala, pero bueno... Ahora Maria mira boquiabierta a Amanda, que consuela a una Jocelyn también borracha; otra bocachanclas soltando peligrosas pamplinas emocionales. ¿*Qué cojones estará diciendo la alelada esa?* Como le esté contando... De repente tengo la cara de Maria, colorada de alcohol y de drogas justo delante de la mía... «Y ahora me odias, Simon...»

«¡Algo así!»

Empieza a chillar. «¡En una ocasión me dijiste que me querías! ¡Sí, se te dan muy bien las grandes declaraciones de amor! ¡Cuando te conviene!»

Miro en derredor. Por suerte todo el mundo parece demasiado perdido en su locura para darse cuenta. «Joder, Maria... ¡Acabo de casarme! Por favor», y tiro del brazo de Carlotta. «Hermanita, está descompuesta... Cuida de ella.»

«¡Estás loco de atar, Simon! ¿A qué juegas?» Carlotta mira las hordas parlanchinas que gritan y bailan en la carpa. «¿Y por qué coño le pediste a Franco Begbie que fuera tu padrino?» Niega con la cabeza.

Ahora me doy cuenta de que no tengo una respuesta adecuada para eso. «Es complicado, hermanita. Mira, Cara, nunca te he pedido nada», y ella se queda ojiplática conforme ambos nos damos cuenta de que esa afirmación es una auténtica locura, «pero estoy desesperado y tenemos que estar todos a una. Por lo que más quieras, ¡no me obligues a suplicarte!»

No espero que me responda poniéndose colorada, bajando los

ojos y mirándome con modestia, pero la boca de mi hermanita tiene un gesto tan duro que podría pasar por un supervisor de obra del ayuntamiento de Edimburgo. «Esta es la última vez, Simon. En serio.» Fuerza las palabras a través de los dientes blanqueados. «¡Y lo hago por Maria, por su familia, por mamá y por Amanda, que es una joya que no se merece nada de esto!» Luego pivota de un modo impresionante para abrazar a la mocosa de Maria, que se derrumba como una tumbona podrida en sus brazos.

Pongo los ojos en blanco y me voy. La carpa grande está abarrotada. Mocksey, Lillian la follable, Andreas y su putilla están en la barra. Cuando me acerco, oigo que Tone le dice al griego, cada vez más circunspecto: «El cabrón de Liam tiene algo en marcha. Sospecho que es algo gordo, algo con un viejo compañero del ejército, pero no quiere meterme, ¡después de todo lo que he hecho por él!».

«¡Tony! ¡Andreas! ¡Chicas! ¿Lo estáis pasando bien?»

«Sí», suelta Mocksey de un modo dudoso. Siento una gran ambivalencia por este hombre, pero invitarle era un gesto político. Si hubiera limitado la lista de invitados a peña que me gusta, no habría nadie aquí, y menos aún gente con polla.

«He visto que Lozzer se ha escapado a alguna parte...»

«Para hacer de las suyas, sin duda.» Tony me lleva aparte y habla tan bajo que tengo que acercar la oreja a su careto rojo como un absceso para distinguir su voz del grupo, que toca «Lay Down Sally». «Sabes que es un viejo julandrón, ¿verdad?»

«Sí, había intuido cierta tendencia a batear por el equipo contrario, pero bueno, es asunto suyo.»

«Sí, a mí me da lo mismo dónde mete la polla, siempre que sea lejos de mí o de mi señora», responde echando una mirada a la sexi Lil. «Ese es mi lema. En plan, vive y deja vivir. Pero está hasta arriba de coca y no quiero que haga el gilipollas. A veces se pone un poco... furioso... con la mierda esa.»

«Gracias por el aviso, Tone, pero me sorprende que haya vuelto a meterse después de la Navidad pasada.»

Al acordarse, Tony estalla en esas carcajadas estruendosas tan propias de él. Lawrence nos invitó a la sala VIP del Millwall el día

después de Navidad convencido de que derrotarían al Tottenham en casa. Durante el partido, los Spurs ganaron cinco a cero. Nunca en la vida me he metido tanta farlopa. Creí que me iba a explotar el corazón. Menudo alivio al ver que nos esperaba un coche fuera para llevarnos al otro lado del río y así no tener que andar sorteando las emboscadas que podía haber en el transporte público. «¡Aquello no era un coche, era una barca, colega! ¡Digno de ver!»

«Lo era, sin duda. Pero bueno, voy a buscarlo para asegurarme de que no se le va la mano con la coca.»

Tony ejecuta un gesto digno de Radamantis. Me marcho y atajo por la carpa grande, donde el grupo ahora está tocando «Black Diamond Bay». Lawrence estará pegándose un homenaje de cocaína –y probablemente de sexo– con el jefe de Amanda. Sé por mi experiencia en Heaven y Trade que el sexo homosexual es un deporte diferente. Me he tirado a muchas mujeres, pero el cálculo algebraico de dos hombres con ganas de darle al tema supone más parejas en una única visita al retrete de la discoteca que el hetero más cachondo en un mes. El folleteo gay me da una envidia inmensa y vuelvo a darle gracias a Dios por las putas. Miro a Amanda para avisarla sobre nuestros respectivos compañeros de trabajo, pero está inmersa en una conversación con Julia.

Franco está bebiendo sentado a una mesa al borde de la pista de baile con varias damas de honor nerviosas y sus novietes de tupé colgante pero sin mentón. Miro a Jocelyn, temiendo el descuido, el hilo defectuoso que su boca arrepentida puede introducir en el telar de mi matrimonio. Por extraño que parezca, el público adinerado parece disfrutar de las historias de Begbie, sin duda acerca de alguna barbarie asesina.

Aun así, le puede dar un arrebato en cualquier momento. Tengo que alejarlo de ellos.

Me abro paso y tiro de su hombro para que se levante. Apunto a Segundo Premio, Spud y Temps. «Pasa del coñazo de estos presumidos, Franco, vamos a tomarnos una con los chicos de Leith...»

Siento un gancho de carnicero en el brazo por toda respuesta. «¡Puedo beber con gente de Leith cuando me salga de los huevos!

Stevie se ha ido, él y su pava se han dado el piro bien pronto. Tienen un bolo en Ámsterdam mañana», y mira al grupo de zorrillas. «¡Y las colegas de Amanda son majas! ¡Esto es una boda, pedazo de aguafiestas! ¡Socializa, coño! Algunas damas de honor se merecen un polvazo. La tal Jocelyn, la dama de honor, está pidiendo a gritos un revolcón», exclama mirando a Jos, que, junto con Penny y ante el desdén de Tilly, se mete un tiro de una bandeja que le ofrecen. «¡Me voy para allá!»

No lo puedo permitir. Los mejores cortes están reservados para el epicúreo entendido en carne, no para el carnicero de arrabal. «Le van las tías», declaro.

«¡Guapo! ¡De cabeza! ¡A por el trío!»

«Sí, le van de siempre, incluso después de la operación. Antes se llamaba Joseph», digo mirando las largas extremidades de Jocelyn y su vestido azul. Cómo me gustaría agarrarla, llevármela a una playa de España y follármela sin parar hasta que se le acabase la pasta del fideicomiso.

«Un puto travelo... Estás de coña...»

«Sí, le quitaron la polla, o eso dicen, le construyeron un coño, le quitaron la nuez y, por supuesto, le pusieron implantes de pecho. Pero tiene buena pinta, ¿eh?»

«¡A mí me la suda! Sigue siendo un tío... Maldito cabrón...»

Jocelyn está peligrosamente borracha. La oigo desde aquí, gritando a Penny por encima del ritmo de «Green Tambourine». «Cuando has tenido una gran amiga...»

Amanda se acerca. «¿Qué pasa?»

Begbie va derecho a Jocelyn. Dirijo a Amanda hacia ellos, y la medio oigo hablando de mamá y de papá, pero al mismo tiempo no pierdo comba de lo que le dice Franco a Jos: «¿Sabes qué me llamó la atención de ti? No tienes las peras muy grandes, pero pareces una tía que debería tener un buen par de tetas, no sé si me explico».

Ella pone los ojos en blanco. «Gracias por el piropo.»

«No hay de qué, porque siempre digo que lo importante es el chocho. Si una pava tiene chocho, le echarán un polvo.»

«Eso es de lo más reconfortante.»

«¿Todo el mundo quiere una copa?», grito.

Begbie ni siquiera me oye. «A no ser que no sea un chocho de verdad. A no ser que la supuesta pava en realidad sea un bicho raro.»

«¿Qué?» Los ojos de Jocelyn están desorbitados y van de él a mí.

«¡Sé de qué vas, pedazo de mierda enferma! Mantente lejos de mí. ¿Entendido? Y tú», dice volviéndose hacia mí, «mantén a este engendro pervertido fuera de mi vista si no quieres que le parta la cara. Si no fuera porque es tu puta boda...», y se larga, pavoneándose mientras mira a su alrededor con aire desafiante. «¡Dónde está el gilipollas de Murphy!».

Amanda está a punto de arrastrarme tras él, pero –menos mal– la interceptan Louisa, Gerry, mamá y Ben. «Vamos a llevar al hombrecito a casa. El taxi está aquí.»

«Sí, Simon y yo nos iremos pronto al hotel en un taxi.»

Mientras empiezan a juguetear y a acariciar al niño, veo a Jos merodeando por allí, avergonzada, antes de acorralarme. Salgo de la carpa y le hago señas para que me siga. «¿Le has contado lo nuestro a tu amigo el psicópata?»

«¡No, claro que no!»

«¡Lo sabe! ¡Me ha llamado pedazo de mierda!»

«Me dijo que le gustabas, así que le dije que eras un tío. Un transexual después de la operación.»

«¿Qué...?»

«Es un homófobo intolerante.» La aprieto contra la lona de la carpa. Excitado por su cercanía, pero quizá más por el hecho de que Amanda esté justo al otro lado –por un hueco veo su tobillo metido en el zapato de tacón alto–. «Tenía que apartarlo de ti», le susurro a Jocelyn, «no podía soportar la idea de que te entrara. Porque..., joder, ahora no puedo...»

«¿El qué? ¿Qué quieres decir?»

Voy a arriesgarme. «¡Estoy perdidamente enamorado de ti! ¡Me he casado con la mujer equivocada!»

Jocelyn pone cara de recién enculada, con los ojos salidos y los dientes apretados bajo los labios tensos. Pero guarda silencio. Le he parado los pies. Mira a Amanda con Ben en brazos a través de la

lona, luego a mí, luego de nuevo a Mands. «No puedo... Tienes razón, no podemos hacer esto ahora...»

Ha sido una apuesta arriesgada, pero qué alivio. Le ha devuelto cierta concentración, cierta sobriedad. No habrá grandes declaraciones al mundo. «De acuerdo. Luchemos con cabeza», y le doy un apretón en la mano. «Tenemos que hablar más tarde.»

Ella asiente y se va, no sin antes quitarse los tacones para andar descalza por la hierba de camino a la casa. Efectúo un giro sobre mí mismo, literalmente un paso de baile, antes de regresar a la carpa y envolver la cintura de Amanda con el brazo. Mira a Ben. «¡Estábamos diciendo lo bien que se ha portado hoy!»

«Una superestrella *azzurra*.» Beso una mejilla pastosa y Louisa se lo lleva.

Mamá se acerca a mí. «¿Dónde está tu padre? No lo encuentro.»

«No lo sé. Habrá encontrado un alijo de alcohol o alguna mujer a la que comerse con los ojos...»

«Ha cambiado, Simon...»

«O está aburriendo a alguien. ¡Vuelve con Louisa y con el crío!»

«¡No, no va a irse sin mí!»

«Pues no lo he visto por aquí», le digo. «¿Estás segura de que ha venido?», y pienso que el muy idiota se habrá quedado en algún pub de Richmond y se dispondrá a clavársela a alguna puta de esas con un aburrido historial de rechazos...

«¡No, que ha venido hasta aquí andando!»

«De acuerdo. ¡Que se dé bien la caza!»

Mamá se pone en marcha para encontrar a su estropeado e ingrato galán mientras Amanda me pregunta: «¿Jos está bien? La he visto irse...».

«Sí, solo está un poco sensible. He ido a consolarla. Parece que Franco le ha entrado con cierta torpeza.»

«Oh, vaya, lo siento muuucho. Creo que ha sido culpa mía, que lo he animado con las tonterías del lomo de ternera escocesa. ¡Al parecer se lo ha tomado en serio!»

Y justo en ese momento aparece él, mirando a su alrededor. «Qué gentuza la tal Jocelyn... ¡Estas cosas no pasan en Leith!»

Leith, Leith, Leith... Deja de hablar del puto Leith...

No puedo evitarlo: sale de mí, es una explosión. Lo miro a él y luego a Maria, que va pillando copas de otras mesas cual dragaminas, sin caer en la cuenta de que es una barra libre. «Leith es una fosa séptica rebosante de mierda.»

Begbie me mira incrédulo. Está casi demasiado sorprendido para mosquearse. Cuando recupera la voz es un gemido bajo y herido, como un perro atropellado. «¿Qué cojones acabas de decir de Leith?»

«Ya no sé ni lo que digo.» Niego con tristeza. «Me encanta Leith», miento. «Ha sido un día de muchas emociones...»

«¡No critiques Leith, sobre todo delante de estos cabrones ricos ingleses, y me la suda que sea tu boda! ¿Entendido? ¡Somos tan buenos como ellos!»

«No, no lo somos. Y esa es la tragedia», grito, y miro a los amigos y los familiares de Amanda. Ella está discutiendo con Julia porque papaíto no se ha dignado a honrarnos con su presencia en la cena, seguro que porque estaba pelándosela en el cuarto oscuro... «Porque, por muy jodidos que estemos nosotros, somos mejores que esa gentuza pomposa, ilusa y ridícula, ¡y con mucha diferencia!»

Begbie sabe que mi pasión aquí no es falsa: me mira con una aprobación ardiente. «¡Así me gusta, coño! Vamos a darlo todo cantando "Flor de Escocia".»

«¡¿Qué?!»

Lo más horrible es que no puedo evitar unirme a esa canción lúgubre y aburrida que me deprime que te cagas. Spud, Temps y Segundo Premio se unen a nosotros, así como dos novios ricachones, uno de los cuales declara con euforia: «¡Mi padre era escocés!».

ME QUIERO MORIR.

Y entonces lo veo. Coningsby, con los ojos como platos de espanto, está en la barra con Kim y Hilary, los otros jefes de la agencia de Amanda, así que de repente me desgañito: «THE HILLS ARE BARE NOW, AND AUTUMN LEAVES LIE THICK AND STILL…».

54. CÁNTICOS GROSEROS Y GUTURALES

> Todo nuestro conocimiento comienza en los sentidos, para después pasar al entendimiento y terminar con la razón. No hay nada más elevado que la razón.
>
> IMMANUEL KANT

Un intento espantoso de salmodia; ¡cánticos groseros y guturales que por poco ahogan el sonido de la banda de música!

Godfrey Coningsby ve a Williamson, su yerno, subido a una silla, ebrio, dirigiendo los gritos de un risible himno tribal. Sus invitados, incluido el matón violento, se han unido con deleite. ¡Y algunos amigos de Gen, de buena familia, se están rebajando con esos disparates!

¡*Gracias a Dios que no invité a Monica Lacey! Y a que sir Bruce estaba de vacaciones en su casa del sur de Francia*...

Luego se le acerca su viejo amigo Snaith. «¡Este yerno es todo un personaje! ¡A sus amigos les gusta soltarse! El discurso del padrino..., lo poco que he entendido... ¡Bueno, ha sido sin duda sorprendente!»

«Cierto.» Coningsby fuerza las palabras a través de los huecos de los dientes.

«Personajes, sin duda», asiente Kim Lewis, que ha llegado con Hilary Gorst y las esposas de ambos, Joana y Frieda.

Entonces Godfrey divisa a Natalie y a su amiga en una mesa cercana; es evidente que están bebiendo alcohol a escondidas. Le entran ganas de ir a amonestar a las chicas, que son menores de edad, pero se obliga a hacer la vista gorda. En vez de eso, mira al otro lado de la carpa y ve a Julia hablando con su amiga Charlotte Chesterton, que se está divorciando. A su lado pasa un camarero con una bandeja, y Godfrey coge una copa de sedante. La levanta hacia su esposa, que tiene una leve sonrisa, en un brindis irónico. Vuelve a mirar a su yerno, que salta de la silla al acabar la canción.

Sí, realmente hay que parar a Williamson. Hay que sacarlo de nuestras vidas.

55. SIENTE LA NUEVA GENERACIÓN

Pero él, sin saber lo que hacía,
saltó entre la banda brutal,
y salvó del peor ultraje
a la dama del lugar.

SAMUEL TAYLOR COLERIDGE

Salto de la silla. Salgo de la carpa mientras los imbéciles siguen gritando esa canción abominable. Recuerdo mi promesa a Mocksey y me pregunto dónde puede haberse metido Lawrence. Me invade la paranoia; si el viejo sarasa está echándole el ojo al casoplón, no querrá las baratijas como un mangante cualquiera del Fort: solo lo satisfaría robar arte de primera. *No, no esas obras que pretendo heredar algún día*...

Voy a la casa. Cruzo las puertas francesas hacia el salón y me encuentro a Penny, una de las damas de honor, casi follándose a un pavo en el sofá. «No paréis», les insto cuando se separan. No le he dirigido la palabra a la chavala, pero, ahora que resulta que es una fiestera, se abre la posibilidad de follar con ella.

Voy hacia la cocina grande y me doy de bruces con Jocelyn, nerviosa, con los ojos desorbitados, hurgando en su bolso sobre la encimera de granito. «SIMON... ¡VAMOS A METERNOS UNA RAYA DE COCA BIEN GORDA!»

«Jos... Sí», no puedo decir otra cosa. Y añado: «Pero quizá no

aquí», señalando las grandes ventanas, hacia las carpas y los invitados que tontean fuera.

Probamos en el baño de la planta baja. Está cerrado y oímos ruido de folleteo en el interior. Subimos a hurtadillas por la escalera de la izquierda y nos metemos en un lujoso baño que tiene de todo: bañera encastrada, sauna, ducha y bidé. Cierro la puerta con llave. Mientras ella las corta, miro que en la pared cuelga la cubierta de un libro enmarcada:

CONINGSBY

O LA

NUEVA GENERACIÓN

POR

B. DISRAELI, ESQ. M.P.

IMPRESO A PARTIR DE LA TERCERA EDICIÓN
DE LONDRES CON LA SANCIÓN
DEL AUTOR PARA SU CIRCULACIÓN CONFIDENCIAL

-0O0-

LEIPZIG

BERH. TAUCHNITZ JUN.

1844

La escruto con repugnancia mientras Jocelyn no deja de despotricar, absorta en su confusión; luego intenta besarme y después me pide con voz ronca que me la folle. Me entran ganas de abofetearla como en las películas, pero en vez de eso la agarro de los brazos a la altura de los sobacos. «¡Para! ¡Tenemos que mantener la calma! ¡No podemos cagarla ahora!»

Me enfoca con la mirada enloquecida y llena de desazón; pero se ha quedado como subnormal e inmóvil. La suelto para meterme la raya más larga que ha cortado en la cisterna y siento un ardor químico excelente, sin la peste a amoniaco Vim de la farlopa de barrio bajo.

Cojones...

«Sí...», dice, y barre con rabia la cocaína de alto voltaje de la superficie de porcelana y la extiende por el suelo. «No puedo hacer esto... Tengo familia aquí... El tío Hills está abajo...»

La muy puta ha tirado el perico prémium...

«Buena chica», la animo mientras noto el placentero subidón de esta nieve tan pura, que se abre paso a través de la niebla de la priva. «¡Vamos! ¡Ahora! Antes de que levantemos sospechas...»

Desatranco la puerta y salgo. La coca es fuerte y antes de llegar a la mitad de las escaleras desearía con fervor habérmela follado. ¿En qué cojones estaba pensando? En mis fosas nasales hay un extraño olor a quemado... ¿Qué coño le ponen a esta farla...?

Cuando bajo hasta el vestíbulo de mármol, Begbie le está explicando a Mi Padre Era Escocés, que medio perplejo ríe con educación: «La gilipollas se creía que estábamos haciendo un anuncio de Cadbury's Flake...», cuando Hilary, de la agencia de Amanda, se acerca a él tendiéndole la mano. «Soy Hilary. Y este es Kim, mi compañero. Estas son Jo y Fred...»

Los ojos de Begbie van de un hombre al otro. «¿De verdad os llamáis Kim y Hilary?»

«Sí, por supuesto...»

Señala a Jocelyn. «¿Sois de esos?»

Hilary mira a su sobrina. «Sin duda, aunque los dos...»

Un crujido escalofriante seguido de una explosión vinosa y un gemido de Hilary. Tardo un segundo en comprender que Begbie le ha soltado un cabezazo justo cuando Coningsby entra. Da un grito ahogado de terror al ver a Hilary cubriéndose la cara con la mano, con la sangre brotándole de la frente y goteando sobre el mármol blanco. Mi Padre Era Escocés da un paso atrás con los ojos como platos, mirando con repugnancia la mancha de sangre de la solapa de su traje azul claro...

«PUTOS PERVERTIDOS», grita Begbie, luego se vuelve hacia mí. «¿Tú sabes dónde te estás metiendo, subnormal?»

Justo cuando Coningsby grita: «El que se equivoca eres tú...», se produce otro CHASQUIDO...

«Hilary ha sido víctima de...»

... que interrumpe a Kim. Los demás somos los boquiabiertos testigos de una escena que se despliega ante nosotros...

... La puerta del baño de abajo se abre de golpe, y una peste a mierda agria, amoniaco y olor corporal nos asalta el olfato al tiempo que Lawrence y Vivian Grandchester se tambalean, los dos desnudos de cintura para abajo, con los pantalones por los tobillos y pegados el uno al otro... para desplomarse al suelo a los pies de Kim. «¿Qué cojones...? ¿Vivian?»

«PUTOS PERVERTIDOS… YO ME LARGO DE AQUÍ», ruge Begbie, empujando a Segundo Premio, que está entrando...

... Coningsby menea la cabeza con asco ante Grandchester, que parece una versión libertina de Punch, la marioneta de papel maché. «¡LEVÁNTATE!» Se vuelve hacia el grupo creciente mientras Grandchester y Lawrence se ponen de pie y se suben los pantalones. «¡Fuera de mi casa! ¡Todos!»

Vuelvo a percibir el olor ahumado y pienso que mi imaginación olfativa se ha disparado cuando el tipo de las pintas raras que me presentaron antes, uno con arrugas pero en buena forma –*¿Snail? ¿Snape*?–, entra corriendo. «¡Tenemos que marcharnos todos ahora! ¡Por favor, salid de la casa de inmediato!»

«Maldita sea, acabo de decir...», protesta Coningsby, y luego, con los ojos desorbitados de terror, mira hacia las escaleras. Me doy la

vuelta y veo que el humo inunda el hueco de la escalera y avanza por el techo de Cantley Lodge como una plaga negra.

«¡RÁPIDO, HAY UN INCENDIO!», grita el tipo de aire castrense –*se llama Snaith, como la marca de ropa militar*– señalando las escaleras. Todo el mundo retrocede de golpe, y Lawrence y Viv Grandchester van subiéndose los pantalones sobre la marcha.

Cuando salimos a la terraza, veo a mamá buscando como loca. «¡Dónde está!» Luego alza la vista y señala una torreta en llamas, por cuya ventana serpentea el humo antes de disolverse en el cielo oscuro mientras una llama plateada lame el marco de madera...

Avanzamos al jardín para apartarnos de la casa y ver mejor las llamas. Como era de esperar, el humo se vuelve cada vez más espeso y brota por el ala este de Cantley Lodge. Coningsby se sujeta la cabeza con las manos mientras Snaith intenta tomar las riendas. «¿Estamos todos? ¿Falta alguien?»

Todos miramos a nuestro alrededor con premura, aterrados. Tengo a Amanda. Carlotta tiene a Ben. Mamá y Louisa están juntas, inquietas, mientras el fuego asoma de la torreta. *Los demás pueden perecer con mi bendición y mi gratitud*.

En el jardín, observando a distancia y pasándose una botella de Jack Daniel's, los chicos de Leith: Begbie, Segundo Premio, Temps y Spud, que saca fotos del fuego con su cámara barata. Me doy cuenta de que Chips, al igual que Stevie y Stella, ha sido lo bastante listo como para irse pronto.

A pesar del pánico, oigo el timbre agudo del teléfono que hay en el salón tras las puertas de la terraza. Entro, consciente de que Snaith está gritando, pero ahí no parece que haya fuego, así que contesto. Una voz que reconozco de inmediato. Es Nelly. «Tengo que hablar con Frank Begbie. Ha llamado antes desde este número.»

Corro a la terraza y grito a Begbie: «¡Es para ti! ¡Neil Hunter!».

Begbie parece desconcertado durante un segundo, pero a continuación su rostro adopta ese aire de insecto mortalmente concentrado y entra. Snaith permanece a un lado refunfuñando, pero sin decidirse a impedirnos el acceso, mientras le doy el teléfono a Begbie. Vuelvo a salir con Snaith, con la esperanza de que se produzca una explosión detrás de nosotros, pero oigo a Begbie

gritando: «Sí... Nelly... Sí..., nah, no hay problema. Me la suda quién entre en el curro. Todos trabajamos juntos para finiquitar la historia. Vale», y cuelga. Nos sigue fuera. «Me abro.» Me da un puñetazo en el brazo y se interna en la oscuridad a través del espaciado gentío.

Mamá está desquiciada, Carlotta y Louisa intentan calmarla. «¡ES MI DAVY! ¡MI MARIDO!»

Mi ánimo despega. ¡*Quizá de todo esto salga algo bueno*!

«¿Dónde está?», exige Coningsby.

«Creo que subió en busca de un sitio para tumbarse...», dice Louisa.

«¿Cómo?»

«No se encontraba bien.»

«Maldita sea, nuestra propiedad, nuestras pertenencias...»

«Está bien, cariño», dice Julia para contener al furioso Coningsby mientras el tal Snaith corre dentro del casoplón.

«¡ESTAMOS MUY LEJOS DE ESTAR BIEN!» Coningsby da zapatazos con un pie como si quisiera apagar el fuego.

Menos de dos minutos después, Snaith vuelve solo, tosiendo, farfullando y negro como el hollín. «No se puede... Hay demasiado humo y la parte de arriba está envuelta en llamas...»

«Tú estabas drogándote y practicando sexo... con otro hombre... en mi casa», Coningsby chilla furioso a Grandchester.

«¿Podemos calmarnos todos y por favor dejar de lado la homofobia?», corta Amanda al gilipollas de su padre mientras consuela al desolado Grandchester.

Mocksey está regañando a Lawrence. «Mira que portarte como una putilla», y se lo lleva de vuelta a la carpa.

«La culpa es del maldito cierre... Yo soy discreto, Tone, de verdad...», protesta Lozzer con tristeza.

Papá...

... Pienso en los buenos momentos con el viejo cabrón... Hibs contra Rangers en Hampden..., pero luego me dejó fuera del pub calentito con una Coca-Cola y unas patatas, pasando frío, sin que le importase una mierda que pasaran por allí los salvajes de los Huns, *repartiendo a diestra y siniestra escupitajos, tortazos, algunas patadas en las espinillas y muchos «Malditos fenianos»... La vez que*

estuvimos en Blackpool y me dejó en la puerta del burdel con el dinero para la entrada del cine... Fui a ver Chitty Chitty Bang Bang *cuatro veces esa semana... La acampada en Arran, cuando se nos inundó la tienda porque la había puesto junto a un arroyo, luego buscó una habitación en una casa de huéspedes, me alquiló una bicicleta y me dijo que diera la vuelta a la isla aunque estaban cayendo chuzos de punta para poder follarse a la alelada de Glasgow que había conocido... Cada vez que desentierro un recuerdo agradable con mi padre se me cae el alma a los pies, pues sus buenas intenciones se disolvían rápidamente en un mar de estupidez egoísta*...

La nuez de Coningsby se mueve de arriba abajo. El vejestorio de su madre se acerca y se coloca a su lado, afligida. «El Picasso..., ¿se habrá...?»

«Ya.» Coningsby la envuelve con el brazo.

... ¿De verdad quiero que se muera? Sí, es una espada de doble filo, pero la emoción predominante será de alivio y excitación, así que la respuesta es un sí bastante enfático, sin duda...

Dos camiones de bomberos cruzan la verja abierta. Uno aparca frente a Cantley Lodge. Entonces los bomberos doblan la esquina con mangueras. Diría que hasta la polla de Spud puesto de jaco se hincharía más rápido, pero al final lo consiguen, y, desde el suelo, el primer equipo eyacula un enorme torrente de agua sobre el abismo humeante...

Un segundo equipo apunta a través de las ventanas francesas...

Salvadlo. No. Joder...

«MI MARIDO... MI DAVY...», grita mamá.

Aunque me emociona la posibilidad de su muerte y ya estoy componiendo una elegía oscura pero extrañamente atractiva, impaciente por ver si el rollo del luto puede funcionar como herramienta de seducción, me preocupa el impacto negativo en mamá y en mis hermanas, que puede ser considerable...

Oigo a Julia gimiendo: «El agua provocará daños y el humo causará estragos; los cuadros, las alfombras... El seguro nos indemnizará, pero hay cosas irreemplazables... Ay, ¿qué hemos hecho?»

«Abrir nuestra casa a un montón de escoria pervertida y ahora estamos pagando por ello», suelta Coningsby mirando a Amanda.

Ella está en un banco del jardín reconfortando al borracho llorica de Viv Grandchester, que berrea aunque manteniendo un estilillo desafiante que me deja impresionado. «Parece que ya no puedo guardar el secreto... Me han pillado con las manos en la masa...»

«Es un buen hombre», insiste mamá apretándome la mano mientras aparca una ambulancia.

«A ver, que no sabemos si está ahí dentro...»

Que esté dentro y se achicharre... Que no...

«Ay, yo lo sé... Lo presiento», dice, con ojos grandes y atormentados, luminosos de lágrimas. «Es un buen hombre, hijo; en el fondo es un buen hombre...»

Estamos de acuerdo en que no estamos de acuerdo, madre. Pero no digo nada; llegan dos coches de policía y unos maderos con pinta de inútiles se pasean por la zona, estorbando a los bomberos.

Julia suspira con desesperación. «Nuestra hermosa casa... Nuestra casa familiar... El hogar que construí...»

De repente un bombero emerge del humo corriendo por las escaleras, cargado con lo que parece un saco de carbón colgado a su espalda. Tardo un par de segundos en darme cuenta de que es mi padre. En efecto, su cara está más negra que un tizón.

«¡DAVID!», chilla mamá.

Lo llevan hasta la terraza y lo colocan sobre una camilla de los paramédicos. Durante unos segundos extraños –tristes y eufóricos– creo de veras que está muerto. Luego abre los ojos y nos mira. Parece un actor salido del programa de los *Black and White Minstrels*, de esos con la cara pintada de negro, a punto de ponerse a cantar. Le dice a mi madre llorosa: «Estoy bien... No te preocupes...».

«Oh, David..., mi amor... *Il mio unico vero amore*!»

Luego me mira. «Hijo..., por favor...», gimotea.

Me inclino hacia él. «¿Qué quieres, papá?»

«¿Tienes un piti?»

Este viejo hijoputa está mal de la chola... Se ha quedado

durmiendo la mona con un cigarrillo en la mano. Así le prendió fuego a Cables Wynd House y al bloque de South Side...

«Lo he dejado», le digo.

«Pues menuda ayuda...» Tose mientras se lo llevan a la parte trasera de la ambulancia, y mamá, Carlotta y, por suerte, Maria, entre llantos y balbuceos, se suben con él.

La policía está tomando declaración. Otro paramédico está ocupándose de la nariz de Hilary mientras Grandchester, agitado, le dice a Amanda: «¡Estoy harto de las mentiras y de la hipocresía!».

«Ahora no es el momento, Viv.»

«¿Cuándo es el momento? Dímelo, queridísima Amanda, ¿cuándo es el momento?»

No me jodas.

¡*HOY ES EL DÍA DEL HOMBRE ENAMORADO*!

Avanzo hacia Tony, que mira a Lawrence, borracho y enfarlopado, al que Lillian casi sostiene. «Tú vienes conmigo, colega», y mira a los polis, que están charlando con Coningsby. «Lo siento, Simon, pero la fiesta ha terminado y tenemos que pirarnos. No voy a quedarme a hablar con la pasma. Nos llevamos a nuestro calzón caído... Qué puta vergüenza...»

Asiento completamente de acuerdo y lo veo reuniendo a Andreas y las chicas antes de marcharse hacia el parque.

A pesar de los gemidos inquietos de los asustados ricachones, las llamas parecen bajo control. Julia se ha sobrepuesto a su inmenso disgusto y consuela a Amanda, que está llorando, y a Natalie, que parece avergonzada de estar allí. «Lo importante es que nadie se ha hecho daño...»

«Espero que no les haya pasado nada a mis cosas», dice Natalie.

Mi nuevo *suocero* no está contento. El patriarca viene hacia mí lleno de rabia. «¡Menudo circo que nos has montado! Bueno, has arruinado nuestro día, el día de nuestra hija, y de paso nos has humillado delante de nuestra familia y nuestros amigos.» Mira a su alrededor con desdén amargo. «Y el gran final: ¡has quemado nuestra casa hasta los cimientos! Estarás contento, ¿no?»

Doy un paso hacia la cara del gilipollas. «UNO: ¡¡ME PASO TU CASITA POR EL FORRO DE LOS HUEVOS!! DOS: ¡¿CONTENTO?! ¡NO ME JODAS, ESTOY

ENCANTADO! Todo ha sido por ti desde el principio.» Me golpeo el pecho. «Mi puta boda, el gran día de mi mujer hecho añicos». Señalo a Amanda, a quien están consolando Julia, Natalie y Grandchester. «Sí, todo ha sido para molestarte a ti. ¡Así de importante y crucial eres para mí!»

Coningsby se mantiene firme e impávido y me clava la mirada a través de los párpados entrecerrados, como un francotirador apuntando por la mirilla de un arma. «No pensé que fuera posible despreciar a un ser humano tanto como...»

«God, venga...» Julia está junto a su hombro, apartándolo. «Tenemos que aguantarnos. Tenemos un bebé, un nieto... Ahora no es el momento». Y Coningsby se deja llevar, no sin volver la cabeza para lanzarme una mirada con el ceño fruncido.

Pero, mientras el capullo se aleja como una víctima traumatizada, lo intercepta un poli de tetas caídas que quiere tomarle declaración. «Es la boda de mi hija, por lo que más quiera», suplica con un gemido ronco y triste.

Miro a mi alrededor y parece que no falta nadie. Menos Begbie, que se ha largado de verdad. Le pregunto a Spud: «¿Adónde ha ido Franco?».

«No sé. Se piró nada más llegar la pasma. Por ese lado.» Señala a los árboles y a la gran verja que conduce a Syon Park. «Decía que tenía que matar a alguien.»

«Si es literal, ¡espero que sea Renton! Pero cualquiera que le consiga una cadena perpetua me parecerá bien.»

«¡No digas eso, Simon! ¡No lo dices en serio!»

«Cual-quie-ra», repito lentamente, disfrutando de su expresión herida y boquiabierta, «que le con-si-ga una cade-na per-pe-tua me pa-re-ce-rá bien.»

56. NEWCASTLE DES-UNITED

> Era de noche, y caía la lluvia; y, al caer, era lluvia, pero, tras haber caído, era sangre.
>
> EDGAR ALLAN POE

La mesa de la cocina de madera está maltrecha y manchada. Solo un hombre de la partida de cartas ha experimentado una sensación de intranquilidad, al oír el feroz rugido de la motocicleta al aparcar. Con cierta turbación, mira a través de las cortinas y de una niebla azul de humo de cigarrillo. En el grupo reunido por Tyrone, todos son unos echados para delante, y Donny Laing dista mucho de ser la excepción. La diferencia es que él sabe quién es el lobo solitario que ocupa la moto. El resto llegó a la casa grande del molino en coche, bien por separado o bien en parejas, como es el caso de Nelly Hunter y Franco Begbie.

Cuando sale a confirmar que la silueta gigante de Seeker se está quitando el casco, el corazón de Donny palpita con fuerza. *¿A qué cojones está jugando Tyrone*? Pero, desde el aumento de la seguridad en la planta de Gorgie, no había productos químicos en las calles de Edimburgo, y la sequía de caballo había forjado alianzas extrañas. Donny inspira con fuerza. Se acerca a su último recluta, que se baja de la moto y mira la casa reformada con ojos inexpresivos y tensos. Tras intercambiar los saludos de rigor, Donny

pregunta: «Oye, ¿sabes que Begbie está aquí?». Señala la casa con un movimiento de cabeza. «Es del equipo.»

Los rasgos tirantes de Seeker parecen crisparse todavía más. Pero se mantiene en silencio.

«¿Es un problema para ti?»

La cara de Seeker no se descongela en ningún momento. Solo el leve movimiento de sus fosas nasales indica que está inspirando profundamente. «No, a no ser que sea un problema para él.»

«Más vale que no lo sea, pero vamos a averiguarlo», dice Donny.

Al entrar, los dos hombres perciben una voz que destaca. «... Y le digo: "¿Tengo cara de actor de reparto en el puto anuncio de Cadbury's Flake?".»

Cuando llegan, la sala se queda al instante en silencio. Frank Begbie, jugando a las cartas, baja la mano despacio hasta la mesa y mira a Seeker, luego a Donny.

Mientras Seeker le devuelve la mirada, Donny asiente hacia Franco. «Sé que vosotros dos habéis tenido vuestros más y vuestros menos, pero mientras estéis aquí la cosa queda aparcada. ¿Entendido?» Aunque suena autoritario, Donny sabe que no le pagan lo suficiente para posicionarse entre la fuerza imparable y el objeto inamovible. Sus ojos vuelan del uno al otro. «¿Y bien?»

Seeker se encoge de hombros. «Yo he venido aquí a hacer el curro por el que me pagan.»

«¿Franco?»

Francis Begbie vuelve a dejar que su mirada baile entre los dos hombres. Luego se desliza hacia su compañero de viaje. Nelly permanece en silencio mientras en la cara de Begbie prende una sonrisa siniestra. «Sí. Hagamos lo que hemos venido a hacer; ya hablaremos después con calma entre nosotros.»

«Vale», dice Donny. Es lo más parecido a una tregua que iba a conseguir.

Poco después, un Land Rover aparca enfrente del molino reformado. Kenny Elliot, el que financia el asunto, baja deseando ver si los chicos escoceses se han instalado. Donny Laing lo recibe en la puerta principal. Elliot está renovando el edificio viejo, que aún no está terminado. Lleva en torno a los dos tercios y la cosa ha

resultado ser un agujero negro de dinero. Ha perdido entusiasmo y contrataba trabajadores de cuando en cuando, en lugar de dedicar su tiempo y su cartera a terminar el proyecto de una vez por todas.

Los hombres se dan la mano. Elliot está impresionado; Laing le da un apretón fuerte; su aspecto anuncia que podría ser temible. Hasta ahí todo bien. Parece que Tyrone el escocés ha cumplido. «¿Cuántos chicos?»

«Media docena.»

«¿Y saben manejarse?»

«No te preocupes por eso», dice Laing, pero un toque de duda se cuela en su voz.

Elliot lo percibe de inmediato. «¿Hay algún problema?»

«Nah, todo bien. Todos los chicos cobran y saben lo que tienen que hacer. El trabajo no es el problema.»

«¿Cuál es el problema?»

«Bueno», Laing baja la voz, «a los chicos los contrataron por separado y resulta que un par de ellos han tenido movidas, pero ya lo hemos hablado. Así que, como he dicho, no debería afectar a las cosas.»

A Elliot no le hace gracia. «¿Qué significa que han tenido movidas?»

«Tuvieron una trifulca en la cárcel y se la tienen jurada el uno al otro. Pero ambos están de acuerdo en ajustar las cuentas después del trabajo.»

Elliot sopesa la información. Decide no cargarse con problemas y señala con la cabeza a la puerta. Los dos hombres entran.

Los jugadores de cartas en torno a la mesa parecen tipos duros convencionales: la típica amalgama de porteros de discoteca, psicópatas y tíos que saben defenderse en el cuadrilátero, o en la calle, o, mejor todavía, en los dos. Uno está sentado aparte; es una especie de montaña con el pelo por los hombros y una mirada helada. Se diría que le han cercenado todos los nervios de la cara. Lleva una chaqueta de cuero de motorista y no le quita ojo a un jugador sonriente. Ese hombre, aunque carece de la estatura colosal del otro, tiene un cuerpo musculoso y puños grandes y fornidos. Sus ojos y movimientos poseen una intensidad incendiaria. Con los

dedos llenos de anillos da golpes triunfales a las cartas que tiene sobre la mesa y recoge los billetes amontonados en el centro. Elliot sabe de inmediato que esos son los adversarios de los que le ha hablado Laing.

«A ver, buenas», dice Elliot, y los hombres por fin alzan la mirada.

El coro gruñón de «qué hay» y «hola» retumba en la sala.

«Laing me dice que mi buen amigo Davie Power os ha recomendado personalmente a todos. Así que, mientras estéis aquí, espero que seáis un grupo centrado y profesional y que dejéis de lado vuestras rencillas.» Por supuesto, tanto el motero gigante de pelo largo como el matón musculoso con cabeza de bala y pelo al dos se miran entre sí. «¿Vosotros dos podéis trabajar juntos? Si no, ya estáis cogiendo las motos y volviendo por la A-1 ahora mismo.»

«Por mí, sí», dice Seeker dirigiendo sus ojos entornados a Begbie.

«Sí, de perlas», sonríe Begbie con frialdad.

¿*Por qué no me convencen*?, es el pensamiento que acribilla el cerebro de Elliot; pero lo deja pasar.

«Bien...», dice Donny. «Estos son Seeker, Franco, Nelly, Ronno, Baxy y Dozzo.»

«Bueno, muchachos, hoy es la gran noche», suelta Elliot, dejando que la hostilidad lo consuma. «Hoy vamos a por el cabrón de Janes.»

La cosa no inspira confianza, sobre todo la primera persona del plural. El equipo intercambia miradas burlonas, pues nota de forma colectiva que Elliot es una fuerza en declive desplazada por otra emergente. Y que ellos se han incorporado como un giro desesperado de último momento.

Kenneth Elliot había disfrutado largo tiempo de una posición fuerte en la jerarquía de los gánsteres del West End de Newcastle. Mark Janes, más joven, se había establecido como rival y estaba invadiendo su territorio. Elliot quería mandarle un mensaje a Janes y había decidido que sería mejor que lo hiciera gente de fuera, pues usar a sus propios hombres sin duda desencadenaría una guerra civil. Lo cual tendría un resultado incierto, pues la enemistad continua resultaba muy perjudicial para los negocios.

La *vendetta* tenía el interés añadido de que el hombre más joven

estaba ahora con la exnovia de Elliot, Sandra Latimer, una modelo que hacía anuncios de queso. A pesar del hecho de que no había sido una relación seria y aunque Elliot había empezado a cansarse de ella, el problema era cómo se percibía aquello desde fuera. Janes se estaba quedando con él. A lo grande. Elliot quería que unos hombres le recolocaran la cara a Janes para que las mujeres encontraran menos apetecible ir de su brazo. Además de los musculitos, le había pedido a Tyrone que incluyera en el grupo a un par de navajeros.

Elliot repasa el plan tal y como está. Janes estaría en un bar cercano, como era su costumbre, con al menos dos gorilas. Se irían sobre las 23.30 rumbo a un club. En el aparcamiento, los chicos estarían esperando para acorralarlo, prestando particular atención a reajustar los rasgos hermosos y juveniles de Mark Janes. Hasta Laing, que tampoco es que sea una lumbrera criminal, encuentra el «plan» un poco burdo, rudimentario y lleno de fallos potenciales.

Elliot se marcha y una luna llena se abre paso a través de las nubes oscuras. Al oír el gañido gutural de un zorro, se para ante su coche y se vuelve hacia Donny. «Dime que lo tienes todo bajo control.»

Laing no duda. «Sí. Tú haz lo que hemos hablado, Kenny: sal y tómate unas cervezas. Que te vea todo el mundo. Nosotros nos encargamos del resto.»

En el interior del molino, los chicos, a pesar de haber cerrado a regañadientes el pacto de mantenerse sobrios, han sacado las cervezas que llenan la nevera. Tras la primera, Begbie va a mear y vuelve con un ejemplar doblado del *Racing Times.* Mira a Seeker. «Ven a jugar una mano a las putas cartas.»

Seeker lo mira frunciendo el ceño, suspicaz ante la ofrenda de paz. Luego se levanta y toma asiento en la mesa frente a su rival. Pone un billete de diez libras. Cuando Donny vuelve a entrar, se ha roto un poco el hielo. Mira las botellas de cerveza. Decide no darle importancia. Parecen más relajados. Un par de botellas de Beck’s no les harán ningún daño.

«Es curioso que estemos todos en el mismo bando», y Frank

Begbie mira a Seeker al otro lado de la mesa, «contra la peña de Newcastle.»

Seeker decide guardar silencio.

Dozzo, un psicópata fibroso con lugartenientes sanguinarios, muy temido en la ciudad, le sigue la corriente. «Menudo trabajito», anuncia. «¿Cuánto os está pagando el gordo de Tyrone?»

«Todo el mundo cobra lo mismo», interrumpe Donny Laing.

«Pues a lo mejor no debería ser así», dice Begbie, mostrando todas las cartas del mismo palo y cogiendo de nuevo el dinero.

Seeker mira la mano de mierda que le ha tocado. Sospecha que algo no va bien. Mira a Dozzo, el camello, que le dedica una amplia sonrisa.

«¿Por qué?», pregunta Donny.

«Bueno, se supone que Dozzo y yo tenemos que pasarle la cuchilla por la cara al menda ese. Si la pasma viene a buscar a alguien, o los de Newcastle, no van a ir a por los que han soltado derechazos, han roto mandíbulas y han pateado cojones, ¿verdad?»

Dozzo inclina la silla hacia atrás y retoma donde Frank Begbie lo ha dejado. A ojos de Donny, todo tiene un sobrecogedor tono ensayado. «Sí... Yo he pensado lo mismo. Van a ir a por los navajeros que le han jodido la cara bonita al colega. Es más arriesgado.»

«Más riesgo significa más pasta, cojones», declara Begbie. «Lógica sencilla.» Se vuelve hacia su silencioso amigo, Nelly Hunter. «Veo que no dices nada.»

Nelly se encoge de hombros de forma mínima.

«A mí no me importa meterle un despalme», dice Alan Baxter, «Baxy», el miembro más destacado de una conocida dinastía criminal de Tollcross.

Los demás le dirigen miradas inexpresivas antes de que Donny Laing pregunte: «¿De qué hablas? ¿Qué es eso del despalme?».

«Un despalme, un chirlo. Unos cuantos tajos, vaya.»

Laing hace un gesto de exasperación. «No sé cómo seguís vivos.»

«¿A qué te refieres?»

«Todos con herramientas cortantes y diciendo mierdas incomprensibles.»

«Pues yo no trabajo con armas blancas», dice Marvin Ronaldson, «Ronno», antiguo hooligan del grupo Capital City Service que había pasado de ser un bestia de las gradas a un matón experimentado, «pero me parece justo que los chicos que lleven las facas cobren un poco más.»

«¿Lo veis?», anima Begbie.

«Dicho esto», prosigue Ronno, «hemos acordado nuestra parte. El dinero extra tiene que salir de Tyrone y no de nuestros bolsillos.»

Baxy interviene: «Dale un telefonazo al gordo. ¡A ver si puede soltar una buena tarifa!».

«Joder, qué poco profesionales, intentando renegociar cuando tenemos que hacer el trabajo dentro de una hora», dice Donny cortante.

De pronto, Begbie se vuelve hacia Seeker. «¿Te acuerdas de los leones de Longleat? ¿Los de la tele?»

«No veo la tele.»

«Mánchester.»

A pesar de su desprecio glacial, Seeker parece desconcertado. «¿Qué? ¿Leones? ¿Mánchester? ¿Qué pasa con Mánchester? ¿Qué se supone que quiere decir?»

El plan de Begbie era distinguir la reacción de Seeker al oír esa palabra. Pero la rabia que crece en él le dice que no basta. «Se supone que quiere decir: ¿qué pasa contigo, puto protector de ladrones? ¿Qué quieres decir?»

Seeker fulmina a Begbie con los ojos. Él le mantiene la mirada y absorbe todo el oxígeno de la sala. Ninguno de los dos pestañea.

«¡Vosotros dos, ya basta!», grita Donny. «No estoy de broma. ¡Voy a llamar a Tyrone!»

«Protector de ladrones...», repite Seeker despacio. «¿Eso qué significa?»

«No jodas, que lo sabes perfectamente. Renton», susurra Franco.

Seeker golpea la mesa con las palmas abiertas. Luego ríe, al principio una risita mínima, luego cierra los ojos y los alza al techo. Baja la mirada con rapidez, reconociendo de forma casi instantánea que ha cometido un terrible error al apartarlos de Franco, quien ha sacado un cuchillo del *Racing Times* enrollado...

... y se lo clava a Seeker en el dorso de la mano con una fuerza bárbara.

Un grito grave y creciente explota de Seeker... Se le salen los ojos de sus órbitas al contemplar la mano clavada a la mesa. Solo brota de ella un hilito de sangre. Con la mano libre ataca a Frank Begbie, que avanza hacia él...

... Las cartas y el dinero vuelan mientras Begbie recibe el golpe en el hombro, antes de sacar otro cuchillo del interior de su chaqueta, darle un tajo limpio a la oreja de Seeker y atacar a continuación la mano clavada, cortándole la punta del dedo índice...

Los gritos de Seeker hielan la sangre a los tipos duros presentes, pero, a pesar de su fuerza furibunda, Seeker no logra arrancar la navaja automática de carraca de su mano... Entonces Franco suelta el otro cuchillo y le aporrea la cara con ganchos cortos y feroces. «¡MUERE, CABRÓN!»

Seeker, con la mano libre, se echa hacia atrás, volcando la mesa...

Dozzo se levanta de un salto y patea a Seeker en la cara, luego cae al suelo con torpeza después de que Donny Laing le dé un cabezazo. «¡TYRONE OS VA A MATAR A TODOS!», grita Donny.

Los demás se han quedado helados, pero Begbie se ha colocado con rapidez detrás del aturdido Seeker, que se ha inclinado con el fin de colocar la mesa en su sitio, pero solo consigue herirse más la mano, pues sigue unida a la madera con el cuchillo...

Un brazo poderoso le rodea el cuello...

Seeker pierde fuerza, cae de rodillas y con la mano libre intenta hacer palanca en la llave de Begbie.

«¡¿DÓNDE ESTÁ ESE LADRÓN?! ¡¿DÓNDE ESTÁ EL MAMÓN DE RENTON?!»

«¡FRANCO! ¡TE LO ADVIERTO!», grita Donny.

Cuando Seeker no puede luchar más, se le ponen los ojos en blanco y la mano cae. Begbie lo suelta, pero solo para lanzarse contra Donny, y los dos intercambian una descarga de golpes.

Dozzo, en pie de nuevo, está dispuesto a ayudar a Begbie, pero Ronno se lo impide tirándole del brazo y avisándole: «Para, tronco».

«¡QUE SE CALME TODO EL MUNDO!», grita Nelly.

En el breve punto muerto, Seeker se ha recuperado milagrosamente, llenando su enorme pecho con bocanadas de aire.

Se pone debajo de la mesa y la levanta con las dos manos, una de ellas atenazada. La alza sobre su cabeza y avanza hacia Begbie con la intención de pulverizarlo...

... Pero Dozzo, que se ha zafado de Ronno, clava un destornillador afilado en la espalda de Seeker. «No es nada personal.»

Seeker suelta un aullido y cae hacia delante. Primero cae la mesa, pero él va detrás. Tras liberar por fin la mano clavada, con una yema menos, se toquetea el despiadado tajo con la mano sana, que sale toda ensangrentada. Seeker pone los ojos en blanco y se incorpora, tembloroso, sin dejar de avanzar hacia Begbie, que se ha separado de Donny, dejándolo con la boca y la nariz llenas de sangre.

Todos dan un paso atrás mientras los dos hombres intercambian golpes; Begbie libera una imparable ráfaga de patadas y puñetazos, y Seeker, agotado, retrocede y cae, golpeándose la cabeza contra el suelo. Se le quedan los ojos en blanco mientras Begbie lo patea en la sien una, dos, tres veces...

... antes de que Donny, recuperado, envuelva con sus brazos musculosos al agresor y lo aparte.

Esta vez Frank Begbie no se resiste mientras lo llevan fuera y grita: «¡HA ESTADO GUAPÍSIMO!».

El resto de la pandilla lo sigue. Donny Laing llama a una ambulancia para Seeker, que está hecho una pena. Informa a los demás: «El trabajo se ha ido a la mierda. Seeker se queda aquí hasta que venga la ambulancia. Vosotros id a Morpeth. Pasáis la noche en esta casa». Le da a Ronno una dirección en un trocito de papel. «Se ocuparán de vosotros. Que nadie diga una palabra de todo esto. Si Tyrone se entera, nos va a caer una buena. Contamos que ha llegado una furgoneta con peña de Newcastle armada y nos ha dado una paliza correctiva. Vosotros os quedáis en la casa de Morpeth hasta mañana y luego os piráis.»

Los demás asienten con seriedad. Francis Begbie disfruta de la expresión «paliza correctiva». Suena incoherente en labios de Donny. Ve a Donny como un capataz pomposo con aspiraciones de directivo. Donny vuelve a entrar para suministrar la misma información al posible moribundo.

Dozzo se acerca a Franco con el arma utilizada para clavar a

Seeker a la mesa. «Yo me deshago de esto.»

«Vale.» Frank Begbie parece cauteloso.

Dozzo saca del bolsillo de su chaqueta el destornillador. Se lo entrega a Begbie. «Lleva esto por si alguien se pone chulo, lo he afilado yo mismo.»

Begbie asiente con gratitud y Dozzo se dirige a su moto. Suena un claxon: Nelly está en el coche, en el asiento del conductor. Begbie se acerca. «Me toca conducir a mí.»

Nelly se encoge de hombros, sale y da la vuelta hasta el asiento del copiloto mientras Begbie toma asiento. Arranca el vehículo mientras se vuelve hacia su amigo, callado y con cara de desilusión. «¿Qué?»

«Has jodido el curro.»

«Bueno, pues lo siento, tonto del culo, pero ese cabrón intentó estrangularme en la cárcel.» Saca el coche del camino de entrada y se incorpora a la carretera de un solo carril. Tres ramas golpean el parabrisas y el techo. «Ya viste cómo me miraba: era él o yo. Y el gordo de Tyrone, ¿de qué coño va poniéndonos a hacer el mismo trabajo?»

«A lo mejor no sabía que estabais enemistados», especula Nelly.

«Y una mierda. Ese cabrón lo sabe todo. ¡Ha sido una encerrona! Bueno, que él y Donny se encarguen del hijoputa de Seeker en el hospital. Has visto la mano del desgraciado: ha estado guapísimo...»

«¿Por qué iba a querer joder su propio trabajito con los chicos de Newcastle, eh? Va contra su reputación. No tiene sentido.»

«¿Cómo sabes que no está ahora mismo descojonándose con el colega al que teníamos que cargarnos, el tal Janes? ¿Burlándose de Elliot y de los matones que han bajado a ayudarlo? Nosotros somos los que tendríamos que estar haciendo las preguntas, no contestándolas ante un puto gordo», exclama Begbie, pisando a fondo y adelantando al coche en el que van Ronno y Baxy.

Nelly permanece en silencio. Tiene los nudillos blancos de sujetarse mientras Begbie conduce sin cuidado y a toda velocidad por la carretera de un solo carril. Solo se relaja un poco cuando toman un acceso y llegan a la A-1. Mira los carteles al norte. Ve que Begbie va por el carril equivocado para la salida a Morpeth y sigue

por la A-1, directo a Edimburgo. «¡Donny ha dicho que esperemos en Morpeth!»

Begbie acelera. Mira de reojo a Nelly. «¡Que le den por culo a Donny! ¡Se ha puesto del lado de Seeker! ¡Ha enseñado su verdadero plumaje!»

«Y una mierda, Franco: estaba intentando separaros...»

«¡ESE CABRÓN ESTÁ MUERTO! ¡QUE LE JODAN! ¡Y que le den a Morpeth y que le den a Tyrone el Gordo!»

Nelly inspira. Aprieta el borde del asiento con las manos. Decide no decir nada. Quiere que Frank Begbie ponga los ojos de nuevo en la carretera.

Resuena el claxon de un camión.

«¡VETE A TOMAR POR CULO!», grita Begbie al camionero, mira hacia atrás, se ajusta a su carril y acelera aún más.

Nelly respira hondo. «De acuerdo.»

El silencio regresa. Después de unos diez minutos, Begbie lo rompe. «A ver, yo a lo que me opongo es a que esos cínicos hijos de puta digan una cosa pero tengan otra en la cabeza. El que ha jodido el curro de Newcastle es Tyrone. Así que por mí que le den por culo al gordo: no vuelvo a trabajar para él nunca más. ¡A mí ya no me arrastra nadie por el fango! ¡Cojones!», y aporrea el claxon intermitentemente con el puño.

«Para. ¡Nos vas a echar encima a la pasma!»

«¡ENTONCES CONDUCE TÚ, COÑO!»

«¡Vale!»

Frank Begbie aparca en el arcén, sale y toma aire. Nelly va al asiento del conductor. Durante un segundo le entran ganas de largarse y dejar a Begbie ahí, a un lado de la A-1. Lo observa encenderse un piti y fumárselo con delectación antes de montarse por el lado del copiloto.

Nelly arranca y mantiene los ojos en la carretera mientras dice: «El caso es que... Tyrone tiene otro trabajito para nosotros. Y te digo que viene acompañado de un buen fajote».

«¿Y?»

«¿Te interesa?»

«¿A qué cojones crees que me refiero cuando digo que no pienso

volver a trabajar para ese cabrón?»

«Sé lo que has dicho, pero me ha parecido que tenía que darte la opción.»

«Bueno, pues ni te molestes, porque no quiero saber nada del tema.»

«Como quieras.» Nelly se encoge de hombros y pregunta: «¿De qué iba todo eso de los leones de Longleat?»

«¿Eso está cerca de aquí? ¿O sea, de camino? ¿Podemos parar a ver los leones?»

«Nah, eso está por el sur.»

«¿Cerca de Londres? Porque entonces alguien se ha quedado conmigo...»

«Nah, por ahí por Wiltshire u otro sitio al oeste, como hacia Cornualles.»

Begbie parece estar asimilando la información y acto seguido le echa a Nelly una mirada escrutadora. «Entonces, ¿todavía no te has cruzado con el ladrón de Renton en Mánchester?»

Nelly niega con la cabeza. «No he oído nada. Si hubiera bajado a la ciudad, lo sabría. ¿Qué te hace pensar que está allí?»

«Tiene amigos. Los capullos esos del Northern Soul y de las *raves*. El hijoputa ese nos robó a mí, a Sick Boy, Spud y Segundo Premio. Y cuando estaba en la cárcel... lo que me mantenía vivo era la idea de pillar a ese mangante.»

Nelly llevaba años oyendo esto. Era exasperante. De haberlo visto, habría matado a Renton con sus propias manos si así le callaba la boca a Frank Begbie. «Sé lo que hizo, Franco, y es una cabronada. Si lo viera te lo mandaría directamente: esas cosas no se hacen. Lo único que digo es que dudo que esté en Mánchester.»

«O sea, ¿que tú llevas allí cinco minutos y ya eres el experto mundial en Mánchester?»

«Llevo allí casi un año. He conocido a mucha gente.»

«¿Y cómo iba a saber esa gente dónde está Renton? Mánchester es muy grande», suelta Begbie y luego inspira con aire burlón y demoníaco. «Salford es parte de Mánchester, ¿verdad?»

«Sí y no.»

«¿Qué cojones significa eso?»

«Es como Leith. Algunos creen que Leith es parte de Edimburgo.»

«¡Y una mierda!»

«Sí, pero está cerca, ¿no?»

«Entonces tú te conoces a toda la peña de Salford.»

«Yo no he dicho eso.»

«Entonces no conoces a toda la peña de Salford. Stockport está cerca de Mánchester, ¿verdad?»

«Sí.»

«¿Conoces a toda la peña de allí? ¿No? ¡Ya decía yo! Lo cual se resume en que conoces a los hermanos de tu pava, a su viejo, a los colegas de Cheetham Hill y a nadie más. ¿Verdad?»

Nelly no responde. Permanece en silencio.

Begbie tensa las comisuras de la boca, dibujando una sonrisa de victoria y autosatisfacción.

Cerca de la frontera, Nelly propone parar en una gasolinera a comprar bocadillos. Begbie va a mear. Cuando sale, no ve a Nelly en el mostrador, sino haciendo una llamada a escondidas. Nelly parece avergonzado cuando Begbie se le acerca y cuelga. «Era Tyrone el Gordo. Dice que de todas formas recibiremos lo nuestro.»

«Cuando dice que recibiremos lo nuestro, se refiere a la cantidad que acordamos, ¿verdad?»

«Nunca dice esas cosas. No sé. No hemos hecho el trabajo.»

«No le has preguntado, so gilipollas. ¿Qué pasa con la pasta?»

«Nunca dice nada.»

Franco coge el teléfono. Marca el número de Tyrone. «¿Está Power?» Un silencio corto. Luego: «Frank.»

«¿Qué pasa con el puto pago?»

«¿No te ha dicho Nelly que recibiréis lo vuestro?»

«Sí, pero ¿eso qué cojones significa?»

«Significa que recibiréis lo vuestro.»

«Es decir, ¿que nos das la pasta acordada?»

«He dicho que recibiréis lo vuestro», insiste Tyrone. «El tal Seeker ha perdido parte del dedo, pero le han cosido la oreja», dice con frialdad.

«No tenían que haber metido al tío ese en el trabajo. ¿De quién fue la idea?»

«Mía no. Ni siquiera lo conozco. Algún cabrón lo va a pagar», le corta Tyrone y luego cuelga.

Franco mira el teléfono. Se pregunta si el cabrón ese será Donny. Espera que sí. *¿Qué cojones tiene eso que ver con nuestra pasta*?

Nelly lo mira. «¿Qué ha dicho?»

«Me ha preguntado: "¿No te lo ha dicho Cochi-Nelly?".»

«¿Cómo?»

«Todavía odias el mote de la escuela, igual que Spud odia lo de Murphy el zarrapastroso», canturrea Frank Begbie con euforia. «Ahora vas con ropita de diseño...», y frota el material de la camisa de Nelly entre el pulgar y el índice, «... ¡pero antes no era así! Los Hunter erais los más piojosos de Leith. ¡Los mayores vagabundos de Tennant Street, es decir, del puto mundo, hasta que la echaron abajo!»

Nelly se mantiene calmado por fuera. Respira profundamente. «¿Qué ha dicho Tyrone?»

«Seeker ha perdido una parte del dedo. Ya no podrá metérselo por el ojete a nadie. Pero no va a ser un Vincent van Gogh: ¡al greñas asqueroso le han salvado la oreja!»

«Me refiero a la pasta.»

«Lo mismo que a ti. Que recibiremos...» Begbie imita una voz afeminada: «... lo nuestro. Y que ha sido Laing el que eligió a Seeker para el grupo. ¡Ya puede rezar para que Tyrone lo pille antes que yo!».

«Vale», contesta Nelly encogiéndose de hombros. A continuación vuelven al coche y a la carretera.

Franco está en guardia, no vaya a ser que a Nelly se le ocurra dar la vuelta rumbo a Morpeth; solo se relaja al ver que sus sospechas se disipan y el coche coge camino hacia el norte. «Ni puta idea de cómo aguantas aquí abajo en Mánchester», dice, «con tanto cabrón inglés.»

«La ciudad está guapa», responde Nelly. «Hay buena gente.»

«Sí, he oído que en Mánchester, Liverpool y Yorkshire, el norte de Inglaterra, son más como nosotros. No tan antipáticos como en Londres», dice Begbie, de repente temeroso de molestar demasiado a Nelly. *El cabrito es lo bastante vengativo como para ver a Renton*

en Mánchester y no decir nada. A lo mejor hasta quedan para reírse de mí en algún bebedero o en una discoteca y se gastan lo que queda de mi guita...

Que le den por culo al norte de Inglaterra.

¡*Más le vale no saber dónde está Renton*!

Los dos hombres vuelven a sumirse en un silencio crispado. Nelly siente que Begbie será el primero en cansarse, y, como era de esperar, al pasar junto a un autoestopista, su compañero de viaje grita: «¡Para y coge a ese pobre desgraciado! ¡Va como una sopa!».

Nelly se encoge de hombros y se detiene en el área de descanso. Un joven empapado por la lluvia con anorak y gafas corretea agradecido hacia ellos.

«No me estás dando una mierda de conversación», se queja Begbie y añade: «El pobre desgraciado está como una sopa».

El joven sube agradecido a la parte trasera del coche. Se presenta como Chris, de Cambridge. Tiene previsto hacer todo el viaje a Edimburgo, donde les cuenta que está estudiando un grado en Lengua y Literatura.

Frank Begbie le echa un vistazo. «Te has puesto como una sopa, tronco.»

«Sí», dice Chris, tirando de la manga blanda y empapada de la chaqueta. «¡Gracias por recogerme!»

«Estudiante, ¿eh?», observa Begbie mientras Nelly arranca el coche. «Una vez ayudé a un colega con un trabajito de pintura en las salas de la residencia. Está lleno de coños, ¿eh, colega?»

El estudiante sonríe crispado, aunque lo va embargando una creciente inquietud. «Sí, una de las razones por las que elegí Edimburgo fue la vida social.»

«Esa es la única razón por la que movería yo el culo por toda esa mierda universitaria: la priva y las tías», explica Begbie. «Que le den al rollo académico, ya me fue bastante mal en Leith Academy. Pero no tan mal como a este cabrón, ¿eh, Nelly?» Señala con el pulgar al hombre que va al volante. «Nah, verás, si yo estuviera en la universidad, estaría en la residencia follándome a todas esas chorbas. A ver, que no es que me vaya mal en las calles de la ciudad, ¿verdad, Nelly? Tengo a punto a varias candidatas más,

como a la tía del pub del que te estaba hablando, Nelly. Un buen par de tetas, y siempre me lanza una sonrisita traviesa cuando entro, como para decirme: "Estoy disponible". O la otra noche, en la boda de un colega en Londres. La tía se pone a hacerme una mamada, pero en plan jugueteando, ¿sabes...?»

Nelly suelta un suspiro largo y profundo.

«¿Y tú por qué coño resoplas?»

«¡Llevo oyendo esta historia desde que salimos de Londres!»

«¡Sí, ya, pero este chaval no la ha oído! ¡No te lo estoy contando a ti, capullo egoísta!»

Nelly pone los ojos en blanco y se concentra en la carretera.

Frank Begbie se vuelve hacia Chris. «¡El muy gilipollas se cree que todo gira en torno a él! En fin, antes de que se me interrumpiera de tan malas maneras», prosigue mirando con maldad a Nelly, «la tía esta, una buenorra, me está haciendo lo que podía describirse como una mamada tipo Cadbury's Flake, ¿sabes?»

«¿Como en el anuncio?», pregunta Chris, vacilante.

«Sí, ese mismo. Pues la cojo del puto pelo y le digo: "¡Esto no es la chocolatina más deliciosa, y te lo pienso meter hasta la garganta!". ¡Y la puse en su sitio!»

Chris fuerza una sonrisa tensa ante la mueca dentuda de Begbie.

«Te diré la otra cosa que está guapísima de la vida universitaria: no hay cabrones que te echen mal de ojo. Aunque yo a quien de verdad no aguanto es a los chivatos. Sí, cuando lleguemos al final de la carretera hay varios mamonazos a los que les voy a decir cuatro cosas. Con este viejo amigo», dice sacando el destornillador afilado, tocando la punta y viendo su brillo a la luz.

«Guarda eso», dice Nelly.

«Me lo dio Dozzo. He perdido mi navaja por culpa del hijoputa de Seeker.»

La cuestión desencadena otra riña entre los dos hombres, que después guardan un silencio mortal al acercarse a Berwick-upon-Tweed. Chris, que ha escuchado con creciente terror, aprovecha la ocasión. «Cambio de planes, chicos: si podéis dejarme en Berwick... Tengo familia ahí. Como hemos ido rápido, estaría bien pasar por allí a visitarlos y quizá pasar la noche; así se me secaría la ropa...»

Casi hablando para sus adentros, Frank Begbie reflexiona: «Y ahora vamos al puto poblado de Berwick...».

Nelly se para en una rotonda para que el aliviado Chris salga a toda prisa del coche. Lo ven cruzar los carriles escopeteado bajo la lluvia torrencial mientras los coches pasan zumbando.

«¡El gafotas ese tampoco me ha dado mucha conversación! ¡Se me da de cojones elegir compañeros de viaje!»

Nelly vuelve a poner el coche en la carretera. «Bueno, ¿qué quieres que te diga?»

«Conduce y calla. No rompas el hábito de toda una vida intentando ser sociable.» Frank Begbie cruza los brazos. Siente que su adrenalina baja de un modo satisfactorio.

Se deja llevar; cierra los ojos.

Se queda dormido.

Lo siguiente de lo que es consciente es de que Nelly lo está zarandeando para despertarlo en un semáforo. Abre los ojos rápido poniéndose alerta. Están de vuelta en Edimburgo. «¿Dónde quieres que te deje? ¿En Leith?»

«No, aquí mismo, en el centro.»

«¿Nos tomamos una mañana por la mañana antes de que me vaya a Mánchester?»

«Venga. ¿En el Cenny?»

«Vale.»

Frank Begbie sale del coche en Lothian Road. Encuentra una cabina telefónica en Festival Square. Hace una llamada rápida. Quiere pasear un rato para despejarse de la confusión. Baja la calle sintiendo que su cuerpo, rígido del asiento del coche, se va soltando hasta alcanzar un contoneo satisfactorio, y avanza hacia el West End absorto en el curro malogrado de Newcastle.

Luego el presente llama con urgencia su atención. Justo enfrente de él, una silueta familiar baja por la calle con un característico pavoneo autoritario. Distinguiendo su aire de insecto listo para atacar, los paseantes se hacen a un lado. Frank Begbie no se lo puede creer.

¡*Donnelly! ¡El mongolo retrasado! ¡Y está solo*!

Se lleva la mano al bolsillo interior de la chaqueta, sintiéndose

reconfortado al envolver con ella el destornillador de Dozzo mientras sigue a su viejo adversario por King's Stables Road hasta un aparcamiento. Con la boca seca por el ansia, Frank Begbie razona que no volverá a tener una ocasión así. La herramienta arde contra su pecho, justificando todavía más el viaje desde Newcastle. Sigue a su objetivo escaleras abajo. El aparcamiento está desierto. Cuando Donnelly recoge un tique de la máquina, Begbie se agacha tras unos coches. Oye que los pasos de Donnelly se acercan. Lo deja pasar y luego, sonriente, se levanta como un resorte. «¡Hey, colega!»

Donnelly se da la vuelta. A sus ojos asoma un destello mínimo de miedo al ver avanzar a Frank Begbie, pero lo reemplaza su propio impulso violento. Lanza un puño que Begbie ve venir desde Glasgow. Esquiva el golpe al tiempo que se lanza hacia delante y siente que la nariz de Donnelly se rompe al recibir un cabezazo. Le acompaña el satisfactorio flujo vinoso que cae al cemento como un torrente meloso.

Ofuscado, Donnelly trata de recuperar el sentido, pero Begbie saca el destornillador y se lo clava en el vientre tan fuerte que tiene que alejar de un empujón a su adversario, con los ojos desorbitados, para poder asestar una segunda puñalada. Irónicamente, es la segunda la que hace estragos, a pesar de penetrar mucho menos.

Los ojos en blanco, la expulsión de aire. Cae como una furcia de sauna y le pateo la cabeza al muy cabrón, pero ya está muerto. Bajo plantas de garaje a toda leche y me quedo mirando a un capullo en un coche rojo que pasa a mi lado...

¡*¡SEEKER Y DONNELLY EN UN FIN DE SEMANA!*!

La estrella del rock de la violencia callejera abandona el edificio de incógnito y toma Lothian Road. Casi de inmediato, las sirenas de policía laceran el aire; no tiene sentido andar dando vueltas. En vez de ir hasta el West End, Begbie se cuela por detrás del Lyceum Theatre y Usher Hall para volver por Grindlay Street y Spital Street hacia Tollcross. Se mete en el pub Blue Blazer. Esta parte de la ciudad, que se está gentrificando a marchas forzadas pero sigue manteniendo su ambiente, está muy concurrida gracias a grupos de turistas, estudiantes, vecinos y oficinistas. Si fuera Leith, todo el mundo le daría una coartada. Aquí no.

Tollcross está lleno de gilipollas maliciosos, así que ándate con ojo.

Tratando de fingir despreocupación, se obliga a no pimplarse demasiado rápido la primera pinta. Las sirenas han parado pero, al pedirse la segunda Stella, vuelven a sonar y parecen estar más cerca. ¿Lo volverán a meter en prisión?

Algunos cabrones tienen una vida cojonuda. Nada les sale mal.

Renton...

57. UNA INVITACIÓN RETROSPECTIVA

> La lujuria de la cabra es la recompensa de Dios. La ira del león es la sabiduría de Dios. La desnudez femenina es la obra de Dios.
>
> WILLIAM BLAKE

Sentí que me hacía añicos. No puedo concentrarme en ningún otro dolor que haya sentido, ni siquiera calibrar su extensión en comparación con este.

«No, te quiero, pero me voy de casa», dijo Monique mientras llenaba sus cajas. «No soy yo quien tiene que justificar las dos cosas, sino tú quien tiene que reconciliarlas. Me vuelvo a Groninga. Me han ofrecido un estudio barato allí.»

Bang. Mis entrañas se volvieron de plomo. Me pitaban los oídos. Pero tenía que aceptarlo. Era inevitable. Sin embargo... «Vale...»

«Eres genial. Lo del club irá genial. Esperemos que mi arte sea también algo grande. Que dos personas se gusten, incluso que se quieran», explicó echándome una mirada de reojo, «no significa que tengan que estar juntas para siempre. Anímate.»

Forcé una sonrisa, aunque estaba hecho polvo. Totalmente destruido. Vaciado.

Y se fue. Sin más. No intenté convencerla de que se quedara. Hubo una miradita durante la cual quise decir: *Te quiero, no te vayas*. O incluso: *Deja que vaya contigo*. Pero no pude soltarlo, y salió por la puerta, bajó las escaleras. Corrí a la ventana, la vi tirando de las maletas por la calle, sin volver la vista.

Joder, qué dura era. Y yo también tenía que serlo.

Caí de rodillas y me abracé a mí mismo, llorando, sintiendo el dolor de una pérdida tan atroz. Para cuando me levanté y me senté en el sofá, me poseyó un arrebato fantasmal, tan eufórico que me provocó un mareo demencial. Era libre. Libre para trabajar. Y por fin me acercaba a una especie de éxito.

Eso fue hace solo una semana. Me sorprendió: incluso en el momento de perder algo tan maravilloso, ya me había embargado el vértigo de prever la libertad terrible y hermosa que conllevaría. Y parte de aquella previsión radicaba en la excitante posibilidad de volver a encontrarlo, con su inmaculada pureza, armado con todo el aprendizaje de la última vez. Lo importante era disfrutar de la liberación, desarrollar las cualidades que me harían más deseable a personas todavía más atractivas. Rehacerse de un modo más completo, más libre de las esposas hechas por mí mismo.

Para mí el trabajo era liberador. El club. Contratábamos espectáculos más ambiciosos. Traíamos DJ de fuera de Holanda. En las semanas y meses que siguieron al traslado a Herengracht, nos llevamos un par de batacazos, pero también obtuvimos varios triunfos importantes. Abrimos una pequeña oficina en el barrio rojo. Contratamos a dos empleados a tiempo parcial muy eficientes, Muckteld y Gert. Estábamos a la cabeza del juego y nos iba bien. Pero teníamos que partirnos el lomo trabajando. Había que operar cada noche como si fuera la última, porque, de no hacerlo, probablemente lo sería. Veinticuatro horas al día, siete días a la semana. No paraba nunca. Me impresionaba lo mucho que trabajaba. Por lo general lo evitaba como a la peste, porque odiaba currar para otro. Pero, cuando yo era el otro, la cosa era distinta.

Pero ante todo, por fin podía dejar mi trabajo de día. Después de despedirme, a pesar de que estaba de botones arriba, volví a bajar a la cocina por última vez. Me apoyé en la pared observando el caos como si nada, viendo a Boris sudar como la carne asada que vigilaba en el horno. Me miró horrorizado y dijo: «¿Qué haces aquí? ¡Ya no trabajas aquí! ¡Voy a informar a tu supervisor!».

«Lo he dejado», le dije con sinceridad. «He montado mi propio club.»

«Entonces, ¿qué haces aquí?»

«He bajado a decirte que eres un gordo cabrón.»

«¡¿Qué?!»

«Me voy, pero te informo de que tienes prohibido el acceso a mi club. Funcionamos con una política estricta que excluye a alcohólicos con obesidad mórbida.» Le clavé el dedo en su tripa de zampabollos y les guiñé el ojo a mis amigos, que reprimieron unas carcajadas de asombro. Quería verlos a todos en el club. Habían hecho que aquel infierno fuera soportable y los iba a echar de menos.

Tenía la esperanza de que mis acciones empujaran a Boris a usar violencia física contra mí y mi mano derecha palpitaba, impaciente ante tal expectativa. Pero, por desgracia, o era un cobarde que se había cagado encima o era demasiado listo para darme esa satisfacción. Tras marcharme por última vez de aquel horno infernal, mi viejo verdugo se limitó a emitir gritos ásperos, reducidos después a quejas impotentes que me siguieron mientras subía las escaleras con un nuevo optimismo.

Me asomé al aire dulce de la libertad. Me había convertido en gestor de un club nocturno a tiempo completo. Tenía mucho trabajo duro por delante. Pero también parecía que me esperaba mucha diversión.

Y habría muchas más chicas. Joder, ya ves. Toneladas de tías.

Pero por un tiempo el romance quedará en segundo plano. El amor es esencial, pero no basta por sí mismo. Supongo que aprendí una lección dolorosa de la relación con Monique: *el amor no lo conquista todo.* La música tampoco, pero, qué cojones, a veces se acerca mucho.

Y la música es mi obsesión. Aunque esta noche estoy en el Melkweg por otra razón, a pesar de estar hecho una mierda, literalmente dividido entre el dolor insoportable de haber perdido a Monique y la excitación desarmante que ofrecen las demás mujeres. Estoy en el bolo de Big Tobacco. Son los teloneros de Lemonheads, que son buenos, muy buenos. ¿Big Tobacco? Bueno...

Después del concierto, mi viejo amigo Stevie Hutchison y yo nos fumamos unos porros en el Bulldog Cafe, en Leidseplein, rodeados de turistas y cerca de su alojamiento en el American Hotel.

«Buena actuación», le digo. «Compacta.»

Él se niega a honrarme con una respuesta. «Acabo de encontrar esto...» Saca una tarjeta del interior del bolsillo. «Está pasado, de hace una quincena o así, pero es que no pensé que lo quisieras.»

Le echo un vistazo:

El señor Rodger Godfrey Coningsby y su señora
se complacen en invitar al
señor Mark Renton y acompañante
a la boda de su hija Genevieve Amanda
con el señor Simon David Williamson
el 14 de julio de 1990
a las 14.00 en la iglesia de Duke Street
Duke Street, Richmond, TW9 1DH
La celebración posterior tendrá lugar
en Cantley Lodge, Park Road, Isleworth, Surrey.

«Estaba claro que Sick Boy estaba intentando tenderte una trampa, colega», declara Stevie. «Begbie se volvió loco, se obsesionó con la idea de que vives en Mánchester...»

Mark Renton y acompañante. Siento que el cabrón sabía instintivamente que acababa de separarme de una mujer increíble y quería darme un zapatazo psíquico. «Y tenías razón. No lo quiero», y estoy a punto de hacer una bola con la invitación repujada, pero al final me la meto en el bolsillo de recuerdo.

Stevie lía otro porro con concentración de fumeta. «¿Qué tal la despampanante Monique?»

Lo miro con pena. «Ay, colega, hay que meter todo eso en la carpeta rebosante que pone "amada y perdida".»

«Joder, lo siento, colega.» Pasa la lengua por el Rizla. «No es el tipo de pava que uno olvida con facilidad, supongo.»

«Así es la vida», arguyo con brusquedad. No tengo ganas de darle vueltas, sobre todo porque me cuenta que las cosas entre él y Stella siguen yendo muy bien. A la tristeza le encanta la compañía, pero el amor solo necesita a los enamorados. «¿Estuvo bien la boda?»

«No me quedé mucho tiempo. En una palabra: Begbie.»

Asiento. Me alegra que Franco no esté en mi vida. Pero echo de menos a Spud. A Segundo Premio, no tanto. Pero sí, echo de menos a Sick Boy, y, aunque en realidad no me caiga bien, siempre, de algún modo, lo querré profundamente.

Pero... ¿qué es querer?

58. DEL AMOR: UN HOMBRE DE NUESTRO TIEMPO

> Ningún sonido que dé testimonio de la vida es disonante.
>
> SAMUEL TAYLOR COLERIDGE

El amor es... *un tópico ñoño como otro cualquiera*, en plan esos pedófilos anodinos desnudos pero sin sexo del puto *Daily Mail*; diseñado para mindundis suburbanos que dejan de follar en cuanto procrean.

No estoy seguro de qué es.

Sé que me quiero a mí mismo, pero cuando empiezo a sentir esas emociones por otra persona, desconfío de ellas con intensidad. En cambio, la señora Comercio... Esa zorra es la amante más cruel, pero siempre se sabe en qué términos se está con ella.

El problema: el mundo está lleno de zánganos insignificantes. Incluso los especímenes más vigorosos acaban volviéndose así. La edad los hace desear una vida más estable y asentada. Los empapa de una sensación de ratificación opaca, perezosa y rolliza que empuja a querer sentar la cabeza y viajar en silencio hasta la muerte.

Que le den a esa mierda.

Yo no solo quiero adquirir una fortuna: quiero conseguirla, perderla y obtenerla de nuevo. Lo crucial es tener los recursos para estar protegido de las consecuencias negativas de mis decisiones.

Y rodearme de mujeres sexis que piensen como yo.

Y exterminar a todos los demás hombres.

Nunca pondré en cuestión tan modestas ambiciones. Nunca dejaré de creer que mi momento está por llegar.

59. DEL AMOR: EL GATO ENAMORADO SOBRE EL TEJADO DE ZINC

¡Ah, qué peso entre las sombras! ¿Cesará
el susurro de las hojas que una vez me
embelesó?
Oírte deja sin descanso mi corazón,
despoja a mi corazón de la paz.

WILLIAM WORDSWORTH

El amor está guapo, es la mejor droga del mundo, pero te debilita, como las drogas. Eso significa que no es para mininos como yo. Tengo el corazón demasiado frágil para eso. Siempre la cago. Sí, tronco, soy demasiado blando y el amor te ablanda aún más. Lo mismo es el espectro, como me susurraron al oído Mark y Blake. Sí, he resuelto el acertijo. Pero una cosa es resolverlo y otra es hacer algo al respecto. Y buena parte de ello, como con otras cosas de la vida, es cuestión de pasta. Si estás sin blanca, todo apunta a que tus posibilidades de hacerte con una buena dosis de la sustancia llamada A-M-O-R son más bien escasas, chaval.

Es la droga más fácil de la que quitarse. Porque, a diferencia de otras drogas, te deja tirado sin preguntarte.

Ojalá el jaco fuera como el amor.

60. DEL AMOR: EL GUERRERO POR LA GUERRA

> Ah, recuerdo claramente que era un lúgubre diciembre; y las ascuas agonizantes reflejaban su fantasma en el suelo.
>
> EDGAR ALLAN POE

Me encanta beber, me encanta echarle un buen polvo a una pava con buenas tetas y buen culo, me encanta ver la cara de enfermo de un hincha de los Hearts cuando esos cabrones pierden y adoro reventarle la puta cara a alguien que se lo merece... Es que, cuando alguien se lo merece..., es lo mejor.

Adoro a Rod Stewart –bueno, su música– y poco más. Quiero a mis hijos. Quiero a esos críos, pero eso no se les dice porque si no se hacen maricones al crecer. Y a mi madre. Quiero a mi madre. No me queda otra. Siempre, pero siempre, está de mi lado. Aunque a veces me ponga de los nervios.

El resto del mundo puede irse a la mierda; con esto voy sobrado de amor.

61. DEL AMOR: EL PERSEGUIDOR

Todo lo que sea susceptible de ser creído es imagen de la verdad.

WILLIAM BLAKE

Es fácil enamorarse de alguien. La clave está en enamorarse de la persona adecuada. Eso es mucho más difícil. Te pega un subidón de dopamina y luego te das cuenta de que, tengáis o no compatibilidades reales para empezar, los dos sois imágenes en movimiento, una obra en constante cambio, y es más fácil alejarse que crecer juntos. Porque hay más distracciones, más oportunidades y más tentaciones que nunca. Nuestras comunidades físicas se desmoronan y se ven reemplazadas por todo tipo de mierdas. El puto internet no hará más que empeorar las cosas. La atención a los detalles.

Para la mayoría de la gente resulta imposible estar juntos tanto como mi madre y mi padre. Ahora se puede echar la vista atrás y ver cómo el barrio, la calle, el colegio, la fábrica y el pub unían a la gente. En el barrio uno encontraba a varios cientos de personas de la misma edad. Por tanto, se conocía prácticamente a cualquier persona con quien merecía la pena echar un polvo. Todo el mundo sabía cuál era su sitio.

Después lo jodieron todo. Desmantelaron la industria, cerraron las fábricas, crearon ciudades fantasma. Como un capullo obediente, uno puede coger la bicicleta e irse a otro asentamiento nuevo. Si tiene suerte, las posibilidades de empleo se abren, y, si lo hacen, también se abren las posibilidades de folleteo. Pronto el mundo será nuestra comunidad. Con internet las opciones para ligar solo estarán limitadas por los precios de autobús y de avión.

El amor eterno es imposible si estamos siempre en transición, siempre aspirando a algo, intentando mejorarnos, alcanzar siempre nuevas metas. Nuestras expectativas con respecto a los demás –y las que los demás tienen de nosotros– no dejan de crecer,

incapacitándonos. Tenemos que vadear toda la mierda de este puto mundo que hemos creado y al que seguimos sirviendo. Y ese mundo va más de dinero y trabajo que de amor.

Así que, si hoy en día aguantas cinco años en una relación, cuenta como un éxito tremendo. Diez es un resultado fenomenal; si has llegado ahí puedes darte palmaditas en la espalda. A partir de diez, o bien has descubierto el secreto del amor eterno, o solo eres un puto dejado que se pliega a la costumbre y la economía, y por tanto la vida te ha derrotado. Tal y como van las cosas, ser capaz de tener cualquier tipo de relación emocional y sexual durante más de unas pocas semanas, hasta que el subidón de dopamina desaparezca del cuerpo, será casi imposible. El amor eterno será, más que nunca, un espejismo.

Pero he aquí la tragedia: yo sigo buscándolo como un cabrón y siempre lo haré, porque nada de lo demás importa de verdad. Y sé que ella está ahí fuera, y todo lo que hago –todos los amores que he tenido o tendré– solo sirven para prepararme para ella.

Así que lo siento, Fiona, Hazel, Charlene y, sí, incluso Monique: sois peldaños en un hermoso camino que me empuja hacia los brazos de lo auténtico. Y esto no es romanticismo, es amor. Tengo que superar el egocentrismo.

Tengo que mirar hacia arriba, hacia la imaginación divina.

EL MENTOR 5

Cuando por fin volvió a casa, Eddie Reece sabía que se estaba muriendo. No había ido al médico, pero no necesitaba que le dijeran que tenía cáncer en todo el cuerpo. Volvió a Jessica, a sus amorosos brazos y a sus cuidados, ante el odio absoluto y el desconcierto total de su hijo Alan y su hija Karen, ya adultos.

El único tratamiento para su mal era el whisky. Eddie regresó al Marksman Bar, donde entró como un fantasma. La mayoría de sus camaradas ya no estaba. Aparte de eso, no percibió grandes cambios en el local tras los largos años en los que no había puesto el pie allí. Al final, cuando estaba demasiado débil para subir al autobús de Leith, iba dando traspiés muy muy despacio hasta el Granton Tap.

Un día estaba apoyado en la barra con un compañero de copas, Iain Scobie. A pesar de su delicado estado de salud, Eddie Reece seguía siendo de beber de pie.

Su compañero de sed, Scobie, un profesor suplente caído en desgracia y arruinado por el alcoholismo, había observado el ejemplar fino y con las esquinas dobladas de *La balada del viejo marinero*, de Samuel Taylor Coleridge, en el bolsillo del abrigo de Reece. Cuando hizo un comentario al respecto, Reece sacó el libro y se lo tiró a Scobie. «Quédatelo. Léelo», le insistió.

Aunque la condición del volumen, viejo y raído, lo echaba para atrás (y en realidad Scobie sospechaba que tenía un ejemplar en mejor estado en la amplia biblioteca de su piso estrecho y mohoso), resultaba evidente que el gesto significaba mucho para su compañero. Por tanto, Scobie asintió y se limitó a decir: «Lo haré».

Los dos hombres salieron del bar, Scobie con paso trémulo, Reece curiosamente controlado y tieso gracias al alcohol. Salieron para ver una luz invernal entusiasta y unas gaviotas que volaban en círculo. Reece miró al puerto de Granton al otro lado de la calle. «Putos arrastreros y balleneros... Menuda panda de cabrones... No son marinos de verdad...»

Esas fueron las últimas palabras que Scobie oyó decir a Eddie Reece antes de que su amigo cayera sobre la estrecha acera y muriera de un paro cardiaco. Cuando fue a consolar a la descorazonada Jessie, Scobie las había reconfigurado para ella. *Dile a Jessie que lo siento y que siempre la he querido*.

Iain Scobie no era un hombre particularmente honrado, pero era bueno.

Eddie Reece tuvo al menos tres despedidas diferentes, en Montevideo, Shanghái y Leith.

Esas son las tres de las que tenemos noticia.

Fin

NOTA DEL AUTOR

Puesto que la novela está ambientada en la década de 1980, muchos personajes de *Hombres enamorados*, así como la sociedad en general, se expresaban de un modo que ahora se consideraría ofensivo y discriminatorio. Como obra de ficción, *Hombres enamorados* busca imitar los patrones de habla usados habitualmente por muchas personas de aquella época. Lo cual no es en absoluto una aprobación (tampoco una condena) de tales comportamientos; es solo un intento por replicarlos con autenticidad a través de los personajes de la historia.

AGRADECIMIENTOS

Gracias a todas las personas a las que he amado y con las que he discutido la idea, los triunfos, las tragedias y los obstáculos del amor. Por suerte para mí, son demasiadas para citarlas aquí. Gracias en particular a todos los miembros de Penguin Random House por su increíble apoyo, sobre todo a Alex, Alison y Hannah. Mi eterna gratitud a Katherine Fry, siempre impresionante, cuyas habilidades de edición visten a mi mona de la mejor seda desde hace tiempo. A Mark Vernon por las conversaciones inspiradoras y las discusiones sobre la época romántica; a Emer Martin, una gran amiga, escritora y excelente primera lectora; a mis excepcionales colaboradores, que hacen que parezca infinitamente mejor de lo que soy: Dean Cavanagh, Jenny Fagan, Steve Mac, Scott Booth, Carl Loben y Rob Miller. A mis amigos de Los Ángeles, Miami, Londres y, sobre todo, Escocia.

1. William Shakespeare, *Sonetos*, trad. de Pedro Pérez Prieto, Nivola, Madrid, 2008. *(N. de los T.)*

Título de la edición original:
Men in Love
Jonathan Cape
Londres, 2025

Ilustración: The Pleasuredome, Skegness, 1997 / © Tristan O'Neill / The Museum of Youth Culture

Primera edición: mayo 2026

Diseño de la colección: Julio Vivas y Estudio A

© De la traducción, Arturo Peral y Laura Salas, 2026

© Irvine Welsh, 2025

© EDITORIAL ANAGRAMA, S. A. U., 2026
Pau Claris, 172
08037 Barcelona

Edición en formato digital: mayo de 2026

ISBN: 978-84-339-5066-6

Composición digital: www.acatia.es

anagrama@anagrama-ed.es